UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00114884 0

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

COLECCIÓN

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE

TOMO CVI

98138
10/9/09

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ PERALES Y MARTÍNEZ
Calle de la Cabeza, núm. 12
1893

DP
3
C65
t.106

CONTINUACIÓN

DE LA

CRÓNICA DE ESPAÑA

DEL ARZOBISPO

DON RODRIGO JIMÉNEZ DE RADA

POR EL OBISPO

DON GONZALO DE LA HINOJOSA

CAPITULO CCXXXV (1).

DE CÓMO EL NOBLE REY DON FERNANDO GANÓ Á LA NOBLE CIBDAT DE SEVILLA.

Despues desto, el rey don Fernando partió de Córdoua e tornóse á Toledo, e avian entre Córdoua y Sevilla grand guerra, porque Sevilla era de moros estonce; e dexó el rey en Córdoua muchos ricos omes, e caualleros, e muchas otras gentes que avian y poblado; mas los ricos omes dexó en frontera con sus caualleros. E con estos ricos omes e caualleros era el maestre de Santiago, á quien decian don Pay Correa, e don Rodrigo Alvarez de Asturias. E estos con los otros todos andauan en la guerra muy reciamente, e tanto ficieron fasta que llegaron á Sevilla á correrla, e levaron della mucho ganado, e muchos cativos e muchas cativas. E era estonce en Sevilla un rey moro á que decian. . . . . (2) estos sobredichos corriéndola cada dia, e mucho amenudo, teníanla afincada de amas partes que la corrian, ca estaba el maestre don Pay Correa en una cabeça muy alta, que es entre Sevilla e Tejada, que es á un lugar que dicen Sant Lúcar de Albayda, e de ally la corría cada dia. E estaua otrosy don Rodrigo Alvarez de Asturias en un lugar á que dicen Alcalá de Guadayra, e de ally la corría cada dia. Estando estos omes buenos ansy, el rey don Fernando fuese para Toledo, e la fabla fué esta, que el rey don Fernando estaría en Castilla tres años, e á cabo de tres años que vernia sobre Sevilla, e non se levantaría de sobre ella fasta que la tomase. E el rey ido, fincaron ally aque-

---

(1) *Nota marginal.*—Desde aquí empieza el obispo de Burgos don Gonzalo de la Hinojosa su historia, continuando á la que tradujo del Arzobispo don Rodrigo del latín.

(2) Hay un blanco.

llos omes buenos, e el rey moro de Sevilla tomó consejo con sus moros sabios sobre fecho de la tierra, que estaua, e la villa, muy menguada de viandas. E dixeron los moros al rey que diese algo á don Rodrigo Alvarez e que ficiesen con él paz, e que avrian más viandas, e ficiéronlo asy. E despues desto, fabló otra vez el rey moro con los moros, porque ya sabía en cómo el rey don Fernando era ido para Toledo, e cómo avia fablado con sus ricos omes, en como estaría en Castilla tres años, e á cabo de tres años que vernia sobre ellos; e el rey de Sevilla mandó á los moros que sembrasen toda cuanta simiente tenian, asy trigo como cebada, e garbanzos, e fabas, e toda la otra simiente, e que lo cogerian e finchirian la villa de pan; e despues, que ficiese el rey don Fernando cuanto peor pudiese. E ellos ficiéronlo ansy, e sembraron cuanta simiente tenian. E fizo Dios tan buen año de pan, que todas las gentes decian que non era si non la gracia de Dios. Tales eran los panes que todas las gentes decian e tan buenos. E don Rodrigo Alvarez, e don Pay Correa, fablaron en uno, e tomaron su acuerdo que embiasen decir al rey en cómo estaua la tierra mucho abondada de muy buen pan; e que sy los moros cogesen aquel pan, que se non trabajase de venir contra Sevilla, que non la podrian tomar, mas que viniese él á comer aquellos panes, e que tomarían la villa, e sy non, que se fincase allá, que non avia por qué tomar trabajo, que non la podría tomar. E el rey don Fernando quando vió las cartas e sopo estas nuevas, non se echó á dormir, e embió luego por toda Castilla e Leon que viniesen todos en pós del, que iba sobre Sevilla. E luego partió él de Burgos, que non salieron con él más de cient cauallos, e asy se fué apresuradamente qual en Burgos estaua quando le llegaron las nuevas. E quando don Rodrigo Alvarez e don Pay Correa fablaron esto que embiaron decir al rey don Fernando, fué un poco ayuso de la Puebla de Coria, porque es el rio ally un poco más angosto, que el uno estaua del un cabo e el otro del otro cabo, que non podían verse en otra manera. E llegó el rey don Fernando á Sevilla en el mes de Marzo de la era de mill e docientos e ochenta e seys años, e de la Encarnacion de Jesucristo en mil e docientos e quarenta e ocho años, aviendo veinte e un años del su reynado, e cer-

cóla de todas partes, e afincáuala mucho de fambre e de guerra; pero que se alongaua la cerca, porque del cabo del Axarafe le venia vianda; como quier que el infante don Alonso posaua desta parte, non lo podia todo guardar, e porque estaua de ese cabo el castillo que dicen de Triana, e acá ayuso á la Torre del Oro estaua una cadena de fierro muy gorda que atravesaua el rio desde la Torre del Oro fasta otra torre que estaua del otro cabo del rio. E esta cadena facia muy grand pesar al rey don Fernando, e muy grand ayuda á los moros. E don Ramon Bonifaz que era burgés en Burgos, oyó decir desta cadena que tan grand enojo facia al rey, e tomó una nave suya que él traia sobre la mar, e mandóla traer ally, e despues que la tovo ally en Sevilla, estovieron grandes dias que non pudieron aver viento el que era menester. E el rey don Fernando preguntó á don Ramon Bonifaz qué viento avia menester, e él dixo que abrego. E dicen que se metió luego el rey en oracion, e estudo tres dias que non lo pudo nenguno ver nin fablar con él, e el quarto dia salió, e mandó á los omes de la nave que la adobasen, e la aparexasen de todo quanto avia menester, e los omes entraron dentro en la nave, e adobaron todo lo que ovieron menester, e alçaron la vela, e á la hora que la vela fué alçada, embió Dios un viento que dicen que á los caualleros quería arrebatar de las sillas, e á la hora entró la nave muy recia por el rio arriba: tan recia iba, que quebrantó luego la cadena, e fué adelante, e quebrantó la puente por medio, e todo quanto falló delante de sy. E quando esto vieron los moros de Sevilla, ovieron muy grand pesar e grand quebranto, porque vieron que todo su pleyto era mal parado. E dende á pocos dias embiaron pedir fabla al rey don Fernando, e el rey embió á don Rodrigo Alvarez que fablase con ellos, e la fabla fué ésta: que queria dar el rey la villa, e el rey que los dexase ir con sus fijos, e con sus mujeres, e con lo suyo, e si algunos quisiesen dellos fincar y, que fincasen salvos á servicio del rey e á su mandado. E el rey don Fernando otorgógelo, e despues demandaron los moros más en pleytesía que querian derribar la mezquita. E dixo el rey don Fernando que lo dixesen á su fijo el infante don Alonso, e dixéronlo al infante don Alonso, e él dixo que si una teja le derribasen della, que por eso

degollaría cuantos moros avia en Sevilla. E ellos dixeron que pues derribarían la torre, e que el rey don Fernando faria otra. E el rey embiólos otra vez con esto al infante don Alonso. E el infante díxoles que si derribasen un ladrillo de los que estauan encima, que por aquello non le fincaría moro nin mora en Sevilla. E cuando vieron los moros que non podian facer nada de lo que ellos querian, aplazaron la villa al rey que gela darian á siete dias, e diérongela. Tomó el rey don Fernando á Sevilla el dia de Sant Clemeynte, ocho dias por andar del mes de Noviembre, era de mil e docientos e ochenta e seis años, e de la Encarnacion de Jesucristo en mil e docientos e quarenta e ocho años.

CAPITULO CCXXXVI.

DEL CONSEJO QUE DIÓ EL JUGLAR QUE AVIA NOMBRE PAJA, AL REY DON FERNANDO SOBRE LA PARTIDA DE SEVILLA.

Despues que el rey don Fernando entró en Sevilla, entraron los ricos omes, e los caualleros, e los concejos; e como eran gente mucha, asy tomaua el rico ome ó el concejo el barrio, e ponian su pendon encima de la casa, porque sus gentes e sus compañas sopiesen los lugares do avian á posar. E despues que el rey don Fernando estovo y unos dias, consejáronle los ricos omes que dexase ally gentes con los moros que fincauan ally por moradores, que non se fueran con los otros, e que se fuese el rey para Castilla; e el rey don Fernando, movido para se tornar para Castilla, e facer aquello qne le consejauan los ricos omes que fincasen dellos en Sevilla e dellos en Córdoua, e dellos que fuesen con él; e por esto avia roydo entre las gentes por non fincar, que avian miedo que á la ora que el rey se fuese, que se ayuntaría el poder de los moros, e que vernian sobre ellos. Cierta mente asy fuera, que cuidando esto los moros, todos los más se fincaron en el Axarafe, cuidando que el rey don Fernando se iria para Castilla, e que á ellos vernia ayuda e que se tornarian para Sevilla. Estando el rey don Fernando en este pensamiento, que se querian ir, porque todos los dias del mundo le afincaban que se fuese, acaesció que avia en Castilla un juglar á quien decian Paja, e escucháuanle bien todos

lo que decia e facia, ca todas las cosas facia él e decia con que todos tomasen placer. E este nunca se partia del rey don Fernando, e un dia pasaua por la mezquita mayor de Sevilla, que aún el rey non avia oido misa en ella, porque atendia que la alimpiasen los arçobispos e los obispos. E este juglar Paja paró mientes á la torre, e vióla tan alta e tan fermosa como es, e vínole á talante de sobir en ella, e sobió encima, e cuando fué encima, paró mientes e vió la villa toda, e vido los pendones de cada cabo, e conosció cuyo era cada uno, e vido que la villa aún no era poblada más del tercio, e dixo entre sy:—Valme Santa María, esto cómo puede ser, que aquí está Castilla e Leon, e aún esta villa non es poblada más de la tercia parte; e pues cómo la poblarán unos pocos que aquí quiere dexar nuestro señor el rey don Fernando? E ruego á Dios que me dé gracia que lo faga yo sobir en esta torre. E el juglar Paja decendió de la torre, cuidando en cómo podria facer que subiese el rey á la torre; e otro dia fué al rey e díxole:—Señor rey don Fernando, por amor de Dios, el que tanto bien e tanta onrra te fizo, te ruego que me fagas una merced tú e tus ricos omes. E el rey don Fernando, como se pagaua dél, díxole que le demandase, e díxole el juglar:—Señor, pídote por merced que comas cras conmigo tú e tus ricos omes.—En buen ora, dixo el rey. Pero, do comeremos? E dixo el juglar:—Encima de la torre de la yglesia mayor. E dixo el rey:—Cómo tanta gente cabrá ay? E dixo el juglar:—Señor, en aquella torrecilla de encima cabrás tú con cinquenta, e en esta otra de las almenas, cabrán quinientos. E dixo el rey:—Comamos y cras. E otro dia leuantóse el juglar muy acucioso como que andaua faciendo de comer á muy grand priesa, e cuando fué ora de tercia, fué al rey e díxole:—Señor, anda á comer. E el rey e los ricos omes fueron con él e subieron en la torre. E cuando el rey fué suso, cató toda la villa cómo parescia de ally muy bien e muy fermosa, e dixo contra sus ricos omes:—Bendicho sea el nombre de Dios que nos dió á ganar á tan noble cosa. E dixo contra los ricos omes:—Aquellos pendones, vuestros son. E dixeron ellos:—Señor: cada uno de nos posamos á grand anchura, nos e los concejos. E dixo el rey:—Bien lo veo. E dixo el juglar Paja:—Señor: védeslo tan bien como lo decides?—Sí,

loado sea Dios. Dixo el juglar:—Pues, señor: mejor vos lo mostraré yo. Señor, vedes vos? aquel pendon es de tal concejo, e aquel otro, de fulan, rico ome. E Señor, aquí es la flor de Castilla e de Leon, e veis cuánto de la villa está yerma? E dixo el rey don Fernando:—A buena fé mucho hay yermo. E díxole el juglar:—Pues ahora que está aquí Castilla e Leon, e non es poblada Sevilla, cómo, Señor, dices tú que te quieres ir para Castilla e que dexarás quien la pueble? Cata, Señor, que si della sales una vez, nunca en ella entrarás otra vez; e Señor, lo que te finca de vevír, á do lo puedes vevir mejor que aquí, nin tan onrrado, nin tan vicioso, nin á tan servicio de Dios? E el rey cató contra el juglar, e dixo:—Siempre lo oí decir e agora tengo que es verdat, que de los locos salen á las vegadas buenos enxemplos, e si yo non te creo, Dios nunca me vala. E dixo:—Agora prometo á Dios que en toda mi vida de aquí non vaya á Castilla, e aquí será mi sepoltura. E desta manera fincó el rey don Fernando en Sevilla fasta que murió en ella, e se pobló muy bien, como nunca fué tan bien poblada, segund que es oy dia. E estando el rey don Fernando de sosiego en Sevilla, veniéronle nuevas en cómo era alçada Murcia. E el rey don Fernando mandó á su fijo el infante don Alonso que la avia ganado, que fuese allá. E fué allá, e cuando el infante llegó allá, falló el pleyto muy mal parado e de mala guisa, e estudo sobre la villa buenos dias.

E el rey don Alonso de Aragon era en Calatayud, e embió decir al infante don Alonso que le queria ir ayudar si entendia que la villa se le ternia. E el infante don Alonso respondióle que le placia, mas que non avia vianda si non poca, e que non cumpliria para tantas gentes. E dixo el rey de Aragon:—Cuando el ome ha de ayudar á su amigo, con su puño e con pan le ayuda, e asy nos levaremos nuestra vianda. E tomó el rey de Aragon mucha vianda, e mucha gente, e fué ayudar al infante don Alonso, e cuando el rey de Aragon llegó, falló que avia ya pleitesía la villa con el infante don Alonso. E de aquella vez se pobló Murcia de muchas gentes del rey de Aragon, e él llevó consigo muchos moros de los de Murcia, e dióles tierra en que labrasen e criasen. E moró allí en Murcia el infante don Alonso de aquella vez bien dos

años e medio, fasta que la pobló toda de cristianos, e cuando esto ovo fecho, vénose para Sevilla, e falló al rey don Fernando, su padre, mucho alegre, porque le avia acontescido tan bien con Murcia. E andando así alegres e bien andantes todos, quiso el nuestro Señor Dios llevarnos al noble rey don Fernando, e adoleció e murió en Sevilla, miércoles treinta dias de Mayo de la era de mil e docientos e noventa años, e de la Encarnacion de Jesucristo en mil e docientos e cinquenta e dos años. E reynó treynta e cinco años, e murió á tres años e medio despues que ganó á Sevilla. E soterráronlo en la yglesia catredal de Santa María á do se mandó él soterrar. E reynó en su lugar su fijo el rey don Alonso, que fué noble rey, e muy noble Señor, e non erró un punto de la nobleza de su padre, que si buen padre perdimos, buen señor cobramos. ¡Gracias aya Dios por cuanto bien e merced les fizo, amen.

CAPITULO CCXXXVII.

DE LO QUE AVENO AL REY DON FERNANDO CON EL REY BERMEJO DE ARJONA, E OTROSY DE LA SU MUERTE DEL REY DON FERNANDO.

Cuenta agora la estoria que quando el rey don Fernando ganó á Córdoua segund dicho es, que avia en Arjona un rey á quien los cristianos decian Bermejo, e los moros llamauan Alhamar, e antes desto era labrador, e dexó de labrar, e fízose almogabar, e salió á tan bueno entre los moros, que lo amauan mucho, e era caualgador, e ardid, e avia muchos parientes en Arjona. E fabló con los moros de Arjona, e la fabla fué ésta: que por qué non catauan en cómo saliesen de sojebto de los reyecillos que avia entre los moros; e ellos tomaron su acuerdo que embiasen por este Alhamar, e que lo ficiesen rey, pues que era tan bueno e tan ardid, e quizá de ally cobrarían la tierra. E ficiéronlo ansy, e embiaron por él, e alçáronlo rey en Arjona. E como era ardid e bravo, fizo muchas caualgadas contra cristianos, e contra moros, e enriqueció su villa e su tierra, e despues que los cristianos entraron á correr tierra de moros, como non se acordaua si non de las villas mayores e más nombradas, acorrian aquellas, e non curauan de Arjona, e por esto

escapaua Arjona, que non la corrian los cristianos. E los moros, porque veian que los cristianos non la corrian como á las otras, decian que lo facian por miedo de su rey Alhamar. E asy estauan los de Arjona con su rey muy atrevidos. E despues que el rey don Fernando ganó á Córdoua, e á toda esa tierra, iba acorrer á Sevilla; esta era la primera vez de tres veces que la corrió, e iba por allá por ese campo, e pasaua por cerca de Arjona el rastro del rey. E dixeron los ricos omes al rey:—Señor, vos ides á Sevilla, e finca en Arjona este peon. Quizá que fará daño en el rastro. E dixo el rey:—Verdad decides. E mandó el rey don Fernando tornar el rastro contra Córdoua, e fueron en mala barata el reyecillo e sus moros. E el rey don Fernando embió por él, e el moro como sabia que el rey don Fernando era noble e verdadero, salió á el, e fízole onrra segund la merescía. E díxole el rey don Fernando que le diese la villa, e el moro dixo:—Señor, toma mi cabeça e despues tomarás la villa. E díxole el rey:—Tú serás mi vasallo, e darm'as á Arjona si te ficiere rey de Granada. E dixo el moro:—Señor, nunca tan buen dia ví, como ser tu vasallo, e en cualquier manera; mas sy me faces rey de Granada, darte Arjona e darte las más acabadas parias que nunca te dió moro. E dixo el rey don Fernando:—Pues yo te faré rey de Granada. Atiéndeme agora aquí fasta que venga de Sevilla, e guárdame aqueste rastro, que los moros tuyos nin los estraños non me fagan mal en él nin daño. E el moro, como sabia que el rey don Fernando era muy verdadero en la su palabra, nunca fallecia, díxole:—Señor, ve en buena ventura, que sy te fallesciere una acémila, yo te daré por ella diez. E asy fué el rey á Sevilla, e corrióla, e robóla, e non falló quien se le parase delante, e tornóse de ally al su peon de Arjona; e como los moros avian miedo al rey don Fernando, e facian por él por cuanto lo fallauan verdadero en todo cuanto les decia, e non les fallescian nin punto; e el rey don Fernando estonce tiró fasta un lugar que dicen Alcazara Bonura, e embió por los omes buenos de Granada, e díxoles:—Vosotros queredes que vos dé yo paces por diez años, e que vos quite las parias de cinco años. Dixeron los moros:—Nunca tan buen dia vimos. E díxoles el rey:—Pues faced rey Alhamar. E los moros por es-

cusar el pecho, e por aver paz, dixeron al rey que lo farian, e levaron Alhamar á Granada, e ficiéronlo rey, e desficieron al otro, uno que era de los de Sarnulo, que era rey. E Alhamar dió al rey don Fernando á Arjona. E asy ovo el rey don Fernando á Arjona sin peligro e sin muerte, e fué de cristianos fasta oy dia. E esto asy fecho, dixeron al rey don Fernando en cómo Jaen era muy fermosa villa, e pidióla Alhamar, e dixo que non gela daria. E dixo el rey don Fernando:—Dámela, e yo darte homenaje que cuando me la demandares, que te la torne. E Alhamar dixo: Asy quiérolo facer. E diógela en que posase cuando fuese e quando viniese. E el rey fizo luego facer encima un alcáçar muy fuerte que es oy dia. E los moros dixéronle luego:—Señor, por qué faces este alcáçar? E dixo el rey don Fernando:—Fágolo para en que pose cuando viniere, porque los mis caualleros e las mis compañas non vos fagan enojo acá en la villa. E así fizo el alcáçar de Jaen el rey don Fernando con esta maestría; e posaua el rey don Fernando en Jaen cada que iba á Sevilla. E despues agora cuando el noble rey don Fernando se vió á la muerte, que Dios embiaua por él e se quiso morir, dixo al infante don Alonso, su fijo, que avia de reynar en pos dél:—Don Alonso, fijo, cata que yo he fecho homenaje al rey de Granada por Jaen, que cuando me la demandare, que gela dé. E tú cuando te la demandare, dágela su villa e ten lo que es tuyo. E dixo el infante don Alonso:—Señor, que es lo mio? E dixo el rey don Fernando:—El alcáçar es tuyo, porque yo lo fice e lo labré, e la villa es suya solamente, por lo cual le fice homenaje. E luego á la hora que el rey don Fernando fué muerto, segund dicho es, luego el rey de Granada embió diez caualleros al rey don Alonso que avia reynado, que le diese á Jaen. E dixo el rey don Alonso que le placia, e fué luego el rey don Alonso, e entregó la villa de Jaen á los moros. E así como facia salir los caualleros de la villa, así los metia en el alcáçar. E dixeron los moros:—Señor, qué es esto que faces? Cómo non nos das el alcáçar? E dixo el rey:—Tomad lo vuestro e dexad lo mio. E dixeron qué era lo suyo. E dixo:—El alcáçar que fizo mi padre. E desta guisa fincaron los moros en la villa, e los cristianos en el alcáçar. E luego á poco tiempo ganó don Lorenzo Suarez trece

castillos cerca Ronda, e cativó los moros: e don Juan García de Sagra pedían cada dia merced al rey que lo sacase de cativo; e el rey don Alonso dixo que lo compraria por doblas ó por otras cosas cualesquier que gelo vendiesen. E dixo el rey de Granada que non gelo queria vender, mas que le daría á Jaen e á don Juan García, e que le diese los castillos que tomó don Lorenzo Suarez. E dixo el rey que le placia, e dióle el rey los castillos, e diéronle á Jaen e á don Juan García. E á cabo de quince dias, murióse don Juan García, e pesó mucho al rey por la barata que avia fecho. E dixo: Si yo sopiera que tan poco nos avia de prestar don Juan García, yo non diera mis castillos; mas non se face si non como á Dios place.

CAPITULO CCXXXVIII.

DE CÓMO REYNÓ SU FIJO EL REY DON ALONSO QUE FUÉ EMPERADOR, E CÓMO CASÓ.

Este rey don Alonso casó con doña Violante, fija que fué del rey de Aragon, e estudo un tiempo que se non pudo empreñar, e el rey con miedo que fincaría el reyno sin heredero, envió pedir la fija del rey de Nuruega, e troxérongela, e avia nombre doña Cristiana, e era muy fermosa á maravilla. E quando llegó á Castilla, falló á la reyna preñada, e ovo el rey muy grand vergüeña de la embiar á su padre e á su reyno, e rogó á su hermano el infante don Felipe que dexase la clerecía, que era electo de la yglesia, e que casase con ella, e que le daria una parte del reyno en que visquiese. E el infante don Felipe, por amor de la infanta, que era muy fermosa, e por lo que el rey le prometia, dexó la clerecía e casó con la infanta doña Cristiana; e despues que casó con ella, non le dió el reynado de quanto le prometiera, salvo lo que mandaua dar á la infanta doña Cristiana, e los almoxerifalgos, e á poco tiempo murió esta doña Cristiana con pesar. E el infante don Felipe demandaba al rey todo lo que le avia mandado, e afincábalo ante los ricos omes diciendo que le avia fecho dexar la yglesia e la onrra, e que non le daua nenguna cosa de lo que le prometiera. E los ricos omes decian al rey que faría bien de dar al infante lo que le prometiera,

pues lo sacara de la yglesia. E el rey don Alonso decia á los ricos omes que él se avernia con él. E asy fincó este fecho entre el rey don Alonso e el infante don Felipe, su hermano. Este rey don Alonso ovo fijos en la reyna doña Violante, su mujer, fija del rey de Aragon, á don Fernando que dixeron de la Cerda, que fué el mayor heredero, e á don Pedro e á don Sancho, e á don Juan, e á don Jaime. E ovo dos fijas, á doña Berenguela e á doña Violante. Esta doña Berenguela envió pedir el grand Kan. E el rey queria gela dar. Ella dixo al rey su padre que *al grand Kan, que le diesen grand cadena*, e non quiso casar con él. E este rey don Alonso ovo otros fijos que non fueron de la reyna: al uno dixeron don Alonso el niño: al otro dixeron Ercoles, e ovo tres fijas que non fueron eso mesmo de la reyna: e la una dellas fué casada con el rey don Alonso de Portogal. E este rey don Alonso de Castilla, despues que fué rey, ganó mucha tierra de moros, e eso mesmo cuando era infante. E luego que reynó, tomó Alcaraz e á Xorquera e á las Cuevas. E despues desto fué sobre Xerez e tomóla, e non tenia gentes para la poblar, e dexó los moros en la villa e dió el alcáçar á don Nuño; e don Nuño dióla á un cauallero que decian Gomez Carrillo, e á poco tiempo que el rey fué en Sevilla, alçáronse los moros con la villa de Xerez e entráronle el alcáçar e afincábanlo mucho. E este cauallero Gomez Carrillo con los de dentro que tenia amparáuase muy bien fasta que le ficieron cava de dentro de la villa. E asy entraron dentro con ellos en el alcáçar, e tomaron el alcáçar e mataron los cristianos, salvo á Gomez Carrillo, que se acogió á uña de cauallo con otros seis, e se fué, e los otros todos los mataron. E vinieron estas nuevas al rey don Alonso, e dixéronle los ricos omes que tornase á Xerez. E díxoles el rey:—Dexaldes agora, que aquello todo es nuestro. E luego fué el rey sobre Tejada e tomóla. E estaua dentro un moro que se llamaua rey. E envióle el rey don Alonso allende la mar, e el rey don Alonso tornóse para Sevilla, e luego á poco fué el rey sobre Niebla e estovo sobre ella nueve meses. Quísose el rey levantar de sobre ella porque se le moría ally mucha gente, que avia ally tantas de moscas, que non comia ome la vianda, que luego canviaua, e non se tenia la vianda en los estómagos, e caía en ellos maleza e morian todos. E por esa raçon se

quisiera el rey levantar e irse; e acaesció que avia allí dos freiles descalços, al uno decian frey Andrés, e al otro decían frey Pedro, e estos vinieron al rey e dixéronle: Cómo, Señor, agora que tenedes la villa cerca de ganada vos queredes ir della, e bastecerla han los moros en tal manera que cuando la queséredes tornarla á este estado non podredes? E dixo el rey: Qué faré, que me se muere la gente con esta tormenta de estas moscas? E dixeron los freiles: Señor, nos vos daremos á este consejo. E estonce mandaron pregonar que todo ome que trujese un almud de moscas á la tienda del rey, que le daria el rey por cada almud tres torneses de plata, e las gentes menudas tomaron omesillo con las moscas, atanto que troxeron allí do estaban los freiles atantas de moscas que fincheron dos silos que eran y, e cesó la mortandat. E el rey moro de Niebla cuando vió que el rey don Alonso estaua quedo, fizo pleitesía con él, e fué esta: que le diese en Sevilla en que visquiese e que tomase á Niebla. E dióle el rey don Alonso al rey moro de Niebla, que avia nombre Benuafon, la su huerta de Sevilla, con otras cosas muchas de que se tovo el moro por contento. E ganó el rey don Alonso á Niebla en la era de mil e docientos e sesenta e dos años, e de la Encarnacion en mil e docientos e cuarenta e cinco años. E tomó con Niebla todo el Algarbe con mucha buena tierra, e luego á poco tiempo tomó el rey don Alonso á Cote e á Moron, e otros muchos castillos, e despues fué el rey don Alonso á Xerez e tomóla en la era de mil e trecientos e quatro años, e de la Encarnacion en mil e docientos e sesenta e seys años, en el dia de San Dionis, diez e nueve dias de Octubre, á catorce años del su reynado, e poblóla luego de cristianos e despoblóla de los moros, que nunca más en ella entraron nin moraron. E tomó luego á Bejer, e á Medina, e á Rota, e á Sant Lucar, e al Puerto, e poblólo, e vínose para Sevilla, e estovo en Sevilla poco tiempo, e vénose para Castilla, e asosegó la tierra, e fizo Córtes en Toledo, e á estas Córtes avia de venir el rey de Portogal, e embióle decir que pues que lo avia casado con fija de Pero Guzmán, que lo dexase estar. E por esto non veno á las Córtes. E las Córtes fechas, vénose á Sevilla, e estudo allí tres años, e veno Abeyucaf de allen la mar e corrió toda la tierra fasta Sevilla; e el rey que estaua en Sevilla á dos dias salió tras él, e él

era ya en Algecira. E fué luego el rey don Alonso sobre Carmona e tomóla, e tomó á Ecija e Aguilar, Estanella, e á otros muchos castillos, e faciendo en esto servicio á Dios, vénole á coraçon de ir á Castilla, e fué allá e andovo por Castilla sosegando su tierra, e llegó á Burgos. E estando en Burgos, veniéronle nuevas de una Emperatriz que venia á él, que era su marido captiuo en tierra del Soldán, e venian con ella treinta dueñas, todas vestidas de negro. E el rey salióla á rescebir con grand gente, e fízole mucha onrra, e metióla en el alcáçar de Burgos con la doña Violante, su mujer. E la reyna fízole mucha onrra, e plógole mucho con ella, e mandó poner la mesa para pensar de la Emperatriz. E díxole la reyna que se sentase á comer. E dixo la Emperatriz:—Nunca lo Dios quiera, que yo á la mesa me pose, que non so digna para ello. E la reyna maravillóse de lo que le decia, e preguntóle que por qué decia aquéllo. E dixo la Emperatriz:—Reyna, tú estás en tu onrra, e Dios te la mantenga, que estás en tu onrra con tu Señor, sano e guarido, e Dios te lo guarde. E yo estó fuera de la mia, ca el mi Señor non es en su poder, antes es captivo en tierra del Soldán, e yo fué á casa del Apostólico de Roma por ver si fallaría en él ayuda, e dió el tercio del aver; e fuí á casa del rey de Francia, e dióme el otro tercio. E allí oí decir de la nobleza e de la franqueza del noble rey don Alonso de Castilla, e so aquí venida á le pedir ayuda para sacar el Emperador, mi marido, de captivo. E la reyna embió por el rey e contóle todo lo que dixera la Emperatriz. E el rey rogóle mucho que se asentase á comer. E ella dixo que nunca comiera en manteles fasta que toviese para quitar á su marido el Emperador de cativo. E el rey le preguntó que los de su tierra que por qué non lo quitauan. E ella dixo que non era uso que diesen por él nada, mas antes decian ellos que le facian mucho cuando non facian otro Emperador. E el rey tomóla por la mano e pósola á la mesa, e díxole:—Emperatriz, yo vos prometo que de hoy en veinte dias yo vos daré con que quitedes al Emperador, vuestro marido. E dixo:—Cata, rey, qué dices, que non sabes cuánto yace. E el rey preguntó: Por cuánto yace? E ella le dixo:—Por quarenta quintales de plata; mas que el Papa le diera el un tercio, e el rey de Francia el otro tercio. E el rey tomóla

por la mano e fuéla á asentar á la mesa, e dióle la mano que á veynte dias le daria quarenta quintales de plata. E dixo la Emperatriz:—Agora comeré á manteles, pues que es quito el mi Señor, e así comió e folgó la Emperatriz con la reyna. E á los veynte dias dióle el rey don Alonso los quarenta quintales de plata, e mandó que tornase lo que avia tomado al Papa e al rey de Francia. E que tan largo fué el rey don Alonso, que aun oy dia face mengua este aver en Castilla. E fuese la Emperatriz, e tornó al rey de Francia e al Papa lo que le avian dado, e contóles todo lo que le acontesciera con el rey don Alonso de Castilla. E todos cuantos lo oian, loaban e presciaban mucho al rey de Castilla. E salió luego este Emperador de captivo e pedricaua la bondat del rey don Alonso de Castilla. E sonando esta voz por todas las tierras, acaesció que murió el Emperador de Alemania, e fincara el Imperio sin heredero, e ayuntáronse todos los condes e los ricos omes para acordar quién farian Emperador, e esleyeron por Emperador al rey don Alonso, e embiaron por él que fuese á rescebir el Imperio. E estando en Burgos, venieron á él cuatro caualleros con cartas de los más onrrados condes del Imperio, que en todas las guisas del mundo fuese requerir e rescebir el Imperio, e que non ficiese ende al por ninguna manera. E el rey don Alonso guisóse para ir al Imperio, e tomó muy grandes gentes e grandes averes, e fuese para su Imperio. E desta vez fincó Castilla pobre de los averes, fasta oy dia. E llegó el rey don Alonso fasta Leon del Ruédano, e dexó en Castilla por rey á don Fernando de la Cerda, su fijo, que era mayor heredero en el reyno. E este infante don Fernando seyendo infante, casó con la fija del rey de Francia, que decian doña Blanca, e casó con esta postura: que si oviese en ella fijos, que reynasen en Castilla los fijos despues dél. E desto ficieron omenaje los ricos omes de Castilla, e cartas selladas con sus sellos al rey de Francia. E así embió el rey de Francia á su fija por mujer al infante don Fernando de la Cerda, que avia de reynar en Castilla. E ovo este don Fernando en la fija del rey de Francia, fijos, á don Alonso e á don Fernando. E estos demandaron despues el reyno grand tiempo, tanto que el rey don Alonso iba al Imperio, éste don Fernando fincaua por rey en Castilla, e yéndose

para el Andalucía, murió en Villareal, e fincó don Alonso su fijo, muy pequeño, e el rey don Alonso que era en Leon del Ruédano, llegáronle las nuevas de su fijo don Fernando de la Cerda como era muerto, e aun con todo eso non le osaua decir nenguno que se tornase. E sus ricos omes buscáronle una maestría en que le ficieron entender que era mejor tornarse que non yr. E esto fué que le ficieron un juego de ajedrez, e ficiéronlo en tal manera que non avia el rey más de dos casas, e los juegos tomábanle la una, e otro juego dáuale mate. E dixeron al rey:—Señor, andad e veredes qué juego de partido han fecho aquellos ricos omes en el ajedrez. E fuélo ver el rey, e ficiéronlo antél. E dixéronle:—Señor, vedes qué juego? E dixo el rey:—Sí, veo bien, e mándovos que vos gocedes, e que nos tornemos para Castilla. E sabed que todas las gentes ovieron grand placer. E tornóse el rey don Alonso para Castilla, e cuando llegó á Castilla, falló toda la tierra sosegada e sin bollicio, salvo que don Alonso, fijo del infante don Fernando de la Cerda, el que despues de la muerte del rey don Alonso avia de ser rey, e como quiera que él fuese moço, non dexaua de demandar su derecho, e demandáuanlo otros muchos por él. E desto pesaua mucho al infante don Sancho, e á otros muchos de la tierra que tenian con el infante don Sancho, que decian que más guisado era que tomase él el reyno, que non que entrasen en la tierra los franceses, e lo uno porque le metian en coraçon que tomase el reyno, e lo al porque él lo avia á talante, tomó este fecho á coraçon e á voluntad atanto fasta que lo demandaua por derecho e por ante jueces, á vista de Castilla e de Leon, e ficieron alcaldes que judgasen este pleyto, e pusieron abogados que lo razonasen e toviesen la voz de las partes. E fueron los alcaldes el infante don Manuel e Diego Lopez de Sazedo. E fueron los abogados Juan Gato de Çamora e Agostin Perez. E decia el infante don Sancho que pues don Fernando non reynara, que non seria su fijo rey; e pues que el rey don Alonso era vivo, e él era el mayor fijo, que avia de heredar de derecho e ser rey.

CAPITULO CCXXXIX.

DE CÓMO EL REY DON ALONSO FIZO CERCAR ALGECIRA.

Así fincó el pleito en esta guisa, e el rey don Alonso guisóse para venir sobre Algecira, e llegaron de Castilla e de Leon muy grand gente, e vínose el rey para el Andalucía, e mandó que se viniese la flota de Castilla para Sevilla, e cuando fuese en Sevilla que guisaría la otra flota que y era, e que irian sobre Algecira, e así lo fizo, que luego se veno el rey á Sevilla, e cuando llegó ya era y la flota llegada, e mandó armar el rey la flota de Sevilla. E fueron almirantes de las galeas de Castilla don Pero Laso, e de las de Sevilla don Pero Nuñez de Feu, e fuéronse para Algecira e el rey e la hueste que se avian de ir por tierra luego. E vénole mandado al rey de la reyna de Portogal su fija, en que le enviaba pedir merced que la atendiese en Sevilla fasta que ella viniese á verse con él. E el rey envió con la hueste e con los caualleros á sus fijos don Pedro e don Alonso el niño. E estos fueron con la hueste, e llegaron Algecira, e la flota llegó y, e fablaron con los almirantes cómo otro dia saliesen á tomar agua, e fincó entre ellos que todos saliesen en uno por raçon que andauan ay mucha gente de la cauallería de los moros. E dixeron los castellanos á don Pero Laso: —Vayamos nos por nuestra agua e vayan ellos por la suya, e paresce que nos non osamos ir sin ellos. E salieron los castellanos de las galeas por agua, e non quisieron llamar á los otros, e salieron á ellos la cauallería de los moros e mataron á don Pero Laso e a otros muchos, e salieron los de las otras galeas de Pero Martinez de Feu, e él con ellos toviéronse por bien andantes cuando lo pudieron cobrar muerto, e metiéronlo en las galeas de Castilla, e don Pero Martinez tomó los comitres de las galeas de Castilla, e metiólos en las de Sevilla. E esto fué miércoles, diez e siete dias de Julio, era de mil e trecientos e diez e seis años, e de la Encarnacion de Jesucristro de mil e docientos e setenta e ocho años. E esto facia don Pero Martinez por sosegar las gentes, e sobre todo esto començó la enfermedad á matar muchos dellos, e sobre todo este mal vino la flota de Abeyuçaf de allende la mar, e como venia fresca,

e esta otra estaua lazrada, desbaratáronla e levaron todas las galeas los demas. E á la ora que la flota fué desbaratada, tornáronse los ricos omes e los infantes para Sevilla á do estaua el rey, e cuando los vió el rey, díxoles muchas malas cosas e muchos sosaños. E ellos fincaron mucho envergonzados. E el rey avia muy grand pesar por los buenos que alli cativaron, que fueron estos: Ferrand Perez de Guzman, e Alonso Roys de Mendoza, e don Pero Martinez de Feu, e don Guillen de Sauaante, e otros muchos buenos que en aquella flota eran, que de toda la armada no escapó más de una nave, e esta non escapara si non por un cauallero que dixo á los moros que non la combatiesen, que él gela faria dar, e los moros enviaron el cauallero á la nave, e cuando fué en la nave, alçó la vela e fuese, e así escapó la nave por este cauallero. E el rey, con saña grande que tenía porque sus gentes fueran desbaratadas, llegó luego á pocos dias sus gentes de Castilla e de Leon, e entró á la vega de Granada con todos sus fijos e con todos sus ricos omes, e taló e quemó e astragó toda la vega, e salióse. E desta salida envió al infante don Sancho, su fijo, á Castilla, e él fincó en el Andalucía, e desta se alçó el infante don Sancho e se fizo la guerra que dicen de padre e fijo.

CAPITULO CCXL.

DE CÓMO DON FELIPE EL INFANTE DEMANDAUA AL REY DON ALONSO SU HERMANO LO QUE LE PROMETIERA.

El infante don Felipe, despues que dexara la yglesia e se casara con doña Cristiana, por ruego del rey don Alonso, su hermano, segund dicho es, demandaua al rey lo que le avia prometido ante los ricos omes. E los ricos omes rogauan al rey que le ficiese justicia, pues él perdiera la clerecía do era electo por él. E el rey decíales: Qué avedes vos que ver en ello, que yo me averné con mi hermano? E desto pesaua mucho á todos ellos, porque les daua mala respuesta. E andando así ellos sañudos, fizo el rey desfacer la moneda prieta, e fizo los sueldos e las meajas. E desto pesó mucho á los ricos omes, porque tomauan un cauallo por cient

maravedís de aquella moneda, e despues non la tomauan por dos mil maravedís de la otra. E dixeron al rey:—Señor, esto que faces no es pro de la tierra, desfacer la buena moneda e facer otra que non es tan buena, que por cient maravedís de la otra moneda compráuamos un cauallo, e desta non lo avemos por dos mil. E dixo el rey:—Estonce el que no avia más de mil maravedís, dole yo agora cuatro mil maravedís. E por esto todos los ricos omes fablaron con el infante Felipe, su hermano del rey, e dixeronle que se alçase con ellos, e que ellos le farían cobrar lo suyo e aun más. E él díxoles que lo faría de grado. E así alçáronse todos con el infante; pero que don Nuño levaua la voz de los ricos omes, e de todas las gentes, e fueron para Granada. E el rey de Granada fizoles mucha onrra, e dió á entender que le placia mucho con ellos. E fizo una mezquita por dar á entender que era más rico de lo que era, e fizo que cuanto para trigo e cebada daua á los cristianos, que todo salia por una boca e por un lugar. E maravilláuanse desto todos, e decian que este silo era el mayor que nunca ome viera nin oyera. E esto facia él porque dixesen los cristianos que todos cuantos silos allí parescian que todos eran tan grandes como aquél. E los ricos omes estando allí, acordaron que embiasen allen la mar por Abeyuçaf, e que le diesen toda la tierra como la diera el conde don Julian. E embiaron allá á don Juan Nuñez, fijo de don Nuño, que era estonces moço, e pasó la mar, e dió las cartas de todos los ricos omes de Castilla, e la carta del infante don Felipe, todas selladas con sus sellos, que pasase la mar, e que le darian toda la tierra. E Abeyuçaf guisóse, e embió por grandes poderes de cauallerías, e de otras gentes de pie, e mandó á don Juan Nuñez que se fuese á Granada, á los ricos omes, e que les diese lo que él les embiaua, que eran grandes averes, e que les embiaría grandes cauallerías e otras gentes de pié. E cuando llegó don Juan Nuñez á Granada, falló que el rey de Granada era muerto, e que los moros avian fecho rey á su fijo Aben Alhamar. E este les fizo mucha onrra más que el padre. E cayó en ellos gran enfermedat, que morian como canes. E ellos estando así, quiso Dios poner entre ellos concordia e avenencia con el rey don Alonso de Castilla,

e tornáronse á Castilla, e cuando fueron tornados, sópolo Abeyuçaf, e pesóle mucho, e con pesar que ovo dellos, tomó las cartas que le avian embiado los ricos omes, e embiólas al rey don Alonso, e el rey guardólas e non dixo nada á ninguno. E Abeyuçaf pasó luego la mar e començó á facer mucho mal. E el rey don Alonso era en Burgos cuando pasó Abeyuçaf á estragar la tierra del Andalucía. E acordaron los del Andalucía de lo embiar decir al rey. E embiaron de Sevilla al abad de Sant Salvador, e él llegó á Burgos, e dixo á los ricos omes en cómo pasó Abeyuçaf con gran poder, e non osaua nenguno decírgelo al rey, e decian quién gelo diria. E dixo don Juan Nuñez:—Yo gelo diré. E dixeron todos:—Pues decídgelo. E dixo al rey:—Muchos moros pasaron la mar. E el rey calló e fizo que no oia. E don Juan Nuñez díxogelo otra vez. E él paróse e tornó el rostro contra él e dixo:—Non pasaron tantos por cuantos embió vuestro padre e fuestes vos. E desto pesó mucho á los ricos omes, porque ellos cuidauan que el rey non sabia nada de aquellas cartas nin de lo que embiaron decir al rey Abeyuçaf; e ovieron muy grand vergüença, e por esto nunca jamás osaron los ricos omes demandar los fueros que demandauan, nin el infante don Felipe lo que demandaua al rey don Alonso, su hermano. E estonce mandó el rey á don Nuño que se viniese á la frontera por adelantado, e cuando fué ido, embió el rey cartas á todas las villas e fortaleças, que non lo acogesen. E don Nuño fuese para Ecija, e veno al poder de Abeyuçaf, e salió á ellos don Nuño, e matáronlo cerca de una cabeça que dicen agora los cristianos Sant Cristóbal. E mataron y de los de Ecija e de la tierra en derredor, e murieron de los ricos omes Ferrand Roys, su hermano; e Diego Flores escapó, que era moço, e metióse en Ecija, que se pararon á las puertas de la villa e la defendieron. E murió este don Nuño por una palabra que dixo un peon, que él queria ante dar al arçobispo de Toledo, don Sancho, que era fijo del rey de Aragon, que venia en su ayuda con muy grand poder de cauallería e de peonaje, ca venia con él el concejo de Córdoua, e de Ubeda, e de Baeza. E dixo don Nuño:—Atendamos al arçobispo e aya su parte desta onrra, que merécela. E dixo un peon:—Aya la honra don Nuño. E oyólo un cauallero de sus vasallos, e

dixo á don Nuño:—Vedes que dicen aquellos peones, que aya la honra don Nuño. E estonce don Nuño mandó mover el pendon contra los moros e subió encima del Viso, e dió en la delantera dellos, e desbaratáronse e ficiéronse los moros dos partes: la una que fincaua atrás, dió á la zaga de los cristianos; e dixeron á don Nuño:—Los moros dan en la zaga. E él mandó tornar el pendon, e los moros dixeron:—Fuyen los cristianos. E los unos dieron en la zaga e los otros entre él e la villa, e así murieron todos. E desta mesma manera murió el arçobispo de Toledo, don Sancho, fijo del rey de Aragon, quel andaua por el Andalucía por facer servicio á Dios. E salió de Quesada, que era suya, e iba á Jaen, e topó con los moros que salian de correr tierra de cristianos. E los adalides le dixeron:—Vedes los moros? E él cuando los vió, mandó al que leuaba la cruz que fuese á la delantera de los moros. E él fué tomar la delantera e non quiso atender la gente. E los moros mataron al arçobispo con grand gente; e el infante don Fernando de la Cerda que fincaba en Castilla por rey e Señor, cuando le dixeron estas nuevas destos omes nobles que eran muertos, que los mataron los moros, embió por todas las tierras de los reynos, e allegáronse grandes gentes, e guisóse para venir á la frontera, e él iba a facer servicio á Dios, non quiso Dios que lo acauase, e adolesció en el camino. E con todo esto, él non dejaua de ir, e llegó á Villarreal e afincóle el mal, e murió y en Villarreal. Dios le haya merced al alma. Amén.

CAPITULO CCXLI.

DE LO QUE FIZO EL INFANTE DON SANCHO EN LA VEGA DE GRANADA.

Cuando el rey don Alonso entró en la Vega de Granada, llevó consigo todos sus fijos, e el infante don Sancho, que era el mayor e el mejor, e entraron por la Vega fasta que llegaron á Granada, una cabeça á que decian Aviezin (1) la cual agora han metido en la cerca del muro de la villa, que estonce non era así.

---

(1) *Al margen.*—De mano de Zurita: *Albayzin.*

E los moros que salian de la villa, paráuanse en la cabeça, e el infante don Sancho vió los moros allí estar, e dixo:—Aquellos moros, cómo están allí? E dixéronle:—Señor, allí se paran ellos siempre, que aquel lugar es tanto como en la villa. E el infante embió por un rey de Granada que avian desfecho cuando ficieron rey á Alhamar, rey de Arjona, e era de los de Escaliuela, e andaua con el rey don Alonso faciendo mal á los moros; e díxole el infante don Sancho:—Aquel lugar en que está aquel poder de los moros, qué lugar es? E díxole el moro:—Aquel lugar era donde se paran siempre los de la villa, e cuando quieren facer espolonada, de allí la facen, e allí se acogen cuando tornan. E dixo el infante don Sancho:—Pues aquel lugar tomemos nos e fagamos á ellos lo que cuidan facer á nos. E dixo aquel moro:—A muchos cristianos muy fuerte es de tomar. E dixo el infante:—Fuerte ó flaco, á tomar es. Estonce el infante mando mover su pendon, e fué tomar la cabeça á los moros, e mataron muchos dellos, e murieron muchos cristianos. E el poder de Granada cuando vieron que el infante estaua en la cabeça, e non le podian acorrer los de su hueste, allegáronse de pie e de cauallo mucha ballestería, e cercaron aquel lugar, e matando en los moros, e los moros en ellos, llegóse al infante aquel moro que avia seydo rey de Granada, e dixo:—Señor, salidvos de aquí, que el poder de los moros es grande, e á vos non vos pueden acorrer los de la hueste. E dixo el infante:—Id allá, que más vale bien morir que mal vevir. E el moro dixo:—Pues quiero ir decir al rey que vos acorra. E el moro fué al padre, e díxole:—Señor, si non acorredes al infante don Sancho, muerto es, que lo tiene cercado todo el poder de Granada. E yo díxele que se saliese, e él díxome que más valia bien morir que mal vevir. E dixo el rey á don Gonzalo de Aguilar:—Id al infante e decidle que se salga, e que non quiera morir, e que todo lo que quisiere acabará. E don Gonzalo fué allá, e fizo mucho por llegar al cabeço do estaua el infante. E los moros cercáronlo, e matáronlo allí, que non pudo decir nada al infante. E cuando don Gonzalo fué ido, dixo el rey esta palabra que oyeron muchos de Castilla e de Leon. E la palabra fué ésta:—Malo sería don Sancho de desfacer. Cuantos esta palabra oyeron, decian que todo lo

que facia don Sancho era por consejo del rey. E estudo el infante don Sancho en aquella cabeça todo el dia fasta la noche, faciendo tanto, que Castilla e Leon se maravillaron cómo dende salió vivo. E de allí se pagaron las gentes dél atanto, que dixeran que era para ser rey de Castilla e de Leon.

CAPITULO CCXLII.

DE CÓMO SE ALÇÓ EL INFANTE DON SANCHO CONTRA EL REY DON ALONSO, SU PADRE.

Esto así fecho, luego que salieron de allí, luego le dió á Córdoua Ferrand Muñoz que tenia el alcaçar por el rey don Alonso, e luego se alçó con toda la tierra, e todos los concejos, e todas las más cibdades del reyno se alçaron con él, fasta que toda la tierra lo acató por Señor, como quiera que nunca se llamó rey, fasta que su padre murió.

E todo esto fizo él, porque non entrasen los franceses en la tierra, e fincó el rey don Alonso, su padre, desheredado, que non tovo con él si non Sevilla tan solamente, e todo lo al era con el infante su fijo, don Sancho, e aun las Órdenes con él tovieron, si non fueron muy pocos freyles que tovieron con el rey. E veyéndose el rey don Alonso muy desamparado, dixo á los arçobispos e á los obispos que metiesen paz entre él e su fijo, el infante don Sancho, e ellos en lugar de meter paz, metieron y más mal e más discordia.

E el rey don Alonso cuando se vido desapoderado e pobre, metióse en Sevilla, que non le fincaua más, e cantaua e decia así:

Yo sally de mi tierra—para Dios servir,
e perdí cuanto avia—desde Enero fasta Abril,
e todo el reyno de Castilla—fasta Guadalquivir.
E los obispos e perlados—cuydé que meterian paz;
mas ellos dexaron esto—e metieron mal asaz
entre mí e mis fijos—como en derecho non yaz;
non á escuso, mas á voces—como el añafil faz.
Fallesciéronme amigos—e parientes que yo avia,
con averes, e con cuerpos,—e con su cauallería.

Ayúdeme Jesucristo—e la Virgen Santa María,
que á ellos me acomiendo—de noche e de dia.
Non he más á quien lo diga—nin á quien me querellar,
pues los amigos que yo avia—non me osan ayudar,
que con miedo de don Sancho—desamparado me han.
Non me desampare Dios—cuando por mí embiare.
Ya yo oí otras veces—de otro rey contar,
que con desamparo se ovo—de meter en alta mar,
á morir en las ondas—ó en las aventuras buscar.
Apolonio fué aqueste—e yo faré otro tal.

E el rey don Alonso diciendo esto, e otras cosas muchas, con gran pobreza, embió la su corona al rey Abeyuçaf de allen la mar, que le prestase sobre ella algo. E el rey Abeyuçaf cuando vió la corona del rey, dolióse dél, e prestóle sesenta mil doblas de oro. E de mientra embió la su corona allen la mar, mandó facer en Sevilla una galea negra en que se fuese á perder á la ora quel llegase el aver de la corona. E el rey Abeyuçaf cuando vido la corona, mostróla á los nobles moros, e ellos cuando la vieron, dixeron que non faria tal cosa nin tal nobleça, si non ome noble. E dixo:--Este es rey de Castilla, e halo desheredado su fijo. E dixo: —Viéneme á coraçon de ille ayudar que cobre su reyno. E dixeron los onrrados de los moros:—Señor: pues que tú has de ir á facer algasu en los cristianos, así lo farás en ellos, e farás ayuda á tu amigo, e ayudarle has á cobrar su reyno. E Abeyuçaf embióle las sesenta mil doblas, e embió con ellas cuatro caualleros, e embióle decir con ellos que le iria ayudar á cobrar su reyno si quisiese. E embiógelo gradescer mucho, e dixo: que le viniese ayudar á cobrar su reyno, e él que le queria ayudar en todas las cosas que él mandase. E estonce el rey Abeyuçaf mandó guisar los marineros e pasó luego la mar, e lleuó muy grandes poderes de cauallerías, e fué á ver al rey don Alonso.

CAPITULO CCXLIII.

DE CÓMO EL REY MORO ABEYUÇAF VENO AYUDAR AL REY DON ALONSO.

Cuando el rey Abeyuçaf pasó la mar, embió decir al rey don Alonso á Sevilla en cómo era en Algecira, e que quería atravesar por tierra de Granada contra do él quisiese que le fuese ayudar. E esto facia él porque estaua con el rey de Granada mal quisto, e que queria antes destruir su tierra que non la del rey don Alonso. E cuando los mandaderos llegaron á Sevilla, plogo mucho al rey don Alonso, porque era cierto del rey Abeyuçaf que le venia ayudar, e embióle decir que él se quería ver con él donde él toviese por bien. E los mensajeros idos, pedricó el rey don Alonso en Sevilla en Santa María, e dixo en la pedricacion:—Amigos, vedes aquí á qué so venido, que por forza he de ser amigo de mis enemigos, e enemigo de mis amigos. Esto sabe Dios que non place mí. E sabed que he puesto mi amor con el rey de los moros, e vome á ver con él donde Dios toviere por bien. E mandó guisar sus gentes, e envió sus adalides al rey Abeyuçaf que lo guisasen contra Córdoba, e viniesen á él cuando fuesen cerca. E los adalides fueron á él, e dexáronlo que atravesaua por tierra de moros, e vinieron al rey don Alonso los adalides, e el rey salió contra él, e fallaron los mandaderos del rey don Alonso á Abeyuçaf en Zahara, e dixéronle en cómo venia el rey don Alonso. E Abeyuçaf mandó caualgar á Benamarin, e mandó sacar una tienda muy noble e muy grande, e mandó facer dos estrados con mucha rica ropa de oro, e de seda, e en derredor de la tienda muchos alhamares e buenos, e vieron al rey don Alonso venir así como á un amigo. E mandó Abeyuçaf á Benamarin, e á todos los moros onrrados que besasen al rey don Alonso la rodilla, así como es costumbre de los moros, e embió Abeyuçaf por Alonso Fernandez Cebollilla, e por don Alonso Pérez de Guzman, que eran sus vasallos, que venian de allen la mar con él, e mandóles que cuando viesen al rey don Alonso, que gelo mostrasen á él e á los marineros. E quando llegó el tropel de la cauallería del rey don Alon-

se cerca de la tienda, salió el rey don Alonso delante, e fincó el tropel, e dixeron Alonso Fernandez e don Alonso Perez de Guzman al rey Abeyuçaf:—Señor, este es el rey don Alonso. E mientras le besaron el pié, todavia estudo el rey Abeyuçaf en pié, e la mano en una cuerda de la tienda. E cuando los marinos ovieron todos besado el pié al rey don Alonso, quiso él allí descaualgar, mas mandó Abeyuçaf Abdelat que le dixese que non descaualgase fasta dentro en la tienda. E llegáronse al rey don Alonso, Alonso Fernandez Cebollilla, e don Alonso Perez de Guzmán, e Abdelat que era trujaman, e dixéronle que non descaualgase fasta dentro en la tienda. E descaualgó á la puerta de la tienda á do estaua el rey Abeyuçaf parado en pié, e descaualgó el rey don Alonso, e apartáronse amos los reyes, reyendo e alegres, e tomáronse por las manos, e fuéronse á posar. E poso el rey Abeyuçaf al rey don Alonso en el estrado más alto e más onrrado, e él posóse en el más bajo. E el rey don Alonso levantóse e travó con él que se posase con él en el estrado más alto. E dixo Abeyuçaf:—Posa tú, que eres de abenicio mundo, e yo solo de agora, que me lo dió Dios. E dixo el rey don Alonso:—Non dió Dios nobleza si non á los nobles, nin da onrra e reyno si non á los onrrados, nin da reyno si non á los que lo merescen. E así dióte Dios reyno porque lo meresces. E dixo Abeyuçaf á los moros que grande era la nobleza del rey don Alonso. E pusieron su amor muy bueno e muy firme. E fablaron allí amos de muchas cosas. E su amor puesto, e despidióse el rey don Alonso de Abeyuçaf. E dixo Abeyuçaf al rey don Alonso:—Dadme un adalid que me lieve por la tierra que te non obedescen, e destroirla he; e faré que te obedescan, e á la que te obedesce, que le non fagan mal nin daño. E estonce dióle el rey don Alonso un adalid de Carmona que fuese con él, e mandó que los levase por do entendiese que más poco daño farían. E tornóse el rey don Alonso para Sevilla á guisar su hueste en cómo saliese con Abeyuçaf. E Abeyuçaf fuése luego, e llegó á Osuna, e ovieron que le non podian empescer. Pasaron por ella, e fueron á combatir á Estepa un dia todo, e non pudieron y facer nada, si non que rescibieron daño. E mandó Abeyuçaf otro dia rehalar, e fué posar cerca Ecija, e atendió allí á las cauallerías que avia em-

biado á correr por toda la tierra. E cuando Abeyuçaf movió de Zahara, embió su sobrino Amir con tres mil cauallos que fuesen correr á Castro. E iba con ellos don Alonso Perez de Guzman, e el adalid dixo á don Alonso Perez:—Si ymos á Castro, están seguros que quieren obedescer, e farán grand daño en ellos estos moros. E dixo Alonso Perez:—Llevadnos á otro lugar do non fagamos tan grand daño. E el adalid levólos á Córdoua, e cuando amanesció, falláronse los moros cerca de Córdoua, e dixeron los moros:—Amir, señor, cata que esta es Córdoua, e está Sanchon en ella, e agora será aquí con nos. E Amir embió por el adalid, e díxole ¿Cómo embió nos nuestro señor Abeyuçaf á Castro, e tú troxístenos á Córdoua? Tú non andas con bien. E dixo el adalid:—Señor, non sería onrra de nuestre señor Abeyuçaf nin de tan noble cauallería de ir acorrer á un astroso lugar en que non fallaredes nada; mas yo vos troxe aquí á sabiendas porque levásedes carne para nuestro Señor el rey. E dixo Amir:—Si Sanchon está ahí, non nos dexará levar carne. E ya quisiese Dios que fuésemos ydos en salvo. E dixo el adalid:—Señor, non es aquí Sanchon. Estonce dixo Amir que era bueno el adalid, e agradesciógelo mucho lo que dixera e lo que ficiera. E estonce mandó ir á las algaradas á todas partes, e derramaron como los diablos así iban aquellos polvos. E corrieron toda la tierra, e quiso Dios que non fallaron nada en que ficiesen daño, salvo unas pocas de vacas que truxeron de allende de la sierra, e tornáronse á la hueste de Abeyuçaf, que habia pasado cerca de Ecija el río arriba de Guadaxenil cuanto legua y media de la villa. E allí llegó Amir cuando vino de correr á Córdoua e contáronle todo como pasaron, e plógole mucho de lo quel ficiera el adalid. E allí le vinieron nuevas en cómo venia el rey don Alonso de Sevilla, con su hueste, e mandó á Abenmarin caualgar e salirlo á rescebir allá ayuso aquellos visos de Ecija. E posaron amos los reyes en uno bien un mes la una hueste cerca de la otra, cuanto un mijero, como quier que todos compraua e vendian en uno. E posaua Abeyuçaf el rio arriba, e el rey don Alonso el rio ayuso. E esto fué en Castro, ribera de Guadaxox; e el rey don Alonso cuando llegó á Ecija non entró en la villa, que luego pasó por la puente. E fué por el camino de la

Parrilla e allí fablaron amos cómo farian. E fuese Abeyuçaf e llegó á Castro, e fizo mucho mal, como quier que rescibió grand daño. E luego llegó el rey don Alonso á Castro e estudo y cuatro dias, e al quinto dia caualgó el rey don Alonso e el rey Abeyuçaf, e fueron contra Castro, e luego salió el concejo á obedescer al rey don Alonso, e fincaron los ynojos en tierra llorando de los ojos; así lo obedescieron los de Castro. E movieron luego dende, e fueron posar en un lugar que es entre Castro e Córdoua, á dos leguas, que dicen Teba. E allí moraron los reyes bien un mes. E dende fueron amos los reyes á Córdoua, e llegaron con ellos aquellos moros que fueron en Algasu. E un dia antes que los reyes moviesen de Teba, llegó y un moro que era el que truxera consigo cien veces mil omes de cauallo e de pié; e decian á este moro Alhage Caharan, e iba en Algaza. E este moro luego que llegó á Abeyuçaf, díxole:—Rey: cómo tú non dexiste á los moros que veniste en Algasu? E él dixo:—Sí, pues, dixo el, qué detienen aquí estos cristianos, que yo sé muy bien que si tú matas estos cristianos que aquí están con este su rey, que toda la tierra es ganada. E calló Abeyuçaf. E esto fuéronlo á decir al rey don Alonso. E otro dia avian de mover de aquel lugar, e de la media noche ayuso mandó el rey don Alonso que se armasen todos. E alli dice que fizo tanta cauallería e tanta de gente, que cuidaron los moros que les faria alguna traicion. E llegaron todos en uno fasta Córdoua, e mandó el rey don Alonso que llegasen el su pendon á las puertas de Córdoua, e llegaron á aquel cortijo que es de aquel cabo de la puente con el pendon, e preguntaron aquéllos que lleuauan el pendon, si era alli Ferrand Martinez, e dixéronles:—Sí. E luego paresció Ferrand Martinez entre las almenas, e dixéronle los que traian el pendon:--Ferrand Martinez, conoscedes vos este pendon? E dixo él:—Sí conosco, que es de nuestro Señor el rey don Alonso. E dixeron ellos:—Pues él vos embia decir que le dedes á Córdoua, que bien sabedes vos que él vos fizo cauallero e vos la dió. E dixo él:—Decid vos al rey don Alonso que otro Señor tenemos en Córdoua. E dixeron ellos:—Quién es ese? E dixo él:—A don Sancho que llegó aun agora. Estonce los que lleuaron el pendon, embiaron un cauallero al rey don Alonso, en cómo sopiese

que era en Córdoua el infante don Sancho. E cuando lo dixeron al rey, pesóle mucho dello. E cuando Abeyuçaf vido venir al cauallero que fuera con el pendon e que fincara allá el pendon, cuidó que venia con buenas nuevas, e embió á Alonso Perez e al Trujaman al rey don Alonso, que le embiase decir qué nuevas avia tenido. E él embióle decir que don Sancho era en Córdoua. E embióle Abeyuçaf á decir que qué tenia en talante de facer, si le queria dar la villa ó non. E el rey don Alonso embióle á decir que por tirar sospechas, que lo embiase él á saber. E Abeyuçaf embió á Córdoua á don Alonso Perez de Guzmán e al Trujaman, e entraron á don Sancho e dixéronle en cómo le embiaba á rogar el rey Abeyuçaf que catase lo que cataron siempre aquéllos donde él venia, e que no se alçase contra su padre, e que le tornase su tierra. E en tanto que estos mensajeros fablaban con don Sancho, llegáronse los marinos á las barreras, e mataron una pieza de los peones, e llegaron á don Sancho estas nuevas. E dixo don Sancho á los mensajeros de Abeyuçaf:—E cómo vosotros con este mensaje me venistes, que me matan los moros las gentes? E non sé quién me detiene que vos non mandó lançar por cima del adarve á fuera de la villa; mas idvos agora de aquí, e non estedes aquí más. E ellos fuéronse, e cuando fueron fuera, decian:—Nunca nos dió Dios aquí más meta. E así se fueron sin nenguna respuesta de lo porque iban. E pesó dello mucho á Abeyuçaf, e embió á decir al rey don Alonso otra vez que qué queria que ficiesen. E embió decir que mandase correr la tierra. E luego embió las algaras por toda la tierra en derredor, e robáronla e astragáronla. E llegaron los moros de aquella vez fasta Consuegra. E Abeyuçaf pasó por el puerto del Muladal, e pasó el campo de Montiel, e de allí embió las algaras por todas las tierras, e robaron e astragaron, e quemaron cuanto fallaron, e tornóse el rey don Alonso para Sevilla. E Abeyuçaf andando por aquella tierra de vagar que nunca falló quien le dijese nada. E cuando salió leuaba tantas de vacas, que el mundo cobrian. E destas vacas llevó Abeyuçaf allen la mar, e fizo dellas grandes cabañas, porque las vacas de allen la mar non son tan manas como estas desta tierra, si non menores e muy más pequeñas.

CAPITULO CCXLIV.

DE CÓMO EL REY DON ALONSO SE FUÉ Á VER CON ABEYUÇAF.

Despues que el rey Abeyuçaf corrió la tierra e robó á su voluntad, mandó pasar el ganado á su paso, porque non se le perdiese por el puerto de Caoasen, e vénose muy paso e fué pasar cerca de Ecija e en ribera de Guadaxenil, e de allí embió sus mandaderos á Sevilla al rey don Alonso, que se queria ir ver con él ante que se fuese para su tierra. E el rey don Alonso rescibió bien los mensajeros e fízoles mucha onrra, e preguntóles do era Abeyuçaf; e ellos le dixeron que lo dexaran cerca de Ecija, e que posara en ribera de Guadexenil. E el rey don Alonso mandó guisar su gente que fuesen con él, e guísáronse, e salió de Sevilla, e fué para Ecija, e pasó por ella e non entró en la villa, ante mandó poner su hueste cerca de la de Abeyuçaf. E díxole Abeyuçaf cómo era venido el rey don Alonso, e plógole mucho, e quísole ir ver, e porque era ya noche, dexólo fasta en la mañana. E el rey don Alonso que mandaua fincar sus tiendas, embiáronle decir de la hueste de Abeyuçaf que parase mientes en su facienda, que por cierto que lo queria tomar Abeyuçaf á traicion. E el rey don Alonso, como era noche, mandó luego dar cebada, e cuando ovieron las bestias comido la cebada, mandó caualgar á su gente, e andudieron toda la noche, e amanescióles cerca de Ecija, e embió el rey don Alonso por el moro Mandil, fijo de Abeyuçaf, e díxole en cómo el rey, su padre, Abeyuçaf, le queria facer maldat. E díxole Mandil:—Señor: non creades que mi padre tal cosa ficiese por nenguna manera. E cuando esto sopo el rey Abeyuçaf, tomó muy grand pesar por ello, e dixo:—Por Dios, si yo sopiese quién tal cosa dixo ó lo embió á decir, bien le podria decir que avia fecho mal; e sospecharon que lo dixera don Alonso Perez de Guzman, e teníale saña Abeyuçaf, fasta que se salvó, que lo mandaua echar en la cárcel de Marruecos, e avia jurado de lo nunca sacar; mas, don Alonso Perez fuese á echar á sus piés, e salvóse, e el rey non le fizo mal. E fuese el rey don Alonso á Sevilla e non se vido más con Abeyuçaf; e á cabo de un mes, embió Abeyuçaf al rey don

Alonso que le embiase ayuda, que queria andar por tierra del rey de Granada. E el rey embióle nuevecientos cauallos, e embió por cabdillos dellos á don Fernand Perez Ponce, como quier que iba y don Juan Fernandez, e don Pedro Fernandez, su hermano, que eran los batisalas, e otros buenos caualleros; pero non avia otro tan bueno. E saliéronse de Sevilla e fuéronse á Granada, e fallaron al rey Abeyuçaf cerca Ronda, e plógole mucho con ellos, e fuese facia Málaga, e allí mandó dar pagas á los cristianos, e diéronles doblas. E despues que ovieron tomado las doblas, dixeron á don Fernand Perez Ponce en cómo el rey Abeyuçaf los queria levar á los cristianos allen la mar, e pesóle mucho. E dixo:—Esto será como Dios quisiere; e esto era ya tarde cuando gelo dixeron; e veno la noche, e mandó que de la media noche adelante, que se armasen e que cargasen las acémilas, e los cristianos ficiéronlo así. E cuando amanesció, pararon mientes los moros e vieron cómo se iban los cristianos. E el rey Abeyuçaf embióles decir que le diesen lo suyo e que se fuesen á buena ventura, que pues mal servian á su señor, que á él non le servirian bien, que dias avia que los castellanos lo avian por costumbre de ser soberbios e servir mal á su señor, e que si non fuese por non facer pesar al rey don Alonso, su hermano, que les él ficiera que nin á él nin á otro nunca serviesen bien nin mal, e que se fuesen cuando quisiesen. E don Fernand Perez Ponce cojó todo el aver de los cristianos, e embiógelo, e fuéronse ellos así á ojo de Abeyuçaf e de Benamaryn. Ellos querian ir á Sevilla, e acordaron al. E dixo:—Cómo iremos ante el rey don Alonso, que nos embió que sirviésemos á este rey, e nos imos desavenidos dél, e sin su mandado? E él que se avrá embiado á querellar de nos, e á decir mal, pues cómo iremos antel rey e esnos muy grand vergüença? E dixo don Fernand Perez Ponce:—Oy prometo á Dios que non querria ser nascido; pero acordemos en lo mejor que pudiéremos. E acordaron que fuesen á Córdoua, que non era y don Sancho, e que fablarian con omes buenos que diesen la villa al rey, e acordaron todos en esto. E tomaron camino de Córdoua, e en Córdoua eran allegados los concejos de muchas villas, e ellos non sabian dello nada, que estaua y el concejo de Çamora, e el de Toledo, e el de Coca, e el de Toro, e

el de Alba, e el de Medina, e el de Salamanca, sin otras gentes muchas de las aldeas, que non podia ome contar. E de todas estas gentes non sabia nada don Fernand Perez Ponce, nin los que con él venian. E los ricos omes que venian con él, don Juan Fernandez, batisala, e don Ruy Fernandez, su hermano, e don Juan Fernandez de Valdenebro, e otros muchos buenos caualleros de la mesnada del rey don Alonso, e llegaron á Córdoua, e cuando llegaron, embiaron decir que querian fablar con ellos de su pró e mucho de su onrra. E los de Córdoua embiáronles decir que los atendiesen un poco, e ellos saldrian á fablar con ellos. E don Fernand Perez Ponce e todos los que con él venian, cuidaron que lo decian con bien, e mandaron fincar las tiendas e asentar la hueste. E un cauallero de los de la hueste fincara atrás cansado, e daua de pacer á su cauallo; e él estando así, paró mientes contra la villa e vido venir todo el mundo de gentes, e muy bien armados, e tantos pendones, que todo el mundo cuidó que era allí. E caualgó e llegóse á un cauallero, e díxole:—A dó va toda esta gente? E dixo el otro cauallero:—Van á matar á todos aquellos de aquella hueste. E el cauallero cuando aquello oyó, puso las espuelas al cauallo e començó á decir á muy grandes voces á los del rey:—Caualgad e armadvos. E estonce salieron los de la hueste e armáronse, e caualgaron, e començaron de ir contra ellos muy paso; e los otros eran muchos, que eran bien diez mil omes á cauallo, e más de cien veces mil omes á pié, e estos del real eran por todos nueuecientos omes de cauallo; e venian de Córdoua las mujeres en brazos, con sogas para atar á los que avian de captivar sus maridos. E cuando se llegauan á la facienda, díxo don Fernand Perez Ponce á un cauallero que decian don Arias Diaz de Fuente Encalada:—Don Arias Diaz: ruégovos que acabdilledes estas faces. E dixo don Arias Diaz:—Non mande Dios, cuando están tantos e tan buenos como aquí estades, que yo acabdillase las faces. E dixeron todos:—Antes vos rogamos por vuestra mesura que lo fagades. E el cauallero estonce ordenó las faces, e díxoles así:—Señores: si vos queredes el dia de oy ser onrrados, este nuestro tropel vaya luego ferir en aquella su espesura; que vedes que son muchos, non valen una arveja. E así como lo

él mandó, así lo ficieron; e así como les él mostró, e non iba él atrás. E dixo el gran comendador del Temple que se acertó y:—Demos en la espesura de los pendones. Estas otras haces que nos cercan por las espaldas, qué les faremos? E dixo don Arias Diaz: —A la ora que aquellos pendones sean en tierra, á tal ora se matarán unos con otros por foyr. E así como don Arias lo mandó, así lo ficieron, e fueron ferir en la espesura de los pondones. E derriuáranlos luego e fueron luego desuaratados. Así como cayeron los pendones, que Ferrand Enriquez que era su cabdillo, luego fuyó, e mataron á Ferrand Martinez, e començaron luego á ferir cada uno por su parte á do podia. E don Juan Fernandez batisala, e don Ruy Fernandez, su hermano, facían muy grand daño en ellos, que matauan muchos, á tanto, fasta que les dixo don Fernand Perez Ponce:—Ah, varones, asaz ay que aún los avremos menester. E por todo eso, non dexauan de facer en ellos cuanto podian. E esto facian ellos porque mataron en Córdoua á su padre por una novia que tomara del tálamo; e por ello agora vengáronse cuanto podian, e duróles el alcance fasta las puertas de Córdoua. E todas las señas de los concejos, e la cabeça de Fernand Muñoz, e el escudo de Fernand Enriquez, lleuaron todo á Sevilla, e las señas pusieron en la yglesia de Santa María. E la cabeça de Fernand Martinez, e el escudo de Fernand Enriquez, mandó el rey don Alonso poner: la cabeça en el tablado de Sant Francisco, e el escudo mandó quemar. E así entraron estos buenos omes en Sevilla, e fueron muy bien rescebidos del rey don Alonso que les fizo mucha onrra. E llegaron estas nuevas al infante don Sancho de cómo era su gente desuaratada. E dixo el infante don Sancho:—Quién les mandaua á ellos salir contra el pendon de mi padre? E bien sabian ellos que non salgo yo á él, nin vo contra él, mas estoviesen quedos en la villa, que yo non quiero lidiar con mi padre, mas quiero tomar el reyno para mí, que es mio, e porque lo él quiere dar á los franceses, por eso lo quiero yo tomar. E andó por la tierra, e llegáronse muchas gentes á él, e vénose para Córdoua con muy grand saña contra todos aquéllos que salieran contra el pendon de su padre, e decia que si vivo fallase á Fernand Muñoz, que lo ficiera quemar ó cocer en

una caldera (1) porque saliera de la villa á lidiar con Fernand Perez Ponce, e más con el pendon de su padre, el rey don Alonso. E él que se iba para el Andalucía, dixeron al rey don Alonso en cómo venia don Sancho, e preguntó por cuál camino venia, e dixéronle que lo dexauan en el Puente de Alcolea. E él salió de Sevilla con poca gente, e fuese para Constantina, e él estando en Constantina, llegó el infante don Sancho á Guadalcanal, e cuando le dixeron que su padre el rey don Alonso era en Constantina, dixo mucho mal aquéllos que allí lo avian traido. E tornóse luego contra dende, fuyendo de su padre, e denostando aquéllos que lo avian tanto llegado á su padre; e allí juró ante todos cuantos buenos allí estauan que nunca se llegaria con cinco leguas á dó él estudiese. E allí se partieron de don Sancho, don Juan el infante, su hermano, e don Alvaro, fijo de don Juan Nuñez, e viniéronse para el rey don Alonso á Sevilla. E cuando al rey dixeron en cómo el infante don Sancho se tornara, e en cómo juró tal jura, començó de llorar, e en llorando dixo así:—Sancho, que tan caro me cuesta el tu amor! E tornóse para Sevilla el rey don Alonso, e el infante don Juan, su fijo, e don Alvaro con él.

CAPITULO CCXLV.

DE CÓMO EL REY DON ALONSO, YENDO VER AL REY DON SANCHO, SU FIJO, MURIÓ EN EL CAMINO.

Estando el rey don Alonso en Sevilla, embiáronle decir cómo facia mucho mal un fraile que estaua en Mérida, que era de la Orden de Santiago, e cómo tomara voz por el infante don Sancho; e el rey don Alonso embió allá á su fijo don Juan, e á don Ferrand

(1) (*Al margen, de mano de Zurita*). Este castigo de cocer los hombres hallo en anales antiguos que le mandó ejecutar el rey don Fernando, el que conquistó á Córdoba y á Sevilla, y el rey don Pedro, como parece por su historia, y así se escribe por algun autor moderno que el rey don Alonso de Aragon, marido de la reina doña Urraca, lo mandó ejecutar en algunos vecinos de Avila, y que desde entonces se llamaron *Las Fervencias* (*). Lo del rey don Fernando fué en la ciudad de Toledo.

(*) *Las Herencias?*

Perez Ponce, e á don Alvaro, e á don Juan, batisala, que fuesen sobre Mérida e que llevasen toda la mesnada, e ellos fueron sobre ella, e á cabo de ocho dias que y llegaron, entraron la villa, e la gente metióse en el alcáçar, e tomáronles en la villa cuanto avian, e los fijos e las mujeres. E ellos asy estando encerrados en el alcáçar e combatiéndoles de cada dia, dixeron los del concejo al Comendador que les ficiese alguna pleytesía; sy non, que ellos que non podian más estar, que avian perdido cuanto avian, e las mujeres, e los fijos, e que querian catar manera cómo se pudiesen cobrar; e el Comendador vido sus intenciones, e díxoles que atendiesen fasta otro dia e que les respondería. E otro dia el cauallero armóse e paróse á la puerta del castillo, e allí lo mataron, e luego que fué muerto, dieron los vecinos el alcáçar al infante don Juan, e él entró en él e lo tenia por suyo. E de allí destroia don Juan e los otros la tierra de enderredor que era de parte de don Sancho. E los de la tierra embiáronlo á decir á don Sancho que los acorriese. E él cuando lo sopo, fué allá á más andar, e sópolo el infante don Juan, su hermano, e embiólo á decir á su padre el rey don Alonso, e cómo venia don Sancho, si mandaua que saliesen á él. E él embióles á decir que guardasen la villa e que lo dexasen andar por do quisiese. E don Sancho veno e pasó cerca de Mérida, e atendió que saliesen á él, e cuando vido que non salian á él, começó de venir más adelante. E aquesta fué la vez que salió el rey don Alonso de Sevilla, por traer consigo para Sevilla al infante don Sancho, e adolesció en el camino en la torre de Santa María, e tornóse de allí para Sevilla, e quejáuase mucho porque non pudo ver á don Sancho ante que muriese. E á la hora que llegó á Sevilla, luego murió, en la era de mil e trecientos e veinte e dos años, e de la Encarnacion en mil e docientos e ochenta e cuatro años, e soterráronlo en Santa María con su padre el rey don Fernando. Dios por la su merced perdone la su alma, amen. E reynó en su lugar el rey don Sancho, que fué muy buen rey, e justiciero, e temeroso, e mantenedor del su reyno mucho bien.

CAPITULO CCXLVI.

DE CÓMO REYNÓ EL REY DON SANCHO.

Reynó el rey don Sancho en Castilla en la era de mil e trecientos e veinte e dos años, e de la Encarnacion en mill e docientos e ochenta e cuatro años. E luego que reynó, veno á Sevilla, e reynó, e pedricó en la yglesia de Santa María, e fizo mucho bien, e moró y pocos dias, e fuese luego para Castilla. E él estando allá, el rey Abeyuçaf pasó la mar con grandes poderes, e començó de correr la tierra, e de facer mucho mal, e los del Andalucía embiáronlo decir al rey don Sancho que los veniese á acorrer. E Diego Maça díxolo al rey, e el rey díxole que les dixese á los de la tierra que guardasen la fortaleças, e estudiesen en las villas, e alçasen los ganados, e estudiesen quedos, que luego á poco tiempo sería con ellos. E las gentes e los concejos hiciéronlo ansí, e alçaron los ganados á las sierras, e ellos metiéronse á las villas, e en los castillos, e estudieron quedos. E los moros corrieron toda la tierra, e pasaron á Guadalquivir, e quemaron todos los panes, e ficieron grand daño en las gentes que fallaron fuera, que los mataron e cativaron. E desque ovieron toda la tierra corrida e astragada, fueron sobre Xerez, e estudieron sobre ella seis meses fasta que llegó el rey don Sancho á Sevilla. E todo esto facia Abeyuçaf porque cuando murió el rey don Alonso, embióle decir Abeyuçaf al rey don Sancho que quería aver amor con él como con su padre. E el rey don Sancho dió mala respuesta á sus mensajeros, diciendo que en él estaua el pan e el palo. E non les embió con otra respuesta. E esto decia el rey don Sancho porque en él estaua la paz ó la guerra. E los moros sacáronlo á otra cosa, diciendo que en la una mano tenia el pan e en la otra el palo, para dar á quien lo quisiese començar sin su mandado. E por esto lo tovo Abeyuçaf por mal, e fizo lo que quiso, porque non le embió otra respuesta. E estando sobre Xerez, corrian sus caualleros toda la tierra, e estauan los de Xerez muy afincados, e embiaron sus cartas al rey don Sancho á Castilla, escritas con sangre, que si les non acorriese, que la villa era perdida, e ellos todos

muertos e captivos. E cuando el rey don Sancho vió las cartas, ovo muy grand pesar, e embió luego sus cartas por todo el reyno, que se viniesen todas las gentes en pos dél á Sevilla, que iba á lidiar con los moros, e con el rey dellos, e con todo su poder. E las gentes venian muy de grado, e llegaron de muchas partes muy grandes poderes, e venian los caminos llenos de gentes de cauallo e de pié, e venian tan alegres que semejauan que iban á Paraiso. E el rey don Sancho vénose luego para Sevilla, así como sopo las nuevas, e cuando entró en Sevilla, entraron con él trecientos caualleros, e non entró por nenguna puerta de la villa, si non por el postigo del alcáçar, porque lo non viese nenguno entrar. E al entrada que el rey entró en Sevilla, luego lo sopo Abeyuçaf. E embió luego cinco mil caualleros á correr á Sevilla, e mandóles que llegasen fasta las puertas de Sevilla, por ver si saldría el rey don Sancho á ellos. E los moros corrieron toda la tierra, e llegaron fasta Sevilla. E el rey don Sancho mandó cerrar las puertas de la villa, que non saliese allá nenguno, e los moros desque ovieron corrido toda la tierra en derredor, e vieron que non salia allá gente nenguna, tornáronse para su señor Abeyuçaf, e contáronle todo el fecho. E dixo el rey Abeyuçaf:—Sancho está en Sevilla, e nos cuidamos que lo aviamos con moço, e nos aviamoslo con quien sabe más que nos. E las gentes venian de cada dia de Castilla, e de Leon, e de muchas partes, así que desque se fueron los moros dende á cinco dias, llegaron más de diez mil caualleros. E mandó el rey que posasen á la puente de Guadayra, E otro dia caualgó el rey á facer alarde, e falló fasta diez mil caualleros, e la gente venia que nunca cesaua. E mandó el rey que fuese posar á la Renconada, e dixéronle los ricos omes que atendiese fasta que se llegasen las gentes que venian á más andar. E dixo el rey:—Si yo non venço Abeyuçaf con diez mil caualleros, non lo venceré nunca. E otro dia fué posar el rey don Sancho con su hueste al cortijo de don Melendo. E Abeyuçaf cuando sopo que el rey don Sancho era salido de Sevilla, e iba contra él, mandó levantar la hueste de sobre Xerez, e fué posar allende Guadalete, e cuando sopo que era en Lebrija, fuese él posar al Berrueco de Medina. E cuando sopo que el rey don Sancho llegara á Xerez,

e non entrara dentro á pasar el río, fuése Abeyuçaf posar allende Medina, en un lugar que dicen Albuhera, cerca Baruate. E cuando el rey don Sancho posó en el Palmar, mandó á sus ricos omes que cada uno catase entre sí cuánta gente traia de caualleros armados, e ficiéronlo así como el rey mandó, e fallaron que avia veinte e dos mil omes de los cuerpos e de los cauallos armados, e que de la otra gente de cauallo aforrados, non avia cuenta. E mandó el rey don Sancho á todos que se guisasen para la batalla. E era tan grande el placer e el alegria en las gentes, que non la podia ome decir. E dicen que veno al rey don Sancho el conde don Lope, e díxole:—Señor, el rey Abeyuçaf es ido, e fué delante de vos, pues vos que lo queredes, dexaldo vaya su carrera. E dixo el rey:—Cómo, conde, vos que me devíades avivar e esforçar para ir allá, vos decides que lo dexe? E dixo don Lope:—Yo vos digo esto por vuestra pro. E aquí tomó el rey sospecha dél. E luego á poca pieza, vino á él un escudero de don Ponce, e díxole:—Señor, embíavos pedir por merced don Ponce que lo querades ver antes que muera. E dixo el rey:—Esto cómo puede ser, que ayer se partió de mí? E dixo el escudero:—Señor, mucho está afincado. Estonce demandó el rey una bestia, e fué ver á don Ponce, que era este uno de los mayores ricos omes de Castilla, e faciale el rey mucha onrra, e amáualo mucho. E cuando llegó el rey á un monesterio que es en Xerez, fuera de la villa, que dicen Sant Francisco, falló á don Ponce que posaua allí, e fallólo muy mal parado. E mandó el rey á los porteros que non dexasen entrar á nenguno, e fabló con él en poridat, que non sopo nenguno lo que le dixo. E estando el rey en esta fabla, venieron á la puerta del monesterío para entrar dentro el infante don Juan, hermano del rey, e el conde don Lope, e otros muchos ricos omes dixeron á los porteros que fuesen decir al rey cómo estauan allí aquellos ricos omes; e el rey les dixo que les dixesen que se fuesen á la hueste, que él allí quería dormir. E ellos fuéronse muy sañudos e muy tristes, e el infante don Juan muy triste, e íbalo denostando el conde don Lope, que era su suegro. E despues de la media noche, allá contra el dia, murió don Ponce, e fízole el rey mucha onrra, e fué con el cuerpo de pié fasta una yglesia que es en la villa, que dicen Sant

Salvador, e allí lo enterraron. E allí pedricó el rey, e dixo mucho bien de la lealtad que avia en don Ponce. E despues que fué soterrado, salió el rey á la hueste, e estudo y ese dia que era viernes. E el sábado en la mañana mandó el rey mover la hueste para Sevilla, e las gentes cuando lo oyeron, del grand placer que ovieron, tornóseles en tristeza, e non sabian los mezquinos nada de su facienda en que estauan, e si non, non les pesara con la tornada. E porque lo sopo el rey,por eso los mandó tornar, que non avia en el mundo ome que más alegre nin más talante á la lid fuese que el rey fasta que sopo el fecho en cómo era. E tornóse el rey para Sevilla, e luego fuéronse los ricos omes para Castilla. E el conde don Lope e don Juan iban mucho sañudos porque sospechauan que don Ponce avia algo descubierto, e derramaron luego todas las gentes, cada uno á sus lugares.

CAPITULO CCXLVII.

DE CÓMO ANDAUA EL REY DON SANCHO SABIENDO DE LA TRAICION DE LOS RICOS OMES.

Despues que las gentes fueron idas e derramadas todas, el rey don Sancho andaua muy afincado por saber cómo fuera fecha e fablada aquella maldad que le cuidaron facer. E por saber desto, salió de Sevílla con mil omes á cauallo, e tornóse para Xerez bien por donde viniera, e non sabia ome del mundo á dó iba, e non iba con él rico ome nenguno, si non don Perálvarez de las Asturias, que era ome bueno, viejo, e de buen ánimo, e non sabia si non servir á Dios e á su Señor el rey, e por eso lo tovo el rey consigo, e traíalo consigo, e fiaua mucho dél. E cuando el rey llegó á Xerez non entró en la villa, ante fué á posar al Palmar, bien así como avia posado la otra vez. E estudo allí dos dias, e maravilláronse todos cuantos allí estauan, porque non sabian nin podian entender por qué era aquella venida. E estudo allí martes e miércoles, e jueves en la mañana mandó caualgar, e non sabian á dó, si non que mandaua ir contra Medina. E los unos decian contra los otros:—Cuidades que nos lleva el rey á lidiar con el rey Abeyuçaf; e non gelo osauan preguntar. E rogaron á don Perálvarez que

sopiese dél á dó iba. E él dixo al rey:—Señor: todos imos aquí con grand cuidado, porque non sabemos á dó imos. E estonce començó el rey á reir, e dixo:—A lidiar con Abeyuçaf. E dixo don Perálvarez:—A buena fé, Señor, asi lo cuidan todos. Estonce dixo el rey:—Don Perálvarez: imos á fablar con el rey algunas cosas de que tomaredes vos placer, e veredes lo que nunca vistes, e sabredes lo que non sabriades. E dixo don Perálvarez:—Dios lo faga bien, e yo non ví tan noble señor como vos facer tal cosa como avedes fecho, que aun agora lo echastes del mundo, e agora vos queredes ir meter en su poder con tan poca gente como vos llevades. E dixo el rey:—Don Perálvarez: mucho es mejor facer el ome con poca gente de su enemigo amigo, que non con mucha gente perder al amigo e el cuerpo. E cuando llegaron á las Albuheras, fallaron al rey Abeyuçaf que lo salia á rescebir con sus fijos e con toda Benamaryn. E sus fijos eran estos, que él fizo conoscer al rey don Sancho: al uno decian Yuçaf Abeyacob, e al otro decian Mandil Buseyen. E estos fueron en la paz que puso el rey don Sancho con Abeyuçaf, e fablaron una grand pieça de cauallo, e despues fuéronse posar en una tienda muy grand e muy buena que mandó Abeyuçaf armar. E cuando iban á la tienda á posar, iba el rey don Sancho en un cauallo rucio, muy grande e muy fermoso, e levaba una lança en la mano, e cuando llegó á la puerta de la tienda, dió con el cuento de la lança en tierra, e fincóla en el plado, e fincóla mucho. E á toda la su fabla non estauan con él de todas sus gentes, salvo el ome bueno don Perálvarez e dos alanos que entraron con el rey don Sancho, que nunca se partian dél, e mandaua él á los bodidíos que estauan á la puerta que los echasen fuera; e leuantóse Busien, fijo de Abeyuçaf, que estaua en la tienda con su padre e con su hermano Abeyacob, e quiso echar los perros fuera, e los alanos metiéronle en mala ventura, que lo ovieran á matar, si non porque les fabló el rey; e començó Abeyuçaf á reir de coraçon, e fablaron allí mucho e de muchas cosas, e pusieron su amor, e cuando se despidieron, dixo el rey don Sancho al rey Abeyuçaf que él embiaria allá á Perálvarez, por aquello que le prometiera que él iria, e cuidando todos que le daria aquello que fué puesto entre Abeyuçaf e los ricos omes. E

dixo Abeyuçaf que lo embiase Algecira, e así se leuantó, e despidiéronse; e caualgó el rey don Sancho en su cauallo, e los boadíes fueron por dalle la lança que estaua metida en tierra, e por poder que ovieron, nunca la pudieron sacar. E vió el rey don Sancho que la non podian sacar, e díxoles:—Dexalda. E llegó el rey en su cauallo e tomó su lança en la mano, e cogió las riendas al cauallo, e apretóse en él, e emblandesció aquella lança, que decian los moros que era maravilla si nunca vieran ome que así blandesciese una lança, ca era la vara della tan gorda como un brazo. E despues fuéronse todos de cauallo por ese campo en uno. E cuando se ovieron á despedir, estaua el rey Abeyuçaf de un cabo, e Abeyacob, su fijo, de la otra parte, e el rey don Sancho en medio; e fablando de sus cosas, puso el rey el cuento de la lança en el suelo, e tendióla, e començó á emblandescer aquella lança que semejaua que la queria facer pedazos. E dixeron los moros:—Agora quebrará aquella lança, e caerá aquel fierro e matará uno de nuestros reyes. E aquí se despidieron, e vénose el rey don Sancho á Sevilla, e Abeyuçaf e sus fijos á Algecira. E estudo el rey en Sevilla unos dias e queria ir á Castilla, e antes que fuese, embió á don Perálvarez á Algecira al rey Abeyuçaf, que le embiase á decir lo que le prometiera. E mandóle el rey que cuando viniese, que se fuese en pos dél á Castilla. E don Perálvarez fuese á Algecira, e cuando llegó falló muerto al rey Abeyuçaf, e falló que su fijo Abeyacob era ido allen la mar, e que era preso en Málaga el otro su fijo Mandil Busien. E cuando don Perálvarez esto vió, dixo:—Muy buen recabdo llevaré yo de aquí esta vegada de lo porque vine. Estonce fabló con un moro que era señor de Algecira, e tornóse para Sevilla, e falló que era ido el rey á Castilla, e fuese en pos del rey don Sancho, e fallólo en Valladolid, e cuando le contó cómo era muerto Abeyuçaf e del mal recabdo que traia, pesó dello mucho al rey, porque non podia saber la verdat de aquel fecho que mucho cobdiciaua saber, como quiera que él sabia de algunas cosas, mas non de todas. E el rey don Sancho non podia aver placer fasta que lo sopiese. E embió un judío allen la mar á Abeyacob, fijo de Abeyuçaf, en grand poridat, en que le embiauan rogar como hermano e amigo, que le embiase decir aquello que le prometiera

su padre Abeyuçaf de decir. E este judío pasó la mar, e fué á Marruecos, e fabló y al rey Abeyacob. E el rey fizo onrra al judío, e el judío dixo al rey:—Señor: pídote por merced que me non fagas esta onrra tan grand; que mi Señor el rey don Sancho me embió en grand poridat á tí. E si las gentes ven que me face onrra el más noble rey del mundo, que querrán saber dónde era yo ó á qué so venido. E por ventura sabrian algo de la mi venida, e si lo sopiesen, non seria mi pró nin tu onrra. E el rey Abeyacob dió al judío respuesta en esta manera: que se fuese para el rey don Sancho e que le dixese que él le embiaría á un ome con sus cartas desto e de otras cosas muchas de su pró e de la suya, de amos los reyes, en que fuese la su hermandat puesta. E el judío llevó una carta desto, e fuese para Castilla. E de mientra que el rey andaua en esto, el infante don Juan e el conde don Lope nunca se partian de en uno, e don Diego eso mesmo; pero non se llegaua á ellos, así de tal manera lo sabia facer el rey don Sancho, porque le non entendiesen nada. E nunca cosa le demandó el conde don Lope que el rey non gela diese de buena mente; e eso mesmo facía al infante don Juan, su hermano; e eso mesmo facía á don Diego, hermano del conde. E faciendo esto el rey don Sancho, decian ellos en sus poridades que les avia miedo el rey don Sancho. E andando el rey don Sancho así asosegándolos e faciendo mucho por ellos, embió á don Diego por Adelantado al Andalucía; por esto fueron ellos mucho más alegres. E fué don Diego al Andalucía por Adelantado, e lo más de su morada facía e era en Sevilla. E en esto embió el rey moro Abeyacob de Marruecos un mensajero al rey don Sancho, e era un moro que decian Adulha, que era ladino; e este fué el que dixo al rey don Sancho todo el fecho, como gelo mandó el rey moro Abeyacob, e embióle pedir trecientos cauallos buenos, e embióle mil de unos e de otros. E díxole más este moro que le embiaua decir el rey Abeyacob que parase mientes en cómo oyese qué facía él en su reyno, e que así ficiese él en el suyo. E de allí pensó el rey don Sancho en cómo tomase derecho de los que le andauan en mal á él e á su reyno. E despues que sopo la verdat, segund gelo embió decir Abeyacob, otrosy verdat fué con don Ponce que le descubrió la poridat, mas nunca le dixo

él si non por cosa del mundo non fuese aquella lid, si non que si allá fuese, non saldria de ella vivo. E cuando don Ponce lo quiso descobrir, tomólo el dolor de la muerte, e perdió la fabla, e así non pudo saber el rey lo que sopo despues, que gelo embió decir el rey Abeyacob. E desde aquí andaua el rey buscando tiempo cómo los matase á todos cuantos tomase en su tierra, que algunos fuyeron, e non entraron en Castilla fasta que el rey don Sancho fué muerto. E el rey don Sancho andaua por los tomar en uno, porque rescelaua que si uno á uno tomase, que se le irian los otros, que asaz de veces los tomara uno á uno si quisiera. E el rey fizo buscar los trecientos cauallos que le embió pedir el rey Abeyacob, que fuesen buenos, e de vergüença, e que non fuese y coxo nin tuerto. E mandó á Diego Florez, fijo de don Rodrigo Alvarez, que fuese por mayor dellos. E mandó que se fuese para Sevilla, e mandó fuese la gente allegada e guisada, que se fuesen allen la mar con aquel moro á servir al rey Abeyacob. E despues que el moro fué ido, andaua el rey pensando á dó los tomaría aquellos ricos omes, e fué andar por el reyno, e andando así, el conde don Lope, traia más gentes que el rey; que si el rey comia diez vacas, comia él veinte, e por esta raçon andaua el rey buscando tiempo en que lo tomase al conde, e cuidó en su coraçon que si non lo tomase en su tierra al conde, que non lo podria tomar mejor en otro lugar. E andando desta guisa, dixo el rey al conde:—Conde: vayamos ver vuestra tierra e folgaremos y algunos dias, e desy venirnos hemos para Castilla, e despues iremos al Andalucía. E dixo el conde:—Si vos contra mi tierra quisiéredes ir, non levedes mucha gente, por raçon de las viandas que non encarescades. E dixo el rey:—Llevemos la más poca que pudiéremos. E esto dixo el rey al conde en Burgos. E de allí començó el rey á ir contra la tierra del conde, e andudieron por la tierra á su sabor, fasta que llegaron á un lugar que dicen Alfaro, e era suyo del conde. E el conde convidó al rey que comiese con él otro día, e el rey otorgógelo, e fuese á su posada e le dixo á un cauallero que le fuese llamar al conde. E el conde vino e entró en casa del rey; e cuando lo llamaron, mandó llamar al infante don Juan, e vino el infante e dixo al conde:—Dó queredes ir? E dixo el conde:—El rey me

manda llamar, que quiere fablar conmigo. Vamos allá e veamos qué fabla es esta. E estonce dixo el infante don Juan:—Conde, que Dios vos dé salud que non vayades allá, que el coraçon me dice que non vayamos allá. E dixo el conde:—Avremos miedo dél estando aquí en mi tierra? Andad, vayamos allá. E ellos que se iban allá, fallaron á Diego Lopez de Campos en el camino, e dixéronle:—A do ides? E dixo él:—Vóime á la posada. E dixeron ellos:—Mas vayamos á casa del rey. E dixo Diego Lopez:—Cedo tome él mala muerte. E dixo el conde:—Amén. E fuéronse todos tres á casa del rey, e ellos entraron ansí. El conde iba delante, e Diego Lopez en pos dél, e el infante don Juan detrás. E dixo el conde:—Vedes qué buen esfuerço de infante: e él que debia ir delante, va detrás, e semeja que lo leuamos jorreando. E dixo el infante don Juan:—A buena fé á mí pesa porque allá entramos, pues cras ha de ir á comer conbusco. Allí fablaríamos todo lo que quisiéredes fablar. E dixo el conde:—El rey dice que quiere agora fablar conmigo; pues veremos qué quiere. E entraron todos; e como entró el infante don Juan detrás de todos, vido que así como entraron, que los porteros cerraron las puertas todas, lo que nunca fué en uso. E dixo don Juan el infante á los porteros:—Por qué facedes esto? Dixeron los porteros:—Señor: así nos es mandado. E dixo don Juan entre sí:—Cuido que somos en el lazo. E el conde como entró delante, entró en el palacio e posóse en el estrado; e el rey estaua en otro palacio con la reina. E como se posó el conde, dixo:—A dó es el rey? E díxole el capellán:—Agora lo llamarán. E entraron al rey e dixeron:—Señor: venido es el conde. E leuantóse el rey e fué al palacio do estaua su estrado, e falló al conde don Lope que estaua posado. E dixo el conde:—Pues qué es aquello que me queríades?—Quiero que desfagades estas querellas e estos tuertos que avedes fecho á las gentes que se querellan de vos.—E esto, conde, por qué lo facedes vos non aviendo mengua nenguna de nenguna cosa? pues por qué facedes tuerto á las gentes mezquinas e les tomades lo suyo por fuerça? E dixo el conde:—Por qué decides que lo fago? E dixo el rey:—Sí. E dixo el conde riyendo:—Porque casó Marina Franca á cuatro leguas de Salamanca. E cómo? dixo el rey; aquí tenedes á Marina Franca?

E dixo estonce el rey:—Conde, dame mis castillos. E dixo el conde:—Echad, en la bolsa los tengo, que vos los dé aquí; mas cras avedes de comer conmigo, e allá me demandaredes castillos e lo al que me querades demandar. E dixo el rey:—Conde, de aquí no saldredes fasta que mis castillos me dedes. E dixo el conde:—Cómo en eso lo tenemos convusco! E levantóse el conde, e metió mano á un cuchillo e quiso dar al rey con él. E el rey leuantóse e tropezó en la falda de una garnacha que traia vestida, mas non cayó. E luego el rey metió mano á un cuchillo que traia consigo siempre en su cinta, e dió con él al conde un golpe en el brazo con el hombro que todo le abrió, e dixo:—Matadlo. E luego á la ora salieron los omes que tenia el rey para esto armados, e mataron al conde en un alfama que non se leuantó; mas non murió desa pieza. E el infante don Juan fuyó á la cámara de la reyna, e la reyna cerró las puertas de la cámara, e decia al rey:—Aquí está, Señor, el infante don Juan, vuestro hermano, para nunca más sallir de mandado. E el rey andaua muy sañudo por el palacio. Encontróse con don Diego Lopez de Campos, e díxole:—Vos aquí sodes? E dióle el rey con aquel cuchillo e cortóle la cabeça.

E este rey don Sancho ovo un fijo á quien dixeron don Fernando. Otrosy este rey don Sancho ganó á Tarifa en vísperas de San Mateos, á veinte dias de Septiembre, año del Señor de mil e docientos e nouenta e dos años.

E finó este rey don Sancho en miércoles, veinte e cinco dias de Abril del año del Señor de mil e docientos e nouenta e tres años, e está enterrado en Toledo.

CAPITULO CCXLVIII.

DE CÓMO REYNÓ EL REY DON FERNANDO, E DE LO QUE FIZO EN SU TIEMPO.

Muerto el rey don Sancho, luego reynó su fijo don Fernando, en el año del Señor de mil e docientos e nouenta e tres años. E al seteno año del su reynado, le nasció un fijo que ovo nombre don Alonso, e nasció el dia de Sant Ipólite, en viernes, trece dias de Agosto.

E este rey don Fernando ganó á Gibraltar en dia de Santa Cruz á diez e ocho dias de Setiembre del año del Señor de mil e trecientos e cinco años. Estonce murió don Diego de Vizcaya, e dende á seis años finó este rey don Fernando en Jaén, teniendo cercado á Alcaudete. E la ocasion de su muerte dicen que fué porque mandó matar á dos escuderos de Carvajal sin culpa. E los escuderos, por esta razon, emplazáronlo fasta treinta dias, e luego á los treinta dias finó este rey don Fernando. E dos dias antes que finase, era ya dado Alcaudete á los cristianos. E finó este rey don Fernando en el año del Señor de mil e trecientos e once años, e está enterrado en Córdoua.

CAPITULO CCXLIX.

DE CÓMO REYNÓ EL REY DON ALONSO, E DE LO QUE FIZO EN SU TIEMPO.

Muerto el rey don Fernando, segund dicho es, luego su fijo el rey don Alonso en el año sobredicho del Señor de mil e trecientos e once años, e avia un año e veinte e seys dias que nasciera cuando començó á reynar. E fueron sus tutores el infante don Juan, fijo del infante don Manuel, e don Juan, fijo del infante don Juan. E estos ovieron grand contienda entre sí sobre el regimiento del reyno, que lo queriu cada uno para sí. E al segundo año del su reynado, finó la reyna doña Constanza, su madre.

E al sexto año del reynado, murieron los infantes don Juan e don Pedro, en la Vega de Granada, á veinte e cinco dias de Julio. Estando el rey en Valladolid, ovo su consejo con todos los del reyno, e ordenó su casa, e tomó por consejeros á Garcilaso de la Vega e Alvar Nuñez de Osorio, porque eran omes de entendimiento, e á un judío que decian don Yuçaf, e el judío para en sus rentas. E destos tres fiaua sobre todos, segund ficiera su tio don Felipe en el tiempo de la su tutoría.

E á los trece años del su reynado casó con doña Constanza, fija de don Juan Manuel. E á los trece años del su reynado, salió de Valladolid á do lo criaron, e fué andar por su reyno, e dió el Adelantamiento de la frontera al infante don Juan Manuel, e man-

dóle facer guerra á los moros. E el rey de Granada cuando sopo que don Juan Manuel era Adelantado, embió á Osym con todo el poder de Granada que corriesen fasta las puertas de Córdoua. E sópolo el infante don Juan Manuel, e salió de Córdoua con los concejos de la frontera e con los maestres de Calatraua, e de Alcántara, e con los frailes de Santiago, e falláronse al rio de Guadalferza, e fué allí la pelea, e allí fué vencido Osym e todos los moros, e murieron y muchos moros, e tornaron los cristianos muy alegres. E el rey don Alonso ovo muy grand placer cuando lo sopo. E á los quince años del su reynado mandó matar el rey á don Juan el Tuerto, fijo del infante don Juan, en Toro, en el dia de todos Santos, e á García Fernandez Sarmiento, e á Lope Alvarez de Fermosilla, porque le andauan en traicion; e puso estrado prieto e dió por traidor al dicho don Juan, e tomóle todos los lugares que tenia.

E despues desto á los diez e seis años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e veinte e siete años (1), fué el rey don Alonso á cercar á Olvera, e combatióla muy fuertemente, e diósele por pleyto que se fuesen los moros en salvo, e así la ganó, e luego fué sobre Pruna e ganóla, que la furtaron dos almogábares por la peña con escacas de fierro, mientra la combatian el rey, e con escalas. E luego fué á Ayamonte e á la Torre del Alfaquí, e dieróngelos, e tornóse estonce el rey don Alonso á Sevilla muy ourrado e muy alegre por el bien que le Dios ficiera en comienço del su reynado contra los enemigos de la fé.

E otrosy en este año embió el rey don Alonso al almirante don Alonso Jufre con seis galeas, e ocho naos, e seis leños, que peleasen con las galeas de los moros, que eran veinte e dos galeas, que estauan al Estrecho. E fué allá, e peleó con ellas, e venciólas, e fundió en el agua las cuatro dellas, e tomó las trece, e murieron y fasta mil e docientos moros. E troxo á Sevilla al rey don Alonso las otras galeas, e troxo trecientos moros cativos en sogas, e entraron todos en Sevilla delante del rey, e él saliólos á rescebir e ovo muy grand placer e dió gracias á Dios.

---

(1) Este fué el año de la muerte de D. Gonzalo de Hinojosa. *(N. d. E)*.

En este año dexó el rey don Alonso á doña Constanza, su mujer, fija del infante don Juan Manuel, e firmó su casamiento con doña María, fija del rey don Alonso de Portogal. Por lo cual el infante don Juan Manuel se desnaturó dél, e le corrió la tierra, e fizo grand daño.

El rey avia dos privados caualleros, segund dicho es, á Garcilaso, e Alvar Nuñez de Osorio, e un judío, su almojarife, que decian Yuçaf de Ecija. E destos fiaua más que de otros, e sobre todos de Alvar Nuñez. E á éste fizo conde de Trastamara, e de Lemos, e de Sarria, e señor de Cabrera e de Ribera, e dióle pendon e caldera.

A los diez e siete años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e veinte e ocho años, estando el rey en Córdoua, mandó matar á don Juan Ponce, por muchos males que ficiera e alboroço que puso en la cibdat porque se oviera á perder.

Despues desto, embió el rey á Garcilaso á tierra de Soria para que tomase toda la gente e fuese contra el infante don Juan, e él estaua en agüeros, e falló que avia de morir allá él e otros muchos, e partió de Córdoua, e fué su camino, e llegó á Soria, e fizo ayuntar en Sant Francisco todos los caualleros, e á toda la gente. E antes que fablase nenguna cosa, dixeron todos entre sí que les venia á prender. E por ende fué el alboroço muy grande, e mátaronlo allí en Sant Francisco á Garcilaso e á Alvar Perez de Quiñones, e á su fijo de Garcilaso, e á todos los más que vinieron con él, así que murieron y veinte e dos infanzones e omes fijos dalgo.

En este año se alçaron contra el rey, Zamora, e Toro, e Valladolid, porque traia consigo Alvar Nuñez que les avia fecho mucho mal, e tirara las tierras e las mercedes á todos, e por esto lo querían mal fasta que el rey lo echó de sí, e luego lo acogieron al rey e le dieron todos estos lugares.

E á los diez e ocho años del su reynado deste rey don Alonso, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e veinte e nueve años, fizo sus bodas este rey don Alonso con la reyna doña María, fija del rey don Alonso de Portogal, en un lugar que dicen Alfa-

yates, e dende viniéronse á otro lugar de Castilla que dicen Guinaldo. Allí firmaron otro casamiento entre el infante de Portogal con doña Blanca, fija del infante don Pedro de Castilla.

E aquí dió el rey al almirante don Alonso Jufre Tenorio el oficio de la guarda mayor de su cuerpo, e mandóle que entrase en su consejo. E en este año mató Ramir Florez al conde don Alvar Nuñez por mandado del rey, e tomó el rey los castillos e el aver que tenia, que era mucho.

E en este año, en el tiempo del papa Juan, ficieron antipapa en Roma, porque el papa Juan non quería ir allá por miedo del Emperador Barbarroja; pero que lo atendia en el camino para lo matar, e como quiera que embió decir sus escusas, non gelas quisieron rescebir, e ficieron papa á un fraile de Sant Francisco, e pusiéronle nombre Nicolo. E este veno despues al papa Juan con una soga al cuello, e demandóle perdon. E el papa Juan perdonólo, e púsolo en una cámara, e allí le dieron lo que ovo menester fasta que murió.

En este año fizo el rey grand justicia en Soria por la muerte de Garcilaso en los que falló culpados, En este año casó este rey don Alonso á su hermana doña Leonor con el rey de Aragon don Alonso en Tarazona, e venieron ay mensajeros del rey de Portogal. E allí afirmaron todos tres reyes las posturas en manera que todos ayudasen al rey don Alonso de Castilla contra los moros, e que nenguno non amparase á nenguno de los suyos en su reyno. E de allí se partió cada uno para su tierra, e levó el rey de Aragon á su mujer doña Leonor consigo, hermana del rey don Alonso de Castilla.

Otrosy en este año fué tratado entre el rey don Alonso e el infante don Juan que le diese á su fija doña Constanza que él tomara por mujer, e la tenia en Toro, e él que le daria los castillos que tenia e lo serviria en la guerra de los moros. E otrosy fueron dadas grandes querellas de don Yuçaf de Ecija al rey, e mandó el rey que le tomasen cuenta, e alcançáronle por mucha contía de maravedises; e de allí adelante non fió más dél, e tiróle el oficio, e mandó que recabdasen cristianos sus rentas, e que los llamasen tesoreros.

A los diez e nueve años del su reinado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e treinta años, fué el rey á cercar á Teba Hardales e combatióla con engeños muy fuerte mente, en manera que gela dieron por pleytesía que se fuesen los moros con sus vestidos en salvo, e non levasen más. E así la ganó el rey don Alonso en el mes de Agosto, e ganó más á Pliego, e á Cañete, e á las Cuevas, e á Ortexica, que estauan desamparadas.

A los veinte años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e treinta e un años, por cuanto el rey non avia fijos de su mujer, estaua muy pesante, e pensó en cómo pudiese aver fijos de otra parte, e tomó una dueña que decian doña Leonor, fija de don Pero Fernandez de Guzman, muy noble dueña, e moça, e muy fermosa en Sevilla, e fiaua mucho della, e ovo della fijos, segund que adelante oiredes. En este año se tornó su vasallo el rey de Granada, e dauále cada año doce mil doblas de oro en parias.

En este año se vino á la merced del rey don Alonso, don Alonso, el que algunas veces en tiempo del rey don Sancho e del rey don Fernando, su fijo, se llamaua rey de Castilla.

En este año defendió el rey don Alonso que non caualgasen en mulas si non en rocines, e non oviesen mulas nin mulos de silla, si non acémilas. E duró dos años, e fincó la tierra sin bestias mulares, en manera que fueron muy caras, e perdíanse los rocines, que non podian sofrir el trauajo, en tal manera, que quitó el rey aquella ordenacion e mandó que oviese mulas como solía. E en este año tomaron rey en Granada, que ante non avia si non gobernador veinte e un años.

En este año mandó el rey labrar la primera moneda, cornados e nevenes.

E en este año nasció al rey un fijo de doña Leonor, que le díxeron don Pedro, e ovo el reyno muy grand placer, e fizo bofordar, e púsole casa e heredat en Aguilar de Campo, porque non avia otro fijo. En este año en Vitoria ordenó el rey la Banda, e la dió á muchos que la merescian de la su mesnada, e él la vistió primero; e los paños eran blancos, e la banda era prieta, tan ancha como la mano. E daua cada año á sus caualleros un par de paños con ban-

da, e llamauan los caualleros de la Banda, e facian juramento de guardar toda orden de cauallería, e á los que probauan bien en armas, dauáles el rey la Banda. E así fizo muchos buenos caualleros.

E en ese año se armó cauallero este rey don Alonso, en Santiago de Galicia sobre su altar, e Santiago le dió la pescozada en el carrillo. E despues veno á Burgos e allí se coronó él e la reyna doña María, que estaua ya preñada. E otro dia armó el rey ciento e cincuenta e dos caualleros, de los cuales eran los veinte ricos omes, que eran estos que se siguen: don Pedro Fernandez de Castro, don Juan Alfonso de Alburquerque, don Juan Alonso de Faro, don Ruy Perez de Ponce, don Pero Ponce, vizconde de Carcai, don Loys, fijo de don Alonso de la Cerda, Alvar Diaz de Haro, Alonso Tellez de Haro, don Fernand Rodriguez de Villalobos, Ruy Perez de Villalobos, don Juan García Manrique, don Alvar Perez de Guzman, don Alonso Mendez de Guzman, Ramir Flores, Gonzalo Muñoz Daça, Sancho Manuel, fijo de don Juan Manuel, Alvarez Daça. Estos son veinte ricos omes, e los otros caualleros non los contamos, porque son muchos, e sería luengo de contar.

En los veinte e dos años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trescientos e treinta e tres años, en este año pasó de allen la mar el infante Tuerto Abomelique, fijo del rey Alboacen de Benamarin, con siete mil de cauallo, e pasaron Algecira, e cercaron á Gibraltar, e combatiéronlo recia mente por mar e por tierra, magüer que el almirante don Alonso Jufre Tenorio andaua guardando la mar; e toviéronlo cercado los moros á Gibraltar, que non comian los de dentro si non los cueros de los escudos. E Vasco Perez de Neira que lo tenia, embió por muchas veces á requerir al rey don Alonso que le acorriese, e al almirante Alonso Jufre. E el rey non pudo, por el rey de Granada e el infante don Juan que le corrian la tierra, e por tanto óvolo á dar Vasco Perez á los moros por pleytesía, e él fuese allende, e así lo ganaron los moros. E cinco dias despues que se perdió Gibraltar, llegó el rey á lo acorrer, e fallólo ya de los moros e ovo á tan grand pesar, que fué maravilla.

En este año nasció al rey de la reyna su mujer, un fijo que di-

xeron don Ferrando; otrosy le nasció otro fijo de doña Leonor que le dixeron don Sancho. E estudo el rey sobre Gibraltar un tiempo e cercólo, e combatióło, e derribó las almenas e el petril de la Torre del omenaje, e el infante Abomelique embió al rey de Granada que lo viniese ayudar, e fuélo ayudar. E pusieron sus reales amos á media legua del real del rey don Alonso. E el rey don Alonso non dejó de combatir por todo eso á Gibraltar. E el rey de Granada embió pedir tregua al rey don Alonso, por ciertos años, e que entrase en ella el infante Abomelique. E el rey don Alonso ovo su consejo e falló que le era bien de lo facer, lo uno porque non podia tan ayna cobrar á Gibraltar, lo otro por el daño que le facía cada dia el infante don Juan, e don Juan Nuñez, e otros caualleros en el reyno, e lo otro porque non podia tornar á su reyno, si non oviese batalla primero con ambos los reyes moros; e por eso óvolo de otorgar. E veno el rey de Granada al real del rey de Castilla, e comió con él, e dióle muchas joyas eso mesmo el rey de Castilla, e allí pusieron sus paces por cuatro años; e fincó el infante Abomelique en Algecira, e el rey de Granada tornóse á su tierra; pero matáronlo luego los fijos de Osmin e ficieron otro rey, por cuanto avia comido con el rey don Alonso, diciendo que era cristiano. E el rey don Alonso vénose á Sevilla, e veniéronle nuevas que le nascieran dos fijos de un vientre de doña Leonor, e desto ovo el rey muy grand placer, e nascieron en Sevilla, e ovo el uno nombre don Enrique e el otro don Fadrique (1). E don Rodrigo Alvarez de las Asturias, porque non avia fijo legítimo heredero, heredó e fizo heredero á don Enrique, e porfijólo e heredó

---

(1) (*Nota marginal, de mano de Zurita*). Lo mismo escribe el que compuso la historia del rey don Alonso en metro:

Ambos de consuno nascieron
estos donceles onrrados,
e los nombres que ovieron
nunca serán olvidados.
El uno fué don Enrique,
muy apuesta criatura,
e el otro don Fadrique,
Señor de buena ventura.

el solar de Moraua (1) e todo lo suyo. A los veinte e tres años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trescientos e treinta e cuatro años, fué el rey á Córdoua e fizo despeñar de la Puente Ayuso á Dia Sanchez de Jaen por muchos males que fizo, e don Gonzalo de Aguilar e Fernand Gonzalez, su hermano, fuéronse al rey de Granada por miedo que eran en el consejo con Dia Sanchez. Otrosy fizo matar á don Juan Alonso de los Cameros en un lugar que dicen Agonciello, porque él ficiera traicion andando con el infante don Juan. E otrosy á los veinticuatro años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trescientos e treinta e cinco años, estando la tierra sin heredero, por cuanto finó el infante don Fernando, la reyna doña María, que avia fincado en Burgos, parió un fijo á treinta dias de Agosto, e fizo el rey grandes alegrías, e bautizáronlo en Burgos, e ovo nombre don Pedro, e diólo á criar á Vasco Rodriguez, maestre de Santiago. Otrosy en este año nasció otro fijo al rey de doña Leonor, que ovo nombre don Fernando. E en este tiempo finó don Rodrigo Alvarez de las Asturias, e don Enrique, fijo del rey, heredó á Noreña e á todas las otras cosas que él avia.

A los veinte e cinco años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e treinta e seis años, salió el infante don Juan de Peñafiel, e fuese al rey de Aragon. E estonce embió pedir merced don Juan Nuñez de Lara, que estaua cercado en Lerma, al rey don Alonso, que lo perdonase, e que lo serviría, e el rey don Alonso perdonólo, e derribó á Lerma, e á los otros lugares que él tenia, e tomólo en su merced, e fízolo su alférez, segund solia, e embiólo á Villalon, e á Cigales, e á Morales. E en este año nasció al rey un fijo de doña Leonor, que dixeron don Tello. A los veinte e seis años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e treinta e siete años, aviendo el rey don Alonso partido de Sevilla para Castilla, sópolo el infante Abomelique, que se llamaua rey de Algecira, e embió mil cauallos que corriesen á Medina Sidonia, e ellos corrieron, e troxeron los ganados e pastores que fallaron. E un cristiano de los que estauan presos

(1) (*Al máryen*). Noreña.

en Algecira, soltóse de la prision, e vénose á Tarifa, e dixo á Ferrand Perez Portocarrero, que era alcaide dende, en cómo Abomelique, que estaua en Algecira, queria entrar á tierra de cristianos, especial á Lebrija, por tomar el pan que avia y, llevallo á Algecira, porque non tenian pan. E él embiólo decir á Xerez e á los lugares fronteros, e él salió de Tarifa, e veno á Lebrija por le defender que les non levase el pan dende. E Abomelique salió de Algecira, e fué por Medina e por Xerez, puesto su real, embió mil e quinientos cauallos de los mejores, que corriesen la tierra, e sacasen el pan de Lebrija. E Fernand Perez Portocarrero, que estaua en Lebrija, defendiógelo, e los moros llegaron fasta el meson de Pascual Rubio, e llevaron cuantas vacas fallaron, e Ferrand Perez Sigilos embiólo decir á Sevilla, e á don Alvar Perez de Guzman, e á don Pero Ponce de Leon, e á don Juan Alonso, e ellos salieron con el pendon de Sevilla, e otrosy el Maestre de Alcántara, con los vasallos del rey que estauan en Ecija; e fueron en uno, e guiáualos Juan Francisco, alguacil, e fallaron los moros los trecientos que guardauan el ganado, e los mil e docientos que tenian sus haces paradas para pelear. E como quiera que los cristianos avian andado dos dias e facia grand agua, pero fueron pelear con ellos, e ovieron grand pelea; pero vencieron los cristianos á los mil e docientos cauallos, e Ferrand Perez Ponce que estaua en Arcos por frontero, saltó con su gente, e fué contra los trecienlos moros que guardauan el ganado, e desbaratólos, e mataron y muchos dellos, e cogeron el campo e el despojo, e tomaron el ganado, e viniéronse para Arcos, e sopieron cómo Abomelique estaua en la Vega de Pagana, e levaua muchos ganados, e iba á tomar á Alcalá de los Gazules, que gela avia á dar un enaciado; e los cristianos andudieron toda aquella noche, e eran fasta dos mil caualleros e dos mil e quinientos peones, e fallaron los moros; jueves veinte e un dias de Octubre deste año, fué la pelea, e vencieron los cristianos, e murieron tres mil caualleros e diez mil peones, e murió allí este infante Picaço. E los moros que lo vieran morir, venieron por él, e leváronlo á su padre el rey Alboacen, e los cristianos cogeron el campo, e el despojo, e los moros cativos, e veniéronse muy alegres á Xerez. A los treinta años del su reynado

deste rey don Alonso, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e cuarenta e un años, este rey de Benamarin, cuando sopo la muerte del infante Abomelique, su fijo, e de los otros moros, ayuntó todos los moros, e començaron á pasar la mar este rey Alboacen, e el rey de Tunez e el rey de Bugia, con todos sus poderes desde el mes de Mayo fasta Octubre, e pasaron con ellos fasta ochenta mil de cauallo, e los de pie non avian cuenta.

Otrosy el rey de Granada tenia y fasta seis mil de cauallo e mucho peonaje, e aportaron á Gibraltar, e despues cercaron á Tarifa, e el rey Alboasen, e combatióla domingo e lunes, e murieron y de los moros fasta ocho mil moros.

E sábado, ocho dias de Abril deste año, peleó el almirante don Alonso Jufre con la flota de los moros, que era muy grand, que estauan sobre Tarifa, e ovo talante de morir allí, porque le dixeron que avian dicho al rey que avia él rescebido de los moros donas porque pasasen aquende. E embiógelo su mujer á decir, e por ende ovo miedo del rey e quiso morir allí, e allí perdiéronse veinte e siete galeas, e ocho naos de Castilla.

Estando los moros sobre Tarifa, embió el rey don Alonso por su suegro el rey don Alonso de Portogal que le veniese ayudar, e él veno con todo su poder á le ayudar, e ayuntáronse ambos los reyes, e tenian fasta catorce mil de cauallo, e fasta veinte e cinco mil peones, e fueron á Xerez el jueves nueve dias de Octubre deste año, e estudieron al vado de Medina: el miércoles fueron á Medina, e el jueves llegaron á Barvate, e el viernes á Celemin, e el sábado á Almodóvar á la Peña del Ciervo.

E el lunes treinta dias deste mes de Octubre deste año fué la batalla (1) que dicen de Benamaryn con los moros, e cuando los reyes cristianos llegaron cerca de los moros, sopieron que eran los moros cincuenta e cinco mil de cauallo, sin los otros que murieron en la cerca, e eran de pie setecientas veces mil omes. E el domingo en la noche mandó el rey don Alonso que los pendones e los

---

(1) En la historia del rey se dice que fué lunes 29 de Octubre. El que escribió la historia del rey don Alonso en metro, dice que fué víspera de Todos los Santos.—(*Nota de Zurita*).

vasallos de sus fijos don Enrique, e don Tello, e Martin Fernandez Portocarrero, e Alonso Fernandez Coronel, e don Pero Ponce, e don Enrique Enriquez, e el obispo de Jaen fuesen aquella noche entrar en Tarifa. E embió mandar al prior de Sant Juan, e á los otros caualleros e escuderos que estauan dentro al almirante de Aragon don Pedro, que otro dia lunes en la mañana todos con sus pendones e con los de sus fijos fuesen ferir en el real donde el rey Alboacen tenia el su alfaneque. E estos caualleros que iban entrar en Tarifa eran fasta mil de cauallo e cuatro mil de pié. E cuando el sábado iban allá, fallaron tres mil moros que guardauan el paso, e pelearon con ellos, e fueron vencidos los moros, e pasaron los cristianos, e entraron en Tarifa, e murieron y dos cristianos. E los moros levaron sus cabeças al rey diciendo que los cristianos quisieron pasar á Tarifa, mas que non pudieron. Esto fué domingo ante; e otro dia, lunes sobredicho, que fué la batalla, levantáronse los reyes cristianos de grand mañana e dixéronles misa el arçobispo de Toledo don Gil, e confesaron e comulgaron ellos, e todos los más de la hueste, e armáronse, e subieron con sus cauallos. E desque los reyes ovieran pasado la Peña del Ciervo, vieron á los reyes moros cómo estauan sus haces paradas E el rey don Alonso aderesçó á la mano derecha á donde estaua el rey Alboacem, e mandó que los pendones de sus fijos don Fadrique, e don Fernando, e García Laso de la Vega, e Gonzalo Roys, su hermano, e García Melendez Destor mayores, e Juan Ruiz de Baeza, e los Donceles, e don Alvar Perez, que fuesen delante dél, e el rey don Alonso de Portogal á la mano izquierda contra do estaua el rey de Granada, e así entraron estos nobles reyes en la santa batalla. E cuando llegaron al Salado, fallaron que lo defendian los moros el paso, e Gonzalo Roys con los de don Fadrique, e García Laso con los de don Fernando pasaron primeramente el vado por una puente angosta, e fueron á los moros que guardauan el vado, e allí fueron muchos feridos, pero estudieron muy fuertes fasta que fueron vencidos los moros. E luego pasaron don Alonso Mendez, maestre de Santiago, e don Juan, fijo del infante don Juan Manuel, pasaron el Salado con sus pendones que iban en la delantera, e ovieron muy grand pelea con los moros, e levaron los vencidos

á los moros fasta el alfaneque del rey Alboacen. E don Juan Martínez e el Maestre fueron por un otero á un tropel de moros que guardauan el real, e á la Tunecia, mujer del rey, e á otras mujeres que y estauan, e fueron vencidos los moros, e fuyeron á Algecira; e luego salieron los que estauan en Tarifa que embiara el rey con sus pendones, e fueron ferir en una grand campaña de moros que guardauan el real. E fueron vencidos los moros, fuyeron á Algecira, e de los otros contra la mar. E el rey don Alonso pasó el vado, e vido que los suyos eran idos en pos de los moros e fincó él allí con pocos, e vinieron á él los moros en tropel, lançándole muchas saetas con arcos torqueles, e diéronle al rey una saetada en el arçon de la silla, e el rey don Alonso esforçó á los suyos, e díxoles:—Ferid, señores, que yo so el rey don Alonso, e yo veré quién son mis vasallos, e ellos verán quién so yo.

E luego quiso ferir en los moros e aguijó el cauallo, mas don Gil, arçobispo de Toledo, le dixo:—Estad quedo, Señor, e non querades poner en aventura el reyno de Castilla e de Leon, que los moros vencidos son, e vos, Señor, seredes hoy vencedor. E el rey don Alonso, estando así, llegaron García Sanchez de Grijalba e Iñigo Lopez de Forosa, e Juan Estébanes, e don Ruy Perez Ponce de Leon, e don Alvaro, obispo de Mondoñedo, e Ruy Paez de Viedma, que eran fasta cuatrocientos de cauallo; llegó don García de Aguilar con el concejo de Córdoua. E cuando los moros vieron esta gente tanta que venia, e vieron que los de Tarifa estauan en el otero do estaua el alfaneque, e venian el recuesto ayuso matando e feriendo en pos de los moros, e començaron á foyr contra Algecira. E el rey don Alonso de Portogal, que estaua peleando con el rey de Granada muy fuertemente *(sic)*, llegó luego don Pero Martinez de Guzman, con toda la gente de pié del rey de Castilla, e luego los moros començaron á foyr e toparon con el rey de Marruecos, que iba fuyendo delante, e el rey de Castilla en pos del rey Alboacen, e el rey de Portogal en pos del rey de Granada. Amos estos reyes llegaron al rio que dicen de Guadamecil, seguiendo el alcance de las gentes e matando los moros cuantos podian alcançar. Muchos más mataran, si non porque algunos cristianos se detovieron en los reales á cativar

moros e moras, e moros pequeños, e mucho oro, e mucha plata. E fué alli muerta Fátima la Tunecia, fija del rey de Tunez, mujer del rey Alboacen, e otra su hermana, e otras tres aferras del rey, cristianas e moras, de aquel rey Alboacen. E murió allí Almohama e otros dos sus fijos del rey Alboacen, e un su sobrino, que fué rey de Sajulmencia, e otros muchos caualleros de grandes solares. E non murieron de los cristianos si non fasta quince ó veinte. E el rey Alboacen e el rey de Granada iban fuyendo e llegaron Algecira. E el rey Alboacen fuyó luego á Gibraltar, pensando que lo iría luego á cercar allí el rey don Alonso. E el rey de Granada fuese á Marbella, e el rey de Castilla e el rey de Portogal tornáronse á sus reales; e como quiera que los moros que y murieron non pudieron ser contados, pero sopo el rey don Alonso que desque llegó el rey Alboacen allen la mar, que fizo matar á los alimoyses que dicen los alardes que tiene escritos sus nombres de todos cuantos pasaron aquende la mar, que fallescian cuatrocientas veces mil moros. E el rey don Alonso quiso ir luego á cercar á Algecira, pero por cuanto non tenia vianda si non para cuatro dias, dexólo de facer, e viniéronse á Xerez, e fué á ver á Tarifa, e fízola bien reparar, que estaua mal reparada de los combates que le habian dado el rey Alboacen.

E otro dia, en la mañana ante que partiese de la Peña del Ciervo, el rey armó caualleros á don Gonzalo Roys de la Vega e á García Gonzalez de Grijalba, porque fueran muy buenos en aquella batalla, e dióles heredades.

E fuéronse luego los reyes á Sevilla, e fueron rescebidos con grand procesion, e todos los pendones de los moros metieron á cuestas los otros moros captivos que traian en la yglesia de Sevilla. E los reyes e todos los otros caualleros que venian con ellos entraron en la yglesia con la procesion, e todos dieron muchas gracias á Dios por cuanto bien e merced les habia fecho.

E otrosy en aquel alfaneque del rey Alboacen e en las otras tiendas de los otros reales de los moros, fueron falladas muchas doblas de oro de cien doblas marroquíes cada una; otrosy fallaron muchas vergas de oro, de que facian aquellas doblas; otrosy muchas argollas de oro e de plata que traian las moras en las gar-

gantas, e en los brazos, e en los piés, e mucho aljófar, e muchas ricas piedras presciosas, e muchas espadas guarnidas de oro e de plata, e muchas espuelas, e muchas cintas de oro e de plata, e muchos paños de oro, e muchas tiendas de grand prescio.

E muchos de los que ovieron este robo, fuyeron con ello á Aragon e á Navarra, e aun fasta do estaua el papa Benedicto. E tanto fué el oro e la plata, que abajó la sesma parte. E fizo poner el rey don Alonso todas estas joyas cada una á su parte, e fizo poner á los moros en sogas, e delante el fijo del rey Alboacen, e el fijo de Sojulmenza con ellos, e fizo llamar al rey de Portogal, e mostrógelo todo, e dixo que tomase de todo cuanto quisiese. E el rey don Alonso de Portogal, su suegro, tomó de las espadas, e sillas, e frenos, e espuelas, lo que le plogo, mas de las doblas non quiso; e por esto que non quiso de las doblas, dióle el rey don Alonso al fijo del rey de Sojulmenza e á otros moros. E el rey de Portogal fué mucho pagado de cuanta onrra le fizo su yerno el rey de Castilla, e salió de Sevilla e fuese á su reyno de Portogal, e fué el rey de Castilla con él por le facer onrra fasta Cazalla, e dende se fué el rey de Portogal para su tierra, e tornóse el rey de Castilla á Carmona, porque avia de librar allí algunas cosas.

E despues desto, embió el rey don Alonso á don Juan Nuñez con el su pendon que toviera en la batalla al papa, e levó algunos de los pendones de los moros, e el cauallo del rey que tovo aquel dia con sus sobreseñales, e embióle de los moros e de los cauallos que tomó aquel dia en la batalla, e embióle demandar que le ficiese alguna ayuda para mantener aquella conquista. E el papa e los cardenales cuando lo sopieron, saliéronlo á rescebir muy lejos de la villa, e tantas fueron las gentes que allá salieron, que en dos leguas ovieron de andar desde la mañana fasta ora de nona.

E el dicho Juan Martinez entró en Aviñon ante el papa en esta manera: llevaua primeramente el pendon del rey delante, e en pos dél iban los cauallos de los moros que tomaran en la batalla, e iba uno en pos de otro, e llevauan los cauallos los omes á diestro, e iban ensillados, e cada cauallo llevaua una espada e una adaraga en el arzon de la silla. E luego cerca del pendon del rey iba el su cauallo con sus coberturas. En pos desto, iban veinte e cuatro mo-

ros que llevauan veinte e cuatro pendones de los suyos á cuestas bajos. E así llegó antel papa, e el papa descendió de su silla, e trabó el pendon del rey don Alonso con su mano, e començó á decir:—*Vexilla Regis prodeunt, fulget Crucis misterium.* E los cardenales, e los arçobispos e obispos, dixeron todo aquel himno fasta en cabo, que dice así en romance:—La señal del rey aparesce; pero el sacramento de la Cruz resplandesce. E esto así fecho, mandó el papa llamar para otro dia á grand Consistorio, e otro dia dixo el papa la misa e pedricó, e dixo muchos bienes del rey don Alonso, e otorgóle muchas gracias e loó á Dios por aquella merced que fizo á la cristiandat. E con esto se tornó de Aviñon el dicho Juan Martinez, e troxo al rey don Alonso muchas gracias del papa, más de las que le avia dado ante. A los treinta e un años del su reynado, este noble rey don Alonso ayuntó su hueste e fué cercar á Alcalá de Abenzaide, e combatióla fuerte mente, e ganóla por pleytesía que se fuesen los moros en salvo con sus cuerpos. Otrosy ganó á Locobin por pleytesía, e á Priego, e á Rute, e á Benamexi, e á Matrera, e fízolas bien reparar e bastecer, e ganó á Carcabuey, e todo esto ganó en seis meses.

En este año el almirante de Castilla, que era Micer Egidio Bocanegra, e el almirante de Portogal que guardauan la mar, tomaron de los moros siete galeas e un leño cargados de trigo, que traian á Algecira del rey Alboacen al puerto de Cebta, e tomaron mil e quinientos moros. A los treinta e dos años del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos o cuarenta e tres años, los almirantes de Castilla e de Portogal, con cincuenta e dos galeas e treinta naos, vencieron toda la flota de los moros que eran noventa e seis galeas e leños, sin las gabras que fundieron las veinte e siete galeas, e tomaron veinte e una, e las otras fustas fuyeron, e murieron alli más de veinte mil moros.

En este año cercó este noble rey á Algecira en sáuado, tres dias de Agosto, e mandó á los almirantes que estudiesen cerca del su real, porque se acorriesen los unos á los otros. E mandó á los ginetes que fuesen pelear con los moros de Algecira, e pelearon con ellos, e metiéronlos por la villa matando en ellos, e tomaron cuatro vivos que truxeron al rey. E preguntólos qué gente avia en la

villa, e dixeron que avia ochocientos caualleros marines e doce mil omes ballesteros, sin los otros omes para pelear, que eran por todos fasta treinta mil omes. Despues desto llegó á la hueste el infante don Juan, fijo del infante don Manuel, e dióle el rey posada cerca del su pendon, en derecho de la Villa nueva. E los moros veyendo que non podian de allí tirar al rey don Alonso de sobre aquella cerca, embiaron á dos moros que lo matasen, e fueron tomados aquellos dos moros, e fízolos el rey atormentar, e dixeron que venían por lo matar por mandado de los de la villa; e fallaron al uno dellos un cuchillo en la manga, e fízolos el rey descabeçar e traer sus cabeças por el real.

Despues desto, mandó el rey echar tres celadas, e fizo á los donceles que fuesen pelear con los moros de la cibdat, e salieron á ellos los moros, e pelearon con ellos, e salieron los de las celadas e mataron muchos dellos, e encerráronlos en la Villa nueva, e tiraron tantas saetas e truenos de la villa, que los cristianos non lo pudieron sofrir e tornáronse al real. E estando así el rey don Alonso sobre Algecira combatiéndola cada dia con engeños muy fuertemente, los moros de Granada, e de Málaga, e de Ronda, entraron correr tierra de cristianos, e levauan grand presa, e eran mil de cauallo e dos míl de pié, e sópolo Fernand Gonzalez de Aguilar, e ayuntó los suyos e los de Ecija fasta docientos de cauallo e quinientos omes de pié, e fué en pos dellos, e alcanzólos á la media noche al rio de las Yeguas que avian pasado allende el rio, e tenian las vacas e las ovejas y. E cuando fué el alba, pasó Fernand Gonzalez e los suyos el rio, e mandó luego á los que iban con él que fuesen ferir en los moros llamando *Santiago*. E ellos ficiéronlo asi. E quiso Dios ayudar á los cristianos, e mataron muchos de los moros, e los otros fuyeron, e duró el alcance dos leguas, e truxeron trecientos cauallos de los que murieron, e truxeron seiscientos e cincuenta moros cativos, e truxeron toda la presa e vinieron don Gonzalo e los suyos todos sanos e alegres. E en este tiempo veno en ayuda del rey don Alonso, don Bernaldin de Cabrera, e mandó el rey que posase cerca de la mar á do estaua la flota de Aragon de la parte de la Villa nueva, e sirvió bien al rey en esta cerca. E en este tiempo, teniendo la flota del rey cercada á Algeci-

ra en que avia y cincuenta galeras de ginoveses e castellanos, e diez galeas de Aragon, e cuarenta naves de Castilla, ovo grand tormenta en la mar, e quebraron tres galeas e dos naos e bajeles pequeños cerca la villa, e salieron los moros e tomaron la vianda que traian, de lo cual ovieron grand pesar todos los cristianos. Así estando, llegó al rey Ruy Pavon, e díxole cómo estaua el rey de Granada con todo su poder al rio de Guadiato, e los moros de allende que estauan en Estepona e venian á pelear con él. E el rey cuando lo sopo, embió luego por todos los caualleros de la frontera e ayuntó sus gentes, e fizo sus haces, e estovo atendiendo. E el rey de Granada estovo allí quedo, esperando gentes más que avian de venir de allende. E el rey don Alonso non facia de dia e de noche si non lançar con los engeños e derriuar cuanto podia de la cerca e de las torres de la villa. E esto que este noble rey don Alonso facía contra los moros, era sonado por todo el mundo. E todos los reyes e grandes señores lo cobdiciauan ver por los grandes fechos e conquistas que facian contra los moros enemigos de la fé. E por ende don Felipe, rey de Navarra e conde de Eurones, Algosme de Moragayn e Señor de Longavilla, estando en Francia en estos condados, veno de allá ayudar al rey don Alonso; e el rey rescibiólo muy onrradamente e fízole mucha onrra, e troxo consigo ciento de cauallo e trecientos peones, e fízoles dar posadas con los de la Gascueña e con los del conde de Fox; e los de Inglaterra e de Alemaña estauan en uno aparte por cuanto avian avido contienda entre el rey de Francia e el de Inglaterra, e los alemanes ayudauan al rey de Inglaterra. E el rey don Alonso embió rogar á los reyes de Aragon, e de Portogal, e de Navarra, que mandasen á los de sus reynos que truxesen vianda al real, e ellos ficiéronlo así, e por esto avian grand abondo en el real de todas las cosas que eran menester.

Estando esto así, embió el rey de Granada mensajeros al rey don Alonso, en que le embió decir que dexase aquella cerca, e quel daria las doblas que solía, e más que le pagaría alguna cosa de la costa que allí fizo, e que ficiese treguas con él e con el rey de Benamarin. E él respondió que de allí non partiría fasta que fuese aquella villa suya; e con esto mandó que les mostrasen

aquellos mensajeros los sus reales, e mostraróngelos porque lo demandaron ellos. E ellos andudieron todos los reales e vieron cómo estaua aquella villa toda cercada, e la combatian tan recio, e vieron tantos nobles caualleros e tantos nobles yelmos con tantas feguras en ellos, que fueron mucho espantados. E con estas nuevas tornáronse á su rey de Granada e contárongelo todo. Estando así el fecho, el rey don Alonso veyendo el grand menester en que estauan para pagar toda esta gente el sueldo, e non tenia de qué, que todo el reyno era gastado, e porque non gele fuesen las gentes, embió pedir prestado al papa, e al rey de Francia, e al arçobispo de Toledo para aquella conquista. E el papa prestóle veinte mil florines por tiempo cierto, e embióle cincuenta mil florines el rey de Francia, e embióle decir que gelos daua endonados para esta guerra. E el rey pagó luego á los ginoveses que se querian ir con sus galeas, e á los de las naos e á los caualleros que estauan en grand menester. E el conde de Fox demandó estonce sueldo al rey, si non, que se queria ir, e el rey e todos toviérongelo á mal; pero el rey pagógelo, porque non se fuese nin desmanase el real, porque los moros non se esforçasen contra él. E dió al conde cada dia docientos maravedís para su mesa, e á su hermano cincuenta maravedís, e al de cauallo ocho maravedís, e al de pié dos maravedís.

E estando así, llegaron cartas al rey del obispo de Jaen, don Juan, e del Comendador de Segura, en cómo habian entrado á correr á tierra del rey de Granada, e estudieron allá cuatro dias e cuatro noches, e truxeron muchas vacas e muchas ovejas, e moros e moras captivos. E desto ovo el rey muy grand placer e dió muchas gracias á Dios; e estando así el fecho, los condes de Arby e de Solusber dixeron que el rey de Inglaterra, su Señor, les enviaba decir que se fuesen luego, que los habia mucho menester porque habian de tratar entre él e el rey de Francia e ellos que quisieran estar si non por esto. E él gradesciógelo mucho e fuéronse su carrera. E dixeron al rey que los maravedís que habian tomado e non los sirvieron, que los querian para el camino, e así se fueron.

Despues desto, el rey de Granada e los moros de allende lle-

garon á Gibraltar e embiaron algunos dellos que pasasen el rio de Guadarranque e llegasen al rio de Palmones, que era á media legua del real, e ellos ficiéronlo así. E el rey cuando lo sopo, echó tres celadas pensando que entrarian los moros; mas un enaciado se pasó allá e lo descubrió, e cuando vido el rey que eran descubiertos, e ellos non lo sabian, embió por los suyos que se viniesen de la celada, e ficiéronlo así.

En este tiempo el rey de Navarra adoleció e fuese para su tierra, e murió en Jerez. E otrosy el rey don Alonso, con los fuertes combates que daua á esta villa, ovo de tomar la torre de Cartagena, e puso cristianos que la guardasen, e avíala de mantener de viandas; e por eso le era grave cosa de complir, por cuanto los moros de allende la tenian muy cerca de su real. E acaesció que el rey ovo de embiar con vianda aquella torre al maestre nuevo Ahamiso, maestre de Alcántara, e á Fernand Gonzalez, Señor de Aguilar, e á los concejos de Córdoua, e de Ecija, e de Carmona, e de Xerez, e levaron vianda e pusiéronla en la torre, e á la tornada non sopieron el vado que estaua alto por la cresciente, e afogáronse el maestre e Fernand Gonzalez, Señor de Aguilar, e otros frailes de Alcántara, de lo cual ovo muy grand pesar el rey don Alonso. E despues desto, el rey de Granada embió decir al rey don Alonso que oviese paz con el rey de Marruecos e con él, e que él sería su vasallo e le daria sus parias cada año, que eran doce mil doblas, e que descercase á Algecira, e por la costa que ficiera, que le daria trecientas mil doblas. E el rey dixo que le placía, mas que se viese primero con él; e esto facía él por cobrar una vez las doblas para pagar aquellas gentes, e lo otro por lo tomar para sí e lo quitar del rey de Marruecos. E dixo el rey de Granada que lo vería con el rey de Marruecos. E en esto estando, llegaron dos caualleros moros de Algecira al rey de Marruecos que le dixeron que non avia pan en la cibdat, e que la embiase acorrer, si non, que era perdida la cibdat. E luego el rey de Granada e el rey de Marruecos con todas sus gentes pasaron el rio de Guadarranque, e venieron contra el rio de Palmones, sus haces paradas, e luego que lo sopo el rey don Alonso, repicaron las campanas en el real, e salió luego el rey con su pendon en la de-

lantera con sus gentes, e ordenó sus haces muy bien, e mandó salir de sus naos á las gentes que estauan dentro, e se viniesen luego á él allí para pelear con los moros, e ficiéronlo ellos así. E vinieron luego don Juan Alonso de Alburquerque con sus vasallos e los vasallos del infante heredero don Pedro, e Garcilaso, e los vasallos de don Tello e otros muchos, e fincaron en la flota asaz de gentes e infanzones, e otros muchos fijos dalgo. E el rey ordenó muy bien sus haces, e porque algunos de los moros quisieran pasar el rio de Palmones, e venian do estaua el rey, mandó el rey á don Juan Nuñez e á los otros que tenian la delantera, que fuesen ferir en ellos, e firieron en ellos tan de recio, que tornaron los moros fuyendo á pasar el vado, e los cristianos iban matando en ellos, e allí murieron muchos moros, dellos afogados por pasar ayna el vado, e dellos á espada. E mandó luego el rey pasar á todos los suyos, e pasó él con ellos el vado, e fizo de los suyos tres haces e saliéronse en tres cabezos. E el rey mandó á don Juan Nuñez con la delantera que fuese á una haz, e mandó á los del infante don Pedro, su fijo heredero, con su pendon, que fuese á la otra haz, e el rey fué á la otra haz e mandó que el alcance durase hasta la noche. E los moros cuando vieron aquellas tres haces así bien ordenadas que venian contra ellos, non cataron por se defender, e tornaron fuyendo, dellos contra Gibraltar, e dellos contra Castellar. E los cristianos fueron en pos dellos matando fasta que los partió la noche, e allí fueron muchos muertos e captivos. E el rey don Alonso atendió en un otero á todos los suyos fasta que fueron llegados, e viniéronse mucho alegres para su real. E esto fué víspera de Santa Lucía, en el mes de Diciembre. Nunca en aquel dia el rey se desarmó, e ayunaua, e truxeron muchos captivos.

E despues desto, los moros que estauan en Gibraltar, veyendo cómo fueran vencidos e desbaratados, e que non podian descercar la villa, cataron manera cómo la fasteciesen, e fincheron una galea de farina, e de miel, e de figos, e de manteca, e mandaron al patron que la leuase á la cibdat de Algecira. E un moço cristiano que estaua y, fuyó de la galea e vénolo á decir á la flota de los cristianos, e aguardáronla, e cuando vieron que venia, fueron tres

galeas á ella e tomáronla con todo cuanto traian; e desto ovo el rey e todos muy grand placer, por cuanto de dentro de la villa non avia ya que comer, e si aquella galea allá llegara, tuvieran un grand tiempo vianda para se defender. E estando así el rey don Alonso sobre Algecira, e combatíala por mar e por tierra, e teníala toda cercada porque non le entrase acorro de viandas, veno al rey un moro del rey de Granada que decian don Hacan Alçarafe, con carta del rey, en que le embiaba decir al rey don Alonso que toviese por bien de dejar salir aquella gente de los moros de la villa á salvo con todo lo suyo, e otrosy que diese treguas por quince años á él e al rey de allen mar, e que le darian la cibdat, e que él sería su vasallo, e que le daria cada año doce mil doblas de oro en parias. E el noble rey don Alonso ovo su consejo, e falló que era mejor de tomar luego la cibdat, pues gela dauan, que non estar allí faciendo tan grandes costas. E fizo llamar aquel moro mandadero del rey de Granada, e díxole que tenia por bien de tomar la cibdat de Algecira, e que el rey Alboacen e el rey de Granada oviesen con él tregua por diez años e non más, e que el rey de Granada fuese su vasallo e le diese las parias, e que en esto les facía grand gracia, e le diesen luego Algecira, e los moros que ay estauan que se fuesen en salvo, e los cristianos que tenian en la villa captivos, que los diesen al rey don Alonso. E los mandaderos, por el poder que tenian, otorgáronlo todo al rey, segund es contado, e ficiéronle los mensajeros del rey de Granada vasallaje al rey don Alonso en nombre de su Señor el rey de Granada. E dixo estonce el rey don Alonso:—Loado sea el nombre de Dios que me dió tal ventura, e que se le membró de mí en me fazer ganar á Algecira. E así fueron puestas las paces como avedes oido, e fuéronle entregadas las Algeciras al noble rey don Alonso en sáuado, víspera de Ramos, veinte e siete dias de Marzo del año del Señor de mil e trecientos e cuarenta e cuatro años, e tóvola cercada veinte e dos meses. E así perdió Africa todo su bien, ca era llave e flor entre moros e cristianos. E así ovieron todos los moros grand quebranto por ello, e luego que el rey entró dentro, falló una mezquita e fízola consagrar á los perlados, e puso en ella onrrados clérigos, e fizo cantar en ella muchas misas por su

alma, e mandóla llamar Santa María de la Palma, e fizo facer otras muchas iglesias, e puso los nombres, e dióles mucho aver e ordenó muy bien la cibdat, e partió amas las villas muy bien e fízolas poblar ordenada mente, e ordenó cómo viviesen los caualleros, e los peones, e fízoles dar quitaciones á todos, á cada uno segund su estado, e dióles muy grandes franquezas, e mandó muy bien labrar la villa, e partió dende e veno á Sevilla con muy grand placer. E así estando el noble rey don Alonso en grand placer, troxéronle muchos nobles casamientos para el infante don Pedro, su fijo; especialmente le troxeron á la infanta doña Juana, fija del rey Aduarte, de Inglaterra, e á su madre decian doña Felipa, e era mujer de grand valor. E oviéronse de hacer los tractos en tal manera, que desposasen amos estos infantes en uno, e casaron noble mente. E esto así fecho, este noble rey don Alonso, teniendo las fijas del rey Alboacen, que tomó en la pelea de Benamarin, e las pudiera matar si quisiera, fué la su nobleza de las mandar apostar de muy ricas vestiduras e de nobles caualgaduras, e dióla muchas joyas de grand valía, e embiólas al rey Alboacen, su padre, e pasaron la mar, e fallaron al rey, su padre, en Fez. E cuando el padre las vido así venir tan apostadas á sus fijas, si ovo placer con ellas, bien lo podedes entender. E gradesció mucho al rey don Alonso aquello que fizo por él, e rescibió á sus fijas muy onrrada mente e á los que con ellas iban, e dióles muchas nobles dádivas e ovo muy grand placer en su coraçon.

Este rey Alboacen embió al rey don Alonso un noble presente en que le embió ricos sartales de oro e de piedras preciosas, e embióle muy rica vagilla de oro e de plata, muy rica mente obrada, e embióle cuatro cauallos muy ligeros e bien guarnidos, e embióle muchas cintas e muchas espadas de oro e de plata, e espuelas de oro e de plata, e muchos paños de oro e de seda; e embióle muchos dientes de marfil, e algalia, e bálsamo muy presciado, e muy nobles coronas, e penas veras e grises, e embióle un leon e dos leonas, e otras nobles e ricas joyas que non podian ser contadas. E levaron este presente dos moros: al uno decian Abdalla Afar, e al otro Abiterbo. E fallaron al rey en Villareal, e besáronle las manos, e dixéronle cómo el rey Alboacen le embiaba aquel

presente. E él rescibiólos muy bien, e gradesciógelo mucho, e dióles de sus joyas á los mensajeros e fuéronse su carrera.

E despues desto, en el año del Señor de mil e trescientos e cuarenta e ocho años, que fueron cuatro años adelante, fué la mortandat mayor que dicen la primera.

E despues desto, en el año siguiente del Señor de mil e trecientos e cuarenta e nueve años, ayuntó este noble rey don Alonso sus huestes e fue á cercar á Gibraltar (1).

E despues en el año siguiente del Señor de mil e trecientos e cincuenta años, finó este noble rey sobre esta cerca de Gibraltar en viernes de la Cruz, veinte e seis dias de Marzo, e truxéronlo á Sevilla á él e á don Diego de Faro que finó allí, e enterráronlo en Sevilla en la Capilla de los Reyes.

E despues que reynó su fijo el rey don Enrique, mandólo lleuar á Córdoua, e allí está enterrado con el rey don Fernando, su padre.

CAPITULO CCL.

DE CÓMO REYNÓ EL REY DON PEDRO, E DE LAS COSAS QUE FIZO EN SU TIEMPO.

Despues que así finó este rey don Alonso, fué alçado por rey el rey don Pedro, su fijo legítimo, por espacio de asaz tiempo. E estovieron él e los dichos sus hermanos bastardos que ovo este rey don Alonso de travieso en doña Leonor de Guzman, su barragana, los cuales fueron don Enrique e don Fadrique, e don Tello, e don Juan, en mucha paz e sosiego, e andudieron por los reynos de Castilla e de Leon sosegando e pacificando el reyno, e aviendo muchos placeres e deportes fasta tanto que el rey don Pedro fué á la cibdat de Leon; e á la entrada que entraua, vido en los palacios de un cauallero que se decia Diego Fernandez de Quiñones, un grand cauallero de la cibdat, una doncella, su parienta deste cauallero, que se decia doña Maria de Padilla, la cual era la

---

(1) No se refiere cómo se rompió la tregua de los diez años que se asentó con el rey de Granada. *(Nota marginal de mano de Zurita)*.

más apuesta doncella que por estonces se fallaua en el mundo. E el rey cuando la vido, como era mancebo de edat de fasta diez e siete años, enamórose mucho della e non pudo estar en sí fasta que la ovo e durmió con ella. E tan grand fué el amor que con ella puso, que non presciaua á sus hermanos, nin á la reyna doña María, su madre, mujer del noble rey don Alonso, nin los facía las onrras e fiestas que de antes les solia facer, de lo cual todos ovieron mucho enojo e sentimiento.

E fué acordado por ellos, e por los grandes del reyno, e por don Juan Alonso de Alburquerque, que era su privado deste rey don Pedro, que tractasen casamiento para el rey con doña Blanca de Borbon, fija del duque de Borbon, sobrina del rey de Francia, que era la más linda fembra que se fallaua por estonce por todo el mundo, diciendo que, aquella venida, que perderia el amor que con la dicha doña María de Padilla tenia. E dixeróngelo al rey don Pedro, e de su consentimiento fué tractado el casamiento por dos obispos que al duque de Borbon fueron, por tal manera, que dende á poco tiempo fué venida en Castilla la dicha doña Blanca de Borbon, e fueron fechas bodas al dicho rey don Pedro con ella en la villa de Valladolid, en la iglesia de Santa María del Antigua. E el rey don Pedro se agradó *á prima facie* de la dicha reyna doña Blanca, como quier que non estudo con ella más de tres dias despues que se veló e pasó á ella. E una noche partió de la villa secretamente, que non lo fizo saber á la reyna su madre, nin á la reyna doña Blanca, nin á sus hermanos, salvo á dos de sus camareros que consigo llevó, e fuese para el castillo de Montalban donde doña María de Padilla estaua, e dende para la cíbdat de Sevilla.

E como esto vieron los hermanos del rey, como la reyna doña Blanca de Borbon, como los otros grandes del reyno que en Valladolid estauan, ovieron muy grand enojo dello, e toviéronse por burlados de aquel fecho, e creyeron que algunos fechos malos tenia fechos al rey la dicha doña María de Padilla. E de acuerdo de todos e de la reyna doña María, su madre del rey, embiaron á don Juan Alonso de Alburquerque al rey don Pedro á la cibdat de Sevilla para decirle que quisiese tornar á su mujer e facer vida

con ella, e que se dexase de continuar con doña María de Padilla, que non era onrra suya nin de sus reynos dexar á tan noble e vertuosa reyna como era la reyna doña Blanca de Borbon, e tan generosa, e fermosa, que ellos e todo el reyno eran contentos mucho con ella. El cual dicho don Juan Alonso de Alburquerque, confiando mucho en la grand privanza que tenia con el rey don Pedro, creyendo que non faría más de cuanto él ordenase e le dixese, acebtó la embajada, e les aseguró de no venir de allá fasta que ficiese que echase de sí á doña María de Padilla, e de le facer que ficiese vida contínua con la reyna, su mujer. El cual luego partió, e se fué para la cibdat de Sevilla, e el rey desque sopo que venia, por le facer onrra, salióle á rescibír, e mostróle buen amor, e mandóle bien aposentar, e dióle grandes joyas, e cauallos, e preguntóle que cómo venia. El cual le dixo que venia de parte de la reyna, su madre, e de sus hermanos, e de la reyna, su mujer, e de los otros grandes de sus reynos á le decir e suplicar todo lo suso dicho, e que mirase bien su honestidat, e lo que los susodichos le embiauan decir que cumplia á su servicio, e lo que segund Dios e razon debia ser. E el rey don Pedro, como lo oyó, fué muy enojado por lo que don Juan Alonso le decia, e respondióle que en ninguna manera non lo faría, e que sopiese que la reyna doña Blanca en sus ojos le parescia mal, e que doña María de Padilla le parescia que era la más fermosa dueña que en todo el mundo avia, e que aquel avia seido el su primero amor; por ende que él non ternia otra mujer si non á doña María de Padilla. E don Juan Alonso le tornó afincar mucho acerca dello, fablándole muchas razones, e dándole muchos e buenos consejos, e amonestándole lo que de ello podria nascer, segund que nasció. E el rey le respondió desque vió que tanto le afincaua, muy sañuda mente, diciéndole que si más gelo decia, que non se podria bien fallar dello. E como esto vido el dicho don Juan Alonso, fué muy sañudo, e partióse para Castilla, e veno á Valladolid, e contó su embajada á las reynas e á los hermanos del rey, e con ello fueron todos pesantes. E este don Juan Alonso con ira que tenia porque el rey don Pedro non quisiera facer lo que le él rogaua, e decia, nin tenia tanta parte en él como solia tener, acordó de po-

ner, como puso, omecillo e cizaña entre el rey don Pedro con la reyna, su mujer, e con los hermanos dél, que les consejó que ficiesen levantamiento, que el rey don Pedro non era para ser rey, pues que non queria facer vida con su mujer la reyna doña Blanca, e que por ella habrian cabsa de lo destruir, e echar del reyno, e ser ellos señores dél, e asimismo le tomarian sus pechos e derechos de sus cibdades e villas para con que le ficiesen guerra. E fué así que tan grandes bollicios e escándalos ovo en el reyno, que grand tiempo ovo que mayor non fuera. E embiaron cartas á todas las cibdades e villas quejándose del dicho rey, por tal manera que la mayor parte de las cibdades e villas del reyno se alçaron contra el rey, e recudian con los pechos e derechos de aquellas cibdades á la reyna doña Blanca, e á los hermanos del rey, para pagar sueldo á grandes gentes de pié e de cauallo que con la reyna e con ellos de contínuo traian sobre aquella razon. E como el rey don Pedro esto sopo, vénose para Castilla, e andudo apoderándose de algunas cibdades, e villas, e lugares que lo bien querian e su voz tenian. E estos debates duraron bien tres años. E á cabo de los tres años acaesció que estando el rey don Pedro en la villa de Tordesillas, con mucha gente de armas que juntaua para ir á cercar á Toro, donde estauan sus hermanos, e la reyna doña Blanca, su mujer, con muchas gentes de armas á les dar batalla, e non atendian salvo que abonase el tiempo, porque era cuaresma e facia grandes aguas e fríos, pasó por aojo de la villa de Tordesillas una batalla de gente de armas que podian ser fasta mil omes de armas con un estandarte todo negro, e con cuatro trompetas, e en medio de la batalla llevauan unas andas muy guarnidas de seda, e dentro dellas un cuerpo finado. E el rey se maravilló mucho qué cosa era aquello, e embió en pos dellos, que iban contra la villa de Toro, á dos caualleros suyos á saber quién eran, e fuéles respondido que en las dichas andas iba el cuerpo de don Juan Alonso de Alburquerque, que avia finado poco avia, e que mandara en su testamento á un fijo suyo que allí iba que lo troxesen en andas con el estado e gente de armas que en su vida solia tener en servicio de la reyna doña Blanca de Borbon, fasta que fuesen acabados los fechos que el rey don Pe-

dro, su marido, ficiese vida con ella. E que mandara so pena de su maldicion e so pena de perder toda su herencia, á su fijo que lo toviese en cualquier lugar que la reyna estuviese, pues que non pluguiera á Dios darle vida para lo él ver. E que por aquello lo levauan en la manera que él veia para la villa de Toro, donde la reyna con todos los otros grandes señores estauan. E los caualleros que el rey embió tornáranse para la villa, e contárongelo todo al rey, el cual se maravilló mucho dello, e pesóle porque tan tarde lo sopo, que ya irian el río de Duero abajo más de una legua, que bien quisiera salir á ellos con su gente e los desbaratar por quemar el cuerpo de don Juan Alonso de Alburquerque, que bien sabia él que le avia ordenado en su vida todo cuanto escándalo en sus reynos avia. E estando así los fechos en este estado, juntando e llamando los unos e los otros muchas gentes para que desque abonase el tiempo poner en todo riesgo aquellos fechos, e por la reyna doña Blanca, e por los hermanos del rey, fué acordado que antes que el verano fuese venido, que el conde Lozano don Enrique que fuese á Segovia donde la madre del rey don Pedro estaua, á le decir e requerir que porque los fechos non viniesen en mayores rompimientos de lo que venidos eran sobre aquella razon, e Castilla non se perdiese si unos contra otros avian de pelear, porque sería causa que los moros entrasen por el reyno, e en su tiempo de ella Castilla se perdiese como de antes se perdió, e que segund la razon lo requeria, que ellos todos querian estar á mandamiento del rey, su fijo, para que ficiese dellos lo que quisiese, de muerte ó de prision afuera. E acerca de facer vida con la reyna doña Blanca, que lo dexauan en su cargo que ficiese lo que por bien toviese, que porque en el reyno por estonce no avia persona alguna que lo pudiese mejor facer que ella, que le suplicase de parte de Dios e de todos ellos que lo pusiese en obra luego.

E como don Enrique, conde de Trastamara, esto ovo dicho, la reyna, pensando que lo decia de coraçon, e que non avria engaño alguno, como despues lo ovo, plogóle mucho de coraçon, porque mucho deseaba ella paz entre su fijo el rey don Pedro, e sus hermanos. E caualgó e fuese luego para Tordesillas e contólo todo al rey, su fijo, e començóle á rogar afincada mente que quisiese ve-

nir á la paz e buena hermandat que le era á ella pedida por el conde Lozano, su hermano. E el rey don Pedro respondió que á él le placia mucho de tener paz con sus hermanos, e con sus vasallos e cauarleros; pero que non faria vida con su mujer, á su pesar, por la manera que ellos querian, salvo que aquesto quedase cuando él lo toviese por bien; pero que creia que esto era algund engaño por le facer alguna mengua e grand traicion. E la reyna, por las cosas que el conde le avia dicho, por las cartas que en su poder estauan, dixo:—Fijo Señor: si ellos alguna mengua ó traicion vos ficieren, quiero desde aquí rescebir sentencia que me mandedes matar. E el rey, veyendo que su Señora madre la reyna non le avia de facer nin ser en que le fuese fecho engaño alguno, dixo que le placía de facer estas paces. E la reyna desque esto oyó, partióse luego para la villa de Toro e concertó las dichas paces. E porque por estonce morian de pestilencia en todas las cibdades, e villas, e lugares de aquellas comarcas, e porque la villa de Tordesillas era pequeña, fué acordado que las vistas se ficiesen en Toro, aunque el rey don Pedro se rescelaua dello, e que las gentes de armas que estauan juntas de amas las partes, las derramasen, e así se fizo. E el rey don Pedro partió de Tordesillas aforrado, que non levaua consigo salvo al maestre de Calatrava, e al prior de Sant Juan e á don Simuel Levi, su tesorero mayor de Castilla e su privado, e otros algunos sus oficiales. E los hermanos del rey, e la reyna, su madre, e la reyna doña Blanca de Borbon, su mujer, como sopieron de la venida del rey don Pedro, saliéronlo á rescebir bien dos leguas de Toro, e cuando se vieron todos, descendieron de las mulas en que iban e fincaron las rodillas en el suelo, e besáronle las manos e los piés, e él besóles á todos en la boca, que asi mesmo se apeó. E luego començó á fablar don Enrique, el conde Lozano, diciendo:—Señor: bien sabemos todos nosotros cómo sodes nuestro hermano e nuestro rey natural, e vemos que vos avemos errado. Por ende dende aquí nos ponemos en vuestro querer para que fagades de nosotros lo que la vuestra merced fuere, e pedimos vos por Dios que nos querades perdonar. E el rey don Pedro desque esto vido, començóse á llorar, e ellos con él, e dende á poco dixo que Dios los perdonase e que él

los perdonaua. E tornaron todos á caualgar, e faciendo grandes alegrías, e corriendo cauallos, e jugando cañas, así se fueron para Toro. E el rey iba en medio de las dos reynas; e como el rey don Pedro, e el maestre e prior, e don Simuel Levi fueron entrados por la puerta de la villa que dicen de Morales, luego fué echada una compuerta que non dexaron entrar más gente de la que el rey leuaba, e en continente fueron cerradas todas las puertas de la villa de Toro, e se apoderaron de la persona del rey, e levaróllo á su palacio. E en su presencia le fueron dichas asaz feas palabras, e que aunque le pesase, faría vida con su mujer continuamente de noche e de dia. E así mesmo en su presencia fueron presos e muertos los dichos maestre de Calatrava e prior de San Juan (1), e otrosy fué preso e robado el dicho don Simuel Levi, e ficieron otro maestre e otro prior á quien ellos quisieron, e facíanle firmar todas las cartas que ellos querian, por tal manera, que se apoderaron de todas las cibdades, e villas, e fortaleças de sus reynos, salvo de la cibdat de Segovia, que estaua alçada por la reyna, su madre.

E cuantos obispados, e oficios, e beneficios vacaron en tiempo de tres años que este rey don Pedro estovo en esta opresion en todos sus reynos, tantos fueron dados á los que ellos quisieron.

E desque el rey don Pedro queria ir á caza, yendo en mula, iban con él mil omes de armas de guarda, e salian con él fasta obra de una legua, á caza de ribera del río de Duero ó á raposos. E así por esta manera estovo que cuanto sus reynos rentaron en estos tiempos, tanto se tomaron para sí e se repartieron sus hermanos e la reyna doña Blanca. E por dar color á estos fechos, non dieron lugar que la madre del rey don Pedro se fuese de la villa de Toro, e caia la guarda del rey á sus hermanos á cada uno su dia. E acaesció que un dia copo la guarda á don Tello, su hermano. E el rey don Pedro, sintiéndose opreso e contra su voluntad segund su grand coraçon, de estar tanto tiempo en Toro como avia estado, fabló á don Tello su hermano en poridat, rogándole que le diese lugar como él se fuese de allí, pues que en su mano

(1) Esta prision y muerte no es como se dice. (*Nota de Zurita*).

era, e que le daría la villa de Aguilar de Campo con todas las Asturias de Santillana, e el Señorío e condado de Vizcaya, que serian todos más de sesenta mil vasallos, e que regiría e gobernaría sus reynos e señoríos. E don Tello le respondió que non lo podia él facer, porque todos se tenian fecho pleyto e homenaje de lo non soltar sin consejo e consentimiento de todos.

E el rey don Pedro le dixo que él como rey le alzaua el pleyto e homenaje de le no tirar los lugares en toda su vida, e que le daria cartas dello. E tanto le afincó, que gelo ovo de otorgar. E amos á dos se fueron para una ermita, que es cerca del rio de Duero, adonde andauan á caza. E porque llovia por estonce, se entraron en ella, e allí escribió el rey don Pedro de su mano la merced de los dichos lugares e el pleyto e homenaje, con unas escribanías en un pedazo de papel que les dió su secretario de don Tello. E luego que esto fué fecho, mandaron ir á toda la gente de armas de la guarda tras unos cerros pequeños que ende estauan, e caualgaron en sendos cauallos, e pasaron el rio de Duero á nado con grand peligro, porque por estonce venia mucho crescido. E no curaron de ir á la puente, por no ser descubiertos, e començaron de aguijar contra Castro Nuño, e allí dexaron los cauallos e tomaron otros, e corrieron cuanto pudieron fasta que llegaron á Medina del Campo, e allí tomaron otros cauallos e dexaron los que llevauan, e otro tanto ficieron en Arévalo. E así fueron en esa mesma noche puestos en la cibdad de Segovia. E como el rey don Pedro se vido en Segovia, escribió cartas á todas las cibdades e villas de sus reynos recontándoles lo que le avia contescido en Toro, en cómo sus hermanos e la reyna doña Blanca de Borbon, su mujer, lo tovieron opreso tanto tiempo con esfuerço e favor de algunos caualleros de sus reynos; por ende, que él revocaua las cartas que le avian fecho firmar contra su voluntad durante la dicha opresion, e que doliéndose dél como de su rey e su señor natural, que le quisiesen todos ayudar, que él entendia de los punir e castigar por justicia, e que mandaua que todos los omes de veinte años arriba e de sesenta años ayuso, todos se viniesen para él luego. E como las cartas fueron llegadas, vínole mucha gente, así de pié como de cauallo, de unas partes e de otras de sus reynos,

e el rey movió contra Toro. E como esto sopieron en Toro, el conde Lozano se fué para Galicia á su condado de Trastamara, e del temor que tenia del rey, no osó parar en todo el reyno, ante se fué por mar fuera del. E el maestre don Fadrique se fué para su maestradgo e començó á bastecer sus fortaleças, e todos los otros condes e caualleros se fueron fuyendo, que nenguno non quedó en Toro con las reynas. E el rey don Pedro prestamente fué sobre ellas con la más gente que tovo, e cercó la villa, e dende á cuatro dias se la dió. E las reynas retrajéronse al castillo de la villa, e el rey mandólo combatir de todas partes, e porque no es fuerte, oviéronsele de dar. E desque las tovo en su poder, mandó llevar de noche á la reyna doña Blanca de Borbón al castillo e fortaleça de Urueña, e mandóla entregar presa á don Lope Ortiz de Estúñiga, e que la levase al alcáçar de Xerez de la Frontera, e que la toviese bien guardada ende. E despues la mandó matar. E don Lope Ortiz non la quiso matar, diciendo que non mataría á su Señora la reyna. E por esto este rey don Pedro embió mandar á don Lope Ortiz de Estúñiga, que la entregase á la reyna á otro cauallero que embió, e el alcáçar de Xerez, e que se viniese para él. El cual don Lope Ortiz lo fizo así e partióse dende. E luego aquel cauallero fizo afogar á esta reyna doña Blanca con una toca. La cual fué sepultada en Sant Francisco de Xerez, delante del altar mayor.

E mandó otrosy levar á la reyna su madre al alcáçar de Segovia, e fué muerta dende (1) á poco que la levaron.

E así este rey don Pedro andudo por sus reynos recobrando sus cibdades, e villas, e lugares, e fortaleças, que ansí tenian dadas sus hermanos, e matando e tirando bienes á los que fallaua culpantes en aquel fecho.

E despues fuese para Sevilla á estar con la reyna doña María de Padilla. E en esto acaesció que el rey don Pedro se fué por el rio de Guadalquivir ayuso fasta la mar con ciertos caualleros de

---

(1) La reina doña María murió en Portugal, y éste parece que señala que fué muerta en Segovia. (*Nota de Zurita*).

su casa, encima de una galea, e salió á Sant Lucar de Barrameda e á la mar. E andando con otras muchas fustas pequeñas que con él iban deportándose por la mar, veno un cauallero cosario de Aragon en una galea de armada contra él por lo matar. E como quier que le fué dicho que allí estaua el rey don Pedro, que se tornase, non lo quiso facer, mas antes echaua truenos e lombardas contra la galea del rey, que la foradó toda e entraua por ella el agua tan fuertemente, que si non la acorrieran, se anegara. E el rey desque esto vido, ovo grand temor de ser muerto. E por los grandes galeotes e maestros que dentro de la galea venian, se veno fuyendo fasta Sant Lucar. E luego salió el rey e todos los otros á cauallo en tierra, e embió á notificar lo susodicho al rey de Aragon, e embióle rogar que le entregase aquel cosario para facer dél justicia, pues que en los mares del rey don Pedro fizo el delito.

E porque este rey de Aragon non lo quiso facer, antes le respondió que lo embiase acusar ante él e que él le faría dél justicia, por esto el rey don Pedro le desafió por sí e por sus reynos al rey de Aragon e á los suyos. E sacó sus huestes este rey don Pedro e entró tan brauamente por los reynos de Aragon, quemando, e talando, e matando, e levó muy grandes lombardas e pertrechos de guerra, que non iba á lugar que non se le daua. E tomó por fuerça las cibdades de Albarracin, e Teruel, e Horiguela, e la villa de Carinana, en la cual Carinana fizo facer grand crueldat á los vecinos della, á unos matando e á otros cortando los piés e las manos, e á otros las narices. Esto, porque este rey les embió decir antes que por la villa pasase con sus gentes, que le diesen viandas por sus dineros, e que no les mandaría facer ningun mal, e tomó otras fortaleças.

E estando dentro en Aragon faciendo la guerra, queria ir sobre Zaragoza, vinieron nuevas al rey don Pedro que el rey Bermejo de Granada, que avia corrido e robado toda el Andalucía, así los ganados como cativando muchas gentes, e que avia tomado algunos castillos de la frontera que estauan todos seguros, seyendo este rey Bermejo vasallo del rey don Pedro, e el rey don Pedro le avia dado favor cuando reynó, segund que más largamente está

escrito en la Corónica verdadera deste rey don Pedro (1); porque hay dos Corónicas, la una fengida, por se desculpar de los yerros que contra él fueron fechos en Castilla, los cuales causaron e principiaron que este rey don Pedro se mostrase tan cruel como en su tiempo fué. E como el rey don Pedro sopo esto, acordó de no estar más en Aragon e dese venir para el Andalucía, á fin de se vengar de este rey Bermejo. E por esta cabsa ovo de facer paz con el rey de Aragon, e dióle e entrególe las cibdades, e villas, e fortalecas que le tenia tomadas, que si non fuera por lo que fizo el rey Bermejo, antes de medio año el rey don Pedro tomara todo el reyno de Aragon, segund el grand temor que le avian, e fuera cabsa que fincara para siempre para la corona real de Castilla.

E partióse e dexó todos los pertrechos e lombardas en Soria, e fuese para Sevilla. E como el rey Bermejo lo sopo, ovo grande temor dél, e este rey don Pedro lo embió asegurar con dos caualleros que allá embió, diciendo que creia que de su voluntad non fué fecho aquel error, salvo de grado del Albaicin de Granada e de algunos otros caualleros del reyno, por lo indignar con él. E que creyese que lo ficieron por lo disponer de rey desque el rey don Pedro lo desamparase, e que no tenia en él menos que antes. E el rey de Granada desque oyó aquesto, aseguróse mucho, ca non pensó que le tenia otro omezillo. E dende á poco, acaesció que le nasció al rey don Pedro un fijo de doña Maria de Padilla en Sevilla. E embió convidar al rey Bermejo que viniese á las fiestas que avia de facer por el nascimiento de su fijo, e á ser su compadre. E el rey Bermejo dixo que le placía; pero que le embiase su seguro; e el rey don Pedro gelo embió, e luego se vino este rey Bermejo para Sevilla e troxo consigo seiscientos caualleros, los más onrrados e más ricos del reyno de Granada, los cuales e él para aquellas fiestas vinieron los más guarnidos que pudieron. E desque este rey don Pedro sopo de la venida del rey Bermejo, mandó aderescar cuantos juegos se facian en Sevilla cuando rescebian á él e á los otros reyes, e fizo desde la puerta del alcágar por donde

---

(1) Do. historias del rey don Pedro. (*Nota marginal de mano de Zurita*).

entró poner en el suelo alhombras, e á las paredes paños de Ras ricos, e en el cielo paramentos colorados, e saliólo á rescebir él e toda su cauallería fasta dos leguas camino de Carmona por donde él venia. E desque se vieron, abrazáronse e diéronse paz estos dos reyes; e desy todos los otros caualleros moros que con él venian, besaron las manos al rey don Pedro, e así se vinieron para Sevilla con muchas trompetas e atabales, e faciendo grandes alegrías, e entraron por la cibdat fasta el alcáçar. E fué aposentado el rey Bermejo en el alcáçar nuevo que este rey don Pedro mandó facer, que es la más rica e la más onrrada labor que por estonce ovo en todo el mundo, en especial el palacio del Caracol, que en el suelo todo está de piedras grandes de labastro e de jaspes muy ricas, e en las paredes e en el cielo está todo de oro e de azul dacre, e lleno de mármoles chicos e grandes de muchos colores. E fizo asimismo las Atarazanas, donde están las galeas, con la fortaleça donde ponen los presos que deben al rey debdas; e la Torre del Oro con su torrito, que es muy fuerte e muy fermosa, e dícenle la Torre del Oro, porque allí ponia sus tesoros de oro. E fizo asimismo la Huerta del Alcoba, con las torres e cerca de alrededor della, e mandóla poblar de muchos árboles. E él aposentóse en el alcáçar viejo, e mandó enderescar bien de cenar para el rey de Granada de muchos manjares de diversas maneras, e mandó que los otros moros fuesen muy bien aposentados por la cibdat. E desque ovieron cenado, el rey don Pedro llamó á consejo al conde don Tello, su hermano, conde de Vizcaya, e á don Simuel Levi, su privado, que le decia el rey padre; e otrosy á los letrados de su consejo, e los otros grandes caualleros que con él estauan. E estando así juntos, díxoles:—Los que aquí fuestes ayuntados es que vos quiero preguntar que me digades si uno quebranta á otro cualquier juramento, e pleyto, e homenaje que le tenga fecho, no aviendo cabsa de lo quebrantar, e el otro despues le quebranta á él, despues de aquel yerro fecho, cualquier seguro, e pleyto, o homenaje que le haya fecho, si por esto si yerra en cuanto á Dios e al mundo.

E el conde don Tello, como lo oyó, ovo rescelo, pensando que por él lo decia, por el error que le ficiera con los otros sus herma-

nos en su opresion, e respondióle e díxole que por quién lo decia. E el rey dixo que primera mente queria saber lo que sin cargo podia facer, e que gelo dixese. E por los letrados e por todos fué acordado que non erraua en cosa alguna el que le avian quebrantado seguro á pleyto e omenaje, e le quebrantar él despues otro, e que asi lo querian los derechos e leyes antiguas. E como el rey esto oyó, díxoles que ya sabian cómo este rey Bermejo de Granada, que era su vasallo, e por su mano era rescebido por rey en Granada, á pesar de la mayor parte del reyno, el cual le tenia asegurado por sí e por sus reynos, e aun fecho juramento en su ley de le ayudar contra todos los omes del mundo cuando lo oviese menester, e de le non facer mal nin daño á él nin á sus reynos, e que estando faciendo guerra al rey de Aragon, e teniéndole ganada grande parte de su reyno, e aquél teniendo en tanto aprieto que todo gelo queria entregar, para lo dejar consumido en la corona real de Castilla, segund que antiguamente fué en tiempo de los reyes de España, que el rey Bermejo, non mirando á cosa alguna de los beneficios pasados e al seguro, que le avia entrado por el su reyno del Andalucía, e le avia robado todo el campo e captivado muchos de sus vasallos, veyendo que en el reyno non avia algunos caualleros, que todos estauan con él en su servicio en la guerra de Aragon, e que pues lo tenia en su poder, que su voluntad era de facer justicia de él, porque á él fuese castigo, e á los otros enxemplo. E por todos fué acordado que era bien, como quier que quisieran que por otra manera lo prendieran, mas non se podia facer. E luego mandó prender al rey Bermejo e á todos los otros caualleros moros que con él venieron, e mandólos tomar todo cuanto truxeron de su tierra, e tanto fué, que fueron de piedras presciosas e perlas gordas de aljófar, que fué en número de un cafiz, sin las otras joyas, e ropas, e jahezes, e espadas moriscas, e cauallos, e acémilas, e moneda de oro, que non ha número.

E otro dia en la mañana mandó caualgar al rey Bermejo en un asno, e diéronle la cola por rienda, e mandólo sacar al campo de Tablada, e mandólo atar á un madero que ende estaua fincado, e mandó que lo jugasen á las cañas. E fué acordado que porque era rey, que el rey don Pedro le tirase la primera caña; pero él non

le quiso tirar caña, salvo una lança que lo pasó de parte á parte. E luego le fueron dadas tantas cañaveradas que apenas le quedó cosa sana en el cuerpo al rey Bermejo, de que luego murió.

E el rey don Pedro mandó facer pesquisa de cuáles de sus caualleros entraron con él á robar el Andalucía, e á los que falló que no vinieron, mandóles tornar todo lo suyo e embiólos en paz á su tierra, e todos los otros fueron captivos e algunos dellos muertos. E luego de mano del rey don Pedro fué alçado por rey de Granada el rey Mahomad, su vasallo, e fízole otro tal seguro e pleyto omenaje, e guardólo mejor que el otro, segund adelante oiredes contar.

E despues desto así fecho, por ruego del conde don Tello fué perdonado e reconciliado el maestre don Fadrique, su hermano, con el rey don Pedro, e desque lo ovo así acauado, fuese para Vizcaya el conde. E despues á poco tiempo, por afinco de doña María de Padilla, el rey don Pedro mandó matar á don Fadrique, su hermano, maestre de Santiago, en la cibdat de Sevilla, en el alcáçar della (1).

E asimismo fué muerto el infante don Juan en Toro á yerbas (2).

E como estas cosas así se ficiesen, muchos del reyno, así de los grandes señores como de la comunidat, e algunos parientes de aquéllos que estauan fuera del reyno con el conde Lozano don Enrique, con muchas cibdades, e villas, e lugares del reyno, se començaron á alçar e rebelar contra el rey don Pedro, los cuales no querian obedescer sus cartas e mandados; e fechos todos liga, acordaron embiar por el conde Lozano á las partidas de Francia, donde estaua. El cual, como lo oyó, veno muy prestamente para entrar por Navarra. E el rey don Pedro, como lo sopo, fuese luego para Burgos por le resistir la entrada, e embió sus cartas de llamamiento por todos sus reynos, porque le viniesen á dar favor, e registió la entrada á su hermano que venia con grand poder, e nenguños non le querian acudir, los unos porque no osauan, e los otros porque cobdiciaban su destruicion. E así que en esto estaua

---

(1) La historia dice lo contrario. (*Nota de Zurita*).

(2) Contra la historia. (*Idem*).

con todo trabajo en su coraçon, e arrepentíase mucho entre sí por lo fecho. E estando en esto el conde Lozano, con las muchas gentes que traía, así de franceses como de gascones, e de otras muchas gentes que con él venian, e otros muchos que se le allegauan de los castellanos, vínose para Logroño, e luego fué rescebido por los de la villa dentro en ella. E así entrando, fué acordado, así por él como por los caualleros que con él venian, para que más prestamente pudiera echar al rey don Pedro del reyno, que don Enrique tomase allí título de rey de Castilla e de Leon, e así fué fecho, que fué alçado por rey por ciertos caualleros e perlados que con él eran de los reynos de Castilla e de Leon, e desde allí se llamó rey el rey don Enrique. E el rey don Pedro, como lo sopo, ovo dello grand pesar, e luego pensó ser perdido, como lo fué, e embió mandar llamar á los alcaldes e regidores de la cibdat de Burgos donde él estaua, e mandóles que pusiesen buen cobro en aquella cibdat, e que non acogiesen en ella al conde Lozano, que se llamaua rey, nin á cauallero alguno poderoso sin su mandado, porque dixo que él se quería partir para Sevilla e á Toledo, á poner cobro en ellas e en otras cibdades del reyno. E los de Burgos le dixeron que se maravillauan de su merced, sabiendo que el otro rey venia e entraua por el reyno, querer desamparar aquella cibdat, e que farian su poderío en la defender. E el rey non dixo más, e á más andar se partió de allí e se fué para Toledo. E como fué entrado en Toledo, toda la cibdat se alteró e alboroçó contra él e contra los suyos en tal manera, que no osó estar en ella, mas antes se partió luego della e se fué por la puerta de Alcántara. E salieron los de Toledo en pos dél, e robáronle el su rastro.

E el rey don Pedro fuese para la cibdat de Sevilla en la cual fué rescebido muy bien, e donde á diez dias que en la cibdad entró, sopo cómo el rey don Enrique tenia ayuntada grand gente, e se venia á mas andar para Búrgos. E como este rey don Enrique fué alçado por rey de Castilla e de Leon en Logroño, embió luego sus embajadores á la cibdad de Búrgos á les decir cómo era él su rey e señor natural, e no aquel malo tirano de don Pedro que se llamaua rey, e que él era fijo mayor del rey don Alonso, su padre, e que el rey don Pedro no merescia ser rey nin facia fechos de rey

por esto. Por ende que les rogaua e mandaua que luego le acogesen en su cibdad e lo apoderasen en lo alto e bajo della, como de derecho eran tenidos, así como aquél á quien pertenecia el mayorado de los dichos reynos, e en otra manera, que vernia poderosamente sobre la cibdad e les faría e mandaría facer cruel guerra de espada e de fuego. E como los de Búrgos esto oyeron, fueron muy turbados, e non sabian qué se facer por así rescibir á otro rey, seyendo vivo el rey don Pedro; pero porque aun en la cibdad la mayor parte de los principales della les placía del mal del rey don Pedro, e por temor de ser muertos e robados por la muchedumbre de gente que el rey don Enrique traía, e de cada un dia se iban para él, ovieron de acordar de embiar al rey don Enrique á le decir que les placia de lo acoger en la cibdad. E como esto sopo el rey don Enrique, vénose á la cibdad de Burgos, el cual luego fué rescebido en ella sin empacho alguno.

E despues que ansí fué onrrado este rey don Enrique en Búrgos, embió sus cartas á todas las cibdades, e villas, e lugares de los reynos de Castilla, e de Leon, e de Galicia, e del Andalucía, e de Murcia, para que embiasen á él sus procuradores á le rescebir por su rey e señor natural, e á le facer el pleyto homenaje que le era debido, que él les queria confirmar sus previlegios, e usos, e costumbres. Lo cual les embió decir con las dichas arengas que dichas son de suso.

E luego dende á pocos dias fueron venidos procuradores de las cibdades de Córdoba, e de Toledo, e Murcia, e de Cuenca, e de Avila, e de Segovia, e Salamanca, e Zamora, e de la mayor parte de otras cibdades e villas de los reynos susodichos. Los cuales se ayuntaron todos en uno e acordaron de lo rescebir, como fué luego rescebido por rey, por nombre de todas las cibdades del reyno, e asimismo los condes e grandes omes lo rescebieron e juraron por rey, e luego lo coronaron al rey don Enrique.

E como esto sopo el rey don Pedro, no sopo qué se facer, que bien vido que por sus pecados daua nuestro Señor Dios lugar que se ficiese contra él lo que se facia, e acordó de se ir del reyno por mar. E estando en este pensamiento, acaesció que un dia domingo, se alçó la mayor parte de la gente de Sevilla contra la gente

del rey don Pedro. Esto porque ya sabian cómo el conde Lozano se alçaua por rey de Castilla. E fueron contra los del rey, e cercáronlos en el alcáçar. E el rey don Pedro desque esto vido, entróse en la Torre que dicen del Oro que él fizo, orilla del rio de Guadalquivir, e mandó sacar e echar en el rio dos naos de las que tenia en las atarazanas, e mandólas bastecer de noche de todo lo que ovieron menester, e fizo poner dentro todo el tesoro que en la Torre del Oro tenia, e subió encima de la una de ellas, e muchos de los suyos con él en quien se fiaua, e fuese el rio ayuso fasta la mar, e non paró fasta que llegó al reyno de Inglaterra. E llevó consigo á una su fija, la cual casó allá con el duque de Alencastro, que era e es en aquella tierra gran señor e de mucha tierra, e pariente bien cercano del rey de Inglaterra.

El cual rey don Pedro, como llegó á una cibdad donde el rey de Inglaterra estaua, desembarcó, e el rey lo rescibió muy bien, e lo mandó aposentar á él e á los suyos mucho onrradamente, e le fizo grandes fiestas, e en poridat le preguntó de su venida. Él recontógelo todo, e despues le rogó e requirió el rey don Pedro al rey de Inglaterra que ficiese juntar Córtes, e los grandes de sus reynos, porque en presencia de todos quería fablar con él. El cual rey de Inglaterra fizo luego llamar á Córtes los procuradores de sus reynos, e otrosy los grandes barones dellos. E desque estovieron todos juntos, este rey don Pedro dixo al rey de Inglaterra cómo él era fijo legítimo del rey don Alonso, rey de Castilla e de Leon, e fijo de la reyna doña María, su legítima mujer, e que al tiempo de su finamiento, el rey don Alonso lo avia dexado por primogénito heredero de los reynos de Castilla e de Leon, e que aviéndolo por tal, que él fuera rescebido por rey, así por cuatro hermanos suyos bastardos que el rey don Alonso, su padre, dexara, como por los grandes e ricos omes de todos los dichos reynos, e asimismo por los procuradores de todas las cibdades, e villas, e lugares dellos. E que agora de poco tiempo á esta parte, un mal hermano suyo bastardo que se decia don Enrique, el conde Lozano, conde de Trastamara, que non acatando lo susodicho, ni así mesmo cómo él e todos los de sus reynos le avian besado las manos por rey e por señor al tiempo de su rescebimiento, e avia rey-

nado en Castilla e en Leon pacíficamente quince años, e más, dixo el rey don Pedro que el dicho conde se avia alçado por rey de los dichos sus reynos, e se llamaua rey dellos, e que avia tenido maneras él e algunos malos caualleros que seguian su opinion e voluntad que le quitasen á él la obediencia que le era debida e forciblemente se levantasen, como se levantaron, contra él, e lo avian echado de sus reynos e señoríos. E que el dicho conde que se decia rey, gelos tenia ocupados, llevando las rentas, e pechos, e derechos dellos, en grand menosprecio de Dios, e injuria e mengua suya. E que agora él no avia fallado á quien se socorrer, salvo al rey de Inglaterra, porque sabia que era ome que temia á Dios e le socorreria. Por ende, que le rogaua e requería, por el debdo que era obligado de rey á rey, de le dar socorro de gentes para con que él pudiese ser restituido en los dichos sus reynos, e pudiese punir e castigar así al dicho su mal hermano que se llamaua rey, como á los otros que le avian dado e dauan favor e ayuda para le quitar lo suyo e su patrimonio real que él así tovo, e poseó dias avia. E como el rey de Inglaterra oyó lo que el rey don Pedro avia dicho ante los del su consejo, pidió plazo de acuerdo para que se queria ver en ello con los de su reyno, e despues de visto, fué acordado por el rey de Inglaterra e por los de su reyno que le fuese dado favor e ayuda al rey don Pedro para ser restituido en sus reynos, de once mil omes de cauallo, e que viniese por capitan dellos el príncipe de Gales, fijo del rey de Inglaterra; pero con tal condicion, que antes que de allá partiesen, que el rey don Pedro les pagase á cada uno dellos su sueldo de medio año, á razon cada uno cada un dia de á cincuenta maravedis desta moneda que agora corre en Castilla. E fué dicho al rey don Pedro lo susodicho, al cual plogo mucho dello, aunque le venia como agro dar luego tan grand tesoro que el sueldo montaua. Pero con el grand ardor que tenia en su coraçon de ser restituido en sus reynos e se vengar de la injuria que le era fecha, dió lugar á ello, e porque sus tesoros no bastaron para pagar el sueldo, ovo de embiar las piedras presciosas e perlas que ovo del rey Bermejo á las vender por muchas partidas. E en esto ovo de estar en Inglaterra por tiempo de tres años. E á cabo deste tiem-

po, el rey don Pedro e el príncipe de Gales con los once mil omes de cauallo, partieron de Inglaterra para se venir á estos reynos de Castilla, e entraron por Navarra. E el rey don Enrique desque lo sopo, pesóle de coraçon, porque pensaua que el rey don Pedro, su hermano, era muerto ó perdido del todo, e temió de perder tan grand señorío como tenia e poseia, que todo el reyno estaua ya á su mandado, salvo la cibdad de Zamora, que estaua alçada por el rey don Pedro. Esto porque veniera un cauallero della que fuera á facer reverencia al rey don Enrique á Toledo, e un su portero le dió con la puerta en la cara, porque él porfiaua de entrar á la cámara del rey. E porque el rey don Enrique non quiso facer justicia del portero, aunque le fué querellado por el cauallero, por esto él se fué á Zamora, e fizo dende allí guerra al rey don Enrique e á los lugares sus comarcanos, que por él estauan durante este tiempo de los tres años que el rey don Pedro estovo fuera del reyno fasta que veno.

E este rey don Enrique llamó todas las gentes del reyno, así de pie como de cauallo, e fuese para Burgos, e allí la recogió toda, que podrian ser en número de doce mil de cauallo, e más de cien mil peones. E embió requerir al rey de Navarra que no diese el paso al rey don Pedro e á los ingleses por los montes claros, si no, que le destruiría e echaría de su reyno. E el rey de Navarra no sabia qué se ficiese, e embió decir al rey don Enrique que no daría el paso al rey don Pedro, e embió decir al rey don Pedro que viniese, que él le daría el paso, como lo fizo. E el rey don Pedro con el príncipe de Gales e con los ingleses pasaron el paso, e travesaron á Navarra, e veniéronse para Logroño, e entraron luego en la villa. E como el rey don Enrique lo sopo, partióse de Búrgos, e fuese para Nájera, e iba con él el conde don Tello, su hermano, con mil omes de armas, e diez mil peones de vizcainos e montañeses bien armados. E el rey don Pedro vénose para Navarrete, que es á tres leguas francesas de Nájera. E estando así los dos reyes, emplazaron su batalla para dia cierto, e de cada dia le venia mucha gente así de pié como de cauallo, al rey don Pedro. E asimismo veno en su favor el cauallero de Zamora con más de mil rocines que con él se juntaron de muchas partes para

servir al rey don Pedro, de los que tenian enojados e echados de sas faciendas e casas el rey don Enrique e los suyos, porque eran criados e servidores del rey don Pedro. E venido el dia que la batalla estaua emplazada, el rey don Pedro con los suyos e con el príncipe de Gales e los suyos se armaron muy bien despues que ovieron todos oido misa e comido, e se vieron á ojo de la villa de Nájera. E otro tanto fizo el rey don Enrique e los suyos, e ordenaron sus batallas. E estando todos á ojo unos de otros, que echauan las caretas para pelear, el conde don Tello con los mil omes darmas e diez mil peones que tenia suyos con su bandera, se fueron camino de contra Vizcaya, que non quisieron ayudar al rey don Enrique nin pelear contra el rey don Pedro. E como esto vieron los del rey don Enrique, ovieron grand pesar, e cayóles como desmayo. E el rey don Pedro e los suyos, e los ingleses, tomaron grand coraçon, e ellos començaron la batalla, e pelearon tan reciamente en todo ese dia los unos con los otros firiéndose muy cruelmente, e faciendo muy grande matanza; pero á la fin ovo de ser vencido el rey don Enrique, e desbaratada su batalla, así por lo que de suso dicho es, como porque la mayor parte de los castellanos no peleauan de coraçon contra el rey don Pedro, porque ya sabian que avia seido e era su rey e señor natural dias avia, e que si algunos males e yerros avia fecho, que Dios gelos avia de demandar, que no castigárgelos ellos.

E como esto así fué fecho, el rey don Pedro e el príncipe de Gales andudieron á buscar entre los muertos al rey don Enrique e no se pudo fallar, que como vido el vencimiento, con bien pocos de los suyos fuyó del reyno e non paró fasta Roma. E el príncipe de Gales, como non lo conocia nin lo avia visto, preguntó á los que así lo avian buscado, diciendo en su lengua:—*El bor es mor ó pres?* E dixéronle que no. E él respondió e dixo:—*No ay res fet.* Dando á entender que si fuera muerto ó preso, que todo fuera acauado.

E como la batalla fué acauada, en queriéndose poner el sol, muchos de los castellanos se fueron fuyendo contra Santo Domingo de la Calzada, e otros contra esos cerros grandes, e porque les dió la noche encima los más dellos guarescieron. E algunos caua-

lleros principales que se ende acaescieron, que fueron presos por mandado del rey don Pedro, fueron muertos por justicia, e luego dende á dos dias partieron dende. E mandó el rey don Pedro que fuese fecha una ermita donde acaesció la batalla, la cual dende á poco fué fecha, e está oy dia allí, que se dice. . . . . (1). E continuaron su camino el rey don Pedro e el príncipe de Gales para Búrgos, e acogiéronlos luego en la cibdad. E otro dia mandó llamar el rey á los caualleros mayores de Búrgos, e á los alcaldes e merinos e regidores, e como fueron todos en su palacio, que posaua en los palacios del obispo, el rey don Pedro sopo cuáles fueron cabsadores que el rey don Enrique entrase primeramente en Búrgos e lo recibiesen así, sin que primeramente los cercara, e aun robara e combatiera. E fueron siete los mayores de la cibdad que falló culpantes, á los cuales mandó cortar las cabeças e echarlas por un terrado ayuso á una plaza que está delante las puertas de los dichos palacios. E ese dia despues de comer mandó correr toros en la plaza, por alegria del vencimiento de la batalla, e mandó lanzar los cuerpos de los dichos muertos á los toros, e los toros los lanzaban fácia arriba, e dauan en aquellos cuerpos grandes golpes, en tal manera, que todos lo sentian por grande crueldat.

E dende á otro dia se partió e andudo por sus reynos faciendo grandes crueldades de justicia sobre esta razon, e tomando bienes, e vasallos, e oficios, e á obispos obispados, e á otros clérigos beneficios, e á muy pocos perdonando, por tal manera que esto le fizo grande daño, que se indinó mucho el reyno contra él, pero non osauan al facer, tanto se mostraua cruel.

E porque ya en todos sus reynos no avia lanza enfiesta contra él, que mató e fizo matar en Toledo catorce caualleros e ricos omes, e seis dueñas, e en Córdoua e en otras cibdades mató asaz. E así se apoderó de todos sus reynos e señorios, e de las fortalezas dellos.

E desque así se vido apoderado e restituido en todo ello, pidió por merced al príncipe de Gales que se tornase con todos los

(1) En blanco.

suyos para su tierra, e dióles grandes dádivas, e así se tornaron ricos e con grand placer. E el rey don Pedro se fué para Sevilla, e estudo ende grand tiempo e en mucha paz e sosiego, fasta en tanto que un dia andando este rey don Pedro orilla del rio de Guadalquivir acerca de Tablada, veno ende el rio arriba una galeota en la cual venia un arcediano de corte romana, el cual dicho arcediano sabia bien que el rey don Pedro andaua cada dia caualgando por allí, e dixo á los que con el rey andauan que dixesen al rey que se llegase á la orilla del rio, e que le daria nuevas de las partes de Levante. E el rey llegóse á la orilla del rio, e el arcediano le preguntó si era el rey don Pedro, e él le dixo que sí, e el arcediano luego le leyó una carta del Santo Padre que por estonces era, por lo cual lo pronunciaua por descomulgado al rey don Pedro, e ponia entredicho en todos sus reynos e señorios. Esto porque el rey avia mandado matar poco avia al maestre de Sant Bernaldo, e le avia tomado todas las villas e lugares que tenia, que eran de la dicha Orden, las cuales son las behetrías que están en Castilla; esto porque avia ayudado al rey don Enrique, su hermano, contra él; e otrosy porque avia fecho desposeer á los obispos de Calahorra e de Lugo, e avia puesto otros obispos, no se pudiendo entremeter en lo eclesiástico. E el rey don Pedro como lo oyó, dió de las espuelas al caballo e saltó en el rio, e sacó su espada por dar al arcediano con ella, e dió en la fusta delante en el bordo della, e el arcediano volvió fuyendo el rio ayuso, e tomóle por testimonio cómo avia leido en presona la carta al rey don Pedro por aquella manera, que de otra guisa non avia ome en el mundo que gela osase leer que no lo matase; e á nado con el cauallo fué en pos dél un rato, e desque vió que no le podia alcanzar, fuéle diciendo que dixese al Papa que por lo que avia fecho contra él, quél lo iria allá á buscar á su tierra e le faria cruel guerra, e le quitaría, como le quitó, la obediencia. E asimismo por ruego del rey don Pedro, los reyes de Navarra e de Aragon quitaron al Papa la obediencia. E fué acorrido el rey cuando iba tras el arcediano, que ya el cauallo desmayaua, con un barco pequeño, que entraron por él, en que salió del rio, e el cauallo, por ser baja la ribera e el rio muy fondo, que por estonce era cresciente e esta-

ua todo lleno, e afogóse el cauallo. E el arcediano fuese para el Papa e contóle todo lo que le avia contescido con el rey don Pedro, e mostróle la cochillada que en la galea diera, e por allí se fizo proceso contra él. E el rey don Pedro mandó luego echar en el agua todas las naos e galeas que estauan en las atarazanas, e mandó armar otras muchas fustas, así en Vizcaya como en Galicia e en Asturias, e fízolas bastecer todas, e truxéronlas acerca de Sant Lúcar de Barrameda, e adereszaua para el otro verano para partir con la flota de muchas naos e galeas que ende tenia, e irse á facer guerra al Papa. E como el Papa lo sopo, pensó en sí, e él ovo su acuerdo diciendo que este rey don Pedro era grand guerrero e tenia grand dicha en peleas, e era grande señor, e seria mejor averse bien con él que en otra manera, e que le seria tornada la obediencia por él e por los otros reyes de Aragon e de Navarra, e acordó de le embiar al cardenal de Sant Pedro que le dixese e rogase al rey don Pedro que non le quisiese ir á facer guerra, e que le diese e ficiese á los otros reyes que le diesen la obediencia, e que él le absolvería. E el rey don Pedro sacó partido con el Papa que nunca más oviese en Castilla maestre de Sant Bernaldo, e que las villas e lugares del dicho maestradgo fuesen de la corona real de los reyes de Castilla, con tal condicion, que porque eran de órden, no se pudiesen dar á presona alguna, e que oviesen nombre behetrías, e que las tercias de los diezmos que el Papa tenia en Castilla, que éstas que las oviese el rey don Pedro, e los otros reyes que despues dél viniesen para las gastar en la guerra de Granada. E otrosy que el Papa no pudiese dar obispado, ni arzobispado, ni prioradgo de Sant (?), nin abad de Santillana, nin otra dignidad grande alguna, si fuese en Castilla, á presona alguna sin consentimiento del rey e de los otros reyes que despues dél viniesen. E todo lo susodicho fué así asentado e jurado e concordado con el Santo Padre e el rey don Pedro. E desde allí lo asolvió e le fué dada la obediencia por él e por los reyes de Aragon e de Navarra, e úsase fasta agora en Castilla. E despues desto fecho, por volturas de un pariente de doña María de Padilla, que se decia Juan García de Padilla, el rey don Pedro corrió desde Sevilla fasta Consuegra al prior de Sant Juan, e en

dos noches e dos dias le corrió fasta el castillo de Consuegra e no lo alcanzó, e tornóse á Sevilla.

E por legitimar á don Diego e á don Alonso, sus fijos, e á doña Catalina, su fija, que casó con el duque de Alencastre, que los ovo todos de doña María de Padilla (1), el rey don Pedro, estando un dia en consejo delante toda su Corte, dixo que él se desposara por palabras de presente secretamente con doña María de Padilla, antes que con doña Blanca de Borbon, lo cual juraron que lo vieron, don Alonso, obispo de Leon, e don Sancho, obispo de Astorga, que ellos lo vieron e se acercaron á ello, e de allí adelante fué llamada doña Maria, reyna.

E despues, estando el rey en Toledo, quejáuase que estaua muy gastado de las guerras que en su tiempo avia avido, e unos judíos de Toledo, con envidia de la privanza que tenia en el rey dicho don Simuel Levi, le dixeron al rey don Pedro:—Señor: este don Simuel Levi es el más rico ome que de rey ayuso sea en todo el mundo, que vos ha robado vuestros reynos más ha de veinte años. Por ende demandalde dineros, e si vos dixere de non, mandaldo poner á tormento, que nosotros sabemos que alcanza grandes tesoros, mas non sabemos dónde los tiene. E el rey don Pedro fizo luego llamar á don Simuel Levi, e díxole:—Padre: yo esto mucho gastado, que non tengo qué gastar, e querría que vos me emprestásedes para casar mis fijos dos mil marcos de oro, que los he menester, que de lo que rentaren mis rentas, vos lo cobraredes poco á poco.

E don Simuel le dixo:—Fijo Señor: tan sólo un marco de oro non tengo para vos emprestar. E el rey le dixo que cumplía que gelos diese, si non, que él le mandaria poner en tal estrecho, que él le diese cuanto le avia robado de sus reynos.

E don Simuel, pensando que el rey don Pedro non lo decia de verdad, segund el grand amor que le tenia, e los servicios que le avia fecho, e la grand privanza que en el rey tenia, dixo que le non podia dar lo que non tenia. E el rey fué mucho airado contra

---

(1) Yerra en los nombres de los hijos del rey don Pedro. (*Nota de Zurita*).

él, e luego lo mandó poner á tormento. E como don Simuel se vido que lo atormentauan, como ya era viejo e delicado, mirando en tan grand desonor como era puesto, de tan grandes onrras en que se avia visto, de puros corajes luego de súpito murió, e al rey pesóle mucho dello desque lo sopo. E por consejo destos judíos, mandóle tomar el rey todo cuanto tenia, e fueron cavadas sus casas de don Simuel que en Toledo tenia, e fallaron una bóveda fecha de yuso, de tierra, de la cual sacaron tres montones de tesoro e moneda, e pastas de oro e de plata, que tan altos eran cada uno de ellos, que non se parescía un ome de la otra parte.

E el rey vénolo á ver, e dixo así:—Si don Simuel me diera la tercia parte del más pequeño monton que aquí está, yo non lo mandara atormentar, e dexóse morir sin me lo decir.

E así fué todo llevado al alcáçar del rey, e dende á poco se fué el rey para la villa de Ocaña. E estando ende un pariente de la reyna doña María de Padilla que se decia Juan García de Padilla, e por cobdicia que tenia de ser maestre de Santiago, que era e es en los reynos de Castilla la mayor dignídat e de más vasallos e renta que en ella hay, despues de ser rey ó infante heredero, e pues que non se le avia fecho de aver el prioradgo de Sant Juan, comidió entre sí de revolver con el rey á don Gonzalo Mejía, maestre de Santiago, e fuese para el palacio del rey e apartó al rey á poridat, e díxole que el maestre de Santiago que por el presente era, que se decia don Gonzalo Mejía, que en Ocaña con él estaua, que de cada dia llegaua gente, e que por estar en su tierra, non se parescía, que ya tenia tanta gente, que de cada un dia se comian en su palacio seis vacas, sin los carneros, e que le parescía que lo facía á mala fin, á fin de matar ó prender al rey. Por ende, que lo ficiese llamar e que lo mandase matar e diese el maestradgo á otro de quien él se fiase, e lo sirviese con tan grand renta como tenia. E el rey embió por el maestre don Gonzalo Mejía que viniese á palacio, e ovo quien lo desengañó. E este maestre, mirando cómo el rey no tenia con quién contender, mas començaba á dar en pos de sus criados, segunt que fecho avia en don Simuel Levi, que era su privado, que lo mandó matar en Toledo por le tomar lo suyo tan acelerada mente, e non mirando á los servicios que le

avia fecho, este maestre temió que así farian con él. E por esto luego fizo llamar á los suyos, e caualgó, e fizo tañer sus trompetas, e partióse luego dende, e fué contra la su villa e fortaleza de Uclés. E como el rey lo sopo, ovo dello muy grand enojo, e creó que alguna traicion le ordenaua de facer en aquel ayuntamiento de gentes, e fizo luego alçar por maestre de Santiago al dicho Juan García de Padilla, pariente de la reyna, al cual le dió cuanta gente tenia consigo e ovo en aquella villa, e mandóle que fuese en pos del maestre viejo e que le prendiese, e gelo truxese á su poder. E el maestre nuevo lo fizo así e andudo á más andar fasta que lo alcanzó entre Tarancon e Uclés, e allí pelearon amos, e fué vencido e muerto el maestre nuevo, así que non le duró el maestradgo más de dos dias e medio.

E como el rey don Pedro lo sopo, ovo dello grande enojo, e mandó llamar gente e fué luego sobre el maestre á Uclés, e porque era invierno, non pudo estar ende mucho, e por ser tan grand fortaleza como es el convento de Uclés donde el maestre estaua.

E teniendo los fechos en poco, pensando que ya non tenia contrario alguno, fuese el rey para Sevilla, e este maestre, veyendo esto, començó todo ese invierno de escribir e tratar con muchos caualleros del reyno e con algunas cibdades e villas destos fechos que este rey don Pedro facia, e por el dicho maestre e por algunos otros caualleros del reyno fué acordado que embiasen por el rey don Enrique á Basilea, donde estaua, e que viniese, que agora tenia tiempo de se vengar del rey don Pedro. E fué fecho así. E el rey don Enrique, cuando le dieron las cartas, ovo mucho placer con ellas; pero que estaua muy gastado, e pasando por la villa de Aviñon, mandó á los suyos que tomasen cuanto oro e moneda fallasen en los cambios de Aviñon, e ficiéronlo así, e saliéronse de la villa, e por esto se alteró toda la villa contra el rey don Enrique, e estudo en el campo armado con los suyos, e en la puente del rio del Res, como que querian pelear, pero que non osaron pelear con él. E prometióles el rey don Enrique por su fé real, que cuando en sus reynos de Castilla e de Leon fuese restituido, que les pagaría todo lo que les tomara, porque lo avia menester para las gentes que avia de levar. E los de Aviñon mirando que non

podian otra cosa por estonce facer, segund que el rey don Enrique por estonce estaua, sopieron de los cambiadores cuánto avian tomado á cada uno, e fallaron que lo que á todos tomaron fué más de cuatro millones de ducados. E por esto el rey don Enrique lo tomó e recobró en sí de los suyos que lo tomaron, e dióles carta de seguro con pleyto e omenaje de gelos pagar de las rentas de Castilla, lo cual cumplió despues que reynó en estos reynos, antes que finase, que se repartieron en todo el reyno e lo pagaron. E vénose para Castilla á jornadas contadas, allegando á sí á muchas gentes e dándoles grandes dádivas porque le ayudasen, e troxo cuando en Castilla entró muchas gentes darmas de franceses, e bretones, e italianos, e catalanes, que marauilla era, e vénose ayuntar con el maestre de Santiago á Ocaña. E como se sopo en todo el reyno que el rey don Enrique era venido, venian á él muchas gentes, e prometia á los que algo valian porque le ayudasen e le non fuesen contrarios, á unos vasallos, e á otros castillos, e á otros oficios, así que por esto e por la grand crueldat que avian visto en el rey don Pedro, la mayor parte del reyno le favoresció al rey don Enrique. E como el rey don Pedro sopo que su hermano el rey don Enrique estaua en Castilla, embió sus cartas por unas partes e por otras á llamar gentes e non le venia nenguno. E esto era en el mes de Febrero. E algunos que fueran non osauan, porque ya todos los caminos e los puertos eran tomados de gentes del rey don Enrique e del maestre de Santiago, e de los otros que le favorescian. E desque esto vido el rey don Pedro, partió de Sevilla con las gentes que en esas comarcas pudo allegar, e vénose para Carmona, e tomó ende gente e dineros de sus gentes, e dexó aquella villa e sus alcáçares á buen recaudo, e en el un alcáçar fuerte dexó á sus fijos don Alonso e á don Diego, e fuese para Ecija e fizo otro tanto.

E desque vino á entrar en Córdoua, non le acogeron (1), mas antes le cerraron las puertas, e el rey desque esto vido, començó á combatir á la Calahorra e se troxeron bombardas de Sevilla. Embió el rey don Pedro á llamar al rey Mahomad, rey de Granada, que

(1) Esto se ha de poner en las anotaciones. (*Nota de Zurita*).

le viniese ayudar, el cual luego veno con tres mil de cauallo e muchos peones de moros. E estovieron ende amos reyes e dieron grandes combates á las torres de la Calahorra fasta que las entraron, e entrauan á más andar la Puente adelante para entrar en la cibdat.

E como esto vieron los de Córdoua, quebrantaron dos arcos de la Puente, e si non fuera por esto, el rey don Pedro e el rey Mahomad entraran en la cibdat por fuerça. E desque esto vido el rey don Pedro, que por estonce non podia más facer, fuese para su real e fizo allí sus pregones, e dió por traidora á la cibdat de Córdoua, e juró si en ella se apoderaua, de la quemar e arar. E de allí se partieron e se fueron para Jaen, e dende para Baeza e á Ubeda; e tomó cuanta gente dende pudo sacar. E el rey don Pedro quisiera mucho pasar á Toledo e se apoderar dél, que por la grand guarda que en Toledo e en su alcáçar puso, estaua por este rey don Pedro; pero tanto le tenian tomados los puertos, que no sabia por dónde se fuese, e acordó de se ir por Sant Esteban del Puerto e por el Campo de Montiel. E rogó á este rey Mahomad que se fuese con él. El dixo que non gelo mandase, que ya sabia la enemiga que entre los cristianos e los moros avia, e que agora que sabia que todos sus súbditos se levantauan contra él, que era cristiano e su rey, e qué farian contra él e contra sus moros; e como quier que gelo mucho rogó, non lo pudo acabar con él. E fuese este rey Mahomad para su reyno. E el rey don Pedro se partió dende Ubeda para Toledo, e en llegando á ojo del castillo de Montiel, vénole mandado del alcaide que él lo acogería en él, aunque le era defendido por el maestre de Santiago, su Señor, cuyo era el castillo. E fuese e entró dentro en el castillo, e apoderóse de él e de la villa, aunque era pequeña, él e todos los suyos. E vido escrito de letras góticas en una piedra que está en la torre del omenaje del dicho castillo, que decian:—Esta es la torre del Estrella. E como lo leó, vídose perdido, porque por muchas veces le avian dicho grandes estrólogos que en la torre del Estrella avia de morir. E fué así que el rey don Enrique e los otros tenian grandes espías con el rey don Pedro, e fuéles dicho que estaua en Montiel, e que el rey Mahomad de Granada se avia tornado para su reyno él e su gente, e así avia desamparado al rey don Pedro.

E como lo sopieron el rey don Enrique, e el maestre de Santiago, e los otros caualleros que estauan con ellos, tomaron grand poder de gente, e vinieron ende asentar real sobre el rey don Pedro, e toviéronlo cercado algunos dias. E el rey don Pedro buscaua por do ir en cualquier manera á Toledo, porque creia que si dentro en Toledo entraua, que él le echaría otra vez del reyno al rey don Enrique, su hermano. E un su privado del rey don Pedro, que se decia Mosen Beltran de Claquin, cauallero francés, dixo al rey don Pedro:—Señor: si á Toledo quereis ir, vámonos vos e yo de noche que no nos verán, e de allí fareis á vuestra voluntad. E el rey don Pedro dixo que le placía, non sabiendo de la traicion que le tenia ordenada. E de noche descendieron del castillo de Montiel e fueron á unas casas donde el dicho Mosen Beltran le dixo que tenia los cauallos en que avian de ir. E entrando dentro de la casa el rey don Pedro, encontró con el rey don Enrique, su hermano (1). E el rey don Enrique le dixo:—Señor hermano, mantenga vos Dios. E el rey don Pedro le dixo:—Oh, traidor borde, aquí estás? E arremetió á él por le dar con la lança, e pelearon tanto en uno, fasta que vinieron á brazos. E el rey don Pedro, aunque non era tan alto de cuerpo como el rey don Enrique (2), pero que era de fuerte cuerpo e de grand coraçon, echó en tierra al rey don Enrique, e luego el rey don Pedro lo quiso degollar; pero Mosen Beltran e otros que ende estauan, non le dieron lugar; mas antes revolvieron al rey don Enrique sobre el rey don Pedro, e el rey don Enrique luego lo degolló e le cortó la cabeça, e fué llevado á sepultar su cuerpo á la Puebla de Alcocer (3), e estovo ende fasta que doña Constanza, priora de Santo Domingo del Real de Madrid, nieta deste rey don Pedro, por mandado e de licencia del rey don Juan el segundo, biznieto del rey don Pedro, fueron

---

(1) No refiere que hubiese batalla entre los reyes en Montiel. (*Nota de Zurita*).

(2) Era al contrario, que el rey don Pedro era grande de cuerpo y el rey don Enrique pequeño. (*Nota de Zurita*).

(3) En el testamento del rey don Enrique, se dice que estaba el cuerpo del rey don Pedro en la villa de Montiel. (*Nota de Zurita*).

llevados sus huesos al monesterio de Santo Domingo del Real de la villa de Madrid. El cual está sepultado e fecho su bulto cerca del altar mayor como está de rodillas. E murió en el año del nascimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil e trecientos e sesenta e nueve años, en el mes de Marzo, así que reynó fasta que murió veinte e siete años.

CAPITULO CCLI.

DE CÓMO REYNÓ EL REY DON ENRIQUE, E DE LO QUE ACAESCIÓ EN SU TIEMPO.

Muerto el rey don Pedro, reynó en pos dél don Enrique, su hermano, magüera que en su vida del rey don Pedro reynaua él segund avedes oido, e comenzó á reynar en el año del Señor de mil e trecientos e setenta años. E en el segundo año de su reynado, finó el maestre de Santiago, Gonzalo Mejía, en seis dias de Agosto, e ficieron maestre al comendador mayor Ferrand Osores, e en tres dias de Octubre finó don Tello en Trogillo, hermano del rey e señor de Vizcaya. Otrosy en veinte dias de Noviembre desbarató la flota de Castilla á la de Portogal.

E al tercero año del su reynado finó en Roma el Papa Urbano quinto, e ficieron Papa á Inocencio. E en este tercero año entró el rey don Enrique en Carmona, en sábado en la tarde, seis dias de Mayo, que le abrieron las puertas. E Martin Lopez alçóse en el alcáçar con los fijos del rey don Pedro. E luego el jueves siguiente se fizo la pleytesía entre Martin Lopez e el rey, e el lunes siguiente se veno el rey para Sevilla con toda su hueste que tenia sobre Carmona, e tóvola cercada dos años. E troxo consigo á Martin Lopez, e á doña Isabel, e á los fijos del rey don Pedro, e á Matheos Fernandez. E el jueves siguiente mandó arrastrar por toda Sevilla al dicho Matheos Fernandez, e cortáronle pies e manos, e degolláronlo. Entonces valia en Sevilla la fanega del trigo á doscientos cincuenta maravedís. E el lunes, doce dias de Junio, arrastraron á Martin Lopez por toda Sevilla, e le cortaron los pies e las manos en la plaza de Sant Francisco, e lo quemaron. E luego el rey fizo sus Córtes en Toro en el mes de Agosto. E en

este año finó don Alonso Perez de Guzman en Sevilla, e está enterrado en su capilla en Santa Maria la Mayor. E en el cuarto año del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e setenta e dos años, fué el rey cercar á Tuy que estaua por el rey de Portogal, e ganólo, e fué á Santiago, e armó caualleros al conde don Alonso, su fijo, e á Vasco Perez, e á Juan Martinez, su tesorero mayor.

E en el quinto año de su reynado, que fué en el año del Señor de mil trecientos setenta e tres años, fué el rey contra el rey de Portogal, e cercó á Lisbona, é ficieron sus paces en esta manera: que el conde don Sancho, hermano del rey, casase con la infanta, hermana del rey de Portogal, e que casase el infante don Donis, hermano del rey de Portogal, con doña Juana, fija de don Enrique.

E en el sexto año del su reynado murió el conde don Sancho en Búrgos, que lo mataron de noche, non lo conosciendo, departiendo una pelea, e nunca se sopo quién lo mató. E en este año entró el infante don Juan en Sevilla en viernes, cinco dias de Mayo. E estonce andaua la tercera mortandat. E en el mes de Noviembre fizo el rey almirante á Ferrand Sanchez de Tovar. En el seteno año del su reynado entró el almirante en la mar e venció la flota de Inglaterra. E en este año embió el rey á Francia por mensajeros, al obispo de Leon don Alonso Martinez de Barrasa, e á Pero Fernandez de Velasco, en dos galeas por la mar, e salieron los ingleses por los tomar, mas ellos defendiéronse e captivaron al señor de Esparra, e troxéronlo preso al rey.

E en este año ficieron las bodas de la infanta de Castilla, doña Leonor, con el infante de Navarra, en Búrgos, e en este año se ficieron las bodas del infante de Castilla, don Juan, con la infanta doña Leonor de Aragon, en Soria.

E al otavo año de su reynado, fué gran carestía de pan en Sevilla e en el Andalucía, que sembraron e non llovió, e perdióse el pan que sembraron, e valía en Sevilla el trigo de Bretaña que venia por la mar, á cuarenta maravedís la fanega, e el de la tierra, á ochenta maravedís la fanega.

E en este año se fué el Papa Gregorio e los cardenales de Aviñon á Roma.

E en el noveno año adelante fué buen año de pan, e de un cafíz cogian cincuenta cafices.

En el décimo año de su reynado murió el Papa Gregorio en Roma, e ficieron por fuerça Papa á Benito sexto. E de aquí adelante fué cisma en la iglesia de Dios, porque ficieron los cardenales otro Papa, Clemente de Aviñon, e despues como finaua el uno, facian otro en cada lugar. E en este año en el mes de Julio, estando Pero Manrique en Logroño, fizo sus tractos con el rey de Navarra que le daria á Logroño, e veno y el rey de Navarra, mas non quiso entrar dentro, e alguno de los suyos entraron; e Pero Manrique cuando vió que non podia tomar al rey de Navarra, prendió e tomó á todos los suyos. Estonce el infante don Juan que estaua frontero, entró en Navarra e fizo mucho mal.

En este año se vinieron los cardenales de Roma e ficieron Papa en Aviñon al Papa Clemente, en sábado, veinte e cinco dias de Setiembre. E en este año en sábado, diez e seis dias de Octubre, se quemó el alcáçar de Madrid estando dentro el rey don Enrique. E en el año del Señor de mil trecientos setenta e nueve, que fué el once año del su reynado, partió el rey de Búrgos, e entró por Navarra, e ganó á Sant Vicente de la Sonsierra; e á nueve dias de Abril ficieron sus paces amos los reyes, e dió el rey de Navarra al rey don Enrique en arrehenes á Tudela e á otros lugares. E á veinte e dos dias de Abril se vió el infante don Juan con el rey de Navarra en Alfaro, e entregaron á Tudela al dicho infante don Juan. E á diez e seis dias de Mayo, en lunes, despues de vísperas, fizo eclipsy el sol, e escuresció todo el sol, que no se veian los omes unos á otros, e parescieron las estrellas en el cielo así como si fuese media noche, e duró aquella escuridad una hora.

E otro dia martes, veno el rey de Navarra á Santo Domingo de Silos á se ver con el rey don Enrique. E lunes, treinta dias deste mes de Mayo (1), finó el rey don Enrique en Santo Domingo de la Calzada, á ora de prima, e ovo buen acauamiento, e dexó su reyno en paz á su fijo el infante don Juan. E enterráronlo en Toledo con el rey don Alonso, su padre. E reynó ante que muriese el rey don

---

(1) Murió á 29 de Mayo 1379. (*Nota de Zurita*).

Pedro, tres años, e despues que murió, diez, que son trece, e veinte e dos años que avia cuando començó á reynar, que son por todos los años que vivió cuarenta e cinco años.

CAPITULO CCLII.

DE CÓMO REYNÓ EL REY DON JUAN, E DE LO QUE AVENO EN SU VIDA.

Muerto el rey don Enrique, segund que avedes oido, reynó luego su fijo el rey don Juan, en el año del Señor de mil e trecientos e setenta e nueve años.

E luego en este año, á veinte e cinco dias de Julio, se armó caualler o este rey don Juan en las Huelgas de Burgos, e se coronó él e la reyna doña Leonor, su mujer. E luego el miércoles siguiente armó el rey don Juan en las Huelgas de Burgos cient caualleros, sus vasallos. E luego el lunes, primero dia de Agosto, fizo las primeras Córtes, e duraron quince dias. E el domingo veinte e un dias deste mes, mataron los judíos á don Yuçar Pichon. E luego el miércoles siguiente, mandó el rey matar al Merino e cortar la mano á Ferrand Martin, su alguacil, e mandó matar á don Çuleman, e á don Mayr, e á don Çag, porque fueron en la muerte de don Yuçaf Pichon. E en el segundo año de su reynado que fué en el año del Señor de mil e trecientos e ochenta años, en sábado, diez dias de Marzo, entró el rey don Juan en Sevilla la primera vez, e el lunes siguiente entró la reyna su mujer, doña Leonor, e fueron rescebidos con muchas alegrías. E el lunes, postrimero dia de Abril, partieron de Sevilla e fueron á facer sus Córtes en Soria, e allí ficieron pleyto e omenaje todos los del reyno al infante don Enrique, su fijo, e á la infanta doña Leonor, su esposa, fija del rey de Portogal.

E á treinta dias de Noviembre nasció el infante don Fernando en Medina del Campo; e en el tercero año del su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e ochenta e un años, se fizo la declaracion del Papa Clemente en domingo, diez e nueve dias de Mayo; e á veinte e nueve dias de este mes finó la reyna doña Juana, madre del rey don Juan.

E en miércoles, cinco dias de Junio, se alçó el conde don Alonso en Gijon. E á diez e siete dias de Junio, fué desbaratada la flota de Portogal, en dia de Santa Justa e Santa Rofina de la flota de Castilla, e duró la pelea desde ora de misa fasta ora de nona, e eran de Castilla diez e siete galeas, e de Portogal veinte e tres galeas, e fuyeron las tres e tomaron las veinte galeas e á su compaña, e truxéronlas á Sevilla. E prendieron y á su almirante Gonzalo Ternero e á otros caualleros e escuderos, e metiéronlos en el Atarazana, e colgaron sus pendones en la iglesia mayor de Santa María, e su estandarte cabeça ayuso. E era estonce almirante don Ferrand Sanchez de Tovar, que fizo esta batalla con los Chamorros.

En el cuarto año de su reynado, que fué en el año del Señor de mil e trecientos e ochenta e dos años, entró el rey don Juan en Portogal, e puso sus haces en el campo de Acaya contra el rey de Portogal e contra Mosen Aymon. E veno y el cardenal de Luna, e puso paz entre ellos. E en este año finó la reyna doña Leonor en Castellar, en sábado, trece dias de Agosto.

Otrosy en veinte e seis dias de Octubre, finó el maestre de Santiago, don Ferrand Osores, e ficieron maestre á don Pero Fernandez Cabeza de Vaca.

E en el quinto año del su reynado, en el mes de Mayo, casó el rey don Juan con la infanta de Portogal doña Beatriz, e estonce fué en Sevilla la tercera mortandat.

E luego en el mes de Julio fué el rey sobre el conde don Alonso, su hermano, que estaua alçado en Gijon, e tomólo e levólo á Leon, e luego entrante Agosto, partió el rey e el conde con él de Leon para Segovia, e en el mes de Octubre prendió el rey don Juan al conde don Alonso en Montalvan.

E en el mes de Noviembre sopo el rey don Juan cómo era muerto el rey de Portogal, su suegro, e luego entró en Portogal, e la reyna con él, que era heredera de Portogal. E en este año, á veinte e seis dias de Deciembre, en el dia de Navidat, se començó en Castilla por mandado del rey don Juan, la era del nascimiento del Nuestro Señor Jesucristo, que fasta allí andaua la de César.

En el sexto año del su reynado cercó el rey don Juan á Lisbona seis meses, e ovo gran mortandat, en tal manera, que murieron sobre ella Pero Fernandez de Velasco, e Pero Ruiz Sarmiento, e el conde de Mayorga don Pero Martinez de Lara, e el almirante Ferrand Sanchez de Tovar, e otros muchos, así en el real como en la flota, en tal manera, que ovo el rey de descercar á Lisbona, e vénose á su reyno.

E en el seteno año del su reynado, que fué en el año del Señor de mil trecientos ochenta e cinco años, tornó el rey don Juan contra Portogal otra vez por lo ganar, ca le pertenescía por su mujer, que era heredera del reyno de Portogal.

E ovo la batalla con los Chamorros, la que dicen de Aljubarrota, e fueron vencidos los castellanos, e murieron y muchos de los mejores, ca murió y el conde don Juan Alonso de Mayorga, e don Pedro, fijo del marqués de Villena, e Pero Gonzalez de Mendoza, e Diego Gomez Manrique, e Diego Gomez Sarmiento, e Juan Fernandez de Tovar, e don Juan Ramirez de Arellano, e Mosen Arnao, e Juan Manuel, e otros muchos caualleros e escuderos de Castilla: e fué esta batalla á catorce dias de Agosto, víspera de Santa María.

E dende á pocos dias entró Nuño Alvarez en tierra de la Orden de Santiago, e fué contra él el maestre de Santiago don Pero Muñiz, e otros caualleros, e fuyeron todos, e el maestre quedó allí e quiso morir, e matáronlo los Chamorros en Valverde.

E en el ochauo año de su reynado fizo el rey don Juan sus Córtes en Búrgos; e á veinte e cinco dias de Julio aportó en la Coruña el duque de Alencastre, e la duquesa su mujer con él, e fué rescebido en Santiago de Galicia, que se le dió. E en el noveno año de su reynado, en el mes de Marzo deste año, entraron el rey de Portogal e el duque de Alencastre con sus huestes en el reyno de Leon, e llegaron á Benavente, e tomaron á Valderas e á otros lugares, e estudieron en esa tierra fasta tres meses, e cayó mortandat e fambre en ellos, e ovieron á salir del reyno, e murieron muchos dellos, e el duque fuese á Bayona, e allí se tractaron las paces entre el rey don Juan e él en esta manera: que casase el infante de Castilla, don Enrique, con la fija del duque, nieta del rey don Pedro.

E en el diez año de su reynado, en el mes de Setiembre, fueron entregados los arrehenes de Castilla al duque, e traxeron luego su fija á Castilla, e ficieron luego sus bodas en Palencia. E en el mes de Noviembre veno la duquesa á ver su fija.

E en el once año de su reynado, murió el Papa de Roma Urbano, en trece dias de Octubre, e ficieron Papa al cardenal de Napol que llamaron Bonifacio.

E en primero dia de Noviembre llevó el rio la Puente de Sevilla e la puso en derecho de Santa Ana, cerca la Torre del Oro. E en el mes de Diciembre se pregonaron las paces entre Castilla e Portogal en Sevilla, fasta el mes de Agosto del año de noventa e dos. E en el doce año del su reynado del año del Señor de mil trecientos e noventa años, finó el Papa de Roma Bonifacio, e ficieron otro á que dixeron. . . . . (1) E en este año, en el postrimero dia de Julio, finó don Pedro, arçobispo de Sevilla, en Umbrete, su lugar. E está enterrado en el coro de Santa María, cerca de don Remondo.

E en este año, el domingo nueve dias de Octubre, estando el rey don Juan en Alcalá de Henares, en la mañana, despues que ovo oido misa, ante de comer, caualgó en un cauallo, e salió fuera de la villa á ver el campo, e quiso prouar aquel cauallo que le avian estonce dado, e corriólo por un barbecho, e cayó el cauallo con él. E al levantar del cauallo, puso las manos sobre el rey e sobre su cabeça, e mató al rey, e allí murió luego, que nunca más vivió, e leváronlo á enterrar á Toledo con el rey don Enrique su padre, e reynó doce años.

CAPITULO CCLIII.

DE CÓMO REYNÓ EL REY DON ENRIQUE, E DE LO QUE FIZO EN SU TIEMPO QUE ÉL VIVIÓ.

Muerto el rey don Juan, segund avedes oido, luego reynó su fijo el rey don Enrique e su mujer la reyna doña Catalina, fija del duque de Alencastre, e nieta del rey don Pedro, estando en Ma-

(1) En blanco.

drid, en el mes de Octubre del año del Señor de mil e trecientos e noventa años.

E en el primero año del su reynado, que fué en la era sobre dicha, llegaron á Madrid don Pedro Ponce de Leon e Pero Martinez de Guzman, fijo del conde don Juan, los cuales avian estado en arrehenes e los tenia el duque de Alencastre. E en este año que començó á reynar, avia el rey don Enrique once años. E en el segundo año del su reynado, en miércoles de la Ceniza, se leuantó grand alboroço contra los judíos en Sevilla, por cuanto azotaron á dos cristianos porque llamaron perros á los judíos. E levantóse el pueblo menudo e tomaron por fuerça á los dos omes que azotauan, e metiéronlos en la iglesia de Santa María, e quisieron apedrear al alguacil, que era estonce don Alvar Perez. E despues desto, en sábado, veinte e nueve dias de Abril, rescibieron en Sevilla por almirante al dicho don Alvar Perez, e por alguacil mayor á don Pero Ponce de Leon. E despues desto, en martes, seis dias de Junio, se robó toda la Judería de Sevilla, e mataron más de cuatro mil judíos, e los otros se tornaron cristianos, e esto mismo se fizo por todo el reyno de Castilla, e esto fué por ocasion de la predicacion que facia el arcediano de Ecija contra los judíos, diciendo las sus maldades dellos.

E en este año se leuantaron en Córdoua e en Xerez los menudos contra los grandes, e echáronlos fuera, e pusieron ellos otros oficiales por sí.

E en el quinto año del su reynado, en trece dias de Febrero, rescibieron en Sevilla por almirante por mandado del rey, á Diego Furtado de Mendoza, e tornó el alguaciladgo á don Alvar Perez, e don Pero Ponce quedó sin oficio. E despues desto, domingo, veinte e seis dias de Abril deste año, entró el maestre de Alcántara Martin Yañez en tierra de moros con trecientos e sesenta omes de armas, e cuarenta ginetes, e fasta doce mil peones, e defendióle el rey so pena de traicion que non fuese allá, por cuanto tenia paces con el rey de Granada; e ellos non quisieron, por lo cual les vino mucho mal por ello, ca ellos entraron al Puerto Lope e combatieron una torre de los moros. E ellos ansí estando, como á ora de tercia vinieron los moros sobre ellos, que eran fasta cuatro mil

de cauallo e ciento e mil omes de pié, e cercáronlos á todos en derredor, e matáronlos allí, que non podian foir á nenguna parte, porque les tenian tomado el puerto los moros, e pelearon los cristianos sobre ellos, e desde tercia fasta ora de nona, defendiéndose cuanto podian. Pero tanta era la ballestería e los fonderos de los moros, que se non pudieron defender, e non ovieron acorro nenguno, porque era defendido. E allí murió el dicho maestre, e don Juan Ponce de Leon, hermano de don Pero Ponce, e Fernando de Mera, e todos los otros fueron muertos e presos, que non escaparon si non fasta cuatrocientos peones que fuyeron esa noche por esas sierras, dellos sanos e dellos feridos. E todo esto fué porque este maestre Martin Yañez tenia que avia de ser rey de Granada, segund que él cataua por sus artes. E en este mismo año finó don Alvar Perez de Guzman en Sevilla, en jueves, quince dias de Julio, á ora de vísperas, e está enterrado en su capilla con su padre, don Alonso Perez de Guzman.

E en el sexto año de su reynado, en jueves, trece dias de Diciembre, entró en Sevilla el rey don Enrique; e la reyna doña Catalina, su mujer, entró dende á ocho dias con grandes alegrías. E en este dia mandó el rey prender al arcediano de Ecija, por la muerte e el robo de los judíos, diciendo que él lo ficiera con sus predicaciones.

E en el seteno año del su reynado fué muy grande batalla entre el rey de los turcos que decian Morato, e el rey de Hungría, e fueron vencidos los cristianos, e fueron muertos e presos muchos de los franceses que iban en ayuda del rey de Hungría. E fueron presos en esta batalla de los nobles de Francia éstos que aquí diré: el señor conde de Mineres, e el señor condestable de Francia, e el conde de la Marcha, don Enrique de Bor, e el señor de Cruxi, e el mariscal de Francia don Guido de la Tremoylhe, e fasta sesenta otros. E fué esta batalla la vegilia de Sant Miguel.

E otro dia fizo el Morato traer ante sí fasta mil e quinientos captivos de los cristianos, e fízolos facer cuartos delante dél, e entre ellos eran fasta cuatrocientos caualleros nobles franceses.

E en este año casó el infante Recharte, de Inglaterra, con la infanta doña Isabel, fija del rey Cárlos de Francia, por aver paz e

amorío entre ellos, que avia grand tiempo que eran enemigos. E fué fecho este casamiento muy solemnemente. E en este año otrosy, en miércoles, veinte e seis dias de Julio, se acauaron de poner todos los mármoles con sus cadenas en derredor de Santa María de Sevilla, que son todos noventa e nueve mármoles, e manó el agua en la fuente de Santa María.

E en este año finó el conde don Juan Alonso de Guzman, en jueves, cinco dias de Octubre. E en este año tomó el rey de Portogal á Badajoz, estando el rey en Castilla.

E en el ochauo año del su reynado, fueron dos frailes de la orden de Sant Francisco á Granada, á pedricar la fé de Jesucristo, e el rey de Granada defendiógelo que lo non ficiesen; mas ellos non quisieron, por lo cual los fizo el rey azotar, e ellos estando todavia en esta intencion, fizoles cortar las cabeças, e arrastrar por toda la cibdat. E esto fué en el mes de Mayo, e truxeron á Córdoua e á Sevilla algunos de sus huesos por reliquias, diciendo los frailes de su orden que facian milagros.

Otrosy en este mes de Mayo pelearon cinco galeas de Castilla con siete de Portogal que traian bastimento, e venian de Génova con armas, e oro, e plata para Portogal; e vencieron las cinco galeas de Castilla á las siete de Portogal, e fuyeron las dos dellas, e encalló la una, e tomaron las cuatro con cuanto traian; e mataron á todos los Chamorros, e echáronlos en la mar, que eran fasta cuatrocientos omes, e truxeron las cuatro galeas con cuanto traian á Barrameda, e el rey mandó facer dellas lo que fué su merced.

Otrosy en este año se pasaron de Portogal á Castilla Martin Vazquez e su hermano, con cien lanças de las mejores de Portogal.

E en el nueve año del su reynado, en once dias de Agosto, dia de Santa Lloreynte, se consagró al obispo de Córdoua don Fernando, en la iglesia de Sevilla, en la Capilla de los Reyes, e consagrólo el arçobispo de Sevilla don Gonzalo, e otros dos obispos.

E en el diez año de su reynado fué gran mortandat en toda la tierra. E en este año, á diez e seis dias del mes de Julio, se puso el reloj en la torre de Sevilla á ora de nona, e fizo estonce grandes truenos e relámpagos, e llovió bien un rato cuando sobian la

campana. E á trece dias de Noviembre nasció la infanta doña María en Segovia (1). E en el año del Señor de mil e cuatrocientos e dos años, en el mes de Diciembre, fizo las muchas aguas, e en tal manera, que se oviera á fundir Sevilla, que entraua el agua por medio del adarbe, e finchóse la cibdad de agua en manera que dauan agua á las bestias á Sant Miguel, e á la Puerta del Atarazana, e andauan barcos por la laguna e por en derredor de la Puerta del Ingeño. E si non fuera por el corregidor que estaua en Sevilla, que decian Juan Alonso de Toro, hermano del dotor Periañez, que andaua de noche e de dia con todos los de la cibdad atapando los portillos con ropa, e con piedras, e con otras cosas, si non, toda la cibdad fuera anegada de agua e perdida toda la gente, que aun con todo este recabdo que se puso, entró el agua de noche en algunas casas e afogó muchos, e andauan las camas nadando en el agua e todas las otras cosas, e fuyó toda la gente, dellas á los tejados e á los lugares altos, fasta que quiso Dios que menguaron las aguas. E duró diez e siete oras, que no pudieron atapar ni estancar el agua. E subió el agua fasta encima del arco de la Puente por do entran al castillo e fasta las almenas de la cibdad, que de encima de los adarbes tomauan el agua con las manos. E duró ocho dias en se abajar el agua, que non podia nenguno salir fuera de la cibdad, que toda estaua cercada de agua en derredor, e non tenian las gentes vianda que comer nin leña para cocinar. E toda la clerescía ficieron procisiones, e peticiones, e confesáronse todos, e ficieron penitencia, e quiso Dios aver piedat de los pecadores, e cesó las aguas, e vinieron á su lugar.

E en este año fué la grand batalla entre el Morato e el Tártaro, e venció el Tártaro al Morato, e prendiólo, e duró la batalla quince dias. E fué esta batalla á veinte e cuatro dias de Julio. E dicen que murieron allí de amas partes ochocientos mil omes de cauallo, sin los de pié, que fueron sin cuenta, e matóle cuantos moros

---

(1) Consta por escritura original que nasció el dia y año que aquí se dice, y el mismo hubo llamamiento y poderes para jurarla por Princesa, y parecen poderes de Julio de 1402, que se dan para hacer el juramento.—(*Nota autógrafa de Zurita*).

falló, e tomóle sus tierras e sus tesoros, e embió una su mujer del Morato al rey de Castilla en presente, con otras joyas que le embió.

E en el año del Señor de mil e cuatrocientos e cuatro años en que ves, dia de Navidat, veinte e cinco dias de Diciembro, ante de nona un poco, cayó un rayo en la torre mayor de las campanas de Santa María do estaua el reloj, e quebró el farpon del reloj, e quebró dos finiestras, e un poco de la torre do está el reloj, e sumióse dentro la torre, e fizo grandes fumos e grandes truenos.

E en el año del Señor de mil e cuatrocientos e cinco años, en viernes, seis dias de Marzo, nasció el infante don Juan en Toro; e en sábado, dia de Navidat, del año del Señor de mil e cuatrocientos e siete años, finó este rey don Enrique en Toledo e ahí está enterrado. E fué muy justiciero, e puso corregidores en todos los lugares de su reyno, en tal manera, que todos avian paz con miedo dél. E fué siempre doliente fasta su muerte, e muy temido de todos los de su reyno.

CAPITULO CCLIV.

DE CÓMO REYNÓ EL REY DON JUAN, E DE LO QUE AVENO EN SU TIEMPO.

Despues que así finó este noble rey don Enrique, reynó en Castilla e en Leon el noble e virtuoso rey don Juan el segundo, su fijo. El cual muy católico e noble rey, e muy franco, e pomposo, e galan, e muy fermoso, e de grand cuerpo. E porque reynó en muy tierna edat, que reynó en tiempo de veinte e dos meses, en la cibdad de Toledo, el infante don Fernando, su tio, hermano del rey don Enrique, su padre, e todos los otros grandes del reyno, lo alçaron por rey muy onrradamente en su absencia, en Toledo. E despues fué el infante don Fernando á la cibdat de Segovia donde lo tenia la reyna doña Catalina, su madre, muy bien guardado en el alcáçar de Segovia. E por el acuerdo que ende se ovo entre el infante don Fernando con la reyna doña Catalina, el infante don Fernando besó la mano al rey don Juan, primero que otro nenguno, e lo alçó muy alto en sus brazos. E por esta manera fué fecho

por los perlados e grandes del reyno que ende estauan, segund que más largamente se face mencion en la Crónica deste rey don Juan. E diremos aquí algunas cosas quc en su tiempo acaescieron, que fueron muy grandes fechos, porque reynó cuarenta e siete años.

E porque este noble e católico rey don Juan reynó en tan tierna edat, entre la reyna doña Catalina, su madre, e el infante don Fernando, ovo muy grandes divisiones sobre el regimiento e gobernacion del reyno, en tanto que el rey don Juan estaua en tutela. E fué acordado por ellos e por todos los grandes del reyno, que la reyna doña Catalina gobernase el reyno de Castilla Vieja con Vizcaya e el reyno de Leon con todas las villas e lugares que son allende de los puertos, e el infante don Fernando todo el reyno de Toledo con el Andalucía, e el reyno de Murcia con todas las villas e lugares de aquende los puertos, e asimismo el reyno de Galicia. E despues desto asentado, fué acordado que el infante don Fernando con todo el poder de Castilla, que ficiese guerra á los moros del reyno de Granada, porque así fué mandado en el testamento del rey don Enrique, el cual dexó cuando fallesció doscientos cuentos de maravedís para la guerra de los moros de Granada; e pues á Dios no avia placido de le dar á él lugar e vida de facer la guerra, que mandaua e mandó á la reyna doña Catalina, su mujer, e al rey don Juan, su fijo, e al infante don Fernando, su hermano, que con los tesoros que asi dejaua, que ficiesen crua guerra al rey e reyno de Granada. E este infante don Fernando, porque este rey don Juan, su sobrino, era niño, e de tan corta edat como avedes oido, aceptó esta guerra; el cual fué e entró en tierra de moros, matando e astragando e faciendo mucho mal e daño en el reyno de Granada, en tal manera, que cercó, e á fuerza de armas tomó la villa de Antequera, e á Zahara, e á Pruna, e á otras fortaleças del reyno de Granada. E estando así faciendo la guerra, vénole nuevas en cómo don Martin, rey de Aragon, avia fallescido poco avia, el cual no dejaua heredero alguno descendiente; e como lo sopo, vénose para Castilla, á Guadalajara, donde el rey don Juan, su sobrino, e la reyna doña Catalina, estauan. E como quier que estos reynos de Aragon, e Valen-

cia, e Condado de Barcelona, con lo otro anejo á ellos, venia e pertenescia el Mayorazgo dello á este rey don Juan, por parte de su abuelo el rey don Pedro de Aragon; pero que esta reyna doña Catalina, porque este infante don Fernando, su cuñado, se fuese destos reynos de Castilla e no toviese gobernacion ni mando en ellos, dió lugar que el infante oviese aquellos reynos de Aragon. E fué acordado que el infante don Fernando con todo el poder de Castilla e á costa del rey don Juan, su fijo, de los tesoros que el rey don Enrique dejara, que se fuese á ser rey de Aragon. El cual se fué para la cibdad de Cuenca e embió muchas gentes con algunos caualleros de Castilla, con los cuales e con algunos caualleros de Aragon que les placía que fuese rey, se tovo manera que lo rescibiesen por rey de Aragon al infante don Fernando. E dentro de la cibdad de Cuenca fué alçado por rey de Aragon, e se fué luego para Zaragoza, donde él fué coronado, e dende se fué para Barcelona, e estudo andando por todo el reyno de Aragon por espacio de tres años, que no reynó más, que luego finó. El cual rey don Fernando dexó por sus fijos al rey don Alonso, rey de Aragon, e al infante don Juan, que fué despues rey de Navarra, e al infante don Enrique, maestre que fué de Santiago en el reyno de Castilla, e al infante don Pedro, que fué maestre de Alcántara, e á la infanta doña María, que despues fué reyna de Castilla, e á la infanta doña Leonor, que fué despues reyna de Portugal. E esta noble e santa reyna doña Catalina, despues del finamiento del rey don Enrique, su marido, e del finamiento deste rey don Fernando de Aragon, tovo todo el regimiento e gobernacion destos reynos ella por sí e por el rey don Juan, su fijo. La cual los rigió e gobernó en mucha paz e sosiego e en grand justicia, así á los grandes como á los pequeños, por tal manera, que non facía falta alguna el rey don Enrique, su marido, nin en su tiempo nenguno non osó facer movimiento nin levantamiento alguno en el reyno, por el grand temor que la tenian.

E fué así, que despues que lo susodicho así fué fecho, que un paje que se decia Alvaro de Luna, fijo bastardo de un cauallero que se decia Alvaro de Luna, Señor de la villa de Cañete, que es en el Obispado de Cuenca, que lo ovo en una su vasalla, mujer rahez e de

poca manera, vecina de la dicha villa de Cañete, vino á vivir con este rey don Juan, seyendo niño. El cual tomó con él tanto amor, que non podia estar nin folgar sin él, nin queria que durmiese otro con él en su cámara, en tal manera, que la reyna doña Catalina veyendo aquesto, que de tan grand amor non podia nascer si non grand daño despues, segund que nasció, mandó echar del reyno al dicho Alvaro de Luna. El cual estovo en el reyno de Aragon con el arçobispo de Luna, su tio, asaz tiempo, fasta que finó la noble reyna doña Catalina en la villa de Valladolid, en el año de mil e cuatrocientos e diez e ocho años, la cual fué sepultada en Toledo, cerca del rey don Enrique, su marido. E despues, por grand afinco deste rey don Juan, fué tornado el dicho Alvaro de Luna a Castilla, á su poder del rey. El cual como lo vido, se alegró tanto con él, que maravilla era, e queríalo tanto e en tanto grado, que ya no vacaba cosa en el reyno que non se le diese á él. E tan grande fué la privanza e el amor que con él ovo, que lo fizo grand ome en muy poco tiempo, en esta manera: que lo fizo conde de Sant Esteban de Gormaz, e Condestable de Castilla. E fué así que desque el rey don Juan fué de catorce años, que le fué entregada la gobernacion de sus reynos, los cuales estovieron por algund tiempo en paz e en sosiego, fasta que nasció division entre los dichos infante don Juan e infante don Enrique, maestre de Santiago, primos deste rey don Juan, fijos del dicho rey don Fernando, sobre que cada uno dellos queria casar con la infanta doña Catalina, hermana del rey don Juan, fija del rey don Enrique; por causa de lo cual, e por quitar los dichos debates e alboroços que por estonce ovo en el reyno por la dicha razon, fué acordado por el rey e por los grandes del reyno que á la infanta doña Catalina que la metiesen, como la metieron, monja en el monasterio de Santa Clara de Tordesillas. E este infante don Enrique, contra voluntad del rey don Juan e de la infanta doña Catalina, entró en el monasterio e forciblemente la sacó dél, e se desposó e casó con ella en la villa de Escalona, estando por estonce el rey don Juan en la dicha villa. E el rey don Juan, e asimismo el dicho infante don Juan, e muchos de los del reyno toviéronlo por mal fecho; pero así se pasó. E dende á poco tiempo, se partió este rey don Juan para la cib-

dad de Talavera, e allí fizo bodas con la reyna doña María, fija del dicho rey don Fernando, e estovo ende poco tiempo. E por causa de los muchos bollicios e escándalos que en el reyno avia sobre el casamiento del infante don Enrique con la infanta doña Catalina, e de la toma que el dicho infante facía facer del marquesado de Villena, que el rey don Enrique, su padre, mandara en su testamento á la dicha infanta doña Catalina, su fija, este rey don Juan con la reyna doña María, su mujer, se fueron para la villa de Talavera, e estudo ende algunos dias, e tantos eran e tan grandes eran los bollicios e juntamientos de gentes e de caualleros que á la dicha villa de Talavera venian, que de acuerdo del conde don Fadrique, primo del rey, conde de Trastamara, duque que fué de Arjona, e de don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, e de don Alvaro de Luna, conde de Sant Esteban, el rey don Juan salió de la dicha villa en achaque de ir á caza, e á más andar se fué para el castillo de Montalban, el cual entró dentro en él e se apoderó de él, e estovieron dentro con el rey el conde don Fadrique, e el conde don Alvaro de Luna, e Pero Carrillo de Huete, su falconero mayor del rey, e don Rodrigo de Pimentel, conde de Benavente, e Pero Portocarrero, yerno del almirante don Alonso Enriquez, e Juan de Padilla, e Diego Lopez de Ayala, e Pero Suarez, hermano de García Alvarez, Señor de Oropesa, e Gonzalo de Guzmán, que fué despues conde de Galves, e Juan de Vinatea, pregonero mayor del rey, e Rodrigo de Valdés, e Francisco de Montalvo, e Martin de Montalvo, e Juan de Montalvo, sus hermanos, e Sancho Fernandez, contador, e Payo Cuello, fijo de Egas Cuello, e Ramiro de Tamayo, e Diego Luz, e Diego de Cibdad, fijo del obispo de Cibdat Rodrigo, e no más. E como fué sabido en la villa de Talavera que el rey así se avia ido para el castillo de Montalban con muchas gentes de armas, fueron luego en pos dél el infante don Enrique, e el adelantado Pero Manrique, e don Ruy Lopez Dávalos, condestable viejo, e el conde de Niebla, e el conde don Pero Ponce, e Gonzalo Fernandez Manrique, conde que fué despues de Castañeda, e Iñigo Lopez de Mendoza, Señor de la Vega, e Pero Carrillo de Toledo, e Pero Lopez de Ayala, el Tuerto, e otros muchos caualleros con ellos con fasta tres mil

omes de armas e ginetes que con ellos levauan. E cercaron todo el castillo de Montalban de todas partes en tal manera, que non podia uno salir nin otro entrar; e desta manera estovo el rey cercado en el castillo por diez e siete dias, en el cual avia muy poca provision, en tal manera, que todos morian de fambre, e ovieron de comer tres cauallos de los que ende metieron, e non tenian sal. E los del real embiaban cada dia para el rey dos panes e dos gallinas e una azumbre de vino. E estudo ende el rey cercado fasta que los procuradores de las cibdades, e villas, e lugares del reyno que avian venido á Talavera por mandado del rey don Juan, de consentimiento de los dichos infantes e caualleros, llegaron á las barbacanas del dicho castillo á fablar con el rey don Juan. Los cuales dixeron:—Señor: nosotros somos procuradores de vuestras cibdades e villas de vuestros reynos, e dícese públicamente que vos estades preso en ese castillo, e detenido por esos caualleros que ende están con vos. Por ende, Señor, queremos lo saber si así es, porque en aquesta creencia están todos aquellos caualleros que están e tienen real sobre este castillo, e ellos, todas vuestras cibdades, e villas, e las gentes dellas, vos socorramos e saquemos desta opresion. E el rey don Juan desque esto oyó, començó de llorar e dixo:—Yo no estó aquí opreso ni detenido, mas antes estó aquí con estos caualleros que conmigo están, que son mis sirvientes e de quien yo me fío por guardar mi presona. E aquesos que aquí me tienen cercado, non facen lo que deben, que mi voluntat es que por agora ellos nin ninguno dellos non estén en mi Córte nin do yo estoviere, segund los fechos que el infante don Enrique con su favor e ayuda face contra mi voluntad. E agora yo me vine aquí, porque me sentia opreso en estar entre ellos. E bien paresce que se querian apoderar de mi presona por facer lo que ellos quieran en mis reynos, e tiénenme en tanto estrecho como vedes, quitándome las provisiones e mantenimientos que por mi mandado me traian de Galves, como á mis ojos les tiró á los vecinos de Galves, Iñigo Lopez de Mendoza, Señor de la Vega, e los apaleó, e algunos dellos están aquí conmigo en mi servicio. Por ende yo vos digo que querades aver dolor de vuestro rey e Señor natural que muere de fambre en sus reynos, sin merescimiento

alguno, e está cercado de sus súbditos e naturales. E como aquesto oyeron los procuradores del reyno, e asimismo todos cuantos con el rey estauan en el dicho castillo, començaron á llorar tan bravamente, tirando de sus cabellos, e dando grandes voces, como si tovieran muerto al rey don Juan. E dende á poco los dichos procuradores dixeron que, pues ya sabian su voluntad, que ellos farian aquellas cosas que cumplian á su servicio, e así se despidieron del rey, e se fueron para el real donde el infante e los otros susodichos caualleros estauan. E estando juntos en su consejo, les dixeron todo el fecho de la verdat. Los cuales, así porque ya venian en socorro del rey el infante don Juan e mucha gente de Galicia con ciertos capitanes del conde don Fadrique e del conde de Benavente. E por estar tomadas por el infante todas las puertas del rio de Tajo, que venia estonce muy crescido, que era por el mes de Noviembre, que nunca al facía si non llover noches e dias, non pudieron pasar. E fué acordado por el infante e caualleros, que por poner en más estrecho al rey e á los otros que con él estauan, si se les darian, que mudasen otro dia el real cerca del castillo, e fué fecho así. E como los condes de Niebla e don Pero Ponce supieron la voluntad del rey por dicho de los procuradores, acordaron de se ir al rey al castillo con sus gentes, e con sus fardajes e provisiones que tenian, e así lo ficieron, e llevaron muchas acémilas cargadas de pan cocido, e farina, e vino, e empanadas de pescados frescos que les avian embiado poco avia de Sevilla. Con los cuales el rey don Juan e los otros caualleros que con él estauan ovieron muy grand placer, e proveyóse bien, e tovógelo en servicio señalado. E el infante e los otros que con él estauan, desque esto vieron, pesóles mucho, e vieron que por fambre non los podia tomar. E así por esto como porque ya facian barcas para pasar el rio la mucha gente que en socorro del rey don Juan venian, acordaron alçar el real e descercar al rey. E el infante se fué para Toledo porque estonce estaua alçado por él, e los otros caualleros se fueron para sus tierras, e como esto vido el rey don Juan, luego se fué ese mesmo dia para la villa de Talavera, donde avia quedado la reyna doña María, su mujer, e de allí se fué para Roa.

Despues de lo cual acaescieron en estos reynos grandes debates

e divisiones e juntamientos de gentes, así por el infante don Enrique, en el Espinal, como por el rey don Juan, en Arévalo, e otra vez en Palenzuela, segund que por más estenso se contiene en la Crónica deste rey don Juan.

E despues á. . . . . (1) del Infante don Juan, que era ya rey de Navarra, porque casó con la fija del rey don Cárlos de Navarra, fué venido el infante don Enrique e el conde de Castañeda, con él á la villa de Madrid, donde el rey don Juan estaua. E un día, despues que así entró el infante en Madrid, estando en la grand sala del alcáçar de la villa, el rey don Juan prendió al infante don Enrique, e mandó asimismo prender al conde de Castañeda. El cual infante fué llevado preso al castillo de Mora, e estovo ende preso tres años. E á cabo de los dichos tres años, así por ruego de la dicha reyna doña María, mujer del rey don Juan, como del rey don Alonso de Aragon, su hermano, e del Santo Padre, e de otros muchos reyes e grandes omes que por él rogaron, el rey lo mandó soltar, pensando que se escarmentaría de los fechos pasados. El cual desque se vido suelto e apoderado en su maestradgo, que lo tovo todo en secrestacion don Alvaro de Luna, privado del rey, en tanto que el infante estovo preso, e el infante don Enrique, començó á tratar paces con el rey de Navarra, su hermano, e facer otras muchas ligas e confederaciones, diciendo que el rey don Juan non debia tener privado, e que debia echar de sí á don Alvaro de Luna, lo cual fizo con la mayor parte de los caualleros de Castilla. Los cuales embiaron por el rey don Alonso de Aragon, e él e ellos que se juntaron con él, entraron en Castilla por la parte de Farisa, Medinaceli, e el rey de Aragon traia voz que el regimiento e gobernacion de ciertos reynos de Castilla que el rey don Fernando, su padre, gobernaua en tanto que el rey don Juan estovo en tutela, que pertenescían á él, así como á fijo mayor del rey don Fernando, e que él las quería regir e gobernar. E como el rey don Juan lo sopo, que ya el rey de Aragon e sus hermanos andauan por el reyno con grandes gentes de pié e de cauallo que consigo traian, que llegaron e entraron fasta cerca de

(1) En blanco.

Santa María de Sopetran, embió sus cartas de llamamiento por todos sus reynos, así á los grandes caualleros como á los guisados de cauallo, e caualleros de premia e de alarde, e á todos los fijos dalgo e á los que dél tenian tierras, que fueron fechas cinco mil cartas en una noche. E un dia, por la grand diligencia del relator del rey, que se decia el doctor Fernando Díaz de Toledo, su secretario, las cuales fueron embiadas muy prestamente por todo el reyno, en tal manera que antes de doce dias fueron juntos con el rey don Juan más de quince mil rocines, entre omes de armas e ginetes. E luego fué con esta gente e con más de cient mil omes de pie que se juntaron con él contra donde los reyes de Aragon e de Navarra, e infante don Enrique estauan, e asentó real cerca de Hariza, estando por estonce los reyes cerca de Santa María de Sopetran, que es á tres leguas de la villa de Guadalajara. E estando este rey don Juan en Benamazan, vénole ayudar don Fadrique, conde de Trastamara, duque que era ya de Arjona, con mil rocines e diez mil peones, e como el rey sopo de su venida, mandólo salir á rescebir muy onrradamente, e mandó aposentar sus gentes á parte del su real. E cuando el duque entró en el real del rey, era ya noche, e fuéle á facer reverencía en sus tiendas. El cual luego fué preso por mandado del rey don Juan; esto por consejo del condestable don Alvaro de Luna. E esa mesma noche fué llevado caualgando en una mula á la fortaleza de Almazan, e dende al castillo de Peñafiel. El cual duque estovo preso bien poco tiempo, porque el condestable don Alvaro de Luna lo mandó matar afogándolo, como fué afogado con una toca de lienzo. Esto, sin licencia e mandado del rey don Juan, diciendo que el duque se tractaua con los reyes de Aragon e de Navarra, e infante don Enrique á fin de destroir al condestable. E como los reyes e infante sopieron de la prision del duque de Arjona, e de como el rey don Juan traia tan grand poder de gentes de noche, alçaron real, e se volvieron fuyendo e se entraron en su reyno de Aragon. E como el rey don Juan lo sopo, andudo en pos dellos cuanto pudo, e por la grand ventaja que le levauan, non los pudo alcanzar, e entró por Aragon matando, e robando, e quemando, e estragando en tal manera, que destruyó á Cetina, e á otras villas e

lugares de aquella frontera, e mandó facer tan cruel guerra á los reynos de Aragon e de Navarra, poniendo fronteros en todas las fronteras, que maravilla era, en tal manera, que la mayor parte de todos los lugares de las fronteras de los reynos de Aragon e de Navarra fueron robadas e destroidas. E duró esta guerra bien espacio de tres años fasta tanto que por ruego de la noble e virtuosa reyna doña María, mujer deste rey don Alonso de Aragon, e hermana deste rey don Juan, e por ruego de la reyna madre del rey don Alonso e rey don Juan de Navarra, e infante don Enrique, e don Pedro, fué fecha paz é concordia entre ellos con condicion que no entrasen en Castilla los reyes de Aragon e de Navarra, e infantes, sin especial licencia e mandado del rey don Juan de Castilla, con tal que les fuesen dados, puestos en Aragon, cierta suma de florines de las rentas que rentaua en Castilla al infante don Enrique su maestradgo de Santiago, e al rey de Navarra, las villas de Medina del Campo, e Olmedo, e Peñafiel, e Roa, e Aranda de Duero, e Coca, e otras villas e lugares que en Castilla les avia dexado el rey don Fernando, su padre, cuando finara. E fué fecho ansí. E despues fué acordado por este rey don Juan e por todos los grandes de sus reynos que fuese á facer guerra al rey Esquierdo de Granada. E fué fecho así que en el año de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo de mil e cuatrocientos e treinta e un años, este rey don Juan sacó sus huestes e fuese para el Andalucía á la cibdad de Córdoua, e fizo facer alarde, e falláronse con él más de quince mil de cauallo, omes de armas e ginetes, e más de sesenta mil peones. E entró por el reyno de Granada matando, e quemando, e astragando cuanto fallaba, e endereçó contra la cibdad de Granada donde estaua el rey Esquierdo. E fué ansí que non podia entrar á la Vega de Granada sin grand peligro de muchas gentes. Esto porque le tenian tomado los moros las torres de la Puente de Pinos, e por las grandes acequias fondas que avia á la entrada. E este rey don Juan mandó á un cauallero que se decia Ferrand Lopez de Saldaña, su contador mayor, (que este rey, á suplicacion deste su condestable don Alvaro de Luna, avia fecho e avia dado grandes rentas e manera, por tal que este Ferrand

Lopez de Saldaña levaba suyos trescientos omes darmas muy bien guarnidos, aunque era de antes ome de poca manera, porque era fijo de un converso onrrado que se decia Nuño Lopez de Saldaña, natural de Sevilla), que él que derribase las torres de la Puente de Pinos. El cual Ferrand Lopez, con grand diligencia e acucia, mandó combatir la dicha Torre, e con las lombardas e pertrechos del rey fué derribada, e muertos los moros que en ella estauan. E el rey don Juan pasó por la Puente con sus huestes, e falló al rey Esquierdo con todo el poder de Granada e de muchos moros de allende la mar que, por lo dar favor, avian pasado. El cual tenia su real puesto de fuera de la cibdad de Granada, en el olivar. E el rey don Juan asentó su real á ojo del rey Esquierdo e de la cibdat de Granada; e ovo entre estos reyes e las gentes dellos muy grandes escaramuzas, fasta que un dia, domingo del mes de Mayo, á ora de medio día, estando las batallas destos reyes en el campo, unos á ojo de otros, este Ferrand Lopez de Saldaña, contador mayor del rey, e Ruy Diaz de Mendoza, mayordomo mayor del rey don Juan, començaron la batalla con los moros, e tal fué el comienço, que el rey don Juan e todos ovieron á pelear tan brauamente los cristianos contra los moros, en tal manera, que duró la batalla fasta ora de vísperas, e fué vencido este rey Esquierdo e los suyos, e començaron á foir contra la cibdad de Granada, e duró el alcance matando, e firiendo, e captivando moros, así por el olivar, como debajo de una grand figuera que estaua en unas huertas fasta que anocheció, en tal manera, que fueron muertos más de treinta mil moros sin los captivos. E el rey don Juan e los suyos robaron las tiendas e el real del rey Esquierdo de Granada. E tan grande fué el miedo que en la cibdat de Granada ovieron los moros este dia del desbarato e vencimiento de su rey, que si el rey don Juan e su hueste se fueran luego encontinente para la cibdad de Granada, que la tomara e se apoderaran della, e non fallaran puerta cerrada, nin lança enfiesta. E esto se fizo, non por el buen esfuerço del rey e de los suyos, salvo por no mirar en ello, e con la grande alegría que ovieron del vencimiento desta batalla. E estando el rey en su real, e embiando sus gentes á robar, e quemar, e astragar todo el reyno de Granada, porque

este don Alvaro de Luna, condestable de Castilla, mató á dos omes vizcainos que eran parientes e servientes de don Pero Fernandez de Velasco, conde de Haro, porque los dichos vizcainos se iban del real á mal recado donde los captivasen los moros, e aunque por el dicho condestable les fué mandado que se tornasen, non lo quisieron facer, e por esto el condestable los mató á lançadas. E por esto el conde de Haro e algunos otros caualleros del reyno que ende estauan, ovieron grand enojo e sentimiento, en tal manera, que ovo tan grandes alteraciones en el real entre los unos e los otros, que se ovieron de perder todos, que ya estaua toda la gente del real fecha dos bandos. E así por esto como porque el rey de Granada, de noche, embió á este condestable cuatro acémilas cargadas de doblas moriscas porque toviese manera que el rey don Juan alçase real de sobre su cibdab de Granada, porque segund lo que sentia en la mayor parte de los vecinos e moradores de la dicha cibdad de Granada, se querian dar á trato al rey don Juan e entregarle la cibdad e fortaleças de ella, segund el grande estrecho en que estauan, e el grande miedo e temor que tenian de ser todos muertos, e captivos ellos, e sus mujeres, e fijos; e este condestable don Alvaro de Luna consejó á este rey don Juan que mandase alçar su real de sobre la cibdad de Granada, como luego fué alçado, e mandó quemar mucho pan cocido e otras muchas viandas que para provision é bastecimiento del real tenian en él: esto á fin que los moros non gozasen dello. E viniéronse para Castilla el rey don Juan e todos los suyos. E despues el rey don Juan mandó poner fronteros en la frontera contra los moros, e reyno de Granada, por tal manera, que en término de siete años que duró por estonce esta guerra, fué fecho tanto estrago, mal e daño en el reyno de Granada, que así don Iñigo Lopez de Mendoza, conde del Real de Manzanares, e marqués de Santillana que despues fué, ganó de los moros á la villa de Huelma. E don Rodrigo Manrique, conde que fué despues de Paredes de Nava, ganó á la villa de Huesca. E el adelantado don Alonso Yañez Fajardo, adelantado de Murcia, ganó de los moros á las villas e fortaleças de Albox, e á Velez el Rubio, e á Velez el Blanco, e á Xiquena, e Tirieça. E asimismo en este tiempo fué ganado de los moros por el

mariscal Pero García de Ferrera á la villa e fortaleça de Ximena, e otros fronteros á otros muchos lugares. En el cual dicho tiempo fué gobernador e administrador de la Orden de Santiago este condestable don Alvaro de Luna, e llevó las rentas e pechos e derechos dél. E así estovieron estos reynos de Castilla por espacio de doce años en mucha paz e sosiego, e mantenida e gobernada en mucha justicia. E estando así, acaesció que por algunas fablas e debates que ovo entre este condestable don Alvaro de Luna e Pero Manrique, adelantado de Leon, este condestable tovo manera que el rey don Juan prendiese, como prendió, á este adelantado Pero Manrique, e lo mandó prender en la villa de Madrigal, e mandólo levar así preso al castillo e fortaleça de Fuente Dueña. E diéronlo á Gomez Carrillo, fijo de Alvaro Carrillo, un cauallero bueno e de buen linaje, sobrino, fijo de su hermano del dicho marqués de Santillana, e decíase por estonce Gomez Carrillo, el Feo. Esto porque era muy feo de rostro. El cual tovo preso al dicho adelantado asaz tiempo fasta en tanto que por mandado del rey dió lugar que la mujer del dicho adelantado lo sirviese e estudiese con él en el dicho castillo, porque el dicho adelantado adolesció despues que fué preso de una grand dolencia. E estando así la mujer del adelantado, embió secretamente de noche por gente de armas á su tierra, e por unas ventanas que quebrantaron, fué salido de la prision el dicho adelantado, e ido á su tierra. E por causa de la dicha prision, así antes que el dicho adelantado saliese della como despues, ovo tan grandes alteraciones e bollicios en los reynos de Castilla e de Leon por parientes e amigos deste adelantado, e por su hermano el almirante don Fadrique, que toda Castilla estovo en grand trauajo. E fueron alçadas contra este rey don Juan muchas villas, e cibdades, e lugares, en tal manera, que se fizo el reyno bandos, que se fizo tan grande juntamiento de gente de armas por parte de los caualleros en la villa de Valladolid, e por parte del rey don Juan en Medina del Campo, que maravilla era. E estando así en este juntamiento el dicho adelantado e los otros caualleros de su opinion, acordaron de embiar llamar al dicho rey don Juan de Navarra e infante don Enrique á la cibdad de Zaragoza donde estauan. Los cuales, como vieron las cartas e

las alteraciones de Castilla, plógoles mucho dello, e luego encontinente viniéronse para Castilla; e como este rey don Juan lo sopo, embió rogar al rey de Navarra que se viniese para él e que le diese favor e ayuda contra estos sus caualleros que así se avian levantado contra él, á los castigar por justicia. El cual rey de Navarra se veno para él, e el infante don Enrique para los caualleros; e por esta causa, este rey don Juan dió al rey de Navarra el marquesado de Villena e las villas e lugares que de antes tenia, que de suso están contadas, las cuales villas e lugares e marquesado, este rey de Navarra dió en casamiento á la princesa doña Blanca, su fija, con el príncipe don Enrique, fijo deste rey don Juan, que despues desto fué fecha boda con ella en la dicha villa de Valladolid en el año de mil e cuatrocientes e cuarenta años. E como este infante don Enrique fué junto con los dichos caualleros, él e los suyos andovieron tomando e apoderándose de las villas e lugares del maestradgo de Santiago, e de otras cibdades, e villas, e lugares del reyno, en tal manera, que la mayor parte dellas estauan alçadas e rebeladas contra el rey don Juan.

E estando los fechos en esto, este rey don Juan de Navarra se mostró contra el rey don Juan que acometió á lo prender en la villa de Medina del Campo. E este rey don Juan e el príncipe don Enrique, su fijo, andudieron en algun tiempo en uno, e porque el príncipe toviese grand casa e grand poder, dióle á la cibdad de Segovia e á la cibdad de Alcaráz e á otras villas e lugares. E porque en la corónica deste rey se contiene más por istenso los fechos grandes que en su tiempo acaescieron, e durante estos movimientos; pero diremos aquí algunas cosas especiales. Fué así que así por enducimiento de la reyna doña María, mujer deste rey don Juan, madre deste príncipe don Enrique, e de los dichos sus tios, rey de Navarra e infante don Enrique, este príncipe don Enrique se fué del rey don Juan, su padre, que no quiso más andar en su compañía, porque no quería el rey echar de sí al dicho su condestable. E este rey don Juan e su condestable e los suyos desde la cibdad de Avila se fué para la villa de Medina del Campo, e estando en ella con muchas gentes de armas, vinieron contra él e sobre él el rey de Navarra e el infante don Enrique, su

hermano e el almirante don Fadrique, e los fijos del dicho adelantado Pero Manrique, que ya el dicho adelantado era finado, e otros muchos caualleros con ellos, con los cuales vinieron la dicha reyna doña María e príncipe don Enrique, su fijo, e pusieron real sobre la dicha villa de Medina del Campo, e tovieron cercado á este rey don Juan e los suyos asaz tiempo, fasta tanto que una noche ficieron un grand portillo los del real en la cerca de la villa de Medina del Campo á la parte del río de Zapardiel, e por allí fué entrada la villa por tal manera que se apoderaron del rey don Juan, e fueron robados todos los suyos, e fuéronse fuyendo el dicho condestable e su hermano don Juan, arçobispo de Toledo, e don Gutierre, maestre de Alcántara, e el prior de Sant Juan, e Alonso Pérez de Bivero, su contador mayor deste rey don Juan, e fuéronse para la cibdad de Avila, e como todos fueron entrados en la villa de Medina, con mucha reverencia e obediencia la reyna doña María, su mujer, e el príncipe, su fijo, e los reyes de Navarra e infante don Enrique, e todos los otros caualleros fueron á este rey don Juan á la plaza de la villa donde estaua armado con su pendon real, e abajaron sus banderas e pendones diciéndole que les perdonase, que si alguna cosa avian fecho, que esto que lo facian porque echase de sí á su condestable e su privado, que los tractaua mal e les cobdiciaua su destruicion. E este rey don Juan, veyendo cómo estaua en su poder, e que por estonces non podia al facer, reconcilióse con ellos en tal manera que non les mostraua tanto enojo como de razon debia de les mostrar, segund los fechos pasados; e partiéronse dende para la villa de Madrigal, e estovieron ende en una compañía por asaz de tiempo fasta en tanto que este príncipe don Enrique, fijo primogénito e heredero deste rey don Juan, sopo que estos reyes de Navarra e infante don Enrique, sus tíos, se querien apoderar de su presona e le tomar su tierra, para facer de todo el reyno á su guisa, e lo mandar e lo repartir entre sí, como se decía que lo querian facer, que ya se lleuaban ellos e los sus adherentes e secaces todas las rentas e pechos e derechos del reyno, en tal manera, que al rey venia mucha poca contía para su mantenimiento; e como lo sopo, so color de ir á matar á unas lagunas de cerca dende unas garzas

que le dixeron que le tenian amesnadas, este príncipe, e Juan Pacheco, su criado e privado, marqués de Villena que despues fué, se fueron á más andar á la cibdad de Segovia. E este rey don Juan por los grandes roydos que en aquella villa de Madrigal por estonce avia de gentes del conde don Pedro Destúñiga e del conde de Haro, se fué para Ramaga, un lugar que es entre Madrigal e Salamanca. E los dichos rey e infante, e los otros caualleros que con él estauan, acordaron de estrechar á este rey don Juan, e fué fecho así, que prendieron á Alonso Perez de Bivero, su contador mayor, e á Ferrand Yañez de Jerez, su secretario, diciendo que se tractauan de llevar al rey don Juan á su condestable á la villa de Escalona donde estaua. E troxeron al rey don Juan, rey de Castilla, á la villa de Madrigal, e dende á la villa de Tordesillas, e echáronle de la Córte á cuantos oficiales tenia. En tal manera e en tanta opresion lo tenian, que no era señor de escrebir carta alguna nin fablar con persona de su coraçon, salvo con sirvientes e criados dellos que lo guardauan de noche e de dia. E caualgauan con él fasta mil omes de armas cuando queria ir á caza de ribera el rio de Duero ayuso ó arriba, e caia la guarda del rey á cada uno su dia, e facian firmar á este rey cuantas cartas querian. E dieron á este infante don Enrique cartas que fuese visorey de los reynos de Toledo e del Andalucía. El cual, con las cartas e poderes del rey, se apoderó del maestradgo de Calatrava para don Alonso, un fijo bastardo deste rey de Navarra. E otrosy, de la cibdad de Toledo, la cual tovo alçada contra este rey don Juan, Pero Lopez de Ayala, el Tuerto, alcaide del alcáçar della, e asimismo alcalde mayor de Toledo. E asimesmo se apoderó este infante don Enrique de Villareal e de las cibdades de Ubeda, e Baeza, e Jaén, e Andújar, e de las cibdades de Córdoua, e Ecija, e de Carmona, e asimesmo se alçó por él la cibdad de Xerez de la Frontera, e fuese para la cibdad de Sevilla á fin de se apoderar della, la cual se le resistió muy bien por la grand lealtad que en ella avia, e con favor, e ayuda, e esfuerço de don Juan, conde de Niebla, duque que despues fué de Medina del Albuhera. E porque el conde don Pero Ponce tenia su voz deste infante en Sevilla, el dicho duque, e los caualleros, e veinte e cuatros, e alcaldes mayo-

res de la cibdad, le echaron fuera della. Así que este infante desque esto vido, fuese para Alcalá de Guadaira e dende para Cantillana, e estovo ende algunos dias con muy grand gente, así de pié como de cauallo que consigo levaba en número de ocho mil de cauallo e más de treinta mil peones, e fué á dar vista con la dicha gente á Sevilla, diciendo que por fuerça la avia de entrar; pero el dicho duque con los de Sevilla, se armaron e aderescaron bien, por tal manera, que gela bien defendieron. E como esto vido este infante, mandó robar cuanto fallaron por el campo e por el Axarafe. E como á Sevilla non pudo entrar, sonóse por su real deste infante que todo aquello que facía que era contra voluntad del rey don Juan, su primo, e començóse á derramar e ir de suyo sin licencia e consentimiento del dicho infante, muchos caualleros e gentes de los que consigo levaba, en especial Juan Furtado de Mendoza, montero mayor del rey don Juan, que con el dicho infante andaua con fasta cient rocines, porque el dicho Díego Furtado gelo embió mandar, porque ya avia fecho pleito e omenaje á este rey don Juan de tener por él la su cibdad de Cuenca que de antes tenia alçada e rebelada por el dicho infante don Enrique. El cual dicho pleito e omenaje fizo este Diego Furtado, á incitacion del licenciado Alonso Diaz de Montalvo, vecino de Huete, en quien este rey don Juan fiaua mucho. E por esta manera fué partido el dicho Diego Furtado. E despues dél partido, en solas dos noches se partieron más de dos mil rocines e asaz peones, e se fueron cada uno á sus tierras. E como esto vido el infante, retrójose para Córdoua, e veno bien triste e desfavorescido, así porque non pudo tomar á Sevilla, como porque sopo que venian contra él don Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara, con muchas gentes, así de los suyos como del reyno de Portugal que los embió el regente don Pedro, hermano del rey don Duarte, los cuales se vinieron para Sevilla. E dende ellos e este conde de Niebla, duque que despues fué, fueron poderosamente e combatieron, e tomaron á Carmona, e á Ecija, e á Córdoua. E estando así los fechos en este estado, este rey don Juan sopo esto, e fabló de secreto con la abadesa de Tordesillas, rogándole que embiase ciertas cartas que tenia á Perálvarez de Osorio, conde de Trastamara, e

á Gutier Quijada, que en cualquier manera lo sacasen de aquella opresion en que estaua en aquella villa de Tordesillas en poder de la reyna doña María, su mujer, e del rey don Juan de Navarra, e del almirante, sus primos. La cual dicha abadesa embió las cartas á los dichos conde e Gutier Quijada; e como fueron llegados, ellos de secreto ayuntaron la más gente que pudieron, e una noche partieron de Villalobos, que es en tierra de Campos, e amanescieron cerca de Tordesillas. E esta abadesa tenia fecho quebrar una carreta en la puerta de la villa por donde entrasen, la cual dicha puerta estovo toda aquella noche abierta, e porque vinieron un poco ya entrado el dia, no pudieron entrar en Tordesillas, porque un carnicero del rastro del rey cerró la puerta desque vido aquella gente. E en tan grande estrecho e desbarato fué puesta aquella villa, que el rey de Navarra, e reyna de Castilla, e almirante, e conde de Benavente, e los otros grandes caualleros que ende estauan en guarda del rey, que todos pensaron ser perdidos. E así lo fueran, si este conde e Gutier Quijada entraran en Tordesillas; los cuales desque vieron que non podian más facer, se tornaron para sus tierras; e este rey de Navarra e almirante, con los condes de Benavente, e de Castro, e los Quiñones, e Juan de Tovar, e los otros caualleros que con ellos estauan, con grandes gentes de armas e de pié fueron en pos deste conde e Gutier Quijada, e destruyéronles sus tierras e lugares, e por las grandes fortaleças que tenian, non les pudieron empescer en sus presonas, e tornáronse para Tordesillas.

E acaesció por estonce que porque Ruy Diaz de Mendoza, mayordomo mayor deste rey don Juan, tenia cargo de noche e de dia á este rey, él e Lope de Mendoza, su primo, e el príncipe don Enrique, lo embió amenazar desde Segovia á este Ruy Diaz porque non avia dado lugar á este rey don Juan le escribiese respuesta de otras cartas que el dicho príncipe, su fijo, le embiara, e le embió decir que era carcelero mayor del rey, e que él gelo pagaría. Por esto este Ruy Diaz dixo que non queria tener cargo de guardar al rey, e dejólo, así por esto, como porque el rey don Juan de Castilla, estando ende en Tordesillas, mandó á un su moço de espuelas que le troxese un cauallo para caualgar en

que fuese él á caza. E este Ruy Diaz non gelo dexó traer, salvo una mula, que así estaua dicho e mandado por todos. E por esto este rey don Juan corrió á este Ruy Diaz con un espada sacada en pos dél por su palacio fasta lo lançar por una escalera abajo, pero que lo non alcanzó. E por esto Ruy Diaz dexó la guarda del rey. Los dichos reyna de Castilla, e rey de Navarra, e almirante, e los otros grandes que con ellos estauan, acordaron de dar por guarda al rey á don Diego Gomez de Sandoval, adelantado mayor del reyno de Castilla, conde de Castro Xeris. El cual aceptó la guarda del rey, con condicion que gelo levasen á la su villa de Portillo, e por esta razon fué llevado este rey bien contra su voluntad á Portillo; el cual dicho conde lo tomó e tovo en asaz estrecho e bien guardado por asaz tiempo en el castillo de la dicha villa. E acaesció que el dicho almirante embió rogar al dicho conde de Haro, don Pedro de Velasco, que se viniese á ver con él en tierra de Campos, á fin de lo atraer á la opinion suya e de los dichos reyna e rey de Navarra, porque este conde de Haro fasta allí non se avia mostrado á la una parte nin á la otra. El cual dicho conde se venia bien seguro; pero que sopo de cierta ciencia que en el camino estaua puesto en un celada don Fernando de Rojas, fijo deste conde de Castro, con fasta docientos omes de cauallo para lo prender. E este conde de Haro lo sopo, mandó á todos los suyos que se fuesen su camino al lugar do avia de facer la vista, e él caualgó en un cauallo, e á más correr él e otro paje suyo se tornaron para su tierra. E como el dicho almirante vido que el conde de Haro se avia vuelto así, tóvose por burlado; pero que non fizo nin consintió que se ficiese mal nin daño á la gente deste conde, e ovo dél grand recelo que les vernia lo que despues les veno. E luego el dicho conde de Haro apellidó todo el reyno e fuese para la cibdad de Búrgos, e apoderóse della, él e el conde don Pedro de Estúñiga, alcaide que era del castillo de la dicha cibdad, e juntaron grandes gentes, así á pié como á cauallo, por cuanto este conde de Haro tenia á su mandar la mayor parte del reyno de Castilla Vieja, e Asturias, e Santillana, e el señorío e condado de Vizcaya. E de allí, dende Búrgos, escribieron al dicho príncipe don Enrique á Segovia donde estaua, e al dicho con-

destable don Alvaro de Luna á la su villa e fortaleça de Escalona donde estaua, e al dicho maestre de Alcántara, e al prior de Sant Juan, e al dicho conde de Niebla, e á los otros grandes del reyno, diciéndoles que ya veian cómo los susodichos tenian opreso e detenido á su señor e rey natural, e que ellos, como leales vasallos e servientes suyos, con sus gentes, querian ser en lo delibrar de aquella oprision, para que por su presona e en su libertad rigiese e gobernase sus reynos e Señoríos; por ende, que les rogaua e requería de parte de Dios e de la fieldad e lealtad que debian á su rey, que se quisiesen juntar con ellos en aquella cibdad de Búrgos, que era e es cabeça de Castilla, e allí darian la orden que cumpliese. E como este príncipe don Enrique vido estas cartas destos condes, ovo por una parte grand dolor e sentimiento por la oprision del rey, su padre, e por otra parte esforçóse mucho e levantósele el coraçon para la su delibracion, e escribió al dicho condestable sobre ello su parescer e voluntad, e el dicho condestable vénose para la cibdad de Avila á se ver con este príncipe don Enrique, e en las vistas acordaron de llamar cuantas gentes pudieron, así de pié como de cauallo, para lo cual y porque el dicho príncipe decía que estaua gastado e no tenia por estonce dineros para este ayuntamiento de gentes, el dicho conde éste les prestó treinta mil doblas de la banda. E así se partieron amos á dos e se fueron para Búrgos, e los condes los rescibieron muy bien. E acordaron de embiar cartas á todas las cibdades, e villas, e lugares del reyno, recontando los fechos susodichos, e que todos les quisiesen dar favor e ayuda para la delibracion de su rey e Señor natural, que lo tenian opreso sus caualleros e vasallos e súbditos en sus reynos sin cabsa alguna. E estas cartas leidas y publicadas por los reynos, vinieron de muchas partes muchas gentes e caualleros, así de pié como de cauallo, en tal manera, que en poco tiempo fueron juntar con estos más de cinco mil omes de cauallo e veinte mil peones muy aderezados. E este rey de Navarra e almirante e todos los otros condes e caualleros que con ellos estauan, acordaron de ir contra Burgos por pelear con este príncipe e condestable e condes que así juntos estauan. E juntáronse los unos en Palenzuela, una villa deste almirante, e los otros que con el prín-

cipe venian en otra villa que dicen Pampliega, e allí estovieron un dia, los unos á ojo de los otros en sus reales, aviendo grandes escaramuzas, fasta en tanto que en una tarde en una grand escaramuza que ovieron, fueron desbaratados Ferrand Lopez de Saldaña, contador mayor deste rey don Juan, e García de Herrera, señor de Pedraza, sobrino deste almirante, e preso el dicho García de Herrera, e muertos muchos de los suyos. E si non fuera por causa del rio e de muchas e grandes acequias que estauan ende, e porque vino la noche e los cerró á todos, este rey de Navarra e almirantes fueran muertos ó presos, como quier que por esta cabsa se desbarataron todos, que otro dia en la mañana partieron dende e se fueron para sus tierras cada uno por su parte, del grand miedo e temor que tenian á este príncipe e á los que con él iban. E como esto fué sabido en Portillo, donde así estaua opreso este rey don Juan, luego le fué fablado del desbarato ya dicho. E este rey don Juan, como sopo deste desbarato deste rey de Navarra e almirante e otros caualleros, pensó de mirar donde mejor fuese delibrado de aquella opresion. E estando por estonce en Turuégano el cardenal don Juan de Cervantes, administrador que por estonce era del obispado de Segovia, e despues fué administrador del arçobispado de Sevilla, tovo con él tal manera, que en la villa de Mojados, que es una legua de Portillo, que viniese ende á le convidar á comer, en el cual convite fabló con él e concertó su delibracion, e despues tornóse á Portillo con el conde de Castro que lo guardaua. E despues mandó este rey don Juan á don Juan de Ferrand Mellory, natural de Santo Domingo de la Calzada, sacristan que fué despues deste rey, e asimesmo abad de Santillana, que fuese al dicho cardenal á le decir que para otro dia irían él e la reyna doña María, su mujer, á comer con él á Mojados; por ende que aderesçase todas las cosas que eran menester para aquel convite. E este cardenal embió mandar al merino Alonso Niño, merino de Valladolid, e Alonso de Estúñiga, regidor de Valladolid, de parte del dicho rey don Juan, que de noche, secretamente, se viniesen con toda la gente de Valladolid á la villa de Mojados, que ende sería con ellos otro dia el rey don Juan so color de venir á caza de ribera. E así fué fecho, que so aquella color, vinieron este rey don

Juan e este conde de Castro fasta la dicha villa de Mojados, e como este rey fué dentro de la dicha villa e ovo comido, salieron de unos pinales que cerca de la villa estan la gente de Valladolid, e como el rey los vido, fuese para ellos, e el conde se pasmó dello, e así fue delibrado de la dicha oprision, e fuese para la villa de Valladolid, e el conde tornóse para Portillo. E como el dicho príncipe e los otros condes e caualleros que con él estauan lo sopieron, fueron muy alegres, e dieron gracias á Nuestro Señor que tan grand milagro avia fecho á este rey don Juan. E porque su voluntad era de luego venir sobre la villa de Portillo, este rey don Juan luego encontinente se fué para ellos, e como lo vieron, del grand placer que ovieron començaron á llorar con él, e ovieron su acuerdo de luego tomarles á todos sus villas e lugares; e así fué fecho, que dende á poco este rey don Juan e príncipe don Enrique, su fijo, con los otros condestable e condes, tomaron por fuerça de armas por combate, de dia, la villa de Peñafiel, que era deste rey de Navarra. El cual dicho Mosen Juan fizo juramento, e pleyto e omenaje en manos deste rey don Juan, de no dar más favor nin ayuda á este rey de Navarra, nin ser contra este rey de Castilla, nin tomar nin tener fortaleça en sus reynos contra su voluntad e mandado. E andando así el dicho príncipe, tomó á la villa de Roa, e Aranda de Duero; e el prior de San Juan con gente del rey, tomó á Cuéllar. E durante esto, este rey de Navarra se fué para su reyno bien corrido e destrozado, e de cada un dia se le iban las gentes que tenia e lo dejauan. E esto fecho, fué acordado por este rey don Juan e por el dicho príncipe, su fijo, de embiar, como embió, sus cartas al dicho almirante e conde de Benavente don Alonso Pimentel, e don Enrique, hermano del almirante, e al dicho conde de Castro, e al adelantado Diego Manrique, conde que fué despues de Treviño, e al dicho conde de Castro, e al dicho conde de Rojas, su fijo, por las cuales les embió decir e á mandar que se apartasen de la compañía del rey don Juan de Navarra, e del infante don Enrique, su hermano, e de lo que por ellos avian de facer, e que no le diesen favor ni ayuda, ni los acogiesen en sus tierras, so muy grandes penas. Las cuales cartas embió á los susodichos con el licenciado Alonso Diaz de Montalvo, oidor de la su

Audiencia, para que con ellas les requisiese por ante Alvar Lopez de Cuenca, su escribano de cámara deste rey; los cuales fueron luego, e con asaz peligros e trauajos, las leyeron e notificaron á los susodichos caualleros. E este licenciado de Montalvo tuvo manera de reconciliar á este adelantado Diego Manrique con este rey don Juan, e le fizo facer juramento, e pleyto e omenaje, de nunca ser contra el rey en favor de presona alguna; el cual lo guardó bien despues. E los otros caualleros, como quier que por estonce dixeron que les placía, pero non lo ficieron ansí despues, segund que adelante oiredes. E este rey don Juan, por el grand servicio que este príncipe, su fijo, le fizo en su delibracion este mismo año, le dió el obispado de Jaen, que son Ubeda, e Baeza, e Jaen, e Andújar, que son cuatro cibdades con sus tierras en el Andalucía, e á la cibdad de Logroño, e á Najara, e á otras muchas villas e lugares. E porque el dicho infante don Enrique se andaua por el Andalucía, acordó de embiar al dicho príncipe, su fijo, e al dicho su condestable con él, contra el dicho infante, con grandes poderes e con pendon real, e con muchas gentes de armas. E embió por su corregidor á la cibdad de Murcia al licenciado Alonso Diaz de Montalvo. E los dichos príncipe e condestable fueron en pos del dicho infante fasta la villa de Lorca, e toviéronlo ende cercado fasta quince dias. E por cabsa que era ya cerca de Todos Santos e facian grandes frios de noche, acordaron de alçar real e viniéronse para Murcia, e estovieron ende por espacio de un mes e partiéronse dende para Castilla, e dexaron recebido por corregidor de la dicha cibdat al dicho licenciado de Montalvo. E como este infante don Enrique sopo que el dicho príncipe e condestable eran ya pasados de Chinchilla, veno sobre la dicha cibdat de Murcia poderosamente con mucha gente de pié e de cauallo en número de veinte mil omes de los suyos, e de Lorca e de Orihuela e de Val de Ricote e reyno de Valencia, e cercó toda la dicha cibdat e robó todos los ganados del campo, e tóvola cercada par espacio de veinte dias. La cual él entrara e tomara segun el trato que con el dicho infante don Enrique tenia fecho Sancho Gonzalez de Harronis, un cauallero e regidor de la dicha cibdat, salvo por el grand esfuerzo e diligencia e trabaxo é industria deste licenciado de Montalvo, corregidor desta

cibdat de Murcia, e del bachiller de Mendado, su alcalde, e de Juan de Cuenca, su alguacil, e del dicho Alvar Perez de Cuenca, e con los vecinos de la dicha cibdad, e con la gente del adelantado Pero Fajardo, adelantado mayor del reyno de Murcia que la bien guardaron e velaron e rondaron de noche e de dia. E este infante desque vido la grand guarda, e que non podia tomar á Murcia, acordó de se venir para la villa de Ocaña, e ende allegó asaz gente para ir á tomar la cibdat de Huete que se le avia rebelado por mandado deste rey don Juan. E estando así para partir para Huete, vénole nuevas e cartas cómo el rey don Juan de Navarra, su hermano, era ya entrado por Castilla. El cual entró por el condado de Medinaceli, que le dió lugar para ello, e venia con él el conde de Medinaceli don Juan de la Cerda. E esto, porque el rey don Juan, rey de Castilla, non le quiso facer gracia o merced de la villa de Atienza, que era deste rey de Navarra. El cual rey don Juan de Navarra entraua á fin de recobrar para sí sus villas e lugares que este rey de Castilla le tenia tomadas. E este infante don Enrique se fué luego para este su hermano, e juntáronse cerca de la villa de Olmedo, e entráronla por fuerça de armas, e mandaron degollar al dotor de la Fuente que en guarda de la villa estaua por mandado del rey don Juan de Castilla. E de allí querian ir á tomar más lugares, e acordaron primeramente de llamar los grandes del reyno, e dende á poco se juntaron con ellos en la villa de Olmedo el almirante don Fadrique e don Enrique su hermano, e el conde de Benavente, e el conde de Castro e Rodrigo Manrique e Juan de Tovar, e Pedro e Suero e Diego de Quiñones, e otros muchos caualleros con ellos, que se ficieron en número de cinco mil omes de cauallo, sin otra grand gente de peones. E como el rey don Juan de Castilla lo sopo, juntáronse él e el príncipe su fijo, e el condestable, e don Pedro de Velasco, conde de Haro, e don Alonso de Fonseca, obispo de Avila, e arçobispo de Sevilla que después fué, e don Ferrand Alvarez de Toledo, conde de Alba, e don Gutierre, arçobispo de Toledo, su tio, e otros muchos caualleros con ellos, así del Andalucia como de otras partes, en número de fasta otros cinco mil omes de armas e ginetes; e veno luego ende don Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara, con seiscientos omes de

armas. E este rey don Juan de Castilla mandó poner real sobre la villa de Olmedo, e tóvolos cercados algunos dias, e cada un dia le venian gentes de todas partes, fasta en tanto que un dia, sáuado á diez e nueve dias de Mayo, año de mil e cuatrocientos e cuarenta e cinco años, dia de Santa Potenciana, este rey don Juan de Castilla se armó con su gente e los dichos rey de Navarra e infante e almirante, e los otros condes e caualleros se armaron con las suyas, e salieron al campo, e començaron á pelear brauamente los unos contra los otros, feriéndose muy cruelmente e sin piedat. E estando en esto, veno por la parte del costado este maestre de Alcántara don Gutierre con su gente, e dió un grand golpe en la batalla del infante don Enrique, que estaua peleando con el condestable don Alvaro de Luna, que lo traia ya á mal andar. E tan grandes fueron los encuentros que el maestre e los suyos dieron en la batalla del infante, que fué cabsa del desbarato de aquella batalla, e allí fué ferido el infante don Enrique en la mano esquierda, de que dende á diez ó á doce dias murió en Calatayud. E como esta batalla fué vencida e desbaratada, el rey de Navarra e el almirante e condes e sus gentes, dieron á foir contra la villa de Olmedo, e allí se retrajeron. E el rey don Juan de Castilla e príncipe, su fijo, e los suyos, fueron en pos dellos firiendo e matando e prendiendo fasta los meter por las puertas de la villa, e así fueron todos desbaratados e quedó el campo e despojo por el rey. E fueron presos en esta batalla el dicho conde de Medinaceli, e el conde de Castro, e García Sanchez de Alvarado, que mandó despues degollar en la villa de Valladolid este rey don Juan á este García Sanchez, e fué muerto Diego de Quiñones, fijo de Diego Fernandez de Quiñones, en esta batalla. E como esto así fué fecho, acordaron el rey de Navarra e infante don Enrique así como estaua ferido, e almirante, de otro dia en la mañana de se ir cada uno para sus tierras, que ya entrellos no avia lança enfiesta, e avian rescelo de ser cercados, e combatidos, e presos, porque esta villa de Olmedo es llana e no hay en ella ninguna fortaleça. E así lo ficieron, que ante que otro dia amanesciese, se partieron juntos los dichos rey de Navarra e infante con los que los quisieron seguir, e fuéronse para Aragon, la via de Atienza, e

dende á Daroca, e el almirante e conde de Benavente, se fueron para sus tierras. E fueron en seguimiento de los dichos rey e infante, el dicho príncipe e los suyos, e les corrieron fasta bien siete leguas de Olmedo, e les tomaron asaz cauallos, e armas, e acémilas cargadas, e otras muchas cosas, e aquí pagaron la que ficieron en Medina del Campo al rey don Juan. E este rey desde allí en adelante, acordó de tomar sus tierras á estos caualleros, e fué de allí á la villa de Simancas. E porque este condestable don Alvaro de Luna consejó á este rey don Juan que prendiese á Juan Pacheco e á Pero Giron, fijos de Alonso Tellez Giron, señor de Belmonte de la Mancha, que despues el dicho Juan Pacheco fué marqués de Villena, e el dicho Pero Giron fué maestre de Calatrava, porque eran privados de este príncipe don Enrique, su fijo, e porque non oviese en Castilla quien le diese en la mano á lo que él quisiese facer, e porque el rey prendió á Pero Giron, el príncipe e Juan Pacheco se fueron fuyendo de Simancas á más andar para Segovia á uña de cauallos. E porque el príncipe se fué, el rey mandó soltar á Pero Giron, e por esta manera fueron apartados padre e fijo dende en adelante.

E este rey don Juan aviendo fecho esto, andudo por sus reynos e tomó todas sus villas, e lugares, e fortaleças á los dichos almirante, e conde de Benavente, e de Castro, e don Enrique, e don Rodrigo Manrique, e Pero e Suero de Quiñones, e de Juan de Tovar, e de todos los otros que les dieron favor e ayuda en aquellos fechos. E despues desto, acaesció que el dicho Mosen Juan de Puelles, se apoderó de la villa de Torija e fortalezas della, que era del conde Gonzalo de Guzmán, conde que despues fué de Gelves. E de allí él por una parte, e Mosen Rebolledo, otro criado deste rey de Navarra, de la otra parte, desde la villa e fortaleça de Atienza, ficieron grand guerra en estos reynos, firiendo, e matando, e robando, e captivando omes e rescatándolos como á moros. E este rey don Juan como sopo de la muerte deste infante don Enrique, su primo, e con el grande amor que avia á este su condestable, fízolo maestre de Santiago, e dióle las fortaleças e rentas del dicho maestradgo. El cual dicho maestre, non se midiendo en lo que de razon se debia medir con su desordenada

cobdicia e soberbia grand, e veyendo que ya non avia contrarios algunos en este reyno, ponia e tenia en tanto estrecho á este rey don Juan en el regimiento e gobernacion de él e en los pechos e derechos del reyno, que tantos fueron los pedidos e monedas que en su tiempo durante aquestos movimientos en estos reynos ovo, que las gentes non se podian sustentar, segund las grandes fatigaciones que el rey non lo podia reparar. Esto á fin de echar grandes tesoros en Escalona, segund que echó. E el rey e los que lo servian vevian pobremente, que non podian dar oficio nin beneficio en este reyno si non á quien este maestre e condestable queria.

E en este mesmo año desta batalla de Olmedo, dende á poco, murió la reyna doña María, mujer deste rey don Juan, madre deste príncipe, en Villacastin, aldea de Segovia. E fué enterrada en el monasterio de Santa María de Nieva. E otrosy dende á poco, finó la reyna de Portogal, su hermana, mujer del rey don Duarte, en la cibdad de Toledo, dentro del monasterio de Santo Domingo del Real de Toledo. E este rey don Juan casó despues con la reyna doña Isabel, fija del conde de Barcelos, e nieta del rey don Juan de Portogal, una señora muy noble, e virtuosa, e de grand honestidad, de la cual ovo este rey don Juan á la infanta doña Isabel e al infante don Alonso, sus fijos. E este rey don Juan andovo asaz de tiempo pacificando sus reynos e señoríos fasta en tanto que por fuerça de armas fué tomada la villa de Torija por Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, e por don Alonso Carrillo, fijo de Lope Vazquez de Cuna, arçobispo de Toledo, que por mandado deste rey y á su costa, la tovieron cercada por espacio de un año. La cual con trabucos e lombardas la derribaron toda, e fué preso ende el dicho Mosen Juan de Puelles, e rescatado.

E estando los fechos en este estado, porque este maestre e condestable, con el grand apoderamiento que tenia de la Corte e presona del rey don Juan, este rey don Juan se sentia por tan opreso desto como de las otras oprisiones, e tractó con Alonso Perez de Bivero, su contador mayor del rey, e su criado que fué deste maestre, e con el conde don Alvaro de Estúñiga, que le prendiesen en la cibdad de Búrgos, donde por estonce estaua. E este maestre e

condestable ovo algunas sospechas dello, e un dia, viernes endulencias, de mañana, embió llamar á este Alonso Perez á su posada, e él fué allá e allí lo mandó matar. E fué echado por unas barandas ayuso, que son en las posadas de Pedro de Cartagena. E como este rey don Juan lo sopo, ovo dello grand enojo e sentimiento, e non se lo dió á entender á fin de lo asegurar, e dejó pasar los tres dias de Pascua de Resurreccion; e otro dia, miércoles de las ochavas, antes que amanesciese, este rey mandó al dicho don Alvaro de Estúñiga, conde de Plasencia que despues fué, que por el castillo de la dicha cibdad le troxese, como le troxo, trecientos omes de armas. E este rey llamó otrosy al obispo de Búrgos, e al dicho Pedro de Cartagena, su hermano, e á los alcaldes e regidores de la dicha cibdad, e con ellos este rey don Juan cercó e fizo cercar sus posadas deste maestre, e prendiólo, e mandólo levar preso al castillo de Portillo. E dende á pocos dias mandólo degollar por justicia, pregonándolo en la villa de Valladolid, en un alto cadahalso que fué fecho, en que todos lo viesen degollar, e mandóle cortar la cabeça e ponerla en un clavo de una viga grande que en el dicho cadahalso estaua, la cual estovo ende por espacio de nueve dias. E este rey don Juan le tomó todas sus tierras, e villas, e lugares del su maastradgo, e otrosy la villa de Escalona, e tractó que partiesen los tesoros él, e su mujer, e el conde don Juan, su fijo, en esta manera: Que el rey don Juan oviese las dos tercias partes, e la dicha condesa e conde don Juan, su fijo, que oviesen la otra tercia parte. E fallóse en el castillo e fortaleça de Escalona que este maestre e condestable fizo, estas cosas que aquí dirá: siete mil paños franceses, e docientas cercaduras de camas, e cuatro mil colchones, e mil e quinientas alhombras, e unas bajillas con oro de trecientos marcos: de plata dorada e blanca no ovo cuento; de doblas de la banda, millon e medio; de florines de Aragon, e de blancas viejas, ochenta cuentos. Fallaron enterradas siete tinajas de nobles e de doblas alfonsíes, e de florines de Florencia, e de ducados. E esto así fallado, este rey don Juan tomó para sí las dos tercias partes de lo susodicho, e dió graciosamente á la condesa, mujer deste maestre e condestable, el ajuar de casa, e así los mandó salir del dicho castillo e diólo en tenencia á Luis

de la Cerda, un cauallero de buen linaje e de grand lealtad, e asimesmo le dió el alcáçar de Toledo. E por esta muerte deste maestre e condestable, por la manera que dicha es, este rey don Juan fué tan temido e amado en sus reynos, que maravilla era, sino que á Nuestro Señor Dios non plogo de le dar más vida de fasta año e medio despues de la muerte deste maestre.

E como este maestre fué muerto, el dicho Ferrand Lopez de Saldaña, que estaua en Navarra, embió decir á este rey don Juan que le perdonase e le tornase su oficio de contador mayor e sus bienes, e que él le daria donde estaua una grand facienda que fué suya de la cámara de los reyes viejos, sus antecesores, que valia más de ochocientas mil doblas. E este mensajero deste Ferrand Lopez, á fin de ganar para sí, descubrió al rey el secreto que estaua en el Alcáçar de Madrid en lo bajo dél entre dos pilares. E este rey don Juan embió con esto á Diego Romero, su secretario, e á Mosen Pedro de Bobadilla, amo del rey de la dicha su fija doña Isabel, e alcaide del Alcáçar de Madrid, e á dicho licenciado de Montalvo, su corregidor que por estonce era de Madrid. Los cuales, e asimesmo el dicho Alvar Lopez de Cuenca, escribano de cámara del rey, e alcaide que por estonce era en la dicha villa, mandaron cavar e desfacer una pared de entre los dichos pilares, e fallaron treinta e cuatro arcas muy grandes ensayaladas, e dentro dellas muy grandes riquezas, en especial veinte e cuatro apóstoles grandes, los doce de oro macizos e los doce de plata, e un Santiago, e un Sant Francisco, todo de oro, e otras muchas cosas, e las espadas del Cid Ruy Diaz, Tizona e Colada, e la espada Guiosa, e una corona de oro del rey don Pedro, e una cinta de caderas, toda de oro e de perlas e piedras presciosas, que fué del Cid Ruy Diaz, e otras muchas cosas e piezas de plata e de oro, e de tantas labores que bien parescia valer lo que el dicho Ferrand Lopez decia, e más. E como el dicho Diego Romero lo vido, fué puesto por escrito, e levólo al rey, el cual embió por algunas cosas dellas, e los dichos corregidor e alcalde e alcaide gelas enviaron.

E otrosy en tiempo deste rey don Juan, e despues de la dicha batalla de Olmedo, viviente el dicho maestre e condestable don Alvaro de Luna, acaesció que en Durango, que es en las montañas

de Vizcaya (1), se levantó una grand heregía entre los omes e mujeres de aquella tierra, que por cabsa de algunos sermones e pedricaciones que ficieron unos frailes de Sant Francisco de la observancia contra el santo matrimonio, la mayor parte de las mujeres de aquella tierra dexaron á sus maridos, e las moças á sus padres e madres, e se fueron con los dichos frailes e con mucha compaña de omes que los acompañauan por las montañas e por las cuevas dellas, e facian adulterio e fornicacion los omes e los frailes con ellas e con las que querian públicamente, diciendo: *Aleluya y caridat*. En tal manera, que si este rey don Juan en esto non proveyera como proveyó, todas las mujeres de aquellas partes dexaran á sus maridos, e se fueran andar con ellas. E este rey don Juan prestamente embió allá alcaldes e executores que prendieron á la mayor parte dellos, aunque los frailes se fueron por mar, e los mandó traer á Santo Domingo de la Calzada, e á los que quisieron tornar á buena recordacion e se reconciliaron á la fé con el obispo de Calahorra, e dexaron de se llamar como se llamauan, á los unos Sant Pedro e á los otros Sant Pablo, e nombres de otros santos e santas, á estos tales mandóles facer merced. E á los otros que porfiaron en esta heregía mandólos quemar, por tal manera que fueron muertos e quemados más de ciento omes e mujeres e moças, e por esto cesó aquella heregía.

E otrosy en tiempo deste rey don Juan, despues de la dicha batalla de Olmedo, viviente el dicho maestre e condestable, acaesció que por la cobdicia desordenada deste maestre de allegar más tesoros de los que allegado avia, consejó á este rey don Juan que echase á la cibdad de Toledo cierto empréstidos de doblas, seyendo aquella franca e quita de pechos e empréstido, por los grandes previllegios que tenia de los reyes pasados. E porque á un ome odrero, pobre, vecino de la dicha cibdad, le repartieron ciertas doblas para el dicho préstido, e porque non tenia de qué las pagar, por aquello lo levauan á la cárcel, e él dió tan grandes gritos e voces, que alborotó la cibdad en tal manera que se levan-

---

(1) La herejía de Durango, e Alava e Vizcaya, y parece que dice Lipuscoa e Viscaya. (*Nota de Zurita*).

taron las gentes de la comunidad della e dixeron que non darian nin pagarian el dicho empréstido, e fueron todos e quemaron las casas de Alonso Cota, recabdador que era del dicho empréstido, puesto por el rey, sobre lo cual ovo en la dicha cibdad grandes escándalos e alteraciones e divisiones unos con otros. E porque Pero Sarmiento, un cauallero bien generoso, que por estonce era alcaide del alcáçar de la dicha cibdad, era incitador destos fechos, que así se facian sobre razon del dicho empréstido, por esto este maestre e condestable, que por estonce estaua en Ocaña, quisiera entrar en Toledo á le quitar el dicho alcáçar, e á facer castigar los culpadores desta cosa. El cual dicho Pero Sarmiento como lo sopo, se apoderó de todas las puertas de la dicha cibdad e echó de fuera della á mano armada á los alcaldes e caualleros vecinos de la dicha cibdad e á los conversos, e robóles cuantas faciendas tenian, e asimesmo á la mayor parte de los abades e beneficiados de la cibdad. A lo cual todo le daua consejo e ayuda el bachiller Márcos Garcia de Mazarambroz, que le decian primeramente el bachiller Marquillos, e otros muchos, los cuales mataron e robaron e quemaron algunos conversos e conversas, levantándoles falsos testimonios, por dar color á su traicion e heregía. E levantaron algunas heregías que son contra la fé e Evangelios de Nuestro Señor, e ficieron otros tan grandes males e feos fechos, que non se falla por escritura que en ningund tiempo fuese fecho en cibdad destos reynos á tan noble e santo rey como este. El cual dicho rey don Juan, como lo sopo, aviendo dello grand sentimiento, e enojo, e dolor de sus súbditos e naturales, e por vengar esta tan grand injuria que le ansí era fecha, con grand gente de cauallo e de pié se fué para la dicha cibdad de Toledo por entrar en ella. E este Pero Sarmiento e los dichos malos e rebeldes de Toledo, que así estauan apoderados de la cibdad, non le dieron entrada en ella, mas antes le tiraron á él e á sus gentes muchos truenos, e lombardas, e saetas. E por esta cabsa ovo de estar este rey puesto su real sobre Toledo cerca de Sant Lázaro por espacio de bien dos meses. E dixeron al rey, de noche, de encima de los adarves, muchas e feas palabras. E como este rey vido que, por ser fuerte, como es la dicha cibdad, por fuerça de armas non la podia tomar, acordó de levantar real de so-

bre Toledo, e embió notificar todo lo susodicho al Santo Padre Eugenio. El cual embió escomunion papal á este malo tirano de Pero Sarmiento e bachiller Marquillos, e á todos los otros vecinos de la cibdad que le dauan favor e ayuda así contra su rey e señor natural, e dió licencia que los pudiesen prender e captivar así como á moros e rebeldes, donde los tomasen. E este rey don Juan embió sus cartas, inclusas en ellas la carta del Santo Padre, e mandólo así complir e facer, e así se facía por sus reynos despues que fué fecho proceso e pregones contra ellos. E así estovo esta cibdad de Toledo en esta rebelion por espacio de dos años, fasta que á tracto del dicho príncipe don Enrique, fijo deste rey don Juan, fué dada la dicha cibdad e alçácar della al dicho príncipe e á don Pedro Giron, su criado, maestre de Calatrava. E estando en Toledo este dicho príncipe, el dicho bachiller Marquillos e otro Fernando de Avila, un malo cismático, que era consejador destos fechos, el cual tenia las torres de la puerta de Alcántara por este malo erético de Pero Sarmiento, avian acordado de facer traicion á este príncipe, e fuéle descubierta esta traicion por el rey don Juan, su padre. El cual dicho príncipe como lo sopo, prendiólos dentro de la iglesia mayor, e mandólos arrastrar e enforcar á los dichos bachiller Marquillos (1) e Fernando de Avila, de la forca de la plaza de Zocodover de la dicha cibdad. E dende á otro año, este rey don Juan entró en la dicha cibdad pacíficamente, aunque no fizo justicias algunas sobre aquel mal fecho.

E despues que este rey ovo ganado á la dicha villa de Escalona, e tomado la parte de los tesoros della, segund que de suso dicho es, un esclavo moro del dicho maestre e condestable (2), descubrió á este rey don Juan que en un corral del alcáçar e fortaleça de la dicha villa de Escalona, debajo de donde estaua la leña, que vido enterrar al dicho maestre e á dos moros que luego degolló, dos tinajas llenas de doblas. E este rey don Juan fizo quitar la leña e

---

(1) Llamóse el bachiller Márcos Garcia de Mora, como parece por la apelacion que ordenó, y de Mazarambroz, como parece arriba, y en el escrito del obispo Barrientos. (*Nota de Zurita*).

(2) Notanda. (*Nota de Zurita*).

cavar, e fueron falladas las dichas dos tinajas, en las cuales se fallaron ochenta e cuatro mil doblas baladíes moriscas. E decíase que aquellas eran de las que el rey Ysquierdo de Granada le dió e embió en el real que de suso dicho avemos. E así pasadas todas estas cosas en tiempo deste rey don Juan el segundo, segund que dicho e declarado está de suso, dende á dos meses que este maestre e condestable fué degollado, este rey don Juan adolesció en Tordesillas, e fué cuartanario bien seis meses, e sus físicos con muchas purgas e melecinas quitáronle la cuartana, pensando le facer bien, en tal manera, que tornó á recaer, estando en el monasterie del Abrojo, que es cerca de Valladolid, orilla del Duero, que se amorteció este rey e despues tornó en sí e fué llevado á Valladolid. El cual finó en ella, lunes en la noche, víspera de Santa María Madalena, que se contaron veinte e dos dias de Julio que amaneció finado del año del nascimiento del Nuestro Señor Jesucristo de mil e cuatrocientos e cincuenta e cuatro años. E otro dia de mañana, con grandes llantos que por él fueron fechos en su Corte, así por el dicho príncipe, don Enrique, su fijo, como por los otros grandes omes e perlados que en su Córte estauan, lo levaron á sepultar muy onrrada mente como á tal señor, como á él pertenescía, al monasterio de Sant Pablo de la dicha villa de Valladolid, cerca del altar mayor. E estovo ende fasta que otro año fué llevado su cuerpo al monasterio de Miraflores, que el rey don Enrique, su padre, tenia fechos palacios, porque este rey don Juan lo fizo monasterio de frailes de la Cartuja, el cual está allí sepultado muy onrrada mente como á tal rey e señor como á él pertenescía.

E Nuestro Señor Dios lo quiera perdonar como á noble rey, e santo, e católico que él era. Amén.

E este rey don Juan, en su tiempo, tomó la devisa de la Banda, e fízola poner en las doblas de la Banda castellanas que él fizo; e otrosy en sus banderas e guarniciones traia la devisa de los ristres, la cual envencion traia, porque estos reyes e infantes, sus cormanos, la erraron, que queria decir: *errestes*.

FINITO LIBRO

DEO GRATIAS.

HISTORIA DE LOS HECHOS

DE

DON RODRIGO PONCE DE LEON

MARQUÉS DE CADIZ

(1443—1488).

(Bibl.ª nac.l G.—142).

HISTORIA DE LOS HECHOS

DEL

MARQUÉS DE CÁDIZ

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . (1) y grande merescimiento, los reyes de Castilla le ficieron de ello merced, e aun en tiempo del rey don Enrique, de gloriosa memoria, (santo paraíso haya su ánima), fué visorrey en estos reynos de Castilla, yendo su alteza á Navarra, e le dió tan grandes poderes como su real persona y estado tenia, y dió tan buena cuenta de sí, que durante el tiempo que el rey vino, puesto que algunas divisiones habia entre algunos grandes del reyno, el marqués los puso en mucha paz y concordia. Ca como quiera que era caballero, mancebo de pocos dias, era tan virtuoso y de tan limpia crianza, y sus fechos tan reposados como de caballero anciano, cuerdo y de buen seso, y por esto deben mucho mirar los que despues dél vinieren sostengan la honrra que sus antecesores dejaron.

AQUÍ COMIENZA LA TABLA Y ORDENACION

DEL PROEMIO E CAPÍTULOS DE ESTE LIBRO.

Porque como quiera que los muy serenísimos rey y reyna, nuestros señores, el muy magnífico señor rey don Fernando y la muy esclarecida señora reyna doña Isabel, reyes y señores de los reynos de Castilla, Aragon y Cecilia, elegidos, alumbrados y enviados por la gracia del Espíritu Santo para ejecutar su justicia y ensalzar la santa Fé Católica, acatando los muy grandes y señalados servicios que el honrrado y leal y muy esforzado caballero el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de

(1) Así empieza este manuscrito, falto de la primera hoja en que acaso constaría el nombre del autor. (*N. d. E.*)

e deliberadamente sus altezas hayan mandado á sus coronistas Leon, siempre fizo y procuró la honrra y estado de la corona real, que todos los nobles y virtuosos hechos del marqués de Cádiz, pongan y asienten en su Corónica real, porque igualmente goce con sus altezas en las cosas santas y virtuosas, porque para siempre de él quede esclarecida memoria, y á causa de su gran merescimiento, su linaje mucho resplandezca, e porque en todos sus fechos acabadamente fué muy notable caballero, es muy gran razon que todos los reyes, príncipes, cuantos serán hasta la fin del mundo en los reynos de Castilla, usando de sus autorizadas virtudes y grandeza, queden en esta deuda y obligacion; honrar y noblecer la casa de Leon, como sea cosa tan acostumbrada á los nobles y virtuosos reyes dar buen galardon á los que bien y lealmente les sirven, no pudiendo negar la libertad y franqueza de su grande estado y corona real, segun dice el Aristótiles que á los reyes conviene ser francos, porque saben que les no tiene de faltar.

¡Oh qué gloria y alabanza infinita, todas las generaciones del mundo cada dia deben dar á aquel inmenso todo poderoso Dios eterno, por cuantos bienes y mercedes de su santísima bondad todo el linaje humano continuamente recibimos! Esto no por nuestros merescimientos, segun la muchedumbre de los nuestros pecados, mas por su gloriosa Pasion, que le place usar de tanta misericordia con nosotros. E cosa muy cierta es que el mundo ovo principio, y conviene de necesario que haya fin. Y dicen los Santos bienaventurados que en la gloria de Dios están, que por cuanto las criaturas razonables non han usado limpiamente del libre albedrío que Dios á cada una dió para que por sus obras se salven ó condenen, e no tan solamente en esto sólo será la paga en el paraiso, gloria ó pena en el infierno, en los cuerpos e ánimas, mas quiere que por los muy grandes y feos pecados de todas las gentes, así moros como judíos, herejes e malos cristianos todos, sean bien castigados, e los buenos e católicos queden apurados; que David dice en el psalmo:—Señor, la mi ánima siempre es en las mis manos, yo la puedo condenar ó la puedo salvar.

Jesucristo dice en el Evangelio:—Amigo, yo te fice á tí, sin tí; mas sepas que no te puedo salvar sin tí. E cosa muy averiguada es que la voluntad es enemiga del seso, e los prudentes han mucho de trabajar con todas sus fuerzas por la señorear y resistir, porque en esto está todo el merescimiento de la salvacion. Séneca dice que los grandes señores non son llamados grandes por sus muchas villas e castillos; mas por ser acompañados de muchos tesoros de grandísimas virtudes y bondades, e siendo muy obedientes á Dios Nuestro Señor y á sus reyes naturales; e aun por las tales virtudes, aunque pobres de los bienes de fortuna, merescieron algunos ser buscados, rogados y llamados para ser Emperadores, así como Trajano, Scipion e otros tales. E muchas veces, pasando tiempo con el sentido, he mirado el grandísimo descanso que todas las gentes resciben, algunos en leer y otros en oir las historias de los romanos e troyanos. E aquí podemos decir algo de tan esforzados caballeros romanos, que por fama e honrra de la república, y por favorecer sus dioses mentirosos, cabalgaban en muy especiales caballos, con ricos paramentos de brocados de diversas maneras, e muy lindas armas e atavíos, e varonilmente se osaban lanzar, unos en un lago de agua muy profunda e muy temerosa, e otros en una sima grande, de mucha fondura, ardiendo á llamas muy encendidas, e cosa de muy grande espanto. Pues ¿quién podria acabar de decir de tanta gentileza y polecia de tantos y tan esforzados varones, caballeros troyanos, el rey Priamo, don Ector, Paris, Achiles, Anibal, Peles, Pompeo e Jason, Ercoles e Gedeon en España, de tan grandes osadías, valentías, desafíos e muchas infinitas batallas, de tanta destruicion e mortandad de gentes, sin provecho de bien ninguno, donde las ánimas e cuerpos para siempre perecieron? Este Ercoles, el grande, vino en las Españas con gran flota de naos y muy acompañado de nobles y ricas gentes, despues de haber acabado muy grandes y hazañosas cosas en el mundo, y fué muy noble y muy esforzado, piadoso y amador de la justicia. Gedeon fué rey muy codicioso y cruel, y era jigante, y él se habia tanto mal en la gobernacion de las gentes de su reyno, que vinieron muchas de ellas, de las más principales, delante de Ercoles, quejándose de Gedeon, de las grandes crueldades y tira-

nías que les facía, pidiéndole por merced les quisiese librar de tan gran cativerio y que todos querian ser sus vasallos y tomarlo por rey y por señor. Y oida Ercoles la queja de los españoles, movido á gran virtud y compasion, vistas tantas querellas, con animoso corazon, doliéndose de ellos, juntó muy grandes gentes, asi de los suyos como de las gentes de España que para él se vinieron, y fué á buscar al cruel Gedeon, el cual estaba en aquella parte donde Mérida es agora poblada, e como supo la venida de Ercoles, mandó llamar cuantas gentes más pudo, e esperólo en el campo; e como Ercoles viese tan gran muchedumbre de gentes, así de su parte como de su adversario, doliéndose de las gentes que en la batalla podian perecer, envió decir á Gedeon le pluguiese no dar lugar á su cabsa tanta gente muriese, mas que solamente de su persona á la suya lo combatiese, á condicion que el que oviese la victoria, quedase por señor de la tierra. Y Gedeon, confiando en su gran fuerza, valiente y de gran cuerpo, no mirando al soberano Dios cómo derriba tan presto á los soberbios y da victoria á los humildes, fué contento, y pelearon tres dias antes que se conociese quién sería vencedor, e al fin Ercoles llevó la victoria y le cortó la cabeza, y en el campo donde fué la batalla, mandó facer una gran torre, y debajo de la primera piedra del cimiento mandó poner la cabeza de Gedeon, e allí pobló la cibdad que agora se llama Mérida, y toda la comarca ribera del Guadiana. De otras grandes victorias e infinitas batallas que Ercoles ovo, e muchas tierras que pobló, no queremos más decir. ¡Oh qué descanso será de contar de tan santísimos y esclarecidos reyes de gloriosas memorias, y muy nobles y virtuosos caballeros que tanto resplandecen ante el acatamiento de Dios, defendiendo y ensalzando la Santa Fé Católica contra los moros e infieles enemigos de la fé de Jesucristo, así como el muy magnífico rey don Fernando, que ganó á Sevilla dia de San Clemeynte, e la víspera antes de su fiesta en la noche le apareció Nuestra Señora la Virgen María, e le puso las llaves de la cibdad en su mano, e lo metió dentro, y este santísimo rey, envebido ante su imagen con muy devota oracion, al tiempo de su partida, olvidóse su espada, e otro dia por la mañana, el rey moro se la envió, pi-

diendo por merced á su alteza les quisiese relevar las vidas, porque su señoría tenia fecho voto de los meter todos á espada, y él, usando de su gran virtud y clemencia, como noble rey, otorgóselo. Este rey bien aventurado ganó á Córdoba e la mayor parte del Andalucía, e ovo muchas otras victorias contra los moros. ¡Oh rey don Alonso, fijo de este santo rey don Fernando, que fué elegido por Emperador en Roma! Este fizo las Siete Partidas, y la General Estoria, y el Libro del Tesoro, e las Tablas Alfonsíes que hoy se leen en los estudios generales, e por la fama de su gran nobleza e saber, le eligieron por Emperador. Este noble rey don Alonso casó con doña Violante, fija del rey don Jaime de Aragon, e ganó la cibdad de Jerez dos veces por fuerza de armas, e ganó á Carmona, e á Ecija, e la villa de Niebla, e muchos otros castillos de moros, e recobró el reyno de Murcia. Pues agora vengamos á los nobles y virtuosos caballeros, así como el buen conde Fernand Gonzalez, que fué tan cristianísimo y tan esforzado caballero, que despues de la destruycion de España, fizo cosas maravillosas que serían luengas de contar, contra los moros infieles, faciendo en ellos grande destruycion; e tres veces venció al rey Almanzor en batallas campales, e le mató infinitos moros. ¿Pues qué diremos del santísimo caballero Cid Ruy Diaz, que dejando otros muchos vencimientos que en los moros fizo en su vida, e tovo quince reyes moros por vasallos? Despues de su fallecimiento, venció treinta e dos reyes en una batalla en que habia sesenta mil de caballo, e doscientos mil moros de pié, con mil e seiscientos de caballo, e cinco mil peones, y por su gran merescimiento, el noble rey don Alonso en las córtes de Toledo donde vino el Cid Ruy Diaz, e los Condes de Carrion, sus yernos, mandó que la silla ó escaño del Cid Ruy Diaz siempre fuese puesta junta con la de los reyes, porque allende de ser muy leal á la corona real, venció y prendió muchos reyes moros y cristianos. Otrosy no es de dejar en olvido el bienaventurado maestre de Santiago don Pelaez Correa, que tanto floreció favoreciendo la fé de Jesucristo, que yendo un dia en pos de los moros con muy poca gente, e los moros eran gran número de ellos de caballo, e de pié, e como él se fallase ya puesto encima de la sierra de Santa María de Tudia, e viese tan gran morería, e

como el dia fuese ya pasada la mayor parte dél, que ya era tarde, e su gana era grande de pelear con los moros, e como él era devoto de Nuestra Señora la Virgen María, él se apartó un poco de sus caballeros, e puso las rodillas en tierra junto con una peña blanca que parecia cristal, e con muchas lágrimas, fizo una muy devota oracion, los ojos y manos levantados contra el cielo, e dijo:—¡Oh Señora Virgen María, por reverencia y acatamiento de tu limpieza y Santísima Virginidad, detén hoy este dia y dános vencimiento contra estos enemigos, porque el nombre de Jesucristo por todas las generaciones del mundo sea loado! E la oracion acabada, segun cuenta su corónica, el sol estobo quedo tres horas e media, y luego el maestre se vino á sus caballeros muy alegremente, e comenzólos mucho á esforzar, e díxoles:—Ea, cablleros, que hoy es nuestro dia. E todos con grande alegría se fueron contra los moros, peleando muy bravamente, e venció toda la morería, e siguiendo el alcance, mató infinitos de ellos. ¿Pues quién podría acabar de contar de otros muchos, buenos y esforzados caballeros que ficieron muchas nobles cosas contra los moros, favoreciendo la fé de Jesucristo?

Con los cuales merece ser mentado e acompañado el muy noble y virtuoso caballero el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, así como honrrado y leal caballero á Dios, Nuestro Señor, y á la corona real, asentado en una muy rica silla, toda de oro, bordada con muchas perlas, y esmaltes, rubíes y diamantes cercada, porque su memoria y gloriosa fama para siempre en todas las naciones del mundo sea mentada. Suplicando á la Santísima Trinidad mi flaco entendimiento lo quiera alumbrar, porque esta breve escriptura sin la su ayuda non se puede acabar, y pidiendo por merced á todos los discretos, si alguna falta en mi decir á sus entendimientos pareciere, la corrijan y enmienden, y resciban mi buen deseo, gana y razon que me movió, sin ser rogado, nin tener necesidad, ni otro conoscimiento de mercedes que por ello rescibiese, salvo de mi propia voluntad, sojudgado á una virtud que los fijosdalgo son obligados con todas sus fuerzas procurar la honrra y memoria de los nobles caballeros, porque su virtuosa fama no perezca, mas antes sea acrecentada en los cora-

zones de los buenos, y sus grandes y famosas virtudes me dieron cabsa haber de dezir y recontar de los fechos virtuosos de este tan noble y tan esforzado caballero, segund más largamente por su estoria adelante parescerá. Y así podemos bien decir por el marqués de Cádiz, el segundo y buen conde Fernando Gonzalez, y segundo y santísimo caballero Cid Ruy Diaz, pues que averiguadamente, y fablando toda la verdad, tan nobles y tan esforzadas cosas de él podemos contar, de sus grandes victorias y vencimientos que en los moros fizo, favoreciendo y ensalzando la Santa Fé Católica, y porque todos sus fechos fueron de caballero entero, muy varon, y con gran seso y esforzado corazon y manos, no podemos tanto bien decir que de mucho más no tenga merescimiento, segund sus grandes virtudes.

CAPITULO PRIMERO.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, FUÉ FIJO LEGÍTIMO DEL CONDE DON JUAN PONCE DE LEON, CONDE DE LA CIBDAD DE ARCOS.

Este marques de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, fué fijo legítimo del muy magnífico, honrrado y noble caballero, el conde don Juan Ponce de Leon, conde de Arcos. ¡Santa gloria haya su ánima! Y como quiera que el conde don Juan toviese otros muchos fijos, todos muy nobles y virtuosos, mas en su corazon no habia cosa que él tanto amase como á este don Rodrigo Ponce de Leon, por mucha limpieza, bondades y virtudes que de él conoscia, porque desde su niñez y juventud, siempre se levantó cortés, muy gracioso y de gentil crianza, y muy humilde al mandamiento del conde, su padre, tanto, que jamás alzase los ojos ni respondiese palabra en que el conde, su padre, enojo de él rescibiese por cosa que le dijese ó mandase; mas con aquella cara de alegría y mucha vergüenza, siempre le acataba y le obedescia, como sea cosa muy agradable ante el acatamiento de Nuestro Señor la humildad, porque los obedientes al padre e á la madre, siempre fueron y serán honrrados. Ejemplo en Nuestro Redentor Jesucristo, que fué tan obediente á Dios Padre y á Nuestra Señora la Vírgen María su

bendita Madre, en lo cual todos mucho debemos mirar para dar limpia cuenta cuando nos será demandado.

Y este marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, entre otras muchas virtudes, tovo una muy señalada, que desde edad de nueve años siempre ayunó los dias de Nuestra Señora la Vírgen María, la cual mucho le acorrió en los tiempos que más la ovo menester. E fué tanto loada la fama de este tan noble caballero por todas las partidas del mundo, que fué cosa de gran maravilla el amor que todas las gentes le tenian y deseaban lo mucho ver todos los que le non conoscian. Y pues que plugo á Dios Nuestro Señor darle tan especiales gracias á él, plega por su Santísima Pasion en el fin de sus dias con sus coros de ángeles levarlo á su santa gloria eternal.

CAPITULO II.

QUE FABLA QUALES FUERON LOS REYES Y CABALLEROS MÁS PRINCIPALES EN LAS ESPAÑAS QUE, DESTRUYENDO LOS MOROS INFIELES, FAVORECIERON LA SANTA FÉ CATÓLICA.

Agora digamos alguna cosa de los reyes de los godos. En el año de la Encarnacion de Nuestro Señor de trescientos e cuarenta e tres años, reynó Atanarico, que fué el primero rey de los godos en España, e reynó trece años, e despues de la muerte de este rey, estovieron los godos sin rey veinte y seis años, otros dicen que veinte y tres, debajo del señorío de los Emperadores Teodosio e Graciano; e en este tiempo los judíos redificaron el templo de Salomon en Jerusalem, e por un gran terremoto fué derribado en una hora, e asimesmo fué dada libertad á los franceses por los romanos, porque les ayudasen contra los alanos. En este mesmo tiempo, el Papa Damaceno ordenó que el Credo se dijiese los domingos e fiestas principales. E despues de este rey, ovo otro rey que llamaron Alarico, e comenzó á reynar en el año de la Encarnacion de trescientos e ochenta e cinco años, e reynó veinte e seis años, y fué muy esforzado e muy franco, el cual tomó por fuerza de armas la ciudad de Roma, e la metió á saco mano. E acaeció que un caballero godo tomó ciertas joyas de

oro e plata de la iglesia de San Pedro e San Pablo, e como este noble rey lo sapiese, mandógelas luego tornar con gran reverencia y solemnidad, diciendo: *A los romanos vine yo á facer guerra, que non á los Apóstoles.* E fué tomada Roma por este rey Alarico, de los godos, á mil e ciento e sesenta e cuatro años de cuando fuera ensanchada por Rómulo e llamada Roma; e dende á pocos dias el rey Alarico murió, e fué mucho llorado por los godos y españoles, e fuéle fecha una sepoltura la más extraña que antes ni despues se fizo á príncipe del mundo, desta guisa: Que los moros sacaron de madre un gran rio llamado Varisio, y en medio de él cavaron muy fondo, e labraron una sepoltura muy rica de oro, e guarneciéronla de piedras preciosas, y enterráronlo, e cubriéronlo bien, y tornaron el agua por do solia; y porque esto no se supiese, mataron los maestros que esta sepoltura ficieron. Otros muy grandes y muy esforzados reyes de los godos fueron despues que ficieron muy grandes cosas, e ovieron grandes victorias en muchas batallas e conquistas que con diversas gentes tovieron guerras. ¡Oh desdicha tan fuerte! ¡Oh pérdida tan dolorida! ¡Oh tan desastrada fortuna! Un rey tan grande y tan poderoso, tan riquísimo y tan esforzado y de tan florecido linaje como fué el rey don Rodrigo, el postrimero rey de los godos en España, y por un pecado tan humano, el cual non alabo, que pudiera ser sofrido y callado, ó rescebida enmienda, que fuera bien satisfecho en otras maneras honestas. ¡Oh mujer mal aventurada! ¡Oh conde Julian! ¡Oh entrañas tan crueles. ¡Oh corazones tan duros que quesistes dar tan gran cabsa de tanto cabtiverio, mortandat y destruicion en todas las Españas, de tantas gentes, hombres e mujeres y criaturas cristianas! Vuestras ánimas deben ser perdidas en los infiernos.

Y el rey don Rodrigo tenemos por muy cierto él fizo su penitencia con gran conoscimiento y humildad, por la cual Dios, usando de su infinita misericordia, milagrosamente al tiempo de su fallecimiento se doblaron las campanas en la cibdad de Viseo donde está sepultado. En que parece su ánima ser en aquella gloria y bienaventuranza de paraiso; porque ninguno no despere, mas que con gran fé y esperanza, con lágrimas, contriccion y arrepentimiento, satisfaciendo sus pecados todos le serán perdonados. ¡Oh virtud

infinita de tan gran merescimiento! ¡Oh limpieza tan escelente por la cual la Santísima Trinidad determinó en su divina sabiduría enviar su precioso hijo Jesucristo, nuestro redentor, á encarnar en Nuestra Señora la Virgen María, y por merescimiento de su grande humildad fué alumbrada y preservada por la gracia del Espíritu Santo, la cual concibió y parió el verbo divinal, estando virgen antes del parto, y en el parto y despues del parto! Sant Bernaldo dice en un libro que se llama *Vergel de consolacion*, que la gran castidad, hermana es de la virgidad y cosa de gran maravilla; y es espejo de santidad y fermosura del alma, y es claridad y apostura del cuerpo, es honrra y limpieza de Jesucristo y de Nuestra Señora la Virgen María. Sant Agostin dice que la castidad es imágen de Dios. ¡Oh bien aventurados los que tanto pudieron acabar con su voluntad que en el deseo y en la obra sean limpios y fuertes, batallando con aquel malvado enemigo que siempre procura, por cuantas maneras y engaños puede, traernos á perdicion!

Y tornando á nuestro propósito: ¿Cuáles fueron los más principales reyes y caballeros de gloriosas memorias que más favorecieron la Santa Fé Católica destruyendo los moros infieles despues de la destruicion de España, que fué en el año de setecientos e veinte años?

El primero, el bien aventurado rey don Pelayo, que fué el primero rey cristiano que ovo en España despues desta destruicion, e fué hijo del duque don Favila de Cantabria. Este reinó catorce años, e fizo Dios muy señalados milagros por él, e ovo muy grandes victorias contra los moros, y les ganó la cibdad de Leon, e las villas de Rueda, e Mansilla, e Cangas e Tineo, e todos los castillos e lugares de su comarca.

Otrosy el rey don Alonso el Católico, fijo del duque don Pedro de Cantabria, yerno del rey don Favila, el cual reinó diez e nueve años, e fué muy noble rey e muy feroz y espantable contra los moros enemigos de la Santa Fé Católica; e ovo con ellos grandes batallas, en las cuales siempre llevó la victoria, e ganóles toda tierra de Campos e toda Castilla Vieja, e Alba, e Orduña, e todo lo que los moros tenian ganado en las montañas, e toda Navarra hasta los montes Pirineos, e ganó en Portogal la cibdad del Puerto, e á Braga,

e á Viseo, e otras muchas cibdades e villas, e tomó por fuerza de armas en el reyno de Leon á Zamora, e á Toro, e á Salamanca, e á Ledesma, e á Simancas, e á Dueñas, e Saldaña, e á Miranda, e Segovia, e Avila, e Osma, e Cuéllar, e Sepúlveda, e otros muchos lugares e fortalezas, e prendió e mató todos los moros que en ellas falló. Este noble rey reparó todas las iglesias que los moros destruyeron en España, e fizo otras muchas nobles cosas. El rey don Fruela fué fijo deste noble rey don Alonso el Católico, e reynó trece años. Este rey mandó en el comienzo de su reynado que los clérigos viviesen castamente e no toviesen mujer ninguna, porque del tiempo del malvado rey Vitisa habia quedado esta mala costumbre de tener todos cuantas mujeres quisiesen. Este noble rey venció una gran batalla que ovo con el rey Iucef de Córdoba, en la cual murieron cincuenta mil moros, e fué muy noble rey.

El rey don Bermudo, nieto del rey don Alonso el Católico, reinó dos años, e acordósele que habia rescebido orden de Evangelio, e que, sin cargo de conciencia, no podia facer guerra ni justicia, y envió por su sobrino el rey don Alonso, que fué llamado el Casto, e dióle el reyno de buena voluntad; e como quiera que el rey don Alonso gobernaba el reyno cuatro años que vivió don Bermudo, siempre fué acatado y honrrado como rey. Este rey don Alonso venció á un moro muy poderoso llamado Magayo, que entró en España con gran gente de alárabes, e la mayor parte de los moros fueron presos y muertos. Este rey don Alonso el Casto fué hombre de muy limpia e santa vida, e nunca quiso haber ayuntamiento á mujer. Fué muy piadoso, e muy franco, e muy esforzado, e ovo muchas batallas con los moros e les ganó muchos lugares.

El rey don Ramiro, el primero de este nombre, fué fijo del rey don Bermudo, e reinó seis años y nueve meses. E como los moros supieron que el rey don Ramiro reinaba, enviáronle decir que si queria tener paz con ellos, que les diese cada año cient doncellas cristianas, las cincuenta fijas dalgo, e las cincuenta cibdadanas, como las daba el rey Mauregato. E de la tal embajada el rey ovo muy grande enojo, e mandó juntar todos los grandes de su reino, e contóles lo que los moros le enviaban decir, e cada uno dijo su parecer, e desque todos ovieron fablado, el rey les dijo:—

Perlados e ricos omes y caballeros que aquí estades: quiero vos decir mi determinada voluntad, la cual es, que antes sofriré perder el reino e la vida con él, que facer tan grande enemiga e injuria tan conocida á toda la cristiandad. Por ende, todo ome apreste las manos, que en defensa de aquesto yo quiero ser el primero. E todos respondieron que farian lo que su merced mandaba, e despidió los moros, e juntó grandes gentes, e fué correr tierra de moros, e llegó fasta Nájera destruyendo e quemando todos los lugares de moros que falló. E cuando los moros lo supieron, vinieron con grandes gentes contra él, e como el rey don Ramiro vido tan gran multitud de moros, e como ya era noche, no se pudo dar la batalla; e toda esa noche el rey e sus gentes estovieron en muy devota oracion suplicando á Nuestro Señor les ayudase contra la muchedumbre de sus enemigos; e el rey estando así, adormecióse, e aparecióle el Apóstol Santiago, e le dijo:—Esfuérzate, rey; non temas el gran poder de tus enemigos, que mucho mayor es el de Dios. Sepas que yo só Jacobo el Apóstol, que Nuestro Señor Jesucristo me encomendó la guarda de las Españas, y vengo á te ayudar, pues que ya los pecados de ella son purgados por sangre. Por ende levántate y llama tu grey y esfuérzala, y manda que todos confiesen e oigan misa, y diles que sin temor entren en la batalla, que ahí me verán delante en un caballo blanco y en la mano una señal de la cruz ✠, y que fieran sin temor en los enemigos, llamando á Dios e á mi nombre, e sean ciertos que serán vencedores. E para los que aquí murieren, Nuestro Señor les tiene aparejado el reyno del cielo, e á los otros reyes, ricos e honrrados e vencedores. Y el noble rey don Ramiro se levantó con grande alegría y esforzó todos sus caballeros y gentes, y dió la batalla y la venció, y murieron sesenta mil moros y muy pocos cristianos. E el rey don Ramiro tomó luego á Calahorra y todos los lugares y castillos de su comarca, y prendió e mató todos los moros que ende falló, y volvióse á Leon con mucha honrra y grandes despojos. E así quitó este rey el tributo de las cient doncellas que llevaban los moros del reyno de Leon, y fizo otras muy santas, piadosas e maravillosas cosas.

El rey don Alonso el Magno, fijo del rey don Ordoño, reinó

cuarenta e seis años, e ovo en la reyna doña Ximena, su mujer, cuatro fijos que fueron llamados don García, e don Fruela, e don Ordoño, e don Gonzalo. Fué muy noble y virtuoso, franco y muy esforzado, e muy gracioso e piadoso á los suyos, e fizo gran destruccion en los moros, e les venció grandes batallas, en que fueron muertos más de cient mil moros, e fizo otras muy santas y virtuosas obras.

El rey don Ordoño, fijo deste noble rey don Alonso, reinó ocho años e seis meses, e ovo una gran batalla sobre Talavera, teniéndola cercada con el rey moro de Córdoba que vino sobre él con grandes huestes, e dada la batalla, venció toda la morería y mató infinitos de ellos, y prendió al rey moro e tomó la villa por fuerza de armas, e mató e prendió todos cuantos moros falló, e ovo gran gloria e muchos tesoros.

El rey don Ramiro, segundo deste nombre, reynó diez e nueve años, fué muy noble y muy virtuoso y acabado rey en todas virtudes y obras piadosas, e fizo muy cruel guerra á los moros y les venció muchas batallas, entre las cuales en la una de ellas murieron ochenta mil moros e fué preso el señor de Zaragoza e otros muchos con él; y el rey Aduramen de Córdoba escapó fuyendo con fasta veinte de caballo, e llevó de ellos muy gran despojo e riqueza.

El rey don Fernando, fijo de don Sancho el Mayor de Navarra, comenzó á reynar en Castilla y en Leon en el año del Señor de mil e diez e siete años, e reynó once años, e ovo el reyno de Castilla por parte de su madre, que fué fija del rey don Sancho, e el reyno de Leon por su mujer doña Sancha, hermana del rey don Bermudo. Este rey don Fernando fué muy franco, gracioso y muy esforzado e muy devoto, e criaba en su casa todos los fijos de los caballeros que en su tiempo morian. Este rey ovo tres fijos. El primero llamado don Sancho; el segundo, don Alonso; el tercero, don García; e ovo dos fijas; doña Urraca e doña Elvira. A este rey bien aventurado le apareció Santiago armado en un caballo blanco estando sobre Coymbra, e lo metió dentro milagrosamente, le abrió las puertas e tomó la cibdad. E allí armó este rey caballero á Rodrigo de Vivar en la mezquita mayor, e mandólo llamar Ruy Diaz, e ciñóle el espada, e dióle paz en la boca, e no le dió bofetada como era

costumbre, mas dióle con el espada en el ombro, e mandóle que tomase el espada e que de su mano armase nueve caballeros, e así los armó. E desde Coymbra el rey se volvió á Santiago, e tovo ende novenas, e fizo grandes ofrendas, e volvióse á Castilla, e tomó á Orgaz e otros castillos donde los moros facian gran daño, e derribóles las torres de las atalayas e tomó á Guadalajara, e allí vino el rey de Toledo con grandes presentes, e se le ofreció por vasallo, e fué destruyendo toda la tierra de los moros, e el rey de Sevilla se le ofreció por vasallo, e le dió grandes parias e ovo otras grandes victorias. Este rey fizo la iglesia mayor de Leon, y no sé quién pudiese acabar de dezir tantos nobles fechos como este noble rey fizo. El rey don Alonso, fijo del conde don Remon de Tolosa e de la reyna doña Urraca, nieta del emperador don Alonso, que ganó á Toledo e fué coronado en Toledo por Emperador, e reynó cincuenta años. Este rey fué muy noble, muy católico, muy franco y muy esforzado, e ovo muchas batallas con los moros, e siempre fué vencedor e les ganó muchos lugares.

El rey don Sancho, el deseado y bien aventurado, fué casado en vida del Emperador su padre con doña Blanca, fija del rey don García de Navarra. Este rey don Sancho fizo tantas obras virtuosas e usó de tanta justicia, que por todos fué llamado padre de los pobres e amigo de los religiosos, defensor de las viudas, tutor de los huérfanos, e derecho juez de las gentes. Fue tan franco, tan humano, que de todos fué mucho amado, e fizo otras muchas nobles piadosas cosas.

El rey don Alonso, fijo del rey don Sancho el deseado, comenzó á reynar en el año de mil ciento sesenta años; e reinó cincuenta e tres años. Este bien aventurado rey venció la batalla de las Navas de Tolosa, á la cual vinieron Santiago y Sant Estacio y Sant Jorge á le ayudar, por mandado de Dios, e Santiago le apareció, e fueron vistos en la batalla, e los moros fueron vencidos e muertos y presos gran número de ellos. Este noble rey venció otras batallas á los moros y les ganó muchas tierras, y fizo otros santísimos fechos.

El rey santísimo don Fernando, que ganó á Sevilla, comenzó á reynar en el año del Señor de mil e doscientos e diez e seis años, e reynó treinta e cinco años. Este noble y santo rey venció y desba-

rató muchas batallas á los moros y les ganó á Córdoba y á Jaen y otras muchas tierras. Fué muy devoto de Nuestra Señora la Virgen María, y amador de la justicia, y acabado en todas las virtudes.

El rey don Alonso el Sabio, fijo de este santo rey don Fernando, comenzó á reynar en el año del Señor de mil e doscientos e cincuenta e dos años. Este noble rey fizo muchas cosas maravillosas, ensalzando la Santa Fé Católica, segun dicho avemos en el prohemio de este libro.

¡Oh bien aventurado rey don Fernando, rey e señor de los reynos de Castilla, Aragon e Cecilia, fijo del noble rey don Juan, rey de Aragon! Este noble rey comenzó á reynar en el año del Señor, de mil e cuatrocientos e setenta años, e reynó . . . . . (1) años. Este rey fué muy virtuoso y amador de la justicia, e como católico cristiano, tovo una muy santa costumbre. Él confesaba e comulgaba muchas veces en el año con grandísima reverencia y lágrimas de sus ojos. Fué muy piadoso, e habia gran compasion de la gente cuando vía venir algunos feridos de los suyos, combatiendo algunas villas y fortalezas; pesábale mucho de ello, y mucho más cuando alguno moria. Y de esta cabsa siempre en las guerras que fazia traia en su hueste un espital, fecho de ricas tiendas, en el cual traia capellanes que contino dijesen misa e confesasen los feridos y enfermos, e físicos e cirugianos que los curasen, con muy gran complimiento de todas las cosas que para ello menester fuesen, así de medicinas como de todos los otros mantenimientos, e hombres e mujeres, cuantos menester eran para el servicio de todo. Este noble rey ovo siempre grandes victorias, e ganó el reyno de Granada por fuerza de armas, que sus ingenios, petrechos y artillerías eran tantos y de tal manera ordenados, y sus cosas tan complidas y abastadas, que para los haber de llevar á las fortalezas, villas e cibdades que habia de poner cerco, eran menester cuatro mil carretas e ocho ó diez mil yuntas de bueyes. Y este tan virtuoso rey casó con la muy esclarecida reyna doña Isabel, fija del rey don Juan, que fué rey de los reynos de Castilla; muy noble, y virtuoso, y justi-

(1) En blanco.

ciero rey, el cual mandó degollar á don Alvaro de Luna, maestre de Santiago, porque era tirano, y por otras justas cabsas complideras á su estado y corona real.

Esta muy serenísima reyna fué cristianísima, muy católica, piadosa, caritativa y de gran corazon, y fundada sobre todo lo bueno, y muy amiga de las obras de Dios y de Nuestra Señora la Virgen María, y procuradora y ensalzadora de la corona real, y ambos juntamente fueron enviados por la mano de Dios para esecutar su justicia y castigar los malos. Ca estos reynos de Castilla estaban usurpados y perdidos, y Sus Altezas los pusieron en gran justicia. E con gran seso y reposo, cuerdamente los tovieron en mucha paz e ficieron gran justicia, quemando y poniendo gran castigo sobre la heregía en todos sus reynos. E todas las otras cosas que estos santísimos reyes y otros nobles reyes ficieron dejamos, porque en sus Corónicas reales se fallará muy complidamente. Y pues que habemos dicho de los santísimos reyes, digamos de los nobles y esforzados caballeros, y aunque busquemos alguno de lueñes tierras, bien parecerá, por sus santas obras. De los duques, el duque don Godufre de Bullon, que fizo cruel guerra á los moros, e mató infinitos de ellos, conquistando la Casa Santa de Jerusalen por la ganar.

De los maestres, don Pelaez Correa, maestre de Santiago, por el cual Dios fizo muchos milagros.

De los condes, el buen conde Fernand Gonzalez, que ovo grandísimas victorias contra los moros e fizo grandes fechos.

De los caballeros, el Santísimo Cid Ruy Diaz, al cual apareció Sant Pedro de Cardeña, el cual le reveló de parte de Dios Nuestro Señor, cómo dende en treinta dias supiese cómo habia de morir, y que despues de su fallecimiento habia de vencer una gran batalla de reyes moros.

De los marqueses, el bien aventurado, noble y esforzado caballero don Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, el cual continuamente fizo guerra cruel á los moros del reyno de Granada, y venció grandes batallas, y nunca fué vencido, e mató e cativó muchos de ellos, y les quemó las villas de Garciago, e Villa Luenga, e les taló muchos panes, huertas, viñas y olivares, e derribóles

muchas torres por el pié, de las cuales facian los moros grandes daños á los cristianos, e les tomó muchas villas y fortalezas. El cual nació en dia muy señalado y bien aventurado y de gran gozo y alegría, que fué dia de la Concepcion de Nuestra Señora la Virgen María, en el año de mil cuatrocientos e cuarenta e tres años. Este noble caballero fué de real generacion de los reyes y casa de Leon, e casó con doña Beatriz, fija de don Juan Pacheco, marqués de Villena, maestre de Santiago, en el tiempo del rey don Enrique, cuya alma santo paraiso haya; el cual rey don Enrique, de gloriosa memoria, siempre amó mucho á este don Rodrigo Ponce de Leon, porque como quiera que él fuese de pocos dias, sus fechos eran tales y tan virtuosos, sentidos y tan bien mirados, que en todo parecía á los cónsules y nobles caballeros romanos, en poder de los cuales todo el bien, honrra y gobernacion del Imperio era confiado. Y por su gran merescimiento y algunos señalados servicios que á Su Alteza habia fecho, le fizo merced de la cibdad de Cádis, y por le dar mayor honrra, marqués de ella. E aprobó tan varonilmente creciendo cada dia en los fechos de la guerra, que él fué la principal cabsa y el medio y el fin de toda la destruicion de los moros y reyno de Granada. Este caballero fué tan humano, franco y muy gracioso, discreto y sabio en todas las cosas, que así por su gran seso como por ser muy esforzado cauallero, fizo siempre sus fechos mucho á su honrra, e por tanto, de todas las cosas que este marqués de Cádis fizo en las cosas del mundo, non queremos aquí facer mencion, porque serian largas de contar, e otras escrituras habrá que fablarán cerca de ello largamente; mas solamente queremos decir de sus grandes victorias y vencimientos que en los moros fizo, favoreciendo y ensalzando la Santa Fé de Jesucristo.

CAPITULO III.

DE LA PRIMERA BATALLA QUE EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, OVO CON LOS MOROS, EN QUE VENCIÓ Y DESBARATÓ AL REY MULIÇA CON TODA LA CASA DE GRANADA.

Sabed, señores, por cierto, que en el año de la Encarnacion de Nuestro Salvador Jesucristo, de mil e cuatrocientos e sesenta e dos años, el muy noble y esforzado caballero don Rodrigo Ponce de Leon, marques de Cádiz, seyendo de edad de diez e ocho años, estando al mandamiento del conde don Juan, su padre, en la su villa de Marchena, su deseo era muy grande de se fallar en alguna batalla peleando contra los moros infieles; y este caballero era muy devoto de Nuestra Señora la Virgen María, secretamente, ante la cual imágen cada dia dos veces él facía una muy devota oracion pidiéndole por merced le quisiese cumplir aquel deseo que tenia. E un dia estando en esta oracion, le apareció Nuestra Señora la Virgen María visiblemente, e le dijo:—¡Oh buen cauallero, devoto mio, sepas por cierto, que mi amado fijo Jesucristo e yo, habemos rescebido tu oracion, y por ser fecha tan contínua y con tan limpio deseo de corazon, te otorgamos que en todas cuantas batallas de moros te fallares, serás vencedor.

E cuando esto oyó el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, quedó con muy grande gozo y alegría, y llorando de sus ojos, las rodillas puestas en tierra, dijo:

¡Oh Señora Virgen María! Cuándo podré yo servir ni merecer á Dios, mi Señor, tanto bien y merced como hoy me es otorgado! E de allí adelante, este noble caballero acrecentó más largamente en su santísima devocion.

En este tiempo habia en esta frontera del Andalucía un especial caballero que llamaban el alcaide Luis de Pernia, el cual era muy esforzado, e ovo grandes victorias contra los moros. Este Luis de Pernia amaba mucho á don Rodrigo Ponce de Leon, y don Rodrigo amaba mucho á él; y este buen caballero Luis de Pernia, como supiese la voluntad y deseo grande del marqués de

Cádiz, supo de cierto cómo el rey Muley Albuhacen con toda la casa de Granada era entrado á correr á tierra de cristianos, y vínose á más andar para don Rodrigo Ponce de Leon, y díjole: Señor don Rodrigo Ponce de Leon, yo soy venido á vos ver y facer reverencia, por quien vos sois y el amor grande que vos yo tengo, e así por vuestro merescimiento como por vuestras grandes virtudes y noblezas, como por ser bien cierto en esto non ser engañado con vuestra merced, vos fago saber que vuestros buenos deseos son cumplidos, que la casa de Granada es entrada á robar e correr esta tierra. E cuando esto oyó el marqués don Rodrigo Ponce de Leon, dió muchas gracias á Dios y á Nuestra Señora la Virgen María, y echóle los brazos encima, e díjole: ¡Oh buen caballero Luis de Pernia! Vos seais muy bien venido, y allende de otros cargos que de vos tenga, agora me teneis fecho muy señalado servicio, para que con mayor gana yo vos faga muchas mercedes. E luego á la hora, don Rodrigo Ponce de Leon se quitó una cadena de oro, e un capellar de grana, e se lo echó encima. E luego el marqués de Cádiz mandó repicar las campanas, e escribió á Moron e á Osuna por la gente de caballo, mientras él aderezaba la su gente de la villa de Marchena, así de caballo como de pié, en que juntó trescientos e setenta de caballo, e quinientos peones, e toda esta gente muy escogida y con buena gana. E como el conde don Juan estoviese en cama de una grande enfermedad, e oyese tanto repicar, preguntó á sus caballeros que por qué repicaban tanto, y ellos respondieron que non sabian. E díjoles el conde: Llamadme luego á don Rodrigo. E luego lo fueron á llamar, e venido, dijo al conde, su padre: Señor, ¿qué manda vuestra merced? Y el conde le respondió: Estó mucho maravillado de tanto repicar, y quiero que me digais la verdad de ello. Y don Rodrigo le respondió: Nunca plega á Dios, señor, que yo niegue la verdad á vuestra merced. Sabed, señor, que el rey de Granada es entrado á correr esta tierra con cuatro mil de caballo, e más de diez mil peones, e como el alcalde Luis de Pernia lo supo, es venido á me lo facer saber, e yo tengo junta la más gente que he podido haber, así de caballo como de pié. A vuestra merced suplico me faga tamaño bien y tan señalada merced, pues que tanto

es servicio de Dios, alegremente me dé licencia, non rescibiendo enojo por ello. E el conde le respondió, aunque asaz flaco estaba: ¡Oh fijo mío, don Rodrigo, id mucho enhorabuena, y fazed como quien sois, y mirad al linaje donde venís, e la bendicion de Dios e la mía vaya con vos! Y don Rodrigo Ponce de Leon con grande alegría, puestas las rodillas en tierra, le besó las manos e se despidió. Esto sería dos horas antes que el sol se pusiese, e luego mandó á todos los caballeros que se ataviasen e ferrasen bien sus caballos, que les non faltase ninguna cosa, e si algo menester oviesen, viniesen á él, que él lo mandaría luego todo complir; e así todos con mucho placer lo pusieron en obra; e todo puesto á punto e aderezado, al tiempo de la partida, que sería entre las ocho y las nueve de la noche, faciendo colacion el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon con su buen caballero Luis de Pernia, le dió un caballo con su jaez muy rico que valia más de cincuenta mil maravedises, e partieron de la villa de Marchena, e tomaron su camino, e andovieron tanto fasta que les amaneció dos leguas desta parte del rio de las Yeguas, sin ser sentidos, e allí reposaron, que habian andado buena jornada, porque la gente e los caballos estoviesen descansados para la pelea que esperaban.

Como quiera que, en llegando, luego mandó el marqués de Cádiz don Rodrigo, con acuerdo de su buen caballero Luis de Pernia, poner ciertas atalayas en tales lugares que ellos pudiesen estar seguros y fuesen avisados cuando menester fuese. E como oviesen ya reposado más de tres horas, mandó cabalgar, e partieron de allí e continuaron su camino fasta llegar al rio de las Yeguas, á donde don Rodrigo Ponce de Leon y su buen caballero Luis de Pernia ovieron su acuerdo y buen consejo cerca de lo que les complia, e acordaron de enviar diez caballeros muy escogidos y que sabian mucho bien la tierra, ca era muy fragosa y de grandes madroñales; e fueron de tal manera, que sin ser sentidos, vieron estar todos los moros bajo de una cuesta en una ladera casi cerca del llano, y miraron muy bien la gente que les parecía, porque los moros estaban quedos e la gente de pié iba con la cabalgada; e vieron estos caballeros del marqués de Cádiz cómo salieron de las batallas del rey moro ciertos caballeros que facian volver la gente de pié, e dende á

poco dejáronla ir con la cabalgada. E como esto vieron estos diez caballeros, acordaron que los seis de ellos fuesen para su señor don Rodrigo Ponce de Leon, para le contar todo lo que habian visto, e que quedasen allí los cuatro para que mirasen lo que entre tanto facian los moros; e ficiéronlo así. E llegados los seis caballeros al marqués de Cádiz, ficiéronle relacion de todo lo que habian visto; con la cual nueva rescibió grandísima alegría, y determinaron de ir pelear con el rey moro y sus gentes, e tomaron su camino y llegaron encima de una ladera de la parte de una torre que era atalaya, á donde salieron al marqués los cuatro caballeros que habian quedado, e dixeron: Ciertamente, señor, nosotros somos sentidos, que grande es el bollicio y remolinar que los moros traen consigo, que fasta agora han mucho reposado, e agora están ordenando sus batallas, y creemos que nos han sentido e se quieren partir, e aquí están cerca tras de esta asomada destos madroñales. E como el marqués esto oyese, fizo su gente dos batallas, e púsose á vista de los moros, que podian estar los unos de los otros cuatro tiros de ballesta. Como los moros vieron la gente, ficiéronse cinco batallas, faciendo rostro que querian pelear. E como esto vido el marqués, dixo: Ea, alcaide Luis de Pernia, encomendémonos á Dios y Santiago, y... á ellos! E respondió Luis de Pernia, e dixo: Catad, señor, que estos moros es muy gruesa gente y nosotros somos pocos, y es tan grande la ventaja que nos tienen, y no querría rescibiésemos alguna mengua e nos perdiésemos, pues estamos á tiempo de nos poder ir á nuestro salvo, y soy cierto que el conde don Juan, vuestro padre, de cualquier desastre que por vos aconteciese, lo que nunca plega á Dios, á mí sería echada toda la culpa, que por mí non se me daría nada. E respondióle don Rodrigo Ponce de Leon:—¡Oh buen caballero Luis de Pernia! ¡Pluguiera agora á Dios mi Señor, y tales palabras de vos nunca oyera! ¿Un caballero tan esforzado como vos, y en tan grandes fechos como vos habeis visto, y siempre ovisteis victoría, y dezisme agora tales palabras y á tal tiempo? Yo os tengo por padre, y delante de estos caballeros y gentes que aquí están, parientes mios, criados y vasallos, yo vos perdono cualquier cosa que de mí aconteciere, y vamos y demos en ellos, ca yo tengo tan gran confianza en Dios Nuestro Señor y en la Virgen María, su bendita Madre,

que hoy seremos vencedores, y mi voluntad determinada es dar la batalla, aunque con menos gente me fallase; y puesto que yo muera, mi muerte habré por bien aventurada, porque soy bien cierto viviré para siempre. E cuando esto oyó el alcayde Luis de Pernia y todos los caballeros y peones, alegráronse tanto y tomaron tan grande esfuerzo, que fué cosa de gran maravilla, porque algunos de ellos habia que estaban con gran temor que non es cosa de pensar, en ver tan gran morería. E respondió Luis de Pernia e díxole:—Señor don Rodrigo Ponce de Leon: yo soy muy alegre de todo lo que tan bien habeis razonado, mostrando tan esforzado corazon y dando tan noble cuenta del linaje donde venís, y creo que al tiempo del menester lo fareis más cumplidamente que decís, como esforzado caballero; y vamos á ellos con la bendicion de Dios, que yo miraré por vos, que sois mancebo y de tan pocos dias, pero creo tanto que sereis hombre entero en las obras. E luego á la hora, el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, dixo:—Agora, caballeros, todos con mucha fé y devocion nos encomendemos á Dios y á Nuestra Señora la Virgen María, que con su ayuda, hoy habremos gran victoria y vencimiento. E luego mandó tocar sus trompetas e atabales, y fué tan grande el gozo y alegría de los caballeros y peones, que con el sonido de las trompetas e atabales, los caballos no podian tener, ni la gente con deseo de ir á pelear. E luego el marqués de Cádiz, con su buen caballero Luis de Pernia, fizo toda su gente una batalla, así de caballo como de pié; fechos todos una piña, juntos acordadamente, se fueron poco á poco contra los moros, puesto su alférez en la delantera un criado suyo, fijo dalgo valiente y muy esforzado, con especiales armas y caballo. E como los moros vieron tan poca gente, ficiéronse todas cinco batallas una, á la luenga, y viniéronlos cercando, por les tomar en medio. E don Rodrigo Ponce de Leon con su buen caballero y gentes, arremetieron muy reciamente por lo más flaco de los moros, con muy grande apellido, todos diciendo *Santiago!* e pasaron de la otra parte firiendo, derribando e matando muchos dellos; e así juntos, dieron otra vuelta sobre los moros, e ficieron en ellos gran destruicion, e volvieron luego juntos con gran vigor e fuerza sobre otra batalla gruesa, e desbaratáronla, e

duró tanto la pelea, que mataron cuatro caballos á don Rodrigo Ponce de Leon, e luego le era dado otro, e volvia á pelear tan bravamente, que parescía un leon; e al postrero caballo que le mataron, se encontró con un valiente moro, e pasóle el moro con su lanza el brazo derecho, y el marqués encontró al moro por la cara que le pasó de la otra parte, e dió con él en tierra, e lo mató; e como quiera que la ferida del marqués fué muy grave, nunca jamás quiso que se la ligasen, tanta era su gana de pelear, fasta que ovo vencido e la sangre por sí le dejó, y nunca se le alteró ni le vino accidente. E como los moros se viesen tanto destrozados y perdidos, comenzaron de fuir, y el marqués de Cádiz con sus caballeros y la otra gente de pie siguiendo el alcance, matando y firiendo en ellos camino de Antequera, fasta que llegaron á la cabalgada e se la tomaron, e allí mataron infinitos moros de pié e aun de caballo, e dieron vuelta con la cabalgada fasta donde fué el vencimiento de la batalla, e allí don Rodrigo Ponce de Leon con su buen caballero Luis de Pernia y gentes, mataron muchos moros de los que quedaron escondidos entre los madroñales. E así todos los moros desbaratados, muertos y vencidos, el marqués, recogida toda su gente, fizo llegar todo el despojo del campo, que fué cosa de gran riqueza, de muchos cativos, e caballos, e ricos jaeces, e otras muchas ricas joyas de gran valor, en especial la bandera del rey moro, que era muy ricamente labrada de oro e seda, e otras tres señas de algunos caballeros principales, como oviesen venido con el rey moro toda la flor de los caballeros de Granada, en que venian el Aliatar e los Abencerrajes, e otras cabeceras de diversos apellidos.

Y todo así recogido, don Rodrigo Ponce de Leon con su buen caballero Luis de Pernia y toda su gente, dieron muchas gracias á Dios por tanta gracia y merced como les habia fecho, e mandó tocar sus trompetas e atabales, e todos con grande alegria tomaron su camino del rio de las Yeguas, la via de Marchena. E yendo por el camino ya cerca del rio de las Yeguas, un poco antes que el sol se pusiese, salió al marqués un peon cristiano que estaba escondido, e díxole en cómo allí cerca del camino en una quebrada, estaba una batalla de moros en que podria haber, á su parecer,

más de trescientos e cincuenta de caballo, los cuales habian muerto e ferido más de doscientos peones que venian de Ecija en socorro, y quedaron azagados, que non pudieron llegar, y que él se habia escondido en una maleza. E luego el marqués ovo consejo con su buen caballero Luis de Pernia, e acordaron de dejar allí la cabalgada con el peonaje, e tomaron aquel peon delante, e llególes á la quebrada donde los moros estaban. Y el marqués envió á Luis de Pernia con cient caballeros y dos trompetas, que fuese á derredor de la quebrada e les tomase la delantera. E como llegó este buen caballero, mandó tocar las trompetas e arremetió con ellos. E los moros peleaban bravamente, como viesen poca gente, y el marqués á muy gran priesa dejóse ir por la quebrada abajo, dando todos los suyos una gran grita, e el sonido e la priesa de las trompetas e atabales era tan grande, que era gran placer de lo ver; e como los moros vieron la bandera del marqués y la gran priesa que traia, desmayaron de tal manera, que pocos escaparon que no fuesen muertos e presos, e si la noche non lo atajara, ninguno de ellos non se fuera, e allí les tomó el marqués otra bandera, e con el gran despojo que de allí ovo, se volvió con toda su gente á donde habia dejado la cabalgada en poder de los peones, los cuales ficieron grandes alegrías, e fízole Dios al marqués señalada merced, que de su gente fueron muy pocos muertos y feridos, y de los moros fueron muertos más de dos mil caballeros, e de los peones más de cinco mil, sin otros muchos feridos e cativos, entre los cuales murieron ciertas cabeceras e hombres muy principales del reyno de Granada; e allí reposó aquella noche, e descansaron e ovieron mucho placer, ca como quiera que grande trabajo oviesen pasado, así el marqués como toda su gente, non lo estimaban en nada, en comparación de la gran victoria que Dios les habia dado.

E allí consintió el marqués que le curasen su brazo, con el cual sin duda firió e motó asaz moros; e mandó que curasen de todos los otros feridos que ahí estaban, ca eran pocos e sin ningund peligro. E otro dia de buena mañana, don Rodrigo Ponce de Leon envió la cabalgada con todo el despojo, e cincuenta caballos con ella, e el peonaje, salvo cincuenta peones que mandó que queda-

sen con él. E mandó á los caballeros que iban con la cabalgada que andoviesen fasta cierto logar, e que allí le esperasen, y el marqués, con su buen caballero Luis de Pernia, e la otra gente, volvieron por los lugares de la matanza, e fallaron muchos caballos e moros que mataron e prendieron, que habian salido de las breñas, e muchas otras cosas que de antenoche no era tiempo de las buscar. E de allí se volvió don Pedro Ponce de Leon con su gente con muy grande alegría, e tomó su camino fasta que llegó á la otra gente que embió con la cabalgada; e allí falló un escudero que le traia nueva cómo el conde don Juan, su padre, estaba en gran peligro de muerte de la enfermedad que él le habia dejado. De la cual nueva rescibió muy gran pesar, e como se oviesen adelantado dos criados suyos por le alegrar al conde, y le demandar albricias de la gran victoria y vencimiento que Dios habia dado á su hijo don Rodrigo Ponce de Leon, e como le acabaron de contar todo lo que habia acontecido, abrió los ojos, que había gran rato que non podía fablar, e alzó las manos dando muchas gracias á Dios, y fué tanto su gozo y alegría, que pareció que non tenia mal ninguno, e mandó dar grandes albricias á los mensajeros, y envió luego el conde otro mensajero á su hijo don Rodrigo Ponce de Leon, faciéndole saber cómo estaba mucho mejor; e venido el mensajero al marqués, que sería á dos leguas de Marchena, e oyó tan alegres nuevas, fizo grandes mercedes al mensajero, dando muchas gracias á Dios por tanto bien como le habia fecho con la salud del conde su padre. E como llegase ya á vista de Marchena, que aun no habia una legua, el conde mandó á todos sus criados e vasallos que todos lo salieran á rescibir muy honradamente, e así lo ficieron todos, faciendo grandes alegrías, así por la salud del conde, su señor, como por la gran victoria que Dios habia dado á su hijo don Rodrigo Ponce de Leon. E así entró el marqués por la villa de Marchena con mucha honrra y ricamente acompañado con muchas trompetas, e atabales, su estandarte tendido delante, e la bandera del rey moro e las otras cuatro señas, todas en pos de la suya, todos con muy gran gozo y alegría, dando muchas gracias á Dios por el vencimiento que le habia dado contra los moros, enemigos de la Santa Fé Católica.

E luego se fué derecho á ver al conde don Juan su padre, y con él sus hermanos, y otros caballeros, y el su buen alcaide Luis de Pernia, y le fizo aquel acatamiento y reverencia que debia, e las rodillas en tierra, le besó las manos, dando muchos loores á Dios por lo fallar en tal disposicion, y el conde le echó los brazos encima, y le dió su bendicion, y se alegró mucho con él y con los otros sus fijos y caballeros, y mandó que todos fuesen luego bien aposentados, e darles muy largamente todas las cosas que menester oviesen, e les ficiesen muchas honrras. E luego otro dia, don Rodrigo Ponce de Leon mandó que toda la cabalgada que á los moros fué tomada, la diesen á sus dueños; e partió muy largamente con los caballeros y peones de la gran presa que habian traido, dando á cada uno segun quien era, de manera que todos fueron muy contentos de él; e así se despidieron, e se fueron á sus casas, y el conde y don Rodrigo Ponce de Leon, su fijo, ficieron muy grandes mercedes al alcayde y buen caballero Luis de Pernia, e despidióse de ellos, e fuése á su casa á la villa de Osuna. Y desta gran victoria y vencimiento que don Rodrigo Ponce de Leon ovo contra los moros fué fecha en el Andalucía muy gran gozo y alegría. E el rey don Enrique cuando lo supo, rescibió grandísimo placer y dió muchas gracias á Dios por la gran victoria que habia dado al marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, al cual el rey mucho amaba, y de allí en adelante creció mucho la honrra y fama deste noble caballero.

CAPITULO IV.

CÓMO LOS MOROS ENTREGARON LA CIBDAD DE GIBRALTAR AL MARQUÉS DE CÁDIZ DON RODRIGO PONCE DE LEON, E DE LAS COSAS QUE ENDE PASARON.

En este mismo año de mil e cuatrocientos e sesenta e dos años, en el mes de Agosto, dia de San Bartolomé, antes que la cibdad de Gibraltar se ganase á los moros, los caballeros de Tarifa e Ximena supieron nueva muy cierta que los caballeros moros de Gibraltar e toda la otra más gente de ella estaba fuera de la cibdad; y esto sabido, los caballeros de Tarifa e Ximena fuéronla á cercar,

e de allí ficiéronlo saber á las cibdades e villas de la comarca que les viniesen á ayudar al cerco. Y luego, como buenos cristianos, socorrieron la cibdad de Xerez, e Medina, e Alcalá de los Gazules, e Arcos. E luego el alcayde de Arcos lo fizo saber al conde don Juan que estaba en Marchena, e los de Medina lo ficieron saber al duque don Juan que estaba en Sevilla. Y luego el conde, como la nueva supiese, cabalgaron él y don Rodrigo Ponce de Leon, su fijo, con la gente de Marchena, e fuéronse la via de Arcos donde se quedó el conde, porque era ya viejo y se habia sentido mal. E el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, siguió la via de Gibraltar con la gente que llevaba de Marchena e Arcos, e nunca paró fasta llegar á Gibraltar, donde falló las gentes de las cibdades e villas suso nombradas en el cerco della. Y como los moros viesen su batalla y bandera y gente tan bien ordenada, e tantas trompetas, e atabales, e viesen cómo todos le facian grande acatamiento, creyeron ser algun caballero de mucho estado. E luego los moros acordaron de se contratar con él para le dar la cibdad e todo lo alto e lo bajo de ella, porque no habia tanta gente de los moros para la poder defender. E los moros, habido su consejo e informados de la fama y nobleza del marqués don Rodrigo Ponce de Leon, vinieron á él un Mahomad Çaban e otros seis moros con él de los más principales de ellos, e ficiéronle reverencia, y el marqués recibiólos mucho bien, e fabló con ellos largamente. E los moros fueron tanto contentos de él, que fué maravilla; e con el concierto que entre don Rodrigo Ponce de Leon e ellos pasó, volvieron á los otros moros; e pasado entre ellos todo su razonamiento, e dicho cada uno su parecer, volvieron al marqués e dixéronle: Señor, nosotros somos venidos á vuestra merced con acuerdo de todos los más principales que en esta cibdad estamos, de vos dar la cibdad y todo lo alto e lo bajo antes que á otro grande ninguno, porque sabemos que sois caballero de gran fé, y con esta confianza, nuestras vidas, bienes e honrras ponemos en vuestras manos para que nos pongais en salvo con todo lo nuestro. E mandadnos dar vuestra bandera, e ponerla hemos encima del alcázar y Calahorra, y enviar de vuestra gente toda la que menester será para defendimiento de las fortalezas. E como esto oyó el marqués de

Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, gradescióselo mucho e otorgóles todo lo que le demandaron, e aun les fizo mercedes de secreto por les más agradar, visto su buen deseo. E dió muchas gracias á Dios por tan señalada merced como le habia fecho en darle aquella cibdad pacíficamente sin muerte de gentes. E díxoles: Amigos, no sé en qué satisfaceros pudiese vuestro deseo y gana que teneis de me servir y complacer; mas ruego vos, porque de aquí á dos ó tres horas entiendo que verná el duque de Medina, don Juan de Guzman, mi señor tio, y por ser tan virtuoso caballero anciano, y debdo tan cercano del conde mi señor e mío, vosotros hayais paciencia y no rescibais enojo, porque quiero que, venido el conde don Juan mi señor padre, todos juntamente rescibamos la honrra. E los moros, cuando oyeron estas palabras á don Rodrigo Ponce de Leon, si mucho estaban á él ofrecidos, mucho más se le obligaron mirando su gran virtud y nobleza. E luego el marqués de Cádiz entró en la cibdad con la gente de Arcos, e de Marchena, e apoderóse en las torres más principales de ella, y luego en pos de él entraron la cibdad de Xerez, e Tarifa, e Ximena, e Alcalá de los Gazules, los cuales ficieron muy grande acatamiento á don Rodrigo Ponce de Leon. E no entró otra gente ninguna de la que ahí estaba sobre el cerco, porque habian ido á rescebir al duque, creyendo que venia cerca, y él venia de allí más de tres leguas. E estovo el marqués don Rodrigo Ponce de Leon apoderado en todo cerca de tres horas, y muy bien aposentado en las mejores casas de la cibdad. E estando así reposado, despues de haber comido, supo cómo el duque de Medina venia cerca y mandó ensillar.

E luego con sus caballeros, dejando la cibdad á buen recabdo, lo salió á rescebir fasta cerca de media legua. E como llegó al duque, fízole su acatamiento como quien él era, y el duque asimesmo al marqués, e lo abrazó, y no menos acatamiento se ficieron don Rodrigo Ponce de Leon y don Enrique, fijo del duque, y don Pedro de Estúñiga. A los cuales el marqués apartó y les contó todo cómo le habia acontecido en la toma de la cibdad de Gibraltar, y cómo todo lo tenia de su mano, lo alto e lo bajo. Mas porque él rescibiese juntamente la honrra con el conde don Juan, su padre, y con él, no habia querido apoderarse en el alcázar y Cala-

horra, que su bandera, y gente, y armas, y cuanto menester fuera, ya estoviera dentro más hobiera de dos horas. E como el duque oyó todo lo que habia pasado, díxole:—Señor sobrino: yo os lo mucho resgradesco, y bien ha parecido vuestra gran virtud y nobleza, y no se esperaba menos de vos, ni podistes negar la limpieza del linaje donde venís. Y escribid al señor conde, mi primo, que venga luego, y como vos lo teneis asentado, que todos juntamente rescibamos la honrra, así se faga, y yo así lo quiero. E luego con mucho placer tocaron las trompetas e fueron su camino; pasando sus tiempos con mucha alegría, llegaron á la cibdad, y aposentados con mucho reposo, el marqués don Rodrigo Ponce de Leon escribió al conde, su padre, muy largo todo como habia pasado, e como quiera que él venia muy flaco, llegado el mensajero e rescebidas las cartas, ovo grandísimo placer, dando muchas gracias á Dios por el bien y merced que habia fecho á su fijo, don Rodrigo Ponce de Leon, y porque él así lo habia fecho con el señor duque, su primo, tan virtuosamente. De lo cual él fué muy contento, porque aquella era su voluntad, y luego el conde partió de Arcos y se fué para Gibraltar. E como la envidia es raíz de todos los males, esa noche que el duque llegó, habiendo quedado todo así asentado, el duque envió por el moro Çaban antes que el conde viniese, e concertóse con él esa noche que le diese el alcázar e la Calahorra, e que no curase él nin los otros moros del concierto y fé que á don Rodrigo habian dado primero. Y el moro por dádivas que le dió, plogóle e concedió de gela dar. E otro dia por la mañana en amaneciendo, el duque envió ciertos caballeros de su casa armados, e otras gentes con ellos, á rescebir las fortalezas. E los otros moros cuando aquello vieron, que iba fuera del concierto primero que habian fecho con el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, titubearon e ovo division entre ellos de no rescebir aquella gente sin la del conde don Juan e de don Rodrigo Ponce de Leon, su fijo, á quien la fé entera habian dado primeramente. E como esto supo don Rodrigo, y visto aquéllo, cabalgó y fué á la puerta del alcázar y mandó á su alférez que diese su seña á los moros, porque ellos la pedian e les pesaba del engaño que le era fecho, habiendo él usado de tanta virtud y nobleza con el du-

que, su tio, y esta bandera demandaron los moros para la poner principalmente sobre todas. E don Enrique de Guzman, fijo del duque, e don Pedro de Estúñiga, su yerno, mandaron dar la seña á los moros que asimismo la pusiesen, e sobre rescebir primero la una ó la otra ovo tanta confusion, que las puñadas estovieron á punto en las manos. Mas como el concierto que primero ficieron los moros con don Rodrigo Ponce de Leon estaba dañado, y dado asiento en el segundo, el duque, por apaciguar el peligro tan aparejado, y vido que el marqués de Cádiz lo habia gana y tambien que tenia justa razon, dió forma que los moros tomasen ambas las señas juntas y que se pusiesen igualmente sobre las torres, las cuales se tomaron, y al tiempo del poner de ellas, allí apareció el engaño manifiesto, porque la del duque pusieron más alta y la de don Rodrigo Ponce de Leon más baja, y desta manera pasó cuando las pusieron en la Calahorra. E estando en esto, el conde don Juan llegó, y como supo la forma que se habia tenido tan mal mirada cerca dello, riñólo mucho, de tal manera, que ese dia en la tarde se salió él y don Rodrigo Ponce de Leon, su fijo, con toda su gente al campo al rio de Guadarranque, de donde envió á decir al duque, que allí estaba con aquella gente que sabia que tenia, y él tenia mucha más, que le rogaba y requería que él saliese allí á le dar cuenta del engaño y fé que así le habia quebrantado, e que allí le faría conocer cómo non lo habia fecho bien, ni como buen caballero, y que allí le esperaba aquel dia y otros dos, los cuales estovo allí esperándole. Y desque esto el conde vido, e don Rodrigo Ponce de Leon, su fijo, fuéronse para Arcos, y de allí negociaron tanto con el rey don Enrique, fasta que le quitaron al duque á Gibraltar bien afrentadamente, que con ella non quedó, y en esto non pasaron tres meses que sobre este caso el rey don Enrique envió grandes poderes al conde don Juan e á don Rodrigo Ponce de Leon, su fijo, para que todos los caballeros y gentes de toda el Andalucía les acudiesen, para que si luego non diese el duque la cibdad de Gibraltar á un caballero que el rey enviaba suyo para la tenencia de ella, fuesen sobre él donde quiera que estoviese, y lo combatiesen y prendiesen y le destruyesen su tierra.

Y cerca de esto non queremos más decir, salvo que toda la

honrra y merescimiento de la toma de la cibdad de Gibraltar, al marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, se debe dar entera (1). . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

condicion haberlos de tener. Mas cuando la razon natural non puede más sostener y llegan las cosas al cabo, es forzado descobrirse la centella ó carcoma que luengos tiempos ha estado guardada para aquella hora, e aunque non quieran, cada uno ha de mirar por llevar la ventaja por cuantas maneras mejor pudiere. E tal fué esta cuestion entre estos dos señores. Y dexando muchas cosas de decir de algunos enojos e pundonores pasados entre estos dos caballeros, duque y marqués, á cabsa de los cuales muchos prelados e religiosos, personas muy reverendas y otros nobles caballeros, movidos de servicio de Dios Nuestro Señor, ovieron de entre venir entre ellos por bien de mucha paz, conosciendo estos dos señores, estando acordados, toda la tierra ternia descanso, y estando divisos, muchas pérdidas e trabajos, y plugo á Nuestro Señor Dios que los pusieron en mucha pas, en tanto grado, que ficieron juramento y pleyto omenaje, y partieron el cuerpo de Jesucristo por medio, dende en adelante se guardar verdadera amistad y non ser más el uno contra el otro. E en aquel dia señalado deste concierto e amistad, que sería entre las diez e las once, andovieron ambos juntamente por la cibdad cabalgando, e todos los caballeros e gentes de ella dieron muchas gracias á Dios en los ver acordados en grande amistad. E idos á comer cada uno á sus posadas, non duró el amistad tres horas. E estando el marqués despues de haber comido folgando, e habiendo mucho placer con algunos de sus caballeros, bien apartado su pensamiento de ninguna cuestion, segun la estrecha amistad entre ambos quedaba asentada, á muy gran priesa vinieron al marqués dos criados suyos, vecinos de la cibdad, e le dixeron: Señor, sepa vuestra merced que está muy gran roydo trabado, gente del duque con

---

(1) Hay dos hojas cortadas, aunque la foliación antigua no está interrumpida. (*N. d. E.*)

los vuestros, y todos dicen que los del duque lo volvieron, y de tal manera está el roydo trabado, que hay en ello mucho que facer, porque hay ya hombres muertos y feridos de la una parte y de la otra, y están muchas calles tomadas. E como el marqués esto oyó, envió á muy gran priesa ciertos caballeros suyos y gentes armadas á ver qué cosa era, y si la podian apaciguar. E cuando llegaron á do era el ruido, la cosa andaba á tanto peligro y por tantas partes la pelea trabada de una parte y de otra, con muchos tiros de saetas y espingardas, que los caballeros y gente que el marqués envió, non curaron salvo de ayudar á los suyos, y enviaron luego á lo facer saber al marqués cómo el fecho quedaba tan encendido; e yendo el mensajero, falló al marqués que salia de su posada con más de mil hombres armados de caballo e de pié, e puso tanto recabdo por todas las calles que más pudo tomar, que hombre del mundo non pudo más facer, nin ponerse á mayor peligro, esforzando y favoreciendo mucho toda su gente, y peleando delante todos los suyos, retrayendo á los contrarios y ganándoles muchas de las calles que tenian tomadas, y todos los suyos lo ficieron tanto bien, que Roldan en su tiempo non pudo más facer. Mas como los confesos de la cibdad eran muchos, y muy ricos, y muy armados, y aficionados á la casa de Niebla, y temiendo que si el marqués venciese al duque, como venciera si por ellos no fuera, serían todos perdidos, muertos y destruidos, y desta cabsa, acorrieron todos al duque, con más de siete ú ocho mil hombres de pelea muy armados, y con muchos dineros y mantenimientos, más por lo que cumplia á sus vidas de ellos, que por la honrra del duque. Y no solamente por entonces le ayudaron, mas durante todos los tiempos de la guerra, que fué más de tres años. E fué tan sobrada la gente del duque con el socorro de los confesos, e como antes que el marqués lo supiese, tenia tomada muy gran parte de la cibdad, la pelea fué tan grande de ambas partes, que muchos fueron feridos y muertos.

Y veyendo este tan gran daño, el marqués era tanto rogado y aquejado de muchos religiosos y personas reverendas, que se non podia de ellos defender, rogándole muy afincadamente le pluguiese salir de la cibdad porque non pereciesen más gentes de las que es-

taban muertas y feridas, y que en esto non rescebiría mengua, mas honrra, pues que tanto era servicio de Dios, y tambien porque sabian que venia otra mucha gente de refresco al marqués de sus tierras, y valedores le afincaban tanto en el ruego. Y creyendo que, segun su esforzado corazon del marqués, si el socorro le entrase en la cibdad, faria muy grandes daños, y el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, veyéndose tanto aquexado de tan nobles personas, ovo gran consejo cerca de todo con algunos más principales de sus caballeros, y movido á piedad, de compasion que ovo de tanta gente como perecía y de tan santas cosas como estos religiosos le decian, determinó de lo facer así, por servicio de Dios Nuestro Señor, ca como quiera que él era caballero mancebo, era muy temeroso de Dios e de su ánima, que de otra manera, antes consintiera la muerte, aunque mucha más gente fuera contra él, y tambien porque él tenia dado asiento en su voluntad cómo de otra manera él seria más satisfecho, y su honrra más acreditada, como lo fué. E duró esta pelea tres dias e medio, poco más ó menos, donde fueron muertos e feridos asaz gente. E algunos dixeron que el marqués habia mandado quemar á Sant Márcos, y por cierto en esto non dixeron verdad, ca él era cristianísimo, y la tal cosa non supo, antes le pesó mucho de ello, y si el tiempo lo padeciera, él diera sobre ello gran castigo. Mas como de aquella iglesia facian gran daño á los suyos, ovo algunos de ellos que quisieron poner fuego á las puertas por les entrar, non pensando que así habia de ser de se quemar toda, que no quedó, salvo la capilla del altar mayor e sagrario que Dios quiso guardar. Para la cual facer de nuevo, y ornamentos y libros de ella mucho mejor que de antes estaba, el marqués mandó dar más de quinientos mil maravedises, demás de otras muchas limosnas que de cada dia despues le mandaba dar. E luego el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, mandó poner todas las cosas de su casa á buen recabdo, donde todo estovo bien seguro, y él cabalgó con trescientos de caballo y otras muchas gentes en pos de él sin la que tenia en el campo, e fuese derecho á Alcalá de Guadayra, e el alcayde Fernan Darias de Saavedra, su cuñado, le dió la fortaleza e villa toda á su mandar, e de allí mandó el marqués llamar muy presto más gentes, asi

de sus tierras como de parientes e valedores, e la gente venida, tomó mil e ochocientos de caballo, e dos mil peones, e dexó en Alcalá su guarnicion todo á mucho buen recabdo, y él se partió llevando la via de Xerez de la Frontera, sus batallas bien ordenadas, por su camino derecho á vista de Sevilla. E dió tal forma, como caballero esforzado y deseoso de su honrra, que en llegando á la cibdad de Xerez, la tomó por fuerza de armas, e la cibdad tomada y el alcázar de ella, luego fizo en él grandes obras y edificios, fortaleciéndolo mucho, así los muros como torres e barbacana, e muy gran cava e de muchos mantenimientos, cuantos pertenece tener una fortaleza muy cumplidamente de diversas maneras para gran tiempo, e muchos tiros de lombardas, gran ballestería, e espingardas, e todos cuantos pertrechos e artillerías era menester. E otro tanto fizo e labró en todas cuantas villas e fortalezas tomó al duque y á Sevilla, y en todas las suyas, asimismo, labró y edificó maravillosas cosas continuamente, e sostovo aquella cibdad, e la tovo en mucha paz y justicia, y de todos era muy amado y querido. Y durante el tiempo de la question y debates entre el marqués y el duque, y guerra tan continua, descercó á Costantina por fuerza de armas, que el duque la tenia cercada, y descercó á Alanis, e tomó á la Membrilla, e á Lopera, y tomó á Medina Sidonia, que era toda la honrra del duque, e tomó á las Cabezas, e derrocó la Puente Horadada, y puso batalla al duque y á Sevilla en el Campo de Tablada, de tal manera, que si muchos caballeros y perlados y otras reverendas personas no trabajaran tanto con el marqués, que no podian con él, salvo todavía dar la batalla, la cual si se diera, él ficiera muy grande destruicion, de manera que de la una parte y de la otra oviera grande mortandad de gentes, porque las gentes del duque y Sevilla andaban muy mal concertadas, sin buen regimiento, e habia entre ellos muchos que habian de ayudar al marqués. Y es verdad que el duque y Sevilla tenian más de cuatro mil de caballo, y más de quince mil peones, y el marqués no tenia más de dos mil de caballo e siete mil peones. Mas como el marqués era tan esforzado caballero y tan diestro en los fechos de la guerra, y tenia siete capitanes, hombres muy varones, y los más escogidos de toda el Andalucía, sin otros

muchos caballeros de grande honrra, y toda la otra gente de la frontera, usados cada dia á pelear con los moros, y con muy gran gana todos de morir por la honrra del marqués; e non decimos tan solamente el vencer la batalla, si se diera; mas entrarse por las puertas de Sevilla e tomarla, segun el mal recabdo que en ella estaba. Mas plugo á Dios Nuestro Señor y á la Virgen María, Nuestra Señora, su bendita Madre, que puso tanta gracia en estos perlados, caballeros y religiosos, que tanto trabajaron de la una parte y de la otra, que acabaron con el marqués y con el duque, y Sevilla, que igualmente volviesen sus banderas, e así lo ficieron, que sería cerca del sol puesto, y el marqués se volvió con mucha honrra á Alcalá, y el duque y Sevilla se volvieron á la cibdad. E despues de esto, los capitanes del marqués ovieron una batalla con don Pedro de Estúñiga, fijo del duque de Arévalo, e con don Alonso de Guzmán e don Pedro de Guzmán, hermanos del duque, e con su gente, que serian obra de ciento e treinta caballeros, todos muy escogidos, que salieron de Sevilla presumiendo que no habia quien les fuese á la mano. E llegáronse muy cerca de Alcalá, e como los capitanes del marqués lo supieron, como eran caballeros tan esforzados y en todo tiempo dieron gran cuenta de sí doquier que se fallaron, tovieron forma de pelear con ellos, de tal manera, que dada la batalla, les vencieron los capitanes del marqués, e fueron muertos e presos algunos, en especial murieron don Alonso y don Pedro, hermanos del duque, de lo cual mucho pesó al marqués é mostró gran sentimiento, como si fueran sus hermanos, porque eran inocentes y non lo merecian ni tenian culpa, y por ser debdos tan cercanos suyos. E si pudiera haber los que lo ficieron, ficiera de ellos gran justicia, e el marqués más contento fuera que fueran presos, como lo fué don Juan de Guzman, su hermano; y la voluntad del marqués siempre fué que no muriese gente ninguna, mas que entre él y el duque se partiese esta cuestion á pié ó á caballo, como muchas veces por el marqués le fué requerido, y el duque nunca quiso. E allí fué preso Cabrera, yerno de Gonzalo de Estúñiga, comendador de la órden de Santiago, e otros fijos dalgo, e mataron á don Pedro de Estúñiga el caballo, e si non fuera socorrido de un escudero con otro, él fuera muerto ó preso, el cual es-

capó á uña de caballo, que non paró fasta Sevilla. E de allí ovieron gran despojo estos capitanes del marqués e la gente que con ellos fué, de muchos caballos, e ricos jaeces, e otras joyas muy ricas; e ponian cada dia en tanto estrecho al duque y á Sevilla desde Alcalá de Guadaira, e los Palacios, corriéndoles fasta las puertas de la cibdad, que apenas osaban salir de ella, salvo á gran temor. e llegaban estos capitanes del marqués fasta el algaba, e pasaban á Guadalquivir, e corrian fasta Triana e toda esa tierra, llevando muchos prisioneros, e ganados, e acémilas cargadas de vino, e aceite, e pescado, e de otros muchos mantenimientos que venian á la cibdad.

E en este tiempo el duque se contrató e concertó con el rey de Granada que entrase á tomar á Cardela al marqués, que él daría tal forma como él no la pudiese socorrer. E así acordado, el rey moro entró e la tomó por fuerza de armas, segun que aquí contaremos.

CAPITULO VI.

CÓMO EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA SE CONCERTÓ CON EL REY DE GRANADA QUE VINIESE A TOMAR LA VILLA DE CARDELA, POR FACER TODO MAL Y DAÑO AL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, E DE CÓMO LA TOMÓ.

Nunca jamás los prudentes tienen seguridad en sus corazones cuando se temen de algunas cosas que les va mucho de su honrra, nin jamás tienen descanso, buscando muchos remedios para lo que les puede acontecer; y como el marqués de Cádiz, e sus capitanes y gentes continuamente toviesen guerra con el duque y con el rey de Granada, y como cada dia del marqués y sus capitanes y gentes muchos daños y afrentas rescibiesen, el duque y el rey de Granada se confederaron e acordaron en esta manera: que el rey de Granada viniese poderosamente sobre la villa de Cardela e la combatiese; y como el rey moro estoviese muy sentido, así por la haber perdido como por los grandes daños que continuamente de ella rescebia, ovo grandísimo gozo e alegría en consentir el du-

que y dalle tan gran parte de si para cumplir lo que él mucho deseaba, y determinó de juntar toda la más gente de su reyno, lo más secreto que pudo, e el duque asimesmo juntó toda su gente echando la fama que quería ir sobre la cibdad de Xerez. E el marqués estando en la dicha cibdad, fué certificado que el rey de Granada Muley Albuhacen, en persona, con la mayor parte de la gente de su reyno, estaba sobre la villa y fortaleza de Cardela, que el marqués de Cádiz, antes que esto, la ovo ganado por fuerza de armas á los moros, e cómo cada dia la combatia cruelmente por todas partes, e que si non los socorría, la villa estaba en peligro de se perder con toda la gente que dentro estaba. E como esto el marqués de Cádiz supiese, mandó repicar las campanas á muy gran priesa, cabalgó, e sacó toda la gente de la cibdad, así de caballo como de pié, y envió á mandar á la su cibdad de Arcos que asimismo con toda la gente saliesen á cierto lugar donde con él se juntarian para ir á descercar la villa de Cardela. Y estando poniendo en obra el marqués su partida, vínole nueva cómo el duque, con muy gran gente, era salido de Sevilla y estaba en la villa de Teba, por el acuerdo y concierto que quedó asentado entre él y el rey de Granada, porque el marqués non pudiese socorrer á la villa de Cardela. E como esto el marqués supiese muy cierto, óvose de detener dos dias en su partida por dejar gran recabdo en la cibdad, por lo que cumplía á su honrra y estado, y acordó de enviar llamar la más gente que pudo, así de sus tierras como de sus parientes e valedores, para haber de poder así con el duque como con el rey de Granada, para descercar la villa de Cardela, e aun si menester fuese, darles batalla; como en otros lugares tan peligrosos Nuestra Señora la Virgen María le dió grandes victorias, le daría en aquella hora, como fuese tanto servicio de Dios y suyo; y partióse de Xerez con dos mil lanzas e tres mil peones para la su cibdad de Arcos, porque allí se habia de juntar con todas las gentes que habia enviado á llamar, de que estaba seguro ser socorrido. E llegado el marqués á Arcos, le vino nueva cómo el rey de Granada habia entrado e tomado la villa de Cardela. E como el rey moro supo que el marqués la venia socorrer, y con el gran temor que los moros le tenian, dió tan gran

priesa en el combate de dia e de noche, que como la villa non toviese muros para mamparar lo de dentro, que era una peña, todos los más de los que dentro estaban fueron muertos y feridos de las espingardas y ballestas, e como el alcayde ahí non estoviese, ca era ido á negociar con el marqués algunas cosas que cumplian á su servicio, dexó otro alcayde en su lugar de los que le pareció que más se debia confiar, e más hombre para dar buena cuenta de sí; el cual fué muy mal ferido, de la cual cabsa, los cristianos desmayaron e no se pudieron más detener, e retrayéronse al castillo, e de allí se dieron á pleytesía que les diese la vida, porque el rey de Granada estaba de intincion de los meter á espada todos, por el gran daño que sus gentes de ellos habian rescebido en los combates, que le mataron más de trescientos moros, entre los cuales murieron muchos moros principales. E como el rey de Granada estoviese á gran temor del socorro del marqués, e toviese tan gran gana de cobrar aquella villa, otorgó á los cristianos todo lo que le demandaron. E la villa e fortaleza entregada, puso en ella muy gran recabdo para su defendimiento, e luego se marchó con sus gentes á muy gran priesa e se metió en la sierra de Villaluenga, de donde envió sus mensajeros para el duque, faciéndole saber cómo habia tomado la villa e fortaleza de Cardela, e dándole muchas gracias por el lugar que á ello habia dado, por el cual le quedaba en cargo todos los dias de su vida; e de allí llevó su camino para Granada. E como el duque vió los mensajeros y cartas del rey de Granada, se volvió luego para Sevilla. E el marqués con muy grande enojo, por el gran deservicio que Nuestro Señor Dios habia rescebido en se perder aquella villa, volvióse para Xerez, e de allí envió sus mensajeros para que las gentes que en su socorro venian se volviesen, porque ya su venida al presente non era menester, faciéndoles saber todo lo acontecido y dándoles muchas gracias, teniendo esperanza en Dios Nuestro Señor, él la tornaria á recobrar, y les daria la paga y merescimiento del menosprecio y ultraje que ficieron en la iglesia de Dios, e del gran robo que en ella ficieron de muchos ricos ornamentos de brocados que la marquesa habia dado, e libros, cálices, e cruces, e otras cosas con que el cuerpo de Jesucristo era muy servido. E el rey

don Enrique y todos los grandes y gentes de su reyno ovieron gran sentimiento de la pérdida de esta villa, e culparon mucho al duque por haber sido él la cabsa de la pérdida de ella.

CAPITULO VII.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, FIZO LO QUE DEBIA COMO CABALLERO ESFORZADO, Y VERDADERO CRISTIANO, Y AMIGO DE DIOS, EN TOMAR Á MEDINA SIDONIA AL DUQUE.

E como el marqués de Cádiz quedase con muy gran sentimiento de la pérdida de Cardela, pensó en que pudiese mucho enojar al duque, y procuró mucho de le tomar á Medina Sidonia, que era toda su honrra, como gela tomó, faciéndolo como contra persona que se apartó de la union y Santa Fé Católica, habiéndose concertado con el rey moro para facer tan grande ofensa á la Santísima Trinidad, y á toda la cristiandad, y á la corona real de Castilla, la cual injuria Dios, ni el santo Padre, nin los reyes debian perdonar. E como quiera que el marqués de Cádiz en esto fizo lo que debia, en gela ganar como esforzado caballero y verdadero cristiano; mas á mayor grandeza y nobleza de corazon todos los discretos le deben contar poder acabar con la razon habérgela de tornar. Ca cosa muy justa era que por penitencia, él ni otro de su linaje nunca jamás la cobrara, porque quedara por ejemplo á todos los caballeros de todos los reynos cristianos del mundo. E no tan solamente era muy gran razon lo que dicho habemos, mas aunque fuera dispuesto de todo su estado, y tornado á muy baja suerte. Y la memoria de la casa de Niebla pereciera, y no tan solamente decimos esto por el duque y casa de Niebla, mas por todos los otros duques, maestres, condes, marqueses, y otros cualesquier grandes señores, desde el mayor estado, fasta el menor que lo tal pusiesen en obra, son dignos de mayores penas, y gran castigo, pues que negaron el santo baptismo y confirmacion de la Iglesia de Dios, como el conde don Julián. Y ninguno non debe rescebir á injuria que se diga lo que á todo el mundo está manifiesto; mas con grande humildad conocer su pecado, y rogar á Dios

Nuestro Señor que le perdone, disponiéndose á facer gran penitencia pública y secreta. Y no nos debemos mucho maravillar que este duque ficiese esto, pues que el duque don Juan, su padre, fizo otro tanto cuando la de los Molares, que por enemiga que tenía con el adelantado, dió lugar que el rey moro, con toda la casa de Granada, viniese, como vino, á robar y destruir aquella villa, y llevar todas las gentes de ella cativas, e abarrauan los niños por las paredes, e destruyó la iglesia, e llevó cruces e cálices, e libros, e vestimentos, e todos los otros ornamentos de ella. E estovo allí asentado real cuatro ó cinco dias, por la gran fé y seguridad que del duque don Juan tenia. E como el cardenal de Ostia don Juan de Cervantes, arzobispo de Sevilla, de loable memoria, (santa gloria aya su ánima), viese la poca fé y gran crueldad del duque, mandó apregonar por toda la cibdad que todos viniesen á oir su sermon, y venida toda la gente, así de la cibdad como la estranjera que en ella estaba, predicóles tantas e tan maravillosas cosas acerca del servicio de Dios, como era perlado de muy buena vida, e dixoles que todos los que quisiesen ir con él á dar la batalla al rey de Granada, que él los absolvía á culpa e á pena, como en aquella hora que fueron baptizados, y que él esperaba en la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo de lo vencer, y matar, y cabtivar, á él e á toda su gente. E como esto le oyeron decir, todas las gentes lloraban de alegría, e todos respondieron que les placía de ir á morir con él por la fé de Jesucristo, debajo de su bandera; e así lo pusieron por obra. E luego el cardenal en este dia mandó sacar una bandera á Tablada, muy ricamente labrada de oro e seda; de la una parte tenia un devoto crucifijo, e de la otra parte una devotísima imágen de Nuestra Señora la Virgen María; e á los pies de las imágenes, las armas del rey de Castilla, e las suyas debaxo de ellas, por acatamiento de la corona real. E fallóse al tiempo de la partida, al derredor de su bandera, con cuatro mil de caballo, e más de veinte mil peones, e partió de allí con la dicha gente, e fuese derecho á la villa de Utrera; e asentó su real de la otra parte de ella en el camino de los Molares, e predicóles allí otra vez, esforzándoles mucho, e todos con muy alegre gana no vian la hora que ser llegados á pelear con los moros. E acabado el sermon, y

descendido el cardenal del púlpito, el duque lo apartó, y fabló muy largamente con él, certificándole que el rey de Granada ya se iba, y que de esto él le daba la fé; y así se desconcertó, e se volvió el cardenal á Sevilla con muy grande enojo. E como todas las gentes esto supieron, clamaban diciendo muchos desonores contra el duque, porque así lo habia fecho, que espanto era grande de lo oir. E allá están donde non lo quisieran haber fecho, y darán estrecha cuenta á Dios de ello. Y fué cosa de gran maravilla, que non tan solamente tovo el marqués guerra con el duque, y Sevilla, y con el rey moro de Granada, mas aun con el rey de Portogal, y todo á cabsa del duque, que lo procuraba dañándole por cuantas partes podia.

E la flota del rey de Portogal vino algunas veces por barrejar con la cibdad de Cádiz, si mucho defendida non lo fuera. Y siempre este caballero fué muy amado, querido y muy temido. E como quiera que todo esto toviese consigo, nobles caballeros, muchos parientes e amigos, segun la grandeza del duque con Sevilla y los reyes de Portogal y Granada, lastó tanto su corazon, que pudo con todos. E como él era de limpias entrañas y católico cristiano, era Dios con él, y Nuestra Señora la Virgen María, su bendita Madre, en la cual él siempre tovo grande esperanza, y siempre se pagó tener consigo muchos fijos dalgo, y especiales caballeros, e capitanes muy escogidos, así como el alcalde Luis de Pernia, e Godoy, un Fernando de Medina, Martin Fernandez Galindo, e un Fernan Darias, e Villacreces, dexando aparte otros muy principales caballeros, y en especial sus hermanos, primos y sobrinos, caballeros tanto esforzados, que cada uno de ellos era para dar cuenta de cualquier cosa que á cargo les fuese dada, por grande que fuese la gobernacion de ella. E toda su gente muy florecida, y muy honrrada y acatada de su lengua; y era tanta su nobleza, que todos eran muy contentos de él. E despues de esto, el duque y Sevilla y todas sus valias fueron á poner cerco sobre Alcalá de Guadaira, con cuatro mil de caballo e más de doce mil peones. E teniéndola así cercada, el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, con sus gentes e valedores vino á la descercar, e amaneció una mañana sobre ella con dos mil e qui-

nientos de caballo e ocho mil peones, y de tal manera ordenó su gente y batallas, que envió á decir al duque que saliese al campo, que él queria dar la batalla; y como les tomó así salteados entre la villa y sus gentes, púsoles en tan grande estrecho, que el duque y todos los otros caballeros y gentes suyas ovieron por bien de pedir amistad. E así la villa de Alcalá fué descercada, y metido en ella mucho mantenimiento, y el cercador cercado. Para la cual amistad el conde de Tendilla, que era á la sazon asistente de Sevilla, y Alonso de Velasco, e otros nobles caballeros, y el obispo don Fadrique, tio del duque, y el obispo de Málaga, y otros muchos religiosos y personas muy venerables, así como el prior de las Cuevas, y el de Sant Isidro e de Sant Jerónimo, los cuales todos trabajaron tanto entre estos dos señores, duque y marqués, por los acordar, que plugo á la pasion de Jesucristo de los concertar en tanto grado en verdadera amistad, que quedaron en todo grandisimos amigos, y dende en adelante siempre se honrraron mucho, guardándose toda buena amistad.

CAPITULO VIII.

DE CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, QUEMÓ Y DESTRUYÓ LA VILLA DE GARCIAGO, E TRAJO DE ELLA MUCHOS CATIVOS E GRAN DESPOJO DE MUCHAS RICAS JOYAS.

Todos los que alcanzan buen seso natural, son bien aventurados, porque estos tales son muy liberales y esforzados, así en el servicio de Dios como en todas las cosas de sus honrras, y esto digo, porque estando el marqués de Cádiz en la cibdad de Xerez, año de mil e cuatrocientos e setenta . . . . . (1) años, vinieron á él ciertos adalides suyos de los cuales él mucho confiaba, porque siempre los falló muy ciertos, e le dixeron cómo él podia tomar e destruir la villa de Garciago que estaba á una legua de Cardela. E como el marqués de esto fuese bien certificado, púsolo en obra, e con la más gente que pudo, salió de Xerez y fuese derecho á la su

(1) En blanco.

cibdad de Arcos, e de allí sacó toda la gente que habia de caballo e de pié, la que era para pelear, e otro dia amaneció sobre la villa de Garciago, e antes que los moros lo sintiesen, la villa fué cercada por todas las partes de ella, salvo á la parte de la sierra que tiene un serrejon muy alto, e tan agudo, que no ovo lugar subir por aquella parte la gente; e como en viendo el alba los cristianos dieron una gran grita e los moros los sintieron, algunos de ellos salieron por aquella parte de la sierra e se fueron, e todos los otros que quedaron, que era la mayor parte de ellos, fueron muertos ó cativos, e la villa fué metida á sacomano. E como el marqués se partiese con su gente, habiéndola ya toda robado, e llevaba consigo muchos cativos, así hombres como mujeres, moras e moros, e niños, e quedáronse algunos cristianos robando en la villa non lo sabiendo el marqués, e como los moros que se fueron dieron vuelta á la villa con otros algunos que apellidaron por la comarca, en que se allegaron más de cuatrocientos hombres de pelea, e vinieron por la sierra, y entráronse en la villa, e dieron un grande alarido, e mataron e cativaron algunos cristianos, aunque fueron pocos, e un cristiano de los que estaban en la villa salió fuyendo, e fué con la nueva al marqués, e luego como lo supo, á gran priesa mandó volver la gente sobre la villa; e los moros, como vieron volver los cristianos, comenzaron de fuir, e el marqués e sus gentes siguieron el alcance de los moros, firiendo e matando en ellos tanto, que el marqués non quiso que ninguno de los moros que tomarse pudieron quedase á vida, de los cuales muy pocos escaparon, que ninguno non quedara, sino fuera por lo agro de la sierra; pero fueron muertos más de los trescientos e cincuenta. E el marqués dió vuelta por la villa, e mandóla del todo destruír e quemar, e así la dejó despoblada. E nunca se falló en memoria de hombres, que fasta estonce ningund caballero ni otras gentes cristianas allí oviesen llegado, segun la tierra era tan fragosa y tan poblada de moros. Y esta tan especial gracia quiso dar Nuestra Señora la Virgen María al marqués, como él fuese tan devoto suyo. E de allí se volvió con mucho gozo e alegría, dando infinitas gracias á Dios por tantos bienes y mercedes como cada dia de él rescebía; e trajo gran cabalgada de muchos ganados, cabtivos, e otras

muchas joyas, e así entró con gran victoria en la cibdad de Xerez, donde fué muy honrradamente de todos rescebido, e allí partió muy largamente la cabalgada con todos los suyos, dando á cada uno segun quien era.

CAPITULO IX.

DE CÓMO EL REY DON FERNANDO, E LA REYNA DOÑA ISABEL, SU MUJER, ENTRARON EN SEVILLA, Y EL MARQUÉS DE CÁDIZ DON RODRIGO PONCE DE LEON, LES VINO A FACER REVERENCIA DESDE ALCALÁ DE GUADAIRA.

Año de mil e cuatrocientos e setenta e siete años, los muy serenísimos rey e reyna, el muy magnífico rey don Fernando, y la muy esclarecida señora reyna su mujer, reyes y señores de los reynos de Castilla, Aragon e Cecilia, vinieron á la muy noble y muy leal cibdad de Sevilla, con intencion de se apoderar en ella, que el duque de Medina Sidonia la habia tenido en los tiempos pasados que el rey don Enrique era vivo. Y sus altezas, entrados en ella, y toda á su mandamiento, determinaron de enviar mandar al marqués de Cádiz que diese la cibdad de Xerez, e non embargante que él estaba con intencion de gela dar, pues que de sus altezas era, segun su gran cordura, y temeroso de su ánima, que él bien sabia que era razon de dar lo suyo á su dueño; pero por algunos que no buena voluntad le tenian, de los cuales los reyes cada dia eran incitados que la non daria, á menos que le non fuese tomada por fuerza; de cuya cabsa sus altezas muchas veces le escrebian en la contratacion que cerca de esto se facia, como á persona que estaba mucho apartada de su servicio; y todo con gran reposo, bien mirado por el marqués de Cádiz, queriendo mostrar la limpieza de su voluntad y gran lealtad que á sus altezas tenía, y por atajar las malicias de aquellos que eran contrarios de su deseo, e como caballero muy prudente, y esforzado, y de buen seso natural, cabalgó una noche desde Alcalá de Guadaira, y tomó consigo al mariscal Juan de Guzman, señor de Teba, e á Pedro de Avellaneda, su mayordomo mayor, e vénose al alcázar de Sevilla, donde sus altezas de los reyes estaban, que serian cuatro horas de

la noche pasadas, y entró por la puerta del campo, fasta donde sus altezas estaban, en una rica sala, e les fizo aquel acatamiento y reverencia que á sus reales estados pertenecía, y besó las manos á sus altezas, como á sus reyes y señores naturales, y les suplicó pidiéndoles por merced sus altezas fuesen á Xerez, á la rescebir, y que non solamente aquella cibdad que era suya, mas á él, y todas las cibdades, y villas, e logares de su tierra e señorío, y que desde estonce lo ponía todo en las manos de sus altezas, y para su servicio, como desde que sus altezas reynaron lo estovo, y estovieron al servicio de los otros reyes pasados, sus antecesores. E vista la suplicacion del marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, los reyes rescibieron grandísimos gozo e alegría, non solamente en ver su grande humildad y conoscimiento, como bueno, virtuoso y leal caballero, mas porque sus altezas lo deseaban mucho ver y tener á su servicio, como él siempre lo estovo, y le regradecieron mucho su voluntad, y le prometieron de facer muchas mercedes, más que á ninguno otro grande en todos sus reynos. Y el rescibimiento y honrras que sus altezas le ficieron con aquel amor tan entrañable, fué cosa de gran maravilla de lo ver; e estovieron sus altezas fablando tanto largo con el marqués en cosas compliderasá su servicio, fasta las dos horas despues de la media noche; e el marqués se levantó, e puestas las rodillas en tierra, besó las manos á sus altezas e se despidió; e los reyes se levantaron de su estrado real, e salieron con él fasta las puertas de la sala, mucho contra la voluntad del marqués, que no pudo más acabar con sus altezas, e allí les besó otra vez las manos, e los reyes lo levantaron, y enviaron seis hachas delante de él, fasta el postigo del alcázar por donde habia entrado; e allí cabalgó con sus dos caballeros, e se volvió á Alcalá de Guadaira. E dende á pocos dias pasados, los Reyes acordaron de ir á Xerez, y fallaron la cibdad, y alcázares, e casas del marqués, todo tan llano y tanto al servicio de sus altezas, que luego pensaron de le complir todo cuanto en el alcázar de Sevilla le prometieron. E así lo pusieron por obra, que antes que de allí salieron, le confirmaron la cibdad de Cádiz, e todas las otras cosas de su facienda, que menester habia confirmacion. E la merced que de esto le ficieron fué tanta, que le dieron

siete cuentos de renta, y más. Y así parece que quien bien y lealmente sirve á los reyes, buen galardon le dan. E allí conoscieron luego sus altezas quién eran los que les incitaban contra él, e le prometieron de le facer otras muchas mercedes, de las cuales le ficieron una, que le dieron á Sahara, e á Cardela, e á Hasnalmara, con todos los otros lugares de la Serranía de Juro, que fué tan grande merced, con que cualquier gran señor, teniéndola, aunque más non toviese, se fallara muy contento, y el marqués de Cádiz rescibió á sus altezas con muy gran solemnidad, e les fizo muy honrradas e ricas fiestas, de gran complimiento de todas las cosas, segund que á sus reales estados era razon de lo facer. Y de allí se partieron los reyes para la cibdad de Sevilla, y el marqués fué con sus altezas más de tres leguas, donde le mandaron volver; e allí el marqués les besó otra vez las manos, y se fué á la su cibdad de Arcos, para dar órden en algunas cosas, mucho complideras al servicio de sus altezas; los cuales, de allí adelante, siempre honraron mucho al marqués de Cádiz, y nunca se apartaron de su buen consejo, nin el marqués de les servir bien e lealmente.

CAPITULO X.

DE CÓMO LOS MOROS TOMARON LA VILLA DE ORTEXICAR, Y EL MARQUÉS DE CÁDIZ Y EL CONDE DE URUEÑA LE FUERON PONER CERCO, E LA GANARON.

En el año de mil e cuatrocientos e setenta e . . . . . (1) años, como quiera que estoviesen asentadas treguas entre el rey don Fernando y el rey de Granada, á condicion que el rey moro diese las parias acostumbradas á los señores rey e reyna, ciertos caballeros moros entraron e tomaron la villa de Ortexícar, que era del conde de Urueña, el cual, como lo supiese, vénose para el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, que estaba en la su villa de Marchena, y contóle toda la manera, cerca de ello, rogándole mucho afincadamente á él le pluguiese dar alguna de su gente para aver de cobrar aquella villa; y el marqués, como virtuoso caballero y

(1) En blanco.

muy deseoso del servicio de Dios, non solamente ovo placer de gela dar, mas antes le dixo: Yo quiero ir con vos en persona, y poner todo mi estado por vuestra honrra. E así razonado por el marqués, el conde gelo gradeció mucho, quedándole en cargo para toda su vida. E acordados de esta manera, partieron con dos mil e cuatrocientos de caballo, e ocho mil peones. Y como quiera que les veno mandamiento del rey e reyna que non fuesen á poner el cerco, diciendo que en otra manera sus altezas lo mandarían remediar, e como fuese obra tan santa, y tanto servicio de Dios y de la corona real, ellos non dexaron continuar su buen deseo, e amanecieron sobre la villa; e luego mandaron asentar grandes tiros de lombardas, e mandaron combatir la villa por diversas partes, en tal manera, que á tercer dia que ende estovieron, los moros gela entregaron, á condicion que libremente les dexasen ir con todo lo suyo, y el marqués, e el conde, así gelo prometieron; como quiera que ovo algun debate entre las gentes de estos caballeros sobre el poner de las banderas, el rey envió mandar, que pues la villa era del conde, su bandera entrase primero. Mas el conde, como virtuoso, mirando el gran merescimiento del marqués, y cómo, á cabsa suya, la villa fué recobrada, non lo quiso consentir; mas antes mandó que la bandera del marqués entrase delante. Y el marqués, usando de sus virtudes acostumbradas, dióle muchas gracias, y rogóle que, pues él así lo quería, que ambas las señas entrasen igualmente, e al conde le plugo mucho de ello. E así se pusieron ambas juntamente en la torre del homenaje, e luego mandaron reparar todo lo derribado de la villa e fortaleza. Y el marqués don Rodrigo Ponce de Leon, y el conde de Urueña se volvieron con mucha victoria á la villa de Osuna, donde el conde se quedó, y el marqués se partió para la su villa de Marchena, e toda la gente que el marqués allí llevó fué pagada de su sueldo.

CAPITULO XI.

CÓMO CIERTOS MOROS SE LEVANTARON CONTRA EL REY DE GRANADA EN EL CASTILLO DE MONTECORTO, E DE CÓMO LOS MOROS DE RONDA, E DE TODA LA SERRANÍA E COMARCA, LOS VINIERON Á CERCAR, E SABIDO POR EL MARQUÉS, LOS VENO Á SOCORRER, E COMO LOS MOROS MUCHO LE TEMIESEN, ALZARON EL CERCO, Y ENTREGÁRONLE LA FORTALEZA.

Estando el marqués de Cádiz en la su villa de Marchena, año de mil cuatrocientos e setenta e . . . . . (1) años, fué certificado que ciertos moros gomeres, e otros, vecinos de algunas villas e lugares del reyno de Granada, se habian alzado contra el rey en el castillo de Montecorto, e que los vecinos de la cibdad de Ronda e otros lugares de la comarca querian venir á los cercar, por los tomar, e facer de ellos justicia. E como el marqués esto supiese, envió ciertos criados suyos que tenían gran conoscimiento con algunos de aquellos moros, por tratar con ellos, diciéndoles que si aquella fortaleza le daban, les faria muchas mercedes, e si alguno de ellos se quisiesen pasar allende, les daria navíos en que pasasen, e los que quedar quisiesen, él les daria lugar tanto á su voluntad donde bien pudiesen vivir. E como quiera que los moros estoviesen mucho menguados de lo que menester habian, recelaron mucho de lo facer; pero al fin su necesidad fué tan grande, y tantas veces requeridos de parte del marqués, que confiando de sus grandes virtudes, ovieron por bien de lo facer, poniendo en obra todo su querer. Y esto así asentado, los moros de Ronda, e de la sierra, e de toda su comarca, vinieron á cercar á Montecorto, e luego los moros que en la fortaleza estaban, enviaron un peon á muy gran priesa, á lo facer saber al marqués el estrecho en que estaban. Y el marqués, como lo supo, mandó salir toda la gente de la villa, así de caballo como de pie, y envió mandar á sus vasallos de la cibdad

(1) En blanco.

de Arcos, e á muchos otros caballeros, sus criados e vasallos de otras sus villas, que todos saliesen á él á un rio que es llamado Guadamanil, que es á dos leguas de Montecorto. E todos llegados, juntáronse con el marqués ochocientos de caballo, e cinco mil peones, e teniendo los moros de Ronda, e de toda la comarca, puesto el cerco sobre Montecorto, el marqués de Cádiz amaneció sobre ellos; e como quiera que los moros fueron salteados, por estar muy cerca la sierra de Ronda Vieja, la mayor parte de ellos se salvó e fuyeron; pero con todo eso, muchos de ellos fueron allí muertos y presos, entre los cuales murieron moros muy principales, e allí les tomó el marqués todo su fardaje e mantenimientos, e otras muchas joyas de caballos e jaeces muy ricos, e asimismo les ganó dos señas, una del alcalde de Ronda, e otra del alcaide de Marbella. E luego los moros que en la fortaleza estaban, gela entregaron libremente. E serian los que en ella estaban fasta cuarenta e cinco hombres de pelea, á los cuales el marqués mandó muy bien vestir, y dió á los principales de ellos sayos e jubones de seda, e capellares de grana, e á los otros de finos paños, e encabalgólos á todos de muy buenos caballos e jaezes, segun que á cada uno pertenecía. E dexada la villa e fortaleza á muy buen recabdo de gente y mantenimientos, y pertrechos de muchos tiros de pólvora e ballestería, se partió á la su villa de Marchena, todos con muy grande alegría, dando infinitas gracias á Dios por lo haber fecho vencedor de sus enemigos. E reposado el marqués en la su villa de Marchena, mandó decir á los moros que los que quisiesen ser cristianos, que les mandaría dar racion e forma en que bien pudiesen vivir, e los que se quisiesen pasar allende, que se fuesen á la cibdad de Cádiz, y que allí les mandaría dar navíos en que pasasen, dando á cada uno de ellos cierto dinero para ayuda á su costa. De los cuales la mayor parte se tornaron cristianos, y el marqués les mandó dar raciones de dinero con que bien se pudiesen mantener á su honrra, e á los otros mandó pasar allende. E mandó á un criado e vasallo suyo que llamaban Castro Verde, vecino de Marchena, que fuese á ser alaide en la fortaleza de Montecorto, con el cual mandó ir tantos de sus vasallos, cuantos entendió que eran menester para guardar aquella fortaleza, para la cual envió todos los manteni-

mientos que más necesarios eran para su proveimiento para asaz tiempo, e mandó que fuese con ellos un clérigo para les administrar todos los Sacramentos de la Madre Santa Iglesia, el cual llevó consigo todos los ornamentos que para ello menester habia. E para seguridad de esta gente, envió cuatrocientos de caballo e mil peones. Los cuales llegaron con ellos á la dicha fortaleza de Montecorto, e sacaron el alcaide, e las otras gentes que el marqués allí habia dejado, e pusieron al alcaide e gente que de nuevo iba en la fortaleza, e volviéronse á Marchena. E dende á pocos dias, el marqués se partió de allí para la su villa de Rota, donde la marquesa estaba.

CAPITULC XII.

CÓMO LOS MOROS ESCALARON E TORNARON Á TOMAR LA VILLA E CASTILLO DE MONTECORTO, E LLEVARON CABTIVOS AL ALCAIDE E TODOS LOS OTROS QUE CON ÉL ESTABAN.

Estando el marqués en la su villa de Rota en el año de mil cuatrocientos setenta . . . . . (1) años, acontesció que los moros de la cibdad de Ronda, estando muy lastimados de la pérdida de aquella villa e fortaleza de Montecorto, procuraron de la tentar, ca como quiera que ella fuese muy fuerte e puesta en una peña muy alta, tenia á la parte de la sierra una entrada que se llamaba el Resquicio, por donde un moro entró alguna vez á la tentar; e como falló que por aquella parte ninguna guarda toviesen, dixo á los principales de Ronda el mal recabdo que en aquella fortaleza estaba, e luego los moros acordaron que porque el dia de Navidad los cristianos suelen facer gran fiesta, e haber sus gasajados e placeres aquella noche, que ellos habrian mejor lugar para la escalar. E estando así los cristianos muy seguros en sus placeres en aquella noche, los moros vinieron, e subió primero aquel que algunas veces la habia tentado, y en pos dél otros cuarenta ó cincuenta, e fallaron la vela durmiendo, e matáronla luego, antes que viniese

(1) En blanco.

el dia; e venida el alba, los moros dieron una gran grita, y el alcaide y los que con él estaban, con gran temor se retruxeron á la fortaleza, donde si quisieran se pudieran muy bien amparar e defender, pues que para ello tenian todas las cosas que menester habian. Mas el alcaide fué tan de poco corazon y tan cobarde, que por uno que comenzó á tirar piedras á los moros, lo quiso matar. E demandó á los moros diciéndoles si habia allí algun caballero á quien se diesen, y ellos dijeron que sí. E luego subió un moro de los más principales que allí estaban por una cuerda, y el alcaide lo rescebió y se dió á él, e metió todos los cristianos en un palacio y cerróles por de fuera, y dixo el alcaide al moro que si non le prometia que los cristianos que allí estaban no rescibirían daño, que non consentiría ningun moro allí subir, y el caballero moro le juró por su ley que no temiesen cosa ninguna, e todos los otros moros así gelo prometieron. E otorgado y dada ya la fé, abrióles las puertas y entraron. E luego como fueron entrados, ataron á todos los cristianos en traillas, e lleváronles así desonrradamente á la cibdad de Ronda, llevando el alcaide delante de ellos dándole la paga de su merescimiento por la gran vileza y cobardía que cometió. E los moros dexaron en la villa e fortaleza la gente que convenía para la guarda della, e fuéronse con el despojo de todos los cristianos. E como el marqués esto supiese, ovo muy grande enojo por perder así aquella villa por la cobardía e mengua de su alcaide, y por el mal recabdo que en aquella fortaleza puso. E fué su enojo en tanto grado, más por la pérdida de los cristianos, como caballero católico y amigo de Dios, que por la pérdida de aquella villa, de manera que del enojo grande que por todo ovo, adolesció de una grave enfermedad de la cual estovo trabaxado buenos dias. E como fuese costumbre entre cristianos y moros que cuando alguna fortaleza en tiempo de paz ó de tregua se toma de los unos á los otros, los que pierden la tal fortaleza, sus bienes son libres, y por eso el marqués envió á demandar los que allí habian seido presos, con los bienes que les fueron tomados. E los moros respondieron que les non querian dar. Y el marqués determinó de facer prendas en los vecinos de Villaluenga y en sus ganados, á cabsa de lo cual le dieron los cristianos que habian seido presos en

aquella fortaleza. E deliberados por el marqués y venidos, como quiera que el alcaide por la cobardía que cometió no queriendo defenderse, teniendo muchas armas, mantenimientos y gentes para ello, fuese digno de muerte, segun lo disponen e mandan las leyes destos reynos de Castilla, el marqués lo perdonó, dándole por pena la vergüenza que de caso tan feo para siempre le quedaba.

CAPITULO XIII.

CÓMO EL MARQUÉS METIÓ Á SACOMANO Á VILLALUENGA, E LE MANDÓ PONER FUEGO POR TODAS PARTES.

Siempre los buenos y leales caballeros que son amigos de Dios, procuran y desean las cosas de su servicio. E estando el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon en la su cibdad de Arcos, año del Señor de mil e cuatrocientos e ochenta e un años, los moros, estando muy sentidos de las cosas pasadas, non curaban de guardar la tregua; antes cada dia entraban almogávares, e llevaban prisioneros e ganados, e aun llevaron las acémilas e acemileros suyos del marqués. El cual ovo desto grande enojo, y determinó en su voluntad de los facer cuanto daño pudiese, de manera que lo sintiesen bien, y envió ciertos criados suyos para que tentasen si podrian haber lugar de robar á Villaluenga, los cuales lo tentaron muy bien, y conoscieron que se podria facer, aunque fuese á gran trabajo y peligro, por ser aquella villa como es entre dos sierras muy ásperas, e tener á la entrada un puerto muy agro de pasar. E fecha la relacion al marqués, luego puso en obra de todavía continuar su propósito, e mandó llamar toda la más gente de caballo e de pie de la su villa de Marchena, e algunos caballeros e criados suyos que estaban en Sevilla e en Xerez, e juntó fasta setecientos caballeros e mil peones. E como quiera que sus adalides sabian bien aquella tierra, la escurana fué tan grande, que andovieron perdidos gran parte de aquella noche. Pero con todo eso, amanescieron cerca de media luega de Villaluenga, e como se fallaron juntos con la villa, dieron una gran grita. E como los moros la oyeron así de lejos, ovieron lugar de se salvar todos, y llevar lo mejor que tenian á la sierra. Y con todo esto, fallaron en la villa

muchas joyas e cosas moriscas, e oro, e plata, e otras muchas preseas de casa. E sacaron dende muchos bueyes, e vacas, e cabras, e ovejas, e fallaron dende veinte cabtivos cristianos que traxeron. E robado así toda la villa, el marqués mandó luego que le pusiesen fuego por diversas partes; e luego se partió de allí con sus gentes y cabalgada muy apriesa, temiendo la pasada del puerto. E yendo su camino, supo de un moro que tomaron sus corredores, cómo los moros que salieron de la villa apellidaron toda la tierra, y tenían el puerto tomado por donde el marqués habia de tornar. Mas con todo eso, no dexó su camino, y como Dios era servido de sus buenas obras, el marqués e sus gentes salieron con toda la priesa sin rescebir daño ninguno, salvo un caballero que llamaban Pedro Nuñez de Villa Vicencio, veinte e cuatro de Xerez, que se quiso tanto aventajar, que fué ferido de una saeta, de la cual ferida murió. Y de los moros fueron muertos y feridos asaz dellos, que con el gran pesar que el marqués ovo con la muerte deste caballero, ya puesto encima del puerto, arremetió con ellos e fizo en ellos grande destruicion. E desta entrada el marqués fué á correr la cibdad de Ronda, y estovo sobre ella tres dias, en el cual tiempo ovieron asaz escaramuzas con los moros, e fueron muertos muchos dellos. E como los moros estonce toviesen una atalaya que se llamaba la torre del Mercadillo, donde se llegaban diez moros que facian gran daño, e desde allí descubrian toda la tierra, el marqués la cercó, e la mandó combatir, e poner en ella bancos pinjados, e cavarla por el pie, e apuntalarla E como los moros esto viesen, como quiera que al comienzo se defendian reciamente, pero al fin diéronse al marqués por cabtivos, dexándole la torre libremente. El cual la mandó luego derribar por el suelo fasta el pie, en que los moros en esto rescibieron gran pérdida, e fué muy grande ayuda para aquella cibdad de Ronda, haverse de tomar como se tomó. E de allí se volvió el marqués con grande victoria e alegría á la su cibdad de Arcos, donde repartió la presa que llevaba, dando á cada uno segun quien era, de manera que todos fueron contentos.

CAPÍTULO XIV.

CÓMO LOS MOROS DE RONDA, ESTANDO MUCHO LASTIMADOS DE LOS GRANDES DAÑOS QUE DEL MARQUÉS DE CÁDIZ RESCEBIAN, PROCURARON DE ESCALAR Y TOMAR LA VILLA Y FORTALEZA DE SAHARA, Y LA TOMARON.

En este mismo año de mil e cuatrocientos e ochenta e un años, como los moros de la cibdad de Ronda estoviesen muy sentidos de los grandes daños que del marqués de Cádiz e sus capitanes cada dia rescebian, en especial como les oviese quemado á Villaluenga y talado todas las viñas y huertas, y tomado los ganados, y muertos y presos muchos moros, e grandes despojos, e les oviese derrocado la torre del Mercadillo, que era cosa bien fuerte, de la cual torre facian gran daño los moros, y en gela derribar fué gran pérdida y destruicion para Ronda y toda la serranía, para lo cual se ovieron de juntar muchas cabeceras, hombres muy principales del reyno de Granada, para haber consejo qué manera ternian para haber de tomar la villa y fortaleza de Sahara, que la tenia Gonzalo de Saavedra, mariscal de Castilla, los cuales acordaron de enviar sus adalides que la tentasen, y tentada, fallaron que non se velaba bien, y que se podia tomar. E fueron con esta nueva á Abrahen Alhaquime, cabecera de Ronda; el cual, como lo supo, rescibió grandísimo placer, y prometió á los adalides muchas dádivas si así fuese, e fizo juntar trescientos de caballo e cuatro mil peones de la serranía, e el tercero dia de Pascua de Navidad escalaron el castillo, e tomaron e mataron todos los cristianos que dentro fallaron, salvo al alcaide, que lo prendieron. E despues que fué de dia, salieron e abrieron la puerta del castillo, e descendieron á la villa, e tomaron e cativaron ciento e cincuenta cristianos, hombres, e mujeres, e niños, que metieron atraillados en Ronda. E como la nueva desto se supo en toda el Andalucía, todos los caballeros y gentes della rescibieron gran pesar y dolor; y no menos el rey don Fernando y la reyna doña Isabel, su mujer, mostraron gran sentimiento desque lo supieron, así por los grandes daños que los moros de allí podian facer,

como por la pérdida de los cristianos. E los moros bastecieron bien la villa e fortaleza, e dejaron en ella cincuenta de caballo e doscientos ballesteros, e fuéronse con su cabalgada muy alegres á la cibdad de Ronda. E como quiera que el rey e reyna, y los caballeros y gentes del reyno rescibieron grandísimo pesar; mas debeis saber que el muy esforzado y noble caballero marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, con la grande enemiga que á los moros tenía, fué su pesar y enojo tan grande, que como quiera que dias grandes habia que procuraba de les tomar la cibdad de Alhama; mas desde aquella hora puso tan gran diligencia en ello, que sus adalides lo hubieron de concertar, segun que adelante vos contaremos.

CAPÍTULO XV.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, POR GRACIA ESPECIAL DE DIOS Y RESPLANDOR DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN MARÍA, CUYO DEVOTO ÉL MUCHO ERA, TOMÓ LA CIBDAD DE ALHAMA, COMO GRANDES DIAS OVIESE QUE ÉL MUCHO LO DESEABA, AÑO DE MIL CUATRO CIENTOS E SETENTA. . . . (1) AÑOS.

Grandes honrras merecen los nobles caballeros que en lo bueno nunca desfallecen. Y ved qué cosa maravillosa deste tan noble caballero, marqués de Cádiz, que contínuamente jamás dejaba de pensar cómo podría facer todo mal á los infieles. E continuando su limpio deseo, siempre movido al servicio de Dios y de la corona real, estando en la su villa de Marchena, unos adalides suyos vinieron á él, e le dijeron que habian tentado la cibdad de Alhama, como por él les habia sido mandado; la cual, aunque era muy fuerte e asentada sobre una mota de peña muy alta cerca de un rio, e non tenia más de una salida para la fortaleza muy agra e alta; pero con todo eso, les parecía que, segund el mal recabdo que en ella tenian, se podría bien escalar. E como quiera

(1) En blanco.

que el marqués mucho confiase destos adalides suyos, porque siempre los falló muy ciertos, temiéndose de alguna traicion, esa noche que los adalides llegaron, sería entre las diez e las once horas, él se apartó solo en una cámara donde siempre él continuaba rezar e hacer su oracion ante una imágen muy devota de Nuestra Señora, ante la cual él puso sus rodillas en tierra, y sus manos alzadas, suplicándole y pidiéndole de merced le revelase toda la verdad de lo que ella era más servida. E allí le apareció otra vez Nuestra Señora, la Madre de Dios, y le dijo: ¡Oh caballero tan devoto mio! Sepas que porque tus deseos son muy agradables al servicio de mi amado fijo Jesucristo e mio, tú irás seguro en paz y tomarás aquella cibdad, e la sosternás y defenderás, y ésta será cuchillo y el comienzo de toda la destruicion del reyno de Granada y de toda la morería del mundo; e la mezquita de los moros farás luego iglesia; y poner le has el mi nombre. Y sepas que tú saldrás de ella con gran victoria, y á la mayor priesa yo seré contigo. E como esto oyese el marqués don Rodrigo Ponce de Leon, quedó inflamado con gran gozo y alegría, e por más de una hora non se levantó de su oracion, e con muchas lágrimas de sus ojos, dando infinitas gracias á Dios Todopoderoso y á Nuestra Señora la Virgen María, creyendo él no ser tan digno de oir nin merescer tanto bien. E luego otro dia de mañana escribió á Diego de Merlo, asistente de la cibdad de Sevilla por los señores reyes, e al adelantado don Pedro Manriquez. El cual Diego de Merlo tovo siempre aquella cibdad en paz y en justicia. Y esto así acordado, non porque del marqués ninguno otro supiese el secreto, salvo este caballero Diego de Merlo, que era tan católico cristiano, y amigo de Dios, y servidor de los reyes, y tan bueno que todo se podia dél confiar. Y no fago agora memoria do otros nobles caballeros que con el marqués iban debajo del su pendon y bandera, porque cada uno dió buena cuenta de sí. Y esto todo así concertado, pusieron en obra su partida, llamando poco á poco de gran secreto gente muy escogida, especiales hombres y muy buenas armas y caballos, que serian por todos dos mil e quinientos de caballo, e ocho mil hombres de pié. E fué tanto secreto e tan bien ordenada su partida del marqués con todas sus

gentes, que llevando su vía por medio del reyno de Granada, nunca fueron sentidos, porque placía á Nuestra Señora la Virgen María, como por ella le fuese así otorgado, llevando consigo muchos mantenimientos, y pertrechos e artillerías, e sus batallas tan bien ordenadas, que aunque el rey moro saliera, le diera la batalla, segun la gente llevaba tan escogida y con tan buena gana. E continuando su camino, llegaron fasta cerca de la cibdad de Alhama, una hora antes del dia. E allí el marqués dió la órden á los escaladores y gentes que consigo habia de llevar, los cuales fueron e pusieron sus escalas, y escalaron la fortaleza sin ser sentidos; e como los escaladores, e otros muchos cristianos se vieron encima de la fortaleza, dieron una gran grita de que los moros fueron mucho espantados. Los cuales como se viesen así salteados, seyendo gente muy escogida, peleaban muy bravamente con los cristianos. E como el marqués estoviese muy cerca, presto fueron dél socorridos, y como él entró con toda su gente, los moros desmayaron e se retrujeron por algunas calles más estrechas donde mejor se podian defender. Y el marqués e los otros capitanes entraron en la fortaleza por se apoderar en ella. Y el marqués mandó á Sancho de Avila, alcaide de Carmona, e á otro su alcaide de Arcos que saliesen á pelear con los moros, e como salieron estos dos caballeros e otros cuatro con ellos, los moros eran tantos que dellos cargaron, e los caballeros pelearon con ellos tan reciamente, fasta que todos seis allí murieron por non ser socorridos como era razon. De lo cual el marqués ovo muy gran sentimiento; e como los moros con la muerte de estos caballeros mucho se esforzasen, ferían tanto en los cristianos que les facian gran daño. E los capitanes que iban con el marqués, caballeros muy principales, como esto viesen, parecióles ser imposible de se tomar aquella cibdad, e dixeron al marqués que les parecia, segun los moros se defendian, que se debian volver para sus casas, y no dar lugar que más gente allí pereciese. A los cuales el marqués respondió que se maravillaba mucho dellos, segun quien eran, tomar tan mal consejo, donde tan gran mengua e injuria podian rescebir; y pues que allí estaban con tanta y tan noble gente, que cada, uno debia esforzar los suyos, e trabajar por tomar aquella cibdad como es-

peraba en Dios que la tomarían. E que cuando la fortuna les fuese tan contraria que oviesen allí de morir, muy más honrrada les sería la muerte, que la vida con denuesto entre los otros caballeros. E como los caballeros oyeron al marqués tan graciosas y esforzadas razones, respondieron que pues á él aquello le parecía, que todos querían seguir su mandado e morir debajo de su bandera juntamente con él. E luego el marqués mandó dar un pregon que todos se aparejasen para el combate, e toda la cibdad se metiese á sacomano, e que cada uno oviese para sí lo que pudiese tomar, e con esto la gente se alegró, y se esforzó tanto para pelear, que fué cosa maravillosa. E luego se repitieron los combates por aquellos lugares que más era menester, e comenzaron de combatir la cibdad muy bravamente. Y el marqués andando por todas las estanças esforzándolos mucho, que los cristianos cobraron tan gran corazon y apretaron tanto en el combate, que retraxeron á los moros y les llevaron delante, fasta los meter por la mezquita que era muy fuerte, que está cerca de la puerta de Granada, e en el retraer suyo fueron muertos más de seiscientos moros, e otros muchos se fueron por una mina que de aquella cibdad sale al río. E los moros que así estaban retraidos en la mezquita se defendieron aquella noche, e otro dia todo entero fasta otro día jueves de mañana. E visto por el marqués el gran daño que de allí facían, les mandó poner fuego. E como los moros vieron el fuego tan grande, que ningun remedio tenian, diéronse al marqués para que de ellos ficiese lo quél mandase, los cuales el marqués mandó tomar y repartir por los caballeros que ahí estaban. Y ganada ya la cibdad, ¿quién podría contar de tan grandes riquezas como dentro se fallaron? Mucho oro, mucha plata, seda e otras muchas ricas joyas de diversas maneras, muchos cabtivos, hombres y mujeres, moros y moras principales, muchos caballos y jaeces muy ricos; pues ¿qué diremos de tan gran cantidad de trigo y cebada, muchas habas, e garbanzos, muchas almendras, pasas, e figos, aceites, e miel, e otras muchas provisiones para defendimiento de la cibdad, que fué cosa milagrosa de ver, como esta cibdad fuese la mejor cosa que Granada tenia? E estando así todos apoderados en la cibdad e fortaleza, el marqués

envió llamar á todos los más principales caballeros que allí con él estaban, por saber dellos su voto e parecer de lo que debian facer. E algunos dixeron que su parecer era que debian dexar allí alguna gente para defender aquella cibdad, e partirse para sus casas. E otros dixeron que les parecia que debian poner fuego á toda la cibdad por muchas partes, e dexarla así desamparada, porque tenian por cosa muy grave de se poder defender á la fuerza de Granada, estando tan cercana. Y el marqués fué del todo contrario de su razon, y díxoles: que pues que á Dios Nuestro Señor y á su bendita Madre les habia placido de les dar tan gran victoria en ganar aquella cibdad, y pues que allí estaba tanta gente y tan buena, que bastaría con el ayuda de Dios no solamente á la defender á los moros, mas darles batalla, e que le parecía cosa injusta averla de desamparar. Mas que su parecer era, pues que todos los que allí estaban habian habido parte del honor en la haber ganado, que todos debian esperar para la guardar y defender, fasta ver el mando del rey e reyna. E donde á ellos esto non les pluguiese facer, que él era muy contento quedar allí solo con sus gentes para guardar aquella cibdad, fasta que sus altezas en ello mandasen proveer, y que él non daria lugar á que la cibdad se quemase, nin tan poca otra gente sin persona principal allí quedase, y que él queria ser éste. Y este acuerdo pesó á muchos de los que allí estaban, como caballeros cobardes y de flacos corazones. E otro dia de mañana el rey de Granada amaneció sobre la cibdad con siete mil de caballo e cien mil peones, e cercó la cibdad por todas partes. E como la gente estoviese toda por los adarbes mirando los moros cómo venian, el marqués mandó apregonar, so pena de muerte, que todos se abajasen para los ordenar para el defendimiento de la cibdad. E luego el marqués, como toviese toda la cibdad muy reparada y engaritada con mucha tablazon que ende falló, como caballero muy prudente y deseoso de su honrra, temiendo lo que vino, e puso sus estanças en todos los lugares que menester eran, y en cada una dellas una persona principal, y él sobre todos, quedó con cierta gente para socorrer á cualquier parte que menester lo oviese, mandando so graves penas que ninguno non dejase su estança, aunque oyese decir que la cibdad se

entraba por cualquier parte. E mandó poner cerradura e llave á un buen pozo que en la cibdad habia, para lo guardar si á tiempo se viese de lo haber mucho menester. Y porque como quiera que tenian una mina por donde el agua del rio entraba en la cibdad, e era cierto que se les podia tomar, como se tomó, e que aquella tomada ternia muy gran trabajo, porque en la cibdad habia más de doce mil personas e más de cinco mil bestias, para lo cual todo tenian muchos mantenimientos, e aquel dia que los moros asentaron su real cerca de la cibdad era sábado, e otro dia de mañana comenzaron de la combatir por diversas partes. E como quiera que los moros traian mucha ballestería e espingardas, con los pertrechos que el marqués habia mandado traer e poner á las partes donde más daño se esperaba, e con los tiros de pólvora e ballestería que en la cibdad estaban, fueron de los moros muertos más de mil e quinientos, e muchos más feridos, de manera que ya recelaban de se llegar á los combates, segun el gran daño de los cristianos rescebian. E el rey moro determinó de tener allí el cerco por algunos dias, creyendo que los cristianos enflaquecerian e darian la cibdad por partido. E allende de esto, acordaron de facer minas para les tomar el agua. E como el marqués lo sintiese, fizo luego contraminar, de tal manera, que ovo muy grandes peleas por tomar el agua, en que murieron muchos cristianos e moros. E el marqués continuamente, como esforzado caballero, de noche e de dia siempre armado, nunca cesaba requerir todas las estanças, esforzando mucho todos los caballeros y gentes que con él estaban, como ellos non tuviesen otro mayor bien y descanso que en lo ver, segun la gran fortuna en que estaban y la gran nobleza y esfuerzo grande que dél conocian. E algunas veces aconteció que veyendo el marqués que la gente enflaquecia e non peleaba con aquella ardideza que convenia para defender la mina, se metia en el agua fasta las rodillas, e por su mano puso fuego á las palizadas que los moros facian, por dar enjemplo á todos que non se excusasen de facer lo que debian; e duró este cerco cuarenta e dos dias, en el cual tiempo el marqués e los otros caballeros que allí estaban con él, trabajaron maravillosamente, e por la gracia de la Santísima Trinidad y de Nuestra Señora la Virgen

María y por el consejo y esfuerzo del marqués, aquella cibdad se ganó e defendió. E como el rey don Fernando e la reyna doña Isabel, su mujer, á la sazon estoviesen en Medina del Campo, que eran venidos del reyno de Aragon, fueron certificados cómo el marqués y los otros caballeros que en su compañia habian ido, estaban cercados en la cibdad de Alhama. E el rey se partió luego á más andar, matando mulas e caballos por llegar en persona en socorro del marqués y caballeros que con él estaban. E como la marquesa oviese mucho procurado de requerir, non solamente á los parientes e amigos del marqués e suyos, mas aun al duque de Medina Sidonia, como quiera que entre el marqués y él algunos debates oviesen pasado; los cuales como lo supieron, non se retardaron, mas muy apriesa ellos y sus gentes en los prados de Antequera se juntaron para ir en el socorro; conviene á saber: el duque de Medina Sidonia, don Enrique de Guzman; e don Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava; e don Diego Lopez Pacheco, marqués de Villena; e don Diego de Córdoba, conde de Cabra; e don Alonso, señor de la casa de Aguilar; e Lope Vazquez de Acuña, adelantado de Cazorla, que despues fué conde de Buendia; e Martin Alonso de Montemayor, señor de Alcaudete; e el alcaide de los Donceles; e Garci Fernandez Manrique; e Juan de Avila, señor de Cebolla, corregidor de Baeza, e las gentes de sus cibdades e villas; e de las cibdades de Sevilla, e Córdoba, e Xerez, y Ecija, e Carmona, de los cuales se juntaron más de diez mil de caballo e treinta e cinco mil peones. E de allí continuaron su camino para ir á descercar al marqués e caballeros que con él estaban, e acordáronse que como todos fuesen en caso que tanto menester era, y tanto servicio de Dios y de la corona real, que cada uno se debia esforzar á facer lo que debia, sin haber acatamiento á ningun pundonor. E todos determinaron que porque don Alonso de Aguilar era más vecino de aquella comarca, e tenia adalides que mejor la podian saber que otros, que levase la delantera, e que todos los otros en sus batallas ordenadas fuesen como convenia á sus estados y honores. E como el rey don Fernando oviese llegado á la Rambla, habiendo andado muy grandes jornadas por se fallar en persona en aquel socorro, fué certificado como toda la gente era

ya entrada, de lo cual su alteza rescibió grande enojo, por non llegar á tiempo de entrar con ellos. E los caballeros ya entrados por el reyno de Granada y llegados á vista de Alhama, á un lugar que dicen el campo de Dona, que es un llano muy grande y muy gracioso, como los moros fuesen certificados de la venida de aquellos caballeros, levantaron el real e fuéronse muy desesperados de recobrar por entonces aquella cibdad. E como llegaron los caballeros cerca de la cibdad de Alhama, el marqués e los otros caballeros que con él estaban con dos mil de caballo, dexando la cibdad á buen recabdo, con grande alegria salieron á los rescebir, llevando el marqués sus batallas bien ordenadas; e llegados los unos á los otros, se ficieron muy grande acatamiento; y de la una parte y de la otra habia tantas trompetas, cheremías y atabales, que era gloria de ver el alegría que todos facian. Y en este medio tiempo, que seria hora de medio dia, como la marquesa oviese enviado las tiendas del marqués, e con ellas muy grandes mantenimientos de mucho pan, e vino, e pescados, e frutas, e conservas de muchas maneras, segun el tiempo que era en cuaresma, e fecho el rescibimiento por el marqués con muy alegre cara á estos señores que con el socorro vinieron, les rogó les pluguiese de comer con él. E como las tiendas del marqués ya fuesen puestas, e todo á punto lo que convenia muy complidamente, los caballeros se fueron á comer con el marqués, e á los que en la cibdad quedaron, envió muy gran parte del mantenimiento que allí tenia. E despues que ovieron comido, el marqués ordenó que quedasen en la cibdad Diego de Merlo, asistente de la cibdad de Sevilla, e don Alonso de Leon, su primo, fijo de don Fernando de Leon, su tio, e Pedro de Pineda, veinte e cuatro de Sevilla, e otros caballeros suyos, con toda la gente que menester habian de sus tierras, e mandó meter muchos mantenimientos e artillerías para el defendimiento de aquella cibdad, e partióse el marqués y los otros caballeros que en su socorro vinieron, e llevaron su camino, faciendo sus jornadas pequeñas, como convenia á gran hueste, fasta que llegaron á la Rambla donde el rey don Fernando estaba, el cual como supiese la venida dellos, los salió á rescebir, e ovo muy gran placer en ver junta tanta noble gente, e fizo al marqués se-

ñaladamente muy grande honrra, porfiando con él de le non dar la mano, e púsole á la su mano derecha e al duque de la otra parte. E dixo el rey: ¡Oh bendito sea Dios Nuestro Señor, que en mi tiempo quiso que oviese un conde Fernand Gonzalez e un Cid Ruy Diaz! E fablando en muchas cosas, llegaron con él á la villa, y el rey quiso saber por istenso todas las cosas que en la cibdad de Alhama habian acontecido, e sabidas, rescibió grandísimo placer, e echó los brazos encima al marqués y le prometió de le facer muchas mercedes, y el marqués con gran reverencia y acatamiento besó las manos á su alteza. Y otro dia de mañana el rey se partió para Córdoba, e con él todos los grandes de su Córte, y el marqués se despidió de su alteza, y dadas infinitas gracias á todos los caballeros que en su socorro fueron, se partió para Marchena, donde la marquesa su mujer estaba, e llevó consigo al duque de Medina Sidonia, al cual fizo muy grandes fiestas, e le dió muy ricas joyas e cativos que de Alhama traia, e non menos repartimiento fizo con los otros caballeros.

E otro dia el duque se partió para la su villa de Sanlúcar, y el marqués salió con él más de una legua, e allí se abrazaron, e pasaron entre ellos algunas razones secretas, y con mucho placer se despidieron el uno del otro, y el marqués se volvió para la su villa de Marchena. El cual, estando ya en ella con gran reposo, acordándosele de tan señalada merced como Nuestro Señor Dios y la Virgen María le habia fecho en tomar aquella cibdad, donde con tan grande honrra salió, determinó de noblecer mucho la mezquita mayor de la cibdad de Alhama, e la fizo consagrar, e mandó facer ricos altares, e le dió muchos ornamentos de vestimentos, e libros, cruces e cálices, e ricos frontales, e mandó poner en el altar mayor una imágen de Nuestra Señora la Virgen María, muy rica y devotísima, y mandó que la iglesia fuese llamada Santa María de la Encarnacion, e mandó quitar todos los tableros de sus tierras, que cada un año le rentaban un cuento, por quitar muchas blasfemias en que Dios era ofendido.

CAPITULO XVI.

CÓMO LOS MOROS ESCALARON LA CIBDAD DE ALHAMA, E DESPUES DE ENTRADOS EN ELLA, FUERON ECHADOS POR FUERZA DE ARMAS, POR CIMA DE LOS ADARBES, E FUERON MUERTOS E PRESOS MÁS DE DOSCIENTOS CINCUENTA.

Dende á pocos dias que el marqués de Cádiz se partió de Alhama, un dia antes del alba, los moros, con el gran sentimiento que tenian de tan gran pérdida, escalaron la cibdad por la parte del aposentamiento de don Alonso de Leon, e de los alcaides Rodrigo Narvaez, e Pedro de Pineda, e Ruy Sanchez de Cádiz, e Juan de Talavera, todos caballeros, parientes e criados del marqués, e como aquella parte del adarbe por donde escalaron era tan alto, de tal manera que creian por allí non se poder escalar, ninguna vela tenian, y por eso ovieron logar de entrar más de trescientos moros antes que fuesen sentidos; e como tantos se viesen entrados en la cibdad, dieron una grita muy grande, á la cual plugo á Dios Nuestro Señor que los cristianos despertaron, e á muy gran priesa tomaron las armas que más pudieron don Alonso de Leon, e Pedro de Pineda, e los otros alcaides del marqués, e sus gentes; e con grande vigor y esfuerzo pelearon con los moros, de manera que antes que los otros caballeros y gentes viniesen al socorro, habian muerto y desbaratado á los moros, los unos derribados del adarbe, e los otros muertos á fierro, e otros presos, en que se perdieron más de dos cientos e cincuenta moros, entre los cuales fué muerto un fijo del Alatar, alcaide de Loja, que era un valiente caballero, e así se fueron los moros fuyendo muy tristes y con gran pérdida de muy principales hombres que allí se perdieron.

CAPITULO XVII.

DEL CONSEJO QUE EL REY OVO EN LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS, E CÓMO DETERMINÓ IR SOBRE LOJA, E DE LO QUE ENDE ACAECIÓ.

Estando el rey don Fernando e la reyna doña Isabel, su mujer, en la cibdad de Córdoba con los grandes de sus reynos, conviene á saber: don Luis de la Cerda, duque de Medina Celi; e don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque; e don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago; e don Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava; e don Pedro de Velasco, condestable de Castilla, conde de Haro; e don Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz; conde de Arcos, e don Diego Lopez Pacheco, marqués de Villena; e el conde de Urueña, e el conde de Cabra, e don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon; e don Alonso, señor de la casa de Aguilar; e don Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla; e don Enrique Enriquez, fijo del almirante don Fadrique; e Martin Alonso de Montemayor, señor de Alcaudete; e Martin Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, e muchos otros caballeros y gentes de sus reynos, los cuales estaban allí ayuntados para entrar con el rey en el reyno de Granada contra los moros infieles, enemigos de nuestra Santa Fé Católica; e su alteza se partió de Córdoba para la cibdad de Ecija, e de allí fué á Estepa, e á los prados de Antequera, e de allí fué á la Peña de los Enamorados, que es entre Antequera e Archidona, donde mandó llamar á todos los grandes que con él iban para haber su consejo con ellos dónde les parecía que sería mejor ir á poner cerco. En el cual consejo ovo diversas opiniones, diciendo cada uno su parecer; e como muchos oviese que dijesen que debian ir sobre Loja, el rey dijo á don Rodrigo Ponce de Leon: ¿Marqués, qué vos parece que debemos facer? El cuál respondió: Señor, pues que vuestra alteza sigue esta obra tan santa y tan buena contra los moros, paréceme que vuestra alteza debe buscar el camino más corto para los destruir; el cual es que vuestra señoría quiera poner el sitio sobre Alora, que es muy más ligera cosa de ganar que Loja, e

los moros están muy quebrados e non tienen logar de venir á la socorrer; e Loja es cosa muy más fuerte, y es cierto que está muy bastecida, así de gente, la mejor del reyno de Granada, como de mantenimiento e artillerias para se defender, y está tan vecina de Granada, que non se puede tanto cercar, cuanto non hayan lugar de ser socorridos de gente cada dia por la sierra, sin gelo poder resistir, e vuestras gentes podrian recibir gran daño, porque en Loja hay hoy mucha gente, y es menester de se poner dos reales, los cuales estarán á gran peligro, segun el sitio donde se han de poner; e tomándose Alora, perdèrse yan los valles de Cartama e de Santa María, e todos los otros lugares cercanos, en lo cual rescibirian los moros muy gran pérdida, y vuestra empresa gran favor; por ende vuestra alteza faga lo que más le placera, que este es mi parecer.

E todo esto así razonado por el marqués de Cádiz, don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, se levantó, e dixo al rey:—Señor, poner el sitio sobre Loja, es muy más convenible á vuestro servicio, porque tomada aquella cibdad, estará mejor acompañada Alhama, e habrá mejor lugar para que la recua entre más segura, cuando quiera que menester sea; e yo creo bien que vuestra alteza muy ligeramente la tomará, cuanto más que vuestra alteza lo tiene ya así ordenado, e non se debe este consejo mudar. E el rey aprobó este consejo por bueno, y salidos del consejo, mandaron cabalgar toda la gente, e continuaron su camino, e andovieron tanto, que otro dia á medio dia llegaron sobre la cibdad de Loja, e pusieron sitio sobre ella, e asentaron su real desta guisa: que porque el marqués de Cádiz dijo que era cosa muy conveniente dos reales, el rey mandó que el maestre de Calatrava, y el marqués de Cádiz, y el marqués de Villena, e el conde de Urueña, y don Alonso de Aguilar, con dos mil de caballo e diez mil peones, pusiesen su real en un lugar que los moros llamaban Santo Almohacen, que es muy cerca de la cibdad, y el rey mandó asentar su real en una rehoyada que es entre el río de Xenil y la sierra, junto con las huertas; y esto puesto así en obra, aquel dia tuvieron asaz que facer en asentar los reales. E otro dia de mañana, el rey mandó que llevasen cuatro robaduquines al

real del marqués de Cádiz, e maestre de Calatrava, fasta que el artillería llegase, y envió mandar al marqués de Cádiz que aquella noche toviese la guardia en la sierra con su gente, el cual cumplió su mandato; e fuéle forzado de estar á pié, porque la sierra era tan fragosa, que non se podia cabalgar; e así el marqués estovo toda aquella noche con su gente en aquella sierra, e con gran frío, e á gran peligro, porque aquella sierra es desigualmente fría; e otro dia sábado de mañana, el marqués de Cádiz se vino al real, por dormir y reposar del gran trabajo que la noche antes él y sus gentes habian pasado. Y en este tiempo, los moros salian de la cibdad á escaramuzar con la gente del real á un llano que es debajo de Almohacen, e como la gente del maestre de Calatrava viese salir así á los moros, fueron á escaramuzar con ellos, e los moros tenian una celada puesta detrás de unas peñas donde tenian muchos ballesteros y espingarderos, e los moros de caballo que primero se mostraron serían fasta cincuenta. E á cada vuelta que daban en el escaramuza, crecian tanto, que se ficieron número de doscientos de caballo; e como los caballeros cristianos se llegasen cerca de las peñas donde la celada estaba, rescebian muy gran daño de las espingardas e ballestería; e como esto supiese el maestre de Calatrava que estaba más cercano, cabalgó en un caballo á gran priesa, con solamente corazas e adaraga, por ir á retraer su gente de la escaramuza; e como no supiese de la celada que tras las peñas estaba, llegando allí, fué ferido de dos saetas, una que le pasó el pescuezo, e otra por el escotadura del brazo izquierdo; e como se sintió ferido, volvió la rienda al caballo, e vínose para su tienda, e dende á poco espacio murió; de que el rey e todos los grandes que ende estaban ovieron muy entrañable sentimiento, e la gente común tomó muy gran desmayo, e como de fuerza los cristianos se ovieron de apartar retrayéndose, los moros se esforzaron tanto, que dieron una grande arremetida contra los cristianos, de tal manera, que los ficieron retraer fasta los meter en su real; e como los moros conoscieron el gran desfallecimiento y desmayo de los cristianos, esforzáronse mucho más, e sin ningun recelo, comenzaron á entrar por ambos dos reales, e facer todo cuanto daño pudieron, sin fallar ninguna resistencia.

E los hombres de armas que estaban en las estanças, que eran del duque de Alba, e del conde de Feria, e de don Juan, señor de Alconchel, desmamparáronlas, sin ninguna vergüenza, e los moros las tomaron. E tanto entraron por el real del maestre, que llevaron dende los robaduquines, e otras muchas cosas. E como el marqués de Cádiz e toda su gente estoviesen reposando del gran trabajo que la noche de antes habian pasado, e oyese la gran grita e alborozo de los moros, levantóse á muy gran priesa, e tomó unas corazas, e un adaraga, e una espada en la mano, e cabalgó en un caballo, e salió como un leon bravo con fasta cincuenta rocines de los suyos que más presto se aparejaron, e comenzó á pelear con los moros de tal manera, que los fizo retraer e dejar las estanças que habian ganado, donde fueron muertos y feridos muchos moros, y pocos de los cristianos, y el marqués estovo allí á muy gran peligro, por las muchas espingardas y ballestas que los moros trayan, á donde le mataron un caballo, e le firieron otro; e milagrosamente Dios, Nuestro Señor, á ruego de su bendita Madre, cuyo devoto él mucho era, lo guardó. E estando así peleando, comenzó á venir alguna de su gente, entre los cuales llegó á él un sobrino suyo que llamaban Pedro de Pineda, el cual le dió un capacete que apenas le cabia en la cabeza, e allí se juntó con él don Francisco, fijo del duque de Plasencia, el cual peleó allí como buen caballero; e el marqués de Cádiz tovo aquel lugar toda esa tarde fasta que fué anochecido. E como la gente del maestre toviese muy gran sentimiento de la muerte de su señor, de tal manera perdieron el corazon, que todos fuyeron cada uno como mejor podia, e non solamenle aquéllos, mas muchos otros de los que en el real estaban. E los principales caballeros que allí estaban, desque vieron el daño tan conoscido, mandaron derribar sus tiendas, e pasáronse al real del rey, y el marqués de Cádiz quedó allí aquella noche con muy gran trabajo y peligro. E otro dia de mañana, la gente del real, desacordada e sin mandado del rey, comenzaron á derribar sus tiendas, y cargar, e irse á más andar; e la gente que non tenia mucho fardaje, íbase toda, sin haber persona que la pudiese detener. E como los moros de la cibdad esto viesen, salieron della á muy gran priesa fasta dos mil e quinien-

tos hombres, e comenzaron á entrar por el real, matando e firiendo, e robando, sin fallar ninguna resistencia.

Y el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon envió á decir al rey con Pedro Diaz de Villacreces, caballero de su casa, que mandase detener la gente, la cual si así se fuese, todo estaría puesto á peligro de se perder. E su alteza respondió que él habia trabajado cuanto había podido, e non los podia detener; mas que le rogaba que él tomase el cargo de los detener, en lo cual le faría señalado servicio. E luego el marqués de Cádiz dejó su gente con su bandera y él se fué á más andar por los detener, firiendo muchos hombres y caballos, diciéndoles muchas veces, como caballero de grande honrra y esforzado, de cuán gran maldad y deslealtad facian en dejar á su señor el rey en el campo y en tan grande afrenta de sus enemigos. E por más que trabajó, nunca los más dellos dejaron de continuar su camino sin ninguna vergüenza irse fuyendo. E los moros en tanto facian gran daño en el real, e fué tan grande la turbacion de los cristianos, que los señores non sabian de sus gentes, nin las gentes de sus señores, e así todos desacordados iban fuyendo, los unos por unas partes, e los otros por otras. E como esto viese el marqués de Cádiz, que el rey su señor y todo estaba á tan gran peligro, como esforzado y leal caballero, quiso ofrecer su persona á la muerte, y encomendándose á Nuestra Señora la Virgen María, entró por el real, y peleó tan bravamente con los moros, matando e firiendo en ellos fasta los botar fuera. E volvió el marqués por el real e falló al Condestable, e al duque de Alburquerque, e al conde de Tendilla, casi perdidos, que habian quedado en el real por poner en él recabdo si pudieran. Y el Condestable dijo al marqués de Cádiz: —Señor, por me fallar cerca de vos y debajo de vuestra bandera, me parece que estó en la torre del homenaje de la mi fortaleza de Frias. Y el marqués le respondió:—Señor primo, esta bandera es vuestra y la gente tambien, e yo vo debajo della. E en esto estando, los moros dieron vuelta con más crecida gente, y entraron faciendo daño por el real. Y el marqués de Cádiz, esforzando mucho su gente, arremetió con ellos, peleando muy reciamente, matando e firiendo en ellos fasta los meter por los arrabales,

e luego los cristianos volvieron al real á coger sus tiendas que habian dejado perdidas en poder de los moros, y el marqués estovo allí fasta que todo lo acabaron de coger y cargar; y esto así fecho, el marqués y los otros caballeros subiéronse arriba, donde el rey estaba con asaz poca gente, que serían fasta ochocientos de caballo. E como parecian grandes polvos por el camino de Granada, algunos dijeron que era el rey moro que venía con todo su poder; e tan grande fué el esfuerzo del rey, que esperó allí, e se tovo por dicho de le dar la batalla con esa poca de gente que tenía al rey de Granada si viniera. E así estovo allí fasta cerca de media noche, esperando que cargasen todos los pertrechos e artillerías, que cosa dello non se perdiese, e de allí se partió su alteza para Rio Frio, donde despues de llegado, envió llamar al marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, e gradecióle mucho el servicio tan señalado que allí le habia fecho, e mandóle que se fuese á Córdoba, donde él y la reyna doña Isabel, su mujer, le farian mercedes; e el rey se partió de allí para Córdoba, y llegando al rio de las Yeguas, el marqués besó las manos á su alteza y se fué para la su villa de Marchena, donde con mucha alegría fué rescibido, e dende á pocos dias el marqués se fué para Córdoba, y el rey y la reyna lo rescibieron muy bien e le ficieron grande honrra y merced señalada del cargo y descargo de su cibdad de Cádiz, que fasta entonces non lo levaba, que renta un cuento de maravedíses en cada un año.

CAPITULO XVIII.

DE CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, FUÉ POR ESCALAR LA VILLA E FORTALEZA DE SETENIL, E FUÉ SENTIDO, E MANDÓ CORRER LA VILLA, E DE ALLÍ FUÉ Á PONER CERCO SOBRE LA TORRE DE LAS SALINAS, E LA COMBATIÓ E DERRIBÓ, E LLEVÓ DE ALLÍ DOCE MOROS QUE DENTRO ESTABAN.

Año de mil e cuatrocientos e setenta. . . . . (1) años, estando el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, en la su villa de Marchena, ya partidos el rey e la reyna á Castilla, dos adalides del marqués le vinieron á facer saber cómo habian tentado la villa de Setenil, e como quiera que fuese muy fuerte, ellos entendian darle órden cómo se pudiese escalar. E luego el marqués, por ser mejor certificado, envió dos criados suyos que sabian bien la tierra para que mirasen si era verdad aquello que los adalides decian, los cuales fueron, y con gran diligencia lo tentaron, e fallaron que los adalides habian dicho verdad, e ficieron dello relacion al marqués, el cual, como siempre continuo fuese su deseo de servir á Dios y á la corona real, luego mandó llamar la gente de la su cibdad de Arcos, e de todas las otras sus villas e lugares, e á todos los caballeros y escuderos de su casa que vivian en las cibdades de Sevilla, e Xerez, e Ecija, e Carmona, e juntó fasta nuevecientos de caballo e cuatro mil peones, con la cual gente se partió de allí e fué á tener dia á un valle que llaman Guadamanil, que es á dos leguas de Setenil, e desde allí ordenó la gente que debia ir con el escalador, e mandó que se fuesen adelante, y envió despues de aquellos la gente de pié que era menester para el socorro despues que la villa fuese escalada, e ordenó sus batallas como convenia, y el escalador e los que con él iban echaron sus escalas sin ser vistos, e comenzaron á subir por ellas. E como uno de los que subian por el escala llevase un ca-

(1) En blanco.

pacete colgado del brazo, e al subir se le quebrasen las correas, dió un tan gran golpe en una peña, que las velas lo oyeron, e luego comenzaron á dar grandes voces, e levantóse toda la gente e socorrieron aquel logar donde oyeron el golpe, e comenzaron de lanzar piedras, y el escalador y los que con él iban se volvieron por donde habian venido, e contaron al marqués el caso acontecido, de que ovo muy grande enojo; mas dió muchas gracias á Dios y á su bendita Madre por haber salido aquella gente sin rescibir daño. E el marqués con su gente estovo allí fasta el dia, e mandó correr el campo fasta las puertas de la villa, e fizo talar todas las huertas e las viñas, e de allí se partió para una fortaleza que es entre Setenil y Ronda, que se llamaba la torre de las Salinas, que era muy fuerte e asentada en un cerro muy alto, en la cual estaban diez moros, y aquella torre era guarda e atalaya de toda aquella tierra. E el marqués la mandó combatir con gruesos tiros de pólvora, y espingardas, e ballestería, e á escala vista la tomó por fuerza de armas, e tomó presos los moros, e mandó sacar della todo lo que en ella estaba, e mandóla derribar toda llana por el suelo, en lo cual los moros rescibieron gran daño, e fué comienzo para se haber de perder más presto aquella tierra. E de allí el marqués se partió con toda su gente muy alegre para la su villa de Marchena, dando muchas gracias á Dios por tanto bien y merced como cada dia le facía, e fizo mercedes á los que aquella torre escalaron.

CAPITULO XIX.

CÓMO EL REY DON FERNANDO PARTIÓ DE CÓRDOBA E FUÉ PONER CERCO SOBRE TAJARA, E NON QUERIENDO EL REY QUE GENTE ALLÍ MURIESE, MANDÓ QUE NO SE COMBATIESE, Y EL MARQUÉS DE CÁDIZ CON SU GENTE Y CON LICENCIA DEL REY LA COMBATIÓ E SE LA DIÓ Á PLEITESIA.

En el año de mil e cuatrocientos e ochenta e tres años, el rey don Fernando, continuando su alta empresa, vino á la cibdad de Córdoba, e con él muchos grandes de sus reynos. E de allí deter-

minó de entrar en el reyno de Granada, e todos los más lugares que pudiese. E así lo puso en obra su alteza, e talando la vega, llegó el rey á un lugar que llaman Tajara, en que estaba una buena fortaleza, la cual mandó combatir con sus tiros de pólvora. E como la gente suya rescibiese gran daño de las espingardas e ballestas que los moros tenian, e como el rey era muy piadoso y amador de los suyos, non queriendo que rescibiesen daño, mandó cesar el combate, e acordó de se partir de allí sin más combatir aquella fortaleza. E como el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, ese dia oviese estado en la guarda del campo, e venido en la noche, supo el caso pasado, e parecióle ser gran mengua que aquella fortaleza así oviese de quedar; e suplicó al rey que le diese licencia para la combatir con su gente, y el rey gela dió. E otro dia de mañana el marqués mandó armar toda su gente, e mandóles que tomasen bancos pinjados e los arrimasen á la fortaleza, e mandóla combatir fuertemente, e ganóse una gran parte del muro. E ya puestos los puntales e queriéndoles poner fuego, como los moros esto sintieron, acordaron de se dar á la merced del rey para que dellos ficiese lo que le pluguiese. E los moros que en esta fortaleza estaban eran ciento e treinta moros; e salidos y entregada al marqués la fortaleza, él se vino para el rey, e su alteza ovo muy gran placer de la buena cuenta que el marqués habia dado en tomar aquella fortaleza. E por toda la hueste fué mucho loado lo que el marqués fizo, y el rey mandó derrocar toda la fortaleza, llana por el suelo.

CAPITULO XX.

DE LA ENTRADA QUE FICIERON EL MAESTRE DE SANTIAGO, Y EL MARQUES DE CÁDIZ, Y MUCHOS OTROS CABALLEROS, E CÓMO POR MAL CONSEJO FUERON TODOS DESBARATADOS EN EL AXARQUIA DE MÁLAGA, E FUERON PERDIDOS, MUERTOS E CATIVOS MÁS DE MIL CRISTIANOS EN AQUEL DESBARATO, LO QUE NON FUERA SI EL CONSEJO DEL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, SE TOMARA.

Como el rey don Fernando e la reyna doña Isabel, su mujer, fuesen partidos á Castilla para entender en algunas cosas complideras á su estado real, en el año de mil e cuatrocientos e setenta. . . . . (1) años, estando el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, en la su villa de Marchena, y el maestre de Santiago en Ecija por frontero, al maestre se ofreció un ardid por un tornadizo, al cual llamaban Bernaldino de Osuna. El cual se le ofreció que le darían una gran cabalgada de unas aldeas, e mucho ganado en el Axarquia de Málaga, que es de aquella parte della, e que la salida habia de ser por cerca de aquella cibdad, que era camino muy llano, por donde las batallas podian salir seguramente; e como el maestre fuese deseoso de dar buena cuenta del cargo que tenia, escribió al marqués de Cádiz, rogándole mucho le pluguiese se viesen en uno entre Ecija e Marchena, para haber de fablar con él algunas cosas complideras al servicio de Dios y de los reyes, lo cual pusieron en obra. E allí juntos, el maestre fabló con el marqués muy largamente toda su voluntad, é le rogó mucho le quisiese facer tamaño bien que ambos fuesen en compañía para facer aquella entrada. E el marqués de Cádiz le respondió; que porque era tanto servicio de Dios y de la corona real ir contra los moros infieles, y también por amor suyo, que era muy contento dello; pero que le rogaba mucho que lo mirase

(1) En blanco.

bien primero, porque la entrada era muy peligrosa, por ser tierra tan fragosa y áspera que poca gente de los moros podian facer tan gran daño donde poca honrra se pudiese sacar. Y el maestre le respondió que él estaba muy bien certificado que la entrada era muy buena y segura. Y esto acordado, se partieron: el marqués á la su villa de Marchena, y el maestre para Ecija, de donde escribió al conde de Cienfuentes, don Juan de Silva, que era á la sazon asistente de Sevilla, e á don Alonso de Aguilar, que les pluguiese de ser en esta entrada con él. Y el marqués de Cádiz escribió á don Pedro Enrriquez, adelantado mayor del Andalucía, rogándole mucho que le pluguiese de ser en este concierto; como quiera que el marqués todo lo facía contra su voluntad, temiendo lo que despues fué, e al adelantado le plugo de lo facer. E luego el miércoles adelante, que fueron diez e nueve de Marzo del dicho año, todos estos caballeros con sus gentes fueron juntos en Antequera, donde se platicó mucho en el ardid que el maestre tenia. E los adalides del marqués decian que la tierra era muy fragosa, e muy peligrosa en la salida, y el marqués contradijo mucho otra vez aquella idea, por no haber fallado él aquella tierra, e aun por dar fé á sus adalides, que los habia él por muy ciertos, e quisiera él mucho ir á otra parte donde más provecho e honrra estaba seguro de haber, e menos inconvinientes, de lo cual él estaba mucho bien informado, porque nunca jamás falló falta en sus adalides. Y el alcaide de Antequera, aficionóse mucho al ardid del Bernaldino, y con él todos los de Antequera, los cuales insistieron que todavia se debia facer aquel viaje. E al fin, como el ayuntamiento de aquellos caballeros oviese seydo á requesta del maestre, todos determinaron de estar á lo que á él le pluguiese. E así á él plugo que se pusiese en obra lo por él determinado, pues que el alcaide de Antequera, e los de aquella villa que sabian bien aquella comarca, les parecía que se debia facer. E aquel dia, miércoles, comenzaron su camino; e levaron la delantera el adelantado, e don Alonso de Aguilar, e algunos otros capitanes del rey con la gente de Antequera, que serian fasta ochocientas lanzas, con las cuales iban los adalides llevando la guia. E luego en pos de aquella batalla iban el conde de Cienfuentes con fasta doscientas lanzas. E la

tercera batalla llevaba el marqués de Cádiz con setecientas lanzas; e todas estas gentes así ordenadas, andovieron todo aquel dia e la noche; e por mucho que andovieron, non pudieron llegar á las aldeas que pensaban fasta otro dia jueves en amaneciendo. E á cabsa de la tardanza, e por haber seydo sentidos, todos los moros, con lo principal que tenian, se alzaron á las torres e á lo más agro de la sierra, en tal manera, que ninguno se tomó, salvo quince moros e diez moras que algunos de los del marqués tomaron en una aldea que el marqués entró, la cual mandó quemar despues de tomar lo que en ella fallaron, e asimesmo robaron e quemaron otras muchas aldeas. E como el maestre trajese la zaga, e pasase por una aldea que se llamaba Modinete, que se habia quemado, los moros que se habian retraido á una torre, salieron della, e dieron en la zaga de la batalla del maestre, e matáronle veinte de caballo, e á los caballos con ellos, e tomaron ciertas acémilas de su fardaje; e toda la más gente de su batalla se fuyó, salvo algunos pocos criados suyos que con él quedaron, los cuales ficieron rostro á los moros, e lo ficieron muy bien. E como el maestre se viese en tan gran peligro, envió demandar socorro al marqués, el cual estaba más de media legua en unas aldeas que mandaba quemar. El cuál como lo supo, vino prestamente donde el maestre estaba, e despues de llegado, pelearon con los moros. E el marqués apretó con ellos tan reciamente que mató la mayor parte dellos, e los otros fuyendo, se metieron en la torre E de allí el maestre y el marqués con su gente siguieron su via pasando por otros algunos, muy malos pasos, fasta que todos llegaron á la ribera de la mar á un lugar que se llamaba Bisillana. E de allí tomaron su camino por salir al camino de Málaga, como el adalid Bernaldino les habia dicho, llevando la delantera los caballeros que primero la habian traido, e luego en pos dellos el conde de Cienfuentes, e despues el maestre, e la rezaga llevó el marqués. E fueron así continuando su camino, el cual era muy áspero, e de malos pasos; e los moros todavía trabajaban por facer daño en la rezaga; pero dióse en ello tan buen recabdo, que el marqués peleó con ellos, y mató más de doscientos dellos, de caballo y de pié, de manera que los moros quedaron tan lastimados que por entonces dejaron

de le seguir. E los adalides guiaron tan mal, que metieron la gente en lugares tan ásperos y tan fragosos, que no habia hombre del mundo que dellos pudiese salir. E pasó la delantera por el primer paso malo, e toda la gente, sin rescebir daño fasta que el marqués de Cádiz llegó, que traia la rezaga. E algunos de los moros comenzaron á pelear con el marqués, e plugo á Nuestro Señor Dios, aquel que siempre le dió victoria en todos sus fechos, que se dió atan buen recabdo, que ni él ni su gente non rescibieron daño ninguno, como quiera que los moros tirasen muchos tiros de ballestas y espingardas, nunca les empecieron, y el marqués y todos los otros siguieron su via, creyendo ser pasado lo más fuerte e que adelante todo era llano. E yendo así todos, á la hora del Avemaría, llegaron á un arroyo muy fondo, que lo señoreaba una sierra, la cual habian tomado los moros, e las delanteras pasaron sin rescebir daño, salvo la batalla del maestre, e del marqués, que quedaron atrás; e los moros comenzaron á pelear con ellos, e fuéles forzado de acometer subir la sierra contra los moros. Y el marqués y el maestre arremetieron juntos, y el marqués subió más la sierra fácia los moros, y el maestre y su gente no pudieron tanto subir, porque era muy fragosa, e recebian gran daño de los moros. E allí quedaron el alférez del maestre e otros algunos; e al marqués firieron el caballo, de tal manera, que cayó; e un criado suyo le dió otro luego en que salió, al cual despues fizo largas mercedes. Y en esto cerró la noche, y todos subieron á una loma bien alta, e allí conocieron cómo las guardias que fasta allí habian guiado habian llevado muy mal camino, e tomó la guia un adalid del marqués, el cual iba con él en la delantera, con alguna gente de la suya, e otra que se le habia llegado, que serían por todos fasta doscientas e cincuenta lanzas, para pelear con los moros que ya eran pasados á la delantera, á un arroyo muy fuerte, e fondo, de un cañaveral muy espeso que habian de pasar. E los otros caballeros e gente habian de seguir aquel mesmo viaje, asida la una gente con la otra. E como el marqués llegó al arroyo, luego lo pasó, e el maestre e los otros caballeros se detovieron en un cerro alto, de tal manera, que el filo quebró. E vista su tardanza, el marqués envió á Pedro Vazquez Saavedra á gran priesa,

para que dijese al maestre e á los otros caballeros, que andoviesen cuanto pudiesen. Y el marqués se llegó á una torrecilla pequeña que está en un llano, e descabalgó él y todos los que con él iban, por reposar, entre tanto que la otra gente llegase. Y estando así, llegó á él Francisco de Cárdenas de parte del maestre, el cual le rogaba que esperase allí. E el marqués le respondió que él no facía alli otra cosa salvo esperar á él e á los otros caballeros que con él venian. Y el marqués le rogó que volviese al maestre para le facer andar, y él le respondió que traia el caballo muy cansado, e no podia ir. Entonces el marqués mandó á ciertos criados suyos que fuesen á decir al maestre que le pluguiese de andar; los cuales no pudieron pasar, porque los moros se habian ya puesto entre la una gente y la otra. E como esto viese el marqués, mandó tocar sus trompetas porque los caballeros las oyesen e acudiesen allí. E los caballeros maestre, e conde, e adelantado, e don Alonso de Aguilar, acordaron de no pasar el arroyo, e quedar aquella noche en el cerro donde estaban. E los moros dejaron de ir á ellos, e fueron á pelear con el marqués, que pudiera estar en salvo si quisiera, si non por los esperar, que segun su nobleza y esforzado corazon, antes se pusiera á peligro de muerte, como se puso, que haberlos de dejar. E allí el marqués, como caballero muy diestro en los fechos de la guerra, trabajó peleando con ellos fasta más de la media noche. El cual estaba en una rehoyada, e los moros tenian tomado todo lo alto en torno della, de tal manera que el marqués y toda su gente rescebian muy gran daño de las ballestas y piedras que los moros tiraban. E la gente que el marqués tenia, non esperando ningun socorro, se dejó vencer, de manera que todos fuyeron, cada uno por donde mejor pudo, porque la escuridad de la noche era tan grande, que non se veian los unos á los otros, nin se podían valer, nin ménos sabian la tierra donde estaban. E por estas cabsas fueron todos desacordados, donde se perdieron don Diego, su hermano del marqués, e fasta cincuenta otros caballeros e escuderos criados suyos. E como el marqués así se viese desmamparado de los suyos, salió con algunos que con él se fallaron por una sierra tan alta que habia cuatro leguas en la subida. E un tornadizo, adalid suyo, que plugo á Dios á la hora

con él se fallase, lo salvó con todos los otros que con él iban. E los moros siguieron poco el alcance por volver á pelear con el maestre; e como lo fallaron en la sierra, non quisieron con él pelear fasta otro dia de mañana que pelearon con ellos e los desbarataron. E allí se perdieron el conde de Cienfuentes e dos hermanos del marqués, don Lope e don Beltrán, e tres sobrinos suyos, Juan de Pineda e don Lorenzo, fijo de don Pedro Ponce, señor de Villagarcía, e don Manuel, fijo de su hermana del marqués, doña Isabel; e Juan de Robles, corregidor de Xerez, e Bernaldino Manrique, fijo de don Garci-Fernandez Manrique, corregidor de Córdoba, e muchos otros caballeros y escuderos, así de las casas de los dichos señores, como de las cibdades de Córdoba e Sevilla. Y el maestre y el adelantado, e don Alonso de Aguilar, escaparon á uña de caballo. E todos los que con el marqués salieron á un castillo de Antequera llamado Coche, e de allí se fueron á la villa de Antequera, e dende á dos dias salieron otros muchos que por diversas partes se podieron salvar. E de la gente del marqués se perdió en esta entrada, allende de sus hermanos e sobrinos, ciento e ochenta hombres, e de los otros caballeros se perdieron más de ochocientos, lo cual todo se debe creer que acontesció por los pecados de algunos que allí iban, así por su soberbia e envidia, e cobdicia desordenada; que si el marqués de Cádiz fuera creido, y su buen consejo rescibido, como caballero que sabia bien el estilo de la guerra, nunca se perdieran los que se perdieron, nin los que escaparon rescibirían tal afrenta. E yo fuí certificado de dos caballeros de mucha fé que allí fueron cabtivos, e despues salieron, que muchas veces oyeron decir á los moros que cuando iban aquella noche en el alcance del marqués, que á su pensar, todavía lo alcanzaran, salvo que vieron delante de sí dos caballeros en dos caballos blancos muy grandes, armados en blanco con cruces coloradas, e las espadas en las manos, que tan grande era su resplandor, que relumbraban más que si fuera en medio del dia con gran sol, e mucha gente armada con ellos; e fué tan grande el temor y espanto que los moros ovieron, que todos volvieron fuyendo más de una legua, pensando de nunca escapar; e jamás ninguno dellos osó volver la cabeza atrás, fasta que algunos moros de los más principales volvieron las riendas á

los caballos e ficieron detener los otros moros, y aún no podían con ellos; tan grande era el miedo y espanto que consigo traían. Y estovieron allí gran rato esperando los que atrás venían, e miraban estando espantados que non vian nada de lo que antes vieron, e dixeron algunos de los más ancianos: Verdaderamente esto non puede ser otra cosa sino milagro que Alá quiso mostrar por salvar al marqués, que es buen caballero; e todos los otros moros dixeron que así lo creían. E non debemos dudar en esto, porque este noble caballero fué siempre tanto devoto de Nuestra Señora la Virgen María, Madre de Dios, la cual es muy cierto que algunas veces le aparesció, y tambien era muy devoto de Santiago, e San Jorge, e San Estacio, á los cuales Nuestra Señora milagrosamente envió en su defendimiento. Y señalada merced fizo Dios á todos aquellos que de aquella entrada escaparon, segun el gran peligro e priesa en que se vieron.

CAPITULO XXI.

CÓMO LOS MOROS ENTRARON Á CORRER EL CAMPO DE UTRERA E MORON, E DE CÓMO FUERON VENCIDOS E DESBARATADOS POR EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, E POR OTROS CABALLEROS QUE LE SIGUIERON.

E despues destas cosas tan contínuas así pasadas, en el año de mil cuatrocientos e ochenta e tres años acaesció que dos tornadizos, adalides del marqués de Cádiz, se fueron á tierra de moros, e dieron un ardid al alcaide Bexir, cabecera, e de los principales de Málaga, de facer una gran cabalgada en el campo de Utrera, e Moron, e Lopera, fortaleza del marqués de Cádiz. E como el alcaide Bexir acebtase el ardid, luego comenzó de llegar la gente que más pudo, así de Málaga, e Velez Málaga, e Marbella, como de Alora, e Coym, e Caçarabonela, e del Burgo, e Ronda, e Setenil, e la sierra de Villaluenga, en que ayuntarian por todos fasta mil e cuatrocientas lanzas con las cabeceras destos lugares, e dos mil e doscientos peones. E estando un Anton Blanco, adalid, con una cuadrilla de peones en el camino de Lifa, que va de Málaga á Ronda, aguardando por tomar algun moro que pasase por el ca-

mino, e vido venir la dicha gente que llevaba la via de Ronda, y esa noche este Anton Blanco vínose de Esteba e dió aquella nueva á Diego Ramirez, fijo de Juan de Guzman, señor de aquella villa que ahí estaba, e contóle cómo habia visto venir por el camino, á su parecer, que habria tres mil rocines e gran peonaje. E como este caballero desto fuese certificado, luego á la hora escribió al marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, como á caballero más principal de toda la frontera, á cuya cabsa Luis Portocarrero e otros capitanes, con cierta gente de la guarnicion que tenian del rey e de la reyna en Ecija, e el alcaide de Osuna e gente de aquella villa, se vinieron á Moron á se juntar con el alcaide y gente della y del Arahal, que serian por todos fasta setecientos de caballo; y el marqués era ido á Xerez donde le llegó esta nueva, con la cual rescibió grandísima alegría e placer y mandó vestir de seda al mensajero. E á la hora escribió á Moron, faciéndoles saber cómo facia poner guardias en toda aquella tierra, porque si los moros entrasen, luego fuesen dello sabedores, e que luego saldria de Xerez al campo, como salió, que seria á dos horas pasadas de la noche, e salieron con él fasta trescientas lanzas, e vínose á la su cibdad de Arcos, donde llegó á las tres horas despues de media noche, e de allí sacó ciento e cincuenta lanzas e cierta gente de pie; e de Lopera e Hornos, villas del adelantado, se juntaron con él fasta cuarenta lanzas e doscientos peones. E á la media noche las guardias del campo sintieron entrar los moros por la via e camino de Sahara, e ficieron almenaras, por do se conosció que por aquella parte entraban los moros. E como quiera que el marqués habia andado cinco leguas desde Xerez fasta Arcos, con gran deseo de se fallar con los moros, por vengar el afruenta de las lomas, en aquel año pasada, no estimaba en nada sus trabajos, e siguiendo su camino la via del rebato, que eran otras cinco leguas, llegó entre las ocho e las nueve del dia al rio de Guadalete, por tomar la delantera á los moros que eran entrados al campo de Utrera. E los que estaban en Moron, que era Portocarrero e los dichos alcaides de Marchena, e Osuna, e Moron, con la gente que tenian salieron al rebato. E los moros se ordenaron en esta manera. Ellos eran mil e cuatrocientas lanzas e dos mil e doscientos peones; e

dexaron el peonaje en el puerto de Orillo, que es tierra fragosa, camino de Sahara; e en Guadalete, de la otra parte del rio, dexaron seiscientas lanzas, y en Lopera, que es legua e media de Guadalete, camino de Utrera, dexaron cuatrocientas lanzas en otra celada, e las otras cuatrocientas lanzas entraron con los alcaides que habian dado el ardid, que se llamaban Francisco e Rodrigo, al campo de Utrera e Moron, e tomaron e robaron del dicho campo mil e trescientas vacas; y en este medio tiempo ovieron lugar Portocarrero e los alcaides de Osuna, e Marchena, e Moron, de llegar cerca de Lopera, e así el marqués ovo tambien lugar de se poner entre Guadalete e Lopera, tomando la delantera á los moros bien más de media legua. E las cuatrocientas lanzas de los corredores llegaron de vuelta con su cabalgada á Lopera, como quier que la gente de Utrera, que serian cuarenta de caballo e doscientos peones, venian asidos con ellos por los detener, e habian muerto algunos moros de los corredores, e así mesmo los moros algunos de los cristianos, e juntáronse con las cuatrocientas lanzas de la celada que habian dexado en Lopera, e allí Portocarrero e los alcaides fueron á ellos con fasta seiscientas lanzas e mil peones que venian por su filo. E los moros, habiendo vista de la gente del marqués, que estaba en la delantera muy cerca dellos, e los cristianos arremetieron á ellos en dos batallas, e los que primero dieron en los moros fueron los alcaides de Marchena, e Osuna, e Moron; y en la otra batalla venian Portocarrero e los capitanes de Ecija, e dieron por el lado en los moros de manera que fuyeron desbaratados. E los de Marchena que primero llegaron á la faz de los moros derrocaron al alférez de Málaga e le prendieron, e le tomaron la seña del alcaide Bexir; e los moros que iban fuyendo, como vieron la seña del marqués en la delantera, desmayaron, e volviéronse la via del monte de la villa de Lopera, e otros tomaron la via de Gaylyn, que es una gran breña, de los cuales quedaron allí muertos más de doscientos moros. E las otras seiscientas lanzas de la celada de los moros que estaban en el rio, se descubrieron e comenzaron de fuir, porque el marqués y su gente iban muy cerca dellos, siguiendo el alcance de los que iban desbaratados. E como aquello vido el marqués, enderezó á la celada e siguió el alcance

cuatro leguas, fasta Sahara, donde mataron e prendieron más de trescientos e cincuenta caballeros, entre los cuales habia algunos moros principales, e les tomaron dos banderas; e los dichos Portocarrero e los alcaides siguieron el alcance de los moros que les copo por su parte, fasta media legua de aquella parte del rio; e enviaron á decir al marqués, que iba delante en pos de los moros siguiéndoles, qué era lo que le parecia ó mandaba que ficiesen; y el marqués les envió á decir que lo siguiesen, porque aquel era dia de non parar fasta Sahara, porque podia ser tomar aquella villa con el disfavor que los moros tenian. E Portocarrero e los alcaides, á cabsa de la grande agua que facia, se volvieron á Moron. Y el marqués con su gente, como esforzado caballero, como quiera que el agua era muy grande, no dexó de seguir su alcance fasta llegar cerca de Sahara, donde toda esa noche estovo en el campo con su gente recogiendo el campo e los moros que estaban escondidos e perdidos, como era tierra fragosa e la noche muy escura, é así estovo en el campo fasta otro dia de mañana, que dió una vista á Sahara, donde salieron á escaramuzar fasta quince caballeros, de los cuales fueron muertos los siete; e fallóse ser muertos y presos en aquel desbarato más de ochocientos moros, donde el marqués ovo muchos prisioneros y caballos con ricos jaeces, e muchas ricas otras joyas. E de allí el marqués se volvió á Xerez, donde fué rescebido con grande honrra e solemnidad, e partió largamente con los suyos á cada uno como quien era, como siempre lo ovo de costumbre, ir todos dél muy contentos.

CAPITULO XXII.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, TOMÓ POR FUERZA DE ARMAS Á LOS MOROS, EN MEDIO DEL DIA, LA VILLA Y FORTALEZA DE SAHARA.

En este mismo año de mil cuatrocientos e ochenta e tres años, el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, con aquel limpio deseo que siempre tenia al servicio de Dios y de su bendita Madre la Virgen María, y de la corona real, jamás dexaba de pensar cómo pudiese facer todo daño á los moros, e como ellos oviesen

tomado la villa e fortaleza de Sahara, donde muy gran daño universal á toda la frontera se seguia, buscó manera cómo la pudiese tornar á cobrar, para lo cual mandó á cierta gente de la su cibdad de Arcos, que de contínuo corriesen aquella villa de Sahara, por saber qué forma tenian en la guarda y defendimiento della, e tambien por haber algun moro de quien pudiese ser certificado de la gente, pertrechos e mantenimientos que en ella habia. E cuando quiera que los cristianos corrian aquella villa, la mayor parte de los moros recorría á la guarda de la puerta, e siempre salian algunos á escaramuzar con los cristianos; e mirando en el aviso desto, muchas veces se ovo conoscimiento que, poniéndose cierta gente á las espaldas del muro, en unas concavidades de peñas cercanas que ahí estaban par del castillo, e corriéndolos así á la hora, como solian correr en el escaramuza, algunos saldrian á ella, e los otros que estarian sobre la puerta mirando, e que así se podrian echar las escalas sin ser sentidos por la parte de las peñas donde los cristianos estaban. Y esto habiéndose fecho muchas veces, el marqués, estando en la su villa de Marchena, informado bien de todo, acordó de probar si podrian haber aquella villa. E un dia por la mañana, el marqués de Cádiz se partió de Marchena, e con él don Rodrigo, su yerno, con fasta seiscientas lanzas e mil e quinientos peones que para este fecho habia mandado llamar. E luego escribió á los capitanes del rey e reyna que en aquella comarca estaban, e á las cibdades, e villas comarcanas, rogándoles que todos estoviesen prestos para le socorrer, si menester fuese, en un caso en que pensaba que Dios y el rey serian muy servidos. E Luis Portocarrero, señor de Palma, no solamente se tuvo por contento de requerir los capitanes, mas en presona cabalgó con ochenta lanzas e anduvo toda la noche fasta se juntar con el marqués en Guadalete, que es cerca de Lopera, por ser en aquel fecho, donde estovieron aquel dia, e otro dia siguiente, el marqués e los que con él iban, cabalgaron e continuaron su camino, y el marqués envió delante á don Alonso de Leon, su primo, e á don Fernando de Padilla, alcaide de Arcos; e con ellos cincuenta escuderos, criados suyos, y el escalador que era vasallo suyo, para se poner en las concavidades de las peñas susodichas, los cuales lo ficieron con tanto tiento e discrecion, que

sin ser sentidos, se pusieron donde por el marqués les fué mandado. Y el marqués con toda la gente se puso en una celada muy cerca de la villa, e á hora de las diez del dia, el marqués mandó salir de la celada diez de caballo que fuesen á correr fasta las puertas de la villa de Sahara; e como los moros pensasen ser aquel dia como los otros que tantas veces habian venido así tan poca gente, salieron á ellos e comenzaron á escaramuzar con ellos como solian. Y en este medio tiempo, la gente del marqués que detrás de las peñas estaba, pudo arrimar las escalas al muro e subieron en él cuatro escuderos sin ser sentidos de los moros; e por una atalaya que los moros tenian en una torre del castillo fueron vistos, el cual dió grandes voces á los moros que estaban á la puerta y en el campo, diciéndoles cómo la villa se entraba por escala. E los moros fueron luego á defender la entrada de los cristianos, y el marqués que estaba con la gente en la celada con Portocarrero e don Rodrigo, salieron con la gente toda. E Portocarrero e don Rodrigo fueron á pelear con los moros que estaban á la puerta con alguna parte de aquella gente, y el marqués fué á muy gran priesa á socorrer y esforzar la gente del escala, e luego como llegó, comenzó á sobir por el escala, así por esforzar los que arriba estaban, como porque los que estaban abajo sobiesen con mejor gana. E luego como el marqués fué encima del muro y los suyos lo viesen, ellos se esforzaron tanto, que pelearon él y ellos tan reciamente, que aunque los moros eran muchos y los cristianos que arriba estaban eran pocos, los moros fueron vencidos e se retrayeron á la fortaleza, que serían fasta ciento e cincuenta, porque á la puerta, porque era muy fuerte, non dexaron más de cuatro que bastaban para la defender. E los cristianos que habian subido por el escala, abrieron la puerta de la villa, por donde los otros caballeros y gentes entraron. E así entrados, el marqués mandó poner estanças contra la fortaleza con bancos pinjados, e maderetes, e otros pertrechos que allí llevaba, e muchos tiros de pólvora e ballestería, e combatióla contínuamente desde que en ella entró fasta tres dias, de tal manera, que la priesa del combate fué tan grande, que los moros se le dieron á pleitesía que les diese las vidas. Y el marqués gelo prometió, como quiera que le oviesen muerto y

ferido alguna de su gente, e de los moros fueron muertos y feridos la mayor parte dellos. Y el marqués dexó bastecida la villa e fortaleza de gentes, e armas, e pertrechos para la defender, e muchos mantenimientos, tantos cuantos cumplian para ciento e cincuenta hombres que allí dexó con Fernando de Padilla, su alcaide de Arcos, para asaz tiempo; e tomó los moros e llevólos consigo á la su villa de Marchena, muy alegre, dando muchas gracias á Dios y á su bendita Madre, por la merced que le habia fecho en ganar aquella villa y fortaleza tan noble y tan principal. E todas las gentes que en la villa estaban, lo salieron á rescebir muy honrradamente, y el marqués mandó facer mucha honrra á los moros que consigo llevó, porque le pareció ser cosa muy complidera para las cosas que dende adelante se habian de seguir. E asimesmo dió grandes dádivas á los caballeros principales que con él se fallaron en la toma de aquella villa; e á todas las otras gentes que con él iban fizo mercedes muy largamente, dando á unos juro situado, e á otros caballos e ropas, e á otros pan e rebaños de vacas, de tal manera, que la toma desta villa, con el gasto y mercedes que fizo, le costó cerca de tres cuentos. E dende á pocos dias envió por alcalde á un criado suyo que llamaban Juan de Ayllon, á la su villa e fortaleza de Sahara, al cual dió en tenencia muy largamente todo cuanto menester habia, e envió mandar á Fernando de Padilla, el alcaide que primero habia dexado, que se viniese á la su cibdad de Arcos á estar por alcaide, como de antes lo estaba á su servicio. Y el marqués pobló la villa de Sahara de ciento e cincuenta vecinos, en los cuales habia ciento de caballo e cincuenta ballesteros, en que se gastaban grandes contías de maravedís e pan cada un año. E estos cien caballeros corrian y guerreaban continuamente á la cibdad de Ronda, y la pusieron en tanto estrecho, que de cada dia se iban despoblando, por los grandes daños que de la gente del marqués cada dia rescebian, lo cual fué cabsa que el rey don Fernando la tomase en tan poco tiempo.

CAPITULO XXIII.

CÓMO EL REY DON FERNANDO E LA REYNA DOÑA ISABEL, ESTANDO EN VIZCAYA, SUPIERON LA NUEVA CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ HABIA GANADO LA VILLA Y FORTALEZA DE SAHARA Á LOS MOROS POR FUERZA DE ARMAS EN MEDIO DEL DIA.

Dende á pocos dias, en este dicho año, estando los reyes en la cibdad de Vitoria, dando asiento en algunas cosas complideras al servicio de Dios y bien y paz de sus reynos, supieron nueva cómo el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, habia ganado la villa y fortaleza de Sahara á los moros por fuerza de armas. E como fuese una de las más principales y más fuerte fortaleza de toda la frontera del reyno de Granada, de la cual muy grandes daños rescebian todas las gentes cristianas de la comarca, sus altezas rescibieron muy gran gozo y alegría, dando muchas gracias á Dios. E dixeron ante todos los grandes de su corte, e muchas otras gentes que ahí estaban —¡Bendito sea Dios, que en nuestros tiempos alcanzamos ver y tener en nuestros reynos otro conde Fernand González! Y mandaron luego, con acuerdo del cardenal, facer una muy solemne procesion en que iba el cardenal e otros cuatros obispos, vestidos de pontifical; e el dean e el arcediano, e todas las otras dignidades, e canónigos de la iglesia mayor con sus capas muy ricamente adornados, e con todas las cruces de las otras iglesias, e los clérigos dellas; e junto con el cardenal e obispos iban los reyes, y en pos dellos, los grandes de su corte, e todos los otros grandes caballeros y gentes de la cibdad; e dixeron su misa muy solemne, con canto de órgano y órganos; e ovo un notable sermon de un religioso de San Francisco, maestro en santa teología, el cual dixo cosas maravillosas, ensalzando la Santa Fé Católica, y loando mucho al noble caballero marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, por las grandes victorias que Dios le daba, de que los reyes ovieron grandísimo placer, e le ficieron merced de aquella villa e fortaleza d . Sahara de juro.

CAPITULO XXIV.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, FUE PONER ESCALAS SOBRE LA VILLA DE CARDELA, E LOS MOROS OVIERON DELLO CONOSCIMIENTO, E ÓVOSE DE VOLVER SIN LA TOMAR.

Nunca jamás se puede acabar de contar las virtudes y gloria de los buenos. Y como el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, oviese tomado la villa de Sahara á los moros, estando en la su villa de Marchena, en el año de mil e cuatrocientos e ochenta. . . . . (1) años, dos vasallos suyos de la su cibdad de Arcos le vinieron á decir cómo la villa de Cardela se podia escalar sin ningun peligro. E cuando el marquás lo oyó, fué muy alegre dello, e puso en obra de se certificar más si era cosa de se poder cobrar aquella villa, que antes habia perdido, á cabsa de unos malos cristianos; e mandó ir otros dos vasallos suyos, hombres muy ciertos y escogidos para ello, e fueron su camino, e vieron y tentaron todo el ardid que los primeros habian traido; e visto por ellos, vinieron al marqués á le facer saber que la nueva que los primeros le habian traido era muy cierta, y que sin dubda se podia escalar sin peligro. Entonces el marqués mandó apercebir su gente, y escribió á los alcaides de Moron y Osuna, e á ciertos capitanes de la gente del rey, que estaban en la villa de Utrera, e partió de la su villa de Marchena con toda su gente de caballo e de pié, e mandó escrebir á la gente de sus tierras que viniesen todos á la villa de Bornos, donde él los esperaría. E llegado el marqués, se juntó con toda su gente, que serían ochocientos de caballo, e tres mil peones; e dada toda la orden e aviso que los escaladores habian de tener para escalar, e cuáles habian de ser, e la gente que cerca dellos habia de ir para les socorrer, el marqués y toda su gente se partió de allí, e andovieron aquel dia e toda la noche fasta donde la gente habia de estar encubierta para que no fuese sentida. E allí habian de quedar los caballos de los

(1) En blanco.

escaladores, porque era tierra muy áspera, e fuerte de andar á caballo. E ellos allí llegados, los que habian de escalar fueron su camino, e llegaron á la villa, e echaron sus escalas por el lugar que tenian concertado, e pusieron cuatro trozos, e queriendo poner otro, los moros estaban apercebidos, e por miedo que ovieron que si algunos cristianos entrasen les tomarian la villa, comenzaron luego á pelear, e non los dexaron subir, e segun los moros estaban, si los cristianos subieran, pudieran rescebir gran daño, e como quiera que los tiraron con ballestas y espingardas, e muchas piedras, la noche era tan escura, que les non podian ver, e á esta cabsa, non les pudieron empecer; e sin perder trozo ninguno de las escalas que llevaban, se volvieron. E la cabsa porque los moros estaban á tan buen recabdo, e habian proveido de gente aquella fortaleza, fué que un moro de la sierra de Villaluenga, do aquella villa es, estaba cabtivo en Arcos, el cual se resgataba por un alhaqueque que habia entrado á la sierra antes que el marqués oviese de ir á esto que tenia comenzado, y en tanta gana de lo poner en obra; y aquel moro escribió una carta á sus parientes, para que diesen órden á su resgate, en la cual avisó á los moros cómo se sonaba que el marqués quería entrar á tierra de moros, pero que non se certificaba dónde, y que debian poner buen recabdo en sus villas e fortalezas. E los moros, como sabian que el marqués habia muchas veces mandado tentar aquella villa, luego proveyeron de gente más de la que en ella solia entrar, e de la velar e guardar más que fasta entonces. Y esta fué la cabsa porque los moros la tenian á tan buen recabdo, e non se tomó, como quiera que gran diligencia se habia puesto y muy buena orden de la tomar, si los moros no estovieran avisados. E como vido el marqués que non se podia más facer, volvióse á la su cibdad de Arcos con la gente della, e mandó que toda la otra gente se fuese á sus tierras.

CAPITULO XXV.

DE LA TALA QUE POR MANDALO DEL REY FICIERON EN MÁLAGA E EN TODA LA COMARCA EL MAESTRE DE SANTIAGO Y EL MARQUÉS DE CÁDIZ DON RODRIGO PONCE DE LEON.

E como las cosas de la guerra estoviesen en este estado que habemos contado, estando el rey don Fernando e la reyna doña Isabel, su mujer, en la cibdad de Vitoria, como dicho es, entendiendo en las cosas de Navarra, el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon acordó de enviar á sus altezas en presente veinte caballos enfrenados y ensillados de muy ricos jaeces, y con ellos veinte moros que los llevasen de rienda, todos mancebos, vestidos de grana colorada, todos con sus ricos almayzares. Con los cuales envió á su sobrino Francisco de Pineda, e dióle veinte escuderos, que fuesen con él muy ataviados, e complidamente todo lo que habian menester para sus gastos, e mandóle que besase las manos á sus altezas por él, e les dixese como él estaba á su servicio con Sahara y con todo lo otro que tenia. E luego otro dia por la mañana Francisco de Pineda, e los otros caballeros, se partieron e andovieron tanto fasta que llegaron á donde los reyes estaban. Y fecho aquel acatamiento que á sus altezas convenía, les dixeron: Señores; el marqués de Cádiz, vuestro vasallo, besa las manos á vuestras altezas, e vos face saber de la victoria que Dios le ha dado contra los moros, con favor de vuestras altezas, y vos envía estos veinte caballos con estos veinte moros, y que la villa y fortaleza de Sahara que él ganó á los moros, y todas sus tierras, y él con ellas, está á vuestro servicio. E los reyes los rescibieron muy bien, e ovieron muy gran placer, e dixeron ante todos los grandes de su corte. —Sin dubda, el marqués de Cádiz es el más noble y el más bien andante caballero que hoy hay en todos los reynos cristianos. Y por le hacer merced, otorgámosle á Sahara, y todo cuanto ha ganado y lo que ganare de aquí adelante, que sea suyo y se llame señor dello. Y Francisco de Pineda besó las manos á sus altezas, e los reyes le mandaron aposentar con todos los suyos muy honrra-

damente, mandándoles dar complidamente cuanto menester oviesen, e dende á tres dias se despidió de sus altezas, e se tornó para el marqués, e dende á pocos dias los reyes se partieron para Zaragoza, por dar órden en algunas cosas mucho complideras, á su servicio. E despachados los negocios de allá, se vinieron para la cibdad de Toledo, de donde mandaron partir á Ruy Lopez, su tesorero, e al secretario Francisco de Madrid con sus cartas para el maestre de Santiago e para el marqués de Cádiz, por las cuales les mandaban que entre tanto que ellos despachaban algunos negocios, para poder venir á la cibdad de Córdoba, e llevar las gentes de sus reynos para facer la guerra á los moros, que los dichos maestre y marqués, con los poderes que para ello les enviaban, llamasen todas las gentes del Andalucía, y poderosamente entrasen á facer la tala á la vega de Málaga, e á los valles de Cartama, e Santa María, e á toda aquella comarca, de tal manera que antes que saliese el mes de Abril ficiesen la tala, porque como la tierra es temprana, si en aquel tiempo no se les ficiese, podrian los moros haber grande ayuda en los mantenimientos. Y llegados los mensajeros al marqués de Cádiz que estaba en el Puerto de Santa María, villa de don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, luego como las cartas rescibió, se partió para la su villa de Marchena para dar órden en lo que el rey e reyna le enviaban mandar. E luego de allí escribió al maestre e á los otros caballeros del Andalucía para que todos se viesen e diesen órden en lo que los reyes les enviaban mandar. E juntos el maestre y el marqués, y con ellos las gentes de las cibdades de Sevilla, e Córdoba, e Xerez y Ecija, e obispado de Jaen, e del conde de Cabra, e de don Alonso de Aguilar, e de Martin Alonso de Montemayor, e de Gonzalo Mexia, señor de Santafimia, e de Luis Portocarrero, señor de Palma, e la de los dichos maestre e marqués, que serian por todos fasta ocho mil de caballo, e diez mil peones, e tomaron su camino de Málaga para facer su tala, e talaron la cibdad, así de panes como de huertas, e olivares, e viñas, e todo cuanto pudieron alcanzar allende della. E á Cartama, e á Campanillas, e á Churriana, e á Pupiana, e á Laulyn, e á Alhaulyn, e á Coym, e Fadala, e Benamaquis, e Monda, e Tolox, e todo el valle de Santa María, e á Guaro, e á

Caçorabonela, e á Lora, donde los moros rescibieron grandes daños; e de allí salieron á los prados de Antequera, donde supieron cómo el rey e la reyna eran venidos á la cibdad de Córdoba, e de allí fueron á les facer reverencia, e les dar cuenta de todo lo acontescido; e sus altezas los rescibieron muy honrradamente, e ovieron mucho placer de tan bien como lo habian fecho, y el marqués se despidió de sus altezas, e se fué á la su villa de Marchena.

CAPITULO XXVI.

CÓMO EL MARQUÉS FUÉ Á TOMAR LA VILLA DEL BURGO, E PUESTAS LAS ESCALAS, FUERON SENTIDOS E VOLVIERON SIN LA TOMAR, OVO UNA GRAN BATALLA CON LOS MOROS EN EL CAMINO EN QUE FUERON VENCIDOS Y DESBARATADOS POR EL MARQUÉS DE CÁDIZ.

E llegado el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, á la su villa de Marchena, falló muy cierta nueva de sus adalides cómo la villa del Burgo se podia escalar, y como siempre los falló muy ciertos y verdaderos, rescibió tan grande placer, que le pareció que nunca habia trabajado con la gran gana que tenia de destruir á los moros, e luego de gran secreto escribió á Sevilla, y á Xerez, y á Carmona por algunos principales caballeros de su casa e otras gentes de sus cibdades, villas e lugares, en que juntó consigo fasta ochocientos caballeros e mil e quinientos peones, e partió de la su villa de Marchena con su gente, y fué á dormir á Osuna, e otro dia fué á tener dia á la Fuente del Almargal, de Teba, donde ordenó que fuesen con el escalador treinta escuderos criados suyos, hombres muy especiales y probados en las cosas de la guerra, e despues dellos otros cien escuderos á pié para que los socorriesen cuando oviesen escalado, e con ellos cincuenta espingarderos e cincuenta ballesteros, á los cuales mandó que llevasen más escalas, allende de las que los primeros llevaban, porque pudiesen más presto ser socorridos; e luego en pos de estos mandó ir una batalla en que iban doscientos de caballo e cincuenta espingarderos, e cien ballesteros, donde mandó llevar muchos bancos

pinjados e manderetes, e mantas, e picos, e azadones, e azadas, para romper los muros, si menester fuese, e para combatir la fortaleza, si la villa se entrase. E puso con cada una gente de la que envió muy especiales capitanes que los ordenasen, e con los escaladores mandó ir á Fernandarias de Saavedra, señor de las villas del Castelar, e del Viso, e á Luis Mendez, alcaide que fué de Moron de Reguardo, e con los cien escuderos iban Juan de Guzmán, señor de Teba, e con los otros doscientos caballeros y escuderos mandó ir á don Diego, su hermano, e á Tristan de las Casas, alcaide de Osuna, e con toda la otra gente mandó venir á su sobrino don Luis Ponce de Leon, señor de Villagarcía. E andobieron así ordenadamente fasta la media noche, donde llegaron á los lugares por el marqués ordenados. Y el escalador, e los que con él iban, cuando fueron cerca de la villa, sintieron cómo habia en ella bollicio de gente, e que la villa se velaba muy bien, e parescía haber en ella gente nueva; e la cabsa fué porque el dia de ante los moros habian sentido andar cristianos cerca de la villa, e habian fallado una cruz fecha en el adarve; e como vieron aquella cruz, pusieron muy gran guarda en ella por aquella parte, de lo cual los cristianos ninguna cosa sabian, fasta que lo dixo un moro que fué tomado de aquella villa, e los cristianos estovieron quedos esperando tiempo para poner las escalas, e como viesen que los moros acudían allí á menudo, estábanse así quedos sin las poner, e allí non había más de la barrera e el muro, que en otras partes tres cercas tenia aquella villa; e despues fué cerca del dia, e los moros non sonaban. Creyendo que fuesen idos á dormir, los cristianos escalaron la barrera y entraron en ella más de la mitad, y pusieron las escalas al muro, e como llegaron por las asentar, llegó allí un moro, e como era aún escuro, non los vido, pero ovo algun sentimiento, e dió una voz e pasóse adelante, y entre tanto los escaladores non dexaban de asentar sus trozos, e llegaban cerca de las almenas. Como los sintió, dió grandes voces e alaridos, de tal manera, que todos los moros recorrieron á aquel lugar, e los cristianos, como esto viesen, oviéronse de retraer, e como quiera que los moros lanzaron muchos tiros de espingardas, e ballestas, e piedras, ninguno de los cristianos nunca fué ferido, e salieron por donde habian en-

trado con sus escalas, e con todo lo que habian metido sin perder cosa alguna, e volviéronse donde la otra gente estaba; e como ya fuese el dia, toda la gente se descubrió, e miraron aquella villa cómo era tan fuerte y tan fermosa, la cual fué tomada otra vez por el rey don Pedro, e fizo en ella muy rico aposentamiento, e las mejores torres que en la fortaleza hay.

Y el marqués y sus gentes se volvieron la via de Teba, e andada cerca de una legua, asomante á una quebrada que se facia muy áspera, vieron estar en el llano tres batallas gruesas de moros, e gran peonaje que venia á más andar á tomar aquel puerto, los cuales habian sido avisados por un tornadizo que en Marchena estaba dos dias antes que el marqués se partiese, de cómo llegaba gente para entrar á tierra de moros; y como los moros de la villa del Burgo habian fallado aquella cruz en el adarbe, creyeron que allí era su venida, e tovieron tiempo de llegarse aquella gente, e que habia más de mil e seiscientos de caballo e más de cinco mil peones, con intencion de le tomar aquel paso, por se vengar, si pudieran, de la guerra tan cruel que contínuo del marqués rescibian. Mas como Dios conociese la limpieza de su deseo, non dió lugar que aquel paso le fuese tomado, e vistos los moros por el marqués de Cádiz, ovo grandísima gloria e placer, dando infinitas gracias á Dios porque aquel era su deseo. E comenzó á ordenar sus batallas, esforzando mucho toda su gente, e mandó tocar sus trompetas e atabales, e los moros ficieron rostro muy esforzadamente e mostraron gana de pelear, bien ordenada toda su gente. Y el marqués arremetió con los moros, e la batalla fué tan crudamente ferida, que por más de dos horas nunca se conosció quién habia el vencimiento; y el marqués aderezó á un moro valiente, caballero que le paresció, segun su arreo, ser el más principal e cabecera de todos, y dióle un tan gran golpe de encuentro por la escotadura del sobaco izquierdo, que cayó muerto en el suelo. E como los moros vieron aquel caballero muerto, y de tres banderas que traian no vieron ninguna, enflaquecieron e comenzaron á fuir cada uno por donde mejor podia, como quiera que la mayor parte del peonaje se habia retraido á una sierra donde escapó, e el marqués e los suyos siguieron el alcance cerca de media legua, e

non quiso ir más adelante, por la maleza de la tierra, y porque los caballos traian fatigados de la mala noche que habian habido, e volvióse por donde habia sido la batalla, recogiendo el campo, donde ovo gran despojo de muchas armas, e caballos, e ricos jaeces, e muchos captivos; é fallóse que fueron allí muertos más de seiscientos moros, así caballeros como peones, entre los cuales murieron muy principales moros, y plugo á Nuestro Señor de que de los cristianos fueron muy pocos muertos e feridos, e allí les ganó dos banderas e partióse de allí el marqués para la villa de Teba, donde reposó e mandó curar los feridos. E dende á dos dias se partió para la villa de Sahara, e yendo por el camino, topó con un vasallo suyo que habia sido captivo en Ronda, el cual le dió una carta de un moro avisándole de la forma que se habia de tener para ganar aquella cibdad de Ronda, e desde allí se comenzó á entender en lo que era menester para la haber. Y el marqués estovo allí en la su villa de Sahara ocho dias, e de allí se fué á la su villa de Marchena, donde falló un mensajero de los reyes, los cuales le enviaban mandar que luego fuese para ellos á Córdoba, el cual lo puso así en obra; y llegando ante sus altezas y fecha su reverencia, les besó las manos, y los reyes ovieron mucho placer con él, así por la victoria que Dios le habia dado, como porque lo amaban mucho e siempre lo fallaron bien de su consejo. E apartáronse secretamente con él para entender en los fechos de la guerra, y en otras cosas complideras mucho á su servicio; y el marqués les contó el aviso que del moro habia habido, mostrándole la carta que le habia enviado. E allí entre todos tres se dió la órden de lo que en todo se habia de facer, e de allí se partió el marqués para la su villa de Marchena.

CAPITULO XXVII.

CÓMO EL REY DON FERNANDO ENVIÓ AL MARQUÉS DON RODRIGO PONCE DE LEON Á PONER CERCO SOBRE ALORA, E SU ALTEZA LA GANÓ POR SU CONSEJO.

Año del Señor de mil e cuatrocientos e ochenta e . . . (1) años, con el gran deseo que el rey don Fernando tenia á la Santa Fé Cristiana, habida su informacion dónde podría, mediante la gracia de Dios, facer algun fecho provechoso á los cristianos, e algunos de sus grandes del reyno decian que su parecer era ir contra Málaga, por ser cibdad rica y puerto de mar. Y estando en esto, fué preguntado á los del Andalucía que cuál sería más provechoso e sin ménos peligro, ir cercar á Ronda ó á Málaga. E algunos dellos respondieron que todo era mucho bien para el Andalucía; pero que les parecía ser cosa muy grave e de gran fecho, tanto, que ovo de llegar la voz al marqués de Cádiz que dijese su parecer, el cual respondió que todo lo que los caballeros decian era muy bueno; pero, pues que él era obligado á decir la verdad á su rey y señor natural, que su voto era que ante todas cosas, su alteza ganase á Alora, porque era llave y puerto así de Málaga como de Ronda. E ovo sobre ello algunas altercaciones, tanto, que dixo el marqués que si no se tomaba primero Alora, que en ninguna de las dichas cibdades non por allí podría estar el real seguro sobre ella sin estar á peligro, porque era espada de dos manos que podría rescebir el real gran daño. E como el rey se fallase siempre mucho bien del consejo del marqués, dixo que su voluntad era que aquello se ficiese. E luego mandó al marqués de Cádiz que la fuese á cercar con dos mil lanzas e seis mil peones, y él así lo puso luego en obra, y la cercó de tal manera, que ninguno pudo entrar nin salir. E á cabo de tres dias, teniéndoles puestos en este estrecho, el rey llegó con su hueste, pertrechos y artillerías, e la combatió, de tal manera, que le derrocó ciertas torres e gran parte del muro; e como los moros se vieron tan fatigados, ciertos de ellos sa-

(1) En blanco.

lieron sobre seguro á fablar con el marqués, rogándole que les ganase del rey que les relevase las vidas e los dexase ir. Y el marqués gelo pidió por merced, e su alteza gelo otorgó. E la villa así ganada, en tanto que el rey reparaba lo derrocado, el marqués cabalgó con su gente e fué sobre Locayna, villa de la Garbia, y la combatió e tomó por fuerza de armas, e tomó los moros e cuanto en ella estaba, y mandóle poner fuego, e se vino para el rey con gran gozo e alegría. Y el rey, sabido lo que habia fecho, ovo muy gran placer con él. Y el rey dexó bien bastecida e pertrechada aquella villa, y dexó por alcaide della á Luis Portocarrero con trescientas lanzas, e se volvió á Córdoba, dando muchas gracias á Dios por la merced que le habia fecho en ganar aquella villa.

CAPITULO XXVIII.

CÓMO EL REY DON FERNANDO ENVIÓ AL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, Á PONER CERCO SOBRE SETENIL, E CÓMO LO GANÓ POR SU CONSEJO EN ESTE DICHO AÑO EN EL MES DE AGOSTO.

Este santo rey don Fernando, sus fechos Dios los facía, que no era posible tan grandes villas e cibdades hombre humano tan presto podellas ganar; que el infante don Fernando, su abuelo, con todos los grandes de Castilla, estovo sobre Setenil y le mataron muchas gentes, e fizo grandísimos gastos, e non la ganó. E este rey don Fernando plugo á Dios dalle tanta gracia y virtud, e por el buen consejo del marqués de Cádiz en la cercar tan osadamente, e la tovo cercada seis dias antes que el rey fuese, e puesto á tan gran peligro, que pudieran venir sobre él treinta mil moros de Ronda e su serranía, e non osaron, por el gran temor que le tenian y por el gran recabdo y guarda que el marqués siempre sobre sí tenia; e venido el rey con su hueste, ovo muy gran placer del buen recabdo que el marqués de Cádiz en todo tenia puesto. Y asentado su real, le mandó dar tales combates, que antes de diez dias, derrocado gran parte del muro y fortaleza y casas por la villa, que los moros se vieron en tanto peligro, que más de veinte dellos se vinieron al marqués de Cádiz, rogándole que les ganase merced del

rey que les otorgase las vidas e les dexasen ir con lo que pudiesen llevar sobre sí. Y el marqués lo suplicó á su alteza y el rey gelo otorgó. Y entregada la villa al rey, todos los moros que dentro estaban fueron á besar las manos del rey, el cual envió con ellos doscientas lanzas fasta les poner en salvo cerca de Ronda. E segun estos fechos de caballería, bien parece el marqués de Cádiz á los nobles antiguos el conde Fernán Gonzalez e Cid Ruy Diaz, nuestros naturales, e á otros nobles romanos, así como Placido que fué capitan del Emperador Trajano, que fizo muy grandes destruiciones en los bárbaros que facian gran guerra al Imperio romano. E aun algunas veces aconteció, en sólo oirlo mentar ó verlo venir con sus batallas, caer algunos dellos muertos en tierra del gran temor y espanto que le tenian. El cual mereció ser Santo y bien aventurado y fué llamado Santo Estacio, y no menos se espera deste noble caballero marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon.

CAPITULO XXIX.

CÓMO EL REY DON FERNANDO ENVIÓ AL MARQUÉS DE CÁDIZ Á PONER CERCO SOBRE LA CIBDAD DE RONDA, E DE CÓMO LA GANÓ POR SU CONSEJO POR FUERZA DE ARMAS.

Año de mil cuatrocientos e ochenta. . . . . (1) años, el rey don Fernando se partió de la cibdad de Córdoba con algunos grandes de sus reynos, caballeros e ricos homes, duques, maestres, condes e marqueses, con diez mil de caballo e cincuenta mil peones, sin otras muchas gentes que iban con sus grandes pertrechos e artillerías, e llevó su camino derecho á los prados de Antequera, donde esperó toda su gente, e de allí se partió la via de Málaga e fué á poner sobre Cartama, e Coyn, e Coynejo, ca eran muy fuertes. E dada la órden de los combates, el rey estaba muy enojado porque le habian muerto y ferido alguna gente los moros de Benamaquis, que era una buena fortaleza muy cerca del real. Y

(1) En blanco.

entre tanto que estas fortalezas se combatian, el marqués de Cádiz, por dar placer al rey, que lo vido tan enojado, fué con su gente y otras que le seguian, tanta era su nobleza, e puso cerco sobre Benamaquis, e combatióla por tantas partes tan feroz e tan crudamente, que los moros se le daban, e non quiso, salvo tomalla por fuerza de armas, como la tomó en dos dias, e todos los moros que dentro estaban, que eran más de ciento, mandó que todos fuesen metidos á espada, e despeñados de las más altas torres de la fortaleza, e fechos pedazos. E como el rey lo supo, tóvolo por muy bien fecho e rescibió grandísimo placer. E de allí se partió el marqués sobre Fadala, otra buena villa e fortaleza que estaba á una legua; e como los moros supieron su venida, todos fuyeron, e la desmampararon; e tomadas Benamaquis e Fadala con todo lo que dentro tenia, el marqués de Cádiz se volvió para Cartama á do el rey estaba, e le besó las manos, e el rey lo levantó e lo mandó posar muy cerca de sí; la cual honrra ningun grande de sus reynos en sus tiempos rescibió. E tomada Cartama, e Coyn, e las otras fortalezas, el rey se partió con hueste por dar una vista á Málaga; y asentado su real á vista della, llegó nueva al marqués de Cádiz cómo gente de caballo e de pie habia salido de Ronda en socorro de Málaga; e como el marqués lo supo de un moro que le fizo la relacion, acordó de ir luego al rey para gelo notificar, que su alteza supiese que era salida gente de Ronda, e que le parescia seria bien que su alteza la fuese á cercar, antes que la dicha gente á ella volviese, porque la cibdad en sí mesma era muy fuerte, e que seria más si en ella la gente oviese logar de entrar. E el rey le dixo:—Pues ¿cómo será esto, marqués, que luego se sabrá si muevo mi real? Y el marqués le respondió:—Señor; si vuestra alteza es servido, yo la iré luego á cercar, e defenderé á los moros la entrada. E el rey le dixo:—Por cierto, marqués, antes me fareis en ello muy señalado servicio, y vayan con vos tres mil lanzas de las mias con las vuestras y ocho mil peones, e faced como quien sois, que yo seré con vos muy presto. E luego el marqués de Cádiz dió forma que se publicase que morian en su real, e mandólo levantar e poner bien apartado del real del rey, e mucho de secreto, todos los que con él habian de ir esa noche, se

pasaron á su real. E despues de media noche se partió, siguiendo su camino fasta llegar á la cibdad de Ronda, e la cercó por todas partes de tal manera, que ninguno podia entrar en ella ni otro salir, e tóvola así cercada cerca de cuatro dias, en el cual tiempo envió á decir al rey cómo la tenia bien cercada, y que su alteza fuese presto con todos sus pertrechos y artillerías, que con ayuda del rey nuestro señor la ganaría, por cuanto el moro que le habia escripto, le habia fecho agora saber la division y mengua de gente que en ella habia. E llegada la nueva al rey, dexadas todas cosas, fué con su hueste á le socorrer. Y llegando el rey á donde el marqués estaba sobre la dicha cibdad, e la vido tan grande y tan fuerte, muchos de sus caballeros dubdaban de se poder ganar, de manera que llegó la nueva al marqués, e dixo al rey:—Señor, mandad luego asentar los pertrechos y tirar, que sin dubda creo ganará la cibdad. E luego el rey los mandó asentar e repetir las estanças por todas las partes della, y el marqués de Cádiz asentó en el Mercadillo, que era lo más peligroso; e los combates fueron tan grandes de las lombardas e otros muchos tiros de pólvora e ballestería, que derrocaron muchas torres e gran parte del muro, e muchas casas fuertes de dentro de la cibdad, que los moros estaban espantados, que creian no ser de mano de los hombres, mas de Dios que quería su destruicion. E así mesmo la osadía fué tan grande del rey e de sus caballeros, que bien creyeron los moros que non podian escapar sin muerte dellos e de sus mujeres é fijos, e mayormente que eran ya muertos muchos de los moros de los más principales que dentro estaban, e con el gran temor, salieron preguntando por el marqués de Cádiz, como quiera que muy grandes daños dél habian rescebido, e le rogaron le pluguiese ganalles merced del rey les dexase ir libremente con lo que pudiesen llegar, e que luego le darian la cibdad, y que por la gran fé y verdad que dél conoscian, lo dexaban en sus manos. E luego el marqués los llevo ante el rey e gelo suplicó, y el rey gelo otorgó, e mandó que saliesen seguros con todo lo que pudiesen llevar, e los que allende se quisiesen ir mandó que los pusiesen en salvo. E así fué ganada la cibdad de Ronda, domingo, dia del Spíritu Santo, milagrosamente, é toda aquella comarca ovo tan gran temor, que

no pensaron escapar, e vinieron los alcaides de las villas e fortalezas de alrededor á fablar con el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, que le pluguiese de ganar seguro del rey, que querian fablar con él; el cual los puso ante su alteza, e le besaron pies e manos, e se le ofrecieron por sus vasallos, e le entregaron las fortalezas. De lo cual alcanzó grande honrra el marqués, que puesto que eran sus enemigos, e les facia contínuo muchos daños, más se quisieron confiar dél que de otro ninguno. E así quedó, e está la tierra e serranías, desde Ronda á Gibraltar, por el rey don Fernando á su servicio. E su alteza con todos sus grandes se entró dentro de la cibdad de Ronda, e se aposentó en el alcázar della, e mandó facer y reparar todo lo que las lombardas derribaron. E el marqués cabalgó con ochocientas lanzas e mil peones, e fué sobre Montecorto, que lo tenia cercado con alguna de su gente, e lo tomó por fuerza de armas, e tomó á Andita, e á Cardela, e á Hasnalmara y la serranía, e otras tres fortalezas, algunas por fuerza de armas, e otras por gran temor se le daban á pleitesia. E puesto en ellas el recabdo que era menester, se volvió con mucha victoria y grande alegría á la cibdad de Ronda, donde el rey y sus grandes y todas las otras gentes lo rescibierou muy honrradamenmente, e allí reposó el rey por algunos dias, donde tovo la fiesta del Cuerpo de Dios, la cual se fizo muy ricamente, y de allí se partió el rey con algunos de sus grandes á se folgar con el marqués de Cadiz á la su cibdad de Arcos, en la cual le fué fecho muy honrrado rescibimiento, y muy cumplidamente grandes fiestas á él y á todos cuantos con él iban, e allí vinieron dos moros de Marbella, como la villa se queria dar á su alteza, y el rey se partió á la tomar, y tomada, dexó en la tenencia della al conde de Ribadeo, e de allí se partió la costa de la mar fasta Osuna e Osunilla, que es á tres leguas de Málaga, e por la Flongirda, e á Cartama, e Alora, e de allí fué por Antequera derecho á la cibdad de Córdoba, donde la reina doña Isabel, su mujer, estaba, e le fué fecho rico rescibimiento, e allí estovo el marqués de Cádiz con sus altezas más de diez dias, donde rescibió muy grandes honrras y mercedes de los reyes, y se despidió dellos, y se fué para la su villa de Marchena, donde la marquesa, su mujer, estaba.

CAPITULO XXX.

CÓMO EL REY DON FERNANDO FUÉ SOBRE CAMBIL, E ALAHBAR, E LA GANÓ POR FUERZA DE ARMAS.

E despues desto, en este dicho año de mil e cuatrocientos e ochenta. . . . . (1) años, como las cibdades de Jaen, e Ubeda, e Baeza contínuo rescebian grandes daños de las villas e fortalezas de Cambil e Alhabar, ca eran muy fuertes, y por ser como eran muy cercanas á los lugares de cristianos, puesto que era invierno, el rey, con el gran deseo del servicio de Dios, y bien y pro de sus reynos, acordó de ir á las cercar. E mandó luego juntar sus gentes, e sacó su hueste y pertrechos, e artillerías, e fuélas á cercar, y estándolas combatiendo, llegó fama que el rey de Granada con muy gruesa gente venia en socorro de aquellas fortalezas. E como el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, era propio guerrero, y tanto fuese su deseo del servicio de Dios y de la corona real, en tanto que el rey allí estovo, nunca jamás las armas quitaba de encima, e salia de noche con sus gentes á tomar los caminos e atajos, porque el rey estoviese seguro en sus combates, e no rescebiese algun rebato de los moros, y tambien porque no se perdiesen algunos de los cristianos que del real salian desmandados. E continuando esto el marqués fasta que las fortalezas fueron ganadas, andando un dia destos por el campo, llegó á una torre muy fuerte, que estaba en el paso, en que habia dentro ciertos moros de pelea, e salian de allí, e facían grandes daños en los cristianos, e llegóse cerca della, e díxoles que se diesen al rey, su señor, y que les estaría muy bien si así lo ficiesen, en otra manera, que él les certificaba que todos serían metidos á espada. E los moros le respondieron palabras soberbias e feas, de que el marqués ovo grande enojo, e vínose al real, e tomó pertrechos, e más gente; e otro dia amaneció sobre ellos, y el combate que les dió fué tan grande, que mató muchos dellos, e les entró por fuerza, e todos los moros que dentro falló metió á

(1) En blanco.

espada, e derribó la torre por el pié; e el rey cuando lo supo, ovo grandísimo placer, de lo cual todo sacó el marqués de Cádiz muy grande honrra. E ganadas estas villas e fortalezas, el rey dió muchas gracias á Dios; e el obispado de Jaen y el de Córdoba rescibieron grandísimo bien y descanso en la toma dellas. Y el rey con sus grandes y gentes se vino á la cibdad de Jaen, donde la reyna doña Isabel, su mujer, estaba, e salió con toda la gente de la cibdad á lo rescebir muy honrradamente, e de allí se partió el marqués para la su villa de Marchena, donde la marquesa, su mujer, estaba,

CAPITULO XXXI.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, ENVIÓ Á LOS GRANDES DE CASTILLA UN JUYCIO SACADO DE LAS REVELACIONES Y PROFECÍAS DE SAN JUAN Y SAN ISIDRO, QUE LE FUÉ ENVIADO POR UN SÁBIO.

Año de mil cuatrocientos e ochenta e seis años, el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, continuando su real voluntad á la corona real con aquel limpio deseo que siempre tenia de le facer señalados servicios, envió á los grandes de Castilla una escritura muy maravillosa que le fué enviada de un hombre muy entendido y católico cristiano, de las grandes victorias y vencimientos que el rey don Fernando e la reyna doña Isabel, su mujer, habia de haber. Y la cabsa porque el marqués se movió á enviar esta escritura á todos los grandes de Castilla, fué porque todos estoviesen muy humildes al servicio y mandamiento de los reyes, y muy alegremente fuesen con sus altezas en ganar el reyno de Granada, y porque este sábio conocía el marqués ser muy deseoso del servicio de Dios y de la corona real, más que ninguno otro grande de Castilla, gelo envió. El traslado de la cual escritura, es éste que se sigue.

Oya la santidad del Santo Padre, patriarcas, cardenales, arzobispos, obispos y toda la clerescía. Y sepan los Emperadores, reyes, maestres, duques, condes, marqueses y todos los otros caba-

lleros, escuderos, labradores y todas las naciones del mundo, cristianos, moros y judíos, que el ilustre y muy poderoso gran príncipe rey don Fernando, rey e señor de los reynos de Castilla, Aragon y Çecilia, nasció en la más copiosa y más alta planeta que rey ni Emperador nunca nasció. Y fué tanto llena de la gracia de Dios, que aunque todo el mundo señoree, como lo tiene de señorear, non la podría hynchir. Y por esto dixo Sant Isidro:—Yo so maravillado cómo el rey de Aragon no es ensalzado fasta el cielo, e serán sobre la tierra los sus ayudadores, así como la lluvia, abondosa en el tiempo del diluvio, porque la justicia de Dios es en sus corazones, y no será cosa en este mundo que se le pueda registir, que de todo su alteza no sea vencedor, porque toda esta gloria y victoria tiene Dios prometida al baston, conviene á saber, al morciélago, que éste es el encubíerto. E su alteza e la muy esclarecida señora reyna, es muy cierto ambos juntamente fueron elegidos y enviados por la mano de Dios para ejecutar su justicia y ensalzar la Santa Fé católica; y todos los grandes señores y pequeños, y todos las otras gentes, con grandísimo amor deliberado, deben mucho honrrar, y amar, y servir á sus altezas; porque así cumpliendo el servicio de Dios Nuestro Señor, á quien mucho todos somos obligados, sus altezas muy largamente darán á cada uno su merescimiento, segun sus obras y servicios. Y regla es del Aristóteles, y en la Iglesia de Dios auténticamente está, que el corazon de los reyes es en la mano de Dios; y todos los que fuesen obedientes al servicio y mandamiento de sus reyes naturales, Dios les honrrará mucho y les dará grandes bienes á los cuerpos y ánimas, dexando gloriosas famas y nobles memorias, y los que la contra ficieren, presto enseña Dios su venganza; exemplo, en Alvaro de Luna, maestre de Santiago, y de otros tales que despues se afogaron con harta fortuna. Pues, ¿qué diremos del muy magnífico señor rey don Alfonso de Portogal, en tan poco tiempo él y todas sus valías, cómo se acabaron sus grandes porfías? De manera que las cosas acometidas contra Dios y contra su justicia, como sean fuera de toda razon, muy ayna perecieron, y determinado es del bien aventurado San Isidro que dice así:—De necesario conviene qne aquel tan gran príncipe que se ha de enseñorear en todo el mun-

do, salga del señorío de Çecilia, y éste apretará todos los pueblos de mar á mar, e destruirá todos los moros de España, y todos los tornadizos serán cruelmente del todo dostruidos, por cuanto son escarnidores y menospreciadores de la Santa Fé católica. Y no solamente su alteza ganará el reyno de Granada muy presto, mas sojuzgará toda Africa, e los reynos de Fez, e de Tunez e de Marruecos, e Benamarin, e todos los reynos fasta la entrada de Egipto, e fasta los montes de Etiopía, e fasta el mar Océano, e los reynos de entremedias, e sojuzgando todas las tierras de los moros e malos cristianos, e destruyendo toda la seta del maldito de Mahomad, e abaxará diez reyes, e sojuzgallos ha, e non saldrán debaxo de su señorío tres reyes de su linaje, e ganará fasta la Casa Santa de Jerusalen e cincuenta e dos jornadas adelante, e porná por sus manos el pendon de Aragon en el monte Calvario, en el mesmo lugar donde fué puesta la santa vera cruz ✠ en que Nuestro Señor Jesucristo fué crucificado; e será Emperador de Roma, e de los turcos, e de las Españas, e fará grandes castigos y venganzas por la tierra y muchas más por la mar, y no será cobdicioso de reynos, e por esto Dios permite e quiere que los faya; y mejor se le farán todas las cosas que su alteza las pensará, e será siempre amador e sostenedor de la justicia, y muy bueno, y muy humilde á Dios Nuestro Señor; e sabrá las cosas por venir, que Dios se las revelará, miradas sus limpias entrañas, e terná tres años vacante á Roma; e despues, por voluntad de Dios, porná un Santo Padre de muy santa vida, y de allí adelante cesarán las pompas de la Iglesia e tornarán los clérigos al tiempo e usanza que mandó San Pedro. Y este magnífico rey bien aventurado fará todos estos castigos y venganzas señoreando, no con armas de homicida, mas con armas divinas, porque la gracia del Espíritu Santo nunca de su alteza se partirá; e no tan solamente será Emperador, mas monarca del mundo, e vivirá diez años más que ninguno de su linaje. La Santísima Trinidad á su santo servicio conserve el muy magnífico y real estado del señor rey don Fernando y de la muy esclarecida señora reyna doña Isabel, su mujer, con luenga vida, gozo y alegría del señor príncipe y señoras infantas, como sus altezas desean.

¡Oh caballeros de Castilla! Plegue á Dios Nuestro Señor que vos dexe acabar en verdadera penitencia, porque vuestras ánimas se salven, y limpiamente procurando la honrra y estado de la corona real. Y quiérovos, señores, declarar toda la verdad! Sabed que este santo rey don Fernando bien aventurado que tenemos, es el encubierto, e así está declarado por San Juan y San Isidro en sus relaciones, e dicen así: Que el encubierto era un gran príncipe cristiano, el cual aparecerá al acatamiento del sol, y en las partes de España, y será temporal y espiritual, e terná estas señales; él ha de ser de fermoso talle de cuerpo, e la color blanca y roxo, e de graciosa palabra y verdadera, e los ojos fermosos, y fermoso talle, de rostro y miembros bien puestos, e de muy fermoso andar, e ha muy fermosa barbadura, y será amador de la justicia y enemigo de los malos, y será muy agudísimo e de grande entendimiento, e será en todo complido de virtudes, e parecerá mucho al rey David cuando era vivo. Y esto, señores, digo, porque todos en persona y con todos vuestros estados, e con muy alegres corazones, debeis servir e ayudar á tan noble rey á destruir todos los moros y herejes, ensalzando la Santa Fé Católica. En esto Dios será muy servido, y sonará por todo el mundo la gran lealtad y gloriosa fama de vuestras nobles y virtuosas personas, y más la gloria eternal de paraiso, como non haya otra bien aventuranza salvo servir á Dios derechamente, y en breve tiempo vereis cosas maravillosas, executando Dios sus luengas venganzas con derecha justicia contra todos los malos, e dando grandísimas victorias á los que tienen merescimiento por virtudes. Y sabed por cierto que no habrá otro encubierto, salvo de los reyes de Aragon, uno ó dos ó cuantos á Dios placerá. Y estos y sus fijos e linaje, señorearán el mundo fasta la fin.

Muy magnífico, noble y leal caballero, á Dios y á la corona real, señor marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, tan amado y tan querido de todas las gentes. Séneca dice que mejores son los buenos que el bien; y la noble fama y memoria de vuestra señoría non quedará por cierto de la suerte de los otros grandes de Castilla, segun el grande merescimiento de vuestra señoría. Y más se

tiene de merecer, que aun agora comenzamos. Mas si todos fuesen tales, y tan esforzados, y con tan buena gana, y supiesen tanto de la guerra, non hay reyno en el mundo que se detoviese que muy presto no se ganase, cuanto más Granada, y es muy gran razon que por vuestras grandes virtudes y merescimiento, todos los grandes de Castilla resciban de mano de vuestra señoría el traslado desta verdadera escritura, porque segun sus virtuosos deseos, todos hayan placer, y resciban parte de su victoria, porque con mayor gana amen el servicio de Dios y de sus altezas, Nuestro Señor el muy magnífico estado de vuestra señoría prospere con luengos dias de vida como vuestra señoría desea.

CAPITULO XXXII.

CÓMO EL REY DON FERNANDO GANÓ A LOJA, E Á ILLORA, E Á MOCLIN, E Á MONTEFRÍO POR FUERZA DE ARMAS, E CÓMO, POR MANDADO DE SU ALTEZA, EL MARQUÉS DE CÁDIZ LA IBA Á CERCAR DELANTE.

En este dicho año de mil e cuatrocientos e ochenta a seis años, el rey don Fernando partió de la cibdad de Córdoba, sábado por la mañana, víspera de Pascua del Spiritu Santo, que fué á quince dias del mes de Mayo, para entrar á tierra de moros; e iban con su alteza el maestre de Santiago, e el duque del Infantadgo, e el conde de Cabra, e don Alonso de Aguilar, e otros muchos caballeros e ricos homes, en que iban con su alteza diez mil de caballo, e cuarenta mil peones e más, e fué á comer á la Rambla donde esperó todas sus gentes, e el lunes adelante fué á sentar su real al rio de las Yeguas, porque oviesen lugar de llegar todos sus pertrechos e artillerías, que eran tantos y tales, que era cosa maravillosa de ver. Dende llegó el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, que venia de la su villa de Marchena, de ataviar todas las cosas que le complian, así para servicio de Dios como de la corona real, e honrra e defendimiento de su persona en la guerra de los moros. E cuando el rey supo cómo el marqués de Cádiz venía, rescibió muy gran placer, así por el grande amor que su alteza le

tenia, como por se fallar siempre con él muy bien acompañado; e quiso ver cómo venia con sus batallas tan bien ordenadas, e con tanto placer con sus trompetas e atabales, e como el dia era muy claro, parescían muy bien, ca resplandecían tanto las armas con el sol, que todas las gentes del real salian á lo ver, tanto bien parescían. E aposentado el marqués e sus gentes, esa noche el rey ovo consejo con él y con los otros grandes que con su alteza iban, y como quiera que algunos decian al rey que debia ir á cercar á Málaga, el marqués de Cádiz le dixo: Señor, muchas razones hay para haber de tomar por buen consejo el cerco de Málaga, en especial que, ganándose aquella cibdad, se aseguraría toda la tierra de la garbia que vuestra alteza tiene ganada, e así ganará el Axarquía fasta Velez-Málaga, e señoreará vuestra alteza gran parte de la mar. Pero para haber de sitiar á Málaga, han se le de poner tres reales. E uno, el más principal, en lo alto cerca de Gibralfaro, que tome fasta la mar; e el otro real ha de estar en lo baxo en el onsario; e el otro real en las huertas, que tome fasta dar en la mar. E para estos reales ha menester mayor cantidad de gente que vuestra alteza tiene, y por tanto, señor, mi parescer es que vuestra alteza debe asentar sobre Loja, e fío en Nuestro Señor que en breve tiempo la ganará. E de allí pasará el rio de Xenil, e asentará sobre Illora; e como quiera que es villa e castillo muy fuerte, tiene muy buena disposicion para ser combatida de las lombardas, e non se le puede detener cuatro ó cinco dias; e de allí puede vuestra alteza ir á sentar sobre Moclin, e la puede tomar en otros tantos dias. Porque estos lugares, como quiera que están enriscados en peñas altas, son á mi parescer muy flacos para el artillería que vuestra alteza aquí tiene, asi por ser lugares pequeños de poca gente, como porque no tienen barreras ni baluartes que tengan traveses nin fosados, y por estas cabsas non son defendederos. Y estas fortalezas tomadas, queriendo Dios Nuestro Señor, la cibdad de Granada se porná en mucha necesidad, e la villa de Montefrío, e otro lugar que se llama Colomera, luego se dará á vuestra alteza, porque quedan atajados de Granada. E como esto ovo dicho el marqués de Cádiz, todos los otros grandes se conformaron con él, porque á todos parescía muy bien su consejo, y al

rey mucho mejor. E su alteza tomó el consejo y parecer del marqués, y mandó que él tomase la delantera con tres mil lanzas e diez mil peones, e la fuese á cercar.

CAPITULO XXXIII.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, FUÉ Á CERCAR Á LOJA POR MANDADO DEL REY.

Esto así mandado por el rey, el marqués de Cádiz se partió de allí con la dicha gente, e fué á dar cebada, e reposar á la Peña de los Enamorados; e de allí se partió sobre tarde, e fué á amanecer sobre Loja e los moros, desque vieron las batallas, salieron de la cibdad fasta quinientas lanzas e tres mil peones con el rey Muley Albaudil que allí estaba, que habia venido para defender la cibdad de Loja, e comenzaron á escaramuzar, pensando que se desordenarían los cristianos; y el marqués, como era capitan diestro e caballero muy esforzado, fizo ordenar bien sus batallas, despues que pasó de Riofrío, e llevó la via de la cibdad; e así como él se iba llegando, así el rey moro se iba retrayendo fasta que se puso junto con la cibdad, en el Onsario, cerca de los Mesones. E el marqués fizo poner tres mil peones e doscientos caballeros en Almohacen, que es sobre la cibdad; e otros tres mil peones, e doscientos de caballo en un gran peñasco que está delante de Almohacen, cerca de la cibdad, para que aquella gente ficiese rostro al rey moro e á su gente. E el marqués, con sus batallas bien ordenadas, pasó entre la sierra alta e la cibdad por un mal paso de un arroyo que viene de una fuente que sale de la sierra, e allí se facia gran maleza de huertas e árboles, e el rey e los moros trabajaron mucho por defender aquel paso. E el marqués, como esforzado caballero, se arriscó en tal manera, que peleó con ellos, e los moros fueron desbaratados, fasta que los metió por las puertas de la cibdad. E murieron asaz moros, entre los cuales murió un alcaide muy honrrado que se llamaba el Alatar Cid Mahomad, que era el más principal moro de consejo que el rey allí tenia. E despues que el rey e los moros fueron todos dentro en la cibdad, el marqués apartó su gente, porque rescebian gran daño de las

espingardas e ballestas desde los adarbes, en tal manera, que él y su gente pasaron á todo su placer de aquella parte de la cibdad, e asentó su real en un cerro que está en la falda de la sierra, cerca della. E como los moros vieron allí asentado el real, desmayaron mucho, e fueron muy turbados, conociendo que por aquella cabsa e asiento de aquel real, la cibdad les habia de ser tomada. E esto fizo el marqués de Cádiz como caballero de gran entendimiento, y muy sabio en todo, y mucho en los fechos de la guerra. E otro dia llegó el rey don Fernando á Loja con su hueste, e pertrechos, e artillerías, e asentó su real desta parte de la cibdad, cerca del río. E despues de asentado en la tarde, se fué á ver al marqués de Cádiz, que estaba de la otra parte de la cibdad, donde su alteza ovo mucho placer con él, porque tan concertadamente lo habia fecho, que muchos dubdaban que non podria pasar de la otra parte sin rescebir gran daño e peligro. E como el rey vido que el marqués tenia así cercada la cibdad, e se habia dado á tan buen recabdo, dióle muchas gracias por ello, e le dixo: Marqués, ¿qué vos parece que se debe facer de aquí adelante? Y el marqués respondió: que segun la gran discreción y seso de su alteza, él tenia para dar consejo á todos, y non rescebirlo de ninguno; pero pues que su alteza le demandaba que le dixese lo que le parescia, que su alteza con su hueste se debia estar quedo donde estaba, e que otro dia de mañana tomase los arrabales de la cibdad, porque, aquello fecho, los moros se estrecharían tanto, que nin uno podría salir, nin otro entrar. E que despues su alteza debia pasar allí su real, porque convenia tener allí la mayor parte de la hueste, para registir el socorro que de Granada podia venir. E que en el sitio donde su alteza estaba, bastaría un caballero que allí quedase con mil lanzas, e seis mil peones, e con su alteza todos los otros grandes que allí estaban.

E al rey paresció muy bien el consejo del marqués, e quedó acordado que otro dia de mañana lo pusiese por obra, lo cual así se fizo. Y en amaneciendo, se armaron diez mil hombres, caballeros, e escuderos, e espingarderos, e ballesteros, todos bien ordenados, e acometieron los arrabales y entráronlos, como quiera que los moros peleaban tan bien por los defender, que firieron y mata-

ron asaz de los cristianos; pero al fin de todo, como Nuestro Señor Dios era con los cristianos, los moros fueron vencidos, y fueron dellos muertos y presos más de seiscientos, e los otros que quedaron se recogeron todos á lo alto de la cibdad. En el cual combate todos los grandes que allí estaban e las otras gentes lo ficieron muy varonilmente. Y el rey andaba esforzando toda su gente, y puesto tanto al peligro como si fuera un escudero, faciendo como noble rey y dando muchas gracias á Dios por la gran victoria que les habia dado; e su alteza envió á llamar al marqués don Rodrigo Ponce de Leon e á los otros grandes, para les dar gracias por tanto bien como lo habian fecho, e ovo consejo con ellos cómo se debian guarnecer de gente aquellos arrabales, e acordóse que su alteza diese el cargo á ciertos capitanes de sus guardas con mil escuderos, e tres mil ballesteros, e espingarderos, e estoviesen dentro en los dichos arrabales. E esto así fecho, luego otro dia el rey pasó su real á la otra parte, como el marqués de Cádiz se lo habia aconsejado, e dexó al conde de Cabra con trescientas lanzas suyas, e á Gomez Manrrique, corregidor que era en la cibdad de Córdoba, con la gente de la dicha cibdad, que eran setecientas lanzas e seis mil peones, los cuales caballeros e gentes quedaron allí e dieron buen recabdo de lo que el rey les mandó; e por la otra parte de la cibdad el marqués y los otros grandes pusieron las estanças tan cerca de los muros, que la artillería derrocaba tanto dellos, y estaban para se entrar dentro en la cibdad. E los moros, veyendo esto, dixeron á grandes voces que querian dar la cibdad al rey, e que querian seguro del marqués. E el rey mandó al marqués de Cádiz que les asegurase, e salieron los más principales que con el rey moro estaban al marqués, el cual les dió seguro. E despues de les haber dado el seguro llevóles antel rey, y los moros se echaron á sus pies, e dixeron que el rey su señor enviaba á decir á su alteza que le queria dar la cibdad, e que su persona, e todos los otros moros y moras le pedian merced fuesen libres, e que el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, los llevase fasta los poner en lugar seguro, porque dél se fiaban porque era buen caballero, e así como les habia dado mucha guerra, así les guardaba la verdad y fé que les prometía, lo que el

rey les otorgó. E luego el rey moro, con todas las gentes que tenia, salió de la cibdad, y el marqués los llevó con dos mil lanzas fasta cerca de Granada, e el rey moro non quiso entrar dentro en la cibdad, e fuese por vera de ciertos lugares que allí estaban por él. E los alatares e alcaides que allí estaban en Loja fueron á Granada; e la gente de moros que salió de Loja eran quinientos de caballo e dos mil e quinientos moros de pié, e fasta dos mil ánimas de mujeres e niños. E dende á tres dias que la cibdad fué entregada al rey, dexando en ella el recabdo que convenia á su estado real para el defendimiento y guarda della, se partió de allí con toda su hueste e artillería, la cual pasaron por una puente que se fizo de madera muy fuerte en el rio de Xenil. E el rey mandó al marqués de Cádiz que tomase la delantera con fasta dos mil lanzas e seis mil peones, e fuese á cercar á Illora.

CAPITULO XXXIV.

CÓMO EL REY MANDÓ AL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, QUE FUESE Á CERCAR LA VILLA DE ILLORA, E LA CERCÓ.

E luego el marqués, por cumplir el mandamiento del rey, se partió por la mañana de la cibdad de Loja con sus batallas bien ordenadas. E otro dia en amaneciendo, puso el cerco sobre la villa de Illora, y en tal manera puso las estanças e recabdo en el campo, que cuando el rey otro dia llegó, la villa estaba tan apretada, que un moro non podia salir nin otro entrar. E como el rey llegó con su hueste, ovo muy grand placer del buen recabdo que fallara, e asentó su real, y dió tal órden en el combate él y sus grandes, y el artillería derrocó tanto de los muros e torres de la villa, que dende en seis dias, el alcaide moro fizo decender cuatro moros de los más principales que con él estaban por cima del adarbe, e enviólos al marqués de Cádiz con fabla que queria dar aquella villa al rey, y que se quería poner en manos del marqués, para que todo lo que él ficiese, lo habría por bien fecho. E luego el marqués cabalgó y fué con ellos á la tienda del rey y fabló con su alteza cómo el alcaide y moros de aquella villa gela querian dar.

E lo que tocaba á sus vidas e faciendas, por cuanto lo habian puesto en sus manos, que suplicaba á su alteza oviese por bien ellos fuesen libres, e fuesen pacíficamente á Granada con todo lo suyo, y al rey le plugo dello. E otro dia por la mañana, los moros entregaron la fortaleza y villa, y el marqués los fizo poner seguramente fasta cerca de Granada. E la reyna, sabido esto, determinó de venir á ver á Loja y á Illora.

CAPITULO XXXV.

CÓMO LA REYNA FUÉ Á VER LA CIBDAD DE LOJA E LA VILLA DE ILLORA, Y ENVIÓ POR EL MARQUÉS DE CÁDIZ PARA QUE LA LLEVASE SEGURAMENTE.

E como la reyna doña Isabel, estando en la cibdad de Córdoba, supiese que la cibdad de Loja e la villa de Illora eran ganadas, con el gran gozo e alegría que su alteza tenia, envió pedir por merced al rey que las quería venir á ver, y le pluguiese enviarle al marqués de Cádiz con gente para que la llevase seguramente. E el rey lo fizo saber al marqués lo que la reyna quería e mandaba. E el marqués respondió como noble y virtuoso caballero, que besaba las manos á sus altezas por lo señalar más á él que á todos los otros grandes que ende estaban; e luego el marqués se partió con fasta mil lanzas, e fué á sentar su real á la fuente de Archidona; e allí mandó aderezar de comer para la reyna y la infanta, su fija, e las damas, e para todas las otras gentes que con su alteza venian. E como quiera que el marqués de Cádiz acostumbraba á estar en el campo más que otro ninguno, poniendo buen recabdo en la hueste, siempre tenia muy ricas tiendas e grandes atavíos, así de vaxillas de oro e plata, como de otras muchas ricas cosas, segun su estado e como quien él era. E de allí, de Archidona, pasó con su gente, sus batallas bien ordenadas, deste cabo de la Peña de los Enamorados, á rescebir á la reyna, que habia su alteza dormido esa noche en Santillan, cerca de la torre de Molina; e como el marqués llegó á la reyna y le fizo reverencia y aquel acatamiento que debia y era obligado, le besó las manos, e la rey-

na ovo mucho placer en lo ver, e díxole:—No parece, marqués, sino que los campos por donde venis, vienen llenos de alegría. Merescimiento teneis de grande honrra, y el rey, mi señor, e yo, vos faremos grandes mercedes. E el marqués fincó las rodillas y le besó las manos otra vez. E su alteza lo levantó, e fueron su camino fasta la fuente de Archidona do estaban las tiendas del marqués, él cual le fizo allí muy grandes fiestas, e donde la reyna comió, tenia una muy rica mesa, e puesto á las espaldas un paño muy rico de brocado e otro por cielo, e su aparador muy compuesto, con una muy rica vaxilla de plata blanca, e ciertas piezas, tanto doradas, que parescian todas de oro; mucho pan blanco muy esmerado, e muy finos vinos, muchas frutas, aves e otras carnes, e muchas otras cosas de miel e de azúcar, fechas de diversas maneras, segun el tiempo; conservas e aguas muy odoríferas que la marquesa le habia enviado. E fué todo tan complida e abastadamente, que la reyna e infanta, e las damas, e caballeros, y todas sus gentes, fueron muy alegres e contentas de tan rico rescibimiento. E luego esa tarde, la reyna se partió para Loja, e llegada á la cibdad, lo primero fué á ver la iglesia mayor, e de allí fué á ver la fortaleza, porque el marqués le mostraba y daba tan buena razon de todo, como quien lo sabia muy principalmente que otro ninguno. E su alteza daba muchas gracias á Dios, y estaba maravillada cómo en tan pocos dias se habia tomado aquella cibdad tan fuerte y tan populosa. E otro dia de mañana, despues de haber oido misa, la reyna se partió con su leal caballero el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, e los otros sus caballeros y gentes, la vía de Illora. E llegando á una legua della, el rey salió á la rescebir con muchos caballeros y gentes de su hueste, donde sabreis por cierto que fué el más honrrado y más rico rescibimiento que hombres pudieron ver, de tantos gozos y alegrías que todos facian. Y eran tantas las trompetas, sacabuches y cheremías, tamboriles e atambores e atabales, que parescía que el mundo se quería hundir. E asi entrados e aposentados los reyes en la villa de Illora con tanta magnificencia, la reyna ovo tan gran placer en ver aquella villa tan fermosa e tan fuerte, que dió muchas gracias á Dios por la gran victoria que al rey habia dado. E sus altezas

mandaron que con todos los instrumentos que la reyna fué rescebida, con aquella misma solemnidad fuesen todos con el marqués de Cádiz fasta ser aposentado en su real, e así lo ficieron.

CAPITULO XXXVI.

CÓMO EL REY MANDÓ AL MARQUÉS DE CÁDIZ QUE FUESE Á CERCAR Á MOCLIN, E CÓMO SU ALTEZA LO GANÓ.

Ese dia que la reyna llegó á Illora, el rey mandó al marqués que otro dia por la mañana tomase la delantera, e fuese á cercar á Moclin con fasta dos mil de caballo e ocho mil peones. E el marqués lo puso por obra, e puso el cerco como convenía. E á la tarde llegó el rey e la reyna, e se apretó tanto el cerco, que dentro en cinco dias el alcaide, e algunos caballeros de Granada que ende estaban, á grandes voces llamaron al marqués de Cádiz que querian fablar con él, y el marqués á la sazon estaba con el rey e la reyna en un cerro que se face muy alto sobre la villa, de donde estaban mirando cómo tiraban las lombardas á las torres y muros della, los cuales eran tan fuertes, que las lombardas facian tan poco daño, que sus altezas ovieron mucho placer en ver que los moros llamaban al marqués, y los reyes le mandaron y rogaron él quisiese ir á saber lo que los moros le querian. E luego el marqués cabalgó e fué fasta cerca del muro de la fortaleza, e los moros, como lo vieron, abrieron las puertas del postigo, e salieron á él el alcaide e caballeros de Granada que ahí estaban, e le dixeron que aquella villa e fortaleza, e sus personas, ponian en sus manos para que ficiese de todo ello lo que él mandase. E el marqués le mandó que cabalgasen en sus caballos, e levólos consigo á donde el rey e la reyna estaban, y les besaron las manos. Y el marqués dixo á sus altezas que aquella villa y fortaleza de Moclin era suya, y que aquellos y los otros moros que en ella estaban, suplicaban á sus altezas se fuesen libres á Granada. E á los reyes plogo mucho dello, y gelo otorgaron. Y luego el marqués envió á su hermano don Diego con cincuenta escuderos fidalgos suyos para que se apoderasen en la fortaleza e homenaje de la villa. E el marqués llevó al alcaide e

caballeros á sus tiendas, donde les mandó facer muchas honrras, e los vestió de seda y les dió muchas dádivas. E otro dia por la mañana el marqués cabalgó con setecientas lanzas, y como noble caballero, quiso ir con ellos porque fuesen más seguros, con los cuales llegó fasta cerca de Granada. E los moros de Granada, como supieron que la villa era ganada, salieron al campo fasta mil de caballo, por facer algun daño á los que fuesen á poner en salvo á los moros, y el marqués llevaba tres batallas muy bien ordenadas; e las atalayas que los moros tenian reconocieron las banderas del marqués, e ficiéronlo saber á los moros en la celada donde estaban puestos; e como lo supieron, salieron á gran priesa de la celada e tomaron la via de Granada, fasta que se metieron por los olivares de la cibdad; e el marqués los siguió, e quisiera mucho que esperaran, e puso los moros que llevaba en el Alcaria Dalboloco, que serian fasta ciento e cincuenta de caballo, e seiscientos hombres de pie, todos ballesteros y espingarderos. E luego el marqués se volvió al real, e otro dia de mañana la fortaleza de Colomera se dió á los reyes, e un caballero que llamaban Rodrigo de Ulloa la fué á rescebir. E dende á dos dias sus altezas acordaron con los grandes que allí estaban que el rey fuese á la Vega de Granada á la talar, e que los pertrechos e artillería fuesen á sentar sobre Montefrío, e que la reyna quedase en Moclin. E el rey se partió á poner su real en Alhendin, que es cerca de Granada, e talóse la vega en tres dias, y en este medio tiempo el alcaide e los moros de Montefrío enviaron sus mensajeros á la reyna, que estaba en Moclin, á dar la villa á su alteza, e la reyna ovo dello mucho placer e partióse para Montefrío, e rescibió la villa. E aquel mismo dia el rey con sus grandes e hueste llegó á Montefrío, e otro dia despues de los moros haber entregado la villa, se fueron para Granada. E la reyna se partió para Córdoba á mandar aderezar el rescibimiento que al rey se habia de facer. E dende á cuatro dias el rey se partió á la dicha cibdad de Córdoba, donde se le fizo grande rescibimiento, e siempre su alteza llevaba consigo al marqués de Cádiz junto con él, y entrando por la cibdad, luego fué á la iglesia mayor á facer oracion, e de allí se fué para el alcázar, donde la reyna con el príncipe e infantas y todas

las damas lo salió á rescebir. La cual salió la más fermosa e más ricamente vestida de paños de peso, e perlas e piedras preciosas de muy gran valor, cual nunca ojos de vivos tal vieron. E allí se ficieron muy grandes fiestas, e dende en dos dias, el marqués se partió para la su villa de Marchena, donde la marquesa su mujer estaba, la cual salió con sus dueñas y doncellas y criados y todas las gentes de la villa á lo rescebir con grandes alegrias, y dando muchas gracias á Dios porque siempre en todo le daba gran victoria. Y luego mandaron el marqués y la marquesa, su mujer, que era muy noble, virtuosa y devotísima cristiana, decir diez misas de la Concepcion de Nuestra Señora la Virgen María Madre de Dios, cantadas muy solemnemente, con muchos clérigos y ornamentos muy ricos, y con órganos, y en cada una misa un sermon muy solemne, todos de loores y alabanzas de Nuestra Señora, e ficieron muchas limosnas de secreto en aquellos lugares que más lo habian menester; como de los tales bienes y devociones Dios y Nuestra Señora la Virgen María mucho sean servidos. Los cuales fueron siempre mucho buenos casados en grande honra, paz y mucha honestidad.

CAPITULO XXXVII.

CÓMO EN ESTE MISMO AÑO DE OCHENTA E SEIS, EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, ESTOVO Á TIEMPO APAREJADO DE SE METER DENTRO EN GRANADA, DE LA MANERA QUE AQUÍ CONTAREMOS.

Agora se podrá bien probar lo que el marqués, Iñigo Lopez de Mendoza, dixo en uno de sus proverbios: *Quien comienza en juventud á bien obrar, es señal de nunca errar en senectud.* Y como quiera que en muchos lugares vaya apuntado, nunca jamás este noble y esforzado caballero marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, su pensamiento se apartase así de las cosas del servicio de Dios como de ensalzar la corona real, todavia buscando cómo pudiese destruir los infieles, estando en la su villa de Marchena reposando, segun los grandes trabajos que en la guerra habia pasado, con todo eso, nunca sus adalides cesaban de trabajar; los

cuales habian ido á tentar á Málaga, e á Vélez Málaga, e Almería, por saber y mirar si se podrian escalar ó tomar por otra cualquier manera alguna destas villas e cibdades, por venir al marqués de Cádiz, su señor, con alegres nuevas, por cumplir su gran deseo, que era dar guerra contínua á los moros, nunca estimando trabajos, soles ni fríos, las armas á cuestas. Ca acaesció que en este tiempo ciertos caballeros moros muy principales de Granada, veyendo la gran perdicion así del rey moro como del reyno, e la gran fambre y estrecho en que todos estaban puestos, y más temiendo lo que se esperaba venir, y por se remediar ellos, acordaron de escrebir al marqués de Cádiz muy encubiertamente, faciéndole saber cómo ellos y otros muchos que habian de seguir su vía le querian dar una fortaleza dentro en la cibdad de Granada, y que él viniese poderosamente lo más que pudiese y más secreto, al tiempo que otra letra dellos viese, despues de haber rescebido su respuesta; y que en esto no pusiese ninguna dubda, porque esta era su voluntad determinada, querer darle á él esta honrra más que á otro ninguno grande del Andalucía nin de todo el reyno de Castilla, por muchas razones y gran merescimiento suyo, seyendo ya tan conocido por caballero de gran fé y verdad, y que como quiera que él les oviese fecho tan cruel guerra y era la principal cabsa de toda su destruicion, que esta era su determinada voluntad, y que en sus manos ponian sus vidas y honrras, las cuales querian por su amor poner á todo riesgo y peligro. E cuando el marqués, don Rodrigo Ponce de Leon, vido el mensajero y leó las cartas, rescibió muy grandísima gloria y placer, dando muchas gracias á Dios y á Nuestra Señora la Virgen María por tanta victoria, bienes y mercedes como cada dia le facía, como quier que tovo alguna sospecha que podría ser alguna traicion; pero como era muy esforzado caballero y de gran seso, él se confesó luego otro dia e fizo decir una misa devotamente ante Nuestra Señora la Virgen María, de la cual él siempre fué muy devoto, e rescibió el cuerpo de Nuestro Señor, e encomendóse á ella. E acabada la misa, él se falló tan alegre y tan dispuesto, que le pareció que ya estaba dentro en Granada. Y luego, mucho de secreto mandó apercebir toda su tierra y fizo requerir muchos parientes e amigos, e se vido

con algunos grandes de la frontera de quien bien podía confiar algo del secreto, y fallóse tener ciertos para la hora que menester fuesen, cuatro mil e seiscientos de caballo y diez mil peones; y más aparejó de llevar seis medias lombardas y diez robaduquines, e otras diez sebratanas con sus piedras, e mucha pólvora, e mil espingarderos y mil e quinientos paveses, para lo cual todo llevar e muchos mantenimientos, tenia repetido trescientas acémilas, rocines e otras bestias de carga en que fuese todo repartido, que non fuesen mucho cargadas, porque pudiesen ir á mayor priesa. E todo así ordenado muy secreto, escribió al rey y á la reyna largamente todo el caso; mas que sus altezas no se moviesen fasta ver otra letra suya, porque no sabia si podría acontecer en el caso algun desvio porque no se pusiese en obra lo comenzado. E asimesmo acordó el marqués con otros grandes, que como supiese que era dentro en Granada, muy apriesa llamasen todas las otras gentes del Andalucía para el socorro; porque como quiera que el marqués fuese muy esforzado y de gran corazon, segun la gran morería, y en su casa y sobre lo suyo, todo era bien menester. E como caballero cuerdo, desque lo tovo así concertado, él envió el mensajero con sus cartas á los caballeros moros de Granada que le habian escrito, gradeciéndoles mucho su buen deseo y faciéndoles saber que, dexando los reyes, sus señores aparte, de quién fuesen ciertos rescebir grandes honrras, bienes y mercedes; mas que él les faría largas mercedes; por ende, que estoviesen fuertes en lo que le habian escrito, que vista otra letra suya, la cual quedaban esperando, sería con ellos. E antes que el mensajero llegase, fué revelado el secreto al rey moro, e óvose muy cuerdamente con ellos mirando la gran necesidad en que estaba, porque como estos caballeros fuesen personas tan principales y muy emparentados y muy queridos en la cibdad, el rey moro se fué á sus casas e los llevó á comer consigo, e fabló con ellos muy largamente diciéndoles grandes cosas, tanto, que le conocieron toda la verdad, y el rey les perdonó y les fizo muchas mercedes y que dende en adelante, dejaba toda su honrra en sus manos dellos. E puso cuanto mejor recabdo pudo en la cibdad, de manera que así se estorbó obra tan buena y mucho mejor que la de Alhama.

CAPITULO XXXVIII.

CÓMO EL REY DON FERNANDO Y LA REYNA DOÑA ISABEL, SU MUJER, VINIERON Á LA CIBDAD DE CÓRDOBA PARA ENTENDER EN LAS COSAS DE LA GUERRA DE LOS MOROS, PARA LO CUAL ENVIARON POR EL MARQUÉS DE CÁDIZ DON RODRIGO PONCE DE LEON, PARA HABER SU CONSEJO CON ÉL.

En el año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil e cuatrocientos e ochenta e siete años, á veinte y seis dias del mes de Febrero, el rey don Fernando, e la reyna doña Isabel, su mujer, vinieron á la cibdad de Córdoba con grandísimo deseo de servir á Dios Nuestro Señor, y por ensalzar la su Santa Fé Católica, para dar órden en los fechos de la guerra contra los moros infieles del reyno de Granada, para lo cual sus altezas enviaron un caballero con sus cartas al marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon que estaba en la su villa de Marchena, enviándole rogar y mandar que, vista la presente, se viniese para sus altezas á la dicha cibdad. Y llegado el mensajero al marqués, y vista la carta de los reyes, ovo muy gran placer y alegría con ella; y mandó luego aposentar honrradamente al caballero que vino con el mensaje, y darle muy complidamente todas las cosas que menester oviese, como siempre lo acostumbró facer á todos les mensajeros que de cualesquier reyes ó otros grandes á él viniesen. Y dende á cuatro dias aderezó su partida y fué su camino con veinte cabalgaduras, todos principales caballeros, ricamente vestidos de seda y cadenas de oro, y fué esa noche á dormir á Ecija, donde le fué fecho muy honrrado rescibimiento por don Fadrique de Toledo, fijo de don García de Toledo, duque de Alba, que alli estaba por visorrey de la frontera, puesto por los reyes, con todos los caballeros de la cibdad, e le ficieron muy grandes honrras. E otro dia de mañana se partió, e continuando su camino, llegó á la cibdad de Córdoba, cerca ya del sol puesto, donde le salieron á rescebir el cardenal de España, arzobispo de Toledo, con todos los otros prelados y grandes que en la corte estaban, con muchas trompetas y cheremías y atabales, así

de la una parte como de la otra; y entrados á la cibdad y llegados á los palacios de los reyes, sus altezas estaban mirando á una ventana cómo venia rescibiendo mucho placer; y el cardenal y todos los otros caballeros ficieron reverencia á sus altezas, y el marqués de Cádiz descabalgó y subió á les facer reverencia; y sus altezas se levantaron á él, y el marqués, puestas las rodillas en tierra, les besó las manos; y sus altezas le quisieron levantar, y nunca lo pudieron con él acabar, antes el marqués suplicando á sus altezas se asentasen en su estrado real, que de otra manera non se levantaría. E los reyes asentados, el marqués se levantó, y sus altezas le mandaron poner una rica silla cerca de sí, así por el grandísimo amor que le tenian, como por sus grandes y leales servicios, y así estovieron más de tres horas fablando fasta que los reyes le mandaron ir á reposar, y el marqués besó las manos á sus altezas, y se fué á sus posadas con sus caballeros y otros muchos que le acompañaron, con muchas hachas encendidas delante dél: y desta ida estovo el marqués de Cádiz con los reyes doce dias, en los cuales cada dia fablaban todos tres dando asiento en los fechos de la guerra, y en todas las cosas que para ello eran menester, como siempre sus altezas se fallasen bien del consejo del marqués, como quiera que con todos sus grandes oviesen consejo, mas al fin lo que acordado estaba entre sus altezas y el marqués, aquello habian por mejor, y nunca otro seguian desde cuando el rey se oviera de perder en Loja por se apartar de su consejo. Y en todo este tiempo que el marqués allí estobo con los reyes, nunca jamás vez entrase donde sus altezas estaban que á él non se levantasen. E á cabo de doce días, el marqués se despidió de sus altezas, y se fué á la su villa de Marchena para se ataviar de las cosas que á su honrra y estado complian para el tiempo de la guerra.

CAPITULO XXXIX.

CÓMO EL REY DON FERNANDO PARTIÓ DE LA CIBDAD DE CÓRDOBA PARA IR SOBRE MÁLAGA E SOBRE VÉLEZ MÁLAGA, POR CONSEJO DEL MARQUÉS DE CÁDIZ, E DE CÓMO LAS TOMÓ, Y DE LAS COSAS QUE SOBRE EL CERCO Y TOMA DELLAS PASARON.

En este dicho año de mil e cuatrocientos é ochenta e siete años, á cinco dias del mes de Abril, el rey don Fernando partió de la cibdad de Córdoba con muchos grandes señores de sus reinos y otros caballeros e ricos homes, conviene á saber: los maestres de Santiago, de Castilla e Aragon, el maestre de Alcántara, el duque de Nájera, el duque de Gandía de Aragón, el marqués de Villena, el conde de Urueña, el conde de Cifuentes, el conde de Benavente, el conde de Cabra, el conde de Feria, el conde de Medellyn, el adelantado don Alonso de Aguilar, don Fadrique de Toledo, fijo del duque de Alba, el comendador mayor de Leon, el clavero de Calatrava, el alcaide de los donceles, Martín Alonso de Montemayor, señor de Alcaudete, e otras muchas gentes de caballo e de pie, y muy grandes pertrechos e artillerías, que era cosa maravillosa de lo ver, en que llevaría doce mil de caballo, e cien mil hombres de pie, espingarderos, ballesteros e lanceros; llevando su camino derecho por el río de las Yeguas, donde el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, se juntó con su alteza con cuatrocientos caballeros muy ricamente ataviados, con el cual el rey rescibió grandísimo placer e alegría, así por el grande amor que le tenía, como por ser tan escogido caballero, y tan florecida gente como traía y tan bien ordenada. Continuando su camino, e llegados á los prados de Antequera, su alteza reposó allí cinco dias, esperando su gran hueste y todos sus pertrechos y artillerías. Y como quiera que entre su alteza y la reina doña Isabel, su mujer, y el marqués de Cádiz ya estaba dado asiento, y la orden de todo lo que se habia de facer; mas el rey, como virtuoso y de gran seso, por apartar el gran celo que muchos de los grandes tenian del marqués de Cádiz, por la gran cuenta que sus altezas dél facian,

mandó llamar todos los grandes, para haber consejo con ellos cerca de algunas cosas muchas compliderias á su estado real y bien de sus reinos. Y avido el consejo y dicho cada uno su voto y parecer, el rey respondió diciendo:—Por cierto, caballeros, todo lo que teneis razonado es muy bien dicho, y muy contento quedo de lo haber oido, porque cada uno de vos dice lo que le parece con buen deseo de me servir; mas agora, caballeros, quieros decir mi determinada voluntad. Sabed que yo quiero ir sobre la cibdad de Málaga por tres cosas: lo primero, porque yo llevo muchos, buenos y esforzados caballeros y otras muchas gentes, así de caballo como de pie, y grandes artillerías y pertrechos para la cercar e asentar sobre ella tantos cuantos reales menester sean, e dar la batalla á todo el reino de Granada, aunque en su fuerza estoviese, y destruíllos. Lo segundo, grandísimos mantenimientos que yo mandaré venir de mis reinos por mar y por tierra. Lo tercero, ganando á Málaga, yo entiendo, con el poder del muy alto Dios, quedar señor de todo el reino de Granada, y que non haya cosa en él que más se me detenga. E como el rey ovo dicho todo su querer, los caballeros respondieron que todo lo que su alteza decia era muy bien, y que así lo debia poner por obra; porque á todos parecia ser la mejor razon de cuantas cerca dello se habian platicado. Y esto movió el rey por guardar su secreto y consejo del marqués de Cádiz, y porque, sonando la fama de ir sobre Málaga, la gente de Vélez Málaga se descargaría al socorro de Málaga, y tambien porque el rey siempre facia sus fechos desta guisa, que pocos sabian la verdad de su secreto. Y esto así acordado, el rey ordenó su partida, centinuando su santa empresa, e todos los más de los grandes tornaron suplicar á su alteza le pluguiese todavia ír sobre Málaga, como su real señoría les oviese ya dicho que aquella era su voluntad, porque, aquella cibdad tomada, todo lo otro seria tomado. Y el marqués de Cadiz, como caballero que mucho miraba las cosas, en especial en los fechos de la guerra, la cual él siempre continuaba, con la grande enemiga que á los moros tenia, dixo al rey:—Señor; todo lo que estos caballeros suplican á vuestra alteza es buena razon; pero mucho mejor será ir sobre Vélez Málaga, porque, tomando vuestra alteza aquella cibdad, Málaga queda atajada y sin ningun

remedio, y no puede ser socorrida, y tambien es lugar más flaco y de menos gente y que más presto se puede tomar. E el rey, como en todas las cosas se llegaba más al parecer y consejo del marqués que de otro alguno, así lo fizo en esto, e mandó luego al marqués tomar la delantera con dos mil lanzas e diez mil peones, y él así lo puso en obra, sus batallas bien ordenadas, siguiendo la via de Vélez Málaga, e fué á sentar real á la Peña de los Enamorados, miércoles de las tinieblas en la tarde, e allí reposó el rey con toda su hueste jueves e viernes, por honrrar y noblecer mucho el cuerpo de Nuestro Salvador Jesucristo. E luego, el jueves de mañana, su alteza mandó facer una iglesia de madera, toda muy adornada de ricos paños, e un monumento muy honrrado de brocado y seda, e mandó decir la misa muy solemnemente, la cual dijo don Juan Bermudez, dean de Canaria, capellan de su alteza, ca era de muy honesta vida e muy cristianísimo letrado y persona de grande honrra, e fué encerrado el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo con grandísima solemnidad, e llevaban las varas del velo el maestre de Santiago, don Alvaro de Cárdenas, y el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, y el duque de Nájera, don Diego Manrique, y el marqués de Villena, don Diego Lopez Pachece. E así encerrado, e acabada la misa con tanta veneracion, entraron doce caballeros fijosdalgo, armados en blanco, muy ricamente guarnidos, los cuales guardaron el monumento fasta otro día viernes, que fué sacado el Cuerpo de Nuestro Redentor Jesucristo, e ovo un sermon muy notable de un religioso muy venerable, maestro en santa Teología, de la órden de Santo Domingo, el cual dixo cosas maravillosas, secretos grandes de la Sagrada Escritura, esforzando mucho al rey, e á sus grandes, e á todos los otros caballeros y gentes en la Santa Fé Católica. E durante este tiempo que el rey allí estovo, acontesció un caso muy señalado, el cual vos queremos contar.

CAPITULO XL.

CÓMO UN MORO DE MÁLAGA
SE VINO PARA EL MARQUÉS DE CÁDIZ,
JUEVES DE LA CENA, POR LA MAÑANA, Á SE TORNAR
CRISTIANO, Y QUE PORQUE ÉL ERA TAN BUEN CABALLERO, POR
SU MANO LO QUERIA SER, Y LE QUERIA DAR UN ARDID
CÓMO TOMASE DOSCIENTOS CABALLEROS MOROS Y
TRESCIENTOS PEONES, GENTE MUY ESCOGIDA,
QUE HABIAN DE PARTIR ESA NOCHE DE
MÁLAGA AL SOCORRO DE VÉLEZ
MÁLAGA.

E como el marqués jamás nunca dél se partiese aquel inflamado deseo del servicio de Dios, siempre por su mano le eran revelados muchos secretos, en que más largamente le pudiese servir. E viendo la informacion de este moro, como quiera que era razon de tener en ello alguna dubda, segun los engaños deste mundo, pero como era caballero tan esforzado, teniendo aquella esperanza en la Vírgen María Nuestra Señora que siempre tovo, no temió, e mandó luego llamar á su hermano don Diego, e á don Alonso de Leon, su primo, fijo de don Fernando de Leon, su tio, ca eran caballeros muy nobles y de quien él mucho confiaba, y contóles todo el caso que el moro le habia dicho, e díxoles que les rogaba y mandaba, como á parientes tan cercanos, que ellos fuesen esa noche con aquel moro con trescientas lanzas de las suyas e trescientos peones, todos gente escogida y muy armada, y muy secreto á se poner en los lugares donde aquel moro los levase, y les rogaba mucho ellos trabajasen con aquellos moros que por allí habian de pasar e ficiesen como quien eran, como en otros fechos de mayor peligro muchas otras veces se oviesen visto, e dieron buena cuenta de sí, y no menos se esperaba que agora farian, así como si el presente fuese, en lo cual Dios seria muy servido y el rey su señor, y que él rescibiria grande honrra y ellos tambien. E luego don Diego e don Alonso respondieron al marqués: Señor,

muy alegres somos y tenemos en buena ventura el cargo que vuestra merced nos da, y vos besamos las manos por ello. Faremos todo nuestro poder, y fiamos en Dios Nuestro Señor seremos vencedores. E venida la noche, juntaron su gente, y tomaron su camino por donde el moro los levó, fasta los poner en el paso mejor e más seguro para los tomar. E llegados aquel logar, e avido su consejo, acordaron que don Diego quedase en cierto logar bien encubierto y cerca del camino, con ciento e cincuenta caballeros e ciento e cincuenta peones para arremeter con los moros en sintiéndolos, e don Alonso pasó adelante cuanto dos tiros de ballesta con la otra gente, porque si los moros fuyesen contra Vélez Málaga adonde iban en el socorro della, él se fallase en la delantera para los detener y pelear con ellos, y tambien para que si don Diego, su primo, pelease, él lo oyese y presto le socorriese, como le socorrió. Y ellos así puestos esperando, dende á gran rato, ya pasada la noche que ya el alba venia, el moro tornadizo que iba por guia los sintió venir, y á gran priesa se fué para don Diego, e díxole: Ea, señor, apercebíos que hélos aquí do vienen. E don Diego tenia su gente bien presta, e ovo muy gran placer con su venida, e á gran priesa lo envió facer saber á don Alonso, su primo, el cual asimismo alegría grande rescibió. E los moros llegados, ya el alba clara que se podia bien ver, dexólos don Diego un poco pasar, que venian juntos hechos una piña, temiendo lo que fallaron, e arremetió con ellos, e los moros ficieron rostro e comenzaron á pelear fuertemente con ellos, e como don Alonso oyó aquexar las trompetas e atabales de su primo don Diego, mandó tocar las suyas, e á gran priesa fué con él. E los unos e los otros lo ficieron tanto bien, que la batalla fué muy reñida, e al fin los moros fueron vencidos, e muy pocos escaparon que no fuesen muertos, porque don Diego e don Alonso habian fecho voto, dándoles Dios victoria, de no tomar ninguno á vida. E fallaron dellos muertos más de trescientos e veinte, e feridos más de ochenta, los cuales mandaron meter á espada, e los otros escaparon fuyendo contra Málaga. E fizo Dios á los cristianos señalada merced, que fueron feridos muy pocos dellos. E don Diego e don Alonso, con todos los otros que allí se acontecieron, alzaron las

manos á Dios dándole infinitas gracias, e comenzaron á recoger el despojo, así de caballos como de armas, e ricos jaeces que valian gran cantidad, e les tomaron una seña verde y colorada. E todo así recogido, mandaron á los peones que cada uno levase una cabeza de moro en las manos, e á gran priesa enviaron un mensajero al marqués, faciéndole saber de la gran victoria que Dios les habia dado. Con las cuales nuevas señalada gloria el marqués rescibió, agradeciendo mucho á Dios y á la Vírgen María, su Madre, las señaladas mercedes que continuo dellos rescebian, e mandó buenas albricias al mensajero, y envióles luego tres trompetas y sus atabales, y su rica bandera, porque más acompañados y con mayor honrra entrasen, y mandóles que se fuesen derechos á las tiendas del rey, su señor, y ellos así lo ficieron. E como las gentes del real viesen venir aquellas gentes tan fermosa con tantas trompetas e atabales, maravillábanse mucho qué cosa era, como quiera que muchos conocian la bandera del marqués, e como le vian en el real, maravillábanse mucho más. E así andaba toda la gente del real alborozada, y entrados por el real, como todos vian las cabezas de los moros puestas en las lanzas, gozábanse mucho en lo ver. E llegados á las tiendas del rey, como su alteza los vió y supo la verdad del marqués, fué muy grande su alegría, y echóle los brazos encima, diciéndole palabras muy fermosas y de grande honrra. E don Diego e don Alonso se apearon e fincaron las rodillas delante del rey y le besaron las manos, y su alteza les agradeció mucho la buena cuenta que habian dado de sí, e les fizo grandes mercedes. Y el marqués presentó al rey treinta caballos con sus jaeces muy ricos, e toda la otra presa repartió por los caballeros, e dió mucha cantidad della al moro que habia traido el ardid, e lo tornó cristiano, e le fizo mucha fiesta y honrra; y el marqués mandó dar á las mujeres e fijos de los que allí murieron asaz cantidad de sus haberes para que se pudiesen socorrer todos los dias de su vida, e con esto que el marqués facia todos le amaban servir, y sin ningun miedo de sus vidas se ponian á los peligros. E como la reyna doña Isabel que estaba en Córdoba supo la gran victoria que Dios habia dado al marqués y sus caballeros, fué muy grande el placer

que ovo, e dió muchas gracias á Dios por le facer tan señalado bien y merced, que en su tiempo alcanzase ver en sus reynos tan bien aventurado caballero y tanto servidor de la corona real.

CAPITULO XLI.

CÓMO OTRO DIA SÁBADO, POR LA MAÑANA, EL REY SE PARTIÓ CON TODA SU HUESTE DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS, E MANDÓ AL MARQUÉS DE CÁDIZ QUE CONTINUASE SU DELANTERA LA VÍA DE VÉLEZ, E CÓMO LA GANÓ.

El marqués lo puso así en obra, sus batallas bien ordenadas, e fué á sentar real al Trabuco; e otro dia, domingo de Pascua florida, partieron de allí e fueron á sentar real al rio de Aguaro, que es baxo de Çalia, junto con las lomas, porque era lugar de gran recreacion para descanso e reposo, así de las gentes como de los caballos y las otras bestias. E otro dia, lunes siguiente, el rey llegó con su hueste á Vélez Málaga, á hora de medio dia, sus batallas y gentes muy concertadas, e allí delante de la cibdad, en lo llano, mandó parar sus batallas, por ver primero dónde se habia de asentar el real; e mandó llamar al marqués de Cádiz, e al conde de Benavente, e al conde de Cabra, e al conde de Feria, e al conde de Urueña, e al adelantado don Pedro Enriquez, e á don Alonso, señor de la casa de Aguilar, para que fuesen con su alteza á ver dó se habia de sentar el dicho real. E su alteza con estos caballeros se puso en lo alto de la cibdad, e mandó á cierta gente de asturianos e vizcainos, que serian fasta ochocientos hombres de pié, que fuesen á ponerse sobre una gran peña que estaba cerca de la fortaleza, á la parte de la sierra, porque los moros no pudiesen salir de allí á tirar saetas al rey e á los que con él iban. E mandó al marqués de Cádiz que llamase la batalla de su gente, e así á la del conde de Urueña, e á don Alonso de Aguilar, que llamase su batalla, porque ambos traian junta su gente. E el rey e los caballeros susodichos fueron á lo alto, e los vizcainos e asturianos se subieron en la peña alta que dicho habemos, sobre la fortaleza. E el rey e el marqués con él e los dichos caballeros, des-

pues de haber mirado dónde se habia de asentar el real, que era allí en aquellas lomas, e por ser tarde, que serian las dos despues de medio dia, el rey se apeó á sombra de unos almendros á comer, e las dos batallas arredráronse un poco, porque les tiraban de la fortaleza con tiros de pólvora; e los moros salieron por la fortaleza á escaramuzar con los asturianos e vizcainos que estaban en la peña, e como los moros tenian gran ballestería, ferian mucho en los cristianos, en tal manera, que les subieron las peñas por fuerza, e los cristianos non se pudieron sofrir, e volvieron las espaldas á fuir; e el marqués estaba con el rey, que aún non se habia apeado del caballo, e no estaba otra persona con él sino uno de sus pajes. E como vido venir fuyendo á los cristianos, e los moros en pos dellos, tomó la lanza á su paje e arremetió á do venian los cristianos por los detener e facer volver á pelear con los moros; e por mucho que el marqués los quiso detener, non pudo; e en este medio tiempo el rey ovo logar de cabalgar, e á la mayor priesa que pudo, vino á do el marqués estaba, e su alteza no traia más consigo de tres ó cuatro caballeros, y el marqués como vido el peligro tan grande que contra el rey su señor, corría, volvió al rey e díxole:—Señor: vuestra alteza non pase más adelante, antes le suplico se vuelva, y esto déxelo facer á mí y á estos otros caballeros, que con el ayuda de Dios, nos lo remedieramos. E el rey, como era de gran corazon, respondió al marqués que por cierto él no se deternia, salvo á arremeter á los moros, e el marqués quisiéralo mucho detener e echalle mano de la rienda del caballo, y porque le pareció ser algo deshonesto detener al rey, su señor, mal su grado dexó al rey e pasó adelante él solo á los moros. E con el buen denuedo y esfuerzo del rey e del marqués, se lanzaron en los moros firiendo e matando en ellos, de tal manera, que plugo á Dios Nuestro Señor y á su bendita Madre, que los moros volvieran las espaldas fuyendo, e fasta los adarbes de la fortaleza siguieron el alcance dellos, e los peones cristianos así como iban fuyendo, volvieron tras los moros, e así otros caballeros; e las batallas del marqués e del conde de Urueña que estaban apartadas, se soltaron ya yendo los moros fuyendo, y con todo, aunque fué tarde su venida, ficieron grande destrozo en ellos. E plugo á Dios Nuestro Se-

ñor de facer tan señalado milagro, que el rey non ovo peligro en su presona andando tan metido en la pelea, e así el marqués, como quiera que su caballo fué ferido, e su paje asimismo por el muslo izquierdo, de una saeta, e los moros eran fasta dos mil espingarderos e ballesteros, de los cuales muchos murieron. E los otros grandes susodichos no se fallaron con el rey en la priesa de esta pelea, porque algunos estaban apartados de allí mirando la cibdad, e otros quedaron á tomar los capacetes y baberas, e fué tenido en mucho lo que el rey allí fizo, e asimismo el marqués, al cual su alteza mucho regradesció e tovo en muy señalado servicio lo que aquel dia trabajó. E despues desto así fecho, el rey mandó venir allí todas las batallas, e asentó su real en aquellas lomas entre la sierra e la cibdad; e otro dia por la mañana, aquellos peones asturianos e vizcainos, habiendo vergüenza de lo que el dia antes habia acaecido, que los moros los habian echado de aquellas peñas e los habian fecho fuír, acometieron el arrabal, que los moros lo habian dexado la noche antes; e como los moros vieron á los vizcainos e asturianos dentro en el dicho arrabal, salieron de la cibdad á pelear por las calles.

E como esto el rey supiese, mandó á alguna gente de escuderos de sus guardas e á algunas capitanías de peones, ballesteros e espingarderos, que entrasen en el arrabal á socorrer e facer espaldas á los asturianos e vizcaínos que habian entrado; e pelearon fasta medio dia en tal manera, que los moros se encerraron en la cibdad, de los cuales fueron muertos e feridos asaz dellos. E los cristianos rescibieron daño de las ballestas e espingardas que de la barrera e adarbes les tiraban. E luego el rey mandó poner sus estanças juntas á la barrera. E estando así el cerco muy bien asentado, e muy cerca las estanças de los adarbes, el rey de Granada supo cómo el rey de Castilla estaba sobre Velez e la tenia en grande aprieto, e acordó con sus alcaides con quien él se aconsejaba de ir á la socorrer, e sacó la más gente que pudo de la cibdad de Granada, e con la otra gente de Baça, e Guadix, e las Alpuxarras, llegaria fasta dos mil e quinientos de caballo, e cuarenta mil peones, e llegó fasta el castillo de Montomis, que es á una legua de Velez-Málaga á vista della. E visto por el rey don Fernando, e por

el marqués de Cádiz, e por todos los otros grandes que con su alteza estaban, que el rey moro estaba en Montomis con gente, dióse órden de poner buena guarda en el real, de caballeros e escuderos á pié, fuera del real camino de Montomis, e algunos grandes con gentes delante la tienda del rey por guarda de su real persona, e para socorrer á cualquier parte que más conviniese, e fasta dos mil lanzas e dos mil peones mandó el rey poner en lo llano la via de la mar, e otras mil lanzas e mil peones mandó ir con el comendador mayor de Leon don Gutierre de Cárdenas, e otros caballeros, á se juntar con el maestre de Alcántara que venia con el artillería que no habia podido llegar más presto, á cabsa de haber mucho llovido la Semana Santa, e por estar la tierra muy pesada de las aguas. E el rey moro, á hora de vísperas, ordenó sus batallas encima de la sierra, así de caballeros como de peones, e abaxáronse la sierra abajo por un valle, los peones á se poner en una loma alta, por la cual podrian llegar fasta el real, e con ellos fasta quinientos caballeros, e el rey moro con fasta mil lanzas se detovo en la ladera de la sierra, que non pasó á la otra loma con la otra gente, e estovieron en pasar fasta la hora de la Ave-María. E los cristianos pensaban que, como gente aborrida, vernian á pelear, de lo cual estaba el rey con muy gran gozo y placer; e así todos los grandes e caballeros que ahí estaban, teniendo esperanza en Dios que aquel dia se acabaría la destruicion de los moros si peleasen. E desque los moros pasaron á la otra loma, como dicho es, no osaron ir más adelante; e en cerrándose la noche, los moros dispararon las espingardas, que serian más de mil, creyendo espantar los cristianos, y que se desbaratarían ellos mismos sin más llegar á ellos, e estovieron así fasta cerca de la media noche. E como el rey don Fernando esto viese, mandó que con algunos robaduquines de su artillería les tirasen.

E plugo á Dios Nuestro Señor, como en él está todo el poder, que tirado con los robaduquines, fué tan grande espanto en los moros, que sin ser acometidos de los cristianos, á cabsa de la noche, se desbarataron e volvieron fuyendo, e unos á otros se ferían e mataban, de manera que dexaron las más de las armas de ballestas e espingardas, e muchos caballos allí perdidos. E el rey moro

que de la otra parte estaba, trabajó mucho por detenellos e non pudo, e acordó de allí á la hora se partir, maldiciendo su ventura, que no sabia que facer de sí, si volvería á Granada, ó si se iría á Almería; e sus alcaides e los otros moros que con él estaban, aconsejáronle que no fuese á Granada, porque los moros de Granada, veyendo cómo iba desbaratado, lo matarían e alzarían por rey á su sobrino Muley Baudili, que habia quedado en el Albaycin; mas que se fuese á Almería ó á Guadix. E el rey moro, viéndose tan retraido, tomó el parecer y consejo de aquéllos, y esa noche tomó su camino la vía de Guadix, e todos los otros moros cada uno se fué á su logar; e esa noche andovieron cuanto más pudieron por se apartar de la hueste del rey de Castilla. E otro dia por la mañana, despues que aclaró el dia, vieron los cristianos cómo ningun moro parecia, e fueron allá é fallaron muchas cosas, así de armas como ropas e otras joyas, que fué cosa de maravilla, de guisa que todos los que allá fueron fallaron bien que traer. E el rey dió muchas gracias á Dios Nuestro Señor porque así facia sus fechos tan milagrosamente. E como quiera que su alteza y el marqués, y todos los otros grandes, más quisieran pelear con el rey moro y sus gentes; e visto por los moros de la cibdad cómo el rey de Granada y moros se habian ido así desbaratados, sus corazones fueron muy desmayados y tanto enflaquecidos, que luego acordaron de se contratar con el rey e darle la cibdad, y que les mandase poner en salvo á ellos y á sus mujeres e fijos, con lo que llevar pudiesen. E su alteza ovo consejo con el marqués e con los otros grandes, e á todos pareció muy buen consejo tomar la cibdad á pleitesía, porque oviese más tiempo para ir cercar á Málaga. E los moros pidieron que el marqués les asegurase y pusiese en salvo, porque dél se confiaban más que de otro caballero ninguno, lo cual así se fizo. E salieron diez mil ánimas de la cibdad, de grandes y pequeños, e dellos fizo el marqués pasar allende en navíos, e otros fizo llevar á Granada; e fízose todo tan bien, que ninguna cosa les faltó; de que los moros quedaron muy contentos e alegres de la nobleza del marqués, como si ninguna cosa hobieran perdido. E esto así asentado, el alcaide de la fortaleza de Montomis, veyendo cómo la cibdad de Málaga era ya ganada, como conociera

la gran fé del marqués de Cádiz, envióle pedir por merced le enviase un caballero suyo, faciéndole saber era su voluntad darle aquella fortaleza. E el marqués gelo agradeció mucho, y le envió un caballero de su casa, e el alcaide e los moros que con él estaban salieron de la fortaleza e gela entregaron, y el marqués los envió seguros á Granada, é mandó dar la fortaleza á un criado suyo que se llamaba Navarra, para que la toviese por su alteza.

CAPITULO XLII.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ TOVO MANERA CON EL ALCAIDE DE LA VILLA DE COMARES SE DIESE AL REY SU SEÑOR.

Veyendo el marqués que de la villa de Comares los cristianos que venian al real y del real iban á tierra llana rescebian muchos daños della, por estar en el través del camino, envió á Cristóbal de Eslaba, su alcaide de la su villa de Marchena, que fablase con el alcaide de Comares, el cual se llamaba Mahomad el Jabis, que era mozo muy cuerdo y muy guerrero, e envióle á decir que ya bien sabia cómo Vélez Málaga era tomada, e asimismo el castillo de Montomis, y que agora le facia saber, porque le quería bien, por ser buen mozo, esforzado y bien tentado en sus fechos, cómo el rey, su señor, tenia acordado de ir poner sitio sobre aquella villa de Comares. Por ende, que le requería oviese por bien dar aquella villa e fortaleza al rey, su señor, y no quisiese esperar afrenta, porque sin dubda él se perdería e toda la gente que en aquella villa estaba, y que él suplicaría al rey, su señor, le ficiese merced que se fuesen libremente con todo lo suyo á Granada ó donde él quisiese. E oida esta fabla, el alcaide Jabis se salió de la fortaleza á se poner en poder del alcaide de Marchena, e le respondió que la respuesta de lo que le habia fablado él quería ir á la dar al marqués, e tomó consigo veinte caballeros moros muy aderezados e bien ajaezados, e fuese para el marqués; e llegado el alcaide Jabis á sus tiendas del marqués, descabalgó e besóle la mano, e díxole:—Señor: yo vengo aquí á dar la respuesta á vuestra merced de lo que me enviásteis decir con este vuestro buen alcaide; y

como quiera que yo estaba dispuesto de antes morir como bueno que haber de dar la fortaleza al rey ni á otro grande ninguno; pero por la buena razon que vuestra merced me envió decir y por la gran nobleza que de vuestra merced conozco, desde aquí pongo en vuestras manos la fortaleza e villa de Comares, para que della, señor, fagais guerra ó paz, como á vos bien viniere. E así disponed de mi persona y destos escuderos mios, como del menor criado que en vuestra casa teneis. E el marqués le respondió gradesciéndole mucho su buena fabla, y pues que él así lo habia tan bien fecho, él suplicaría al rey, su señor, le ficiese mercedes. E luego el marqués cabalgó y se fué á las tiendas del rey, e levó al alcaide moro consigo, e fizo saber á su alteza lo que aquel moro se le habia ofrecido. E el rey ovo dello mucho placer; el cual veyendo cómo aquel moro se habia puesto en las manos del marqués, su alteza le mandó facer merced de tres mil doblas castellanas. E el marqués se volvió á sus tiendas e mandó vestir al alcaide moro muy bien de seda y de escarlata, y á todos los suyos; e mandó á su alcaide de Marchena que fuese con él con doscientos de caballo e trescientos ballesteros á rescebir la fortaleza e villa de Comares. E el alcaide moro le entregó todo lo alto e lo baxo della, e se fué con todos los moros suyos á Granada seguramente, e los vecinos quedaron por mudejares en la villa asegurados por el marqués. E todos los otros lugares llanos comarcanos, que es la serranía de Cañillas, e los lugares de Torrox y el Axarquia, viendo cómo el rey de Castilla e sus grandes habian tomado la cibdad de Vélez Málaga, y la villa e fortaleza de Comares, y la fortaleza de Montomis, vinieron besar la mano al rey e á se dar por sus vasallos. Y en este medio tiempo los moros de Granada, veyendo cómo su rey habia sido desbaratado de Montomis y no habia socorrido la cibdad de Vélez Málaga, acordaron de se levantar por el otro rey moro, sobrino suyo, que estaba en el Albaycin, e lo alzaron por rey, e lo entregaron el Alfambra y el Alcaçaba de la cibdad. E prendió á la mujer del rey, su tío, y le tomó las joyas y tesoro que tenia, e quedó por rey en Granada. E el otro rey, su tío, se estaba en la cibdad de Guadix e se facian guerra el uno al otro. E todo esto así fecho, el rey don Fernando ovo consejo con sus

grandes si sería bien ir cercar á Málaga ó á la cibdad de Guadix. E algunos dellos decian ser mejor ir á Guadix, porque lo de Málaga quedaba ya fecho, por estar tomadas aquellas villas, que con tinta e papel se conquistarian, y que su alteza debia ir sobre Guadix: E el consejo del marqués fué contrario de todos en esto, e dixo:—Señor: vuestra alteza no debe dexar ninguna cosa atrás por ganar, porque quedando los moros en Málaga, pornian en mucha necesidad toda esta tierra que vuestra alteza ha ganado, e porque acontecen muchas cosas no pensadas, vuestra alteza debe tomar á Málaga; porque tomada aquella cibdad, quedaba segura toda el Axarquia e la Garbia, e esto fecho, señoreará vuestra alteza toda esta tierra fasta las puertas de Granada; e vuestra alteza se debe contentar por este año de ganar á Málaga, e á Vélez Málaga e toda esta tierra, e otro año, Dios queriendo, habrá lugar vuestra alteza de ganar todo lo de la otra parte de Guadix. E al rey pareció muy bien el consejo del marqués, e así lo puso en obra, e despues de haber mandado poner recabdo en aquellas villas e fortalezas ganadas, partió de Vélez e llevó la vía de Málaga.

CAPITULO XLIII.

CÓMO EL REY SE PARTIÓ DE VELEZ-MÁLAGA POR CONSEJO DEL MARQUÉS DE CÁDIZ, E FUÉ SOBRE LA CIBDAD DE MÁLAGA, E LA CERCÓ, E NUNCA DELLA SE PARTIÓ FASTA QUE LA GANÓ.

E así concertada el rey su partida con su gran hueste, mandó al marqués de Cádiz llevar su delantera como la habia continuado llevar, y él así lo puso en obra, llevando sus batallas muy ordenadas; e aquel dia fué á sentar real en Besillana; e otro dia de mañana se partió para Málaga; e llegando cerca de Gibralfaro, á las dos horas despues de medio dia, á unos cerros gruesos e altos que estaban cerca de Gibralfaro, salieron fasta dos mil moros pensando detener la pasada al rey e á su hueste por aquel camino, e comenzaron á escaramuzar con la delantera de la hueste, e las batallas de la delantera del rey se soltaron, e así el peonaje de la Hermandad, que iba por capitan el provisor de Villafranca, e otras dos

capitanías de gallegos, e pelearon con los moros en tal manera, que los desbarataron fasta los meter por Gibralfaro, en que murieron allí muchos moros. E el marqués sirvió en esto muy mucho al rey, su señor, en aquel dia, ca lo fizo muy varonilmente. Y esto así fecho, el rey miró con sus grandes cómo se habia de asentar los reales, e acordó de poner tres reales; el primero e principal, sobre Gibralfaro, que está cerca de la mar fasta el arrabal, e otro real en las huertas del arrabal; e otro real cabe la mar, de la otra parte, en lo llano. E así esto ordenado, ninguno salia á tomar cargo del real de Gibralfaro; e veyendo esto el rey, rogó y mandó al marqués de Cádiz que tomase dél el cargo, porque conocía dél ser persona que deseaba mucho servirle, e lo sabia bien facer e sofrir cualquier afrenta que le pudiese venir. E el marqués le besó las manos por le dar cargo en que le pudiese tanto servir, e por ser aquella estança de Gibralfaro más peligrosa que todos los otros combates. E así tomó aquel real el marqués con dos mil e quinientas lanzas, e doce mil hombres de pie, quinientos espingarderos e quinientos ballesteros. E don Martin de Córdoba con la gente de su capitanía, e don Diego Lopez de Ayala con la gente de Ubeda; e Baeça, e Fernando de Bonilla con la gente de Jaen, e Garci-Bravo con la gente de su capitanía, que era alcaide de Atiença, e don Alvaro de Bazan con la gente de su capitania, e Pedro Baca con la gente de su capitania, e Juan de Beteta, alcaide de Soria, con la gente de su capitanía, e Pedro de Castro con la gente de Xerez, e Diego Sanchez de Carvajal con la gente de su capitanía, e el provisor de Villafranca, que era capitan de la Hermandad, con ocho mil peones. La cual dicha gente era por toda dos mil e quinientas lanzas, e doce mil hombres de pie. Y esa noche el marqués puso las estanças tan cerca de la fortaleza, que con piedras tiradas de mano las metian dentro en ella. E los otros reales, el rey estobo en el de las huertas con sus guardas e capitanías, que serian fasta tres mil lanzas.

E el conde de Cifuentes con la gente de Sevilla, e el alcaide de los Donceles, e fasta doscientas lanzas el duque de Medina Sidonia. E en el real de la otra parte del mar, tomaron cargo dél el maestre de Santiago, don Alonso de Cárdenas, el maestre de Alcántara,

don Francisco Destúñiga, e el conde de Benavente, don Rodrigo Alonso Pimentel, e el duque de Nájera, don Diego Manrrique, e el conde de Feria, don Gomez de Figueroa, e el conde de Cabra, don Diego Fernandez de Córdoba, e el conde de Urueña, don Juan Tellez Giron, e don Alonso Fernandez de Córdoba, señor de la casa de Aguilar, e don Hurtado de Mendoza con la gente del cardenal de España, e Garci Fernandez Manrrique, corregidor de Córdoba, con la gente de la dicha cibdad. E todos estos grandes, como buenos caballeros, pusieron sus estanças bien cerca de los muros de la cibdad. E los moros que en la cibdad estaban eran fasta siete mil hombres de pelea, e cada dia salian á pelear e escaramuzar, de manera que facian gran daño á los cristianos, e asímismo los moros lo rescibian dellos. E despues que el artillería fué llegada, el rey mandó que se repartiese por todos tres reales, e la una parte della subió á Gibralfaro para tirar á la torre del Homenaje e á la fortaleza. E la otra parte del artillería se asentó en las huertas, e la otra parte se asentó cerca de la mar á la puente, la cual tiraba contínuamente e derrocaba asaz parte de los muros; pero no tanto cuanto era menester para el combate, porque los muros eran muy fuertes. E la nueva de todo lo que dicho habemos fué á la reina doña Isabel, que estaba en la cibdad de Córdoba, e algunos escribieron á su alteza, en especial don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, que era caballero muy llegado e contínuo de su casa, á quien sus altezas daban mucha fé, diciendo que su alteza debia venir luego, porque la cibdad non se detenia un dia ó dos, y que su alteza se debia fallar junta con el rey en la toma de aquella cibdad. E la reina, por rescebir aquel placer de la ver tomar, dió fé á lo quel comendador mayor le escribió, e partió luego; e con su alteza, el cardenal de España, e el Obispo de Avila, e otros prelados e caballeros, e andovo sus jornadas fasta llegar al real; como quiera que en el camino le llegó nueva á su alteza cómo la cibdad se daba, á cuya cabsa apuró más el andar. E el rey la salió á rescibir e muchos de los grandes, e su alteza envió á decir al marqués que le rogaba mucho y mandaba que no saliese al recibimiento de la reina, porque no hobiese algun mal recabdo en las estanças á cabsa de su ausencia. E el marqués,

como quiera que tenia tales caballeros que pusieran buen recabdo; pero por complir el mandamiento de su alteza, así lo fizo. E la reina llegó á las tiendas del rey, e muchos ovieron con la venida de su alteza mucho placer, e otros algunos decian no haber seido bien fecho; pero á los más placía mucho, porque la reina era muy amada y temida de todos.

CAPITULO XLIV.

CÓMO EL REY E LA REINA FUERON Á VER AL MARQUÉS DE CÁDIZ E Á SUS ESTANÇAS.

E dende á dos dias que la reyna ovo llegado, envió decir al marqués que la primera cosa que queria ver de aquel real e cibdad era á él e á sus estanças. E el marqués respondió que besaba las manos á su alteza por ello. E luego mandó el marqués en el estança más alta de Gibralfaro aderezar de ricos paños franceses e doseles de brocados muy ricos, do el rey e la reyna estoviesen, e la infanta doña Isabel, e el cardenal, e las damas, e todos los grandes que con su alteza fuesen; e mandó facer un camino por la ladera del cerro, fecho á vueltas, por donde la reyna pudiese sobir cabalgando, porque fasta entonces apenas podian sobir á pie; e mandó asimesmo aderezar sus tiendas de paños de brocado, e de paños de raso, para que allí sus altezas reposasen e rescibiesen colacion. E esto todo así aderezado, el rey e la reyna vinieron e subieron á lo alto do estaba el marqués y muchos caballeros con él, e besó las manos á sus altezas por su venida; e de allí el rey e la reyna vieron la fortaleza de Gibralfaro á todo su placer, e vieron tirar las lombardas á la torre del homenaje; e despues que estovieron allí buena pieza del dia, se descendieron á las tiendas del marqués, e visto tan buen aderezo como allí tenía, ovieron mucho placer e reposaron allí, do se les dió muy alta e copiosa colacion de todas las mejores confaciones de conservas del mundo; ca como el marqués fuese muy querido de los reyes, y muchas veces sus altezas lo iban ver, siempre contínuamente andaba muy apercibido de todas las cosas que complian á su estado. E aquel dia sirvió por mayordomo don Diego Lopez Pacheco, marqués de Vi-

llena, e otros grandes traian los confiteros e platos con las conservas. E á la noche sus altezas se fueron para su real, e el marqués porfió mucho de ir con sus altezas, y mandáronle que se quedase á poner recabdo en las estanças, y él les besó las manos y el rey e la reyna le echaron los brazos encima, e así se despidió de sus altezas. E dende en adelante el artillería tiraba muy reciamente, e ponian tan grande esfuerzo los artilleros que derrocarian tanto las lombardas, á que muy sin peligro se pudiese combatir Gibralfaro e la cibdad, e entrarian á pie llano por los portillos que las lombardas farian. E los muros eran tan fuertes, que derrocaron poca cantidad e faltóles la pólvora, de que el rey e la reyna rescibieron grande enojo e confusion en faltar la pólvora á todos los del real, porque si cantidad della oviera, derrocáranse más los muros e pudiérase bien combatir. Pero como los muros estaban altos, habia gran dubda si se podria entrar. E al fin acordóse de sobreseer el combate e enviar por todas partes á buscar pólvora. Y en este medio tiempo el rey quisiera mucho que se llegaran más las estanças, porque se llegase á los muros con bancos pinjados á cabarlos, porque recelaba que el artillería podia facer poco más daño de lo fecho, e todos se excusaron dello, salvo el marqués de Cádiz, que el rey le mandó e rogó que pusiese una buena estança junto á la barrera e caba de Gibralfaro, porque creia que cabándose por allí la barrera, se podria entrar en la fortaleza, e el marqués le respondió:—Señor; poner el estança do vuestra alteza manda, luego se fará; pero á mi ver, aquella estança se debe poner de noche, e luego otro dia por la mañana se debe dar el combate á la cibdad por todas partes, porque si la gente ha de estar allí en aquella estança sin dar combate, las piedras que los moros tirarán de la barrera bastarán para ferir e matar muchos de los que allí estoviesen, e asimismo á los que entraren ó salieren á la estança, todos los más serán feridos e muertos de las espingardas e ballestas de los moros. E todavia el rey, por consejo de algunos que estaban cerca de su alteza, que pensaban que apartando un poco más los moros se habian de dar; e un contino de la casa del rey dixo á su alteza que él faria de madera e de rama unos cestones que, asentados allí, los finchirian de tierra e farian una estança tan fuerte

como una torre. E el marqués dixo:—Con tal condicion, fágase lo que su alteza manda. E quedó allí Rodrigo de Ulloa, contador mayor del rey, que era persona acebta á su consejo, para dar órden á facer los dichos cestones. E fechos, asentáronse en la noche junto con el bego de la caba, e tomaron cargo para facer el estança, e la sustentar e guardar, don Martin de Córdoba con la gente de su guarnicion, e Rodrigo de la Peña, capitan del duque de Plasencia, con su gente, e el mariscal Cárlos de Orellano, con la gente del duque de Medinaceli, e don Alvaro de Bazán, con la gente de su guarnicion, e Moxica e Ferrera, con sus capitanías de gallegos, que serian por todos ochocientos escuderos e mil e quinientos hombres de pie; e aunque los moros defendian todo lo que podian aquella noche, por eso no dexaron los susodichos de facer su estança muy bien, cuanto mejor pudieron.

CAPITULO XLV.

CÓMO LOS MOROS SALIERON Á PELEAR CON LA GENTE DEL ESTANÇA E LA TRAIAN Á MAL ANDAR, E EL MARQUÉS LOS SOCORRIÓ, E FUERON LOS MOROS DESBARATADOS POR SU GRANDE ESFUERZO.

E desque vino el dia e los moros vieron la estança, pesóles mucho dello, e ovieron consejo todos, unos con otros, diciendo que si aquella estança allí estoviese, serian perdidos, porque por allí les pasarian la caba e les derrocarian la barrera, e acordaron que todos se debian ofrecer á la muerte e salir á pelear con la estança e ponelle fuego. E á hora de medio dia que la gente de los cristianos estaba más segura, salieron por el postigo de Gibralfaro fasta tres mil moros, con dos señas, la una blanca e la otra colorada, e pusieron sobre la barrera muchos espingarderos e ballesteros, e acometieron el estança con gran denuedo, e pelearon los unos con los otros en manera, que algunos de los cristianos enflaquecieron e comenzaron á fuir, e la bandera del marqués con hasta ciento e cincuenta caballeros e escuderos que con ella se fallaron, e don Diego, su hermano, que estaba en otra estança, cerca de aquella, que estaba par de la caba, socorrió por la parte baxa de una ca-

ñada que allí se facía, fasta juntar con los moros. E allí pelearon tanto e tan reciamente, que fué cosa de maravilla, do murieron algunos moros e así cristianos; e el alférez del marqués, que se llamaba Alfonso Ximenez, lo fizo tan varonilmente, que andovieron los moros á los brazos con él, e le dieron muchas feridas por le tomar la seña, e él la tovo con la mano izquierda, e peleaba del espada con la derecha, e fería e mataba á los moros que á él se llegaban, que no se la pudieron tomar. E por la otra parte de lo alto á do estaba el estança peleaban los moros muy fuertemente, de manera que todos los más del estança con las banderas se venian retrayendo, salvo los capitanes, con algunos de los suyos, aunque pocos tovieron quedo en el estança, con propósito de morir allí. E el marqués, veyendo esto desde el estança alta donde estaba, como esforzado caballero y muy deseoso de la honra de Dios y del rey, salió á pié á muy gran priesa por la ladera abaxo, no con más armas de unas corazas e un capacete, e un espada en la mano e una daraga; e con él don Luis Ponce de Leon, su sobrino, e el mariscal Juan de Guzman, e Pedro de Pineda, alcaide de Mairena, e Luis Mendez Portocarrero, veinticuatro de Sevilla, e tres pajes del marqués que se llamaban Alfonso de Medina, e Gonzalo Deslaba, e Alfonso de Puentes; que otro ninguno non salió con el marqués, porque él mandó á la gente que estaba en el estança alta, que estoviese queda. E con estos pocos que se falló llegó con grande esfuerzo á la gente que ya se venian retrayendo, e los fizo volver á los moros esforzándolos mucho, y él delante dellos peleando, e firieron en los moros tan crudamente, que les ficieron volver los rostros, e se pusieron en fuida, e siguieron el alcance dellos fasta los meter por el postigo de Gibralfaro, do murieron de los moros más de doscientos, los más principales, e fueron feridos más de quinientos, como quiera que los cristianos, antes que el marqués llegase, habian rescebido asaz daño, e despues como los moros les tiraban desde la barrera á su salvo con las espingardas e ballestas, murieron de los cristianos fasta cincuenta. Entre los cuales murieron tres hombres principales, que fueron, Garci Bravo, alcaide de Atienza, e Diego Lopez Medrano, su yerno, e Gabriel de Sotomayor, los cuales eran caballeros muy es-

forzados, e fueron feridos asaz, entre los cuales fué ferido don Luis Ponce de Leon e don Diego Ponce de Leon, hermano del marqués, de saetas, e otros algunos escuderos; e al marqués le dieron una espingardada que le pasaron el adaraga, e las borlas de los cordones della embarazaron la pelota que le non firiese, que le dió baxo de las corazas, en la ingle, do no tenia arma ninguna, e parece que milagrosamente Dios lo quiso guardar. E allí, en aquella pelea, ganó el marqués ambas las señas que los moros sacaron, y por su mano tomó la seña colorada e cortó el brazo al moro que la llevaba, e lo mató. E despues de habido este vencimiento, el marqués volvió á reformar el estança. E en esto vino el rey al real del marqués y enviólo llamar, y con muy alegre cara, echóle los brazos encima dándole muchas gracias por lo que tan bien habia remediado, porque si él non socorriera con tanto peligro de su persona, la gente toda venia desbaratada e sin ningun remedio, de manera que murieran aquel dia siete ú ocho mil hombres. E daba el rey muchas gracias á Dios porque tan milagrosamente lo habia querido guardar del espingarda e de otros muchos tiros que le tiraron, porque como el marqués era muy conocido de los moros e iba en la delantera, todos le tiraban á él y daban á los que más cercanos dél iban, y desta manera fué ferido uno de sus pajes, de un espingarda. Y el rey con mucho placer se volvió á su real, y el marqués se quedó poniendo recabdo en sus estanças.

CAPITULO XLVI.

CÓMO LOS MOROS, VEYÉNDOSE TAN PERDIDOS, ACORDARON DE CONTRATARSE CON EL MARQUÉS PARA DAR LA CIBDAD AL REY, E DE LAS COSAS QUE CERCA DELLO PASARON, Y DEL BUEN CONSEJO QUE EL MARQUÉS DIÓ Á LOS REYES.

Como los moros de Gibralfaro e de toda la cibdad se viesen tanto apretados y en tan gran necesidad puestos, acordaron de dar la cibdad al rey, e salieron al marqués el alcaide Sagir e Omar Abenomar, e el cadi de la cibdad e Alidordux, sin que demandasen seguro al marqués, diciendo querian dar la cibdad al rey, e que les

diese libertad á sus personas, e mujeres, e fijos, e para sus bienes. E el marqués les respondió que él tenia aquel cargo de aquel cerco de Gibralfaro, como veian, que no le era á él honesto ponerse en trato para que fuesen libres, salvo que ellos disen la cibdad al rey, e demandasen las vidas, e quedasen por cativos, e perdiesen todos sus bienes, e lo que suplicaría al rey e á la reyna era lo de las vidas; e que si querian insistir en lo que demandaban, que fuesen al comendador mayor de Leon, que estaba en otra estança, para que él negociase con sus altezas. Los cuales así lo ficieron, que fablaron con el comendador mayor de Leon, don Gutierre de Cárdenas, y le rogaron que fuese á sus altezas con aquella embaxada que habian ido al marqués; e el comendador mayor con mucho placer fué al rey e á la reyna, y sus altezas mandaron llamar á los grandes que allí estaban, para que cada uno dellos dixese su parecer de lo que en aquel caso debian facer. Y ellos juntos, algunos dixeron que sus altezas debian acebtar lo que los moros demandaban, e tomar la cibdad, pues en ello eran tan servidos, e excusarían tan grandes gastos e espensas que allí se gastaban; e el maestre de Santiago e el comendador mayor eran en este mismo acuerdo. E el marqués de Cádiz dixo á sus altezas: Señores, la calidad de los moros es que cuando se vienen á dar tienen tanta necesidad, que no se pueden sofrir, e á vuestras altezas va mucho en que estos moros se pierdan, porque sea castigo á ellos y ejemplo á todos los otros que quedan por conquistar; que si agora estos moros libremente se fuesen, todos los otros á do vuestras altezas pusiesen cerco esperarían al cabo poniendo todas sus fuerzas tanto y más que estos han puesto; e si estos se pierden, non llegarán vuestras altezas á ninguna cibdad ó villa que diez dias se os detengan. Por ende suplico á vuestras altezas que la respuesta para los moros sea: que den la cibdad y á ellos mismos con todo lo que tienen, y es muy cierto que lo farán luego, segun la gran necesidad que tienen de fambre, porque algunos moros han salido de la cibdad, e dicen que ha más de veinte dias que no comen pan ninguno, sino las bestias, e perros, e gatos que tienen en las casas, e aunque algunos días se puedan detener, serán muy pocos. Y si vuestras altezas non tienen dineros para pagar esta hueste, mi gente yo la sosterné; y demás desto, yo

serviré á vuestras altezas con diez cuentos que tengo en moneda, e con plata e otras joyas que valen asaz cantidad, e creo que no ménos farán muchos de los grandes que aquí están con todo lo que pudieren. E muchos se conformaron con este voto del marqués, e el rey e la reyna más que todos.

CAPITULO XLVII.

CÓMO EL REY E LA REYNA, VISTO EL CONSEJO DEL MARQUÉS DE CÁDIZ, ACORDARON QUE AQUELLO SE RESPONDIESE Á LOS MOROS, E CÓMO SE DIERON LUEGO EN LA MANERA QUE EL MARQUÉS DIXO.

E luego sus altezas determinaron de enviar á los moros aquella misma respuesta que el marqués dió. E sabida por los moros la voluntad determinada del rey e de la reyna, pusieron en obra de lo facer así, e salieron otra vez á la estança del marqués, á lo alto de Gibralfaro, aquellos moros más principales, á le pedir por merced que su cabtiverio e perdicion querian que fuese por su mano y no por otro alguno. E el marqués les respondió que él non se encargaría de lo tal, porque no queria que se dixese por otras partes que los moros de Málaga se pusieron en sus manos, y que él los habia fecho perder. E oida por los moros esta razon del marqués, se volvieron á la fortaleza de Gibralfaro, muy tristes y desconsolados, llorando, las capillas de los albornoces echadas sobre las cabezas, e asentaron todo lo susodicho por mano del comendador mayor; e otro dia entregaron el alcaçaba, e las torres e puertas de la cibdad á ciertos caballeros e capitanes del rey, e la fortaleza de Gibralfaro entregaron al marqués. E los moros e judíos de la cibdad fueron todos cativos, e perdieron todas sus faciendas. E el rey e la reyna mandaron á sus contadores mayores, que eran don Juan Chacon, e don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, e Rodrigo de Ulloa, e su tesorero Ruy Lopez, que pusiesen gran recabdo en todos aquellos moros e moras: los cuales así lo ficieron con toda buena diligencia, que ninguna cosa se perdió de valía de un dinero, que todo lo ovieron el rey e la reyna; e mandaron repartir algunos de los moros e moras

por los grandes e caballeros que allí se fallaron, en cantidad de tres mil ánimas, e sus altezas ovieron fasta ocho mil, con todo lo mueble, que valió asaz cantidad. E el rey e la reyna quisieran dar todo esto á los grandes y gentes, salvo porque estaban muy gastados e adebdados, e todos lo ovieron por bien y más el marqués, porque pudiesen salir de la vergüenza que podian rescebir, no pudiendo pagar lo que debian, que era mayor cantidad de ciento e cincuenta cuentos. E por esto sus altezas rescibieron los sobredichos moros y facienda, e con ello cumplieron con aquellos que les habian prestado; e la cibdad seyendo desembargada de los moros e judíos, que los sacaron todos á un corral que es entre el alcaçaba y la mar, los reyes entraron en la cibdad muy pomposamente e acompañados de todos los grandes, y el marqués junto con ellos, á su mano derecha, e fueron á la iglesia mayor á oir misa e dar gracias á Dios por la victoria que les habia dado, e despues de oida la misa, se fueron á su palacio real, e de allí los grandes se fueron á sus posadas, e otro dia se despidieron todos los más de los grandes para se ir á sus tierras. Y el marqués de Cádiz quedó con sus altezas, porque siempre tenia por estilo de no se ir á su casa fasta dexar al rey e á la reyna en el logar de donde habian salido á conquistar. E los reyes estovieron diez dias en la cibdad de Málaga, e dieron el alcaidía della á Fernandez Manrique. E despues de haber mandado dar órden en las cosas de la cibdad, quiso ir la reyna á ver á Vélez e á toda aquella tierra que se habia ganado, y sus altezas partieron para allá, e con ellos el marqués, el cual llevaba de rienda la reyna e le mostraba los lugares ganados, e le decia todas las cosas como habian pasado. E llegados los reyes á Vélez, vinieron todos los moros de los lugares comarcanos á besar la mano á la reyna, y su alteza en ver tan buena cibdad como Vélez ovo mucho placer, e estovieron allí dos dias, e sus altezas se partieron de allí y el marqués con ellos, e fueron por la mar en cuatro galeras que ahí estaban de Aragon, e vinieron á desembarcar á Guadalquivirejo, que no quisieron entrar en la cibdad de Málaga porque habian fallecido en ella dos ó tres personas de pestilencia, e de allí siguieron su camino la via de la cibdad de Córdoba, do fueron bien rescebidos, con gran solemnidad del

príncipe que allí estaba, e de muchos caballeros, naturales de la cibdad; e de ahí se partió el marqués por mandado de sus altezas, á la su villa de Marchena, donde la marquesa estaba, do fué muy honrradamente rescebido, con muy gran placer e alegría por la marquesa y por sus caballeros y vasallos, dando muchas gracias á Dios porque con tanta victoria e honrra lo habia traido á su casa. E los reyes dende en veinte dias se partieron para Aragon á facer Córtes en Zaragoza, e haber dinero para la guerra del año venidero. E el marqués se quedó en su tierra, con cargo de sus altezas para proveer las cosas que subcediesen, e amparar todos los lugares e tierras ganadas de los moros. Ca era tanta la confianza que los reyes del marqués de Cádiz tenian, por sus grandes virtudes y leales servicios, que habian por bien dexar en sus manos todo su estado real.

CAPITULO XLVIII.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, MIRANDO EN LA TARDANZA QUE LOS REYES FACIAN EN ARAGON, DETERMINÓ DE IR VER TODAS LAS CIBDADES, VILLAS E FORTALEZAS QUE SUS ALTEZAS HABIAN GANADO.

Siempre los fechos del marqués fueron bien pensados, así por su grande entendimiento, como por el contínuo deseo de servir á Dios y á los reyes; como jamás otro fuese su pensamiento; y porque sus altezas estaban tan ocupados en muchos negocios de sus reinos de Cecilia, Aragon y Navarra, y que tan ayna non se podian dellos descargar, acordó de ir á requerir todas las cibdades, villas e fortalezas que los reyes á los moros tenian ganadas, y como quiera que esta fama á todos fuese pública, mas en lo secreto, la principal cabsa de su ida era por tomar la villa e fortaleza de Almuñecar, porque el alcaide della, Mahomad Alatar, era mucho suyo del marqués, e habia rescebido dél muchas honrras, y á esta cabsa se contrataban y tenian dado asiento en la toma della, y el marqués le tenia prometidas grandes dádivas y mercedes. Y como los moros conociesen dél nunca quebrantar cosa que prometiese, osaban ponerse por él á todo peligro, así de las

honrras como de las vidas. Y este alcaide tenia la tenencia desta villa y fortaleza por el rey Mulehacen, y como el marqués conociese que, tomada Almuñecar, era luego tomada Almería, y que á los moros non les quedaba otro puerto de mar en que toviesen ninguna esperanza de socorro, y que luego serian todos perdidos, deseábalo mucho. Y tambien fué su ida por acordar algunos alcaides que estaban muy divididos, de tal manera, que los reyes pudieran rescebir gran deservicio non lo remediando. Y para poner en obra su camino, mandó ataviar muy complidamente todas las cosas, segun á su estado pertenecia haber de levar, e juntó quinientos caballeros, de hermanos, primos, sobrinos, yernos, criados e caballeros de su casa, toda gente muy escogida e muy ricamente ataviada de especiales armas e caballos e otros arreos, e una rica bandera con las armas de los reyes y las suyas baxo dellas, e dos pares de atabales, e seis trompetas, e sacabuches, e trescientos espingarderos e otros tantos ballesteros muy aderezados; e mandó que de sus tierras, durante el tiempo que allá estoviesen, fuesen muchos mantenimientos, e así se fizo muy abastadamente, e comenzó su camino á diez e ocho dias del mes de Enero de mil cuatrocientos e ochenta e ocho años, desde la su villa de Sahara, e fué á Setenil e á Ronda, donde fué muy honrradamente rescebido; e de allí se partió para Marbella e reposó allí una tarde fasta otro dia, que se partió despues de medio dia, dexando proveido todas las cosas que cumplian al servicio de los reyes sus señores. E de allí fué á la cibdad de Málaga, en la cual le fué fecho un gran rescibimiento por Garci Manrrique, tio del rey, que tenia la cibdad por su alteza. E allí reposó cinco dias, e vinieron los alcaides de Velez Málaga e de toda la comarca á le ver e facer reverencia, y el marqués los rescibió con mucha alegria, e cada dia comian todos con él, e allí fizo amigos á los alcaides que estaban muy contrarios, e los puso en mucha paz e concordia, de que todos fueron muy contentos, porque el alcaide Garci Manrrique no los habia podido acordar, y el marqués les dió á todos grandes dádivas. E despedidos los alcaides cada uno á sus tenencias, como quiera que de secreto quedaron apercebidos, no sabiendo para qué, salvo Garci Manrrique, al cual el marqués dió parte de su

secreto, por ser caballero muy honrrado y tio del rey, su señor, y le quedó el cargo del socorro cuando menester fuese; e de allí se partió el marqués para la cibdad de Alhama, donde tantos trabajos sufrió en la toma y defensa della, y llegado, fué muy bien rescebido, e allí estovo seis dias esperando tomar la villa y fortaleza de Almuñecar, como lo tenia concertado. E como el rey Mulehacen, que estaba en Guadix y Baça, supiese la venida del marqués en aquellas tierras, como mucho le temiesen por los grandes daños que todos dél habian rescebido, pensó lo que podria ser, que no sin gran cabsa era su venida; cabalgó con mil caballeros e cinco mil peones, sin que ninguno supiese dónde iban, e una mañana amaneció en Almuñecar, que dende á dos dias se habia de dar la villa y fortaleza al marqués. Y el rey tiró aquel alcaide y puso otro, no porque él supiese el secreto de entre su alcaide y el marqués, mas por la sospecha que tenia, e otro dia el rey fué á Almería y fizo otro tanto. Y como el alcaide de Almuñecar vido el rey partido para Almería, escribió al marqués de gran secreto la venida del rey e lo que habia fecho, y que le perdonase, que no se habia podido en ello más facer, que si el rey no viniera, todo estaba á su servicio; mas que le daba la fé de trabajar en ello cuanto más podiese. E venida la nueva al marqués, ovo muy grande enojo por ello e partióse para la cibdad de Loja, y quién podria decir el gozo que todos rescibian con su vista, como si fuera la persona de los reyes. Y aposentado en la cibdad con muy grande acatamiento, allí vinieron á lo ver alcaides de Illora. Y Moclin y Montefrío, y el marqués folgó mucho con ellos; e como el rey Chiquito Muley Baudili, sobrino del rey Mulehacen, que estaba en la cibdad de Granada, supo cómo el marqués estaba en Loja, escribióle, haciéndole saber cómo allí estaba á servicio de los reyes, que si algo le mandaba, estaba tan obligado á todo su querer y mando, como al de sus altezas; y envióle un caballo blanco, muy escogido, muy ricamente ajaezado, e una daraga danta, e una espada morisca muy ricamente guarnecida de oro. E el marqués lo rescibió muy de grado, y le escribió, gradeciéndole mucho su buen deseo, y envióle un moro que tenia cativo, que era hermano de su mujer del rey Chiquito, de muy gran resgate, el cual

preció más el rey que si le diera una villa. Y el marqués se partió de Loja, la via de Antequera, donde fué muy honrradamente rescebido del alcaide e vecinos della, y le dieron un rico presente e estovo allí aquel dia, que era sábado en la tarde, e otro dia domingo, fasta el lunes de mañana que se partió para la su villa de Marchena; y la marquesa, como supo su venida, con grande alegría lo salió á rescebir. Y el marqués ovo mucho placer con su vista, como fuese la cosa que él más amaba, por sus grandes virtudes y santa vida; e fizo Dios al marqués tan señalada merced, que en este tiempo que por allá anduvo, aunque era tierra fria y en invierno, fizo un tiempo muy templado y sosegado, sin ningunas aguas. Y en esta sazon los reyes estaban en Zaragoza y supieron cómo el marqués, deseando su servicio, habia tomado aquel camino, lo cual mucho le agradecieron, y le escribieron, certificándole que sus leales servicios siempre los tenian delante para le facer largas mercedes, y que le rogaban y mandaban que folgase y descansase de los trabajos pasados por aquel año, que creian la guerra no se haria, así por la gran pestilencia que andaba en Córdoba y en Ecija y en toda aquella frontera, como por otros grandes negocios que con el rey de Francia tenian sobre Perpiñan, de las cuales nuevas el marqués mostró gran sentimiento, pesándole mucho dello si así oviera de pasar.

CAPITULO XLIX.

CÓMO EL MARQUÉS DE CÁDIZ, DON RODRIGO PONCE DE LEON, ESCRIBIÓ A LOS REYES SUPLICANDO Á SUS ALTEZAS POR NINGUNA COSA LA GUERRA DE LOS MOROS POR AQUEL AÑO SE DEXASE.

Despues destas cosas así pasadas, como el marqués conociese la voluntad y gana de los reyes, sus señores, ser tan grande de dar guerra á los moros, era mucho maravillado haberse de cesar por aquel año, cuanto más estando tan quebrados y perdidos, y seyendo año tan vicioso, así de panes como de yerbas y de todas las otras cosas tan abondosas, y tambien teniendo los moros muy largas sementeras, que si lugar se les diese de las coger, quedarian

muy reparados para adelante, y fallarse yan más fuertes para su defendimiento. E á esta cabsa, el marqués escribió luego á sus altezas, pidiéndoles por merced y besando las manos á sus altezas, que por ningunos negocios esta santa guerra contra los moros, enemigos de la Santa Fé no se excusase de facer, pues que Dios en ello tanto era servido; y que creia, poniéndose en obra, luego la pestilencia cesaría, y no se haciendo, se acrecentaría; cuanto más teniendo como tenian sus altezas tantas gentes de sus reynos apercebidas, y tambien teniendo sus altezas mucho dinero, muchos mantenimientos y los pertrechos y artillerías todo puesto á punto, e todas las gentes muy ganosas de ir con sus altezas; y si menester fuese morir en servicio de Dios y suyo en tan santa romería; y que él quería ser el primero, porque esto era su gloria y descanso; y cuando menester fuese, que él tenia para su servicio cincuenta mil fanegas de trigo y otras cincuenta mil de cebada, de sus rentas, y doce cuentos de moneda labrada en oro y plata, e otras muy ricas joyas de gran valor. E cuando los reyes, estando en Zaragoza, vieron las cartas del marqués de Cádiz, fué muy grande el placer y alegría que con ellas rescibieron; y con gran gozo, los ojos llenos de agua, dixeron ante todos los grandes de su Corte: —Nos bien creido tenemos que todos los Emperadores y reyes cristianos no alcanzan más bien andante caballero que nós tenemos en el marqués de Cádiz. E porque siempre nos fallamos mucho bien de sus consejos, mucho nos place sea puesto en obra como él lo dice. E luego sus altezas dieron asiento en los negocios suyos y del rey de Francia, con los embajadores que ende estaban esperando la respuesta, e mandaron que todas las gentes que apercebidos estaban, fuesen con sus altezas, á cinco dias del mes de Mayo del dicho año de ochenta e ocho años en Lorca. E ninguno de sus grandes no vinieron, diciendo que estaban cansados e gastados, y el rey e la reyna ovieron placer dello, porque cuando muchos se juntaban, habia algunas confusiones, e con el marqués solo, el rey se tenia por muy acompañado.

CAPITULO L.

CÓMO EL REY DON FERNANDO E LA REYNA DOÑA ISABEL, SU MUJER, VISTAS LAS CARTAS DEL MARQUÉS, DETERMINARON LUEGO Á LA HORA LE RESPONDER.

E llegadas las cartas de los reyes al marqués que estaba en la su villa de Marchena, á díez y ocho dias del mes de Abril del dicho año de ochenta e ocho años, rescibió grandísima gloria con ellas, gradesciéndole mucho sus altezas los contínuos y leales servicios y santos consejos que cada día dél rescibian. Y le enviaron dos cuentos de moneda labrada de oro e plata para reparo de los gastos que habia fecho, andando requeriendo las cibdades, villas y fortalezas que sus altezas á los moros habian ganado; e le rogaban y mandaban, pues á su cabsa por aquel año querian facer guerra á los moros, la cual por ocupacion de grandes negocios dexaban, á los cuales sus altezas habian dado medio que lo más presto que ser pudiese, fuese con sus altezas en la cibdad de Murcia, faciéndole saber seria grande el placer que con su vista rescibirían. Y el marqués dió infinitas gracias á Dios, así por se complir sus deseos, como porque siempre sus altezas más señaladamente que á otros le querian escoger para se servir dél, seyendo cómo eran los grandes de sus reynos muy nobles, leales y esforzados caballeros para dar de sí en todo gran cuenta; mas que él bien creía que el amor que sus altezas le tenian, más venia por la mano de Dios que por sus merescimientos; como de arriba todas las gracias sean repetidas segun á su divina sabiduría place; ca como quiera que el marqués era caballero esforzado, muy varon feroz, y espantable contra los moros enemigos de Nuestra Santa Fé Católica, así era muy humilde, cortés, muy piadoso en todas las obras de misericordia. E habiendo su placer con las cartas de los reyes, sus señores, mandó luego apercebir cuatrocientos caballeros de su casa e tierra, muy escogidos, con buenos caballos, e polidas armas, e doscientos espingarderos e otros doscientos ballesteros, muy ataviados, vestidos de librea verde y blanco. Para la cual gente ordenó

dos capitanes, especiales caballeros, los cuales do quier que se fallaron dieron especial cuenta de sí; los cuales fueron don Diego de Leon, su hermano, e don Alonso de Leon, su primo, fijo de don Fernando de Leon, su tio, repartidos en esta manera: con cada capitan doscientos caballeros, e cien espingarderos, e cien ballesteros; e con cada guarnicion su bandera de un color, e de unas armas, e dos trompetas, e un par de atabales. E la gente llegada y puesta á punto en el campo, bien concertadas sus batallas, el marqués, muy acompañado de caballeros, salió á los ver, porque esta era su costumbre; donde quiera que él en persona fuese ó enviase su gente, queria que fuese muy ataviada y bien ordenada. E como sus capitanes lo vieron venir, que estaban á una ladera baxo de un cerro, mansamente se abaxaron á lo llano; e comenzaron de tocar las trompetas y atabales y disparar muchas espingardas y trabaron grande escaramuza; y como todos eran muy diestros en la guerra, parescian muy bien, y el marqués ovo mucho placer y se volvió muy contento, y todos sus caballeros con él. E puso en obra muy presto complir el mandato de los reyes, sus señores; y dado el cargo de la gente á sus capitanes y todo cuanto menester habian para sus gastos complidamente, mandóles luego partir que se fuesen para Lorca, donde los reyes, sus señores, acordaron que las gentes se llegasen y que allí lo atendiesen, y sus capitanes así lo pusieron en obra. Y el marqués se partió para sus altezas á doce dias del mes de Mayo del dicho año, muy ricamente adornado, con cincuenta caballeros, todos en mulas, vestidos de brocados y seda y cadenas de oro; sus mozos de espuelas crecidos y bien vestidos, y cada caballero dos caballos y dos pajes, y muy polidos arneses tranzados, los capacetes muy guarnidos de oro y plata, con sus velas coloradas, con unas largas letras de oro que decian: *Esperanza en la fé*. E el marqués llevaba seis caballos de su persona, muy escogidos, sus armas e ricos jaezes eran de gran valor, e todos sus pajes ricamente vestidos; treinta acémilas con camas, e otros muchos atavíos de ricas cosas, segun convenia á su grande estado, y con ellas asaz gente bien ataviada y bien castigada, que por doquier que iban jamás enojaban á ninguna presona. E andando sus jornadas por Ecija, Córdoba y Baeza, le facian

muy honorables rescibimientos. E continuando su camino por la sierra de Segura, por entre Huéscar y Caravaca, llegó á Lorca. E todos los caballeros y gentes que en ella estaban, así del Andalucía como de Castilla la Vieja y de otras partidas muchas e reynos extraños, sabiendo que el marqués iba, salieron con muy gran placer y alegría á le rescibir, gozándose mucho con su venida.

CAPITULO LI.

CÓMO EL MARQUÉS, SABIENDO QUE EL REY MORO HABIA SALIDO DE GUADIX PARA IR BASTECER E FORTALECER LA CIBDAD DE VERA, FUÉ Á LE DEFENDER LA PASADA Y GELA DEFENDIÓ.

E así rescebido el marqués honorablemente, como dicho es, luego en aquel dia le vino cierta nueva de dos adalides suyos, á los cuales gran crédito dió, diciéndole que supiese por verdad que el rey Mulehacen, rey de Guadix, tenia por cierto que el rey don Fernando entraba á poner cerco sobre Baça e Guadix, e que desta cabsa las tenia muy fortalecidas e bastecidas de gentes y pertrechos, en tal manera, que ninguna mengua de todo lo necesario tenían, y que por haber de bastecer estas dos cibdades, muchas fortalezas, villas e lugares estaban en asaz estrecho e mengua, y que estando esperando, como dicho es, que habia de ser puesto cerco sobre estas dos cibdades, supo cómo se habia de poner sobre la cibdad de Vera. E luego el rey moro, sin nada detenerse, delibró de partirse con mil lanzas e diez mil peones y muchas armas y pertrechos para haber de fortalecer la cibdad. E oida el marqués esta nueva, como en cosa alguna de lo que le dixeron no dubdase, dada entera fé á todo, con gran reposo, crecido saber y seso, comenzó á pensar y prover lo que en esto se debia facer, y para todo con buen tiento facer, queriéndose informar de ajeno seso, como caballero de buen concierto, dió parte de todo al adelantado de Murcia, con el cual, todo lo que sus adalides le habian dicho y certificado, habló. Y como el adelantado era muy buen caballero, amigo mucho de Dios, y celoso del servicio de los reyes y ensalzamiento de sus coronas reales, despues de muchas cosas decirle, y

tenerle en merced la parte que de sus hechos le daba, le dixo así: Señor primo; ved lo que en esto mandais y quereis que se faga, luego sea fecho, porque yo no querré otra cosa, así en esto como en todo lo que vos, señor, mandardes; y de aquí vos do mi fé que la persona y estado y lo que tengo, habré en buena ventura ponerlo por vuestro servicio, porque tengo tanta confianza y seguridad de quien sois y vuestros deseos y obras, que ni pensar ni mandar no podreis, si cosas en que Dios se sirva y los reyes, nuestros señores, y crecimiento de nuestros estados y honrras sean. Oida el marqués su tan amigable y graciosa respuesta, mucho en merced le tuvo la voluntad, junta con el fecho que mostraba. Y acordados ambos, el marqués dixo:—Si su alteza estoviera donde le pudiérames escribir, para que en esto nos mandara lo que ficiéramos, muy bien fuera; mas podria ser que en este medio tiempo habria lugar el rey moro de entrar en la cibdad y fortalecerla de gentes, armas y pertrechos, de lo cual se seguiría gran daño á los cristianos y el rey nuestro señor sería deservido; por ende, nos parece, señor primo, que yo vaya con alguna gente de la que aquí está á registirle la entrada; creo será buen acuerdo, porque yo confio que con el ayuda de Dios mi señor y de su gloriosa Madre, en quien yo grande esperanza tengo, y del apóstol Santiago, que haciéndose de esta manera, será cabsa de ver el fin tan deseado; y vos, señor primo, quedareis en esta cibdad, teniendo toda esta otra gente á cargo, la cual estará muy apercibida con el concierto que vos, señor, sabeis, para cuando yo os escriba. El adelantado, como quier que su gana y deseo era más ir que quedar; pero por conformar su voluntad con la del marqués y querer lo que queria, ovo por bien que así fuese como el marqués lo mandaba. El cual se partió de Lorca el dia mismo que en ella entró, lunes, dos dias andados del mes de Junio de mil cuatrocientos e ochenta e ocho años, con ochocientas lanzas muy lucidas e tres mil peones, pasada una hora de la noche. Y tomado algun refresco, cuatro leguas de allí, dos horas antes del dia, sin mucho allí estar, se partió, donde continuando su camino, cuando fué hora casi de las nueve, estaba media legua de la cibdad de Vera, puesto con sus gentes e batallas muy bien ordenadas en el camino por

donde el rey de Guadix tenia de pasar; y estaba tan deseoso que el rey moro viniese, para verse con él y registirle la entrada, que él y los suyos no vieran la hora. Y como el alcaide de Vera fuese cierto de vista quel marqués estaba allí con tan noble gente, y de voluntad de esperar allí al rey moro, mostrando gran sentimiento, escribió luego al rey Mulehacen, su señor, que estaba en Cantoria, e habia de venir otro dia miércoles, faciéndole saber de la suerte que pasaba, diciéndole cómo el marqués estaba media legua de Vera en el camino por donde habia de pasar, esperándole muy poderosamente para le haber de registir la entrada. E como el rey moro viese la carta, quisiera fingir lo que los reyes y grandes señores tienen de mostrar en las adversidades y desastrados casos, que es no mostrar flaqueza ni sentimiento por ninguna desventura, y trabajándose mucho por esto, no pudo tanto el seso que las muestras de la sensualidad no descubriese lo que el corazon sentia.

Y así muy triste, lagrimando, llamándose rey sin ventura, se fué á Guadix, y llegando, mandó despedir la mas de la gente, y él se retraxo á una cámara, en la cual estovo ciertos dias sin ninguno verle. Cuando el marqués supo de dos caballeros moros que sus corredores tomaron, que habian ido con las cartas al rey moro, cómo el rey iba fuyendo, como quier que mucha gana y deseo tenia verse con él, atribuyendo todo aquel infinito poder á Jesucristo Nuestro Señor y á su gloriosa Madre, dió infinitos loores y gracias, y así, mostrando grandísimo placer e alegría él y las gentes que con él estaban, mandó tocar sus trompetas, atabales e atambores, y muy concertada e ordenadamente se movió contra la cibdad de Vera con sus batallas e hueste, llegó muy cerca, e salieron fasta cincuenta de caballo e doscientos peones al escaramuza, en la cual quedaron seis de caballo muertos e más de cuarenta peones, e fueron los más dellos feridos, e ninguno de los del marqués murió, como quier que algunos ovo heridos sin peligro de muerte ni lision; y porque las espingardas que de la cibdad echaban alcanzaban á tiro, mandó el marqués que se retraxese la gente. Y así retraidos y recogidos, mandó proveer en curar los heridos, que serian, cuando más, cinco ó seis, y hizo talar muchas viñas

e huertas; y desto todo como pasaba escribió muy largamente al adelantado, su primo; y despues de estar así todo aquel día junto con la cibdad, ya que fué tarde, se partió y fué á reposar una legua dende camino de Lorca. Otro dia jueves, dia de Corpus Christi, entró en la cibdad de Lorca; y sabiendo que iba así victorioso, le salió á rescebir el adelantado con todas las gentes que ende estaban, á una legua de la cibdad, mostrando placeres y alegrías no de poderse decir. Y así rescebido como es dicho, luego escribieron el marqués y el adelantado á sus altezas, que estaban en la cibdad de Murcia, muy largamente todo el fecho como pasaba. Y rescebidas las cartas y leidas, mandaron los señores reyes mostrando grandísimo gozo y placer, facer grandes alegrías por toda la tierra, ofreciendo á Dios Nuestro Señor en servicio grandísimos dones por la merced rescebida, e regradeciendo al marqués sus tan crecidos, continuos y leales servicios. E luego el rey, con todas las gentes que estaban con su alteza, se partió la via de Lorca para entrar en tierra de moros. El cual llegó sábado, despues de medio dia, y fué rescebido del marqués y adelantado con otros caballeros y gentes muchas, como convenia á tan alto y poderoso ínclito rey e señor. Rescebido el señor rey y reposado, y habida alguna recreacion, se quiso informar más largamente del marqués e adelantado. E habido sobre todo gran consejo en lo que se debia de facer, determinó su alteza de enviar al marqués con dos mil lanzas e cuatro mil peones á poner cerco sobre Vera, en tanto que su alteza iba. E antes de su partida, la señora reyna le escribió una carta, la cual decia:

«Marqués, primo: muy gran gloria y placer he rescebido con «vuestras buenas andanzas y leales servicios. Bien parece por la «obra la gana y deseo que teneis de servir al rey, mi señor, e á «mí, en las cosas tan señaladas de buenas que haceis; por las cua«les es cosa muy justa; crecidas mercedes rescibais y así será; con «vida del rey, mi señor, e mia. Señalado placer y servicio rescebi«ré largamente me escribais las cosas que cada dia pasaren.»

Rescebida el marqués la carta de la señora reyna, ovo grandísimo placer con ella, y luego escribió á su alteza desta manera.

»Muy alta, muy poderosa, esclarecida reyna e señora.

»Luego que aquí llegué, quisiera ir besar las manos á vuestra »alteza, como era razon y es mi deseo, porque se ofrecieron cosas »en que acá habia de entender, mucho complideras al servicio de »Dios y de vuestras altezas, y esperaba que habría lugar, viniendo »su alteza, el cual llegó hoy sábado, despues de medio dia, á esta »cibdad de Lorca, y luego le supliqué me mandase dar licencia »para ello, y no ovo lugar, porque acordó y me mandó que maña»na domingo partiese para haber de cercar á Vera, porque así »convenia para asegurar ciertos puertos en que se esperaba resce»bir algun peligro la gente de su alteza. Creo, señora, con el ayu»da de Dios Nuestro Señor y de su gloriosa Madre, haciéndose »así, segun el gran temor que aquella cibdad y toda la tierra tiene »al rey, mi señor, requeriéndole de parte de vuestras altezas, con »sólo asegurar las vidas, se dará la cibdad y fuerzas y de toda la »tierra, sin trabajarse mucho, á vuestras altezas. Y de todo como »pasare, como de vuestra alteza me es mandado, habiendo salud, »compliré lo que vuestra real persona me manda. El rey, mi señor, »se partirá de aquí el lunes, y será allá otro dia martes. Yo, seño»ra, me parto mañana domingo con dos mil lanzas y cuatro mil »peones, y seré, Dios queriendo, allá el lunes. Espero en Dios, »cuando su alteza llegue, todo estará á su servicio. Todos los ca»balleros que aquí están para entrar con su alteza, son: el adelan»tado de Murcia, con trescientos ochenta lanzas e dos mil e qui»nientos hombres de pié bien armados; Rodrigo de Cárdenas con »seiscientas y cincuenta lanzas y tres mil hombres de pié; el maes»tre de Santiago, don Rodrigo Manrrique, con doscientas e cin»cuenta lanzas e seiscientos e cincuenta hombres de pié; el clavero »de Calatrava, doscientas ochenta lanzas e quinientos hombres de »pié; Pedro Fernandez de Córdoba, con ciento e quince lanzas del »Arzobispo de Sevilla; e Villafuerte, con ciento e cincuenta lanzas »del maestre de Alcántara; e Juan de Benavides, con ciento e »veinte lanzas; e García Alonso de Ulloa, con cien lanzas; e Fer»nando de Ribera, con cien lanzas e doscientos espingarderos de

»Toledo. Yo, señora, tengo en servicio del rey, mi señor, y vues-
»tro, cuatrocientos cincuenta caballeros, e doscientos espingarde-
»ros, e otros tantos ballesteros. Con las cuales gentes, placiendo á
»Nuestro Señor, se dará el recabdo que al servicio de vuestras al-
»tezas conviene. Nuestro Señor ensalce y prospere la vida y esta-
»do real de vuestra alteza. De Lorca á nueve de Junio de ochenta
»e ocho.»

«*Muy alta e muy poderosa, esclarecida reyna e señora.*

»Anoche llegamos á La Fuente la Figuera, cuatro leguas de
»Lorca, e allí acordamos de non parar, por amanecer sobre esta
»cibdad, porque no oviesen logar de entrar ningunos moros de la
»comarca en ella, porque creíamos ser vistos, e así se fizo que lle-
»gamos aquí á las seis del dia. E luego enviamos á llamar al al-
»caide e á los más principales moros de esta cibdad, con seguri-
»dad de la venida e vuelta; los cuales enviaron al alcaide, e ellos
»se escusaron de salir, e venido, acordamos de le decir, que el rey
»nuestro señor entraba poderosamente en este reyno de Granada,
»e pasaba por esta cibdad; que nos habia mandado fablar con él e
»con los de la cibdad algunas cosas complideras al servicio de
»vuestras altezas e al bien dellos. E el alcaide dubdó de enviar por
»los de la cibdad; e visto aquello, le deximos quél se volviese para
»salir con ellos, porque á todos juntamente queríamos fablar. E
»viendo el alcaide que todavia queriamos que saliesen los de la
»cibdad, enviólos á llamar con un suyo; á los cuales se les dixo lo
»que el rey mi señor nos mandó. E habido muchas pláticas en el
»negocio, que son largas para escrebir, al fin se determinaron de,
»en viniendo su alteza mañana, entregar la fortaleza, la cual es
»muy fuerte, e asimismo un circuito grande que tiene baxo de la
»fortaleza. Lo de la cibdad es flaco, que está en llano, e como quier
»que es bien cercada de muro e torres, no tiene barrera ni cava, e
»tiene muy buena disposicion para le tirar el artillería. En la cib-
»dad hay muy poca gente; dícese que mucha della es ida al rey
»viejo, e la que aquí está muestra tanto temor, que hoy, fasta

»puesto el sol, nos han entretenido de no escrebir á vuestra alteza »ni al rey nuestro señor, porque unos nos querian luego entregar »la fortaleza e otros lo contradicen. E todavia están en su confu»sión, en tal manera, que no será maravilla mañana, antes que »su alteza venga, nos entreguen la fortaleza. Vuestra alteza haya »mucho placer, que esto está fecho, e así se fará todo lo otro deste »reyno de Granada, como vuestra alteza lo desea. Con otra villa »que está aquí cerca, que se dice Las Cuevas, tenemos concierto »con el alcaide e vecinos della, que, entregándose la fortaleza des»ta cibdad, luego entregarán aquélla. Es villa muy fuerte e de »mucho provecho en esta tierra, á una legua de esta cibdad. Nues»tro Señor ensalce e prospere la vida y estado Real de vuestra »alteza. De Vera, á nueve de Junio de ochenta e ocho.»

«*Muy poderosa reyna e señora:* Despues de escrita ésta, salió el »alcaide moro, e asentó con nosotros que daria esta noche cuatro »rehenes para entregar mañana la fortaleza, porque era ya tarde »e no habia tiempo para ello. E así se dará la de Las Cuevas, »segun más largo á vuestra alteza fará relacion Martin Fernandez »Fajardo. Vuestra alteza habrá menester, segun Nuestro Señor lo »face, mandar buscar muchos alcaides.»

Muy alta e muy poderosa, esclarecida reyna e señora.

«Vuestra alteza habrá visto lo que le escrebimos ayer, lunes, que »teniamos asentado con el alcaide e moros desta cibdad de Vera»do el rey Nuestro Señor llegó hoy martes á hora de comer. E le»vamos al alcaide á besar las manos á su alteza; e despues á hora »de vísperas, salieron todos los moros principales de la cibdad, á »los cuales su alteza mandó nos entregasen la fortaleza, e se fizo »así. E cierta gente nuestra está apoderada en ella. Muy poderosa »reyna e señora; damos muchas gracias á Nuestro Señor por las »grandes victorias e tan continuadas que da á vuestra alteza e al rey »nuestro señor; á él placerá siempre de las continuar, como vuestras »altezas lo desean e lo merecen. Asimismo se entregó la fortaleza »e villa de Las Cuevas, e su alteza mandó á Juan de Benavides la

»fuese á rescebir. E mañana, Dios queriendo, se han de entregar »otras cinco ó seis fortalezas desta comarca; que ya está asentado. »Y en lo que agora su alteza está más de voluntad de tomar es la »fortaleza e villa de Moxacar. Es fuerte, por estar en una sierra »fragosa; mas mediante Nuestro Señor, aquello se tomará, como se »han tomado otras cosas más fuertes. Vuestra alteza haya mucho »placer, que todo lo restante deste reyno de Granada muy presto »gelo dará Nuestro Señor. El partido que su alteza mandó asentar »con los moros fué que queden por mudejares, e los que de aquí á »mes y medio quisiesen pasar allende con sus mujeres e fijos, que »vuestras altezas los mandarán pasar. E si otras cosas más por »istenso vuestra alteza quiere saber, remitimos á la relacion del »merino de Lorca que va á vuestra alteza. Cuya vida y estado real »de vuestra alteza Nuestro Señor ensalce y prospere. De Vera, diez »de Junio de ochenta e ocho.»

»*Muy alta e muy poderosa, esclarecida reyna e señora.*

»Ya escrebimos á vuestra alteza cómo esta cibdad de Vera se »habia entregado, e así la villa de Las Cuevas e otros cinco ó seis »lugares cercanos á ella, e la voluntad que tenia el rey, nuestro »señor, de tomar la villa de Moxacar; e su alteza tenia mucha »razon, por ser aquél el puerto para Almería. E ayer vino el al»caide e los principales moros de la villa e dieron la obediencia á »vuestras altezas, y por ser tarde, no fueron á entregar la fortale»za fasta hoy jueves. Es muy buena e fuerte e sojudga mucho la »villa. Crea vuestra alteza tan provechoso ha seydo tomar aquella »villa como esta cibdad. A Nuestro Señor gracias, lo alto e lo »baxo, todo se omilla al servicio de vuestras altezas. Todos estos »lugares del rio de Almaçora, que son más de cuarenta, han de »ir á requerir; con esto que se ha ganado, todos vernán á dar la »obediencia, e las fortalezas. Con la buena ventura de vuestra al»teza, todo lo que queda fará lo mismo, e muy presto. Nuestro Se»ñor ensalce e prospere la vida y estado real de vuestra alteza. »De la cibdad de Vera á doce de Junio de ochocientos e ocho.»

«Muy alta e muy poderosa, esclarecida reyna e señora.

»A vuestra alteza escrebimos cómo el rey, nuestro señor, mandó »ir á requerir las villas e lugares del rio de Almaçora, e de la »sierra de Filabres, e la fortaleza de Nixar, que es á cinco leguas »de Almería, e otros de la comarca; e los alcaides dellas han ve»nido á dar la obediencia, como vuestra alteza ha sabido, e hoy »vinieron los alguaciles de Velez el Blanco e de Velez el Rubio, á »dar la obediencia á vuestras altezas y entregar las fortalezas, las »cuales, mañana, Dios queriendo, irán á rescebir. Asímismo dicen »que, por servir á vuestras altezas, trabajarán e ternán manera »como den la obediencia y entreguen las villas e fortalezas de »Huescar, e Orço, e Galera, e Benamanuel, que son en la hoya »de Baça. Escrebímoslo á vuestra alteza, porque sepa cómo »Nuestro Señor ha encaminado e encamina lo que tanto desea, y »es cierto que con la toma desta cibdad, e estar su alteza aquí, »todo lo más destas comarcas no ha tenido otro remedio sino dar»se á vuestras altezas; e fasta se haber dado Tabernas e Pure»chena, que no han sido requeridos, fasta hoy martes, que llega»rá á Tabernas el gobernador Rodrigo de Cárdenas, e á Pure»chena Juan de Benavides, su alteza no ha determinado la via »que ha de seguir en persecucion destos infieles. Dios le guiará »como suele, á parte que vuestras altezas serán muy servidos. »Nuestro Señor ensalce e prospere la vida y estado real de vues»tra alteza.»

«Muy alta e muy poderosa, esclarecida reyna e señora.

»Vuestra alteza ha sabido la ida del rey, mi señor, á Almería. »Ha seydo muy provechosa, por haber visto su alteza el asiento e »disposicion de aquella cibdad, así de la parte de la sierra, como »de la mar, que ambas cosas juntan con ella, e ver algunas de las »villas e fortalezas que se han tomado más cercanas á aquella cib»dad, e las mandar proveer de mantenimientos e gente, no sólo de

»la que es menester para la sostener, mas de poner guarniciones »para guerrear á Almería. Y como su alteza sepa tanto en todo, »lo mandó como convenia á servicio de vuestras altezas. E muy »poderosa reyna e señora: Almería es una muy gentil cibdad, no »tal como Málaga, mas poco menos; el castillo es fuerte e asenta»do á la parte de la sierra; la cibdad está baxa en lo llano, muy »cerca la mar, bien cercada de torres e muro, sin ninguna barrera »e cava; disposicion tiene, mediante Dios, se tomará en pocos dias »despues de ser cercada. El rey de Guadix, temiendo que su alte»za la quiere ir á cercar, se vino á ella con muy poca gente de ca»ballo e ninguna de pié, porque los de Alpuxarra no le quisieron »acudir, diciendo que harto tenian que facer en defender sus ca»sas, si pudiesen, que no se querian poner en cerco. E esto se supo »de dos moros que se tomaran el dia de antes que su alteza llegase »á Almería. E llegada la guarda que levamos el duque de Albur»querque, e el adelantado de Murcia, e yo, y el adelantado vino en »otra batalla con la gente del reyno de Murcia e la suya del aban»guarda, saldrian al escaramuza e parecieron junto con la puerta »de la cibdad fasta trescientos moros de caballo e dos mil hom»bres de pié. Dióseles el escaramuza tanto á provecho e honrra de »los de vuestra alteza, cuanto fué á daño e mengua de los moros, »que los retraxeron fasta que los facian por fuerza entrar por las »puertas de la cibdad, muriendo asaz gente dellos; e en los cris»tianos ovo poco daño, á Dios gracias, salvo algunos feridos, que »en estas cosas tales no se puede excusar. E las batallas de vues»tras altezas se pusieron todas en lo llano, junto con la cibdad, »bien ordenadas, en que habría más de cuatro mil hombres de ca»ballo e doce mil hombres de pié. E no fué más gente, porque toda »la otra quedó aquí en Vera, en la guarda del real. E su alteza »vido muy bien la disposicion de la cibdad, y está muy alegre y »contento de lo que en ella reconoció. E sin dubda, segun el des»conocimiento que en los moros pareció, si por su alteza fuera de»terminado de la cercar, muy prestamente se tomara. E á la tar»de su alteza mandó apartar las batallas de la cibdad, e asentó el »real en el rio, do las bombardas de la cibdad casi alcanzaban. E »otro dia por la mañana, su alteza acordó de se partir, e los mo-

»ros quedaron tan tristes, e sin mostrar el placer que suelen en ver »alzar el real, que pienso fué á cabsa de lo que esperan adelante, »Dios queriendo, e así del daño que rescibieron en el escaramuza. »Su alteza llegó aquí hoy lunes, e como quiera que su alteza tra»baja mucho, gracias á Nuestro Señor, está muy bueno de la dis»posicion de su real persona, e muy alegre, así con lo que Dios »face en todo lo que se ha tomado, como en lo que ve que se fará »adelante. Manda proveer todas estas fortalezas de bastimentos »para diez meses, e despues de fecho, ha platicado su alteza de le»var la vía de Baça. Cosa es que parece bien, en que vuestras al»tezas serán servidos de la ida allí. E Nuestro Señor lo encamina »todo, que ensalce e prospere la vida y estado real de vuestra al»teza. De Vera, treinta de Junio de ochenta e ocho.»

Muy alta e muy poderosa, esclarecida reyna e señora.

«Despues que á vuestra alteza escrebí la venida del rey, mi señor, »de mandar proveer las villas e fortalezas que su alteza habia to»mado, cerca de Almería, de gentes de guarniciones, para facer »la guerra á aquella cibdad, e la disposicion del asiento della, e »cómo su alteza habia platicado despues de mandar enviar las pro»visiones necesarias aquellas villas e fortalezas, de seguir la via »de Baça, do serian vuestras altezas servidos en traer esta via; »e antes que su alteza partiese, sabido por el alguacil e la gente »de Huéscar e moros della, enviaron al mismo alguacil á facer »saber á su alteza le querían dar la villa e fortaleza, e mandó á »Rodrigo Manrique la fuese á rescebir. E luego otro dia, lunes »por la mañana, su alteza partió, e vino á sentar real á la boca »del rio de Almançora, e de allí otro dia, martes, á Oria, que es »una villa e fortaleza muy fuerte, e muy buena, de trescientos ve»cinos, que ya se habia dado ella, e otras villas e fortalezas por »do su alteza pasó, el dia de antes, con la toma de Vera. E ayer, »miércoles, llegó su alteza á sentar real en Cuéllar, una fortaleza »buena, e el lugar de fasta cien vecinos, en muy buen sitio para »facer guerra á Baça, e á Purechena, e á otros logares que están

»por el rey de Guadix. Este logar de Cuéllar no se habia dado, e »antes que su alteza llegase á él con dos leguas, con el recelo que »ovieron, se dió á Juan Dalmaraz, que su alteza habia mandado »enviar á les requerir. E mandó quedar allí á Carlos de Biedma »con la gente de su capitanía, e con alguna otra gente de pié para »la guarda della. A la tarde vinieron el alcaide de Benamaurel e »los más principales de la villa, á mí, á me facer saber cómo su »voluntad era dar aquella villa e fortaleza á vuestras altezas, y »que me rogaban que fuese al rey, mi señor, les ficiese merced de »algunas cosas que les convenían, que son las mismas que los otros »lugares han demandado. E su alteza ovo mucho placer, e mandó »se ficiese así. E hoy, jueves, de mañana, mandó ir á tomar la for»taleza, e partió la via de Baça, con sus batallas muy bien orde»nadas. E el avanguarda traíamos el duque de Alburquerque, e »el adelantado de Murcia e yo. E llegaron todas las batallas fasta »muy cerca de la cibdad, en manera que se pudo muy bien ver. Es cibdad pequeña; lo fuerte della de buenas torres e muros, asentada en un llano, algo desviada de la sierra que tiene de la una parte; e de la otra tiene muchas huertas, e muy espesas, desde »junto con los muros, en compás de media legua. Tiene dos arra»bales; uno á la parte de la sierra, e otro á la parte de las huertas; »cada uno de más vecinos que los de la cibdad. El de la parte de »la sierra es muy flaco, e para se tomar sin ningun detenimiento. »El de la parte de las huertas es algo más fuerte. Disposicion tiene »todo para se tomar muy brevemente, Dios queriendo. E salieron »de los moros al escaramuzar fasta trescientos de caballo, y hom»bres de pié parecieron pocos, por estar incorporados en las huertas. Diósele el escaramuza muy bien dada, en que murieron asaz »caballeros moros, e de acá no se rescibió otro daño, salvo que el maestre de Montesa iba en compañía del adelantado de Murcia »en su batalla, que iba en la delantera de la quel duque de Al»burquerque y yo llevábamos; e como el escaramuza se trabó, el maestre se apartó con algunos escuderos, la via do escaramuzaban, »e el adelantado viéndole ir, fué á él e le pidió se volviese e no »fuese al escaramuza. E el maestre le respondió que no iba á escara»muzar, sino á mirar, e no lo pudo volver. E el maestre llegóse

»cerca do escaramuzaban, e mirando el escaramuza, se cree estaba »para arremeter con los moros, aunque no habia llegado muy cer»ca, una piedra de espingarda le dió por la boca, e lo firió de tal »manera, que dicen los cirujanos tiene poco remedio. E despues »que su alteza ovo bien visto la cibdad, mandó apartar las batallas »e se venir para el real, que estaba asentado en un rio que se llama »Guadalquiron, legua e media de la cibdad, la via de Huescar. E »como las batallas levaron la via del real, quedaron las del aban»guarda en la gaga. E algunos caballeros continuos de vuestras »altezas, e otros que se habian apartado de las batallas, traian el »escaramuza que no los podiamos apartar, fasta las dos horas des»pues de medio dia, que su alteza estaba cerca del real, e el aban»guarda no se podia partir fasta que el escaramuza fuese despar»tida. Y el rey mi señor envió mandar á los que traiamos cargo »del avanguarda que, pues que no querian despartirse del escara»muza, apartásemos las batallas cerca de la cibdad e se viniesen »la via del real; e fízose así, e traspusieron las batallas en un llano »que está allí cerca, e quedamos en el lomo del valle, á vista del »escaramuza, el duque de Alburquerque e yo, fasta veinticinco de »caballo, e el adelantado con la gente de su batalla estaba abaxo »encubierto. E los moros viendo cómo las batallas habian tras»puesto e levaban la via del real e no parecian, acometieron muy »reciamente á los cristianos del escaramuza, en tal manera, que »los pusieron en asaz estrecho; e quiso Nuestro Señor fueran tan »bien socorridos todos los que allí se fallaron, que los moros vol»vieron en fuida gran trecho de tierra, en manera que murieron, á »lo que allí vimos en alcance, quince caballeros, los más princi»pales dellos, porque venian en la delantera, e les tomaron muy »buenos jaeces e armas. E las batallas del abanguarda siguieron »tras los moros fasta los encerrar por las huertas de la cibdad; e »así los mas caballeros que se habian fallado en la escaramuza. »E á Nuestro Señor gracias, allí ningun cristianos e perdió, salvo »dos ó tres caballos que los moros mataron, e dos caballeros que »firieron al tiempo que arremetieron con los cristianos, e quedaron »de tal manera, que á la vuelta que volvieron las batallas ningun »moro salió, por do pareció los moros quedaron con gran miedo e

»pérdida de sus caballeros que allí murieron. E el rey mi señor está »muy bueno e contento de todas estas fortalezas de la foya que se »ha dado á vuestras altezas, que sin dubda Baça queda tan cerca»na, como si las estanças estoviesen juntas con el muro, en especial »con Benamaurel, que los que salen por la puerta de Baça los »pueden contar, segun está tan cerca de la cibdad e en el llano de »su misma vega, que sin dubda, mediante Dios, los de Baça non »pueden salir fuera de los muros á se aprovechar á cosa alguna »del campo. E el rey de Guadix, un moro que se salió á fablarme »decia que estaba en Purechena, e otros moros que andaban en el »escaramuza decian que estaba allí: lo cierto dello no se sabe; pero »que el rey, segun él e sus moros están, más parecen absentes que »presentes. Vuestra alteza haya mucho placer, que esto todo, pla»ciendo á Dios Nuestro Señor, se acabará muy presto. E el rey »mi señor, trabaja mucho, e trae tan bien ordenada e concertada »su hueste, que los que deseamos servir á vuestras altezas resce»bimos mucha gloria. E todos estos caballeros cuanto pueden tra»bajan en servir á vuestras altezas. Mañana viernes va su alteza »á sentar real cerca de Benamaurel, que es legua e media deste »real, e no pasará de allí, por mandar proveer aquella fortaleza e »villa de gente de guarnicion. E otro dia sábado, irá á Huescar, »e de allí por sus jornadas fasta do está vuestra alteza. E así en »lo que se ha tomado como en lo que se ha visto e conoscido, he »escrito larga e verdadera relacion á vuestra alteza. Jueves diez »de Julio de ochenta e ocho. Nuestro Señor ensalce y prospere la »vida y estado real de vuestra alteza.»

Despues de habida tanta victoria, y ganadas la cibdad de Vera y muchas otras villas y lugares y fortalezas, en número por todas cincuenta y tantas, el rey nuestro señor, con tanta prosperidad e mucho placer e alegría, despues de mandar proveer de alcaides y bastecer todas las fortalezas, villas y lugares que tomó de gentes e mantenimientos, armas y pertrechos y todo lo necesario, se partió, y con él todos los caballeros y gentes de su hueste. Y en saliendo á tierra llana, mandó despedir todas las gentes cada uno á sus

tierras. Quedó con su alteza el marqués y el adelantado y ciertos otros caballeros, los cuales fueron con su alteza fasta la cibdad de Murcia, donde la señora reyna estaba, la cual con el ínclito príncipe unigénito fijo suyo, con grandísimo placer y gozo, acompañado de muchos caballeros y gentes, le salió á rescebir. Y despues de rescebido el señor rey, estovo allí el marqués ocho días folgando, y demandada licencia, y besadas las manos á sus altezas, se partió dende para Santa María de Guadalupe con cincuenta cabalgaduras, á tener novenas, porque así lo habia prometido. E complido su romaje, y ofrecido á Nuestra Señora en servicio crecida limosna, se partió para sus tierras, y continuando sus jornadas, llegó á la su villa de Marchena, donde con mucho placer y alegría de la marquesa y suyos, y de toda la tierra, fué rescebido. Y no es de maravillar que este caballero, por él Nuestro Señor tan señaladas cosas faga, porque despues de ser mucho amigo de Dios, muy católico, celador de su santísima fé, de la gloriosa Vírgen Maria Nuestra Señora es más devoto que otro ninguno en nuestros tiempos se vido. El cual contínuamente celebraba la fiesta de la Concepcion suya en cada un año con grandísima solemnidad en todas sus cibdades, villas e lugares, á sus costas y propias expensas, y mucho más honrradamente donde él en aquel tiempo se hallaba.

CAPITULO LII.

CÓMO LOS MOROS DE GAUSIN PRENDIERON AL ALCAIDE Y Á LOS SUYOS, Y SE ALZARON CON LA VILLA Y FORTALEZA, E DE CÓMO FUÉ RECOBRADA POR EL MARQUÉS DE CÁDIZ.

En este dicho año de mil e cuatrocientos e ochenta e ocho años, cerca de en fin del mes de Setiembre, los moros vecinos de Gausin, por algunas sinrazones e injurias que de contínuo rescebian de un alcaide que ahí tenian puesto por los reyes, y de los suyos, e creyendo aunque se quexasen no ser remediados, pensaron de lo matar, e ovieron sobre ello gran consejo, y acordaron de lo prender y tomar la fortaleza. Y como el alcaide, cargado de vicios

y poco deseoso de su honrra, no se guardando dellos, entraban y salian contínuamente en el castillo; e los moros, para mejor poner en obra su hecho, cada dia se hacian más amigos del alcaide. E un dia el alcaide cabalgó e salió de la villa más de una legua á negociar algunas cosas que le cumplian, y los moros como vieron el tiempo aparejado, subiéronse pocos á pocos al castillo, en que habría cincuenta dellos, y dieron tal forma, que prendieron todos los cristianos que dentro estaban. E venido el alcaide, prendiéronlo e alzáronse con la fortaleza, que era cosa muy fuerte y muy defendedera, y caso tanto grande, que los reyes en ello rescebian gran deservicio, si no se remediara tan presto como se remedió. Y como quiera que la fortaleza estaba muy bastecida de muchas armas e tiros de pólvora, lombardas, espingardas, gran ballestería, muchos mantenimientos, basteciéronla los moros mucho más de trigo, cebada, habas, garbanzos, figos, pasas, aceite e miel, cuanto ellos tenian. Ca como aquel año fué muy abondoso, ovieron de todas las cosas gran cumplimiento. E asi apoderados en todo, pusieron sus mujeres e fijos repartidos por las villas e lugares del Habaral, en que hay más de siete ú ocho mil vecinos. E de gran secreto, todos eran juntos con ellos, porque á la hora les socorrieron con asaz gente, armas y mantenimientos; y como era sobre invierno, e año de muchas aguas para se refrescar y henchir los algibes y cisternas, habíanlo bien mirado, y vínoles el tiempo dispuesto para ello. E sabido este movimiento que los moros habian fecho por los alcaides comarcanos de Ximena e Gibraltar, Arcos, e Medina, ficiéronlo saber á toda la tierra, y principalmente al marqués de Cádiz, que á la sazon estaba en la su villa de los Palacios, de la cual nueva grande enojo rescibió, y doblado por el que los reyes, sus señores, en lo saber rescibirian. E como caballero esforzado, deseoso de ensalzar la Santa Fé Católica y corona real, no temiendo las armas y trabajos, á la hora escribió á sus cibdades, villas y lugares que todas las gentes dellas, así de caballo como de pié, fuesen luego con él en la su cibdad de Arcos. Y esto despachado, escribió al conde de Cifuentes, asistente que era á la sazon de la cibdad de Sevilla, e á Xerez de la Frontera, y á don Alonso de Aguilar, y al conde de Urueña, haciéndoles saber no solamente el

caso acontecido, mas que les rogaba mucho y pedia de merced, y requería de parte de los reyes, sus señores, que con las más gentes que pudiesen ellos, viniesen en el socorro, porque en tanto quellos venian, era su voluntad ir luego á cercar aquella villa y fortaleza, y non se partir della fasta la tomar; y que en esto farian lo que eran obligados á Dios y á los reyes, y no lo haciendo, caerian en mal caso. E vistas las cartas del marqués por los dichos caballeros, con gran diligencia lo pusieron en obra. E así escrito el marqués á todas partes, él se partió lunes, antes de la media noche, cuatro dias del mes de Octubre, de la dicha su villa de los Palacios, con doscientas lanzas, á la su cibdad de Arcos, e allí reposó aquel dia esperando la más gente que pudo de sus tierras. E otro dia se partió con seiscientas lanzas e mil e quinientos peones la via de Gausin por la su villa de Hasanalmara; e continuando su camino, falló el pendon de Xerez que lo estaba esperando, con trescientos caballeros e cuatro mil peones. E lo cual el marqués grandísimo placer rescibió, y ellos más en lo ver, así porquelo amaban mucho, como por se hallar debaxo de su bandera, con tan esforzado capitan. Y como quier que el tiempo era fuerte, de grandes aguas, continuando sus jornadas, que bien se podian sofrir, llegaron á Gausin. E asentado su real, á la hora los moros de Casares vinieron á le hacer reverencia, y le contaron toda la verdad, á qué cabsa los moros de Gausin se habian alzado con aquella fortaleza, e cómo el alcaide e algunos de los suyos dormian con sus mujeres e fijas, e otras muchas sinrrazones. El marqués, informado bien de los moros, pesóle mucho por la mala cuenta que el alcaide habia dado de sí, y rogóles y mandóles que fuesen todos á la fortaleza de Gausin, á les decir de su parte les rogaba mucho viniesen ante él, que él les aseguraba y daba su fé, venidos ellos, volviesen en paz, sin que les fuese fecha ninguna sinrazon; e como los moros tenian esta seguridad, nunca cosa que el marqués prometiese se quebrantase, como quier que gran temor le toviesen, dixeron que les placía. Y venidos ante él veinte moros, los más principales, y féchole el acatamiento que debian, el marqués, como caballero de gran seso, muy reposado, recibiólos alegremente, e díxoles:—Amigos, yo soy bien informado y sé toda la verdad de la

cabsa porque ficísteis este movimiento, y por cierto tovísteis mucha razon de lo facer, y aunque mucho más ficiérades. E bien tengo creido que lo non fecísteis por ser traidores al rey mi señor, ca yo no vos tengo en tal posesion, mas por los mejores y más honrrados de toda esta serranía; e sed muy ciertos que todos los agravios y daños que vos son fechos yos daré gran venganza, e porné en ello grand castigo. Y todo esto decia el marqués por los mucho agradar y haber la fortaleza á sus manos. E como los moros vieron el razonamiento tan dulce del marqués, fueron muy alegres, e dixeron:—Señor, tu merced es buen caballero y dice como quien es, y es la verdad que nosotros no lo fecimos por ser traidores al rey nuestro señor, mas creyendo, aunque nos quexáramos, nunca oviéramos complimiento de justicia, y como quiera, señor, que nosotros tenemos la fortaleza bastecida para más de cuatro años, y era nuestra voluntad, no nos haciendo justicia, defendernos al rey y á todo el mundo, hasta que por fambre oviéramos de morir, agora, señor, confiando en vuestra gran nobleza, lo alto e lo baxo, nuestras vidas e honrras ponemos en vuestras manos, y esto nunca nos sea demandado. Y más, señor, te pedimos por merced que este alcaide y todos los suyos lleves contigo, e nos des otro que sea bueno e honrrado, que nos tenga en mucha paz e justicia. Y el marqués, con grandísimo placer que ovo, por excusar muchos daños, muertes y gastos, otorgóles todo cuanto los moros le demandaron, por la mucha confianza que en los reyes sus señores tenia, les prometió suplicaría á sus altezas por la deliberacion de todos ellos. Y entregada la villa e fortaleza al marqués, les mandó que luego traxesen al alcaide y los suyos delante dél, e demás de le decir muchas cosas afeando sus vicios, mandólo luego degollar, e enforcar tres de los suyos, que eran juntos con él en aquellos daños que facia, porque fuese castigo y exemplo á todos los otros alcaides que los reyes tenian puestos en todas las otras fortalezas que sus altezas á los moros habian ganado. Y el marqués puso por alcaide un criado suyo, caballero de grande honrra, hasta que los reyes mandasen proveer lo que más servicio suyo fuese. E así todo asentado, otro dia por la mañana llegó el conde de Urueña con cient lanzas e mil peones. E á hora de vísperas,

llegó el conde de Cifuentes con el pendon de Sevilla, con seiscientas e cincuenta lanzas e ocho mil peones; e como en todo fallaron dado asiento por el marqués, ovieron mucho placer, y porque el tiempo era de gran fortuna, así de frio como de muchas aguas, determinaron cada uno se partir luego á sus tierras. Y el marqués se volvió á la su villa de los Palacios, y del camino, á gran priesa, envió sus mensajeros á don Alonso de Aguilar, que venia en socorro con mil e seiscientas lanzas y catorce mil peones de Córdoba y de Ecija, y de toda esa tierra, faciéndole saber cómo lo alto y lo baxo quedaba á servicio de los reyes, regradeciéndole mucho su venida, pidiéndole por merced se volviese. Y vista por don Alonso de Aguilar la carta del marqués, señalada gloria rescibió, así por lo haber tan bien negociado, como por le quitar de tanto trabajo. E don Alonso con todas las otras gentes, con mucho placer se volvieron á Córdoba acompañando el pendon. Y el marqués reposado largamente, escribió á los reyes la verdad de todo lo que era pasado. Y llegadas las cartas á sus altezas, demás del grandísimo placer que con ellas rescibieron, dixeron ante todos: Muchas veces habemos dicho, y agora lo queremos confirmar, la merced tan señalada que Dios Nuestro Señor fizo, querernos dar en nuestros tiempos un caballero tan bienaventurado como el marqués de Cádiz. Y todo cuanto en este caso fizo ó prometió de complir, le otorgamos y lo tenemos por mucho bien, y por más le honrar, nos le facemos capitán mayor de la frontera, y visorrey de toda el Andalucía, para lo cual le otorgamos nuestro real poder. Y el marqués, por servir á sus altezas, rescibió el cargo, merced y honrra que sus altezas le daban. Y luego próvidamente escribió cartas de edito, universales á toda la tierra, faciéndoles saber la merced, cargo y honrra que sus altezas le habian dado, rogándoles animosamente así como á parientes y especiales amigos, y mandándoles de parte de sus altezas que cuando necesario fuese, estoviesen prestos y aparejados contra los moros enemigos en defensa de Nuestra Santa Fé Católica. Y fizolo tan bien el marqués, que sin rescibir fatiga la tierra, revocó la voluntad del rey moro que á la sazon ponia en mucha afrenta á Granada y estaba con todo su poder para entrar á destruir, matar y robar á tierra de cristianos. El cuál como supo

que al marqués le era cometido el cargo sobredicho, y tenia apercebida toda la tierra, sin ninguna fuerza el rey moro se falló. E así retraído, quexándose de la fortuna, se fué á la cibdad de Almería, á la reparar y fortalecer, e asimismo á Almuñecar y á Baça y Guadix; como ninguno otro bien le quedase en que él pensar defenderse pudiese. E non tan solamente en esto de los moros el marqués se dió á tan gran recabdo ponerlos en tanto estrecho; mas en otros muchos grandes fechos acontecidos en el Andalucía puso en mucha paz y concordia, tanto, que los reyes, pasado el tiempo del invierno y venido el verano, acercándose el tiempo de la guerra, y venidos á la cibdad de Córdoba, el marqués les fué luego á facer reverencia, y sabida su venida, sus altezas mandaron á todos los grandes y caballeros que á la sazon en su corte estaban le saliesen rescebir. Y rescibido con mucho honor, fueron con él fasta el palacio real donde los reyes estaban, y apeado para besar las manos á sus altezas, los reyes se levantaron, andando fasta la mitad de una sala real donde estaban, mostrando mucho placer en lo ver, y le echaron los brazos encima, y mandado honrradamente aposentar, holgó allí doce dias con sus altezas, teniéndole en servicio y regradeciéndole mucho sus tan señalados servicios, por la buena cuenta que habia dado del cargo que sus altezas le habien cometido, así por fallar los moros tan retraidos, como por la pacificacion de toda la tierra á su cabsa puesta en tanta justicia. E allí ovieron gran consejo, e acordaron todas las cosas que en la guerra venidera de aquel año de mil e cuatrocientos e ochenta e nueve años se habia de facer. Y todo asentado con mucho placer y alegría, el marqués se despidió de sus altezas y se volvió á la su villa de Marchena para dar órden en las cosas que complian al servicio de Dios y de los reyes, segun su estado contra los moros infieles. Y llegado á la su villa de Marchena, adolesció de ciertas calenturas. E como quiera que el marqués grandes médicos toviese para dar órden en el remedio de su salud, sabido por los reyes, ovieron gran sentimiento por ello, e á gran priesa le enviaron dos doctores suyos, muy señalados principales hombres en el arte de la medicina. Y fué tanta su buena dicha, que muy presto lo remediaron restituyéndole en su propia salud. Y en este tiemqo que el marqués

estuvo con su enfermedad, continuamente sus altezas enviaban mensajeros á saber cómo estaba; y de sque los reyes supieron cómo ya era libre y sano, mostraron grande alegría, dando muchas gracias á Dios. E dieron grandes albricías á sus doctores, por tan presto lo haber así remediado. Ca en ninguna manera el rey no entrara á tierra de moros sin el marqués, si muerte ó luenga enfermedad no lo cabsara, de la cual Dios Nuestro Señor y su bendita Madre la Virgen María, Nuestra Señora, milagrosamente lo quisieron guardar, para más tiempo se servir dél. E así, convalecido de la enfermedad, se partió para sus altezas con sus gentes muy gnarnidas, así caballeros como peones, con muchos arreos y atavíos de su presona y casa, como siempre lo acostumbró levar muy complidamente. Y continuando su camino, llegó á la cibdad de Jaen donde los reyes lo esperaban, y sabida su venida, con grandísima alegría, muy honrradamente de los grandes y caballeros de su corte fué rescebido, y sus altezas se gozaron mucho con él y todas las otras gentes (1).

---

(1) (Así termina el ms. sin explicar por qué no continúa la vida del marqués).

FIN

SITIO

DE

SAN ANTONIO DE ALARACHE

EN 1689.

RELACIÓN ESCRITA

POR

DON JACINTO NARVAEZ PACHECO

Y CONTINUADA

POR

DON JUAN CLOQUER VARGAS MACHUCA

(Bibl.ª nac.l G.—222).

SITIO DE SAN ANTONIO DE ALARACHE,

valerosa defensa de los sitiados, inconsolable
pérdida de esta plaza, é infelices sucesos que se siguieron á ella,
cuyas señaladas defensas y cuyas horrorosas adversidades
se leen en cartas, escritas unas en Europa,
y otras en Africa, por

D. JACINTO NARVAEZ PACHECO,

capitán de infantería española,
Veinticuatro perpétuo de la ciudad de Xerez de la Frontera.
Acabado por su alférez

D. JUAN CLOQUER VARGAS MACHUCA

A QUIEN LEYERE

Toman muchos un libro, y piensan (grande ignorancia) que descubriéndole algun defecto, quedan superiores al que lo escribió, no considerando que á los que le escuchen la razon les muestra ser sólo efecto de envidia, y la evidencia nos dice que nadie la tiene de lo que es bueno. Alabar al indigno es injusticia; tachar al que merece alabanzas es indignidad. Fingió, ó fácilmente creyó la gentilidad que más allá de Etiopía habia unas mujeres que concebian sin varon. Toman esta naturaleza los envidiosos; conciben odio sin causa, para oscurecer el crédito de los que son blanco de su mordaz lengua, dañando á veces más esto que el plomo despedido por el concavado bronce del salitrado elemento. Decir mal de una obra, sin considerar primero el desvelo que le ha costado á quien la hizo, aunque sea muy diestro en la facultad, es desacierto. Accion más gloriosa y acertada es, conociendo la falta, ocultarla con su silencio. Este es hijo de la prudencia; tiene aspecto grave y apariencias de sábio; aunque raro es el envidioso que puede disimular la imperfeccion agena, diciendo Sócrates ser

más fácil tener un ascua encendida en la boca que guardar un secreto. Y llego á considerar que así como es causa de veneracion y respeto el hablar modestamente, lo es de menosprecio el vituperar y tachar aun á quien no lo merece. Ni hay duda que donde hay más lengua se experimenta ménos corazon. Concedió la Naturaleza las voces á los racionales, y no á los leones, tigres, toros y otros feroces brutos. Los griegos hablaban con los labios, segun el parecer de muchos, y los romanos con el pecho; clara muestra de la elocuencia de aquéllos, y constante prudencia de éstos. Fueron los Oráculos breves en sus respuestas, para acreditarse por Dioses. De sábio se acredita el que modestamente, hallando una falta, la encubre. Pues si consideran los envidiosos el escándalo que dan con sus murmuraciones, que son bien escuchadas y mal parecidas, no dudo que fueran más modestos. Mancha la sombra la luz en que asiste un cuerpo; pero al menor movimiento, desvanece. Mancha el envidioso la gloria merecida del que escribió, por el deseo que tuvo de acertar; desvanécese y se consume cual víbora con la misma ponzoña que concibe. Atrévense á la luz las sombras, no sin castigo, pues luego conocen, á costa de su menoscabo, que son viles vapores levantados de la envidia, que manchar, no oscurecer, pudieron la claridad de la luz. La fama no tiene precio; esta se adquiere por medio de alabanzas, por lo que grande beneficio le hace á otro el que dice bien de él, y á tan poca costa le engrandece, acreditándose de modesto y prudente.

Conozco no merecer yo tus alabanzas, ni mi proligidad ha buscado medios para ellas; pero no juzgo, oh lector, indigno de tus aplausos el autor desta diaria relacion, la que yo cumplí, sólo porque luciera su principio, que don Jacinto de Narvaez Pacheco, capitan de infantería española, Veinticuatro perpétuo de la ciudad de Jerez de la Frontera, escribió por complacer á las repetidas instancias que don Pedro de Narvaez Pacheco, su hermano, le hacia, pidiéndole extensa relacion de la pérdida de Alarache, en que procuró á un mismo tiempo aliviar los cuidados que trae consigo una esclavitud tan inhumana y áspera, para cuyo efecto se retiró á lo más oculto del *vite*, horrible habitacion subterránea, prision la más fiera que pudo inventar tirana crueldad, mazmorra gene-

ral, fabricada en un centro donde nunca se divisan los rayos del sol, donde todo lo que se ve y se toca asusta y aflige, buscando alguna quietud entre tanta confusion y en parte tan agena de ella, pues el mayor sosiego es escuchar tristes querellas y afligidos sollozos de los cautivos que la habitan; donde unos lloran, otros lamentan, muchos al cielo piden aplaque su justa ira, y algunos, impacientes, blasfeman; diferenciándose del abismo este horrible y obscuro calabozo sólo en que aquéllas son penas eternas y éstas transitorias, por medio de las que, toleradas con paciencia, han de adquirir los gozos inefables de la gloria. Allí, pues, á la escasa luz que le participó un piadoso mísero candil, dió su pluma claras muestras de su ingenio, acreditando la virtud que encerraba. Valióse de verdaderas noticias que adquirió su desvelo, para satisfacer el curioso deseo de don Pedro, su hermano, y participar al mundo la obstinada resistencia de los católicos en Alarache, cuyo sitio fué el mayor y más estrecho que por los mahometanos se ha visto en nuestros tiempos, pues se han de contrapesar las cortas fuerzas de los defensores, la flaqueza de las murallas, la irregularidad de la plaza, la dificultosa introduccion de los socorros, las brechas, los asaltos generales que dieron los árabes, cuyo número llegó á sesenta mil, no inexpertos ni cobardes, como muchos han juzgado; pero muy resueltos y experimentados; sus baterías, ataques, minas y buen gobierno militar; la auténtica gente, toda hecha al polvo y á las fatigas de la guerra, todos ágiles, muy diestros, sin más ornato que las armas, cuyos semblantes feroces, tostados con el sol los rostros, mostraban ser hijos de la inclemencia del tiempo, experimentados en las conquistas de su guerrero Emperador y fiados en sus triunfos y victorias. Entreteníase, pues, los ratos que no estaba ocupado en servir á los enfermos, beneficiar y socorrer los míseros cautivos, en escribir algunos principios de la Monarquía de Muley Ismael, prosiguiendo en los sucesos del sitio en algunas cartas casi en forma de diario, dilatándose en cosas de la patria, diciendo ser obligacion de hijo el engrandecerlas. Puntual y desapasionadamente cuanto habia pasado notó, no tan sucinto que sin explicar apuntara, ni tan elegante que confundiera los sucesos; pero sin proligidad molesta, quiso que no fuera tan sencilla

de sentencias y adecuadas razones que dejara de advertir y agradar á un tiempo, mostrando en un mismo sujeto los documentos de Marte y Minerva. Pero el cielo que tira á sí las criaturas más perfectas, se dignó premiar las fatigas, las caridades, el celo y buenas obras de varon tan justo, quitándole de las miserias deste siglo por medio de una fiebre que, molestándole treinta dias, pasó en el de 14 de Septiembre á gozar los bienes que prometian su paciencia, caridad y resignacion, con la voluntad de Nuestro Criador. Fué llorada su muerte de cuantos católicos habia en este reino, con justo dolor, por haber perdido el mayor alivio á sus calamidades. Fué padre de sus compatriotas, cuyo cautiverio sintió más que el propio. Desvelóse siempre por el bien de sus soldados, socorriéndolos en sus necesidades, alabando á los constantes, amonestando á los más afligidos, á fin de que, no desesperados, antepusieran el Evangelio á las mahometanas confusiones; compadecióse delos enfermos, llevándoles á costa de oprobios, incomodidades y lluvias, por larga distancia, el sustento; cuyo caritativo y católico celo lo acompañó hasta el sepulcro, dejando en su testamento para el rescate de los hijos de Xerez todo aquello que no estaba vinculado en su hacienda. Quedaron imperfectas algunas obras suyas, y entre ellas, ésta que tenia escrita hasta el último dia de Septiembre. Y aunque veneré la memoria de tan virtuoso sujeto guardando sus escritos, molestado de algunos amigos de mi difunto capitan, la proseguí solamente en participar, desnudas de toda elocuencia, las noticias de tanta pérdida, deseando viva á la posteridad de los siglos la memoria de aquella plaza, cuya defensa fué admiracion de ellos.

Recibe benigno esta obra, sin tachar á su primer autor, pues cuando merezcan tu rigurosa censura sus escritos, sea medio á tu disimulo y prudente silencio sus heróicas y piadosas acciones, pues yo estoy seguro que, hallando lo que proseguí enriquecido de sencilla verdad y entera puntualidad á los sucesos, quedaré libre de ella.

Palmar de Mequinez, entierro de los cristianos, donde está sepultado don Jacinto Narvaez Pacheco, capitan de infantería española, Veinticuatro perpétuo de la ciudad de Xerez de la Frontera.

Conocido su sepulcro por una cruz de piedras, puesta por su alférez, don Juan Cloquer Vargas Machuca.

OCTAVAS,

Por un aficionado suyo.

Si la fuerza del crüel destino
te obligare á pisar estas arenas,
infelice captivo, ó peregrino
las llegares á ver de palmas llenas,
sabrás que cada rama un divino
héroe debajo encierra, que las penas,
iras, rigores por la fé constante
padeció, y de temor quedó triunfante.

Estos que miras huesos esparcidos
el Evangelio en vida sustentaron;
las riquezas, los bienes ofrecidos
si negaban á Cristo, despreciaron,
y aunque martirizados y oprimidos,
por verdadero Dios lo publicaron,
á pesar del furor mahometano
de Ismael y su poder tirano.

Mira aqueste sepulcro señalado,
y no por ser de griega arquitectura,
no por estar de jaspes fabricado,
no porque pudo en él sabia escultura
mostrarlo más vistoso y adornado,
bien sí por esta venerada hechura

que fabricó de cantos pía mano,
seña de su amistad, celo cristiano.

En él yace Jacinto, que viviente,
siguió de la virtud feliz las huellas,
el militar estruendo oyó impaciente,
y vistiendo el acero, dejó aquellas
delicias de la patria, y solamente
aplaudió de Belona las centellas,
y oponiéndose al gran poder de infieles,
se coronó de heróicos laureles.

Urna es de aquel Narvaez tan famoso
cuya espada fué horror del africano
el dia más sangriento y lagrimoso,
funesto á España, propicio al inhumano
árabe infiel, atroz y riguroso,
cuya gloria notó de propia mano
la eternidad en su inmortal volúmen,
á pesar del olvido, ingrato númen.

En desiertas arenas sepultado
ves al que de piedad fué ejemplo vivo;
la clemencia lo tuvo desvelado,
su celo fué continuo y excesivo:
dígalo el oprimido, el angustiado,
mísero pueblo que hoy está captivo,
pues faltándole el brazo de Pacheco,
su amargo llanto nunca mira seco.

En la patria bien pudo amor materno
ofrecer á su mal gratas finezas,
sentir su muerte, y con dolor interno
angustias explicar, decir llanezas,
vestir su ilustre casa luto eterno,
el cuïdado no albergar perezas,
hacer honras excelsas, ciento á ciento,
arder antorchas á pesar del viento.

Pero de Cloquer el leal anhelo,
la amistad, la asistencia, el sentimiento,
las debidas exequias, el desvelo
que tuvo, al bien del alma sólo atento,
podrán decir, el justo desconsuelo
bandir del pecho, y su cruel tormento
trocar en alegría y regocijo,
pues en la gloria hoy adquiere un hijo.

Á LA M. N. Y M. L. C. DE XEREZ DE LA FRONTERA, GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS, EN SU AYUNTAMIENTO.

Xerez de la Frontera.

Señor: la obligacion y honor en que me constituye el ser hijo y capitular de V. S., ejecuta mi atencion participe á V. S. lo subcedido de mi marcha hasta aquí, y cómo habré de continuarla con brevedad en derechura á Alarache, por haber estrechádose más el sitio de aquella plaza, habiendo repetido muchas veces á mi general, el señor conde de Aguilar, el imponderable servicio que V. S. ha hecho á Su Majestad en esta ocasion, y su grande aplicacion á facilitar sus efectos, muy conforme á la que en todas edades ha manifestado V. S. en continuadas lealtades que tan notorias son al mundo, en cuya atencion, al señor don Fernando de Morales y á mí, nos concedió S. E. patentes de capitanes de infantería española, recibidos á sueldo con alternacion y demás exenciones que gozan los capitanes de todos los ejércitos, y logrando yo este honroso empleo por la representacion de V. S., debo rendirle las gracias y solicitar sus órdenes, que me aplicaré á executar con la fineza que V. S. reconocerá en mi cuidado. Guarde Dios á V. S, los muchos años que puede y he menester en su mayor grandeza. Cádiz y Octubre 16 de 1689.

B. L. M. de V. S. su menor hijo y mayor servidor,

Don Jacinto Narvaez Pacheco (Rúbrica).

Señores Justicia y Regimiento de la M. N. y L. ciudad de Xerez de la Frontera.

RESPUESTA

Á DON JACINTO NARVAEZ PACHECO, GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS, CAPITAN DE INFANTERÍA ESPAÑOLA, VEINTICUATRO PERPÉTUO DE LA CIUDAD DE XEREZ DE LA FRONTERA.

(En la bahía de Cádiz, á bordo de la capitana Santo Tomás).

Habiendo visto esta ciudad la de Vmd. de 16 deste mes con la atencion de su particular afecto, ha celebrado la noticia que le conduce de la perfecta salud de Vmd., y de que el señor Conde de Aguilar haya despachado patentes de capitanes recibidos á sueldo, muy digno empleo de la ilustre sangre de Vmd., deseando con todo cariño se emplee en sus buenas prendas en mayores puestos y ascensos; y en cuanto esta ciudad pudiere contribuir, no faltará á ejecutar lo que fuere de la mayor estimacion de Vmd., deseando se mantenga en muy felices sucesos ,y que guarde Dios á Vmd. muchos años.—Xerez de la Frontera y Octubre 26 de 1689.

D. Gomez de Figueroa Laso de la Vega y Córdoba.—Don Francisco de la Cueva y Córdoba.—Don Martin Joseph Ruiz Cabeza de Vaca.—Por acuerdo de la M. N. y M. L. C. de Xerez de la Frontera,

Cipriano de la Rosa.

Sr. Capitan don Jacinto de Narvaez Pacheco.

Á LA M. N. Y M. L. C. DE XEREZ DE LA FRONTERA, GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS, EN SU AYUNTAMIENTO.

(Xerez de la Frontera).

Señor: mi desconsuelo y mi viaje ofrecen un escaso término á mi atencion, en que con brevedad avisé á V. S. la pérdida desta plaza el dia primero deste mes, donde triunfando las armas árabes de las católicas, éstas se vieron rendidas y aquéllas victoriosas. Y no habiendo tenido efecto las intentadas capitulaciones, ha

quedado captiva la guarnicion, si bien mi Maestro de campo y los que ha señalado, hasta número de ciento, por merced del rey de Fez, emperador de Marruecos, han logrado libertad en albricias del trofeo, á los que han asegurado sus cabos permitirán pasar á España mañana. Y aun siendo yo uno de los señalados, mi obligacion ni mi afecto no me dejan con libertad, quedando sin ella mi compañia, para cuyo rescate paso, con licencia de mi Gobernador, y con seguro del Emperador, á su corte, poniendo este pliego en mano del señor don Fernando de Morales, quien individuará á V. S. toda la infelicidad deste lance. Guarde Dios á V. S. los muchos años que puede y he menester en su mayor grandeza. San Antonio de Alarache y Noviembre 11 de 1689.

B. L. M. de V. S. su menor hijo y mayor servidor,

Don Jacinto de Narvaez Pacheco.

Señores Justicia y Regimiento de la M. N. y M. L. C. de Xerez de la Frontera.

Á LA M. N. Y M. L. C. DE XEREZ DE LA FRONTERA, GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS, EN SU AYUNTAMIENTO.

(Por Tetuan, Xerez de la Frontera).

Señor: teniendo muy presente mi atencion las muchas que en carta de 26 de Octubre mereci á V. S. y las grandes expresiones con que se sirvió de favorecerme en ella, se avisó á V. S. la pérdida de Alarache el dia primero de Noviembre, donde en una sangrienta batalla, resistidos cinco avances generales á los árabes, habiendo en los dos dellos llegado á ocupar la plaza de armas, venció su gran número lo que no pudo su valor, á los españoles. Y no logradas unas propuestas capitulaciones, las más honrosas á la corona real de Castilla, con el rey de Fez, Emperador de Marruecos, quedaron los rendidos todos captivos. En cuyo triunfo, habiendo por vanidad de sus armas prometido libertad á mi Gobernador y á ciento, los que señalase á su arbitrio, no cumpliendo lo ofrecido, lo llamó á su corte y á los cien señalados, donde los ha

detenido con la seguridad de que los remitirá á España luego que el Rey, nuestro señor, le responda á una carta que ahora remite, por algunas razones de estado suyas. Y reconociendo yo la gran representacion de V. S., debo solicitármela en estado tan infeliz, creyendo lastimará á un tan gran príncipe la pérdida de ciento y doce hijos, unos muertos y otros captivos, no dubdando en la clemencia grande de Su Majestad facilitará sus libertades con la reconvencion de V. S., como ofreció en su Real órden se los restituiría, si el enemigo hubiera alzado su sitio. Guarde Dios á V. S. los muchos años que puede y he menester en su mayor grandeza. Mequinez y Diciembre 12 de 1689.

B. L. M. de V. S. su menor hijo y mayor servidor,

Don Jacinto Narvaez Pacheco.

Señores Justicia y Regimiento de la M. N. y M. L. C. de Xerez de la Frontera.

(Aquí se han de poner la respuesta de la Ciudad y sus acuerdos).

A LA M. N. Y M. L. C. DE XEREZ DE LA FRONTERA, GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS, EN SU AYUNTAMIENTO.

(Por Salé, Xerez de la Frontera).

Señor: Luego que sucedió mi desgracia, por Tetuan le avisé á V. S., y discurriendo de los engaños del Africa y sus cautelas habrán embarazado á mi obligacion esta tan primera atencion mía, la repito tercera vez por Salé, poniendo en noticia de V. S. la pérdida de Alarache y sus valerosas defensas que, ejecutadas con la proligidad de un sitio de noventa y un dias, los ochenta y uno de ataques, en los que, volando los árabes siete minas por cuyas brechas fueron muchos sus avances y su oposicion repetida, causando una de más de mil piés geométricos, las dos últimas del dia primero de Noviembre, dejando el foso y el campo iguales, se arrojaron tantos y tan muchos de sus tropas, que rechazados sus primeros cuatro avances, al quinto, rendido el escaso ejército católi-

co, quedó el árabe victorioso en la más sangrienta batalla que vieron los africanos, pues aseguran ellos mismos haber perecido algunos de sus Cherifes, muchos de sus más principales alcaides, y diecisiete mil infantes, á cuyo caudillo, el alcaide Alí Benabdalá, Bajá de Tetuan y jurisdicciones suyas, propuestas las más decorosas capitulaciones á las armas de Su Majestad y á su corona Real, no las resolvió sin escribir al rey de Fez, Emperador de Marruecos, quien, dilatada su respuesta espacio de nueve dias, de ella resultó quedasen todos cautivos, y aunque mi Gobernador y todos los oficiales intentaron segunda vez la libertad de los pocos que habian quedado con vida, á cuyo fin entraron en la plaza dos principales alcaides del ejército enemigo, y del nuestro fué uno de los que pasaron en rehenes á la tienda del Bajá, gastado todo el dia 11 de Noviembre en estos discursos, no tuvo efecto ningun tratado, pues como dueño ya de la plaza, á nada atendió más que obedecer á su rey, executando su órden, que fué la de pasar todos los rendidos á cuchillo por su vigorosa resistencia; tiranía que, embarazándola su cobdicia con título de piedad, determinó de remitirlos á su corte, componiéndose este triunfo de religiosos del órden del Patriarca San Francisco, con todas sus imágenes y reliquias de su observante monasterio, de toda la artillería, armas, pertrechos, víveres y municiones, de caudillos de fama, capitanes de conocido nombre, valerosos soldados, muchos de ellos de los primeros caballeros de España, que, despojados de sus armas y bagaje, cumpliendo el órden del rey, fueron conducidos á su corte el dia 24 de Noviembre, el más señalado que vieron en muchos siglos los españoles, pues los inexplicables improperios con que en aquella entrada tan lastimosa los baldonó la mahometana perfidia, y el horroroso espectáculo de tantos muertos y heridos á impulsos de su diabólica tiranía, sólo pudo hacerlos sufridos el ser padecidos por su Dios y su rey, precediendo una marcha de nueve dias desde la plaza á esta corte por las incómodas tierras del Africa, en tan continuadas lluvias y con tan no imaginados ultrajes, que no son capaces de reducirse á la pluma, ni á la voz del que llegase á España con vida, siendo digna de admiracion igual la gran tiranía del rey Muley Ismael, sus bárbaras costumbres, sus repetidas

crueldades, pues, segundo Atila de este siglo, teniendo por su única diversion la de verter sangre humana, dia no se pasa que no la logre, con tan inhumana fiereza, que es observancia de los cautivos antiguos haber ejecutado *sesenta y siete mil* muertes, las *diez y siete mil* por su mano; cuyas circunstancias sería difícil decir á V. S. en la brevedad de una carta. Y soberbio con el poder en que su entereza lo constituye, desvanecido con las riquezas que le han sabido granjear sus codicias, no admite las mayores cantidades por libertar los cautivos, pues fundando su mayor gloria en verlos perecer en sus mazmorras, y en la formacion de sus alcazabas, ideando en su fantasía otra Babilonia, durarán sus fábricas lo que su vida; siendo suerte tan sin ejemplar la de los infelices cautivos, que además de estar esperando el martirio por horas, pues el rey suele, cuando le parece, probar en ellos sus armas y el valor de sus leones, el dia lo pasan de sol á sol en este tan contínuo trabajo, y á la noche en una mazmorra, con sólo el alimento del agua y de un pan compuesto de trigo inmundo, ensilado tiempo de diez y de doce años, inapetecible á los irracionales; diferenciándose este reino del abismo en que en aquél no tienen término sus tormentos, y en éste los finaliza la muerte; siendo éstos tan parecidos en todo á aquéllos, que se duda haya en el orbe paraje que le sea más semejante; pues lo que se acuerda, lo que se discurre, lo que se desea, lo que se ve, lo que se oye, lo que se huele, lo que se gusta, lo que se toca, los sentidos todos interiores y exteriores, todo es sentir y padecer todo; pues la memoria padece, acordándose de la libertad que perdió; el entendimiento, en discurrir el medio para lograrla; la voluntad, en desear el fin de este logro; la vista, en ver objetos horribles; el oido, en oir una repetida vocería; el olfato, en oler los lugares más obscenos; el gusto, en comer los más bárbaros manjares; el tacto, en tocar las incomodidades mayores, y siendo en la naturaleza humana lo más amable la vida, lo es la muerte, al ver tantos horrorosos castigos y tantos asombrosos peligros, y al oir tantos lamentos desesperados, y tantos lastimosos suspiros, en cuyas fatigas, en cuyas miserias, son las indisposiciones tan muchas, que de los cautivos católicos mueren unos ocho ó diez al dia; y otros, no pudiendo ya tolerar tales

adversidades, eligen, por una breve comodidad, infelicidades eternas, negando la ley evangélica que profesan, sujetándose al yugo bárbaro de los árabes, siguiendo los engañosos ritos de su Alcorán y los depravados estilos de su errado profeta, sentimiento inconsolable á los católicos, mirando llega ya á un crecido número que ha incurrido en ésta la mayor infelicidad; y señalada fortuna de V. S. el no haber en él incluídose hijo alguno de los suyos, cuyas glorias no deben ser advertidas á la escasa luz de providencias humanas, sino á los altos reflejos y subidos resplandores de las divinas.

Y habiendo logrado tantos aplausos sus singulares constancias en el cautiverio, y tantas atenciones sus señalados arrojos en Alarache, debo no omitirlas á la consideracion de V. S., poniendo en su atencion el primero, á quien siéndolo por su puesto, siempre lo fué por su resolucion, el Sr. D. Fernando Rodrigo de Morales Maldonado Zuazo, quien habiendo padecido un gran peligro la noche del desembarco, entrando en la embarcacion una bala de artillería que mató á su sargento Alonso Zebada, á Cristóbal Tinajero y Diego de Sicilia, atribuyéndose á milagro del Patriarca Santo Domingo, que con afectuosa devocion invocó, el no haber toda su compañía sumergídose el dia de la batalla, que estuvo de guardia en la falsabraga, uno de los puestos avanzados, dando á entender eran los mismos siempre sus pasados bríos, fué notable su aplicacion y la de su alférez don Ambrosio Bravo y Angulo, á que por su puesto no se arrojasen los árabes, y habiendo nombrado por sargento, en lugar del que perdió, á Blas de los Santos, tambien hijo de V. S., que se hallaba en la plaza, de uno de los cuatro soldados de á caballo que reconocian la campaña, manifestando en los avances su valor y sus experiencias, fueron muchos los árabes que rindió. Tambien se señaló su cabo de escuadra principal, José Polanco, pues lastimado de las minas, continuó toda la tarde en la batalla; y otros soldados de su compañía, cuyos nombres no individúo á V. S., por haber al despojo perdídose el pié de lista. Mataron á unos y á otros hirieron; los que han quedado cautivos confiesan la verdadera ley con valerosa constancia, siendo digna de observar la de Bartolomé Bonilla el dia 25 de Diciem-

bre, pues inducido de dos cautivos que le aseguraron no lograría la libertad si no se valia de la fuga, la ejecutó una noche con los mismos, y habiendo caminado algunas leguas, fué sentido de unos árabes y traido á toda violencia con sus dos compañeros á la presencia del Rey, que, verlos y montar la escopeta para quitarles la vida, fué todo una misma accion, á tiempo que los árabes con grande instancia les prometian, si negasen su ley, la vida; y ya perplejos los dos con el temor de la muerte, Bartolomé Bonilla, con un católico ánimo, les dijo no incurriesen en tal desdicha, y por un tormento breve, perdiesen glorias sin término, para cuyas felicidades habian sido criados; exhortacion que logró sólo en uno sus efectos; y poniendo en el cielo los ojos, y el corazon en la Santísima Virgen de la Soledad, venerada imágen en uno de los monasterios de V. S., á quien por haber criádose á su proteccion invocaba con gran fé, de que se burlaron los árabes que lo entendieron, diciéndole con repetidos baldones no se fiase de mujer; quien, como auxilio de los cristianos, atendió á los clamores de su atribulado devoto, templó la fiereza de aquel bárbaro por medio de un jardinero que, llegando acaso y poniéndose á sus piés, le pidió los perdonase, pues, como cautivos nuevos, habian cometido aquel yerro, ignorando su justicia; que atendiéndole y volviéndose á Bartolomé Bonilla, ultrajándole en su mal entendido idioma, lo dejó, con admiracion de los suyos, que dudaban el motivo de tal templanza en su fiereza, quedando expuesto á la impiedad de su alcaide, que le dió un gran alfanjazo, y con unos crueles grillos le puso en una tapia á continuar el obrar, repitiéndose el milagro en que, sin humanos alivios, pasó de un instante á otro de los brazos de la muerte á los de la vida.

Con igual valor y señalado denuedo se portó don Juan Cloquer Vargas Machuca, mi alférez, en todos los mayores riesgos, señalándose al desembarco en la confusion de artillería y escopetería, pues fué tan repetida la que los árabes dispararon esta noche, que se observó en la plaza haber llegado á ciento veintitres el número de sus cañonazos; y á la tarde de la batalla, en la que me hallaba de guardia en el lienzo bajo de la muralla del campo, cuando llegaban avanzando los árabes, siguiendo el terraplen de la muralla, á se-

ñorearse de toda la plaza de armas, á cuerpo descubierto me acompañó, rechazándolos á que no la acabasen de ocupar, y la puerta del castillo San Antonio, donde se mantuvo más tiempo de cuatro horas, hasta que, avisado de un avance que habian dado los árabes en el rebellin del campo, pasó á él con solos tres soldados míos, de donde los desalojó con notable ánimo, y con el mesmo se mantiene en estas infelicidades.

Mi sargento, Diego de Chaves, concurrió en todo lo que condujo al servicio de Su Majestad, pues cumpliendo al desembarco con la obligacion de su puesto, en los horrores de tanto fuego, atendió á un tiempo á los soldados y al cuidado de las armas y municiones que aquella noche introduje, señalándose en la batalla su esfuerzo, pues arrojándose á los árabes, habiendo muerto muchos dellos, fué milagrosa su vida. A estos riesgos se igualaron los que despues padeció, pues advertidos por ellos mi cuidado en aliviarles las marchas, por lo mismo fué mayor su tiranía, baldonándolo y despojándolo todo; y continuando las mismas, instándole un día abreviase el deshacer un caduco lienzo de pared, el que no tolerando golpe alguno, cayó á los con que solicitó su ruina, lastimándole una pierna con tan graves accidentes que, medicinada muchas veces, no quedó en estado de poder usarla. Cuya indisposicion y las que le motivaron más de ciento veinte días de mazmorra, lo puso en lo último de su vida, en el que, recibiendo los Santos Sacramentos por el licenciado don Domingo Mirela, presbítero, capellan mayor del tercio de infantería napolitana, uno de los de la armada real del Océano, lo consideró contrito y lo discurrió feliz.

Continuando mis soldados todos algunas particularidades, es muy de mi obligacion, por haberlas tocado, decirlas á V. S.

Don José de Brea, cabo de escuadra principal, quedó invalidado del uso de las armas aquella tarde, por haber, al volar las minas, lastimádole un lienzo de la muralla, aumentando en las marchas sus heridas las lluvias y total desnudez en que quedó del despojo, con circunstancia la más sensible, que fué al entrar en la corte, sacarlo de ella en gran distancia los árabes á unas fábricas de molinos, sólo viendo á los suyos el viernes, que es en la semana en el que concurren los cautivos todos á despalmar unos cam-

pos, donde es sobrestante el Rey mesmo; dia en que hace alarde de su fiereza matando á unos y á otros con sus tiranías, compeliéndoles á que nieguen la verdad del Evangelio, donde más se ha señalado, pues con un fervoroso deseo de morir mártir, alentando los hijos de V. S., les dice tengan por la mayor su fortuna, pues de la numerosa vecindad que su patria habita, eligió la divina Providencia á los que, tan dichosos, pasando al Africa, muriesen defendiendo sus verdades.

El cabo de escuadra, Miguel del Castillo, se señaló solícito al desembarco, y en la batalla, no fué el menor de sus riesgos cuando, conduciendo, por mi resolucion, de la batería de San Antonio un cañon de artillería que, asestado á la colina de su garita, fueron muchos los árabes que mató, le ordené lo disparase, por estar los artilleros ya heridos, que ejecutándolo con brevedad en dos ocasiones, en la tercera, al coger la pólvora, la emprendió acaso una chispa que, volándolo todo, lo dejó horroroso, y retirado con los heridos, sin dar tiempo á que lo curasen, reconociendo se continuaba aún la batalla, salió del castillo á hallarse en ella, diciendo habia de morir matando á mi lado, resultándole del sereno de aquella noche un gran padecer, y de las lluvias repetidas de las marchas.

El cabo de escuadra Cristóbal de Gatica, pasando por mi órden muchas veces la plaza de armas á conducir pólvora y balas desde la villa á mi puesto, manifestó su valor y las experiencias de haber servido al Rey, nuestro señor, en una compañía de su armada real; y hallándose á todo trance á mi lado, oponiéndose á tan muchos enemigos, habiendo uno de ellos en una lid venturosa quebrádole sus armas, valiéndose de las de un soldado que quedaba mal herido, fué extraña su resolucion en el lance, y su dicha la tarde toda, pues padeció sólo unas pequeñas heridas. El mismo fué su valor en las temidas contingencias de esta corte, y sus peligrosos acasos, pues como se conoce en las batallas, tambien se acrisola á prueba de adversidades, las que intentando los árabes muy mayores, habiendo rendido el árabe con la artificiosa expugnacion de las minas, intentan con su malicia rendir el alma, plaza por cuyo rescate dió todo el Hijo de Dios humano la vida, á que, persuadi-

dos él y yo un dia por un gran ministro de ellos que, por entenderse y explicarse en el idioma castellano, á su ejemplo y á su maña han perecido muchos miserables infelices, respondiéndole yo con razones á unos errores que el que los decretó previniéndolos dispuso nunca se redujesen á razones, no sufriendo su resolucion disputas sobre falsos principios, le dijo:—«Sólo son engaños los del Alcorán; sólo son verdades las de la Iglesia Católica, ignórelo ó no lo ignore tu Rey, que, por defenderlas, el martirio es diversion para mí, y la muerte, vida.» A tales voces, celosos de sus ritos, intentaban ya llevarlo al Rey, y logrando el cohecho lo que el ruego no pudo, antepusieron á su secta su codicia. Con tan resuelto ánimo, y con tan señalada constancia fué siempre en el trabajo, que primero esforzando á unos con su ejemplo, y á otros con su asistencia, á fin de que, ó por falta de consuelo, ó por necesidad de alimento, no siguiesen las árabes falsedades, á cuyo padecer ya rendido, le embarazó un grave accidente al salir de su mazmorra, y aumentándosele mayores, llegando al dia penúltimo de su vida, en el que, ordenando sacar todos los dolientes el Rey, ó por entender fuesen las indisposiciones fingidas, ó por deleitarse en sus últimas agonías, arrebatándolo la guardia real con ferocidad, facilitó la fervorosa caridad del M. R. P. Fr. Juan de Cristo, religioso descalzo del Patriarca San Francisco, vice-prefecto apostólico de la Berbería, lo dejasen en el hueco de una puerta, por quien recibió los Santos Sacramentos y todos sus espirituales alivios, y así, acabando su vida, me dijo, antes de finalizar tres horas, sólo sentia no padecer muerte violenta, para que declarase su sangre la fé que en su pecho ardia.

El cabo de escuadra, Diego de Santana, cumplió en aquella tarde todo lo que condujo á su obligacion; y en la noche, á la formacion de unas trincheras que, con órden de mi Gobernador, dispuse desde el Molino de viento hasta los cuarteles nuevos, y ejecuté, no siendo de los árabes sentido, pues, á prevenir aquella defensa, hubieran sexta vez avanzado y rendido las pocas ó ningunas fuerzas que ya quedaban, me acompañó con señalada aplicacion, no omitiendo todo lo que condujo á abreviarlas y á facilitarlas, poco lastimado del apedreo, pues valiéndose los enemigos

de todas ofensas, fueron tan violentas las que aquella noche arrojaron, que una de ellas quitó el sentido á un alferez, y otras me ocasionaron unas heridas no de consideracion.

El cabo de escuadra Juan Lopez Mateos de los Hijuelos, se aplicó al desembarco al cuidado de los víveres que introduje, tan precisos á la manutencion de la plaza, y en la batalla, todos los que más cerca se hallaron de él convienen él haber muerto el primer árabe, pues hallándose al volar las minas de los primeros, luego salió oponiéndose al avance, en el que, habiéndole ya ganado á un caudillo enemigo un estandarte, por matarle, lo perdió, en cuyas resoluciones se mantuvo con fortuna la tarde toda.

Manuel del Pinar, Simon Camacho y José Gallo, *el tambor,* murieron en la batalla; don Juan Isidro de Párraga y Barba, Juan Manuel Cabezas, Lorenzo de Leon, Juan Galeas Becerra, Pedro García, Juan Lorenzo Rodriguez Miguel, Jerónimo Ordiales, Sebastián de Osorio, Francisco de Ceballos, Juan Tello, Antonio Rivero y Juan de la Cruz, salieron muy mal heridos. Juan Francisco del Castillo, hermano de mi cabo de escuadra Miguel del Castillo, en sus pocos años se mostró con valor, disparando incesantemente toda la tarde y la noche. Diego Alonso Falcon Melendez obró en el desembarco resuelto, pues estando á su cuidado mis armas, no horrorizado con la muerte de Pedro Ruiz de Robles, un soldado mio, subcedida inmediata á él, reconvenido por algunos no se embarazase en sacar lo que hallaría en la plaza, se arrojó con ellas, y llegándole el agua más que á la mitad del pecho, les dijo: *Las armas de la ciudad de Xerez sólo se han de perder con la libertad ó la vida.* Roque de Robles, Manuel Rodriguez Pardo, Juan Blanco, Fernando Roldán, Francisco Rodriguez de Aguilar, Francisco Martin, Andrés Gomez, Domingo de Segura, Manuel Rodriguez, Antonio Moreno, Juan de la Barrera, Pedro Martin, Diego Gonzalez y Antonio Zamora, saliendo sin heridas de la batalla, pasaron á padecer estas miserias y estos ultrajes.

No las experimentaron menores Bartolomé de Cuenca y Tomás Mateo Pernia, pues habiéndolos puesto en las Ruas del Rey para su cuidado, con dos soldados de la compañía de don Fernando de Morales Maldonado Suazo, los que son: el cabo de escuadra Sebas-

tián Ximenez de Grajales y Juan Andrés Pablo de Vivas Galindo, con la ocasion de ir repetidamente el Rey á ver sus caballos, ultrajados de su saña y maltratados de su furor, muchas han sido sus dilixencias á que negasen el Evangelio; á cuyos rigores y á cuyas violencias Tomás Mateo Pernia amaneció un dia sin vida, y don Andrés Pablo de Vivas Galindo, ya sin aliento, logró el que lo condujesen las católicas piedades á una mazmorra, convento de religiosos descalzos del Patriarca San Francisco, donde murió en su ley verdadera, confesándola al M. R. P. Fray Juan de Cristo, con singular fervor y notable ternura. A Pedro Martin Deales le ocasionaron la muerte los excesos notables de un viernes, y en ella lo confesó el M. R. P. Fray Marcos de la Madre de Dios, religioso descalzo, del Patriarca San Francisco. Benito Velando, habiendo quedado de una enfermedad prolija inhábil para el trabajo, y con igual desnudez, advertida por su alcaide, le propuso, si siguiese su ley, su alivio; y reconociendo era inútil su falso celo, no permitió se le aliviase con alimento alguno en tres dias, de que desfallecido, murió, absolviéndole el licenciado don Domingo Mirela, quien observó en él grandes indicios de predestinado. El mesmo árabe, con igual intento, ejecutó en Pedro Serbando de la Iglesia tales castigos, que ya en los términos últimos de la vida, logró milagrosamente, antes de acabarla en ellos, los Santos Sacramentos por el licenciado don José Merino, quien lo consideró así por la impetracion que en los duros tormentos solicitaba, invocando á Nuestra Señora de la Paz, célebre imágen en el templo parroquial de San Marcos, uno de los de V. S. En las marchas sucedió la muerte de Bartolomé Gatica, en la que se observaron unas raras circunstancias, pues avisado de su indisposicion, al vadear el rio Saul, le llevó al M. R. P. Fray Juan Muñoz, religioso observante del Patriarca San Francisco, y lastimados de verlo morir en la frialdad de las yerbas, sólo al reparo de una capa que en manos de dos soldados le sirvió de toldo á las lluvias de aquel dia, nos dijo con espíritu apostólico no ser conforme á razon que muriese en una cruz el Redentor sin humanos alivios, y que en aquella hora los solicitase él remedio; que él moría gustoso y agradecido á las divinas piedades, pues á vista de tanto número de in-

fieles que miraba en aquellos campos, él era el escogido aquel dia para las mejores dichas; y adelantándose en él su última indisposicion y en los árabes su tiranía, advertidos no podia ya seguir las marchas, le pusieron en un camello tendido, y así atado con unas cuerdas, llegando á una milla desta corte, á cuyo recibimiento y á cuyo aplauso parece no quedó árabe en el Africa que no saliese celebrando sus glorias y sus triunfos en su zalá y sus algazaras, donde con confusion y sin órden, católicos y árabes, aquéllos en un total desconsuelo, y éstos en su mayor júbilo, viéndolo en su fé constante, lo mataron á pedradas, y despedazado, y arrojado su cuerpo en una calera, muriendo como otro protomártir de la Iglesia, logró su espíritu en premio de su martirio, eternas felicidades.

Otros muchos hijos de V. S., unos aventureros, y otros sirviendo, se hallaron en aquella plaza, de los que fueron los dos más señalados por su valor y su sangre don Diego Spínola Guevara y Villavicencio, caballero del Orden de Calatrava, entretenido en la Armada real del Océano, que pasando á la ensenada de Alarache con su capitan don Juan de Loyola Quiñones Pimentel en la *Teresa* de Nápoles, uno de los bageles de la escuadra del general don Nicolás de Gregorio, le hizo repetidas instancias y pretensiones para que lo remitiese por Cabo de barco, donde introducía los socorros de municiones y víveres para defensa y conservacion de la plaza; resolucion que, con su licencia, ejecutó muchas veces, sin demora alguna ni pérdida de lo que tocó á su cuidado; donde manifestando sus grandes obligaciones, mereció de sus cabos singulares aplausos; y don Bartolomé de la Cerda, que hallándose en su casa con noticia de este sitio, pasó á Cádiz, donde el gran desvelo del Excelentísimo señor Conde de Aguilar tenia dispuesto ya el primer socorro, y alabando su resolucion, se embarcó con su permiso y entró en la plaza la noche del 24 de Agosto, diez dias despues de sitiada, donde fué señalado su valor, hallándose en todas las siete minas que se volaron; en los avances y demás reencuentros que tuvieron los árabes con los católicos, con aplicacion tal, que mi Gobernador puso á su cuidado el postigo de San Antonio, eligiéndolo por cabo de su guarnicion, donde exactamente observó la órden y

todo su cumplimiento. Y la tarde de la batalla, luego que oyó el estruendo de las minas, se halló en el reducto de San Juan, donde se voló la una, que reconociendo entonces venian avanzando los árabes por otra parte más flaca, parecióle socorrer el mayor riesgo, y ejecutándolo así, llegando al cuerpo de guardia de la marina, logró rechazar con otros señalados caudillos una de las tropas árabes; la que no pudiendo ya en la estacada facilitar su huida, volviéndose á los católicos, intentaban mantenerse, de donde, á cuerpo descubierto, fué uno de los que la obligaron á arrojarse por el reducto de Diego de Vera, despeñándose al rio todos los árabes que la componian; en cuyos peligros fué igual á su resolucion su fortuna, pues sólo salió lastimado de una peña, tolerando despues con un mismo ánimo el cautiverio y sus grandes adversidades. No son ménos dignos de memoria Pedro Velazquez Chacon, el que, como consta de un testimonio de Bartolomé Medina, secretario del Ayuntamiento de V. S. y de su Junta de guerra, pasó voluntario á hallarse en la invasion de Alarache, con ánimo de asentar plaza en mi compañía. Lo manifestaron en la batalla sus honrados procederes, y habiendo indispuéstose en las marchas, murió en esta corte, tolerando el desconsuelo de su mazmorra con conformidad, y recibiendo los Santos Sacramentos por el M. R. P. Fr. Juan de Cristo, con devocion; sucediendo en su difunto cuerpo una particularidad lastimosa, pues pasando las vilezas de los árabes los términos de la vida, no le permitió para luego sepultura su crueldad, motivando á que sus ojos fuesen alimento de las aves, hasta que por escusarse este horror, mandaron á los católicos lo enterrasen en un palmar, lugar distante una milla de poblacion, señalado por el tirano Rey á este fin, y bendito con las ceremonias de la Iglesia católica por el P. Viceprefecto.

El alférez Gaspar de Yelbes, que, por ausencia de su capitan, Juan Muñoz Bejarano, gobernó con acierto su compañía todo el discurso del sitio, habiendo tanto estrechádose con un árabe aquella tarde, que le entró hasta la guarnicion su espada, quedando muerto á sus piés, sacó al separarse de él en el brazo izquierdo un alfanjazo.

Alonso Pabon, cabo de escuadra del capitan don Manuel Felipe de Chaves, le hirieron en un muslo de un balazo. Simon Alcario, servia en la compañia del capitan don Pedro Sarabia, y en la mesma Antonio Leal Matrero, quien hallándose aquella tarde, al volar una de las minas, inmediato al capitan don Diego de Arce y á don Juan Manuel Estupiñan Doria, viéndolos enterrados vivos, se arrojó á su socorro resuelto, y procurando sacarlos, llegaron los árabes, donde á los dos acabaron de matar, y á él le quitaron un ojo, dándole otras heridas, despues de las que murió en esta corte, con el consuelo de los Santos Sacramentos que por el M. R. P. Fr. Márcos de la Madre de Dios, recibió.

Manuel Piñero, hallándose en la Puerta del Muelle, de guardia, con su capitan don José de Salazar, lo mató una bala de artillería, con tan particular circunstancia, que quedando todo reducido á menudas piezas, fué para sepultarlo preciso valerse de unos sacos.

Blas Gomez, Sebastian Lopez servian en la misma. Silvestre Perez Solis, uno de los cuatro soldados de á caballo que reconocian la campaña, sirvió en esta plaza con acierto y resolucion.

Gaspar Ansianes, que servia en la compañía de don Gregorio Bobadilla, capitan del presidio de Cádiz, quedó de las ruinas de las minas tan lastimado, que murió en la plaza cuatro dias despues de rendida.

Don Juan Beato de Rojas, que servia en la compañía de don Melendo Suarez de Miranda, capitan de mar y guerra; Melchor de Velasco, que servia en la de don Alonso Fernandez de Córdoba, capitan de mar y guerra; José Melendez, que servia en la de don Juan de Loyola Quiñones Pimentel, capitan de mar y guerra; Pedro Jimenez Melgarejo, Pedro Franco, Francisco García, Manuel Marquez, Francisco Lopez, Manuel Ignacio de Alfonseca, servian en la compañía de don Alonso Bolinches Galiano, sargento mayor de la plaza. Martin de Cuenca, Andrés del Castillo, hermano de mi cabo de escuadra Miguel del Castillo, servian en la del capitan don Juan Diaz de Cos; Lorenzo de Astorga, en la del capitan Juan Muñoz Bejarano; Felipe Marquez, Juan Mateos de los Hijuelos, en la del capitan don Antonio Perez Cancio; don Juan de

Valenzuela, Pedro Franco, Juan Gonzalez, en la del capitan don Diego de Arce, y otros que en aquella plaza y en esta corte, manifestando el ser hijos de V. S., no han faltado á la obligacion, siéndome difícil la expresion de sus nombres todos, por estar los católicos divididos en diferentes fábricas; como tambien lo será tocar todas las particularidades de este suceso, asegurando los más experimentados soldados no haber visto en esta edad sitio más disputado, ni plaza más defendida, pues solas tres observancias, entre tantas, lo harán á las futuras digno de eterna memoria. De las que fué la primera el arrojarse á introducir los socorros con tan cercanas baterías, pues la de las Borraseras, á tiro de pistola de la barra, se componia de once cañones, los dos de ellos que hacian bala de á cuarenta, y la de la Fuente grande, de dos, paraje á la parte contraria en la costa de la Berbería, en la Fuente grande; resolucion que la ejecutara sólo el valor de los españoles y la de los que quedaron en la plaza, tan atacada de los árabes, pues multiplicando los dias todos, líneas y fortines, para poder, combatiendo sin peligro, el rendir el escaso número de los católicos, les facilitó con brevedad el señorear las estradas encubiertas. La segunda el dia que fué saqueada la plaza, pues encerrando los cabos y oficiales en dos casas particulares, no perdonó su tiranía lo sagrado ni lo estimable, robando y deshaciéndolo todo, no reservando edad mayor ni menor, entrando en los hospitales, donde, acabando con los heridos, tanta fué la sangre vertida, que arrojándose algunos piadosos católicos á solicitar la vida de algunos con pérdida de la suya, aseguraron ser notable su inundacion. La tercera fué el bárbaro concurso y el temeroso aparato á la entrada de esta corte, no pudiendo fingir la idea más fúnebre, ni el discurso más melancólico acto más horroroso, ni más temido teatro como en aquel infausto dia les previno su desgracia á los españoles, pues rindiendo los árabes erradas adoraciones á su falso Profeta, con ciegas ceremonias, todas reducidas á unas continuas algazaras en accion de gracias por su victoria, los condujeron con notables injurias á la Alcazaba, donde, ofreciéndolos á su Rey, ordenó su gran soberbia se pusiesen los católicos todos pecho por tierra, y llamando á los cabos y oficiales de Alarache, montó á caballo, y

enristrando su lanza, permitió la piedad divina se quedasen en amenaza estas arrogantes acciones, cuando esperaban la muerte, en castigo de no haber luego rendido la plaza, la que no ejecutó su tiranía, por tener aprendido que sus cabos y oficiales le podrán atesorar todo su mesuar de plata; y dividiendo los cautivos en diferentes mazmorras, á los más principales los puso, por merced particular, en las Ruas del alcaide Jameih Jaddu, relevándolos por ahora de sus indignos empleos y serviles ejercicios, por haberle asegurado éste su primer ministro perecerian con brevedad, como criados en diferente fortuna; cuyos aparentes buenos oficios y codiciosos engaños son efectos de los cohechos admitidos y de los prometidos, ó de continuar la cautelosa palabra de su Rey, que, como en otras ya he avisado á V. S., le ofreció de libertar ciento, los más principales, la que no tuvo otro algun motivo que el de conocer los más señalados para el mayor logro de sus intereses, disimulándolo entonces con el pretexto de las lágrimas del M. R. P. Fr. Juan Muñoz, por las que dijo haber revocado aquel su primero cruel decreto; y aunque unas y otras diligencias facilitan á los ciento, y á mí como incluso en este número, no usar los trabajos personales, no los releva de tan bárbaras y tan indignas demostraciones, y de habitar en Ruas unos y otros en diversorios, donde, viviendo siempre con la asistencia de irracionales y la de los que los cuidan, sólo pudo hacer tratable tal hospedaje la consideracion de creer se dan acasos en las providencias divinas, en cuyas violencias, en cuyas tiranías y en cuyas adversidades, unos pierden la vida, otros la religion, y todos perecen, faltando ya seis de los de la excepcion de los ciento, de quienes fué el uno don Fernando Rodrigo de Morales Maldonado Suazo, que murió el dia 14 de Mayo, gustoso por no ver ultrajado el nombre del que murió una vez porque no muriese muchas, y toda la naturaleza humana; cuya resignacion no podrá borrar á los que la vieron el tiempo, ni á mí el sentimiento en tamaña pérdida, pues en su ejemplo y en su virtud tenia asegurada mi edificacion y mi libertad, infelicidades que exceden todas las fuerzas humanas, el morir en ellas debia ser pretension acertada; pero aunque han sepultado estas el valor de tantos como hay, ruinas tan honrosas que suelen

hacer ilustres sus cenizas. Suplico á V. S. se sirva de poner esta noticia y esta certificacion en el Real Consejo de guerra, interponiendo su gran representacion para que S. M. esté entendido, y sus reinos, que los hijos de V. S. en todas edades, son los mesmos en la observancia de su ley verdadera y en la fidelidad á sus reyes católicos. Guarde Dios á V. S. los muchos años que puede y he menester en su mayor grandeza.

Mequinez y Julio 6 de 1690.

B. L. M. de V. S. su menor hijo y mayor servidor

D. Jacinto Narvaez Pacheco.

Señores Justicia y Regimiento de la M. N. y M. L. C. de Xerez de la Frontera.

(Aquí se ha de poner la respuesta á esta carta y sus acuerdos).

Á LOS SEÑORES PRESIDENTE Y CABILDO
DE LA SANTA IGLESIA COLEGIAL DE SAN SALVADOR DE XEREZ
DE LA FRONTERA GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS,
EN SU AYUNTAMIENTO.

(Por Salé, Xerez de la Frontera).

Señor: mi infelicidad y mi pérdida no ha permitido á mi atencion ni á mi obligacion cumpla ésta con las que reconoce, y aquéllas con las que debe á V. S., poniendo en su noticia la pérdida de Alarache el dia primero de Noviembre, la que avanzada por los árabes y defendida por los católicos, la rindió la fuerza y no la perdió el valor, y pasando de uno á otro peligro, á los riesgos de la guerra se siguieron las calamidades del cautiverio, que, habiendo en él sucedido la particularidad de no haber pospuesto al engaño la verdad hijo alguno de Xerez, aun con los malos ejemplos de tantos que han incurrido en esta la mayor indignidad, debe mi deseo solicitarse las eficaces divinas impetraciones de V. S. para que, dándose Nuestro Señor por servido de la fé con que lo invocan estos infelices soldados míos, los conserve en ella, logrando

despues los premios de esta virtud. Guarde Dios á V. S. los muchos años que puede y ha menester en su mayor grandeza. Mequinez, Julio á 6 de 1690.

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

D. Jacinto de Narvaez Pacheco.

Señores Presidente y Cabildo de la Santa Iglesia colegial de San Salvador de Xerez de la Frontera.

(Aquí se ha de poner la respuesta á esta carta y sus acuerdos).

Á DON GOMEZ DE FIGUEROA, LASO DE LA VEGA Y CÓRDOBA, GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS, CABALLERO DEL ÓRDEN DE SANTIAGO, GENTIL HOMBRE DE LA BOCA DE SU MAJESTAD, CORREGIDOR Y CAPITAN Á GUERRA DE LA CIUDAD DE XEREZ DE LA FRONTERA Y SUPERINTENDENTE DE TODAS SUS RENTAS REALES.

(Por Salé, en Xerez de la Frontera).

Señor mío: La incomodidad de este paraje no permite participe á Vmd. con mayor individualidad mi desgracia, y como soy todo suyo en todas fortunas, no excuso en esta tan infeliz reconocer á Vmd. la deuda de agradecido, ya que no puedo pagarla en estas y en otras letras que no deben de haber llegado á su mano, asegurando á Vmd. que Alarache ha sido en esta edad la plaza más defendida, el más disputado todo el discurso del sitio, la batalla última la más reñida, el más infausto su fin, las más atropelladas y las más confusas sus marchas, pues ultrajados, no sólo de las humanas, ó, con más propiedad, inhumanas violencias, pero declarada toda la divina justicia contra los suyos, rara vez se vieron las claridades del sol en ella, que suelen los elementos lisonjear los dichosos, persiguiendo los infelices. A penas tan severas y á tamañas calamidades sólo pueden facilitar sus alivios los auxilios divinos, por cuyos soberanos decretos suceden todas las prosperidades y

todas las advertencias humanas. El señor don Fernando queda todo resignado en las disposiciones del cielo y á la obediencia de Vmd., á quien dudo pueda por ahora escribir, pues no es la menor incomodidad en el Africa su falta de correos y su ninguna disposicion para poder corresponderse á España un cautivo. Guarde Dios á Vmd. muchos años. Mequinez y Marzo 2 de 1690.

B. L. M. de Vmd. su mayor servidor,

D. Jacinto de Narvaez Pacheco.

Señor don Gomez de Figueroa, Laso de la Vega y Córdoba.

Á DON JACINTO DE NARVAEZ PACHECO
GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS, CAPITAN DE INFANTEÍA ESPAÑOLA,
VEINTICUATRO PERPETUO DE LA CIUDAD DE XEREZ
DE LA FRONTERA.

(Por Salé, Mequinez).

Señor mío: Su carta de Vmd. de 2 de Marzo es la segunda que ha llegado á mis manos, despues de la desgracia que he tenido y tendré siempre por mía propia hasta tanto que alivie mi desconsuelo la restitucion de Vmd. y demás sus soldados á sus casas, siguiéndose á esto que Vmd. tenga el premio que corresponde á su sangre, y á lo que la dejó acreditada con su gallarda resolucion. No puede Vmd. dudar cuanto es de mi punto haber hecho propio mío este negocio, y en esta consideracion, he hecho representacion á su Majestad, al señor Conde de Oropesa, y en consulta formal á los Consejos de Estado y Guerra, y en todos estoy cierto del fervor con que solicitan la más breve libertad de Vmd. y los demás rendidos, para cuyo fin, demás del producto de la Encomienda mayor de Alcántara, que está destinado, se solicita por otros medios el logro de la suma considerable que lo pueda facilitar, estando yo asegurado por inmediatas noticias de los que lo están de Su Majestad, que su Real ánimo no habla de otra cosa, y quien como yo conoce su benignidad, no duda su mortificacion hasta ver fuera de tal padecer tan honrados vasallos. Ni Vmd. puede dudar de mi obli-

gacion y cariño cuanto contribuiré mis oficios á este fin, esperando le tendrá muy breve el desconsuelo con que á Vmd. considero, y ojalá pudiera yo con la sangre de mis venas adelantar el tiempo á lo que tanto deseo; pero es bien cierto continuará mi inutilidad sus instancias. Por lo que Vmd. me dice considero no ha llegado á su mano mi carta que la envié á Cádiz para que la encaminasen de allí, y deseando no se me repita esta desgracia, va esta en pliego de mi señora doña Clara, su madre de Vmd., y yo con la fineza que siempre, estoy á su servicio, y le suplico dé mis finas memorias al señor don Fernando de Morales, y á Vmd. me le guarde Dios y deje ver tan presto como deseo. Xerez de la Frontera, á 8 de. . . . . *(Falta el mes y año)*.

B. L. M. de Vmd. su mayor servidor,

Don Gomez de Figueroa, Laso de la Vega y Córdoba.

Sr. D. Jacinto de Narvaez Pacheco.

A DON PEDRO DE NARVAEZ PACHECO,

GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS.

(Por Salé, Xerez de la Frontera).

Mi hermano y mi amigo: al pesar de no haber vístote desde que, acompañándote á Gibraltar, tú te embarcaste siguiendo tu bandera á Cataluña, y yo me volví á Xerez, se siguió el de mi infeliz jornada al Africa, y el de no haber leido tus letras en los cuatro primeros meses que en ella he estado cautivo, hasta que hallándome un tiempo con los alivios de repetidas cartas tuyas por los puertos de Tetuán y de Salé, reconociéndote en todas las firmezas con que correspondes á las que me debes, me acusas en la última de Mayo haber recibido dos la ciudad de Xerez, mias, donde, en la primera, la daba los primeros avisos de mi vida y de mi desgracia; y en las segundas, noticias de la siempre esperada, nunca bastantemente alabada constancia de sus hijos, solicitando en ella las divinas diligencias que oirás, entendiendo están ya demás las hu-

manas, conocidas estas cautelas; obligacion que consideré tan propia mia, pues ya que no conseguí en la pérdida de Alarache el que quedasen con libertad los que la ciudad, favoreciéndome, habia puesto á mi cuidado, pretendo logren la más segura, muriendo en la mejor ley que profesaron naciendo, quedando ellos entendidos que por todas partes solicito los muchos alivios que les deseo, con cuyo motivo toqué la pérdida de la plaza con la brevedad que se deben hablar los Príncipes, que movió tu curiosidad á saberla con mayor individualidad preguntándomela; pues como recien llegado del Principado de Cataluña, donde, habiendo halládote en la campaña de Campredon, deseas no ignorar los sucesos de ésta; á que con repugnancia respondo, pues ageno del estilo militar, criado en los estudios y escuelas del monasterio de Santo Domingo el Real, la Minerva de Xerez, con las delicias de haber nacido en mi casa el mayor, vivia como si no fuera hijo y hermano de soldados, y como si mi cuna no hubiera sido una plaza de armas distante del Africa nueve millas, y mis primeros arrullos los ecos y marciales aparatos. Y siendo esta falta de estilo reparo tan justo, no es menor no haber tenido tiempo alguno de advertir la plaza, pues entrando en ella la noche 28 de Octubre y perdídose el dia 1.º de Noviembre, tres dias de término no permitieron más que prevenir el desvelo á las horrorosas minas y último trance de una batalla esperada por horas, que, sucedida en los nueve dias de tregua, todos fueron melancólicos discursos de aún no imaginado, ya temido cautiverio; pues á la menor presuncion de un cuidado, siempre ha sido la más decente ocupacion desabrida. Pero como yo soy deudor á las providencias divinas de un gran conocimiento propio, no soy tan bobo que discurra comunicar con todos todas mis acciones públicas, ni tan persuadido que deje de participarlas á alguno, como de lo parecido de las fortunas se reconoce ser una misma estrella quien las rige, naciendo de esta simpatía los afectos más recíprocos y las más finas amistades. En esta peregrinacion he logrado la del capitan don José de Salazar, quien desde sus tiernos años, entreviendo cuán precisa obligacion es el servicio á sus reyes en los hombres principales, aun sin edad de advertirlo, ya lo ejecutaba en los Estados de Flandes, primera única mi-

litar escuela de los señores Reyes de Castilla, de cuya práctica y la de su gran comprension salió un tan perfecto soldado como vieron aquellos ejércitos y lo admiró éste, en defensa de Alarache, pues no sólo sirviendo á su rey con la espada, se aplicó con el compás á delinear una planta de la plaza, que desde ella remitió á don Juan Antonio Lopez de Zárate, caballero del hábito de Santiago, marqués de Villanueva de la Sagra, Secretario en el Real Consejo de guerra, quien reconociendo accion tan del servicio de S. M., como fué el de solicitar sus defensas, poner en su noticia el único medio por donde reconocería el preciso número de infantería que ocuparía su recinto, le agradeció este servicio en carta de 10 de Julio, quedando en representarlo así á S. M.; y como es efecto propio en la nobleza no apartarse del servicio de su príncipe en las mayores adversidades, no dejándolo en las de tan irregular cautiverio, lo continúa formándola de nuevo con todos los ataques y baterías que el enemigo la puso, cuya copia te remito, pudiendo sin exageracion decir de él lo que de César, de quien se lee escribia en la noche lo que al dia obraba. A su imitacion, así don José de Salazar delinea con el compás en la noche de esta infidelidad una plaza que defendió en el dia de la cristiandad con su espada. En cuya confianza, oyéndome leer tu carta, me persuadió te respondiese en la forma que deseabas, para cuyo fin, desempeñando las prendas de esta amistad, le debí de lo que no vi las más seguras noticias de que me valgo, haciendo asimismo reflexion á las contínuas conversaciones que he oido en las noches de seis meses á los demás capitanes; pues si es que puede haber alivio á tales penas, es sólo el considerarlas, no atendiendo algunos manuscritos que de este suceso corren entre los cautivos, unos sucintos, otros prolijos, y los más que confunden y no advierten. Determinado, pues, á escribirte así, teniendo por compañeros en mi rua moros, caballos, camellos, no era paraje capaz de escribir, ni su vocería me dejaría formar letra, resolvime á salir de ella con licencia de mi alcaide, pasando al *Vite*, que es en nuestro idioma lo mismo que mazmorra general, donde debajo de tierra, con el consuelo de mis soldados y quietud de este tan infelíz calabozo, te individúo mi desgracia, ofreciéndote este escrito; si bien todos se

habian de ofrecer á Dios. Son obras del alma, y obras de tan noble artífice no habian de tener patron ménos grande. Quien ofrece un escrito á un hombre, le hace soberano acatamiento. La mejor cortesanía es que ha descubierto la discrecion humana. Las obras de un espíritu en cuya hechura no hubo otra mano sino la de Dios, se las dedico á un hombre. Aunque estas obras sean por algunas partes imperfectas, no es culpa del artífice, sino de la oficina. Fabricáronse en un cerebro de barro, vaciáronse en unos moldes defectuosos; no es mucho que falte la perfeccion suma en ellas. El ménos acertado papel es obra de un alma derribada del cielo; sus errores son vicio del instrumento, no de la destreza; por esto no deja de ser obra de alta nobleza. Mucho ofrece quien ofrece una noticia: por lo que en las dedicatorias se usa poner tantas alabanzas de la persona á quien se ofrece, es por la buena razon de lo que se hace. No parece que da buena razon del patron que ha elegido el que hubiese elegido patron en quien no cupiesen muchas; que buena razon puedo yo dar de mi eleccion cuando te ofrezco un escrito, pues aunque tú únicamente eras el todo de lo más que lograba en España, ¿qué alabanzas puedo decir tuyas que no sean mias? Mas no pienso decir más de una que vale por muchas, y es que no gustas de alabanzas. Mucho merece quien piensa que le engañan cuando le dicen lo que merece. No te lo digo porque pienses que te engaño. Y porque nadie piense que yo me engaño en este modo de escribir, te digo que aunque las irregularidades de la plaza San Antonio de Alarache, sus valerosas defensas, su pérdida desgraciada, las infelicidades de un tan tirano cautiverio, la horrorosa vida de un tan inhumano rey, descubren un muy anchuroso campo para una dilatada historia, no lo permiten ni el estado, ni el paraje, ni una tan continuada zozobra. Pase por noticia la que debia ser historia. Y siguiendo este estilo, hablando siempre contigo, digo que:

Muley Ismael, rey de Fez, Emperador de Marruecos, hallándose el año de 1672 Alcaide de Mequinez, bárbara y populosa ciudad, le llegó un expreso de Marruecos, corte de sus Emperadores entonces, que le avisaba la desgraciada muerte del rey Muley Arsi, su hermano mayor, ocasionada de la caida de un caballo, que no ménos

precipicios ocasiona una tiranía, pues habiendo él nacido hijo de Muley Alit, cherife, Rey de Tafilas, no contento con el reino de sus padres y con la sangre heredada de cherifes, linaje el más ilustre y numeroso en el Africa, como rara vez sufrió el cetro compañero, no pudiendo disimular su envidiosa emulacion los esplendores de fama de los célebres reyes de Fez, tan inmediatos al suyo, logrando ellos la más sosegada paz, sin advertir que en los reyes sola la vecindad de un principado es para su usurpacion bastante título, causando maquinada una traicion, y por inteligencias secretas sobornados unos rebeldes, los despojó deste reino y del imperio dilatado de Marruecos, olvidando los vínculos de la amistad y sangre con que estaban enlazados ambos cetros. Quienes, advertida la bajeza á que la emulacion los condujo, (que el que una vez logró privilegios de deidad con dificultad se redujo á no ser atendido de iguales adoraciones,) les obligó su vanidad á vivir en unos aduares de Fez, quintas de la Berbería, creyendo que en aquella vida privada los dejarían con algun sosiego sus émulos; pero fueron más perseguidos en ella, porque no hay calamidad tan grande que apague los temores de una envidia, antes cuando ve constante á sus émulos en ella, se enciende más, no pudiendo sufrir la gloria que les resulta de su valor y prudencia en saber tolerar lo adverso.

Este feliz suceso, y las vanas esperanzas de su Profeta, que le ofrecian mayores felicidades, á no verter la sangre Real de cherifes, le motivaron les diese á merced las vidas, pues hasta la más ciega soberanía reconoce superioridad á las que tiene por deidades; pero como no hay diligencia que baste á librar de su temor á un tirano, y los mismos medios que aplica para su conservacion suelen causar su ruina, porque, como violentos, obran efectos contrarios, salióle su vaticinio tan falso como su culto, pues pasados algunos años de su reinado, creyendo su prometida conservacion en no verter aquella sangre Real, no sufrió el cielo estuviera á los ojos humanos sin castigo su tiranía, permitiendo acabase un irracional la vida de un bruto, que, racional en el aspecto, no en las acciones, sólo se alimentó de vidas de hombres y fieras, pues no perdona la divina justicia á los que elige por ejecu-

tores de ella. Arduas son las primeras esperanzas de dominar; pero en tomando posesion del cetro, se arriman á él la lisonja y el aplauso y son todos instrumentos y ministros del tirano, en los más, por temor, y en algunos, por necesidad, juzgando por imprudente obstinacion oponerse á lo que no se puede impedir, principalmente contra quien la vida ó la muerte ha de tener en su mano.

Logrando el alcaide Muley Ismael en las memorias de los infantes sus sobrinos, tan oportuna ocasion, se hizo aclamar rey en Mequinez, apoderándose de todas sus fortalezas, donde obedecido de sus ciudadanos, estrenó el reino cortando por su mano las cabezas á todos los que lo habian sido en poner en la suya una corona; y como experimentado en las tiranías de su antecesor y hermano y de otras tan esquisitas, que si las de Atila con los vándalos, las de Neron con los príncipes de la Iglesia, las de Diocleciano con otros gloriosos mártires, les dieron nombres de Magnos, fué para que llamásemos á Muley Ismael en esta edad el Máximo de los tiranos, siendo aquéllos primero en el tiempo, no en la fama.

Conservaban en Marruecos la voz de los Infantes algunos valerosos alcaides que, sembrando odios contra el nuevo rey, inducian los ánimos á su inobediencia; á los leales representaban los daños de su gobierno; á los buenos, la ira de su Profeta en aquel violento despojo; á los inquietos, la infamia de rendirse á un rey tirano. Reconociendo el rey Muley Ismael que sólo sosiega la sedicion un reparo á tiempo, pasó con armadas huestes á los campos de Marruecos, poniendo sus reales á vista de la ciudad, que defendieron valerosamente los sitiados, hasta que, impaciente con la proligidad de un sitio, el Rey, teniendo por mayor trofeo derribar en campaña los cuerpos de sus enemigos que los muros de una ciudad, donde pueden más las artes de la expugnacion que las demostraciones del valor, les provocó á la batalla, á que no se negaron animosos; y hallándose dudosa algun tanto por las dos partes, venció la de Muley Ismael, á quien los rendidos propusieron algunos decorosos medios, en que, quedando él por absoluto Emperador, los lograsen sus sobrinos; pero advirtiendo él cuán poco segura es la fé de un despojado, y que no hay Emperador tan amigo que no intente restituir al águila imperial las una vez usurpadas

plumas, sacó los ojos á sus sobrinos, á otros cherifes deudos suyos, y á muchos alcaides, los primeros del Imperio, donde, muertos vivos, se mantienen en la infelicidad que motiva la falta de un tan principal sentido. La voz entre los árabes de los muchos que murieron en esta batalla es tal, que no parece verosímil, siendo siempre incierto en ella su número, porque lo cuenta el vencedor. Continuando sus conquistas, sujetó á su dominio todo el reino de Sus, que aún mantenía la opinion de los Infantes, y saqueada Tarudante, ciudad la de mayor resistencia, sacó al campo cien rendidos, donde quitando con su lanza todas las vidas que permitió todo el espacio de un dia, cansado su brazo, no su fiereza, volvió á su tienda, ejecutando lo mismo con cincuenta de su guardia, porque, fatigados de sus marchas atropelladas, se habian ya rendido al sueño. Acertada resolucion, aunque rigurosa, pues la vida del Príncipe pende del desvelo del vasallo, reparo que deben las personas Reales tener prevenido, y el mandarlo sólo les es concedido á ellas, pues las artes del reinar solamente las puede enseñar un rey.

Sujetas así las obediencias de sus bárbaros agarenos, (pues aun en esta ceguedad la razon supo hacer la de estado conveniencia del delito), intentó quitar los dominios que el rey de las Españas, don Cárlos, II del nombre, en ellas, nuestro señor, logra heredados en las tierras que él llama suyas, discurso como de infiel, pues además de estar su Majestad, á fuer de rey católico, precisado á mover con la predicacion y extirpar con las armas á todos los que niegan el Evangelio, son presidios heredados, unos por trato y otros por gloriosas conquistas, y no hubiera paz en el mundo si en el tribunal del tiempo no se hubieran legitimado los dominios y los reinos, porque apenas hay nacion que recibiese de sí misma la suprema potestad, sino de otra extranjera más poderosa; en todas fué al principio, y hubo cetro y servidumbre la libertad.

Con la fuerza de las armas pusieron los normandos su silla real en Inglaterra, los francos en Francia y los godos en España, cuya monarquía se puede preciar de haberse fundado con justo título por los derechos que el Imperio Romano cedió á los godos, y porque fueron llamados de los mismos españoles; pero ya á todos

los reinos favorece la posesion inmemorial, confirmada con el consentimiento comun de los pueblos. Las demás conquistas de las naciones bárbaras fueron semejantes al arco celeste llamado Iris, fundadas entre las nubes de la tempestad de la guerra, las cuales ese sol de justicia que los iluminó, las borró y deshizo luego, sin haber concedido Dios á los bárbaros que todo lo que pisase el pié fuese suyo, como á los israelitas. Y si se hubiese de pretender lo que poseyeron con las armas, y volvieron á perder, grandes derechos tendrían los señores reyes de España sobre las provincias que con las armas dominaron en Asia, Europa y en Africa los reyes godos sus predecesores. Opuesta sería esta pretension á los eternos decretos de la Providencia de Dios, habiendo mudado de unas gentes en otras los reinos y monarquías para fundar las presentes, constituyéndole sus confines. ¡Oh cuán felices serían los reyes, y cuán prósperos sus vasallos, si conformándose con las divinas disposiciones, cada uno se mantuviese en los límites de sus reinos, gozando, sin ambicion de los agenos, los bienes del sosiego y de la paz!

Abstraido de estas verdades, el rey Muley Ismael, con la felicidad de estos sucesos, creció la ambicion de dominar la vecindad de los presidios que le motivan no estuviesen sujetos á otra corona, valiéndose para unirlos á la suya del pretexto de religion, con que se suele disfrazar la tiranía, y no dejando sus ya imaginadas conquistas, pasó el año de 1681 intempestivamente sus reales á vista de la plaza la Mámora, situada orillas del caudaloso río Saul, en el mar Océano, gobernándola el Maestre de campo don Juan de Peñalosa, y sitiada por mar y tierra, la ganó una embarcacion pequeña que podia dar aviso á España de tan repentina invasion. Defendiéronse los sitiados el espacio de cinco dias, hasta que, faltos de agua, por estar la que les mantenía en el real del enemigo, se dieron á partido, y sujetándolos la necesidad á tan bárbaro dominio, cautivos por diez años, pocos han quedado que lo lamenten. Fué caudillo de estas armas el alcaide Hormar Jadudd, á quien, en premio, el rey Muley Ismael le quitó luego la vida, por decir habia solicitado por vanidad esta empresa, cuando debiera haber sido su único fin el propagar á su Profeta los

cultos. Ningunas más sentidas tiranías que las que con pretexto de religion introduce la malicia.

Ufano con el trofeo, creyendo lograr unos mismos todos, pasados años, sitió el de 1688 en 24 de Agosto, Melilla, plaza en el mar Mediterráneo, gobernándola el Maestre de campo don Francisco Lopez Moreno, quien poniendo luego todas las defensas militares, dió aviso al Rey, nuestro señor, que, publicado por España, hallándose en Málaga don Antonio Domingo de Dura, Maestre de campo de infantería napolitana de uno de los tercios de la armada Real, del Consejo colateral del reino de Nápoles, luego se ofreció á su socorro, entrando en ella con trescientos infantes y treinta camaradas, todos caballeros conocidos: resoluciones y bizarrías muy parecidas á las de su hermano mayor don Camilo de Dura, Duque de Erquia, general de la artillería del reino de Nápoles y de su Consejo colateral. Y discurrido el terreno á propósito del enemigo, el bastante número de infantería á desalojarlo de sus ataques, así lo ejecutó el Maestre de campo don Francisco Lopez Moreno, donde lo mataron en una de sus salidas. Quedando gobernando por su muerte aquella plaza don Antonio Domingo de Dura, defendió en campaña tres fortificaciones exteriores suyas, llamadas la Albarrada, la Cantera y Señora Santana, introduciendo en ellas socorros á todo riesgo, de donde se retiraron los moros el dia 9 de Octubre sin esperanza de rendirla, escribiéndolo así su General, el alcaide Jameth Mostafá, al rey Muley Ismael, alabándole la plaza y sus defensas; al modo que aquel famoso caudillo Muza Abenzaid, gobernador de las provincias de Africa, cuando sitió á la ciudad de Mérida en la pérdida de España, advertidas sus defensas, y el valor de los sitiados, dijo: ¡Feliz el árabe que fuere señor de Mérida!

Y como la codicia no escarmienta en los peligros, malogrado este triunfo, intentó otro más glorioso á que, indeterminado estos años, se resolvió el de 1689, sitiando la plaza San Antonio de Alarache, á cuyo fin, colocados el infante Muley-Sidan, su primogénito, ya jurado Príncipe y sucesor en sus reynos, el alcaide Jameth Jadudd, su primer Ministro, Alí Benabdalat, alcaide de Tanjar, visorey de Tetuan, Salé y Alcázar, Capitan general de todas las

costas de Africa, y otros sus principales alcaides, juntos en la mezquita mayor de Mequinez, corte suya, solicitando la engañosa proteccion de su Profeta, primera diligencia suya en todas sus resoluciones, bárbara ceguedad, (que en su modo advierte á los que confiesan la católica verdad,) cumpliendo todos los ritos que previenen los dogmas de su Alcorán, al salir de su mezquita, montó á caballo, y reposando sobre su lanza, dejó caer á las espaldas el alquicel, y levantando su desnudo brazo, empuñando el alfange, jugóle de una y de otra parte, y con bárbara arrogancia, animando á los suyos, es fama les dijo de esta manera:

«Sabido es á vosotros y notorio al mundo, el valor con que vuestros progenitores, los famosos africanos, venciendo el paso del Estrecho felizmente, penetraron lo interior de España toda, con que se hicieron señores de sus riquezas y de su dominio universal; y aunque fué celebrado su valor, no pudiera en la brevedad de ocho meses haber acabado tan gran empresa, si no hubiera asistido á sus armas el brazo poderoso del grande Alá, con que acreditó la verdadera religion mahometana. Con cuya ayuda, con la de mis armas afortunadas y de vuestras ya experimentadas resoluciones, solicito como los heredé en la sangre, heredados en la propagacion de su ley y en la dilatacion de su imperio, pues el que así no lo ejecuta, ó no debe llamarse rey, ó debe dejar este oficio. El medio único que más puede facilitar esta empresa es arrojar los españoles de Ceuta y Alarache, plazas que me tienen usurpadas. Los que las presidian, unos son visoños sin experiencias de guerra; los otros, sacados de sus casas á fuerza de levas, con violencias los más, mal contentos por verse delincuentes y desterrados, como aseguran muchos de ellos, que pasándose á mis reinos, niegan su ley por la mia. Ocupadas estas plazas y desechas una vez sus fuerzas, ¿cuál de vosotros podrá en ellas contenerse mirando á Gibraltar y Tarifa? La una celebrada por su monte Calpe, antes que los nuestros la dominaran; la otra llamada Tarteso y despues Tarifa, á contemplacion del que la rindió, aquél nuestro tan celebrado héroe Tarif, general de las tropas del rey Ulid Miramamolin, mi glorioso progenitor. A cuya conquista ayudará mucho el desprecio comun con que en España se discurren las armas afri-

canas, propio efecto de monarquías poderosas que han ocasionado las guerras civiles entre nosotros. Os aseguro, por secretas inteligencias y confidentes mios que profesando mi ley viven cautivos en aquel reino, que en él hallaré poca ó ninguna oposicion, por estar las ciudades sin muros, sin armas y sin caballos, y todos entregados del todo al ocio, donde volvereis á vivir en las tierras que nuestros abuelos dominaron por ocho siglos, trocando las arenas estériles de Libia por las de oro que llenan aquellos rios; los aduares de lienzo, expuestos al rigor del sol, por ricos palacios de mármoles, y lo adusto y seco de este clima, por lo benigno y fértil de aquél; castigando en los españoles el desdoro con que se burlan de nuestro Profeta Mahomet y su soberano Alcorán, en violar sus aras y santuarios, en abrasar sus templos y monasterios, en no perdonar el honor á las mujeres ni la pureza á las vírgenes y religiosas, como le lloraron sus abuelos cuando los nuestros los dominaron. Acometed, pues, animosos, sin reparar en el número de socorros que pueden venirles á estos presidios de España, porque es mayor sin comparacion el nuestro, y cuando lo fuera el suyo, el valor vence, no la multitud. Nuestro sagrado Profeta os asegura la victoria, y con ella el ancho y rico imperio de España. No os animo sólo con las palabras, sino tambien con las obras y el ejemplo. El primero seré que tiña los aceros de este alfange en la sangre de los españoles, como ellos vertieron la mia en la conquista de Granada, privando á mi casa de aquel honor y á mí de reino tan delicioso. Ya me parece que advierto en vuestros semblantes la justa indignacion á que os provoco, y deseosos de castigar las ofensas hechas al grande Alá y á nuestro profeta, esperais impacientes el fin de este mi razonamiento, por lo que lo acabo, y tambien para que Alá no se le dilate la ejecucion de sus iras, y á vosotros las glorias y los trofeos de este triunfo.»

Y hablando primero el infante Muley Sidám, en quien arden espíritus reales y generosos, con voz grave y animosa le respondió:

«—Atentamente he escuchado, oh padre, Rey y señor, las voces de tu inimitable celo, como la fama publica y vemos en los trofeos y despojos que tus armas gozan en todas las provincias de Africa;

y no pudiendo ya contenerse en ella, solicitas el pasarlas á España, haciéndote más glorioso el ser tu fin único dar á conocer al mundo las verdades de tu ley, acreditada con tantos como la siguen; y nada asegura más el acierto á tus tropas que moverlas con el celo de la ley, siendo en los hombres la inclinacion al culto divino tan poderosa, que ningun vínculo humano puede tener unidos los ánimos cuando discordan en el conocimiento de un Dios, siendo imposible se mantenga la fidelidad y obediencia al príncipe en cuyo reino se permite diversidad en los ritos, porque los que no sienten lo mismo que él, no se tienen por seguros. Un ejemplo vivo de esta verdad en tí admira el Africa, siendo todo tu cuidado erigirle nuevas mezquitas y tributarle mejores cultos al grande Alá, pues viniendo de su mano poderosa las victorias y los triunfos, ¿cómo las podemos esperar si en estos tiempos no guardamos los institutos y loables costumbres de nuestros antecesores? Ellos tenian puestas sus esperanzas todas en su poder y en el de su gran profeta Mahomet, que está á su lado, con cuyo favor triunfaron de los españoles; ellos le edificaban contínuamente mezquitas; ellos honraban sus mayores; ellos veneraban sus morabitos, y de no haberse observado así hasta tu reinado, han nacido tan civiles contínuas guerras entre nosotros, como por castigo de la omnipotencia de Alá. Y así, observando lo que los morabitos en mi niñez me enseñaban cuando leia las historias de la pérdida de España y valor de nuestros invencibles africanos, encendido mi ánimo todo á imitarlos, culpaba en ellos los excesos que tú acabas de repetir, lo que yo no hiciera. Juzgo por mejor medio para conquistar un reino de diversa religion, conservar en ella á sus moradores con un ligero tributo, pues estando la eleccion del culto reservada al albedrío, quedándose con su ley y con sus bienes, los súbditos no reparan que éste ó aquél tenga el cetro, supuesto que uno los ha de regir. Ni culpo en los españoles su falso culto, pues aunque no escusa su ciego error, es argumento de sus buenos naturales é inclinacion al conocimiento del Criador, bien así como se infiere de que los campos fecundos de yerbas inútiles y venenosas darian provechosas cosechas si los ayudase la cultura; pero como ésta pende de la voluntad divina del eterno Labrador,

no ha echado en ellos raíces la semilla del Alcorán, por no haberlo así permitido Alá por algun oculto juicio suyo. Pero dejando lo que no es de esta ocasion para otra, á las conquistas del reino de Sus me llevaste para que aprendiese las artes militares en ellas. Bastantemente me las ha enseñado la asistencia á tus prudentes consejos en los negocios, tu presta ejecucion en las resoluciones, y en las facciones de la guerra tu generoso valor. Ya, Señor, es tiempo que yo practique lo que con particular cuidado de tí he aprendido, y que no me tengas torpemente ocioso, pues no pudiendo tu presencia asistir á un mismo tiempo á todas partes, y siendo tantas las conquistas, es fuerza que para ellas sustituyas tu poder y tu autoridad en otro. Si lo rehusas con atencion á la seguridad de mi vida, yo no la deseo sin las operaciones gloriosas; ni es reputacion tuya haberme engendrado para que solamente sea aumento del número de los vivientes. Siendo bajá de Marruecos, podia estar segura de la infamia mi ociosidad con la escusa de aquella paz; aquí donde es campo de batalla todo el reino de Fez y su corte Mequinez, se atribuirá á desconfianza de mi poco valor y capacidad que me tengas sin empleo. Suplícote mires por mi reputacion, que es la tuya, sin darme ocasion de que en el primer reencuentro con los españoles me ofrezca desesperado al peligro para morir aventurero, ya que no puedo caudillo.»

Alabada una y otra proposicion, corrió entre todos un tácito murmullo, mirándose unos y otros, y despues, más sosegados, pusieron los ojos en los cabos más principales, esperando de ellos la respuesta, y casi aprobándola con los semblantes aun antes de oirla. Entre ellos tenia el primero lugar el alcaide Jameth Jaddú, que de hombre bajo, lo habia sublimado á su privanza este Rey, y dádole la embajada de Inglaterra, donde habia acreditado su ingenio, pues pronto de medios y muy abundante de ellos, embarazado su juicio con la variedad, no puede hacer buena eleccion del mejor.

En la Alcazaba y en las dependencias suyas tiene la mayor autoridad, y mucho crédito con el Rey. O ya por lisonjearle, ó ya porque juzgaba por más seguro su valimiento en la corte que fuera de ella, donde el Rey dependería más de los cabos del ejército que de su persona, y donde con la libertad de hablar todos con él podrian

derribarle de su gracia, votó, (con ánimo de quedarse él en Mequinez por bajá ó por vice-rey), no encomendase á otro las armas, sino que él por sí mismo las dirigiese, diciendo:

«El oficio de rey fué en la edad pasada de general, para que guiase y gobernase los escuadrones en defensa del pueblo, y así la asta se tenia por insignia real, sirviéndose de ella los príncipes como ahora del cetro. En las conquistas voluntarias pueden encomendar á otros sus armas; pero no en las guerras internas, donde se trata de arrojar de casa los enemigos. La presencia del príncipe anima los soldados y los obliga á la buena disciplina, porque tienen á sus ojos el castigo ó el premio; los leales se confirman en su fé y los rebeldes se reducen; los consejos se resuelven y se ejecutan antes que pasen las ocasiones, y se emprenden grandes cosas. Si los ánimos de algunos rebeldes no están de vuestro gobierno aún seguros, por eso mesmo conviene afirmarlos con la reputacíon, la cual se arriesga en no salir en persona á esta conquista, cuando los españoles con la espada en la mano procuran tiranizarte vuestras plazas, y entonces lo que ahora parece prudencia se interpretará á flaqueza del espíritu, sólo acostumbrado á lidiar con los mesmos africanos. Si os ven armado, os seguirán todos los bajaes y belerbeyes, con que no quedará en el Africa quien pueda ocasionar movimiento. Los tributos empleados en defensa de la corona y en cobrar la gloria perdida de la nacion no causan revoluciones, sino aquellos que se gastan inútilmente y entre pocos se consumen. Por estas y otras consideraciones que á todos se ofrecerán fácilmente, soy de parecer que useis de la celeridad y de vuestra presencia real, moviendo luego vuestras tropas á estas plazas, cuya reduccion á vuestra obediencia poco ó nada podrán dudar, facilitándoos el dominio todo de España; que en tanto que esta expedicion se ejecuta, yo moveré nuevas huestes, como ya lo ha manifestado mi celo en otras conquistas, y unidas con las reales vuestras, espero de nuestro valor y prudencia y de la justificacion de la causa, veros absoluto rey de España, donde felizmente logreis un reino que fué de vuestros mayores.»

Siguióse el alcaide Alí Benabdala, quien en lo tratado tenia más conocimiento y noticias más individuales de España, con la cerca-

nía á sus presidios, como capitan general de estas costas, y aunque no con menor codicia, vicio indigno de un tan valeroso caudillo, luego se ofreció á estas conquistas como criado en las artes militares del rey Muley Arsi y sus ya pasados tumultos, diciendo:

«La suprema salud de la república es la conservacion del príncipe, de quien como del corazon nacen los espíritus vitales, y así quien le expone á los peligros lo aventura todo. Si se pierde un general, otro se sustituye fácilmente; pero si se pierde un rey, quedan todos sus reinos reducidos á un caos de confusion. Tu generosa oferta, oh Rey y Señor, de morir con nosotros, debemos estimar, no admitir, porque estando la guerra y sus variedades tan sujetas á contingencias, cualquier siniestro suceso en tu persona podia levantar movimientos, habiendo muchos que esperan á consultarse en los casos con la necesidad y su conveniencia mesma; porque si bien fué tu eleccion recibida con aplauso general, ninguna tan quieta y uniforme que no deje una marea sorda en los ánimos, como sucede al mar despues de la tempestad. La violencia del gobierno pasado, sin premio ni castigo; los tributos impuestos para gastos inútiles y supérfluos; la justicia mal administrada y la religion ofendida, tiene despreciada ó poco amada la autoridad real, y si ahora dejas tu corte y agravas tu reino con nuevas exacciones de dinero para los gastos de esta guerra, pasando despues á España, podría tu ausencia en Marruecos y en Tarudante poner en peligro tu antiguo Imperio; y así parece que no debes, por mantener las extremidades, arriesgar el cetro de tu corona, de donde han de salir las líneas de socorros y asistencias. Tengo por más prudente consejo que yo con mis armas rinda las plazas de Ceuta y Alarache, como lo ofrezco, quedándose tu real persona en tu corte, donde confirme las voluntades de los vasallos, obligándolos á que contribuyan para levantar otro ejército con que quede reducida á tu obediencia España toda.»

A este parecer se redujeron los más; aunque no faltó quien se conformó al primero. El Rey se mostró agradecido á unos y á otros, y los animó con palabras graves y eficaces, y dió órden luego á las cosas de la guerra. El alcaide Alí Benabdalá hizo á la hora voto solemne á su Profeta de rendir las plazas de Alara-

che y Ceuta ó perder en sus conquistas la vida. Tambien se dice se decretó en este cónclave escribir al Rey de España, nuestro Señor, pidiendo la plaza de Alarache la primera, con el motivo de haberla habido por trato, prometiendo lo mesmo en que Su Majestad la hubo, y no falta quien asegure que ofrecía libertad á todos sus españoles. Unos convienen que esta carta no salió de la Berbería, otros que llegó á Madrid; algunos lo dificultan, por persuadirse que, entendido Su Majestad en la oferta, entrara en ella, advertido en la inutilidad de Alarache, en sus ningunas defensas, en sus pocas importancias á las mayores seguridades de España, pues á su Estrecho solo bastarán Tanger y Ceuta; los más, atendiendo al crédito de la Corona, primera razon de Estado en los reyes, entienden que aun habiendo así sucedido, sólo se debió responder con las armas, como se hizo. Unas y otras son voces vagas que motivan á que todo parezca verosímil, y todo no lo parezca.

Entendido el alcaide Ali Benabdalá por los cristianos que de la plaza de Alarache fugitivos se pasaban á las suyas con más expresion lo débil de sus murallas y su poca guarnicion, pasó á rendirla, alistando cincuenta mil infantes y cinco mil caballos, con buen tren de artillería, la que condujo el alcaide Jameh Jaddú, como te diré despues, acompañado asimesmo del alcaide Abdalá Lelis, ingeniero mayor del reino, para ejecutar las expugnaciones que ya traian practicadas; ordenando á Abenaiza, general de la mar, previniese las armas navales con que costease el Estrecho y bordeasen la ensenada de la plaza para embarazar su salida; que sólo fué su número dos fragatas y tres embarcaciones menores. Y habiendo en los primeros de julio llegado con toda esta prevencion á la ciudad de Alcázar, empezaron las tropas á hacer sus correrías por los campos de Alarache, que en nuestro idioma corresponde á un *hombre cojo*, por haber padecido este defecto el árabe que la fundó. Situada riberas del rio Luco, en cuyas playas se escribe haber perecido el rey de Portugal don Sebastian, erigiendo su sepulcro donde creyó su celo católico formar el mayor teatro de sus glorias, fué incorporada por estipendio y contrato que de ella hizo su alcaide con el Excelentísimo señor Marqués de la Hino-

josa, progenitor de los excelentísimos señores Conde de Aguilar, Señores de los Cameros, el año de 1611 á la Corona real de los reinos de Castilla, reinando en ellos el señor Rey don Felipe Tercero, de felice recordacion; y consagrada su Mezquita en monasterio de San Francisco, religiosos observantes, con título de San Antonio de Pádua, él mesmo le dió á la plaza, formó una capilla nominada Nuestra Señora de la Cabeza, otra, San Antonio de Pádua, tres templos donde se veneró el Dios verdadero, logrando aquellas tierras se le rindiesen cultos á su Criador desde aquel su mejor año. Guarnecíanla dos castillos; uno, llamado Nuestra Señora de Europa, en la costa de Berbería, componíase de dos baluartes y medio; sus cortinas de 300 piés y las demás medidas á su proporcion, que además de ser incapaz su defensa por sí, no le permitía cortadura alguna, y como tal, no podian en caso necesario retirarse á él cincuenta hombres, con la circunstancia de faltarle manantial alguno ó pozo: otro, donde batia el Océano, llamado San Antonio, en forma de cuadrado, con cuatro baluartes regulares, que sus caras tenian 150 piés, y 200 sus cortinas; los flancos, capaces cada uno de jugar no más que una pieza; la fábrica de los dos, boveada, y como tales, incapaces de plazas de armas y de poder hacer cortadura alguna en ellos. El fuerte de Santiago llamado Broquelete, fundado sobre un peñasco, levantados sus parapetos de piedra seca, y hecho un terraplen de arena: guarnecíanle quince hombres, Torre del Judío, al modo de las que formaron los moros en España cuando la dominaron: ocupábala una centinela que descubría los designios del enemigo por la parte de tierra, en donde habia una mazmorra para aprisionar los reos. Reducto de San Felipe; reducto de San Juan; reducto de la Morena; reducto de Nuestra Señora, los cuatro inmediatos al muelle: reducto de Diego de Vera, que guardaba la boca del rio; reducto de San Antonio, debajo del castillo de este nombre, que servia de segundo fuego; rebellin de la Puerta del Campo, sin foso, que sólo servia de cubrirla, incapaz de jugar la artillería: no llegaban á prueba de mosquete por partes sus parapetos; media luna de la Puerta de la Torre, llamada en otro tiempo de la Sangre, por la mucha que se vertia todas las veces que por ella habia salida, servia de lo mesmo que el rebellin y con

iguales defectos; rebellin que decian del Muelle, impropia voz, porque sólo era un paredon de piedra y barro sin foso ni otra defensa; falsabraga, con iguales incapacidades que el rebellin: la circunvalacion de sus murallas, ó por mejor decir, caducas paredes, era de más de 5.000 piés geométricos; los 4.000 incapaces de jugar artillería, por no tener terraplen; puerta del Muelle, con tres rastrillos; puerta de la Marina, con un rastrillo; puerta del Campo, con dos rastrillos y un puente levadizo; puerta de la Torre, con cinco rastrillos; puerta de la Villa, á la plaza de armas; postigo de San Francisco, con un rastrillo, comunicábase con la del Muelle; postigo de San Antonio, con un rastrillo, su salida á la Marina; cuarteles viejos dentro de la villa, capaces de alojar 200 hombres; cuarteles nuevos en la plaza de armas, capaces de 400; en las bóvedas y garitas de los castillos tambien se alojaba infantería; almacenes dentro de la villa donde cabian víveres para seis meses á 10.000 raciones al dia; un molino de viento para encerrar 1.000 quintales de pólvora. Los demás pertrechos se recogían en los nichos más cómodos de los castillos; unas veinte casas para Gobernador, veedor y demás oficiales.

Gobernaba esta plaza desde el año de 1685 hasta el pasado de 1689 el Maestre de campo don Fernando Villorias y Medrano, que habia sido capitan de infantería española por veinte años de uno de los tercios viejos del principado de Cataluña, de donde pasó á servir el baston de Sargento mayor del tercio de la costa, que ocupó ocho años despues el gobierno de Melilla, al de cuya plaza se siguió el de ésta, llamado de Su Majestad, en que sucedió al Maestro de campo don Lorenzo de Ripalda, empleos donde, manifestando singulares aplicaciones en el servicio de Su Majestad, supo merecer atenciones iguales: Veedor y contador, don Juan Ginés de Cabrera Hinojosa, quien con su aplicacion y consejo, declaró su buen celo y obligaciones: pagador, Sebastian Perez: Sargento mayor, don Alonso Bolinches Galiano, quien entendido en los ardides de los árabes, por haber estado entre ellos cautivo, y como hijo de la plaza, conociendo su terreno todo, se aplicó á su defensa; pues la experiencia, principal arte de la guerra, ha declarado lo que los antiguos dejaron de declarar, y la autoridad

del puesto y manejo de las armas es un ministerio que el que no ha nacido y criádose para él, con facilidad se ciega Su ayudante, don José Gutierrez; su alférez, Antonio Martínez. De las compañías de la dotacion era el comandante don Juan Muñoz Bejarano, que hallándose ausente en el discurso del sitio, la gobernó su alférez Gaspar de Yelbes, natural de Xerez de la Frontera, con señalado y conocido valor. Capitan, don Juan Diaz de Cos; su alférez, Juan Perez de la Rosa: capitan don Santiago de Eguiluz: alférez, su hijo Andrés Eguiluz: capitan don Manuel Felipe de Chaves; su alférez, Martin Carreño: capitan don Pedro Sarabia; su alférez, Francisco Figueroa: capitan don Juan de Torres, que por su ausencia, gobernó su compañía su alférez Antonio de las Cuevas, con las resoluciones que se tocarán despues: capitan don Diego de Arce; su alférez, Juan Esteban de Hinojosa: capitan don Antonio Cansio; su alférez, Martin de Otalora: capitan don José de Salazar; su alférez, Juan Gonzalez de Ureña: teniente general de la artillería, don Pedro Gil; su condestable, José Alanis: cabo del castillo Nuestra Señora de Europa, el alférez reformado Francisco Gutierrez: cabo del castillo San Antonio, el alférez reformado Juan de Chaves: cabo del fuerte de Santiago, llamado Broquelete, el sargento reformado Andrés Montilla: cabo del reducto San Antonio, el sargento reformado Damian Francoso: cabo del reducto San Juan, Juan Alonso Bolaños: cabo del reducto de Nuestra Señora, Alonso Cordobés: cabo de la Torre del Judío, el alférez reformado Gaspar Montero. Que regulada la infantería de estas compañías y vecindad de la plaza, llegan á setecientas personas su número, incluyéndose en él más de cincuenta fabricantes, más de veinte marineros, algunos soldados, que estaban señalados al despacho de la veeduría, y distribucion de los víveres, y más de ochenta mujeres; ésta, gente inútil, y aquélla no destinada al manejo de las armas. Hallábanse en esta plaza sirviendo al tiempo de esta invasion algunos caballeros y otros hombres principales, que sus nombres los dirán despues los hechos.

Habia gozado esta plaza algun sosiego unos meses, no corriendo sus campañas como en otros las tropas árabes que venian á molestarla, armándose en algunos puestos ventajosos, y aunque de

ellos salian á escaramucear con los católicos, volvian las más veces vencidos. Lográbase esta quietud hasta el dia 15 de Julio que se tocó á rebato, por haber venido hasta cerca del foso cuatrocientos caballos con el mesmo número de infantería, los cuales corrian á cuerpo descubierto la campaña; y segun se ha discurrido despues, debieron venir á reconocer los sitios. Tiróseles veintidos piezas; pero ellos se burlaban de sus balas corriendo cuatro horas alrededor de la plaza. Despues de este dia no se tocó el alerta de á pié ni de á caballo, seña acostumbrada para observar la campaña, por no haber descubiértose por la parte de tierras ningun árabe; aunque por la otra del rio se observaban muchos caballos; y al romper del nombre, algunos más en las primeras Borraceras, paraje á tiro de mosquete de la plaza, sospechábase serian las guardias que tenia el rey de Fez en aquellos contornos. Presumíanse los antiguos de la plaza que se seguiría á tal silencio alguna zozobra, y no turbados sus ánimos con la sospecha, haciéndolos á el bien y á el mal unos mesmos, discurrian el heredado deseo de los reyes de Fez á Alarache, mayormente en el que ahora dominaba el Africa, pues su guerrero espíritu la consideraba corta empresa; entendiendo de algunos fugitivos que su error, ó su ceguedad, ó su malicia, los pasaba á las tierras enemigas, servirían de espías al General de aquellas costas, en particular cuatro que se pasaron á nado el dia 14 de aquel mes; uno de ellos experimentado en la guerra, genízaro de nacion, podia incitar los árabes á que sitiasen la plaza individuándoles sus flaquezas. Y como las más veces salió cierta una sospecha, así sucedió, pues hallando á los árabes ya prontos á la marcha, los solicitó, y dió trazas que fueron de no poco daño, pues se supo despues que una noche habia medido la distancia que habia de la muralla y reducto de Nuestra Señora á el Revellin y Puerta del Muelle.

El dia 9 de Agosto se tocó á embarcacion, que descubrió ser gabarra que navegaba con poco viento, y que de tierra salian otras cinco, las dos galeotas que á vela y remo la daban caza. Advirtiendo en la plaza que las galeotas y carabos eran de árabes, se armaron con brevedad los dos barcos longos de ella y una lancha, y saliendo con la mesma, por la escasez del viento,

no pudieron lograr más que de cobrar la gente de la gabarra, que habiéndola desamparado, se salvaron en el bote; y aunque los capitanes don Manuel Felipe de Chaves y don José de Salazar, cabos que el Gobernador habia puesto en los dos barcos, quisieron abordar á las galeotas, no les fué permitido, por ser llamados con tres piezas, quedando la gabarra con los géneros que conducia en poder de los árabes, bordeando todo aquel dia con las mesmas que la apresaron á vista de la plaza. Y el inmediato, que fué el de 10, al amanecer, descubrió la centinela del castillo Nuestra Señora de Europa una embarcacion que navegaba á la plaza, y poco despues se vieron por las costas de Arsila las dos mesmas galeotas y los tres carabos, que á vela y remo se inclinaban á abordarla. Ordenó el Gobernador que fuera tocado á recoger, y armando los dos barcos con toda solicitud, poniendo por sus cabos á los capitanes don Juan Diaz de Cos y don Pedro Sarabia, con muy buenos mosqueteros, con bastantes municiones y víveres, salieron de la barra, y con buen viento llegaron á la gabarra que ya habia pedido socorro con diferentes llamadas, por verse ya el patron, llamado Luis Moreno, á mal partido, pues tenia ya á tiro de mosquete las tres embarcaciones pequeñas, y teniendo bien dispuesta la gente que conducia para refuerzo de la plaza, estaban determinados los capitanes de embestir á los carabos enemigos; pero siendo llamados de la plaza, volvieron las proas, y al venirse, descubrieron hácia el Sudeste una embarcacion. Fueron á encontrarla, por haber Luis Moreno asegurado que la gabarra que con la suya habia empezado á navegar desde Cádiz, cuyo patron era Salvador Gomez, habia pasádose y perdídose luego de vista, la que reconocida entonces, vinieron convoyando hasta debajo del castillo San Antonio, donde dieron fondo, quedando esta noche las embarcaciones fuera, por haber andádose bordeando las enemigas. El dia 13 entraron treinta y seis soldados, los que las dichas gabarras desembarcaron, que venian á servir la plaza manifestando en ella sus resoluciones.

El dia 14, primero del sitio, dispararon al amanecer una pieza, cuya bala cortó la jarcia de una de las gabarras, y desvanecida una densa niebla que oscurecia la campaña, se observaron en ella

tres baterías de fagina y estacas en la primera Borracera, donde se vió una tropa de árabes, á los que disparó algunas piezas el castillo de San Antonio y el reducto de San Juan. A este tiempo, en el castillo de Nuestra Señora de Europa descubrió la centinela del ángulo flanqueado que miraba á la campaña, una línea que tenia su principio de la Dula, (un terreno ventajoso así llamado, distante á un tiro de escopeta de la plaza). Tocóse á recoger, y á las ocho estaba coronada la muralla. Ni tardó mucho en descubrirse el ejército enemigo, repartido en dos cuerpos, ambos en número de 20.000 infantes, armados de escopeta y alfange, y entre ellos, 6.000 alarbes con azagayas. Hicieron gala de sus escuadrones en los cerros de la Higueruela, los que distaban más de tiro de cañon, haciendo lo mismo por la parte de tierra este otro cuerpo; y ambos á un tiempo dieron dos descargas, y con vocerío que asordaban el aire fueron bajando por el pozo de Almanzor, donde alcanza una bala de artillería, 4.000 escopeteros con ocho banderas de diversos colores; y á pesar de las muchas que disparó el castillo y lienzo de San Antonio, reducto de San Juan y de Diego de Vera, se mantuvieron en un gran trincheron, de donde comenzaron á escopetear la plaza, no dejando de tirar muchos cañonazos, cuyas balas eran de á 12 y de á 18, en tanto que los que sitiaban por la parte de tierra, molestaban la plaza con escopetería y artillería. Levantaron por la mesma 400 tiendas en una eminencia junto á las huertas, las que distan una milla de la plaza, viéndose entrar por el Alcornocal (bosque conocido de los sitiados por las veces que les habia dado providencia), algunos trozos de caballería, por lo que se juzgó hiciera morada en él, cuya sospecha fué cierta. Al disparar los árabes el primer tiro de artillería, se vieron salir sus armas navales, dando fondo á la boca de la barra y plantando en las Borraceras sus tiendas y pabellones en número de 500, entre las que habia algunas sobresalientes.

Hallóse á poco más de las nueve sitiada la plaza por tierra y por mar, en donde mi Gobernador ordenaba todo lo necesario para una buena defensa, sacando de los almacenes pólvora, balas, mosquetes y chuzos, proveyendo todos los cuerpos de guardias de granadas, carcazes, ollas de fuego, lam-

piones, jachotes y otros pertrechos; fortificando á la circunvalacion de la plaza sus parapetos con cuartones y toda la piedra que se pudo recoger; tapando algunos portillos, reparando las troneras, igualando el terraplen de las baterías y mandando se arrancasen todas las hortalizas para que no se vertiese el agua en su riego. Acertadas prevenciones y muy pronta su ejecucion. Pusiéronse para celebrar el santo Sacrificio de la Misa algunos altares en diferentes puestos á disposicion del M. R. P. Fr. Alonso Solís, guardian del convento del patriarca San Francisco, y de sus cuatro observantes religiosos los M. Rs. Ps. Fr. Marcos de Avendaño, Fr. José de Martos, Fr. Juan Muñoz y Fr. Gaspar Gonzalez, concurriendo todos á todo con señalado celo; debiendo anotar aquí el del M. R. P. Fr. Marcos, pues con ánimo bizarro y desvelo religioso, llevado de unos católicos impulsos, acudia á la muralla el primero como un particular soldado, dando repetida molestia á los árabes, derribando muchos de ellos con la habilidad de lograrla de tirador perfecto, y advirtiendo la infantería con tibieza, ocasionada de tener los más lastimado el hombro y pecho por el mucho disparar muchas veces, desbarató su hábito para que de él formasen almohadillas, animándolos y consolándolos con su valeroso ejemplo y saludable consejo á no desmayar. Divinas y humanas diligencias con que lograba seguridades en el nombre interior y exterior. No es el primero en su religion por quien los árabes han experimentado su estrago, pues no sólo solicitó con sus armas la conquista de Oran el señor don Fr. Francisco Ximenez de Cisneros, Cardenal arzobispo de Toledo, si no con su virtud tambien y su contínua oracion, deteniendo como otro Josué el sol, dió tiempo al que bastó á rendir aquella plaza, apareciéndose despues á su defensa en diferentes opósitos con que la han intentado invadir los árabes.

No dejaba la escopetería enemiga de tirar por las dos partes, entrando en la línea que la noche antecedente habian empezado á tirar por la Dula cerca de 2.000 árabes, siendo cosa maravillosa verlos salir por la parte del río de sus trincherones y baterías, y á cuerpo descubierto, no embarazándoles la multitud de balas, así de mosquete como de artillería que recibian, á dejar

de hacer en la lengua del agua parapetos de arena, de donde, cubiertos, daban cargas repetidas; aunque las Providencias divinas no permitian fuese ofendido ninguno de los católicos, cuando se advertian caer grande número de árabes en la arena, donde tenian arbolados siete estandartes. A más de la una se vieron venir por el río seis lanchones, los que dieron fondo por bajo de Alarache el viejo, que distaba del nuevo casi dos millas. Bien se discurrió que fueran para comunicarse ambas tropas. No cesó la artillería y armas católicas de tirar todo este dia, con considerable daño de los árabes. Toda esta noche se estuvo con todo recelo, y con igual prevencion se desembarcó alguna cantidad de bizcocho. Disparó la plaza este dia 140 tiros de artillería. En la Puerta de la Marina quedó abierta una pequeña brecha de bala de artillería enemiga.

Aún no hubo amanecido el dia 15, cuando se observó habian mejorado los árabes sus baterías, no descuidándose en jugar la artillería con las de á 12, 18, 25 y 36 de calibre, muchas de ellas palanquetas, arruinando una algo de la garita del reducto de Diego de Vera, donde fueron heridos el alférez Antonio de las Cuevas y Antonio de Morales, patron de la gabarra que cautivó el dia 9 de este mes, y un soldado. Otras muchas llegaron sin ofender. Advirtióse la línea que empezaba de la Dula, y se vió engrandecida más de 50 varas. A las 9 se descubrieron en Santa Maria, que distaba un tiro de cañon punto en blanco de la plaza, unos 400 árabes; disparóseles desde el castillo Nuestra Señora de Europa, cuyas balas los hicieron desalojar, volviendo á sus trabajos despues á la deshilada, no cesando de llevar adelante la línea, avanzando asimismo en la plaza, de manera que llegaron hasta la lengua del agua, donde la mosquetería hizo grandes estragos. A las 11 fué atravesado un soldado por las sienes de una bala escopetera, y echaron una de las dos gabarras á pique de un cañonazo, que, reconocido mi Gobernador el estrecho sitio que se esperaba, determinó avisarlo á España, á cuyo fin llamó á consulta á los capitanes, donde se determinó alistar uno de los barcos con la marinería de las gabarras y escribir al Rey, nuestro señor, á mi general el Excelentísimo señor Conde de Aguilar, pidiéndole, como protector de

aquella plaza, socorro y fuerza de gente, quien solicitó sus defensas con las grandes aplicaciones que te contaré despues.

Estando en la consulta, dieron aviso que los árabes avanzaban por el lienzo del campo; pero no siendo así, se sosegó el alboroto. Salió á más de la media noche el barco, muy arrimado á las peñas, con gran silencio, por no ser sentido de los enemigos, cuyo cabo fué el alférez don Francisco Figueroa á quien se le entregaron los pliegos. Esperábase el buen éxito del aviso, por llevar viento favorable el barco y ser oscura la noche; aunque era peligrosa su salida por haber de navegar entre las embarcaciones árabes que, como ya te dije, tenian cogida la barra, previniendo á los centinelas no pasasen alerta de embarcacion, aunque la descubriesen lejos, por excusar el riesgo á la que salía.

El día 16 fué mucha la artillería y mosquetería que se jugó de ambas partes. Fué observado el gran trabajo en que habian adelantádose aquella noche los árabes, pues fortificándose á orilla del agua con cestones, entre los que tenian un pedrero, y por la parte del campo sobre la Dula, un fortin terraplenado de estacas, y otro algo mayor en los arbolillos inmediatos á la Dula, que por su forma y distancia fué creido ser batería, no cesaban sus trabajos. Por la Fuente grande habian corrido otra línea de 200 pasos que venia á unirse con la que habian tirado desde la Dula. A las 8 se vió bajar por las Borraceras con bandera de paz un árabe, á cuya vista no cesaron las armas católicas, por haberlo mandado así mi Gobernador, hasta tanto que los enemigos abatiesen todas sus banderas y estandartes, que ejecutaron así. Llegado al más próximo ataque del río, fijó el blanco estandarte en sus arenas, de donde salieron dos árabes muy lucidos, diciendo pasase alguno de los de la plaza á hablarles, y entrando en la lancha el capitan reformado don Juan Rodriguez Facundo que sabia el idioma arábigo, el ayudante don José Gutierrez y don Bernardo Joaquin de Andrade, intérprete de la plaza, á quienes dijeron diesen á su Maestre de campo una carta de parte de su General, fuéles respondido la dejasen en la arena, lo que no debieron querer hacer, por entender sería falta de atencion á su caudillo, y llamando á uno de los suyos, entró en el agua y dió la carta que recibió el

ayudante, y volviendo la lancha, la entregó á un Sargento mayor, quien llevándola á mi Gobernador, fueron llamados por su órden todos los religiosos y capitanes, y leido su sobrescrito que decía: *Al Excmo. Señor don Fernando Villorias y Medrano, guarde el poder del grande Alá, Gobernador de Alarache,* se abrió su nema y fué su tenor el que sigue:

Excelentísimo Señor:

Habiendo sido Alarache y sus fuerzas de los moros del Arabia, y despues de los católicos de España, por haber estado dividido el poder del Africa, reducida ya á la obediencia de Muley Ismael, mi Señor, Rey de Fez, Emperador de Marruecos, me tiene dada órden la rinda, cuya promesa tengo hecha á mi Dios y á mi Rey que la observaré, no descansando en mi casa hasta vencer ó morir; y atendiendo á la correspondencia que siempre he tenido con vuestra Excelencia, le aviso que, de no dejarla luego, me tiene ordenado el Emperador, mi señor, que por cada vasallo suyo que muera, quite á 100 católicos la vida, pasando á más rigores despues, que ejecutaré con el poder de un solo Alá, á quien pido guarde la vida de vuestra Excelencia.—Campo de Alarache, en 20 de Jobal de 100. B. L. M. de vuestra excelencia su mayor servidor: El alcaide Ali Benabdalá.

(Excelentísimo Señor don Fernando Villorias).

No siendo menos preciso en la guerra la direccion que las armas, y nada hace á un general más glorioso que sujetar sus dictámenes, pues son las artes de la guerra tan dilatadas y tan diversos sus efectos que un juicio solo no los puede comprender; y si bien se considera, se engañan en pensar muchos que es mayor acierto obrar por sí solo que consultar, porque aquél es oficio de los ministros, éste de los príncipes; si bien el saber elegir los consejos no ha menester ménos sabiduría que el darlos. Disculpado queda el General en los sucesos siniestros, cuando los deja considerar á los otros. Oida esta carta, sin dilatarse en discursos la lealtad de tan valerosos vasallos, fué á la hora así respondida:

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR ALI BENABDALÁ, ALCAIDE Y BAJÁ DE TETUÁN Y SUS JURISDICCIONES, CAPITAN GENERAL DE LAS COSTAS DE ÁFRICA, GUARDE DIOS MUCHOS AÑOS. EN EL CAMPO DE ALARACHE.

Excelentísimo Señor:

En vista de la carta de vuestra excelencia que acabo de recebir, debo responderle que la manutencion y defensa de esta plaza me la tiene encargada el Rey, nuestro Señor, que Dios guarde, y sin su real mandato, no desistiremos alguno de los que en ella estamos de sacrificar gustosos nuestras vidas en honor de ambas Majestades.—La Divina guarde á vuestra Excelencia como deseo.—San Antonio de Alarache á 16 de Agosto de 1689.

B. L. M. de vuestra excelencia su mayor servidor, don Fernando Villorias y Medrano.

(Excelentísimo Señor alcaide Ali Benabdalá).

Suspensas tuvo esta novedad las armas dos horas; pero aún no fué abatida la bandera de paz y arbolados sus estandartes, cuando fué innumerable el fuego que ocasionó la artillería y mosquetería católica, correspondiendo la agarena con exceso. Continuaban sus aproches y sus trabajos en la línea que iban tirando para circunvalar la plaza. Viéronse á las cuatro de la tarde bajar más de 500 tiendas desde las huertas á la falda del monte, dejando en él las 200: tambien se vieron aumentadas las de las Borraceras, que tenian plantadas en la angostura. No cesaban unas y otras baterías, y logrando la de los enemigos sus tiros en parajes descubiertos, como plaza de armas, la mayor parte del recinto, bajada á las huertas y otros, no se retiraron más que tres soldados heridos. Previniéronse algunas faginas para poder comunicarse con el cuerpo de guardia del muelle sin tanto peligro. Salieron esta noche á la marina Miguel Fernandez y Antonio Caballero, alférez reformado, con alguna guarnicion, á solicitar introducir los socorros que habian quedado en las gabarras, desde donde advirtieron entre las

peñas un árabe á quien intentaron darle alcance; pero acompañado de otros, se pasaron á nado á las Borraceras, y reconociendo los cables de las gabarras, los hallaron safo el uno y el otro cortado. Sacaron todos los pedreros; pero poco bastimento; diligencia que se procuró hacer con gran silencio, por el riesgo que corria si fuese del enemigo sentida. Observó el castillo Nuestra Señora de Europa que las lanchas de los árabes pasaban con faroles de un campo á otro; repitiéndolo seis veces, juzgóse conducian nuevos refuerzos. Tambien se procuró embarazar los aproches á la puerta del campo, á cuyo efecto no cesó la artillería y mosquetería en toda aquella cortina.

El dia 17, que empezando la artillería enemiga á tirar á la plaza, y respondiéndose desde ella con la misma, se advirtió habian concluido la noche antes la primera línea de circunvalacion que oprimia el campo desde la Fuente Grande á la Dula, desde donde á las 9 dieron una carga cerrada de escopetería, por la que se discurrió ser más de cuatro mil los que guarnecían este cordon, á quien en tanta manera ofendía la mosquetería y arcabucería de la plaza, que no les permitia ni aun sacar las escopetas de sus parapetos; embarazo que fué el bastante á que no dañasen tanto sus balas, antes lastimándose asimismo las de los parapetos del campo, llegaban á las Borraceras, y las de estas llegaban á los de aquél. A las 10, ordenó mi Gobernador se publicase al son de cajas un bando en que, en nombre de Su Majestad, alzaba el destierro á todos los que se hallaban en el sitio, con perdon general de todo género de delitos, y que cualquiera, al octavo dia, sería, sin más servicios, admitido á pretensiones; y aunque esta esperanza alentó á los más, no á algunos, pareciendo impracticable, retirado el enemigo, poder volverse á España todos, en donde se discurría no haber infantería pronta, que luego viniese de guarnicion; que aquella era máxima antigua de generales, quienes en tales casos suelen ser ligeros en prometer, ó ya sea por fervor de su generosidad, ó por facilitar sus designios, ó por alentar omisiones; y despues del caso, ó se olvidan de la promesa, ó no la pueden dar cumplimiento. Pero á lo neutral de estas dudas despues desempeñaron las evidencias, pues consultada esta resolu-

cion con el Rey, nuestro Señor, no sólo la juzgó acertada Su Majestad, sino que, confirmándola su generosidad, prometió nuevas mercedes. Decreto que sirvió á animar no poco, pues nada alienta más á un soldado que la esperanza de un premio. Porque propuso Saul dar á su hija por mujer al que combatiese con el gigante Goliat, no le pareció á David mucho ponerse á cualquiera riesgo por aquel premio. Porque echó un bando David de hacer capitan general al primero que acometiese á los jeucedos, que eran sus más esforzados enemigos, no dudó Jacob de poner á peligro tal su vida, y entrándose por picas y lanzas, á costa de su sangre, alcanzar aquella honra. Lo mismo repiten todas las historias humanas: la esperanza es la que todo lo suaviza, y como es gran tormento no tenerla, así es gran gozo lograrla. El castillo San Antonio desencabalgó este dia una pieza al enemigo, y éste rompió la cureña de otra en el reducto de San Juan, quedando dos soldados heridos. A las 11, se vieron venir de Levante las galeotas que se levaron luego que entendieron haber pasado aviso á España, y dieron fondo de nuevo en la boca de la Barra. A la tarde fué sacada la pólvora del Molino de viento, por correr algun riesgo de la artillería enemiga; condújose á un cuarto bajo de mi Gobernador, quien determinó enviar nuevo aviso á España, para lo que estuvo toda la tarde escribiendo al Rey nuestro Señor, y al Excelentísimo señor Conde de Aguilar, cuyos pliegos entregaron á Luis Moreno, patron de una de las dos gabarras, quien salió en una lancha, con todo silencio, á la media noche.

Llegado el dia 18, se advirtió que habian perfeccionado en la noche un reducto, formado de faginas y estacas en los pozuelos que llaman del Maestro de Campo, un tiro de escopeta de la plaza. Tambien habian levantado en el cerrillo de la Fuente Grande un trincheron de estacas y fagina en forma de media luna, y aunque la artillería del castillo Nuestra Señora de Europa y Torre del Judío no cesaba de jugarse, deshaciendo las trincheras de los árabes, y matando gran número de ellos que conducían fagina del alcornocal, no por tanto peligro dejaban de introducir en las líneas más de tres mil faginas, aumentando sus aproches, sin poderlas embarazar la corta infantería de la plaza, pues

por su falta, muchos puestos suyos estaban sin guarnicion, y con tan gran número de agarenos y tan escaso de católicos, no dejaban éstos de solicitar salidas, con que imaginaba su valor oponerse á aquéllos, que ejecutara, si no lo embarazara la autoridad y acertada prevencion de mi Gobernador. En la guerra importa más la cabeza que las manos: más veces han muerto los hombres leones, que los leones hombres. No es tan esforzado ni tan forzudo el hombre como el leon; pero es animal más astuto; por esto ha vencido más veces, por esto ha sido ménos vencido. La gentilidad, entre otras maneras de sacrificios, tenía una de la más copiosa, que era llevar animales de 100 en 100, todos de una especie, que fuesen sacrificados al pié del Ara. Este sacrificio hace al príncipe enemigo el General que pelea con más determinacion que consejo. Coronóse esta tarde la Sauceda, una cortina llamada así de algunos pedreros sacados de las gabarras, y esta noche se repararon las pocas ruinas que ocasionó la artillería enemiga en el reducto de San Juan y Muralla de la Marina, y se sacó de las gabarras el bastimento que, sin ser sentidos, se pudo.

Apenas se rompió el nombre en la plaza el dia 19, cuando el enemigo saludó con cargas cerradas, por lo que se vió iba aumentando la artillería y perfeccionando las baterías de las Borraceras, esperando pondría otras con brevedad. Por la parte del campo habian empezado nueva línea de circunvalacion, más cercana á la plaza, sacando su principio por los pozuelos de la Fuente grande; formado un ataque en derechura al ángulo flanqueado del castillo Nuestra Señora de Europa, distante de su foso 80 pasos, y otro sobre los huertos, de donde la escopetería daba no poca molestia. A las 9 desbarató la casa del capitan don Antonio Perez Cancio una bala de artillería, cuyas ruinas enterraron y no ofendieron á su mujer y sus hijos, debiendo al cuidado de don Juan Manuel Estupiñan Doria uno de ellos la vida. Fueron hechos para sus defensas varios parapetos en muchos parajes, los que facilitasen las comunicaciones y las seguridades de los soldados en las murallas. La de San Francisco se coronó de pedreros, por ser difícil en ella el jugar artillería. La del castillo Nuestra Señora de Europa hizo notable daño al enemigo, que viniendo con faginas, le obligó las

condujese de noche, lo que entendido en la plaza, fué asestada la artillería de este castillo y la de los reductos San Felipe y San Juan, al muelle viejo y á los huertos á donde traia señaladas sus líneas. Por ser muy superior la casa del capitan Santiago de Eguiluz, fueron puestos algunos escogidos mosqueteros para ofender á los que perfeccionaban sus ataques en las Borraceras, de donde se jugó este dia gran número de artillería, de cuyas balas, una de á 40, maltratando el hospital, quedaron los heridos maravillosamente ilesos. Esta noche se abrió la Puerta de la Marina para proveer la plaza de agua salada que sirviese á sus gastadores, y al salir mi sargento mayor con 17 soldados, observó en la plaza algunos árabes ocultos entre las peñas; y aunque intentó apresar algunos, fué diligencia inútil, por haberse ellos arrojado al agua, quedándose don Bernardo Joaquin de Andrade con singular resolucion aquella noche y toda el dia inmediato en una de las gabarras para introducir en la plaza lo más que pudiera de lo que en ellas habia.

El dia 20 se reconoció habian añadido en las Borraceras algunos estandartes en sus trincheras, y por la Fuente grande, algunos cestones terraplenados que cubrian los que por la línea venian. No fué este dia tan continuada la escopetería y artillería agarena. No dejaba la católica de tirar para arruinar los trabajos enemigos; aunque en vano, porque los ataques y trincheras que tenian perfeccionadas, resistian las baterías. A las 4 de la tarde se vieron por los salados del río más de 3.000 árabes, que conduciendo del alcornocal maderos, los dejaban inmediatos á las Borraceras, á quienes tirándoseles algunas piezas, hicieron en ellos sus balas un grande estrago. Condujéronse esta noche de las gabarras á la plaza algunos víveres con el mismo peligro.

Continuaban sus aproches los sitiadores con aplicacion y trabajo, pues se observó el dia 21 otra línea, la que dirigian desde el muelle viejo á la conjuncion de la que circunvalaba la plaza. En la eminencia de la Fuente grande, dos fortines formados de gruesas estacas en forma de medias lunas, y en los pozuelos de esta fuente un parapeto de cestones terraplenados, los que deshizo la artillería católica. Siempre iba en aumento la agarena, pues dispararon

ocho piezas juntas, habiendo hasta este dia batido la plaza con cuatro; fortificábanse en la playa con nuevos ataques, y continuaban sus trabajos tan cubiertos, que era casi imposible estorbárselos. Habiendo abierto mi Sargento mayor la Puerta de la Marina esta noche, reconoció venir siete árabes nadando, los que entrándose en una gabarra, intentaban llevarse los bastimentos, á los que dispararon los católicos, logrando su retirada, y arrojándose al agua Juan Benitez de los Reyes, condujo con resolucion una pipa de vino á tierra.

El dia 22 se vió nueva batería en el arenal, la que se componía de una pieza de 18, con la que no cesaban de batir, no dejando por la parte del campo sus trabajos, introduciendo en sus ataques gran número de faginas. Viéronse pasar por los salados más de 2.000 árabes, de los que rindió muchos la artillería del castillo de Nuestra Señora de Europa. Esta noche se formaron en la plaza varios parapetos, muy útiles á su defensa, y á las once se vieron pasar dos lanchas enemigas á la Marina, arrojando en ella algunos árabes, que introducidos entre las peñas, intentaban cortar los cables de las gabarras, á los que desalojó la artillería del castillo de San Antonio, quedando coronada de lampiones toda la cortina de Marina.

Llegado á Cádiz con brevedad el alférez don Francisco Figueroa, quien, como ya te dije, habia salido el dia 15 de Alarache, entregado el pliego de mi Gobernador al Excelentísimo Señor don Rodrigo Manuel Manrique de Lara, Conde de Aguilar y de Frigiliana, Señor de los Cameros, Marqués de la Hinojosa, Conde de Villamor, gentil hombre de la cámara de Su Majestad, capitan general de la armada real del Océano y de las costas y ejército de Andalucía, no turbado su grande ánimo con tal invasion, advirtiendo sus contínuas experiencias, único origen de los aciertos, que del bueno ó mal semblante de los superiores se siguen los inferiores, su más ó ménos valor, la avisó á la hora con extraordinario á Su Majestad, y usando los dos bastones á un tiempo, aprontó número de infantería, armas, pertrechos, víveres y municiones, y cuantiosas cantidades para socorrer los sitiados, hasta las prevenciones menores; y al mismo tiempo armas navales, que conducien-

do las auxiliares, desembarazasen de las enemigas á la barra de Alarache; no siendo la ménos digna observancia este suceso, haber pedido socorro una plaza sitiada, y ser su respuesta el mismo, pues se descubrieron á hora de las nueve de este dia 23 dos bajeles, otros el inmediato, y despues toda la escuadra del General don Nicolás de Gregorio, quedando Su Excelencia en Cádiz solicitando asistencias mayores, donde á todos persuadia seguridades, á todos aseguraba confianzas, y á todos prometia iguales satisfacciones. Tales aciertos se logran, cuando las armas gobiernan la sangre y las experiencias. Para estar bien ordenado un ejército, ha de ser su caudillo de sangre, de valor, de experiencia y de juicio; que lo gobierne sin él, estará como sin ojos un cuerpo. Cual era el color de las varas de Jacob, tal era el que sacaban los corderos que nacian; del color de las costumbres de los que gobiernan es el de los que obedecen. Para manejar las armas, se deben elegir hombres á quienes hayan formado la guerra y sus experiencias, para que haga en ellas iguales efectos su valor y su juicio; porque como en el cuerpo humano no todos los nervios bajan de la cabeza, y se gobierna el cuerpo con ellos, así en el ejército no todo puede bajar del General. Mucho deben hacer los cabos por sí; por esto debe ser tan pensada su eleccion. Desde que el señor Conde entró á gobernar las armas, con su asistencia cobró alientos la virtud, gozó de constancia la justicia, la pobreza de socorros, la humildad de valimientos; hallaron en su proteccion los perseguidos, asilo; las inquietudes, sosiego; confusion, la emulacion; temores, la cortedad. En estas y otras prerrogativas insignes siempre se ha declarado émulo de sus progenitores reales. Mucho debieron los sitiados, de resoluciones, á su celo; á su atencion, de esperanzas; á sus influjos, de premios. Tal es la verdad, que, como dijo Oracio, diez veces repetida no cansa, y como la verdad sea objeto del entendimiento, faltando ésta, no es posible sea obra del entendimiento este escrito. ¡Dicha fué tener en él por escudo, sin costa de desvelos, á la verdad!

Luego que descubrieron los dos navíos, las galeotas se levaron, volviendo sus proas á Arsila, y los sitiadores rehicieron todos sus ataques, bajando número de 6.000 escopeteros del pozo de Al-

manzor con ocho estandartes, los que fijaron en un parapeto que formaron en término de una hora; y sin temer los peligros, ni horrorizarlos tantos cadáveres de los suyos, á pecho descubierto, se vieron coronar la playa toda.

Desatracáronse los botes y lanchas de los navíos, y dirigieron sus proas á la barra para descubrir los motivos del enemigo, lo que advertido por mi Gobernador, ordenó al capitan don Diego de Arce les significase sus riesgos desde el fuerte de Broquelete, y aún no hubieron llegado al primer banco, cuando les dispararon las baterías de las Borraceras cinco piezas, con que cubiertos de agua, advertida la imposibilidad, se volvieron, y los árabes abocaron toda su artillería á la barra y á la marina.

En tanto el celo de mi Gobernador se aplicaba á la mayor seguridad de la plaza, y menores riesgos en la marina, porque en esta se facilitase más la introduccion del socorro, y aquella estuviese más defendida. La nave que está sobre un áncora no está segura; la que está sobre dos, está más firme; si se anega, no es omision de piloto, sino diligencia de los vientos, que ventando porque Dios permitió que ventasen, se perdió porque Dios permitió se perdiesen. Ordenó al capitan reformado Juan Rodriguez Facundo que con 25 infantes embarazase en la falsabraga el paso que intentaban los enemigos á las peñas de Broquelete; y para oponerse á cualesquier intentos suyos en la marina y asegurar los socorros y armas auxiliares que esperaba por horas, señaló 25 de los de más pública resolucion y conocido valor, que habiendo verificádose en ellos el axioma de que las más veces convienen los nombres á las acciones célebres de vencer, los de don Juan Manuel Estopiñan Doria, don Diego de Cárdenas Portocarrero, don Alonso Perez de la Peña, don Fernando Riojas, don Luis Dávila, don Francisco de Vargas, don Juan de Pineda, don Francisco de Zúñiga, don Francisco Mason, don Juan de Sandoval, don José Valdés, don Francisco Manzanares, el alférez don Andrés Cerezo, el sargento Antonio Parra, el cabo de la caballería Antonio de Paiba, Juan Benitez de los Reyes, Francisco Galan, Juan Roque, Blas de los Santos, Silvestre Perez Solís, Diego Bravo, y por su cabo el alférez Miguel Fernandez; y como es política de la guerra, elegir los puestos más

arriesgados y dejar los seguros, porque en ella el que más pierde más gana, muchos de ellos pretendieron este riesgo y solicitaron este peligro, en el que los unos perdieron la vida entonces, y despues los otros, muriendo gloriosos en la plaza y en la cautividad, en aquélla sitiados y perseguidos en ésta. A tan gigantes resoluciones son pigmeos los mayores elogios. Muchas veces he de repetir sus nombres, muy pocas sabré explicar sus blasones; siempre quedaré desconfiado y nunca desempeñado, debiendo decir de cada uno lo que Tertuliano dijo del antiguo Hércules, que fué menor su gloria que su grandeza. No obraron con menor valor los que nombró para recebir los víveres y pertrechos, hasta el número de 100, gobernados por diez cabos de escuadra, diferentes cada noche, á cuya diligencia y trabajo personal todo se introducía en la plaza.

Tambien ordenó al capitan don Diego de Arce pasase en una lancha á bordo de la nao Santo Tomás, capitana de la escuadra, á cuyo general don Nicolás de Gregorio informase el estado de la plaza, lo aumentado de su sitio y el más seguro modo de socorrerla. Sintieron las trincheras enemigas y le tiraron alguna escopetería, de la que no fué ofendido, y no temiendo á nada los árabes, se introdujeron esta noche en las peñas de la falsabraga, manteniéndose en ellas á pesar de las muchas granadas y escopetería que se les arrojó y se les disparó.

A las dos de la madrugada del dia 24 entró, sin ser sentida de los árabes, la lancha, dando el capitan don Diego de Arce entera relacion del socorro. Advirtióse prolongado el parapeto de la playa y los trabajos de la parte del campo; por manera que para llegar la segunda línea de circunvalacion de mar á mar, aún no faltaban 40 pasos, habiendo perfeccionado algunos ataques capaces de pelear 100 infantes con algunas líneas de comunicacion.

Descubriéronse en las peñas de la falsabraga á hora de las 10, dos árabes, de que avisado mi Gobernador, ordenó se saliese á cautivarlos, y previendo que entre las peñas se podrian encubrir más de 300, dispuso pasase á nado don Bernardo Joaquin de Andrade, á cuyo cuidado fió el descubrir si podia ó no ser alguna celada; que ejecutándolo á todo riesgo, volvió asegurando no haber visto más que 14 ó 16. Con esta noticia ordenó á los 25 seña-

lados y al sargento Luis Antonio Volante, el sargento Andrés Montilla, el cabo de escuadra Pedro Carrero, Alonso Barrientos, soldado de la compañía de don José de Salazar, que los sacó para este fin de sus puestos, saliese á desalojarlos ó aprisionarlos, y ejecutándolo así con señalado valor, aún no fué reconocida su salida por Broquelete, cuando previniéndose los árabes, lo recibieron con una carga cerrada, á quienes arrojándose con resolucion, durando más de media hora la disputa, los hicieron los católicos retirar, siendo tan sobresaliente su número, quedando en la campaña seis de ellos muertos y uno cautivo, que fué introducido en la plaza con todos los despojos, por los que se reconoció ser de los de las tropas enemigas, no de poca estimacion, y por haber vuelto á las peñas el alférez Andrés Cerezo, que cortando la cabeza á uno de los seis, viéndola el cautivo en la plaza, lastimándose, dió á entender haber sido no de poca atencion el degollado. Alborotado todo el campo enemigo con esta resolucion, fué innumerable el fuego que disparó el dia todo, no habiendo quedado más que un soldado muerto en la plaza.

Descubrieron los castillos embarcaciones, las que se contaron 18 con tartanas, gabarras y barcos longos, á cuya vista, desamparando algunos de los árabes sus trincheras, por entender que los católicos, desembarcándose en ellas, los desalojarian, los redujo su caballería con alfanje en mano á sus puestos, y con nuevos escuadrones los reforzó, á quienes maltrató no poco el fuego repetido de la plaza.

Llegada la noche y la hora de introducir los socorros, ejecutó un muy acertado ardid el general don Nicolás de Gregorio, que fué el de enviar sus lanchones, guarnecidos de infantería, hácia Mexillones, que distaban una milla de la plaza, á fin de divertir los enemigos, como sucedió, pues estuvieron escopeteándose todo el tiempo que se introdujeron los barcos; pero como era tan crecido el número de los agarenos, hubo muy bastante fuego en las dos partes, obrando con tal denuedo, que se arrojaron hasta medio cuerpo al agua por ofender más, con sus escopetas, pereciendo muchos de ellos á diligencia de la católica.

Los más señalados caballeros y más conocidos soldados que en-

traron esta noche con deseo de servir á Su Majestad y defenderle esta plaza, fueron: el coronel don Juan de Candia, que hallándose sirviendo en la armada real, manifestó los grandes créditos que supieron merecerle sus continuados servicios en los ejércitos de Flandes con esta resolucion: el capitan de caballos don Antonio de Osorio, ingeniero mayor, por Su Majestad, de las costas de Andalucía, con cuyo servicio lo envió el señor Conde de Aguilar para que, con el conocimiento que ya tenia de esta plaza, facilitase más sus defensas y embarazase sus designios al enemigo: don Bartolomé de la Cerda, que logrando los domésticos alivios en Xerez de la Frontera, como rara vez se aplicaron á la vida privada los grandes espíritus, pareciéndole indignidad dejar su casa con tantos heredados lustres, la acrecentó el realce de pasar, luego que supo este sitio, á Cádiz, donde se ofreció aventurero al señor Conde de Aguilar, quien aplaudiendo una tan bizarra accion, le permitió su venida, obrando las resoluciones que te anotaré despues; si bien dudo podrán las más significativas voces explicar las de quien, despreciando el sosiego de la patria y delicias de los suyos, se expuso en tan cortos años á las incomodidades de una plaza de Africa y á los grandes peligros de una batalla: don Juan Luis de Ureña y don Juan Altamirano, que, sirviendo en esta plaza, y habiendo pasado con licencia de mi Gobernador á España, llegado á su noticia este sitio, correspondiendo á sus obligaciones, vinieron á hallarse en él. Tambien entró el alférez don Juan Esteban Gomez de Hinojosa, Pedro Canales, cabo de escuadra del Excelentísimo Señor de los Cameros, y otros militares del garbo que manifestaron despues.

Descubriéronse el dia 25 por Mexillones siete barcos y cuatro lanchas que habian estado divirtiendo al ejército enemigo con algunas muertes de los que lo componian, y por ginoveses 400 caballos; los que molestados de la artillería católica, se encubrieron en la angostura; en los trabajos de los sitiadores se vió una nueva trinchera en forma ovalada, por derecho al ángulo flanqueado del castillo Nuestra Señora de Europa, y un fortin inmediato á estos ataques. El castillo de San Antonio observó otra tropa de caballería que se iba cubriendo á la del Cornocal, y por Mexillones 200

caballos puestos en cordon, cubriendo toda la campaña con varios escuadrones de infantería, para cuya defensa, se aplicaron en la plaza los reparos que ya te noté.

Arrojáronse con resolucion al anochecer los barcos, recibiéndolos los enemigos á la entrada de la barra con toda su artillería, de cuyas balas quedaron milagrosamente ilesos, arrojando los castillos y reductos de la plaza muy contínuo fuego, no siendo menor el del enemigo, ni ménos digno de reparo la solicitud con que manejaban sus once piezas; y no cesando los católicos en defender con sus armas la entrada á los auxiliares, durando más de tres horas esta disputa, sólo dos soldados se retiraron heridos.

Viéronse prolongadas hasta el muelle, el dia 26, las líneas, y formados nuevos fortines, tan altos, que no parecía dable el breve tiempo de una noche, á tan practicadas defensas y ofensas, y á la formalidad de perfeccionar estos fortines con líneas de comunicacion y zanjones tan profundos, que continuando ya de dia sus trabajos, poco ó nada se les podia embarazar. A la noche, se bajaron los árabes una pieza de á 12 á las orillas del agua para ofender á los católicos que, desembarcándose, entraban á socorrer los de la plaza, de donde salió la infantería nombrada á la marina para esperar los socorros, que no entraron esta noche por no haberlo permitido lo alterado de la barra.

Amaneció el dia 27 corrida la línea hasta muy cerca del muelle, y habiéndoseles llevado la marea algunos ataques que tenian formados á las orillas, aún no hubo bajado el agua, cuando los perfeccionaron, y aumentáronse con algunas botas que la pleamar habia sacado de las gabarras. Vióse tambien un fortin en forma de media luna, en derechura al castillo San Antonio, quedando con los otros dos primeros en triángulo, causando los tres á la plaza grande ofensa, pareciendo casi imposible desalojarlos de sus ya ocupados y bien formados puestos, de los que algunos distaban un tiro de piedra de la plaza. En donde no cesaban de facilitar todo lo que condujese á una buena defensa dentro de muros, repartiendo de nuevo todo género de armas á los que de ellas necesitaban, y deseando uniformemente todos el número bastante de infantería, sin la que no se podia hacer salidas, como se lo

tenia así ya representado á Su Majestad mi Gobernador, con cuya órden, al anochecer, abrió mi sargento mayor la Puerta de la Marina, con la ya señalada infantería, para introducir los socorros que los barcos conducían, á los que disparándole al entrar algunas piezas y mucha escopetería, se admiraba ver siempre declararse mayores las fuerzas agarenas, y no menores sus resistencias en oposicion á los católicos. Introdujéronse por los católicos los socorros con felicidad tal, pues habiendo durado la disputa más de cuatro horas, en la que pareció la marina toda un volcan, no se retiraron más que seis soldados heridos.

Viéronse el dia 28 deshechos los parapetos y trincheras enemigas, y no adelantados los trabajos por el muelle, embarazando éstos, y no permitiendo aquéllas la mucha artillería que jugó la plaza la noche antes. Por la parte del campo llevaban nueva línea, cuyo principio nacia del último fortin, que dejaron con los tiros repetidos que les disparó el castillo Nuestra Señora de Europa.

En la ensenada se miraron dado fondo más bageles, infundiendo á los sitiados más esperanzas estos socorros y no menores consuelos; milagros evidentes que se tocaban, pues conduciendo los bastimentos que el dia antes habian quedado entre puertas, á los almacenes á donde no podrian llegar sin ser sentidos del enemigo, por estar dominados de su artillería los más puestos de la plaza, le desbarató á un soldado un costal de bizcocho una bala de á 40 sin ofenderle; á otro le alcanzó otra menor, de que no perdió más que el vestido; y otros repetidos de este género, que por prolijos no te escribo, pues solas las asistencias divinas pudieron relevar tamaños peligros. Abierta al anochecer la Puerta de la Marina, introduciendo socorros los barcos con toda determinacion, fué tan numerosa la artillería de esta noche, que echó un barco á pique; de una bala de artillería fué muerto don Luis de Oñate, que venia á servir á la plaza; otros cuatro soldados, y muchos heridos.

El más señalado caudillo que entró esta noche con su tercio, fué don Antonio Domingo de Dura, maestre de campo de infantería napolitana, uno de los de la Armada Real del Océano, del Consejo colateral del reino de Nápoles, de cuyo nombre ya te hice memoria

cuando anoté la invasion á la plaza de Melilla; aunque en aquel lugar ni en éste no parecen capaces de reducir á tal brevedad sus grandes méritos y sus públicos servicios ésta tan dignamente aplaudida resolucion; pues ordenando el señor Conde de Aguilar que pasase á este socorro su tercio que se hallaba en la plaza de Gibraltar guarneciéndola, exceptuándolo, ó en atencion á su edad, ó por reservado á otro empleo, se ofreció gallardamente á este sitio, como quien con tanta aceptacion habia ejecutado lo mismo en otras plazas del Africa; y como nadie supo ponerle á su gran corazon preceptos, cuando sus espíritus ardientes son libres y sin imperio, se embarcó tercera vez con deliberado ánimo de morir ó rendir á los agarenos, declarados enemigos de su Dios y su Rey, en honor de cuyo culto y de cuya lealtad voluntariamente sacrificaba su vida, acreditando las evidencias estos deseos.

No porque en la marina se pelease con tanto calor, se dejaba de hacer lo mismo en la plaza, pues intentando una tropa de árabes ocultarse en las peñas de la falsabraga, desde donde con sus escopetas ofendian los barcos de los socorros, fueron muchas las granadas que se les arrojó esta noche, y otras se resistieron, por estar cubiertas con el terreno.

Notóse el dia 29 no haber avanzado nada por la parte de tierra los agarenos, si bien en la plaza se vió formada una nueva batería donde pusieron una pieza que miraba la mitad de la barra. Ménos fué este dia el fuego de los enemigos, y mayor de la plaza, que ocasionó en ellos algun estrago. Viéronse esta tarde por el alcornocal muchas tiendas levantadas con que engrandecían el campo, y algunos tercios de caballería, número de 400. Al anochecer ordenó el Gobernador abrir la Puerta de la Marina, y salir la infantería á formar una cortadura en ella, para que, cubiertos, pudiesen introducir los socorros desde la playa á la puerta, la que se experimentó defensiva. Entraron los socorros, aumentándose cada noche más los peligros; pues no sólo eran ofendidos de la más inmediata pieza que pusieron á tiro de pistola del desembarco, si tambien encendiendo unos lampiones y unas muy grandes hogueras, burlando la cautela de introducir todas las armas auxiliares de noche, clarearon con este ardid toda la mar y la playa. El socorro se com-

puso de infantería española y napolitana que individuaré despues, todo género de pertrechos, y muchos víveres. Quedaron esta noche muertos sólo dos, y otros heridos.

En estos aproches del número se vió el dia 30 una línea de 80 pasos, que, dirigida á la puerta del Muelle, traia su principio de los pozuelos del Maestro de campo, cubierta toda de algunas faginas y muchas cortadas en el Alcornocal. A la media noche, ejecutando el castillo de San Antonio una acostumbrada señal, por la que ya estaba avisado el General de la escuadra ser la hora más á propósito para introducir los socorros, componiéndose el de hoy de infantería napolitana, y alguna de mar y guerra, y así en éste como en todos, fueron muchos los víveres y pertrechos; la confusion en la marina fué tal, que ignorando la puerta los desembarcados en ella, y confusos con la mucha artillería los que salian, recelando éstos fuesen enemigos aquéllos, les dispararon algunos tiros, los que vistos por la centinela, con la misma duda, avisó á mi Gobernador, quien con la mayor brevedad reforzó todo aquel lienzo, sosteniéndolo con algunos granaderos y con dos mangas de infantería divididas; pero dándose á conocer, sosegó el alboroto, y mandó detener un barco el tiempo que bastó á dar muchos avisos á Su Majestad del estado de la plaza y la gran infelicidad en que se hallaba, pues los enemigos traian ya tan adelantados sus ataques, que los mantenian formados en las estradas encubiertas, cuyos pliegos entregó al alférez reformado, Antonio Caballero, que hiriéndolo en la salida de la barra, murió á bordo de la Capitana. En la descarga de esta noche mataron á un artillero y retiraron otros soldados heridos.

Pasó el dia 31 muestra el tercio de infantería napolitana, que se compuso de su Maestre de campo, don Antonio Domingo de Dura; el licenciado, don Domingo Mirela Presbítero; capitan mayor del tercio, sargento mayor, don Domingo de Gregorio, á cuyos alientos, á cuya espada, debieron los sitiados grandes socorros, Alarache, grandes defensas: Marco Antonio Perte, César Benedicto, sus ayudantes: el alférez de maestre de campo don Domingo Roche: el capitan comandante don Tomás Aberni Cabrera; su alférez, Francisco Gregorio: el capitan don Andrés

Scala; su alférez, Juan Angelo Arbeleno: el capitan don Jacinto Broso; su alférez, don Juan de Pedro: el capitan don Ignacio Amadeo; su alférez, don Juan de Soto Cabral: el capitan don Francisco Cautino; su alférez, Pablo Filigrana: el capitan don Pedro Reimundo; su alférez, Anielo Castellano: el capitan don Benito Sabina; su alférez, Diego de Bontibollo: el capitan don Jerónimo de Gregorio; su alférez, Jácome Bernití: el capitan don Domingo Hospitalete; su alférez, don Tomás Catania: el capitan don Gregorio Pascual; su alférez, don José de la Rosa. Y el número de este tercio, incluso el Estado Mayor y primeras planas, llegó á 200 plazas. Tambien venian en él sirviendo don Tomás de Angeli, ayudante de teniente de Maestre de campo general; don Jacome de Paula; Antelo de Lana, don Domingo Surche, don Andrea Bárbara, don José Solano, capitanes entretenidos. Los puestos señalados á este tercio fueron: puerta de la Torre del Judío, puerta de la Muralla de San Francisco, puerta del Castillo de Nuestra Señora de Europa, los que defendieron con el garbo que verás. Despues, en los socorros que en los barcos introdujeron esta noche, padecieron los que navegaban en él un gran peligro, pues entrando en él una bala entre dos aguas, varó en los salados de los árabes, y los católicos salvaron sus vidas en otro, perdiéndola sólo uno, quedando otros heridos, en cuya confusion se perdió lo más de lo que se conducía.

Septiembre 1.°

En el dia 1.° de Septiembre se vieron aumentados con mayor aplicacion los aproches enemigos, cuyos trabajos, aunque incapaces de embarazar, por venir formadas con profundidad sus líneas, no cesaba de intentarlo la artillería de la plaza, desde donde se vieron arrojar 200 árabes desnudos, á fin de llevarse el barco que, la noche antes, ofendido de un balazo, habia quedado zozobrando; resolucion que embarazó el castillo Nuestra Señora de Europa, matando á tres y poniendo á los demás en fuga. A las 10 se descubrieron por el alcornocal hasta 1.500 caballos y por Mexillones otras tropas, á las que disparó algunas piezas el castillo Nuestra

Señora de Europa, que fueron, por no haber alcanzádolas, infructuosas. Abierta la Puerta de la Marina por mi sargento mayor, y saliendo á ella los señalados, se introdujo á las 12 de la noche con felicidad el socorro, pues sumergido uno de los barcos, sólo quedó un soldado muerto y dos heridos.

Al romper el nombre el dia 2, batió el enemigo con nueve piezas juntas la plaza, cuyas balas, alcanzando al fuerte de Broquelete de Santiago, no le ofendieron, no cesando el dia todo de unas y otras baterías su innumerable fuego. A prima noche, se arrojaron número de 30 árabes á las peñas de la falsabraga, cuyo cabo, el capitan reformado don Juan Rodriguez Facundo, con valor los desalojó, quedando dos sin vida á la retirada.

A las 5 del dia 3, empezó el enemigo á jugar su artillería, disparándola á la plaza hasta las 10 sin cesar, desde donde se respondió con la misma; llevando ya tan adelante su sitio, que se hallaba ocupando la estrada encubierta por el ángulo flanqueado del castillo Nuestra Señora de Europa, que miraba hácia la parte de tierra, habiendo sobre sus parapetos formado un ataque de estacas fuertes, terraplenado de forma, que la artillería católica no lo podia deshacer; y advertida la imposibilidad á desembarazar trabajos ya tan mayores, discurrió mi Gobernador y el Maestre de campo don Antonio Domingo de Dura, con consulta del Coronel don Juan de Candia, del capitan de caballos don Pedro de Osorio, ingeniero mayor, los dos Sargentos mayores y todos los capitanes, hacer salida, la que ya dispuesta y aprontada por los á quienes tocaba, en segunda consulta se advirtió infructuosa, por no hallarse en la plaza puesto ventajoso donde ejecutarla, y su retirada ninguna, pues saliendo los católicos descubiertos á intentar retirar los árabes que se hallaban ya dueños, aunque no fuera su número superior, quedasen éstos vencedores y aquéllos vencidos. A las 3 de la tarde se unió un gran número de árabes en sus trincheras y fortines, en los que hizo grande estrago la artillería y mosquetería católica, habiendo los de la parte del campo aumentado dos de sus estandartes. Viéronse desde la plaza 20 velas que dirigian á ella su navegacion.

A las dos del dia 4 entró, sin ser sentida, una lancha, la que

condujo al alférez don Francisco Figueroa, quien de la plaza habia salido el dia 15 del pasado con los pliegos al Rey, nuestro Señor, y á mi General el señor Conde de Aguilar, en cuya diligencia, volándose desgraciadamente un barril de granadas, navegando, su fuego le dejó casi inútil una mano, abrasó dos soldados y dejó á otros mal heridos, habiendo logrado el despacho muy á favor de los sitiados, pues abriendo mi Gobernador el pliego de Su Majestad, se vió en él confirmado el indulto que en su Real nombre habia ofrecido el dia 17 del pasado, dándose por servido de tan honrada y valerosa defensa, ofreciendo las remuneraciones que correspondian á ella.

Ibanse mejorando los árabes y aumentando sus trabajos, pues habian formado una nueva línea, distante 20 varas del foso del castillo de Nuestra Señora de Europa, la que empezando de los pozuelos del Maestre de campo, se dirigia á unirse con otra, que tambien habian formado, la que llevaba principio desde la eminencia de la Fuente grande, componiéndose de 300 pasos la longitud de los dos, no dejando de jugar la artillería, cuyas balas, alcanzando á la plaza de armas, mataron dos soldados y otros hirieron, en donde por evitar estos riesgos, se formó esta noche una estrada encubierta, por la que se pasase sin ellos.

El mayor trabajo en que se habian adelantado los árabes, se vió este dia 5, formado en una nueva línea de 400 pasos, nueve varas distante de la que la noche antes formaron, dirigida al muelle, no dejando de conducir la fagina, en tanto número, que siendo un tan espeso bosque el Alcornocal, ya se reconocía su falta.

Fué á las ocho publicado al son de cajas el decreto de Su Majestad, que ya oistes, motivando nuevos alientos y mayores resoluciones. Logróse el socorro esta noche con felicidad, pues ejecutada la prevencion del silencio, entraron y salieron los cuatro primeros barcos, sin ser sentidos, y los dos últimos, aunque les dispararon algunas piezas, ninguna les ofendió. Compúsose de una compañía del presidio de Cádiz, cuyo capitan era don Nuño Cárlos de Villavicencio, caballero del órden de Calatrava, y su alférez don Juan Berrillo; otras tres del tercio que reclutaba en

Sevilla el Maestro de campo don Francisco de Paz y Castilla, de las que eran capitanes don Gaspar de Vera, su alférez don Pedro Hidalgo; don Alonso Gonzalez de Vivero; su alférez, don Manuel de Morales; en cuya compañía venian sirviendo don Francisco Alvarez de Toledo y don Juan Alvarez de Toledo, entretenidos del tercio, D. Luis Ignacio de Conque y Jacome, su alférez, don Antonio Blanco, y otros ramos de las compañías de mar y guerra, cuyo cabo fué el capitan reformado don Gregorio de Villegas, los que introdujeron petos, espaldares, chuzos, partesanas, bombas y otros precisos pertrechos.

No cesó la artillería de la plaza de jugarse, á fin de embarazar, como en las noches, todos los trabajos enemigos.

En la mesma estrada encubierta del foso del castillo de Nuestra Señora de Europa se advirtió el dia 6 perfeccionado un ataque que dominaba el foso y puerta del Judío, con 100 escopeteros de guarnicion, los que por su inmediacion embarazaban al castillo el manejo de su artillería, para cuyo desalojo, señalados 12 infantes, unos con granadas y otros con armas de chispa, discurriendo despues ser vano intento, sólo se ejecutó el formar algunas espaldas en el rebellin de la Puerta de la Torre, quedándolo guarneciendo el tercio de infantería napolitana, el que con desvelo y riesgo lo mantuvo, por tener el enemigo cuarenta pasos distante.

Pasada muestra toda la infantería española auxiliar introducida hasta aquí, contó componerse de 360 plazas, la que se divirtió en reforzar los lienzos de San Francisco, San Antonio, muelle y reducto de Nuestra Señora, guarneciendo el rebellin de la Puerta del Campo, el de la del muelle y estacada de San Francisco, los que, por la corta infantería, en todo el sitio habian estado indefensos. Leváronse todos los bajeles de la ensenada, por haber ventado el Sur este dia, en el que mataron á Alonso Giron, sargento del capitan don José de Salazar y á otro soldado.

En el mesmo parapeto se vió el dia 7 una prolongada línea, y en derechura á la Sauceda, un fortin empezado á formar de estacas, con líneas comunicadas, en el que se reconoció ser de árabes negros su guarnicion, los que en este reino tienen más crédito de

valor y destreza, como se tocó, pues ni aun por las troneras daban término á que jugasen sus mosquetes los sitiados, matando dos por ellas este dia. Por la parte del campo habian perfeccionado el último ataque, del que salian dos rectas líneas á esta puerta. Descubriéronse á Levante los bajeles, dando fondo al medio dia en la ensenada; pero volviendo á ventar el Sur, se hicieron á la vela la tarde toda, en la que no cesaron los reductos del muelle de embarazar con su artillería los trabajos enemigos. Esta noche se introdujeron algunas bombas que, con la baja mar, se habian hallado en la arena.

En derechura del reducto de Nuestra Señora se vió este dia 8, movida una porcion grande de tierra, muchos maderos y tablones que, ignorando el motivo, se discurrió minaban aquel reducto, y disputada esta sospecha, se convino no ser cierta.

Reparados los aproches enemigos, este dia 9 se vió en ellos una recta línea, tan inmediata al rebellin del campo, que la alcanzaba desde él un tiro de piedra, y no perfeccionados sus trabajos en la Fuente grande, deshizo y mató á muchos de los que formaban el castillo San Antonio, advirtiéndose en las líneas dirigidas al muelle trabajar á tiro de granada en ellas el enemigo; sacando ya de su centro tierra. Fué mayor la sospecha de la mina, si bien la desvanecia el dictámen de Andrés Rodriguez, Maestro mayor de fábricas en la plaza, y otros antiguos en ella, asegurando no podia, por la mucha agua y peña viva, ser aquel paraje minado; con todo, fué nombrado el sargento Luis Antonio Volante, para que, haciendo taladros, lo observase; quien ejecutándolo con artificio y cuidado, aseguró no haber alcanzado á oir golpe alguno.

Repartiéronse diferentes municiones y refrescos que á este fin remitió mi General, el señor Conde de Aguilar, aliviando y alentando los sitiados, aunque por instantes venian mayores peligros, pues el capitan reformado, Juan Rodriguez Facundo, que se hallaba este dia de guardia en el rebellin del muelle, fué herido en la frente de una bala escopetera.

Mayor cantidad de terreno se vió el dia 10, la que formándoles parapeto, se discurrió iban profundando el trabajo, y aunque estos parecieron á algunos, aunque informes, muchos indicios de

mina, lo dudó el capitan de á caballo, don Antonio de Osorio, Ingeniero mayor, diciendo que estando fundado el reducto de Nuestra Señora sobre un peñasco, paraje de tanta agua y tanta peña, no era capaz de minarse, y como tal, no parecia dable facilitar cortadura en él.

Violentados del Norte se vieron levados esta tarde los bajeles, y esta noche se oyeron algunos golpes en los taladros, y se vieron luces en las imaginadas bocas de minas, á cuya noticia bajó al rebellin del muelle mi Gobernador, con mi Sargento mayor y el Coronel don Juan de Candia, donde anteviendo el amenazado riesgo, ordenó se cortase sin dilacion alguna de largo á largo el reducto de Nuestra Señora, reparando la puerta del muelle y fortificando sus flaquezas, recibiendo los sitiadores graves daños con el fuego de esta noche; si bien ellos no cesaban sus trabajos, ni sus defensas los sitiados, pues ejecutó mi Sargento mayor, con acierto, una estacada que servia de parapeto en la marina y embarazaba más las ofensas.

De la cortina del muelle se vió el dia 11, distante la línea de la puerta 20 pasos, levantando todas aquellas trincheras de la tierra que movian, cuya cercanía motivó á considerarla ya mina; aunque eran todas neutralidades, las conferencias que, discurriendo reducirlas á evidencias, se ofrecieron valerosamente á facilitarlas, y llegada la noche, salir al campo enemigo de la plaza á reconocerla Pedro Amador, Francisco Sanchez y Francisco. . . . . (1). Este, uno de los cuatro soldados de á caballo, y aquéllos, de la compañía del capitan don José de Salazar, lo que no se decidió entonces, atendiendo sólo á la mayor brevedad de arrojar granadas y otros artificios desde el rebellin, á deshacer tantos trabajos enemigos, si bien era tan sobresaliente el número de sus escopeteros, que no dejándolos todo el dia, habia el bastante para que muriese y trabajase.

Armados ya á la primera noche, y resueltos á salir los tres soldados, y alabando la resolucion mi Gobernador, viendo tanta hoguera encendida en los campos enemigos, el conocido peligro

---

(1) Hay un blanco.

de los tres, el mayor que se le seguiría á la plaza, quedando alguno cautivo, pues en lo humano era imposible dejase de suceder, no permitió la salida, reservando tan conocidos soldados para otro empeño, pues iguales á aquél se tocaban por instantes. A esta hora se acercaron una tropa de árabes á la muralla, intentando en ella fortificarse, á la que la mosquetería luego deshizo, matando á unos y retirando los otros.

A la media noche se introdujeron socorros en tres barcos, y echando á pique el uno las baterías enemigas, desembarcados los morteros de bombas y otros pertrechos, habiendo arrojado la cureña al agua, la confusion hubiera llevádosela la corriente, si la resolucion del sargento Luis de Medinilla y la de Juan Benitez de los Reyes, arrojándose al agua, no la hubieran recobrado, quedando muertos cuatro soldados en la marina y otros heridos. Fué uno de los que entraron esta noche á tirar las bombas Angelo de la Rosa, Condestable de la capitana Santo Tomás, y á servir en la plaza otros soldados de la escuadra.

Cincuenta pasos de la torre del Judío se vió el dia 12 formado un ataque fuerte de faginas, con troneras de corcho, guarnecido de 100 árabes, y perfeccionadas otras líneas, de las que fué la del muelle la más temida, por los muchos indicios de mina que la consideraban, de los que no fué el menor la mucha brea que continuamente sacaban y los muchos maderos que conducian; estrechando la plaza de suerte, que por partes ya nadie era dueño de hablar en ella recio, pues las voces de los sitiados las oian los sitiadores, y las de éstos aquéllos, y todos molestados de un continuado apedreo, fueron tirados desde el rebellin del muelle algunos fuegos artificiales, á fin de encender los maderos que formaban los ataques; pero no se logró más que quemar la fagina.

No se escuchaban esta noche los trabajos en la línea del muelle tan repetidos; aunque sí todo lo que hablaban, en tal manera, que se le oyó decir á un árabe lo mesmo que el dia 16 del pasado escribió á mi Gobernador el Bajá, persuadiendo á los sitiados con promesas y amenazas, al que don Bernardo Joaquin de Andrade, respondiendo con resolucion española, repitió las mesmas voces que entonces.

A boca de cañon del paraje señalado, donde en la marina se salia á introducir los socorros, se vió el dia 13 formada una batería, guarnecida de una pieza, cuyas balas ofendían á los sitiados y á los que los socorrian, y otras dos en la Fuente grande, las que batian la falsabraga de dia, con un muy grave daño suyo, por ser muy flacos sus parapetos; y de noche embarazaban á los barcos la comunicacion de la barra, con la que imaginaron no introducirian más socorros con tan evidentes y tan experimentados peligros; no ocasionando descaecimiento alguno en los sitiados unas y otras ofensas, antes, más animosos, se aplicaban todas las más seguras defensas, continuando los trabajos y reparos en la plaza y puerta del muelle, aplicados á las contraminas siempre 50 soldados, al cuidado y órden de los capitanes que entraban en este puesto de guardia.

Habian tambien formado una plaza de armas capaz de alojar 200 árabes, sirviéndoles de foso un zanjon que toda la circunvalaba, y en los pozuelos de la Fuente grande un fortin, el que fué juzgado batería.

Estuvieron bordeando los bageles á vista de la plaza este dia, en el que sólo se retiraron heridos dos soldados de una bala escopetera; y esta noche se arrojaron unas bombas por el rebellin del muelle, las que encendiendo una fagina, saliendo á apagarla un gran número de árabes, quedaron, por haberse reventado entre ellos, casi todos abrasados.

Más inmediatos se escucharon los golpes de la mina el dia 14, la que ya parecia dudarse ménos por el mucho terreno que se veia cada instante más movido. A las ocho pidió un árabe, por la muralla, suspension de armas, diciendo llamase á mi Sargento mayor, quien llegando con don Bernardo Joaquin de Andrade, repitió las insinuaciones que la noche del dia 11, á las que le respondió agradecido á los avisos del Bajá y tantas prometidas conveniencias, asegurándole serían inútiles todas, pues los sitiados estaban en ánimo de morir primero que rendirse á pacto alguno, ni abandonar á Alarache; y aún no hubo bajado de la muralla, cuando le dispararon una pieza, de la que no fué milagrosamente ofendido, y otras al reducto de Diego de Vera, con las que acaba-

ron de derribar su garita y mataron á uno de los soldados que estaban de guardia en él.

Empezó el mortero á disparar algunas bombas, las que no todas lograron ofensas; las aguas vivas de la corriente, derrotando las más inmediatas trincheras, llegaban á la batería, donde tenian su primera pieza. A la prima noche, continuando sus resoluciones los 25 valerosos guerreros, muchas veces repetidos y muy pocas alabados, salieron á las peñas de la falsabraga, ocultándose en ellas mañosamente, á fin de esperar los árabes que solian hacer lo mesmo; los que cuando ya llegaban, reconociéndolos, intentaron, incorporándose con otra tropa, la fuga, en la que mataron tres, hirieron otros, y los demás los hicieron arrojar al agua, con tal garbo, que le fué preciso á su cabo, el alférez Miguel Fernandez, valerse de toda su resolucion para que no intentasen mayores empresas. Introdujéronse esta noche petos, espaldares, morriones, otros pertrechos y todo género de víveres en tres lanchas, las que entraron y salieron con felicidad.

Otras dos líneas, que salian de la que circunvalaba la plaza, se vieron dirigidas al rebellin del muelle el dia 15, con las que se observaron ya cuatro por aquel puesto, en el que continuaba su cuidado mi Gobernador, el Maestro de campo del tercio de infantería napolitana, los dos Sargentos mayores, el Coronel don Juan de Candia, y el capitan de caballos, don Antonio de Osorio, deseando todos y solicitando los mayores reparos. Sospechóse tambien otra mina, que pareció se dirigia al ángulo flanqueado del castillo de Nuestra Señora de Europa, que fué por entonces su conocimiento difícil. Jugó este dia más que otros su artillería el enemigo, y la plaza, con la suya, deshizo el fortin que tenia hecho en la estrada encubierta del mesmo ángulo, no dejando de usarse el mortero de las bombas.

No sólo se vieron el dia 16 reparadas por los árabes las ruinas de su fortin, pero con mayor fuerza rehecho, y un zanjon inmediato al reducto de San Antonio, desde donde cubiertos, ofendia mucho su escopetería. A la prima noche se logró, entre otras, los efectos de una bomba, que disparada á las Borraceras, cayendo en una de sus baterías, hizo en ella un grande estrago; y á la misma

hora, empezando á formar un fortin en el Arce del foso, quince ó dieciseis pasos distantes de la Puerta del Campo y su rebellin, en el que se hallaban de guardia, y en todo el lienzo, don Antonio Perez Cancio y don José de Salazar, intentando no se continuase defensa de la que tan ofendidos serian, fueron singulares sus aplicaciones á embarazarla, y las de mi Gobernador, mi Sargento mayor, el Coronel don Juan de Candia; el padre fray Marcos de Avendaño; el capitan de caballos, don Antonio de Osorio; don Juan Gregorio de Soto Avilés, y el cabo de escuadra, Pedro Canales, cuyo trabajo en tirar las granadas y valor en no temer los peligros, fué en este lance aplaudido; pero aunque unidos todos á un fin, no bastó á lograrlo, pues despues los árabes, con la infinita sangre suya vertida, esforzados de sus cabos con alfange en mano, los obligaron á perfeccionarlo, de modo que lo dejaron á prueba de cañon, terraplenado de faginas y estacas de tres varas y media de alto, desde donde fueron los sitiados tan ofendidos, que á pedradas tan sólo no permitia paraje alguno en la plaza de armas. Sin ser ser sentidos, introdujeron esta noche los socorros unas lanchas, y dejándolos, al salir fué disparada á la una, sin ofenderla, la artillería y escopetería enemiga: la mesma mató este día á tres soldados é hirió á otros.

No sólo habian formado los árabes en sus líneas el ataque opuesto al rebellin del campo, en forma de media luna; pero otros dos más pequeños, que saliendo de las mesmas líneas, causaban mayor cuidado; y aunque ya eran tantas las señales, como en todo lo que no se ve tiene siempre lugar la duda, aún se disputaban las minas, creyendo fuesen algunas habitaciones subterráneas, en las que continuasen aquel invierno su sitio, no dejándose por esto las contraminas por el reducto de Nuestra Señora y por la puerta del muelle su cortadura. En la boca de la mina que se discurría dirigian á este puesto, se vió una tomiza tirada hasta la mesma muralla del rebellin, trayendo su direccion al reducto, la que fué luego cortada por los sitiados.

Viéronse por Mexillones, conduciendo dos piezas de artillería, un gran número de árabes, dejándolas en una cañada, cercana á las Borraceras, llegando ya á diecisiete su número, las que para

batir conducian, usando sólo de once, aunque de número cierto se ha hablado con variedad. Pasóse el mortero de las bombas del reducto de Diego de Vera, al castillo de Nuestra Señora de Europa, de donde disparando algunas, derrotaron muchas trincheras enemigas. Lo alterado de la barra sumergió dos lanchas de las cuatro que esta noche introdujeron los socorros, perdiéndose muchos víveres y pertrechos, y salvándose en las peñas de Broquelete la guarnicion. Reventándosele una granada al dispararla, este dia, á Francisco . . . . . (1), uno de los cuatro soldados de á caballo en el rebellin del campo, le llevó lastimosamente un brazo.

Una pieza de artillería se vió el dia 18, puesta por el enemigo en un fortin, frente del castillo de San Antonio, la que ofendió despues los socorros; y corriendo sus trabajos por la entrada del castillo de Nuestra Señora de Europa, se miraban ya aumentados con sentimiento notable de mi Gobernador, por discurrir difícil el desalojo á los árabes de los puestos en que se habian fortificado, y tanteando su guarnicion, deseaba, con poca pérdida suya, deshacer el fortin que por la parte del campo habian dejado formado los árabes el dia 17, para cuyo arrojo señaló á Luis Antonio Volante, sargento de la compañía del capitan don Domingo Hospitalete; á don Pedro Peral, cabo de escuadra de la de don Pedro Sarabia; á Pedro Canales, cabo de escuadra de la del Excelentísimo Señor de los Cameros; tres soldados valerosos, diestros en el manejo de todo género de armas, que expuestos al mayor riesgo, ellos solicitaron abandonar sus vidas por servir á su Rey, y seguir el dictamen del que gobernaba sus armas, logrando tamaña resolucion sus efectos, la mesma que ejecutaron otros tres arriesgados soldados en servicio de David, pues sólo porque vieron antojadizo á su Rey de beber las aguas de la cisterna que en los campos de Belen estaba, de esotra parte del ejército enemigo, abrieron sólo con su espada camino, y atravesando por todos los escuadrones, acreditaron su lealtad y manifestaron su afecto.

Coronados sus lienzos del rebellin de su guarnicion y de los 25 señalados, al cuidado del capitan don Manuel Felipe de Chaves,

(1) El apellido, en blanco.

que en él se hallaba de guardia, salieron los tres, prevenidos de todo género de fuegos artificiales, y arrojando á los ataques algunas granadas, lograron desalojarlos, quemando sus faginas, matando siete é hiriendo otros dentro del primer ataque, jugando más tiempo de tres horas su artillería los católicos, con la que se discurrió haber quedado muertos más de 300 enemigos y sólo un herido en la plaza.

A la hora de las diez de la noche llamó á la centinela del rebellin del muelle un árabe, previniendo tercera vez la amenazada ruina, movido del buen trato que decia haber debido á los españoles el tiempo que habia sido de ellos cautivo; asegurando era tal la ira y denuedo de su Rey, que la órden con que se hallaba el Bajá era no alzar el sitio, aunque la resistencia de los sitiados llegase al tiempo de diez años, los mesmos que los españoles habian consumido en la guerra de Granada; á quien se les respondió con la fé de católicos y la lealtad de españoles.

Notáronse sólo el dia 19 restaurados los fortines que de la artillería católica habian sido arruinados en el rebellin del campo; jugóse el mortero de las bombas con mucho acierto y no poco daño de los árabes; viéronse dado fondo cinco velas en la ensenada.

No se vió el dia 20 trabajo alguno avanzado por los árabes: á la media noche entraron en cinco barcos algunos socorros de bastimentos; disparóles el enemigo mucha artillería, y dos horas y media, sin cesar, su escopetería, á quienes se igualó la de la plaza. Retiráronse este dia muertos, tres soldados, de diferentes balazos; uno de ellos fué Pedro Canales, quien habiendo halládose en los sitios de Melilla y Oran, murió desgraciada y gloriosamente en éste; tambien hubo otros heridos, el uno de ellos quedó con un hombro menos, de un balazo, y otros milagrosamente ilesos.

Los indicios de las minas pasaron el dia 21 á evidencias, pues distante ocho ó diez pasos del rebellin del muelle, sacaron del centro los árabes una media pica ó azagaya, accion que no tirando varios discursos, fué el más seguro intentaban medir la distancia que les faltaba para dirigirla á la muralla, por lo que se abreviaron las contraminas, si bien embarazaba la una una gruesa peña;

pero se descubrió por bajo del reducto de Nuestra Señora, quedando perfeccionada la de la puerta del muelle.

El dia 22 no hubo nuevos trabajos que observar al enemigo ni desgracia alguna en la plaza. A la media noche introdujeron cinco barcos una compañía de la armada del tercio del Maestre de campo don Pedro Fernandez Navarrete, Caballero del Orden de Santiago, cuyo capitan era don Manuel de Gavidia, su alférez Vicente Garis, en la que venian sirviendo don José Martinez de la Osada, don Diego de Toledo y don Manuel de la Puente; compúsose este socorro de gran cantidad de pólvora y algunos viveres, que se facilitó, sin desgracia alguna, á costa de mucho fuego.

La cantidad de terreno que vió el dia 23 movida la centinela del ángulo flanqueado del castillo de Nuestra Señora de Europa, motivó se sospechase dirigian nueva mina á aquel castillo, y por ver al medio dia conducido por los árabes muchos tablones y maderos, á que se siguió ver sacar una media pica la centinela de la Torre, dos varas dentro del foso, á hora de las dos de la tarde; y hallándose guarneciendo aquellos puestos el tercio de infantería napolitana, se ofreció gallardamente su Maestro de campo en su nombre y en el de todos los suyos, á contraminarla; que permitiéndolo así mi Gobernador, le fué ordenado al capitan don Andres Scala lo empezase, señalándole para su ejecucion los más escogidos soldados de su tercio, y entrándose en el foso á cuerpo descubierto, oponiéndose á las muchas balas disparadas por los árabes desde sus fortines, los que no sólo se hallaban señores del foso, y formados sus trincherones sobre el mesmo Arce, pero habiendo cavado el terraplen de la estrada, habian hecho varias troneras por las que ofendian sin ser ofendidos, en cuyos riesgos no omitió este tercio ni sus oficiales todos, diligencia alguna al logro de su trabajo, como despues se vió en las minas, que embarazaron en diferentes puestos de la plaza. Se retiraron seis soldados muertos este dia.

Antes que el dia 24 amaneciese, se voló una garita en el lienzo bajo de la muralla del campo y el soldado que estaba de centinela en ella, quedando mal heridos otros dos.

Muy difíciles eran las contraminas que intentaba en el foso

del castillo de Nuestra Señora de Europa el capitan don Andrés Scala, por la aspereza de la tierra y escopetería enemiga, la que continuaban por las troneras del foso y sus trincheras, sin temer la mucha artillería y escopetería del castillo de la Torre y su rebellin, lo que advertido por algunos reformados de este tercio y los muchos esperados peligros, se resolvieron á salir, y deshacer y quemar los fortines y trabajos enemigos, quienes fueron el sargento José de Yoz, el sargento Francisco Comun, el sargento Antonio Batalodí, el sargento Luis Antonio Volante, el sargento Antonio de Gregorio, el cabo de escuadra Antonio Torniola, el cabo de escuadra Francisco Cremona, y Angelo de Fisco, que ejecutándolo con todos artificios de fuego, los desalojaron de sus primeros ataques, retirándolos á los segundos, y habiendo dejádose dos estandartes en uno, pretendiendo con valor ganarlos el sargento Francisco Comun, fueron tantos los árabes que lo embarazaron, que le quitaron la vida, y atravesaron un brazo al sargento Luis Antonio Volante, y otros tres se retiraron muy mal heridos. Admirada resolucion de católicos y árabes, en la que despues de haber arrojado 40 granadas, sólo con armas cortas de fuego se mantuvieron mucho rato en los primeros ataques; nada inferior á la que ejecutó Geroboan siguiendo las tropas del Rey David, pues en una ocasion mató 800 y en otra 300 de sus enemigos. No cesaban un instante las contraminas el capitan don Andres Scala, concurriendo su Maestro de campo don Antonio Domingo de Dura, y su Sargento mayor don Domingo de Gregorio, á todo lo que más las podia facilitar. Más socorros se introdujeron en esta noche, en la que tambien hubo más heridos que otras, por la mucha artillería que los árabes jugaron.

Muy adelantadas llevaban el dia 25 sus contraminas los españoles en el rebellin del muelle, no trabajando los enemigos con menor cuidado, por los muchos y continuos golpes que se oian, en cuyo puesto entraban alternando los capitanes, siendo igual en todos su aplicación y deseo de los aciertos.

El dia 26 se vieron en el campo enemigo muchas zanjas y estradas cubiertas, que se comunicaban con las de contravalacion, dirigidas todas á las bocas de las minas. A medio dia se descubrió

un árabe entre las peñas de Broquelete, á las que, para cautivarlo, salieron don Juan Manuel Estopiñan, don Alonso de la Peña, don Luis de Avila, don Francisco de Zúñiga, don Francisco de Vargas y Alonso Barrientos, quedando el resto de los 25 de refuerzo con la guarnicion que en la falsabraga tenia el capitan don Gaspar de Vera, que se halló este dia en aquel puesto de guardia, y estrechado con él Alonso Barrientos, introducido en la plaza, de quien nada se pudo alcanzar de los indicios del enemigo, por su ignorancia ó por la que mañosamente afectó.

Habia adelantádose el tercio de infantería napolitana en sus contraminas, que reconocida el dia 27 una concavidad suya, se arrojaron por ella valerosamente el capitan reformado don José Solano, el alférez don Carlos Quiseti, el alférez don Alonso Spinosa, el sargento Pedro Cuadrado, el cabo de escuadra Antonio Torniola, el cabo de escuadra Tomás de Antonio, el cabo de escuadra Paco Meloso, y Antonio Granada, recibiéndolos los árabes con el mesmo, defendidos de sus escopetas, fué vana su resistencia, pues la fuerza de las granadas los hizo desamparasen su mina, la que reconocida de nuevo, se halló traer dirigidos dos ramos, uno al rebellin de la puerta, y el otro al ángulo flanqueado del opuesto baluarte. Intentando despues los árabes recuperar lo perdido, fueron segunda vez rechazados, y habiendo la disputa durado más de tres horas, con la confusion de ser ejecutada debajo de tierra, quedó la mina real y sus dos ramos por los católicos, conduciendo á la plaza todos los instrumentos con que los enemigos minaban.

No era en el rebellin del muelle menor el cuidado de la infantería española en continuar sus contraminas, no dejando su trabajo este dia y su noche toda,

La aplicada continuacion de los españoles descubrió en el rebellin del muelle, el dia 28, una mina dirigida al reducto de Nuestra Señora, hallándose en aquel puesto de guardia el capitan don Nuño Cárlos de Villavicencio, caballero del órden de Calatrava, y no siendo su concavidad capaz de bajar más que la distancia de una pica, en la que cupo, se arrojaron con artificios de fuego el alférez Andrés Cerezo, don José Martinez de la Osada, Juan Be-

nitez de los Reyes y don Manuel Machin, logrando su valor y su diligencia desalojarlos, de cuya resolucion salieron heridos el alférez Andrés Cerezo y don Manuel Machin, y aun siendo ya más de la mitad de la tarde, lo continuaron, embarazando á los árabes no se pudiesen adelantar.

Un barco que mi Gobernador ordenó saliese esta noche á bordo, aunque fué mucha la artillería que le disparó el enemigo, fueron ningunos sus efectos.

El esperado peligro que infeliz y valerosamente fué tan repetido despues, se llegó el dia 29 á tocar, pues no logrados los grandes trabajos á que se aplicaron los españoles en el rebellin del muelle, contraminando á hora de las ocho de la mañana, volaron una por aquel puesto, hallándose en él de guardia don Juan Diaz de Cos, cuyas ruinas, dejándolo lastimado, le obligaron á retirarse, quedándose en la brecha Juan Perez de la Rosa, su alférez, la que con gran riesgo y no menor resolucion, defendió hasta tanto que la ocupó el capitan don Antonio Perez Cancio, arruinando más de la mitad del reducto de Nuestra Señora, enterradas dos piezas suyas, abierta una brecha de 120 pies geométricos, avanzando muchos árabes con todo género de armas, á los que oponiéndoseles los católicos primera y segunda vez, los retiraron con tan considerable pérdida suya, que he sabido despues que llegaron á número de 2.000 los que en los avances perecieron; quedando de los sitiados enterrados vivos en la mina cinco; muertos en los encuentros ocho; diez y ocho heridos y muchos lastimados de los golpes de las peñas. Habiendo el capitan don Manuel Felipe de Chaves, que se hallaba de reten en el cuerpo de guardia principal, concurrido luego al cumplimiento de su obligacion, manifestando el M. R. P. Fray Marcos de Avendaño, mi Gobernador, al mesmo tiempo las suyas, mi Sargento mayor, el Coronel don Juan de Candia; el capitan de caballos don Antonio de Osorio; el capitan don Francisco Luis del Castillo; el Maestro de campo don Antonio Domingo de Dura; su Sargento mayor y todos los oficiales más señalados de este tercio, don Bartolome de la Cerda, don Juan Gregorio de Soto Avilés, los 25 que defendian de noche el paso de la marina, siendo tan igual en todos los sitiados el valor,

que no quedó alguno de los principales (aun con indisposicion) que no concurriera á este lance, exceptuados los capitanes que se hallaron de guardia en los puestos que les tocó, gastada casi una hora en la disputa, retirados los enemigos á sus ataques. No fué ménos valerosa accion la de fortificar la brecha, pues formando en ella nuevas trincheras, fueron iguales sus peligros á sus resoluciones, dejando de guarnicion dos escogidas mangas de mosqueteros y algunos granaderos, á órden de los capitanes que alternativamente fueron entrados de guardia, por haber dejado la mina dividido el rebellin.

Habiéndose entendido traian los árabes dirigida otra mina al rebellin de San Juan, se ejecutó el dia 30 por los españoles en su foso una contramina, y en la que el capitan don Andrés Scala, continuaba en el foso del castillo Nuestra Señora de Europa, trabajaron desde este dia españoles con Felipe Manuel de Llamas, cabo de escuadra de la compañía del capitan don José de Salazar, por hallarse la infantería napolitana que podia contraminar, guarneciendo las bocas de las minas cortadas al enemigo, quien traia ya dirigida otra mina por el campo al rebellin de la puerta, en el que se formó una cortadura con su estacada para oponerse al avance que podia intentar por aquel puesto.

Octubre.

Llevaban sus trabajos los católicos adelantados en sus contraminas, así en las del castillo Nuestra Señora de Europa, como en las del muelle, con particular cuidado, procurando desvanecer sus designios al enemigo. Y viendo mi Gobernador cuán próxima estaba la boca de la mina dirigida al rebellin del campo, y considerando no estar adelantado su trabajo, ordenó que se le estorbase, por ser muy peligroso, nombrando la noche del dia 2 á Juan Obregon, el cabo de escuadra Juan Cardoso, Miguel de los Santos y Manuel . . . . (1) salieron con notable valor, ejecutando la órden que llevaban de arrojar dos bombas en dicha mina, con las que descuar-

(1) En blanco.

telaron el subterráneo trabajo, retirándose sin lesion alguna, dándoles todos el aplauso que las evidencias de su valor merecieron.

No hubo el dia 3 cosa particular que notar, sólo que los católicos no se descuidaban, aumentando sus trabajos en las contraminas, siempre con esperanzas del buen éxito. Dilataban los árabes sus líneas de comunicacion, que daban no poco recelo á los católicos, que siempre se mostraban con vigilancia.

Dispuso mi Gobernador el dia 4 que por la brecha saliesen diez soldados de experimentado valor á arrojar algunas granadas y bombas á las bocas de dos minas, cuyos nombres, dignos de memoria, son: Pedro Amador, Francisco Sanchez, Francisco Carbonero, Manuel Herrador, Alonso Barrientos, el cabo de escuadra Juan Cardoso, Juan Dunda, Eugenio Verdugo, Francisco Lopez, Luis Muñoz, Miguel de los Santos, Francisco Perez, que arrojándose intrépidos á dos minas, y levantando los tablones con que venian los árabes cubiertos, echaron dentro cantidad de granadas y bombas que causaron al enemigo grave daño; quedando algunos minadores muertos á pistoletazos. Diéronse á la fuga precipitadamente los árabes que guarnecían aquellas lineas, los que vistos por el Bajá que estaba en la Dula, envió dos banderas con 400 árabes al socorro, en los que hizo considerable daño la artillería y mosquetería católica, por venir descubiertos. Hubo de los católicos seis heridos, los que á caracteres de sangre autenticaron la lealtad á nuestro Monarca y celo cristiano que les acompañaba; perdieron los brazos, lastimándose, el cabo de escuadra Juan Fernandez y Pedro Martin, por la falsedad de las granadas, habiendo muy pocos experimentados en tan peligrosos artificios.

El dia 5 á las tres de la mañana dieron fuego los árabes á una mina, más abajo de la que volaron el dia 23, que dañando toda la muralla del Muelle y reducto de San Juan, acabó de arruinar el de Nuestra Señora, derribando los parapetos y reparos hechos, y salieron los árabes de las lineas para avanzar, bajando al mesmo instante de la Dula en confusas tropas número de 4.000, quedando unos y otros detenidos al ver la solicitud de los católicos, que con varios artificios de fuego, buena mosquetería y armas de asta, en lo más peligroso de la brecha, animosos les esperaban. Gran

destrozo hacia en los árabes la artillería del castillo de Nuestra Señora de Europa, Torre del Judío, y algunas del reducto de San Juan, recibiendo los católicos considerable daño de la enemiga, por coger esta la brecha toda descubierta, la que se fortificó, haciendo parapetos de botas, y sacos terraplenados que, en hombros de los más principales, fueron conducidos y puestos en la mejor forma que el tiempo daba lugar.

Y viendo los árabes que resueltos estaban expuestos á la furia de balas que de la plaza se arrojaban la dificultad de aquel dia, se retiraron corridos de su propia cobardía, dejando la campaña cubierta de cadáveres; admirados de la prontitud de los católicos, de los que murieron 10, quedando 20 heridos. Todo este dia se acudió á fortificar la brecha, haciendo los reparos necesarios en que se experimentó el celo de mi Gobernador y demás oficiales y soldados, siendo comun la gloria de este dia, que no se dejó el trabajo de las cortaduras del castillo, Nuestra Señora de Europa.

El dia 6 se acudió solamente en hacer nuevos reparos á la brecha y continuar el trabajo en las contraminas, molestando al enemigo, así con artillería y mosquetería como con bombas y granadas; estando por todas partes tan inmediatos los ataques y trincheras, que se hallaron este dia muy prolongados por la parte de media fanega, una cortina que remataba en la muralla circular de la villa, y vulgarmente así llamada, y á directura del campo por donde habian añadido otros dos fortines, habiéndose cubierto de fagina al pié de la brecha, recibian en el foso de la escopetería enemiga los que contraminaban grave daño, donde mataron uno é hirieron dos católicos en la cortadura.

El dia 7 volaron los árabes otra mina en el reducto de Nuestra Señora, quedando totalmente arruinado, juntamente con la muralla exterior y parte del foso, y sentido el reducto de San Juan. Acudieron luego á oponerse, no solamente el reten y mangas nombrados, pero todos los oficiales de la plaza y tercio con el Maestro de campo, Sargento mayor, acompañados de buenos soldados, en tiempo que los árabes, viendo la gran brecha que la mina habia abierto, se arrojaron á ella, donde bizarramente los esperaban los católicos con el apercibimiento de cuanto era necesario para una buena re-

sistencia. Haciendo de los propios cuerpos trincheras, llegaron los infieles, á pesar de la artillería que hacia en ellos grande estrago, y empezando á subir con grande coraje, fueron valerosamente rechazados, en tiempo que llegando el Sargento mayor D. Alonso Bolinches con botas y sacos, se hizo un mal formado parapeto con mucha dificultad, pues 200 árabes, excelentes tiradores, tenian cogida la longitud de la brecha, molestando los que estaban más descubiertos, dando lugar á que segunda vez avanzaran, que lo hicieron con tanta multitud de árabes, que hubieran logrado sus designios, si la artillería de la plaza, cargada de saquetos, no los desvaneciera; retirándose segunda vez con mucho daño, no descuidándose los católicos, á costa de sangre, de hacer algun reparo al grave riesgo que los amenazaba con algunas pipas. Señoreaba la artillería enemiga toda la brecha donde estaba la mayor fuerza de católicos; haciendo de la otra parte del rio señas que avanzaran de nuevo, lo hicieron con tanto valor, que dudaron los cristianos salir con victoria, por batirlos la artillería enemiga por los flancos sin ningun reparo; pero acudidos del favor divino, fué tanto el fuego que de la brecha y murallas se arrojaba, y tan grande el esfuerzo mostrado por los católicos, que los rechazaron tercera vez, retirando los estandartes y banderas que tenian fijadas en lo alto de la brecha, arrojándose precipitadamente dentro de sus lineas. Obró, entre otros, animosamente D. José Valdés, natural de Madrid, que servia de aventurero, pues interpolado con los árabes, al salir por la brecha, fué herido en el pescuezo, de que murió con bastante gloria. Hizo inmortal su nombre el M. R. P. fray Marcos de Avendaño, religioso de Nuestro Padre San Francisco, digno imitador del famoso Cardenal Cisneros, pues no pudiendo su gran valor estar oprimido, apenas voló la mina, que, armado, viendo avanzar á los árabes, llevado del católico celo de la defensa de nuestra ley, se opuso á ellos, animando los soldados no solamente con elegantes y pías razones á resistir las fuerzas enemigas, pero con el ejemplo, derribando de su propia mano muchos de los principales caudillos que se señalaban entre los árabes, y estando expuesto al mayor peligro, predicando con el acierto al verdadero Dios, Cristo crucificado, exhortando á los católicos que invocaran en el presente

peligro la siempre inmaculada Virgen María, y autenticando sus santas palabras en sus hechos, llegó una bala que, hiriéndole por la barba, cayó capaz solamente del Santo Oleo, que estaba inmediato, premiando su Divina Majestad su justo celo con llamarlo á sí. Murieron este dia de los católicos 25, y entre ellos el alférez Andrés Cerezo, que en todo el discurso del sitio habia obrado heróicamente: hubo 30 heridos, que fueron contrapesados con la muerte de 4.000 árabes y otros tantos heridos. Obraron segun su celo los católicos; quedaron 150 varas de brecha abierta, que fueron con toda solicitud fortificadas y guarnecidas de gente muy buena, con diestros granaderos, atribuyendo á favor divino la poca pérdida de los católicos, pues si se considerara la multitud de los árabes, la desesperada resistencia de los católicos, las ruinas de una mina Real, siendo forzoso que estuviera aquella parte con el mayor esfuerzo, por ser la parte más peligrosa y frágil, los fuegos artificiales que reventaron por la poca experiencia de quien los disparaba, pues todos con el celo de la defensa arrojaban bombas, granadas, ollas, barriles de pólvora y otros artificios, la artillería enemiga, que cogia la brecha descubierta, y en fin, la obstinada resistencia de tres avances en brecha tan llana, bastaba para que perecieran cuantos estaban en la plaza, siendo así que cuando sacaron las relaciones, no faltaban más que los ya referidos, de que se dieron las debidas gracias á la Divina Misericordia, por las mercedes que por momentos nos participaba.

Amanecieron el día 8 fortificados los árabes al pié de la brecha, apesar de los muchos artificios que se les habian tirado, donde se habian cubierto con estacas y faginas. Con gran anhelo trabajaban los católicos contraminadores en el foso de Nuestra Señora de Europa, empezando nueva cortadura en la de la torre del Judío, no dejando por eso otros trabajos y reparos muy necesarios, repartiendo mi Gobernador á los soldados vestidos y dineros, y otros refrescos enviados por el Excmo. Señor de Aguilar. Este dia se encontró otra mina por don Andrés Scala, que se arrojaron valerosos los del tercio, apesar de los árabes que los contrastaban, trabándose dentro fiera contienda, quedando los católicos vencedores; desvaneciendo los nuevos asaltos que dieron, queda-

ron señores de ella, tapándole la boca, donde se fortificaron. Fué muerto el alférez don Francisco Grieco, que lo era del capitan comandante del tercio napolitano. Viendo mi Gobernador que los árabes continuaban á porfía á minar el castillo de Nuestra Señora de Europa, sospechando trajeran alguna dirigida al baluarte de la Campana, determinó el dia 9 que se empezara otra contramina por el foso del lienzo, media hanega; pero no se pudo conseguir, por la piedra viva que se encontró; sintiéronse golpes muy próximos á la mina nuevamente encontrada, por lo que se iba dirigiendo hácia ellos el trabajo con intencion de perfeccionar un hornillo y volar los minadores; pero lograron estos nuestros designios, pues á las 9 de la noche volaron un hornillo, donde quedaron enterrados ocho soldados de la plaza y cuatro del tercio entre ellos, saliendo don Andrés Scala, su sargento y otros del tercio, por un resquicio, milagrosamente, quedando ciegas ambas minas. Continuábase la cortadura de la torre, procurando estorbar á los árabes con algunas piezas el trabajo exterior por la parte del muelle y campo. Admirable era el anhelo de los árabes en el minar, y grande el desvelo de los católicos en procurar desvanecerlas por el castillo de Nuestra Señora de Europa, donde se descubrió otra mina dirigida al baluarte de la Campana; y habiendo á cañonazos derribado su principio, salieron ocho católicos con dos bombas á echarlas el dia 10, de las que se logró sólo una, con muerte de uno y cinco heridos. Viendo no haber hecho el efecto que se esperaba, fueron nombrados el cabo de escuadra Jacome Roso y Antonio Torniola con dos bombas, las que arrojaron con buen éxito, dejando incapaz de poder llevar adelante los árabes dicha mina.

Hízose el dia 11 en el foso del castillo de Nuestra Señora de Europa una zanja para comunicacion de la mina descubierta el dia antes, cuya boca habia totalmente arruinado la artillería de la plaza, no dejando la enemiga de molestar la plaza; y temerosos los árabes de las salidas, cerraron esta noche el postigo que del foso de Nuestra Señora de Europa subía á la estrada, cuyo rastrillo habian encendido ellos mesmos; y habiendo bastantes sospechas que minaran el reducto de San Antonio, pues su cabo don Pedro de Guzman habia observado con particular cuida-

do los movimientos de los árabes por aquella parte, que habiéndolas significado á mi Gobernador, ordenó el dia 12 salieran por la falsabraga, para que se arrojaran á la boca de la mina que dirigida al reducto de San Antonio traian, ejecutándolo con grande ánimo todos, despreciando la furiosa descarga con que de los fortines y ataques los recibieron los árabes, notándose en éstos cobardía no mediana; pues viendo tan escaso número de católicos expuestos en campaña á la muerte, no osaron salir á estorbarles sus intentos, los que lograron los católicos; llegando á reconocer que los minadores enemigos, por haber encontrado peña, la habian abandonado, entrando en la plaza con total aviso, sin lesion alguna, á pesar de las muchas balas que les disparaban.

Muchos sitios se han visto en nuestros tiempos, cuyos ejemplares no muestran ninguno haberle igualado á éste en el número de infieles que lo cercaban, si no es el de Viena, sitiada por el gran visir Mustafá Cara, cuya soberbia postró el cielo; otro ninguno se ha observado en resistencias y valerosas resoluciones, siendo única en los valerosos y animosos soldados que dentro encerraba, uniformes siempre en morir por tan justas causas, como son la defensa del verdadero culto de Dios y servicio de su Rey, obligacion de católicos y lealtad de buenos vasallos.

Arbolaron los árabes en el fortin que tenian opuesto al baluarte del Diamante, una bandera española, el dia 13, convidando á los católicos á salir á cobrarla; pero á cañonazos la hicieron los castillos desarbolar. Anhelaban los católicos en los contínuos trabajos así en el castillo de Nuestra Señora de Europa, como en la contramina del muelle y zanja que por la parte de adentro se hacia, para una fuerte empalizada que pudiera suplir el muro, cuya ruina se esperaba por horas.

Habiendo dado fondo esta tarde tres navíos y otras embarcaciones menores, entraron con los socorros esta noche cuatro lanchas y un barco, admirándose la providencia del Excelentísimo Señor Conde de Aguilar, en la cantidad de víveres y municiones que suministraba, extrañándose sólo el escaso número de gente que enviaba, estando la plaza en tanto aprieto, no ignorándolo. Entraron 30 hombres, muchos medicamentos y refrescos para los he-

ridos, que pasaban de 150, con un religioso de San Juan de Dios, llamado Fr. Juan de Legasa, experimentado cirujano, el que fué de mucho útil á la plaza.

El dia 14 salió D. Pedro de Guzman con otros soldados á quemar el ataque próximo; pero no pudiendo lograrlo por el número de árabes sobresaliente que acudió, se retiraron con buen órden con cinco heridos y muerte de D. Pedro Peral, jóven que en el discurso del sitio habia dado bastantes muestras de su valor en las salidas que fueron impuestas, y en particular en el campo el dia 28 del pasado, siendo uno de los tres que, como ya se ha dicho, intentaron tan bizarra resolucion. Entraron esta noche ocho barcos con víveres y pertrechos, y el capitan D. Juan Magan con su compañía.

Midióse el dia 15 la brecha por el alférez D. Juan de Montenegro, y se vió pasaban de 200 varas; íbase aumentando el trabajo de los católicos en el muelle, y en la empalizada ó trincheron terraplenado donde se habian de poner algunas piezas para resistir al enemigo; trabajando asimesmo para encontrar una mina que los árabes traian dirigida á la puerta del muelle, se facilitó poner algunas piezas en la muralla de la villa que dominaba la brecha y pnerta del muelle donde el enemigo avanzaba, procurando por todas partes mi Gobernador defenderse hasta morir con los suyos, que estaban del mesmo parecer; aunque estaba la plaza tan angustiada, conociéndose claramente poder mantenerse muchos dias.

Oyeron los golpes de los minadores árabes el dia 16 los contraminadores católicos muy próximos en la puerta del muelle, por lo que solicitaban su trabajo, á fin de encontrarla, con especial cuidado. Salió felizmente una lancha, á pesar de los repetidos tiros de escopetería y artillería que intentaron estorbarla.

A las seis y media de la mañana del dia 17 disparó el enemigo una pieza sin bala, y poco despues volaron otra mina cerca de la puerta del muelle, que arruinando ..... (1) dejó el poco resto de muralla muy sentida. Acudieron con toda solicitud á la defensa los católicos; pero no hicieron movimiento alguno los árabes, que

(1) Hay un blanco.

causó no poca novedad. Sucedió este dia un caso digno de eterna memoria, y fué que, estando los mosqueteros en la muralla disparando, los levantó la mina y echó al campo cerca de los ataques árabes, sin lesion del golpe, y sin que el susto tuviera en ellos lugar, pues cobrados al abrigo de una peña, hicieron por largo espacio cara á los árabes, que maravillados de tal portento y de resolucion tan grande, no osaron salir de las líneas á cautivarles, dándoles lugar á que por la brecha entraran en la plaza, con gozo de todos los católicos, que casi envidiaban tan grande animosidad, pues no habia soldado que, ambicioso de gloria, no procurara señalarse particularmente; pensamientos que, reinando en todos, no aspiraba ninguno más que á la muerte, la que gozosos iban á encontrar, sin medir el riesgo, á causa de la prolija resistencia de los católicos. Entraron de la fuerza de la pólvora arrancadas algunas peñas dentro de la plaza, y entre la del Muelle, y el reparo que de material se habia hecho, sacaron de debajo de una dos católicos vivos. Perecieron este dia cuarenta entre muertos y heridos, acudiéndose á fortificar con gran cuidado la brecha, en que se admiraba el celo de cada uno.

Grande fué la batería de nuestra artillería el dia 18 á las placillas de armas y ataques del enemigo, así por la parte del campo como en el Diamante y Muelle; aunque no fué mucho el daño que se les hizo, por lo bien que estaban fortificados, no dejando con sus repetidos tiros de artillería de molestar los católicos continuamente, cuyo daño era resarcido con toda solicitud.

Hubo consulta el dia 19, en la que se propuso la brecha tan grande é indefensa; el número de árabes, á cuyo ejército llegaban siempre frescos socorros; las minas que amenazaban volar; las escasas defensas de la plaza, por la poca gente que habia en ella, y otras cosas muy importantes; pero se concluyó el que se defendiese hasta la muerte, procurando con varios y continuos trabajos resistir, sin excusar nunca las instancias de los árabes, á los que no habia hecho estorbo las lluvias de este dia y el antecedente para sus trabajos que por derecho del reducto de San Juan llevaban, habiéndose cubierto con las botas arrojadas de las minas, las tenian para su reparo. Fueron llevados dos barcos de la corriente

de los que estaban en la marina, los que vararon en los salados.

Molestaban el dia 20 los árabes á los católicos, no solamente con las continuas descargas de escopetería y repetidos tiros de artillería, pero con peñas, con las que á muchos hirieron, por estar los ataques y placillas de armas tan próximas. No se dejaba un punto de la mano el trabajo de la estacada, por ser de tanta consideracion como otros muy necesarios en diferentes partes de la plaza.

No hubo cosa memorable que poder notar el dia 21; sólo que fué muerto en el foso del castillo de Nuestra Señora Jacome Roso, mozo de mucho valor y que se habia señalado en diferentes ocasiones, así en este sitio como en el de Melilla.

Continuábase con gran cuidado de los católicos el dia 22 las cortaduras de San Juan y contraminas del castillo de Nuestra Señora de Europa, no cesando un punto el trabajo de la estacada en que se fundaba la última defensa de la plaza. La centinela del reducto de San Juan, viendo salir de las líneas propincuas algunos árabes, tocó alarma, y acudiendo los retenes y otros particulares, se sosegó el tumulto, habiéndolos retirado á mosquetazos.

Muy contínua fué la artillería de ambas partes el dia 23, aunque poco daño se experimentó en la plaza, teniéndose por cierto era muy profunda la mina que al reducto de San Juan traian, pues no se escuchaba en las cortaduras y taladros señales, aunque el terreno sacado por aquella parte daba bastantes muestras, no descuidándose los católicos en enviar buenas y resueltas escuchas, con duplicadas rondas por todas las partes.

Se observó el dia 24 que los árabes traian nuevas minas, una dirigida á la torre del Judío y otra al lienzo de San Francisco, y se acudió, segun el tiempo daba lugar, á encontrarlas por ambas partes.

Continuaban los sitiadores sus trabajos exteriores el dia 25, aumentando en el muelle nuevas lineas de comunicacion, y en el campo varias placillas de armas, muy capaces y recias, haciendo repetidas instancias de noche, en decir á los católicos que entregaran la plaza y se fueran á España, pues ya estaban en tanto aprieto; que no se fiaran en los buenos sucesos tenidos hasta allí,

pues era indubitable la ruina que les esperaba. A todo cerraban los oidos, despidiéndolos á balazos, como más veces tenia ordenado mi Gobernador. Habiendo perfeccionádose ya por la parte superior la estacada y puesto algunas piezas, se hacia notable daño con ellas á los árabes de la otra parte del rio.

El dia 26 no hubo cosa memorable.

El dia 27 se observaron con grande admiracion hechas nuevas baterías en las Borraceras para jugar diez piezas, donde derribadas las antecedentes, habian en una noche levantado éstas y pasado algunas piezas de las que tenian abajo en la arena, que baten la plaza con daño considerable. Aumentaba la Divina Majestad las fuerzas á los católicos, pues parece imposible que tan escaso número hiciera tan excesivos trabajos, los que no estorbaban el pelear continuamente, pues no cesaba un punto la mosquetería y artillería.

En tanto que en Alarache se continuaban estas defensas, no las solicitaba menores en España su Rey Católico, que entendido serian más prontas en Andalucía las de la ciudad de Xerez de la Frontera, por distar su situacion de Alarache 100 millas, la ordenó por su cédula Real dispusiese la marcha de dos de sus 16 compañías, fiando de sus notorias lealtades la más pronta expedicion, prometiendo su liberalidad correspondientes mercedes á tal servicio, asegurándola las restituiría á su poblacion, alzado el sitio. Exhibida la Real órden en su Ayuntamiento por su Corregidor y capitan á guerra, el señor don Gomez de Figueroa y Córdoba Laso de la Vega, Caballero del Orden de Santiago, Gentil hombre de la boca de Su Majestad, y obedecida por el señor don Francisco de la Cueva y Córdoba, su alférez mayor, en nombre de la ciudad, fueron unos mesmos los dictámenes de sus muchos capitulares en facilitar el real servicio, explicando en dilatadas conferencias su inclinacion al mayor acierto, y deseando los mejores en alivio de sus vecinos, entendida les seria sensible el salir en formadas compañías, por ejercitarse muchos de ellos en diversos estados y diferentes empleos, decretó un mayor servicio, que fué el reclutar 100 infantes voluntarios, eligiendo dos caballeros capitulares, debajo de cuya conducta, pasando á Cádiz á órden del

Excelentísimo Señor Conde de Aguilar, como Su Majestad ordenaba, Su Excelencia las formase, recibiese á sueldo y concediese patentes de capitanes de infantería española á las electas, que fueron el señor don Fernando Rodrigo de Morales Maldonado Suazo y yo; y para facilitar con brevedad los medios y la salida, juntos con el señor Corregidor, eligió por sus diputados á los señores don García Lorenzo de Mendoza, Alguacil mayor; don Jerónimo Diego Dávila Vargas Machuca, Caballero del Orden de Calatrava; don Fernando Bartolomé Dávila y Torres; don Juan Francisco de Ascargorta y Arrillaga; y acabado el Ayuntamiento en ánimo de facilitar la ejecucion á tan loable acuerdo, aunque de la eleccion de estos caballeros fiaba la ciudad su mayor brevedad, como instaba tanto el estrecho sitio de Alarache, y la expedicion y facilidad de las cosas se componia de diversas dependencias, se ofrecieron muchos capitulares á estar todas las horas en las Casas de la Justicia con su Corregidor y Diputacion, que habiendo ejecutádolo con tan singular aplicacion, son muy dignos de memoria, quienes fueron: don Francisco de la Cueva y Córdoba; don Manuel Ponce de Leon y Villavicencio; don Alonso Fernandez de Valdés Pino Dávila, Caballero del Orden de Alcántara; don García Dávila Ponce de Leon, Caballero del Orden de Calatrava, Marqués de Villamarta Dávila; don Martin Ruiz Cabeza de Vaca; don Juan Francisco de Miraval Spínola, Caballero del Orden de Calatrava; don Agustin Spínola Camacho Villavicencio; don Martin de Miraval Ponce de Leon; don Juan Ruiz Riquelme Villavicencio; don Alvaro Ignacio Lopez de Padilla; don Andrés de Torres, don Antonio de Vargas Machuca Dávila; don Gonzalo Perez de Gallegos, Villavicencio y Herrera, que facilitando los medios, ordenó el señor don Gomez junta particular, donde concurriendo don Juan Ponce de Leon, Sargento mayor, y sus 16 capitanes, les ordenó, con la comprension que tenian de sus cuarteles, buscasen hombres, los más hábiles para la guerra, é hijos de más conocidos padres. Acertada resolucion, prevenida en las ordenanzas militares que mandó imprimir el Señor Emperador Carlos V, y reimprimir el Señor Rey Felipe IV, á donde ordena sean preferidos á este ejercicio los de más conocida sangre, pues como el corazon mueve los ánimos, se

ha experimentado en él resoluciones que las fuerzas corporales no prometian; y habiendo acreditado la experiencia en Alarache y en Mequinez, con el valor en la batalla y con la constancia en el cautiverio, la aplicacion de estos caballeros en solicitar los más electos, deben ser indicados sus nombres, que son: don Fernando Rodrigo de Morales, don Manuel Ponce de Leon, don Miguel Fernandez de Villavicencio, don García José Dávila, don Agustin Ramirez Pabon, don Juan Caballero Dávila Patiño, don Alvaro José Nuñez Cabeza de Vaca, don Gomez Lorenzo de Mendoza, don Sebastian Lopez de Carrizosa, don García de Lara Dávila Ponce de Leon, don Alberto Manuel Caballero de la Cerda, don García de Trujillo Noguerol, don Juan Gonzalez de Mendoza, don Francisco Alberto Ramos Dávila, don Gomez Dávila y Torres y yo, que á su imitacion, solicitaba los mesmos aciertos.

No faltaron algunos populares discursos que, preciados de celosos, lastimaban la prevenida ya sucedida tragedia, culpando resolucion tan gallarda, que no por ser leales, dejan de ser públicas las públicas acciones, y como tales, viven expuestos á la más rigurosa censura, diciendo debió contentarse Xerez en tener entonces muchos de sus más principales hijos ocupados en servicio de Su Majestad, uno cuatralbo de las galeras de Nápoles, en Cataluña; dos capitanes de caballos, cuatro de infantería, muchos caballeros entretenidos, y otros hombres conocidos en aquellos ejércitos; un capitan de infantería, en el que se hallaba guarneciendo á Gibraltar, muchos caballeros de la órden de San Juan, sirviendo en las galeras de Malta; unos sirviendo de meninos, y otros de pajes en la Casa Real; algunos en gobiernos, corregimientos, y en tribunales eclesiásticos y seculares, que debió así representarlo á su Rey, atendida la incapaz defensa que Alarache tenia, esperando en su real ánimo diferiría su decreto, ó mandaría socorriesen otras reclutas la plaza, ocasionando dilaciones que embarazasen su salida, valiéndose del beneficio del tiempo, que suele desvanecer los peligros; lo que no debió hacer Xerez, pues la obediencia ciega á sus Reyes; ha sido el timbre único de sus blasones, desde que gloriosamente la sacó de la mahometana perfidia el señor Rey don Alonso, décimo del nombre en Castilla y Leon, llamado

el Sabio, el año de 12, la más célebre conquista de aquel reinado, así por la resistencia que en ella hicieron los árabes, como por las resoluciones de sus valerosos conquistadores, que acreditadas con tanta sangre vertida, facilitaron ganarla, donde entrando el señor Rey don Alonso, consagrada la mezquita mayor en iglesia colegial con título de San Salvador, dotándola de número de prebendados, que gozan títulos y memorias de capellanes reales, erigiendo dos insignes monasterios, Santo Domingo el Real y San Francisco, religiosos observantes, con otros célebres parroquiales templos, donde se miran mausoleos que conservan las cenizas de tan señalados varones, repartiendo á 300 caballeros hijosdalgo, las más señaladas tierras, juros y otras singulares mercedes, volvió á continuar sus conquistas, dejando á Xerez tan favorecida, como se lee en sus privilegios reales y libros capitulares que se conservan en sus archivos, y en los muchos descendientes, que hoy viven, de aquellos héroes, debiendo gozar con justo título este epíteto. Pues ¿cuál más valerosa accion que la de su alcaide valeroso, en dejarse matar primero que entregar sus alcázares reales? ¿Cuál la de hallarse en una ocasion sitiados, y escribir con su misma sangre una carta al señor Rey don Alonso, que leyéndola, cuando advirtió el color rojo de las letras, que decian antes verterían su sangre que abandonar á Xerez, como lo acreditaba aquel teñido papel, admiró su temeraria resolucion? ¿Cuál la de arrojarse uno de sus primeros caballeros en el real enemigo (y como la temeridad no repara en casos futuros), introducido en la tienda de su Infante, le quitó la vida con pérdida de la suya, ocasionando levantasen por entonces el sitio, que por muchos dias habian mantenido en los llanos de Lama? ¿Cuál la de, hallándose en otra ocasion sin socorros, por las continuadas guerras de aquellos tiempos, con resolucion de salir á campaña en un muy escaso número, sabida por los caballeros de Córdoba, sin ser llamados, vinieron á su socorro, llegando á tiempo tal, que juntas unas y otras huestes, vencieron el numeroso ejército de los árabes, y hospedados aquellos generosos caballeros en la ciudad, confederaron cordobeses y jerezanos aquella tan celebrada hermandad, que con correspondencia recíproca, hasta esta edad se

conserva? ¿Cuál la fé prometida y jurada lealtad que conservaron al señor Rey don Alonso, en las inobediencias del señor Infante don Sancho, su hijo, quien lo redujo á tal extremo, que para formar sus defensas, se vió obligado á empeñar su corona, y muriendo glorioso, aunque perseguido, ordenó en su testamento no descansase su real cadáver hasta estar satisfechos todos sus débitos, que con puntualidad observó la señora Reina doña Violante, en cuyos bullicios se mantuvo Xerez á la obediencia de un rey á quien era deudora de la ley y de la paz, haciendo en su muerte señaladas demostraciones de sentimiento y de fineza á la señora Reina viuda?

Jurado despues el señor Infante D. Sancho, cuarto del nombre en los reyes de Castilla y Leon, llamado el Bravo; compuestas entre sí las diferencias con sus sobrinos los señores Infantes Cerdas, fué Xerez de las primeras que le juraron vasallaje, y sus hijos los que más se señalaron en su real servicio; como lo dió Su Majestad á entender, pues hallándose en Xerez, la confirmó los privilegios que sus lealtades habian sabido merecer á su padre, favoreciéndola con repetidas inmunidades, dotando á la colegial de San Salvador de nuevas memorias, y sucediendo en aquella ocasion en el monasterio de San Francisco, religiosos observantes, la muerte de uno de sus más principales ricos hombres que venian en su cortejo, de cuya sangre aun á los hijos de esta antigüedad han quedado memorias en muchos caballeros de aquella ciudad, advirtiendo á sus sucesores cuánto deben ser atendidos los servicios militares, y estimada su nobleza, autorizó el entierro con su persona real hasta la colegial de San Salvador, donde ordenó su depósito, y en un público teatro alabó las singulares proezas de aquel cadáver y los señalados servicios que reconocian á los hijos de Xerez, no sólo los que ejecutaron en su conquista, sino tambien los de sus progenitores en las del señor Rey D. Fernando el Santo, tercero del nombre, su abuelo, cuando gloriosamente ganó los reinos de Jaen, Córdoba y Sevilla.

Los mesmos fueron estos servicios al señor Rey D. Fernando, llamado el Emplazado, hijo del señor Rey D. Sancho, en diferentes entradas que hizo á los árabes de Granada en su reinado.

En el del señor Rey D. Alonso el onceno, su hijo, fué Xerez muy favorecido de Su Majestad, pues pasando á las conquistas de Gibraltar y Tarifa, aun antes de ganarlas, hallándose en ella, la confirmó sus privilegios y la ilustró con nuevas fábricas de parroquiales iglesias; y pasando á estas conquistas en la batalla del Salado, fué el pendon de Xerez el más señalado; y ganada Gibraltar, fué su primero alcaide un valeroso caballero de Xerez que, sucediendo en sus reales aquel tan riguroso contagio, le ocasionó á Su Majestad la muerte, sentida antes de llegada, por las prevenidas desgracias que se siguieron á ella.

Secediéndole su hijo el señor Rey D. Pedro, primero del nombre, llamado el Justiciero; turbados todos sus reinos por sus enterezas y justicias, difunta la más infeliz reina de Castilla, la señora Doña Blanca de Borbon, que ocasionó á España todo su desconsuelo mayor, y toda su mayor ruina al señor Rey D. Pedro, su marido, quien eligió pauteon de tan hermoso y tan desgraciado cadáver, entre tantas ciudades de Andalucía, á Xerez, colocándola en su capilla Real y mayor del monasterio de San Francisco, religiosos obervantes.

Aclamado por Rey de Castilla el señor Infante D. Enrique, Conde de Trastamara, su hermano, fué la ciudad de Xerez la que no conformándose con todas las más del reino, no atendiendo sus hijos á los aumentos de sus casas, que lograron en esta sedicion otras que hoy permanecen las más soberanas, se hallaron siguiendo la voz del señor Rey D. Pedro en la batalla de Nájera, que continuando sus severidades, cercado años despues por el Infante D. Enrique en los campos de Montiel, se representó en ellos la más lamentable tragedia que admiró España; pues reducido á lucha el valor de los dos hermanos, vertida la sangre Real de uno y otro, permitió el cielo fuese el señor Rey D. Pedro el rendido y muerto. ¡Oh Príncipes, oh Reyes, que pecais para vosotros y para vuestros súbditos, aprended escarmientos en la severidad de este castigo!

Quedando todas las huestes por el señor Infante D. Enrique, fué jurado Rey de Castilla, segundo del nombre en ella, y aunque alabando los leales al Rey su hermano, su discrecion supo disimular, cuando Xerez le obedeció, no lo hubiese hecho primero, como

el entendimiento disimula y no olvida los agravios. Estuvo tan lejos de premiarlos, que antes, desconfiados, hubieron de dejar sus casas muchos de sus principales caballeros, pasando al reino de Granada (que no es nuevo poner á la nobleza en poder de árabes, una lealtad y una obediencia), hasta que muriendo el señor Rey D. Enrique, fueron restituidos á sus casas, por dejarles en su testamento ordenado al señor Infante D. Juan, su sucesor, de nadie más se fiase que de los que se habian mostrado leales al señor Rey Don Pedro, pues á vista de su entereza no se habian apartado de aquel su mejor partido.

Coronado el señor Rey don Juan el primero, fueron iguales los servicios de Xerez en su reinado, pereciendo muchos de sus hijos en la memorable batalla de Aljubarrota, donde triunfando las armas portuguesas de las castellanas, fué vencido el señor Rey don Juan, trance de que con sentimiento se glorían los más Grandes de Castilla, por haber perdido en él sus más gloriosos progenitores.

Muriendo desgraciadamente el señor Rey don Juan el primero, sucedióle el Señor Rey don Enrique, su hijo, tercero del nombre, llamado el Enfermo por sus dolencias, que concurriendo á su servicio Xerez en las entradas que hizo con sus armas en tierras de árabes el señor Infante don Fernando, su hermano, acreditó el concepto que Su Majestad formó siempre de sus lealtades.

Acabando sus indisposiciones el señor Rey don Enrique, dejando por su sucesor al señor Rey don Juan el segundo, su hijo, en edad de 22 meses, luego le juró Xerez, sosegando los bullicios que su menor edad motivó la gran prudencia de la señora Reina doña Catalina de Alencastre, su madre, y el gran valor del señor Infante don Fernando, su tio, llamado el Infante de Antequera, por la reñida conquista de esta ciudad, que ganada, puso por primer alcaide en ella un famoso caballero que se habia señalado á su lado, y criádose en el ejercicio de doncel en la Casa Real, desde niño, hijo del Adelantado mayor de las fronteras del reino de Jaen, y sobrino de su obispo, insigne prelado y célebre pastor de la iglesia de Jaen; que muriendo éste tan famoso y celebrado alcaide de aquellas y estas edades y dos hijos suyos, uno de indis-

posicion, y otro en batalla, le sucedió su hermano segundo en la alcaidía, alferazgo mayor, villas, jurisdicciones, patronatos y otras insignes memorias en aquella ciudad, que hasta estos tiempos conservan sus descendientes, derivados de hijos mayores y de otros hijos, otras muchas ramas que con igual estimacion florecen en Andalucía.

Pasado el señor Infante don Fernando á ser coronado Rey de Aragon, no imitando tan esclarecido padre, sus cinco hijos, Infantes de Aragon y Maestre de las Órdenes militares, le alborotaron el reino de Castilla, y su primo hermano el señor Rey don Juan el segundo (que cuanto es mayor la amistad y parentesco más fácilmente se rompe), émulos á la privanza de su Condestable, cuyas envidias le pusieron en un cadalso, y no sosegadas por este acto de justicia, pues una vez declaradas, no es capaz de vencerlas todo un ánimo real, sitiaron algunas ciudades de Andalucía, y á Xerez, á cuyo propósito salió su pendon y toda su numerosa nobleza, y reconvenidos en unas vistas por un principal caballero retirasen sus huestes, porque Xerez nunca faltaría en la lealtad á su Rey, á que tambien lo reconvinieron los suyos; pero el caudillo, que era uno de los Infantes, aunque de gran corazon, no tenía experiencia en las cosas de la guerra, criado en las delicias de una corte, sin ejercicio en las armas, ni noticia de los casos, no admitía consejos, creyendo todo lo podría vencer la grandeza de su sangre, y que disminuiría su gloria si tuviese algun compañero en ella, presuncion en que suelen peligrar los generales, y por donde procuran acrecentarse ignominiosamente se pierden, como sucedió á los Infantes que, no admitiendo partido alguno, quedaron rendidos por Xerez en una célebre batalla, que hasta estos tiempos ha quedado memoria en aquellos campos, que siempre perdió la ambicion del ageno estado el premio.

Muerto el Rey don Juan y sucedídole el señor Rey don Enrique, cuarto del nombre, su hijo, ocasionaron sus descuidos tales alborotos y tan nunca oidas parcialidades entre sus Grandes, que levantaron por Rey de Castilla al señor Infante don Alonso, su hermano, á cuya obediencia reducida la mayor parte de Castilla y Andalucía, apoderados los que seguian esta voz de San Lucar

de Barrameda, entraron en tierra de Xerez, talando todos sus campos, que hallándose sitiada por todas partes, en unas vistas se convinieron en que avisando Xerez su sitio al señor Rey don Enrique que se hallaba en Segovia, ajeno de socorrerla, ordenase, advertida la imposibilidad de defensa, el que se diesen á partido, constando así por su cédula Real eran las mesmas sus lealtades, y Su Majestad creyese eran suyos los ánimos, que de no ser así, se dejarian primero perecer bárbaramente; y así resuelto, poco seguras las enemigas, pues la desconfianza fué siempre hija de la deslealtad, les pidieron rehenes, que ejecutado, fueron los primogénitos de los caballeros de Xerez, y en ella entraron de los enemigos sus más allegados. Luego llegó aviso de Su Majestad dónde permitia la entrega, atendiendo á aquella urgencia, alabando á la ciudad su señalada lealtad, y explicando en carta particular su real afecto con cariñosa palabra de amigo á uno de los capitulares.

Muerto el señor Infante don Alonso, que desunió estas parcialidades en parte, logrando victoria contra los rebeldes las armas del Rey en la batalla de Olmedo, intentaron las mesmas ayudas de las de los grandes de Andalucía recobrar á Gibraltar, que en las turbaciones pasadas habia vuelto al poder de los árabes, en cuya conquista tuvo grande parte Xerez, y como tal, puso por alcaide de ella el señor Rey don Enrique á un capitan suyo, casándolo con hermana legítima de uno de sus Grandes, señalándole una tan crecida dote en su patrimonio real, que conservada hasta hoy en sus descendientes, aun en estos tiempos fuera demostracion excesiva.

Corriendo por las demás ciudades de España la fama de las lealtades y resoluciones de Xerez y de sus hijos, motivó á muchos grandes suyos se uniesen en matrimonio con muchas de sus primeras casas, y otros muchos ilustres caballeros de Castilla y de la Señoría de Génova, que avecindados en ella, han dejado numerosa posteridad; y no pudiendo estrecharse su vecindad en sus muros, fuera de ellos se fabricaron muy dilatados barrios, ocasionando muy crecidos caudales la fertilidad y longitud de sus campos, á que se siguieron nuevas fábricas de Parroquias, muchos

Monasterios de religiosos y religiosas de todos los Ordenes, Hospitales, Capillas, é innumerables Ermitas y Santuarios, siendo el más celebérrimo el Monasterio de la Cartuja, riberas de su río Guadalete, que en culto divino, en observancia, en opulencia, en insigne caridad, compite con los primeros de Europa; donde, así en él como en los demás, es adorado el Dios verdadero con singular majestad, y aplaudida su Madre Santísima, con la devocion más rendida y demostraciones más públicas; pues no hay Parroquia, Monasterio ó Ermita que no la celebren con singularidad; y como es tan crecido su número, el año todo se pasa en estos obsequios; y aunque todas sus imágenes son tan milagrosamente peregrinas, la que más arrastra los afectos es la de Nuestra Señora de Consolacion, venerada en el Monasterio de Santo Domingo el Real, por las circunstancias maravillosas de su aparicion; pues navegando el golfo de Rosas un famoso caballero genovés, corriendo una procelosa tormenta, á la media noche, perdido el árbol mayor, trinquete, mesana, jarcias, gumenas y entenas, reconoció en breve distancia una lancha con dos luces, que admirado se conservasen á tales vientos, abordando á su bagel, vió una imágen de Nuestra Señora, de peregrina escultura, que colocándola en la cámara de popa, serenada la tormenta, le dijo la condujese á Xerez de la Frontera, al convento de sus hijos los Predicadores; y sucediendo este prodigio en un golfo más de novecientas millas distante de la bahía de Cádiz, amaneció en ella, y desembarcado en el Puerto de Menesteo, llamado desde entonces Puerto de Santa María, por haber arribado á él tan divino simulacro, pasó el año de 1228 á Xerez de la Frontera, que sabido por sus dos estados, eclesiástico y secular, se movió entre la Colegial y los demás Monasterios repetidas diferencias, por pretender adjudicarse cada una aquella reliquia, y obviando embarazos el caballero genovés y los de Xerez, la pusieron en un carro, gobernado sólo por dos cerriles brutos, alhaja la más acomodada en aquellos dichosos siglos, y sin ser guiados, llegaron al Monasterio de Santo Domingo el Real, donde entendida la voluntad de la imágen, se desistieron sus intentos, que advirtiéndola despues los mayores artífices de aquellos y de estos tiempos, ignoran todos la formacion de su orígen.

La más recibida tradicion es haber sido formada por mano de ángeles, y continuando sus prodigios, habló segunda y tercera vez á un espiritual religioso de conocida virtud; la una, á que dijese á su prelado no la tuviese oculta, porque sólo venia á ser la consolacion de Xerez, de donde se le denominó este título tan amoroso, y la otra, asegurándole una noche hallaría pronta numerosa cantidad con que la edificase Capilla, cumpliéndose todos los tres vaticinios, pues Su Majestad llegó, como en el golfo lo predijo; la Capilla se labró, la más hermosa, donde jurándola Xerez por su tutelar patrona, luego experimentó sus consuelos en ahuyentar los árabes sin diligencias humanas, que intentaban tercera vez su conquista; en sacar sus hijos del reino de Granada y de las costas africanas, donde vivian en miserable cautiverio; en restituir al uso de sus sentidos á ciegos y á sordos; de manera, que venerada por divino ídolo del Andalucía, han sido tantas y tan contínuas sus maravillas por espacio de cuatro siglos, que si dijo el señor Rey don Felipe IV, visitando aquel primer templo de la cristiandad:—Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, ¡dichosa fuera Madrid, si hubiera logrado este simulacro! Yo digo:—¡Dichosa es sólo Xerez, que merece protectora tan soberana!

Adornan en lo material á Xerez unas majestuosas casas de cabildo, de artificiosa hechura; unas suntuosas casas, habitacion de los caballeros corregidores; unas fábricas extendidas para el uso de las providencias públicas; plazas multiplicadas á diversos usos, para no confundirse en los empleos, una para los festejos más plausibles, otra para las dependencias civiles, muchas para mercancías, y para diversos oficios, cada uno con separacion; vistosas fuentes, unas inmediatas, otras apartadas de la ciudad, y todas para el uso público; un primoroso puente en Guadalete, rio de Leteo ó del Olvido, en cuyas amenidades fingió la antigüedad se olvidaban los pesares, y como á tales, cónstituian en ellas los Campos Elíseos.

Creyendo el señor Rey don Enrique que la cercanía de aquellos que habian perturbado el reino seria su remedio, fué su ruina, siendo estilo de la divina justicia en sus castigos disponer las cosas de suerte que quien le ofende se hiera con su espada mes-

ma, que se le rompa entre sus manos el arco, que peligre en sus obras, y que ciega la prudencia, se confundan los consejos, sin que en esto fuerce Dios el libre albedrío, porque basta dejarle el poder de sus pasiones, y como es uno de los efectos del vicio cegar los ojos de la razon, murió lleno de infelicidades, pues la mayor de los príncipes es gobernarse por ajenas voluntades, sucediendo á ellos lo que á estos planetas luminares, de cuyos efectos en sus eclipses paga el mundo la pena.

Heredó los reinos de Castilla y de Leon la señora Infanta doña Isabel, hermana del señor Rey don Enrique, la más célebre matrona que admiraron estos y aquellos siglos; que jurada Reina de Castilla y casada con su primo segundo el señor Príncipe de Sicilia, Infante, y despues rey de Aragon, don Fernando, quinto del nombre en Castilla, y unidas otras coronas, les concedió título de Católicos el vice Dios de la tierra, que como si no hubiera heredádole, lo acreditaron de nuevo en formar un temido tribunal de la Inquisicion, en expeler todos los hebreos de sus reinos, en libertarlos de los yugos agarenos, conquistando el belicoso reino de Granada, toda su tierra, donde gastó diez años en los más peligrosos sitios, concurriendo en todos su valerosa consorte la señora Reina católica doña Isabel, y dilatando el Evangelio á la América, logró nuevas conquistas y no menores glorias; á cuyas proezas concurrieron los caballeros de Xerez y su pendon en la guerra de Granada; quedando los señores Reyes Católicos, convocaron toda la nobleza de sus reinos, hallándose Su Majestad en todas las entradas que en él se hicieron, pues habiendo en edad de trece años vencido una batalla, siendo Infante de Aragon, escuela donde aprendian en aquel tiempo los reyes, no se podia hallar sin ellos, porque sólo se mantienen los reinos con los mesmos medios con que se adquieren.

No sólo se hallaron en estos sitios los más ilustres caballeros de Xerez; pero en las conquistas de las islas de Canarias se señalaron de modo que, volviendo á España, entre otras que merecieron á los señores Reyes Católicos, fué la de honrarlos en Xerez con su Capilla mayor en el Monasterio de Santo Domingo el Real, no enagenado hasta entonces. Igual merced á la que habian hecho

antes los señores Reyes, sus predecesores, de su Capilla mayor en el Monasterio de San Francisco, religiosos observantes, concediendo y permitiendo sepulcros á dos ilustres linajes, que el uno usó de él por algunos años y dejó por seguir otros patronatos, y el otro hasta hoy lo conserva con memoria, separando altar y escudos. Y como en la vida humana no hay seguras felicidades, se siguieron á estas el más mal afortunado suceso en la muerte de la señora Reina Católica doña Isabel, pérdida que lamentaron aun los que no confesaban su fé, habiendo España debido á su admirable gobierno toda su tranquilidad, que á no haber favorecídola la Divina Providencia con su nacimiento, hubiera padecido su ruina, pues en la sucesion contínua de tres Príncipes descuidados se suele perder el mayor estado, porque en el primero comienza á resentirse, en el segundo declina, y en el tercero cae; y tales pueden ser los Príncipes, que basten dos á dar en tierra con él, como sucedió al Imperio de los godos; perdido entre las manos de aquéllos sus dos tan fatales Reyes, pues el primero con la libertad de los vicios, con la licencia de la impiedad, con el regalo de los baños y otras delicias, entorpeció todo el valor de los godos, y con el ócio en la paz borró toda disciplina militar, y quitando á los súbditos las armas, instrumentos del valor, y derribando los muros de las ciudades, presidio de ellas, y ánimo de sus habitadores, perdieron todos el espíritu marcial y el apetito de gloria; el segundo, imprudente en sus afectos, destemplado en sus efectos, todo entregado á los vicios, continuando los pasos de su antecesor, acabó de perder su reino.

Sucedió á la señora Reina Católica, por muerte del señor Príncipe don Juan, su hijo, y de la señora Reina de Portugal, su hija mayor, la señora Infanta doña Juana, su segunda hija, Condesa de Flandes y de Tirol, que habia casado con el señor don Felipe de Austria, Conde de Flandes y de Tirol, Duque de Borgoña, hijo del ínclito Emperador de Alemania el señor don Maximiliano de Austria, por cuyo matrimonio feliz lograron los señoríos de Castilla sus mayores dichas en conocer por sus Reyes á la Cesárea Casa de Austria, y malogrado en su mejor edad el señor don Felipe, ya jurado Rey de Castilla, primero del nombre en ella, causó en la

señora doña Juana sentimiento tal, que dejándola notablemente indispuesta la invalidó el uso del gobierno, siendo su tutelar y Gobernador, y del señor Príncipe don Cárlos, su hijo, el señor Rey de Aragon, su padre, don Fernando el Católico, con quien volvió á lograr Castilla sus ya experimentados aciertos; pues á su prudencia y consejo en las artes de la paz, usando inseparables lados, virtudes de la piedad y justicia, y á su disposicion y valor en las de la guerra, confesaba el verse restituida á su primera felicidad, no teniendo aún esta tutela suspensas las armas, conduciéndolas al Africa, gobernadas por don Fray Francisco Ximenez de Cisneros, Cardenal arzobispo de Toledo, y por el Conde Pedro Navarro, ganaron y rindieron la plaza de Orán y todas sus fortalezas, donde tambien se hallaron algunos caballeros de Xerez, con igual crédito al de sus mayores.

Cumplida su pupilar edad, el señor Príncipe de las Asturias, don Cárlos, fué coronado Emperador de Alemania, quinto del nombre y Rey de Castilla con todos sus dominios, primero del nombre en ella, y jurádole Xerez su debido vasallaje, luego entraron muchos hijos suyos á servir en la Casa Real, loable costumbre heredada en España de sus Reyes godos, en cuyas edades se criaban en el Palacio Real los hijos de los ricos hombres y nobles del reino, para que cobrasen amor á sus Príncipes, y émulos de sus acciones, aspirasen á lo más glorioso.

Saliendo despues de Castilla el señor Emperador, en Alemania, en Flandes y otros Estados se hallaron sirviéndole muchos hijos de Xerez, y ocasionando la ausencia de Su Majestad aquellos grandes movimientos en Castilla, con nombre de Comuneros, á quienes dieron los leales cerca de Toledo una batalla, se halló en ella de los primeros el pendon de Xerez y su nobleza, que sabida esta lealtad por Su Majestad, la remuneró con cartas honoríficas á la ciudad y condecoradas mercedes á sus hijos. Despreciando el señor Emperador Cárlos quinto las cosas humanas, sujetas á la malicia y á ligeros accidentes, retiróse á las soledades del admirable monasterio de Yuste, donde murió coronado de triunfos y de victorias, breve tiempo para un gobierno tan bueno. Las repúblicas son perpétuas; los príncipes, á tiempos, unos buenos, otros

malos. ¡Oh cuán feliz fuera el mundo si pudieran los buenos vivir lo que las repúblicas!

Sucedió al señor Emperador su hijo el señor don Felipe, segundo del nombre en Castilla, y jurándole Xerez, fueron muy contínuos sus servicios, y el más señalado cuando, saqueada Cádiz, famosa ciudad, por un grueso ejército de Inglaterra, gobernado por el conde de Sex, el más inhumano y obstinado hereje de aquellos tiempos, pasó á su defensa Xerez con sus compañías, donde despojados por los herejes sus ciudadanos, violados sus templos, profanados sus altares, murieron muchos hijos de Xerez, unos por defender la inocencia, otros por no permitir ultrajes en las sagradas imágenes, y muchos que pasaron prisioneros á Inglaterra, donde murieron los más en la horrorosa Torre de Lóndres, cuyos servicios quedaron remunerados en sus descendientes con singulares mercedes, y favorecida la ciudad con carta de Su Majestad, la que individua sus más valerosos hijos.

Sucedió el señor Rey don Felipe, tercero del nombre, á su padre el señor Rey don Felipe segundo, y manteniendo en paz por algun tiempo sus reinos, no dejó Xerez de servirlo en las más plausibles demostraciones de júbilo al nacimiento de los tres Infantes, sus hijos, que vió en aquel tiempo la Andalucía, pasando en su nombre á manifestarlo así á Su Majestad diferentes capitulares suyos, con los gastos que correspondian á su representacion, hallándose en aquel tiempo en la córte muchos de sus hijos, los unos en diferentes Consejos y Tribunales, los otros pajes en la Casa Real.

Pasando á mejor vida el señor Rey don Felipe tercero, y sucedídole el señor Rey don Felipe, cuarto del nombre, su hijo, continuó Xerez sus servicios con sus compañías, en lo práctico, á repetidas armadas de Inglaterra, que intentaron saquear á Rota, y segunda y tercera vez á Cádiz, donde así defendiendo aquella villa como el puente de Zuazo, muchas veces fueron iguales sus méritos á los primeros, y muy crecidos sus gastos; y á las guerras de Portugal concurrió Xerez con sus compañías y pendon, y con diferentes resultas repetidas veces, en que se le siguieron extraordinarios dispendios.

Muerto el señor Rey don Felipe cuarto, quedando en menor edad el señor Príncipe de las Asturias, don Cárlos, y por su tutora la señora doña Mariana de Austria, su madre, sirvió á Su Majestad Xerez con diferentes contribuciones para las urgencias del reino, y jurado el señor Príncipe don Cárlos, segundo del nombre en los reinos de Castilla, hizo Xerez el más plausible acto y la más aparatosa demostracion de júbilo que vimos en este tiempo; y en su primero real casamiento y muerte de la señora Reina doña María Luisa de Orleans, ejecutó de sus finas y públicas lealtades las más costosas señales, conservándose en su Real servicio muchos hijos de Xerez, en el principio del reinado, y en este los que ya dije; y logrando en todos estos cuatro siglos tan singulares lealtades, siendo siempre la ciudad la mesma, no con menor empeño debieron concurrir sus capitulares, sin omitir diligencia ni el mayor costo en facilitar este servicio en obediencia á su Rey y en defensa de Alarache. Por esto fué en tiempo de los Godos tan estimada la nobleza, pues juzgando por cierto pasaría á los sucesores la virtud y el valor de sus antecesores, los obligaría la emulacion doméstica y el ejemplo á continuar la gloria de las hazañas y trofeos dejados en herencia, como vínculos perpétuos en las familias. Los desengañados dicen que la nobleza no se adquiere naciendo, sino obrando; si ellos entienden por nobleza las aplicaciones generosas de la virtud, dicen bien; pero el mundo no tiene á la virtud por nobleza, y no es tan ciego el mundo que no vea que la virtud es atributo mejor que la nobleza de la sangre; pero ese atributo tiene diferente nombre. La nobleza de los abuelos solamente tiene por nombre nobleza. Saberse de un hombre muchas virtudes, le hace excelente; saberse los nombres de muchos abuelos, le hacen noble; el que dice noble, no dice precisamente virtuoso; el que dice virtuoso, no dice noble precisamente. Las cosas que no caen debajo de un nombre genérico, no tienen una naturaleza; las que no están comprendidas en una naturaleza, son por cualquier parte diferentes en el sentido humano. Virtud y nobleza son cosas muy distintas; mucho más venerable es la virtud que la nobleza; todos lo saben; pero mirando á la virtud como á prenda grande que la puede cualquiera adquirir

por sí mesmo, la nobleza, como á joya que no la puede tener sino el que la tiene, el noble está apto para adquirir virtud excelente; pero el excelente en la virtud no está capaz de ser noble si no se lo es; por esto la descendencia ilustre es á los ojos del mundo tan estimable. La nobleza encamina la virtud, aconseja la liberalidad, obliga á la cortesía, inclina á ejercicios estimables, embaraza las vilezas, amonesta el buen trato, y enseña la amistad fina; por esta razon no dejarán de observar esta digresion algunos, no tú, pues siendo tus obligaciones las más, lo mesmo debes á Xerez que yo; notándome el dejar correr la pluma en tan sabidas verdades, como olvidado de lo que empecé á escribir, no sé si ja llame deuda ó afecto; si deuda, debe ser declarada; si afecto, no es culpable el publicarlo. Cualquiera de los que escriben se fatiga por agradar á cualquiera de los que leen. La mayor dádiva que puede hacer un hombre á otro, es la de la buena fama; grande bien le hace á otro el que le hace este beneficio; la buena fama se hace con sólo decir verdad; tan á poca costa se hace dádiva tan mucha. Muy villano tiene el natural quien, por la poca costa de cuatro alabanzas, niega un bien que vale tanto. Mucha diligencia cuesta librar de un error al que no se corre de tenerle. Sigo el discurso, que yo no intento quitarle al mundo su condicion.

Prevenidos ya los infantes, puestas mesas públicas, y pagados cada uno al crecido número de 20 y 30 escudos, ante Bartolomé de Medina, escribano del Cabildo y de la Junta de guerra, hube de hacer eleccion de primera plana, y entre tantos como solicitaron mi bandera, elegí á don Juan Cloquer Vargas Machuca, que además de sus conocidos méritos de justicia, le tocaba, como hijo de un padre que, con el mesmo nombre y puesto, acompañó al mío en otro no menor servicio. Gallarda resolucion, que acreditó la experiencia, muy parecida á la de su hermano mayor el muy Reverendo Padre Lector Fray Tomás Cloquer Vargas Machuca, que abandonando las conveniencias del siglo por el hábito de Santo Domingo, que lo recibió en su convento Real de Xerez, donde lograba los mayores créditos en la cátedra, con su aplicacion y continuada práctica de aquella Atenas de Andalucía, dejó los aplausos que le facilitaba su ciencia, y pasando á Filipinas, son muy

sabidos sus progresos en la predicacion evangélica, sacrificando sus vidas los dos hermanos, uno en América y otro en Africa, en propagar la ley verdadera y en quitar la vida á quien la niega.

Dí á Diego de Chaves mi alabarda, que solicitó, sin atender á tan fatales anuncios, desempeñando mi eleccion sus resoluciones en defensa de la plaza, ejecutando lo mesmo don Fernando Rodrigo de Morales, en don Ambrosio Bravo y Angulo, y Alonso de Cebada, que dignamente lo merecieron.

Ya puestas en órden las compañías á disposicion de don Juan Ponce, Sargento mayor, que con las experiencias de haber sido capitan de infantería española en las guerras de Portugal, las ordenó con todo militar acierto, salimos, marchando don Fernando Rodrigo, y yo, de Xerez, acompañados de su Corregidor, de la mayor parte de su nobleza, y de un numeroso concurso de todos estados, demostraciones de que don Fernando Rodrigo y yo tarde lograríamos el desempeño; siguiendo la marcha el Sargento mayor, la compañía de caballos, y los caballeros capitanes llegados al Puerto de Santa María, recibidos por su Corregidor y Sargento mayor, se señaló más en favorecernos, recibiéndonos antes de llegar á poblado, don Bartolomé José Leandro Dávila, Caballero del Orden de Alcántara, Veinticuatro perpétuo de Xerez de la Frontera, que acaso se halló en aquella ciudad, y sin dejar sus cortejos hasta que quedamos embarcados, y aun navegando, volvió en una lancha á tierra, con las más sentidas demostraciones que rara vez lograron hijos de una mesma patria, como quien tan bien habia sabido desempeñarla en las guerras de Portugal, siendo capitan de infantería española, y en su Ayuntamiento con sus prudentes y loables dictámenes.

Llegando á Cádiz, dejada la infantería en el castillo de Santa Catalina, volví acompañando á don Fernando Rodrigo, á dar la obediencia á mi General el Excelentísimo señor Conde de Aguilar, que entendido en el acuerdo de la ciudad, concedió á los dos patentes de capitanes de infantería española, ordenando se formasen dos compañías que recibiesen á sueldo en aquel presidio, como consta en su veeduría y contaduría, satisfaciendo á la hora

todos los reales pagamentos, aplaudiendo un tan señalado servicio, y ejecutando lo que Su Majestad le ordenaba en proporcionar todos los medios que condujesen á defender á Alarache.

Deteniéndome unos dias, por haber el navío San Francisco con los contratiempos arribado á Gibraltar, y los demás bajeles de la escuadra del General don Nicolás de Gregorio no haber aun llegado á aquella bahía, fueron singulares las honras que en ellos le merecí á Su Excelencia, observando su gran celo, y el del Excelentísimo Señor de los Cameros, su único hijo, pues manifestando su lealtad en las incomodidades de una playa y de una bahía en tiempos tales, su desvelo todo lo facilitaba y todo lo autorizaba, habiendo oido decir más de dos veces á Su Excelencia: ¡Oh infelices españoles sitiados! ¿quién con la sangre de sus venas pudiera sacaros de tal peligro? Arribada la escuadra, embarcadas las dos compañías en su capitana, la nao Santo Tomás, deteniéndome siete dias en la mar por los poco favorables vientos, discurriendo con el General don Nicolás de Gregorio, en las noches que entró de guardia mi compañía, sus acertadas aplicaciones á introducir los socorros, le oí decir las alabanzas de los que así con particular pretension lo habian ejecutado, señalándome á don Pedro de Castilla, entretenido en la armada real, con grado de Maestro de campo vivo; á don Juan Ibaco, capitan reformado de su escuadra; á don Diego Spínola Guevara y Villavicencio, caballero del Orden de Calatrava; á don Nicolás de Rioja, entretenido en la armada real, y otros caballeros de igual resolucion, de quien ahora no hago mencion, por habérseme pasado sus nombres con la variedad de tales fortunas. Continuando la navegacion, á los seis dias descubrimos á vista del cabo de Espartel y playas de Arsila, el navío San Francisco, y otras embarcaciones que, de arribada á Gibraltar, seguian la misma derrota, y á los siete, que fué el 28 de este mes, dimos fondo en la ensenada de Alarache, donde junta toda la escuadra, tartanas, gabarras, barcos longos y otras embarcaciones menores, hasta número de veintisiete, embarcadas todas las armas, pertrechos, víveres y municiones, en dos embarcaciones entraron el capitan don Fernando Viñales y toda su compañía que habia reclutado en Mála-

ga, su Maestro de campo don Domingo Francisco Coben Montefrío, y unos ramos de mar y guerra á cargo de don Fernando de Insa, alférez reformado de la escuadra. En otra entró el capitan don Fernando Rodrigo de Morales con su compañía. Yo me embarqué con la mía en un barco longo, á hora de las 12 de la noche. En el mismo entraron conmigo don Alonso Carpintero, que para esta funcion dejaba en Cádiz sentada plaza en la veeduría de la Armada Real, en la compañía de don Manuel de Gaviria, que se hallaba de socorro en Alarache; don Juan Beato de Rojas, Pedro Velazquez Chacon, y otros soldados valerosos de la armada. Llegados á vista de un tiro de pistola de las baterías enemigas, fueron tan continuados sus cañonazos, que observaron en ella haber llegado su número á 123, é innumerable escopetería, causando en los católicos tal confusion, que me ví imposibilitado á observar todos los avisos que le debí al Excelentísimo señor Conde de Aguilar, tocando la diferencia que hay de la teoría á la práctica; y continuándose los riesgos, entró en la embarcacion del capitan don Fernando Rodrigo de Morales una bala de artillería que mató á su sargento Alonso de Cebada, y á sus dos cabos de escuadra Cristóbal Tinajero y Diego Cecilia; y ya casi sumergida la embarcacion, le oí decir con notable fé á don Fernando Rodrigo: ¡Santo Domingo de Guzman, debajo de cuya proteccion he vivido siempre, amparadme! y milagrosamente salió á tierra él y los suyos, no pudiendo faltarle á quien pasaba al Africa con tan católico celo, los auxiliares socorros de un santo que, hijo de una familia, y fundador de otra en lo humano y en lo divino, habia sido asombro de herejes. Hecho todo un volcan de fuego el río, reducido todo á horrores, perdido todo mi bagaje, con el cuidado de los pertrechos, salvadas todas las armas reales y las de la ciudad de Xerez, que eran de las que yo usaba, y desembarcado yo, aún no bien habia pisado las arenas de Africa, cuando me estrené con un horror, que fué matar inmediato á mí una bala de artillería á Pedro Ruiz de Robles, un soldado mío; y recogiendo en la marina de los demás los más que pude, mi alférez, todo aplicado con singulares desvelos al cuidado de las arma; mi sargento y los cabos de escuadra, los más resueltos á la solicitud de

todos los demás pertrechos; subiendo por las cortaduras á la plaza de armas, antes de llegar, me detuvo el desconsuelo de ignorar el fin del peligro del capitan don Fernando Rodrigo, cuando supe que don Bartolomé de la Cerda y otros hijos de Xerez, sabiendo el suceso, habian bajado á su alivio, que subiendo todo mojado, á todos lastimó sus canas y admiró su resignacion.

Habia dado grande alegría á los católicos este socorro; aunque la plaza estaba tan augustiada, y á los últimos fines, siendo imposible mantenerse ya mucho tiempo, temiéndose por la quietud de tantos dias; visto en los árabes algun repentino desasosiego que terminara en la última caida de la plaza, por lo que se estaba con todo cuidado y prevencion necesaria, en particular por el reducto de San Antonio y puerta del muelle, partes donde amenazaba abrir con nuevas minas mayores brechas el enemigo, que viendo tan sobresaliente número de embarcaciones, reforzaron todos los ataques de gente arbolando varios estandartes, en el Diamante y placilla de armas del Campo y Muelle, y saliendo de sus alojamientos la caballería, repartida en diferentes trozos, ocupó toda la campaña por ambas partes, formando un cordon en Mexillones de más de media legua, dando desde la zanja grande repetidas descargas.

Entraron esta noche en once barcos y seis lanchas cuatrocientos hombres, mucha pólvora, cajas de granadas, municion de plomo y otros pertrechos y muchos víveres, providencia grande y digna de memoria del Excelentísimo señor Conde de Aguilar, prometiendo grandes esperanzas al capitan Juan Moton, famoso bombardero que entró esta noche. Salvó la diligencia de don Bernardo Joaquin de Andrade un barco que se llevaba la corriente, no siendo ménos gloriosa la accion del cabo de escuadra Felipe Manuel de Llamas en salvar otro, varado ya en la otra parte, conseguido con temor de los árabes, que viéndolo arrojar á tierra con algunos compañeros del barco para sacarlo, juzgando era desembarco, abandonando las primeras trincheras, se dieron á la fuga precipitadamente. Salió esta noche el capitan don Nuño Cárlos de Villavicencio, su alférez don Juan Berrillo y su sargento Juan Ximenez, con expresa órden del señor Conde de Aguilar para gobernar cierto número de gente.

El dia 29 pasó muestra la gente que habia desembarcado, que fueron 106 de Xerez, debajo de dos capitanes; uno, don Fernando Rodrigo de Morales, y el otro don Jacinto de Narvaez Pacheco, y la de don Fernando Viñales, 200, de los cuales fueron 100 agregados á las compañías del presidio, y repartidos por varias partes de la plaza, 30 de mar y guerra y 50 de leva, que entre todos eran 386. La alteracion de la barra no dió lugar á que se continuasen los socorros, con sentimiento mucho del almirante don Nicolás de Gregorio.

No hubo el dia 30 cosa memorable, sólo que en la plaza se acudia á todo lo necesario para cualquier tentativa del enemigo. No pudo lograrse la introduccion de socorros.

Gran cantidad de faginas condujeron los árabes el dia 31, más de lo acostumbrado; quiso el capitan Juan Moton, habiendo cargado algunas bombas, dispararlas; pero reventada la segunda en el mortero, le dejó la llama ofendida la cara, impidiéndole por entonces el uso.

Noviembre.

Dos mal contentos, cogidos de leva, imprudentes y temerosos de perder las vidas á manos de los árabes, juzgando que si lograban estos la expugnacion de la plaza no habian de perdonar la vida á ningun católico, como tantas veces habian amenazado, vencidos de esta opinion, intentaron el dia 1.º de éste pasarse al campo enemigo, ejecutándolo por las peñas de Broquelete; pero descubiertos desde la falsabraga, salieron en su seguimiento, prendiendo sólo uno, de nacion genovés, cobrándose el otro, hijo de árabe nacido en España, en una de las más próximas trincheras del enemigo, de donde acudieron solícitos á su socorro. Fué puesto en prision el genovés, habiendo determinado mi Gobernador pasarlo por las armas dentro de poco espacio, castigo merecido á tanto delito.

A las dos de la tarde observó el capitan Santiago de Eguiluz, que habia entrado en el último socorro en la noche del dia 28 del pasado, que ocupaba la guardia del muelle, las líneas llenas de árabes, y al enviar á dar parte al principal, volaron tres minas

de desmesurada grandeza, que habiéndose por voluntad divina apagado la que iba dirigida á la estacadilla de San Francisco, derribaron las dos gran parte del reducto de San Felipe, dejando su artillería incapaz de poderse jugar, y arruinando la muralla del muelle, allanó toda la brecha con la campaña, de suerte que podian entrar por ella sin estorbo alguno setenta hombres de frente, quedando enterrada la parte superior de la estacada y con ella la mayor parte de su guarnicion, y otros que en las brechas estaban en fagina. Habia visto el Bajá la prontitud que los católicos habian mostrado en los pasados avances que valerosamente habian resistido, y escuchando por el fugitivo que nunca faltarian socorros de todo género de pertrechos, que introducirían los católicos á costa de sangre, afirmó haberse derramado mucha la noche del dia 28, y que en los navíos habia otros 400 hombres prontos á desembarcar así que la marea diera lugar, asegurándole la vigilancia del señor Conde de Aguilar en suministrar cuanto fuera necesario á la manutencion de la plaza, por lo que podia ser solamente dueño de ella prosiguiendo las minas y los avances, con las que superaria la obstinacion de los católicos. Con esta relacion dispuso sus designios de suerte que no le salieran vanos; nombró tres alcaides con 4.000 árabes armados de alfange y azagaya, los que pusieron en las líneas más próximas á la brecha y minas que habian de volar, con órden de arrojarse así que hubieran hecho el efecto, sin aguardar á que las ruinas cayeran; clara evidencia de la poca estimacion que hacen de sus súbditos en enviarlos á tan manifiesta desesperacion. A la retaguardia de éstos pusieron 600 negros del Rey, con alfange en mano para degollar al que volviera la cara al peligro, imponiendo á tres alcaides negros que los gobernaban, de ocupar la plaza, sin abandonarla por ningun accidente; despues nombró diez alcaides con la caballería desmontada, para que avanzaran, toda gente muy buena, en número de 3.000, armados de escopeta y alfange, los que estaban en la Dula donde estaba su hermano, con la más bizarra y escogida gente del ejército, á cuya fuerza y disposicion tuvo por cierto triunfar esta tarde de la plaza con la muerte de todos los defensores, y lo hubieran logrado, si Dios no hubiera infundido tanto ánimo en los católicos.

Apenas volaron, como dije, las minas, que se arrojaron los dos alcaides, sin esperar á que cayeran las caducas murallas que en trozos habia levantado la pólvora por la brecha del muelle, y el otro por el reducto de San Juan, entre cuyas ruinas quedó uno muerto y otro mal herido, con muchos enterrados. Entraron degollando, sin hallar mucha resistencia, á cuantos estaban de guardia en la estacada y puerta del Muelle, cuyo capitan de guardia, Santiago de Eguiluz, peleando valerosamente, rindieron con los espíritus el puesto. Prosiguieron victoriosos, superando con la multitud los pocos católicos que procuraban estorbarles el paso, hasta el Molino del Viento, dejando el suelo sembrado de cadáveres. Lograron los católicos rechazarlos, siguiéndolos por todas partes hasta la estacada, arrojándose precipitadamente por la brecha y reducto de Diego de Vera, dando con su presencia mucho calor mi Gobernador á los soldados que valerosamente peleaban. No fué posible pasar los católicos á la brecha, ni hacerse fuertes en la estacada, pues habiendo los enemigos derribado la puerta del Muelle, dieron segundo avance con tan crecido número, armados de escopeta, muchos con armas de asta, tan violentamente, que no pudiendo los sitiados resistir á tanto ímpetu, fueron defendiéndose, retirando en tiempo que del reducto de San Felipe y recinto viejo de la villa hacian grande estrago en los sitiadores con las piezas de saquetos, granadas, ollas artificiales, botijas, barriles de pólvora, gruesas piedras y bombas que á mano se arrojaban. Ni porque los católicos se habian retirado cediendo á la fuerza, se habia descuidado de ellos su acostumbrado valor, pues considerando la fatal ruina de la plaza, cuya conservacion, libertad y decoro de las cosas sacras pendía de esta batalla, sin muchas exhortaciones de los oficiales, incapaces de ser oidas por las algazaras de los infieles, el estruendo de las armas, y por acudir todos más á pelear que á mandar, con la mejor órden que el tiempo daba lugar, bizarros acometieron con tal ardor y tan resueltos, que atropellando los enemigos estandartes, que, arrastrados cinco de ellos por entre la sangre, los despreciaban por matar á los que los conducían, logrando segunda vez fugarlos con la muerte de tantos, que impedian el curso de los católicos, los que llegaron á la estacada, de

donde fueron tercera vez, sin tener lugar de fortificarse, con mucho avance retirados, perdiendo en este choque muchos de los más valerosos soldados que pelearon, hasta que la inundacion de enemigos los obligó á la fuga, siendo forzado ceder á las sobresalientes fuerzas de tantas armas vencedoras, no pudiéndose atribuir á falta de ánimo de los católicos haber abandonado la estacada y otros puestos restaurados; pero las frágiles fuerzas, no capaces de poder resistir tanto número de enemigos, aunque se retiraron con tan buen órden y tanto daño de los árabes, que daban señales de no ser aun vencidos, y con razon podian aquellos decir que compraban cada palmo de tierra á precio de sangre, aunque contrapesado con el esparcimiento de la católica, cuyas fuerzas se iban á cada momento disminuyendo.

Mostrábase entre tanto horror, tantos riesgos, tantas angustias, siempre sereno y constante mi Gobernador (considerando que por el semblante de los superiores cobran mayor esperanza los súbditos): miraba la certeza de este riesgo, conocia mucha resolucion en los católicos y procuraba no disminuirla con las señas de su rostro; y previniendo el daño que se les podia hacer á los árabes, ordenó pasar una pieza á la bocacalle de la Ermita de Nuestra Señora de la Cabeza, y otra en el Molino de viento, que defendian una y otra la subida á los árabes, causándoles graves daños á los que estaban fortificados en las estacadas y entre algunos paredones. Lograron tercera vez los católicos retirar el número tan grande de árabes, aunque no pudieron llegar á la estacada; lo que visto por el Bajá Alí Benabdalá, ordenó á su hermano avanzase cuarta vez, y para divertir las fuerzas católicas al mesmo tiempo, mandó avanzar por la parte del campo, cuyo rebellin ocuparon, y con las balas de la artillería del castillo de Nuestra Señora de Europa y muralla del campo, fueron desalojados; en tanto que los católicos, retirados hasta la Marina, hecho un mal formado parapeto de cadáveres y algunos remos y tablones, resistieron obstinadamente, desvaneciendo los intentos del enemigo, que procuraba ganar la puerta de la Marina. Viendo mi Gobernador que los árabes fortificaban con mucha solicitud lo que tenian adquirido, dispuso saliesen por el postigo del hospital los católicos con buenos granaderos y

armas de chispa, á acometer por aquella parte á los enemigos, en tanto que los de la Marina y alcantarilla hacian lo mesmo, lo que se ejecutó con gran resolucion; pero no se logró el éxito deseado.

Impacientes, pues, y avergonzados los árabes de que tan escaso número de católicos, á pecho descubierto, los hubieran rechazado el cuarto avance, y que su multitud no hubiera sido bastante á estorbarlos, se arrojaron muchos alcaides con los más escogidos del ejército, con tanta furia, que resistieron los católicos este último avance asistidos del divino auxilio, pues las fuerzas humanas, flacas y rendidas por el cansancio, mal podian ser obstáculo al vencedor poderoso, que con nuevas tropas acometía en tanto número el pequeño que habia peleado toda la tarde; mas no obstante, no pudieron pasar de la marina, y considerando el General árabe cercana la noche, y ser ya imposible ganar un palmo de tierra, porque los católicos, vencidos de la pasion que suele acrecentar el valor en aquellos que se ven en los últimos extremos, los cegaba, por lo que despreciaban la vida, y estar metido ya en la plaza, determinó fortificarse en lo ganado, consiguiéndolo con gran fatiga y pérdida de los suyos. No fueron ménos solícitos los católicos en fortificarse, distantes diez piés del enemigo, con cadáveres, botas, tablones y piedras con que desvanecieran cualquier tentativa hasta el dia. Temeroso el bajá de los socorros que pudieran introducir esta noche los católicos, que por las experimentadas resoluciones no lo dudaba, mandó abrir en el reducto de Diego de Vera y muralla de la Marina dos postigos, capaces para salir á estorbarlos. Quedaron los árabes esta tarde hechos dueños de toda la brecha y puerta del Muelle, del reducto de Diego de Vera, con tres piezas, de la estacada con dos, y de unos paredones donde habia más de 10.000 árabes.

Perdieron los católicos la batalla, no la gloria de la obstinada resistencia: fué reñida por el valor, la alcanzó el poder, cuya intrepideza en los sitiados merece el título de la más grande que hayan en nuestro tiempo ejecutado valerosos pechos. Poco ménos de cinco horas duró la pelea, que se continuó hasta el dia siguiente, quedando cinco banderas enemigas por los católicos, los que acudieron á retirar los muertos, que no cabiendo en el hospital, fue-

ron puestos en cinco cuarteles, quedando muchos tendidos por varias partes, que sólo capaces del alivio divino, rendian el espíritu gozosos á su Criador llenos de gloria. Hubo 300 muertos, y entre ellos, los más conocidos, el capitan don Diego de Arce, el capitan don Santiago Eguiluz, el teniente de general de la artillería don Pablo Gil, el alférez reformado don Miguel Fernandez, don Juan Manuel Estupiñan Doria, el alférez reformado don José Astorga, el sargento Pablos de Guzman, el sargento José Ramos, el sargento Francisco Campos, el sargento Luis de Medinilla, el sargento Antonio Parra, el cabo de la caballería Antonio Paiba, el sargento. . . . . (1).

Hubo 300 heridos, de quienes fueron los más conocidos el coronel don Juan de Chandia, el capitan mayor del tercio napolitano, el licenciado don Domingo Mirela, el capitan de caballos don Antonio de Osorio, el capitan don Antonio Perez Cancio, el capitan don José de Salazar, el capitan don Alonso Gonzalez de Viveros, el capitan don Manuel de Gaviria, el capitan don Luis Ignacio de Conique, el capitan don Fernando Viñales, el capitan don Jacinto de Narvaez Pacheco, el capitan don Andrés Zeala, el alférez Gaspar de Yelves, el alférez Juan Perez de la Rosa, el alférez don Pedro Hidalgo, el alférez reformado don Pedro Guzman, el alférez reformado don Juan Costa, el sargento Martin Cid, el sargento Francisco Valdivia, el sargento Pedro Cuadrado, don Alonso Carpintero, don Alonso de la Peña, don Juan Alvarez de Toledo, don Francisco Alvarez de Toledo, don Bernardo Joaquin de Andrade y don Juan Vazquez.

Y, en fin, fué tan comun la gloria, que aunque la confusion de este dia no me hiciera estorbo para escribir las particulares acciones de cada uno, lo dejo, por ser tan prolijo, siendo cierto que muy poca le ha de tocar más á unos que á otros. Todos pelearon, todos trabajaron y todos se expusieron á la defensa de la brecha, é impetu á fugarlos, y aun á vencer á los sitiadores, pues que viéndose oprimidos los católicos de la multitud, y no vencidos del valor, el que se mostró en ocasion tan precisa, es supérfluo el que-

(1) Hay un blanco.

rer con elogios alabar especialmente los hechos de tan dignos y famosos soldados, que por la fé, tan animosos se arrojaban á la muerte.

Llegó la noche, que segun la claridad de los artificios que del reducto de San Juan, recinto viejo, y parapetos católicos, se arrojaban, el contínuo disparar de la artillería de una y otra parte, la iluminaban de suerte, que pareció dia, acudiéndose con gran desvelo y cuidado á formar algunos parapetos por la Marina y alcantarilla, con pipas, tablones, piedras, sacos terraplenados, y por partes, con cadáveres, los que estaban guarnecidos con poca, aunque buena gente, toda resuelta á morir, lo que indudablemente se esperaba sucediera á todos; y considerando mi Gobernador ser estos parapetos muy débiles y no suficientes á resistir los avances que el enemigo amenazaba dar al dia siguiente, los que se esperaban al amanecer, puso por obra hacer un fuerte trincheron de gruesas estacas y piedra seca, hasta medio cuerpo, desde el Molino de viento hasta los cuarteles nuevos, donde hizo abrir troneras; trabajo que, siendo tan grande, fué perfeccionado en cuatro horas, donde fueron puestas dos piezas, con las que eran cinco que miraban á las partes por donde forzosamente habian de subir los árabes, y desde la Marina hasta donde estaban, fué sembrada mucha pólvora y puestos muchos barriles; no dejándose á este tiempo de acudir á otros trabajos muy necesarios, intolerables por el rendimiento de los sitiados, y en particular en fortificar la brecha de San Juan y San Felipe á costa de muchas vidas, y entre ellas, la del capitan don Jerónimo de Villegas; no dejándose por los trabajos de molestar á los árabes por todas partes.

Pasaron por órden de mi Gobernador dos piezas del castillo de San Antonio á uno de los baluartes que miraba á la plaza de armas, con las que los sitiadores de la estacada y brecha recibian el mayor daño. Entraron á media noche mi Gobernador, el Maestro de campo, los dos sargentos mayores, y algunos capitanes, en consulta, en que se propuso brevemente la imposible defensa de la plaza, y otras circunstancias del caso, de las que salieron indeterminados.

Amaneció el dia 2, deseado por la confusion de la noche, y te-

mido por la continuacion del peligro, si se volvia á la batalla, descubriéndose con la luz la plaza sembrada de cadáveres, regada toda la tierra de sangre, una brecha de 1.500 piés geométricos, cuyas ruinas daban horror; los socorros incapaces de introducir, por hallarse los árabes dueños de la Marina; más de 10.000 fortificados de muros adentro en la Dula y alcornocal, muchos escuadrones amenazando las ruinas de otras minas, avance general por todas partes, el escaso número de católicos, que no llegaban á 500, capaces de usar las armas, los dos castillos incapaces de ninguna defensa, casi todos los oficiales heridos; acordaron suspension de armas.

Salió de la plaza el M. R. P. Fr. Juan Muñoz con el alférez don Miguel Pardo, práctico en la corte de Muley Ismael, por haber estado en ella cautivo. Acudióse este dia á retirar los difuntos de ambas partes, envidiando los católicos (presagios ya de la infelicidad que les esperaba) la dichosa suerte de aquellos que conducian á la sepultura, siendo los parabienes que los vivos se daban afligidos suspiros y dolorosas quejas.

Habia puesto el Bajá su alojamiento en el Muelle, al abrigo ó reposo de una peña que la fuerza de la pólvora de su centro habia sacado, quien trataba á los católicos que retiraban sus muertos con mucha cortesía, extraña de sus bárbaras costumbres y soberbia naturaleza.

Súpose que estaban apercibidos 13.000 árabes para avanzar por tres partes, cuyas brechas se habian de abrir esta mañana, dando fuego á dos minas de á 50 quintales cada una; que la tarde antecedente habian llegado 3.000 negros de socorro, despues de haberse acabado la batalla, en la que habian experimentado el valor de los católicos en el grave daño que les habian hecho, matando 7.000 árabes, 27 alcaides y los más principales del ejército.

El dia 3 llegó hasta Broquelete un barco, antes del dia, á saber la suspension, la que se refirió; y de allí á poco espacio salió una lancha á dar parte al General don Nicolás de Gregorio de lo que pasaba, y con despachos para el Capitán General. Fueron desenterrados de los árabes algunos católicos, á los que se les dió sepultura.

El dia 4 no hubo cosa memorable.

Llegaron algunos 1.000 árabes el dia 5, entre caballos y peones, la mayor parte de negros, bien armados y muy lucidos, que visto el Bajá podia mi Gobernador sospecharse alguna novedad, envió un recado, diciendo que algunos alcaides, ignorando la suspension de armas, habian venido á su socorro con alguna infantería, los que decian haber encontrado al religioso.

Muchas centinelas repartidas se vieron el dia 6 por las líneas, que no consentian salir á ninguno de ellas, y en las bocas de las minas guardias de negros, que con mucha distancia no dejaban acercar ningun árabe.

Volvió la lancha que habia salido á dar parte el dia 3 á la plaza. Este dia llegaron algunas tropas de negros, á las que salió á recibir el bajá, por venir acaudillados del General negro, en número de 500.

Esperábase el dia 8 al religioso, deseado por las confusiones que los católicos tenian, considerando era infalible otorgar cualquier partido, por la poca ó ninguna defensa de la plaza. Salieron esta tarde más de 400 árabes á jugar á la Marina, dando á entender, no solamente no se podian introducir los socorros, pero ni aun abandonar la plaza.

Llegó al ejército enemigo más gente el dia 9, la que entró con dos estandartes por la brecha, siendo sus contínuas y festivas algazaras futuras exequias que hacian á la libertad de los católicos.

El dia 10 llegaron de socorro 300 negros armados al ejército, con un estandarte, los cuales dieron noticia de que el religioso quedaba seis millas de Alarache, que al dia siguiente llegaría. Dispararon dos piezas los navíos, dando aviso de que el tiempo les obligaba á levantarse, y poco despues llegó el deseado religioso, entrando en la plaza el dia 11, el más trágico é infeliz y lastimoso que se ha visto en nuestros tiempos entre católicos; pues habiendo gastado la mañana en los tratados, á la una del dia sacaron los míseros católicos por la brecha, dejando 100, que á eleccion de mi Gobernador habia dado libertad el Rey, movido de las lágrimas del religioso, en albricias del triunfo. Entraron los árabes

en la plaza con gran gozo, saqueando casas y templos, derribando con osado atrevimiento las imágenes, y profanando los altares. Se observaba á un tiempo en los árabes, alegres y profanos, y en los infelices católicos, tristezas, penas y llantos, viéndose en tan poco espacio, horror y espanto de aquellos que eran sus señores. Arbolaron sus estandartes y soberbias medias lunas en los castillos y murallas, vista muy lastimosa para los que ya se veian en poder de los vencedores, los que con oprobios y blasfemias eran ya tratados, amenazándolos con la muerte en pago de los árabes difuntos. Quisieron salvar la libertad algunos arrojándose al agua; pero á balazos fué muerto uno y presos los demás ó heridos. Los oficiales quedaron con otros muchos en casa de mi Gobernador y en la del veedor, aunque ciertos de la infidelidad de los enemigos. Obscurecióse el cielo, turbóse el aire, y las nubes, descargando su inclemencia, hicieron ver á los católicos estar Dios irritado contra ellos. Circundados de árabes, estuvieron en la Dula los afligidos, expuestos á las lluvias que la inundaron.

Amaneció algo más sereno el dia 12, que contando de nuevo los católicos, les repartieron un pan á cada uno, el que recibieron unos con lágrimas, otros con ira, y todos, considerando ser aquel golpe efecto de la divina justicia, se conformaron con su voluntad. Observaron los enemigos la plaza y los castillos, temerosos que estuvieran minados, y despues de satisfechos, pusieron los 100 señalados y los religiosos con algunas imágenes en dos casas, y los demás sacaron fuera.

Ejecutaron la mayor impiedad, el rigor más extraño, la crueldad más inaudita, aunque no extraña en su fiereza, que fué entrar en el hospital y pasar á cuchillo 33 católicos, que incapaces de defensa, predicando la fé natural, recibieron el martirio, sacando los demás en número de 200 fuera á palos, empellones y oprobios, que con paciencia sufrian por su ley y su príncipe: lealtad grande, no haber nunca querido admitir pacto alguno, aunque miraban cierta su ruina, estimando más bien ofrecer á la cadena el pié, que volver á España expuestos á los litigios de lealtad y valor, acreditado uno y otro en la batalla y cautiverio; aunque todos se irritaban con su suerte escasa que les hubiera negado la muer-

te, llamando felizmente á aquellos que la habian recibido con astucia bárbara y maliciosa.

Hizo el Rey nombrar los 100, y el General Bajá 20 que concedía libres á fin de conocer los más principales, sacándolos el dia 13 al campo junto á la Fuente grande, donde, cubiertos de aquellos peñascos y quiebras, estaban 6.000 árabes con habitaciones subterráneas para largo tiempo, donde el Bajá les dijo que su Emperador queria verlos, para cuyo efecto podian juntar su ropa, que él enviaria bagajes. Fueron repartidos los católicos en varias tropas, y los enfermos, unos á pié, otros á caballo, con rigor extraño, fueron llevados al Alcornocal.

Esperábase el dia 14 la órden para marchar, que llegada, lo ejecutaron; aunque se marchó poco más de cuatro millas, haciendo alto á orillas del rio Saul donde pasaron el dia 15, y el dia 16 vino el alcaide de la ciudad de Alcázar Jamehit Jaddu á ordenar á los cabos la marcha, que fué de seis millas, con mucha fatiga por haber faltado el mantenimiento, maltratando á los católicos con mucho rigor á fin de que negaran la fé, en cuyo error cayeron cuatro, encontrando por el camino gran concurso de árabes, que unos llevados de curiosidad, otros con bastimentos y mercadería, corrian á la plaza vencida. Quedaron en el camino insepultos dos católicos, y tres moribundos expuestos á las perfidias mahometanas. Fué la marcha de nueve millas el dia 17, espantoso y terrible para los infelices cautivos, por las grandes lluvias, viento y hambres, usando tan sin piedad con ellos, que llegando sedientos á los arroyos, les negaban satisfacer su sed y penoso deseo; al que miraban cansado y debilitado, le prometian buen trato si renegaba; al que observaban fuerte, combatian con asperezas y crueldades, con oprobios y amenazas.

Llegaron á dar vista á la ciudad de Alcázar, donde murió el alférez don Pedro Hidalgo y dos soldados, que fueron enterrados; aunque la fiereza árabe, desenterrando uno de los soldados, usó con el cadáver horrorosas tiranías, sacándole los ojos y llenándole las partes huecas de pólvora, lo volaron: quemaron á los religiosos todos los libros sagrados, con cuya llama se enjugaron muchos los vestidos. Esta noche negaron el Evangelio algunos impacientes

de los trabajos, y confesaron los falsos ritos del Alcorán, por gozar de la conveniencia.

El dia 18 estuvieron descansando, y el dia 19, despues de haberles repartido algun bastimento, marcharon los cautivos siete millas. La mañana del dia 20, muy temprano, marcharon, siendo muy trabajoso este dia, por lo largo de la marcha y aspereza de las cuestas y contínuas lluvias. Pasaron el rio Saul en barcas los cautivos, haciendo alto en unos aduares, en los que fueron socorridos de algunos bastimentos: fué la marcha de ocho millas, la del dia 21 de cuatro, y la del 22 de tres millas.

El poco camino de estos dos dias se acrecentó al siguiente del 23, siguiendo muy temprano el viaje, y al medio dia, en una hermosa llanura, se descubrieron número de 2.000 ginetes negros, bien armados de escopeta larga y alfanjes, vestidos y montados, con cinco estandartes, los que habiendo buen rato escaramuceado, sin órden ni disciplina alguna, dieron con dos solícitas descargas la bienvenida al Bajá, y puestos en dos alas, pasaron los cautivos por medio, caminando este dia sin piedad 18 millas, pasando la noche lastimosos con suspiros lamentables.

Amaneció el dia 24, trágico y horroroso, el más fiero, tremendo y temido que los católicos habian experimentado, pues habiendo marchado cuatro millas, salió el Infante Muley Sidan con la mejor caballería á recibir el triunfo más grande que se vió en Africa, que se componia de 1.300 católicos, armas, artillería, pertrechos, víveres, municiones, alhajas, imágenes, vasos sagrados, religiosos y cosas sacras; salieron hasta tres millas de la ciudad más de 1.000 árabes, que con palos, piedras, injurias y oprobios, recibieron á los afligidos católicos, cansados y llenos de angustias; atropellados de la caballería, sin piedad los maltrataban, vengando bárbaramente unos, las muertes de sus parientes, otros, de sus amigos y deudos, observándose la mayor fiereza en las mujeres, que olvidadas de su natural piedad, ejecutaban todas las crueldades posibles, durando esta penalidad todo el tiempo que duró el camino de tres millas, no consintiendo que mientras estuvieran en su presencia se cubrieran.

Llegaron á la ciudad y corte del Rey, que se nombra Mequinez,

y conducidos á la presencia del Rey, por medio de muchos escuadrones de caballería é infantería de negros, pararon junto al Vite ó mazmorra general, donde el Rey, sentado en un monton de tierra, y circundado de 2.000 escopeteros, les esperaba. Tenia al lado diestro dos lanzas con los remates de oro, y á la siniestra, dos alfanges del mesmo metal guarnecidos; 30 escopetas cortas conducidas de otros tantos muchachos negros, 4 bastones, y uno con cordeles á la vista, 6 mulas enseñadas á arrastrar los que son blanco de su fiereza. Es su rostro semejante á sus acciones, oscuro y feo; sus palabras atroces y soberbias; su mirar terrible; su cuerpo, no robusto, pero de grandes fuerzas; es muy sagaz de ingenio, muy solícito, resuelto, vigilante, diestro á caballo y á jugar todo género de armas.

Estaban en círculo, de la forma de media luna, sentados junto á él algunos alcaides y muleyes, y á la mano derecha el Bajá vencedor, premiándole con un caballo con los aderezos de felpa carmesí bordados de oro. Mandó poner los cautivos pecho en el suelo, y llamar al padre fray Juan Muñoz, que hablándole, se levantó despues, á cuyo movimiento, empezaron los árabes á gritar con sus algazaras acostumbradas, y montó á caballo, echándose el deira ó capellar al hombro, se ató el alfange y empuñó la lanza con mucho brío, y habiendo jugado con ella, despues dió las gracias á las milicias que tenia presentes, continuando despues el caracol con los alcaides y negros buen espacio con la escopeta, mezclado con los suyos. Disparando la una, le ponian otra, y despues de aquella á su tenor muchas, con gran solicitud. Ordenó que ni los religiosos ni los 100 señalados no fueran al trabajo, y que los demás fueran repartidos á diferentes alcaides para las fábricas, llevándolos despues de tantos trabajos, de tan desastrada marcha, de tantas hambres, de tantas aflicciones y congojas, al alivio de una mazmorra, donde muchos insufribles se arrojaron, ciegos y torpes, al mayor precipicio, negando el Dios verdadero; y todos padeciendo por su Dios y su Rey, rendidos sus cuerpos, no sus espíritus, pasaron á gozar el premio de constancia y paciencia, quedando los demás firmes en el verdadero conocimiento, despreciando con católico ánimo las miserias, tormen-

tos, hambres, injurias, trabajos y baldones, pidiendo á Dios fuerzas para tolerarlos, y conformándose con su voluntad le dan gracias á su omnipotencia, y pidiéndole con humildad y lágrimas temple con su infinita clemencia su justa ira, esperando que María Santísima ha de ser el piloto que gobierne esta derrotada nave, alcanzando el perdon por medio de su piedad, movida de nuestro llanto, no dudando que entre tantos habrá alguno que lo merezca, alcanzando la libertad ó la deseada muerte, confesando su ley evangélica, etc.

FIN.

APÉNDICES

I

ALDRETE

(VARIAS ANTIGÜEDADES DE ESPAÑA, ÁFRICA Y OTRAS PROVINCIAS)

(*Páginas 563-64*).

(*Lo que dicen Leon y Mármol de la ciudad de Larache.*)

No he dicho todo lo que pudiera de la Tingitania y de sus particularidades, aunque tal habrá que las juzgue por demasiadas; pero el ser de reino que tanta dependencia tuvo de España, y que tuvo su nombre, no se debia callar en semejante ocasion, que viene á ser de ella, y á estar debajo de su dominio el tan célebre como fabuloso rio Lix, que ahora es Luccus, y de la ciudad de Lixo, que será bien se entienda lo que Leon y Mármol dicen de ella. Descríbela Leon por estas palabras:

L'Harais è una città fabricata dagli antichi Africani sul'mare Oceano, doue entra il fiume Luccus da una parte posta su la riva dil detto fiume, e da l'altra sopra l'Oceano, ne tempi che Arzila, e Tangia furono dei Mori, era molto habitata: ma poi che le due città venero in potere dei christiani, rimase abandonata, che fu cerca a venti anni; doppo i quali un figliuolo del presente re di Fez deliberó di far rihabilitarla, e la fortificó molto bene, &. La città ha un porto molto difficile, a chi vuole entrar nella bocca dil fiume. Vi fece anchora il figliuolo dil detto re edificare una rocca. Nell circoito della città sono molte paludi e prati, dove si piglia gran quantità d'anguille, e d'uscelli de acqua, e su le riva del fiume n'ha obscuri boschi, ne quale sono molti leoni, e altri feroci animali, e nelle campagne di questa città si fa gran quantità di bambagio.

Esto y algunas cosas más dice Leon. Mármol lo declara y entiende así. La ciudad de Larache que los africanos llaman Alaraiz de Beinaroz, es una ciudad antigua, edificada por los naturales de la tierra en la costa del mar Océano Hercúleo. La cual está cercada por un cabo de la mar, donde el rio Luccus (ó Lisso), en-

tra en él, y por otro de este rio, etc. La barra de este rio tiene peligrosa entrada para los navíos, y junto á ella está un castillo que edificó aquel Muley Nazer. La ciudad está toda cercada de muros, y alrededor de ella hay muchos prados y grandes lagunas, donde se crian infinitas anguilas y aves de agua, y en la ribera del rio están espesos bosques de arboledas, donde andan muchos leones y otras fieras. Son los moradores de Larache, por la mayor parte carboneros, etc. En todos los campos alrededor se coge mucho algodon, y en el rio mueren muchos sábalos. Dentro de la barra está un mediano puerto para bajeles pequeños, donde suelen acudir los mercaderes cristianos de Europa con sus mercaderías. Esto y algo más dijo Mármol.

A la parte de Arzila de esta parte del Lixo se ven algunas ruinas antiguas; pero, sin duda, no fué en ellas, sino dondo hoy está Larache, la colonia Lixo, por las razones que se han dicho arriba, y otras que convencen, y más la opinion de los africanos que tienen, que ésta es de las antiguas que ellos edificaron.

II

CARTA

DEL XERIFE PARA SU MAJESTAD, TRADUCIDA DEL ARÁBIGO POR EL LICENCIADO ALONSO DEL CASTILLO.

Con el nombre de Dios piadoso e misericordioso, e santificó Dios á nuestro señor Mahomad e á su gente e familia, e los salvó, salvacion gloriosa del siervo de Dios altísimo, Rey de los creyentes, el adestrado con la victoria y ensalzamiento, y señalado triunpho Abi Labez, el victorioso hijo del Rey de los creyentes y el más escogido de los Reyes Abi Abdilehi Mahomad, el caudillo, el Xerife, el Haceni, el Eximi, el alto, engrandezca Dios su alteza y estado, y influya en sus exércitos las fuerzas de victoria.

A la alta Majestad, y de muy señalado sér y altiveza, y sangre muy generosa, e muy calificada e fundada, cuya grandeza e Majestad está subida e divulgada en el emispherio de todo lo po-

blado, y della y de su bondad se derrama olor, ansí como el olor en el vergel de las flores con el espíritu de la pluvia. El Rey, engrandecido en estado, poderoso, cumplido, señalado, excelente, de alta fundacion, señor de los grandes e amplíssimos reynos e cibdades muy nombradas, el Rey don Phelipe, hijo de los grandes señores Reyes de alta generosidad e sangre, Dios conserve á Vuestra Majestad, y sea servido de guiar y prosperarle en todas las abundancias de todos sus bienes con felicidad e alegría perpétua e firme, y establezca en los edificios e fuerzas de la perpetuidad memorable la felicidad de Vuestra Majestad y bondad. Y despues desto, Nos escribimos á Vuestra Majestad la presente, Dios vos ayude y favorezca, dándovos en todo buenos sucesos e felicidad perpétua para siempre en todo tiempo y era; desde nuestra real córte de Marruecos, Dios la conserve, haciendo saber á Vuestra Majestad cómo estamos buenos, e con bien e nuestras cosas, loado Dios por ello, que es el autor de todo bien, y aquel que nos hace tanto bien y merced, que no hay lengua ni entendimiento que lo baste á explicar; e ansí mesmo nos consta que es tan grande Vuestra Majestad, que la fama de sus espléndidos hechos nos ha movido á amar á Vuestra Majestad, y desear todo favor de las magnificencias y grandezas de Vuestra Majestad, que las puede dar como de pluvia ubérrima e muy copiosa, y ansí ha intervenido en nuestras voluntades justa correspondencia de amor muy calificado y fundado sobre todo tribunal de firmeza, por gracia de Dios, que es el que todo bien hace, y es sabidor de las cosas futuras; y ansí mesmo hacemos saber á Vuestra Majestad que recebimos su muy real carta, por la cual entendimos, e nos significa claramente el dicho amor y voluntad que Vuestra Majestad nos tiene, ser ansí tan leal, que no tiene necesidad de ninguna otra claridad ni demostracion, porque certifica cumplida e bastantemente ser nuestro amor muy fundado e firme, e que con Vuestra Majestad valemos mucho, e nos hace merced de mirar por nos e por nuestras cosas con vigilancia e diligencia en todo aquello que nos conviene considerar en aqueste estado que tenemos e señorío, en especial en este motin que se nos ha ofrecido con este mozo insensato, acerca lo cual, Vuestra Majestad nos hizo merced de

escribir tuviésemos cuenta en ello y en castigar su loca presuncion, lo cual á Vuestra Majestad agradecemos mucho, y tenemos por singular merced el aviso y cuidado de Vuestra Majestad, porque hacemos saber á Vuestra Majestad que la osadia deste insensato mozo no la hiciera animal que tuviese razon ni ningun otro irracional que fuese privado de razon; por lo cual, viendo que su loca presuncion le habia hecho hacer aquesta locura de alzarse contra nos y que hacia movimiento ó motin, enviamos nuestro exército contra él, con el cual nos dió contentamiento salir como por vía de entretenimiento e como quien se va á recrear á caza, y como por vía de amedrentar e retirar á los que con él se quisiesen favorecer en las serranías e montes ásperos de las cibdades del Çuz, quedando Nos en el ínterin en algunos de los edificios reales que son del distrito de nuestra córte, con nuestras innumerables compañías; e allegado que fué el exército, con tal ira hirió á los alzados, que este loco tirano se fué huyendo á los últimos confines de la tierra del Zinge, e todos los que ansí quedaron e fueron alcanzados, se redujeron á nuestro servicio e amparo, e ansí mesmo se nos dieron todos los de las serranías de las Nieves; e fueron restituidos por la gracia de Dios, de la tiranía de este insensato, á nuestro amparo e servicio, cien cibdades del Çuz, en los confines últimos del Poniente; e las sojuzgamos e poseemos hoy dia, loado Dios por ello, mejor e más pacíficamente que las sojuzgaron nuestros antepasados e predecesores en el tiempo pasado: porque debe Vuestra Majestad saber que este loco presuntuoso fué criado debajo de nuestro amparo, y el mucho amor e privanza que le mostramos, le sacó e pervertió el juicio á querer darnos aqueste pago e alzarse, pensando de hallar refugio y fuerza contra nos, en juntarse con las compañías que quedaban huidos en las sierras del Çuz desde el tiempo del tirano excluso, que pereció. Esto es lo que á Vuestra Majestad hacemos saber deste caso, que Vuestra Majestad nos hizo merced en escribir, avisándonos e ofreciéndonos fuésemos servidos de nos valer e favorecer en ello del ayuda de Vuestra Majestad; lo cual á nos fué muy singular merced, y della ciertamente nos aprovecháramos, si el movimiento de este loco fuera más que una vana presuncion e niebla, que con muy

poca calor se deshace, por ser aqueste el más mínimo hombre que la lengua puede explicar, e de que se debe hacer muy poca cuenta, porque por la bondad de Dios, todo su furor ha venido á nada, con mejoramiento de nuestra pacificacion e sosiego, que hoy dia tenemos por su respecto e locura, loado Dios por ello. E ansi nos pareció hacer saber á Vuestra Majestad aquesto e darle parte de nuestro contento, entendiendo que por medio e intervencion de nuestro amor e lealtad, Vuestra Majestad se holgará e recibirá mucho contento dello; e Dios conserve el estado y felicidad de Vuestra Majestad, e sea servido de cumplir sus deseos con todo bien, e suplicamos á Vuestra Majestad sea servido de nos hacer merced de escribir frecuentemente e avisar de sus cosas, porque esta casa está muy aficionada y llena de mucho deseo de satisfacer en obras al amor y voluntad que Vuestra Majestad nos tiene e le debemos. Que es escrita en los últimos de la luna de Jumede, el primero del año de novecientos y ochenta y ocho de la fuga de Mahomad, que es alhizra, que es escrita en la fecha referida.

(Desde aquí autógrafo).—Yo el licenciado Alonso del Castillo, vecino de la cibdad de Granada, traduje esta carta del Xerife, de arábigo en lengua castellana, y la escribí de mi letra, e va cierta e verdadera conforme al original arábigo de do la traduje, e por ello lo firmé de mi nombre.

El licenciado Castillo.

(En las espaldas).—Carta del Xerife para Su Majestad, traducida del arábigo.

III

CARTA

DE MOSTAFÁ HAMED Á MOHAMAD XERIFE, REY DE MARRUECOS.

(1580).

Este es traslado de una carta escrita en letra y lengua arábiga, al uso del escribir turquesco, la cual parece que Mostafá Hamed, Rey de Constantinopla, escribió al Rey Mohamad el Xerife, Rey

de Marruecos, en fecha de los años de la hejira de los moros de 988, que corresponden con los años del Señor y Salvador del mundo, mill y quinientos y ochenta.

Dice en lo alto: «Dios es verdadero sér;» en las letras de oro dice Mostafá Hamed, e luego dice ansí:

«Este es nuestro real escrito e nuestro cierto e muy verdadero acuerdo, el cual siempre ture e se efectúe y obedezca mediante el divino auxilio. Escribímoslo e lo despachamos con perpétua salud que deseamos á los de nuestra casa, al estado alto, poderoso, el Xerife Muley Hamed, el de limpia sangre y descendiente del fructífero árbol Eximi, nascimiento del Profeta, socorredor de los exércitos de los creyentes y disipador de los exércitos de los judíos, hijo del Xerife Muley Mohamad, el anciano caudillo que al presente reina en Fez e Marruecos; conserve Dios su felicidad para el bien y sustento de las gentes. E vos hacemos saber e queremos que á vos sea notorio cómo aviéndonos Dios descubierto por su clemencia e por su sabiduría (sea por ello ensalzado y ejemplo de cualquiera imperfeccion que se le atribuye) lo que tenia recóndito e reservado en los recónditos de su Providencia, acerca su sér y perfeccion, criando e formando á los hombres en miserable condicion y necesidad, haciéndoles muy menesteros de la ayuda e favor e amistad de sus símiles, más que á otros animales que crió, de modo que con esto tienen paz e quieta vida, e destruicion y muerte por lo contrario, en tanto que proveyendo Dios en ello por su misericordia, y viendo cuánto les importaba esta propiciacion y ayuda, nos envió á su siervo e Profeta último que les guiase e diese preceptos y estatutos para esta familiaridad e union, los cuales, despues de sus dias, sucedieron en sus discípulos e Halifas que Dios altísimo tiene aceptos en su gracia, y éstos despues los encomendaron á los Reyes e secuaces dellos, hasta por la gracia de Dios suceder en Nos, e hoy dia Nos representamos sus personas e somos sus ministros que aqueste divinal cuidado e oficio tenemos á cargo, los cuales Dios por su misericordia conserve en nos con toda equidad e fervor e calor, y en nuestros sucesores, y en los que dellos sucediesen por todos los

siglos de los siglos, e esfuerce á nos e á vos á los sustentar, ensalzando nuestros nombres e haciendo perpétua nuestra memoria, con preclaro título y renombre de buenos imitadores de sus Halifas e lugar tenientes, e nos haga tan preclaros bienes como hasta aquí nos ha hecho; pues por su misericordia y bondad, hoy dia nos acatan y reconoscen, e sirven todas las Universidades de los grandes e sábios muy escogidos de la ley, á los cuales todos hemos dado cargos e oficios preminentes, e vienen á nuestra jurisdiccion e gobierno desde el Levante y Poniente y últimos confines de las Sirias, aprobando nuestro cuidado, equidad e gobierno, e á todos recebimos con amorosa faz e benevolencia en demostracion y decoro de la usitada clemencia de nuestros padres e predecesores, los cuales eligieron por título e renombre calificado usar de clemencia con los hombres e hacerles bien, con cuidado del sustento de sus vidas y salvacion, en especial á los que entendieren ser amigos de la honestidad y virtud para les animar más en convidar á ella, y en especial han tenido más cuenta en esto con los bien nascidos y con los que entendieron que descendian de la sangre y estirpe del árbol prophetico, ante quien todas las cosas se postran e humillan en señal de debido acato. Y ansí agora en consecuencia y confirmacion deste santo celo e oficio celeste, como viniese á nuestra noticia y fuésemos certificados que el Rey de Castilla se ha apoderado del reino de Portugal, e sojuzgádole ó casi le tiene en este punto, e que ha puesto á muchos de sus naturales en prisiones y cadenas, por lo cual ahora se os ha hecho vecino, e vos será enemigo poderoso e de mucho perjuicio, nos pareció usar con vos deste nuestro usitado y heredado auxilio de nuestros antepasados, proveyendo os seais ayudado de nuestros poderosos exércitos e de nuestras fuerzas e amistad, pues ya os consta que los corazones de los leales Reyes no son otra cosa más que unos aparejados e fortalecidos ejércitos de socorro e ayuda para se favorecer e amparar; e ansí hemos determinado de demostrar con vos nuestra amistad, e quitar toda enemistad; e ansí la resolucion de todo es que nos convengamos e hagamos promesa firme de amistad, como entre hermanos, la cual se conserve e perpetúe, e suceda en nuestros descendientes, y de los descendientes

de ellos hasta el fin del mundo, y es razon que nos obliguemos á la sustentar ansí, por ser, como somos, vecinos en nuestras casas e reinos grandes, e que nos tractemos con nueva demostracion de amistad y amor, en manera que á todos conste e sea notoria e divulgada, e se sepa en todo el mundo y en las tierras de los creyentes que los dos reinos de Levante y Poniente se han unido y confederado en perpétua liga e amistad, e que son ya unos, y queda expellida dellos toda inquietud e discordia, e nos obligamos de ansí lo cumplir e tractar verdad y seguridad, e ansí lo juramos por la relumbrante casa de Meca e sepulcro ensalzado de nuestro Propheta. E acabado e asentado esto entre nos firmemente, vos ayudaremos con nuestras fuerzas, e vos enviaremos trecientas galeras reales, e dos exércitos de pelea, y socorro y caballería otomana; con todo lo cual, mediante Dios, conquistareis las tierras del Andaluz, e serán libertadas por vuestra mano, mediante Dios, de la gravedad en que están. E Dios por su misericordia, conserve en claridad los espléndidos luceros del hemisferio e felicidad de nuestros reinos, mostrando siempre en ellos paz y alegría, al cual se deben perpétuas alabanzas, e la jubilacion y salud sea con aquél que es su último y postrimero profeta. E la escribimos e despachamos en los principios de la luna de Rages, el farde, del año de novecientos y ochenta y ocho. (*Dice abajo:* Por el rey de Constantinopla, que Dios altísimo conserve).»

Fecho e sacado fué este dicho traslado de la dicha carta real arábiga del Rey turco, e concertada e corregida bien y fielmente con ella por mí, el licenciado Alonso del Castillo, romanzador de las escripturas arábigas; en la ciudad de Granada. . . . (1) del mes de julio de 1582 años, y va cierto y bien traducido, y el efecto de la dicha carta original es lo que en este traslado va por mí expresado y declarado, y ansí lo juro, y en fé dello lo firmé de mi nombre.

---

(1) En blanco.

IV

TRADUCCION

DE CARTA DEL HIJO DEL XERIFE PARA SU MAJESTAD, CON PERO VENEGAS DE CÓRDOBA, DE FEZ.

En nombre de Dios piadoso y misericordioso, del siervo de Dios poderoso, el heredero de la casa de Bem Haxem, Mahamed Almamon, hijo del señor de los fieles de Dios, Abialabas el próspero, á quien Dios ensalce su estado y haga venturosa su era, al estado real del muy alto y poderoso entre la nacion de los que creen que es venido el Mexías, cuya fama y nombre es notorio en el mundo, el Rey Don Phelipe, á quien Dios gobierne y encamine. Esta escribo á Vuestra Majestad desta nuestra corte de Fez, que Dios la ampare, donde quedo bien, loado sea Dios, y hago saber á Vuestra Majestad que el Rey, mi señor y padre, me ha escrito cómo él habia escrito á Vuestra Majestad por su embajador Pero Venegas, y me envió la copia de la carta, que yo leí y entendí las cosas tocantes á Vuestra Majestad, y las que tocan á él, y me manda que yo escriba á Vuestra Majestad que se cumplirá todo lo que se ha tratado, así como se deben cumplir las cosas que se asientan entre los Príncipes que están en el estado que él está, y me manda yo cumpla y haga cumplir todo lo que está asentado y escrito entre él y el Embajador Pero Venegas y el presbítero Diego Marin, por lo que yo prometo y doy mi palabra, la cual será firme y valedera, que cumpliré y haré cumplir todo lo que estuviere asentado y firmado entre mi padre y el Embajador Pero Venegas y el presbítero Diego Marin, y que lo cumpliré como un Príncipe que está en el lugar y estado que yo; y así me manda que dé las gracias á Vuestra Majestad por la concordia y amistad que ha permitido que haya entre nosotros para bien de todos, y que este negocio se efectuare cuando vengan sus embajadores el alcayde Muça y Alhage Almazi, que están en Constantinopla. Y Vuestra Majestad es tan real Príncipe, que creerá que

esto será así, y que no habrá en ello falta, como de palabras pasadas de Rey á Rey. Y con tanto, etc.

(En las espaldas).—Traducción de carta del hijo del Xerife á Su Majestad con Pero Venegas.

V

INSTRUCCION

QUE VOS EL CAPITAN Y SARGENTO MAYOR, JUAN DE LA REA, HABEIS DE CUMPLIR Y GUARDAR PUNTUALMENTE POR EL SERVICIO DE SU MAJESTAD

(23 Noviembre 1583.)

Por la órden aparte que se os ha dado habreis visto cómo os he nombrado por cabo de las dos compañías de infantería y de la demás gente de mar que de esta vez se envia á Arzila, y de los navíos en que va.

Para el efecto que se envia es el que por mi órden se os ha comunicado, despues de haber rescebido de vos el juramento solemne que hicisteis del secreto en mano de Sotto, mi secretario, y en sustancia, le referiré aquí para más claridad vuestra. Y es, que habiéndose vuelto á los tratos de dar el Xerife á Su Majestad á Alarache, es su voluntad que se pongan en Arzila las dichas dos compañías y once ó doce bergantines armados, que en todos serán 500 hombres, y bastimento y municion para tres meses, para que si acaso sucediere que de parte del Xerife acudan á ofrecernos el fuerte, á tiempo que de España no se pueda ir á rescebirle por falta de tiempo, pueda rescebirse y tomar la posesion con los dichos 500 hombres, y con ellos y las municiones y bastimentos que se llevan, sustentar el dicho fuerte hasta que yo llegue en persona con la armada y ejército que convenga, para poner aquella plaza en el ser que sea menester para su seguridad; y como está dicho, por la mucha satisfaccion que de vos tengo, os he nombrado por cabo de los dichos 500 hombres, para que en tal caso, como está

dicho, podais con ellos entraros en el fuerte y sustentarle hasta mi llegada á él. Ahora (debajo de este presupuesto), lo que debeis hacer es lo siguiente:

Embarcaros en los ocho pataches y cinco bergantines que en el puerto están prevenidos para este efecto, y en órden para partir en llegando vos á embarcaros, en los cuales ocho pataches van las dos compañías de infantería del tercio de don Francisco de Bobadilla, y los bastimentos para las dichas 500 bocas por tres meses, como os constará por las listas y relaciones que de ello lleva Blas de Santa María, que es la persona á cuyo cargo van.

Por Piloto mayor de todos los dichos navíos, va Cristóbal Sanchez, hombre muy práctico de aquella costa, con quien tendreis muy buena correspondencia, dejándole ejercer su oficio cumplidamente.

Los bergantines llevan sus arraezes, y así ellos como los pataches, van todos y toda la gente á vuestra órden, hasta que haya otra mía en contrario.

Al dicho Cristóbal Sanchez hareis embarcar en vuestro mesmo navío, y asímesmo al capitan Castellani, y tambien á Blas de Santa María, y en las ocasiones os valdreis del parecer de todos ellos, cada uno en su profesion, de suerte que el servicio de Su Majestad se haga con mayor acertamiento.

En el progreso del viaje no puedo yo instruiros en cosa particular, pues el tiempo ha de decir lo que se ha de hacer, y para eso llevais hombre tan práctico como es el dicho Piloto mayor; pero por no olvidar lo que es general os traigo á la memoria que la costa de Berbería es bravísima, el tiempo recio, y los navíos que llevais no lo son tanto que deje de obligar á procurarles todo abrigo y excusarlos de lo contrario; y así, la partida de la bahía no sea sino con buen semblante de tiempo, y á tal hora, que seguramente se pueda otro dia con dia, tomar á Arzila.

Y si (lo que Dios no permita), os sobreviniese tal temporal que en ninguna manera podais tomar á Arzila, ó que despues de tomada, os fuese forzoso desaferrar de allí y volver á la mar, en tal caso habeis de procurar con todo esfuerzo de volver á Cádiz, porque en estos tiempos, con los que ordinariamente corre, no siendo

muy fortunosos, se puede ir con ellos de la dicha Cádiz á Arzila mucho mejor que de otra parte, y así se ha de procurar tomar la bahía, y si ser no pudiese, tómese el puerto más cierto y seguro.

Despues que en buena hora hayais llegado á Arzila, hareis luego hormejar los pataches lo más bien que ser pueda, de suerte que las amarras los sustenten en cualquier tormenta, pues no tienen otro abrigo ni reparo sino la fuerza de las dichas amarras, y por este respecto, las llevan muy buenas, como os podreis satisfacer de ello.

Desembarcarse han luego en tierra las dichas dos compañías y alojarse han por la órden que diere el capitan general de Arzila, á quien escribo y remito lo que á este alojamiento toca.

Si para la seguridad de los navíos que de la hacienda de Su Majestad que tuvieren, conviniese que á las noches duerman soldados en ellos que los velen y aseguren, concertarse ha con Ruy Gil Magro de Almeida lo que en semejantes casos es costumbre, y sabido la cualidad de los moros que suelen venir á tales robos y asaltos, y la cantidad, se podrá proveer lo que al dicho Ruy Gil Magro pareciere, y los soldados que se ocuparen en esto, procurad que sean los más aventajados, de suerte que los dichos navíos y hacienda se aseguren.

Hareis que luego en llegando se desembarque en tierra el bastimento que fuere menester para ocho dias ó para quince, y que de allí se vayan dando las raciones á la gente que estuviere en tierra, y en acabándose, se saque para otros tantos dias, y si sucediere haber de partir y hubiere bastimento en tierra, se embarcará, si el tiempo diere lugar, y si no, se dejará por cuenta y razon, como hacienda de Su Majestad, á quien Ruy Gil Magro nombrare, para que lo tenga en buena custodia hasta otra órden mía, de suerte que la hacienda de Su Majestad no venga á ser defraudada.

La palamenta de los bergantines y de las barcas de los pataches se pondrá cada noche en muy buen recaudo y guarda, porque no pueda venirse algun navío con gente desmandada, como cada dia acontece; y si lo contrario sucediere, será á vuestra cuenta, pues vais advertido de ello.

Cuando oviéredes advertido de despacharme algun bergantin con pliegos ó cartas ó para cualquier otro efecto, estareis vos presente á verle salir y hacerse á la mar, porque no se venga en él gente alguna sin licencia, como suele acontecer, y la mesma diligencia hareis cuando salga de Arzila cualquier otro navío.

Demás de los cinco bergantines que llevais del puerto, serán en Arzila al fin de este mes (si el tiempo no lo impide), otros cuatro, y por capitan de ellos Juan Núñez.

Tambien han de estar á vuestra órden como los demás; pero cuando se os ofreciere ordenar que aquellos bergantines ó cualquiera de ellos haga algun servicio, habeis de dar la órden al dicho capitan Juan Núñez, porque él ha de mandar á la gente de sus bergantines.

En ellos irá el capitan Andrés Arraez Becerra, que por ser marinero tan práctico, se lo he ordenado así. Este ha de tener nombre de capitan de todos los bergantines, fustas, fragatas y barcos luengos, como su título lo dice, y con su persona tendreis muy mucha cuenta, como hombre benemérito que es y de consejo, que aunque es reputado por algo tímido, yo tengo aquello por prudencia, pues en casos de mar es menester el pié de plomo y que el consejo sea muy maduro, y así tendreis sabida esta su condicion para que tanto mejor podais ordenar y resolver lo que convenga; conformando su parecer con el de Cristóbal Sanchez, bien podreis ejecutar, y tambien para en estas cosas de mar os hará mucho provecho el voto del capitan Juan Núñez, que así mesmo le tomareis.

Luego en llegando á Arzila, visitareis al dicho capitan general y tratareis con él de enviar el despacho mio que llevais para Pedro Venegas, y que sea persona cierta el que le llevare, y vos le escribireis vuestra llegada, y como vais á su órden, que os dé la que le paresciere convenir al servicio de Su Majestad, que esa cumplireis, que yo le escribo en esta conformidad lo que conviene.

Y en efecto, habeis de guardar y cumplir con vuestra persona y las que tuviéredes á vuestro cargo, y todos los navíos, bastimentos y municiones, la órden que os diere el dicho Pedro Venegas.

Con el capitan general de Arzila os habeis de portar muy bien, que demás del cargo que tiene, es muy honrado fidalgo; habéisle de dar cuenta de todo lo á que vais, y comunicarle cuanto hayais de hacer, y pedirle que os guie y aconseje, con el respeto y buen semblante que por las dichas causas se le debe.

Hallareis en Arzila al condestable de mi artillería; recibidle á vuestra órden y sabed en que ser tiene la municion y armas que está á su cargo, de lo cual os valdreis cuando menester lo hayais, advirtiendo quo un solo cabello no se ha de gastar ni tomar de bastimento, armas, municiones ni otra cosa, que no sea con intervencion de Blas de Santa María, que así conviene para la buena cuenta y razon que debe haber con la hacienda de Su Majestad.

Cuando se me enviare algun bergantin ó barco con despacho ú otra cosa, traiga comida para su gente por quince dias, entregada por su cuenta y razon al Arraez.

Si Pedro Venegas os escribiere que le envieis á Blas de Santa María ó á alguna otra persona para comunicarle algun caso y que os vuelva con él, vaya luego; y si acaso os escribiere que vos mesmo entreis á veros con él para volveros luego, y os enviare seguro, entrareis en buena hora, dejando la gente y todo lo demás á disposicion y órden del señor Gil Magro de Almeida, con esta mesma instruccion hasta que volvais.

Cuando en buena hora os avisare el dicho Pedro Venegas y Diego Marin ó cualquier de ellos, de consentimiento de ambos, que partais para Alharache á entraros en el fuerte, porque está así acordado, lo hareis con toda presteza que ser pueda, siguiendo las propias pisadas que os escribieren, sin discrepar nada; porque ellos os dirán: partid tal dia y á tal hora, de suerte que llegueis á la boca del río á tal hora; y os dirán así mesmo que á la mesma boca hallareis tal señal, en señal de que está todo llano y seguro; y hallando ó no hallando aquella señal, debeis enviar delante un bergantin, el más ligero que tuvierdes, á reconoscer si está segura la entrada, y á que hable con la persona que se presupone que está allí por órden del Rey Xerife ó del Suffiani, para entregar el fuerte, ó con la lengua ó persona que os avisare Pero

Venegas, para que tomada práctica, pueda volver á dárosla de lo que hubiere, quedando vos con todo lo demás hasta que él vuelva, en parte á donde el artillería no pueda ofenderos. En el dicho bergantín, demás de la gente de remo, irá Cristóbal Sanchez para lo que toca á la entrada, y el capitan Castellani con quince soldados particulares, el cual capitan, con los dichos quince soldados, desembarcará en tierra sin otra gente alguna, ni se desembarcará Cristóbal Sanchez, porque en caso de desgracia, haria su persona mucha falta para el gobierno de todos los navios. El dicho capitan se va á entrar en el dicho fuerte, y haciéndolo, lo primero que ha de hacer, es dar gracias á Dios por ello, y luego cerrarse en él y reconocer todas las bóvedas y demás lugares de él, y hallando el fuerte llano y seguro y sin celada ni traicion, enviará uno ó dos de sus soldados, ó alguna persona particular que llevará consigo, que podrá ser Blas de Santa María, á que se vuelva á embarcar en el bergantin y salgan á llamaros y á decir que está todo seguro y que podeis entrar seguramente. Y tambien para esto conviene que Cristóbal Sanchez no salte en tierra, porque meta por la barra todos los navios, los cuales entrarán en esta manera: los de remo delante, y en ellos las dos compañías ó los soldados que pudieren, porque con brevedad lo puedan desembarcar y meterse en el fuerte; pero si los navíos mancos no hubieren viento para entrar, será menester aguardarlos con los bergantines y con las barcas de los propios pataches con sus marineros, de suerte que despues que esteis asegurado de que el Castellani está en el fuerte, y el fuerte sin engaño, os dareis priesa á acudirle con la gente lo antes que ser pueda.

Y con la mayor presteza y celeridad que pueda ser, hareis descargar y meter en las bóvedas y almacenes del fuerte el bastimento y municion que se lleva, y con todo ello se tenga grandísimo cuidado, criando un tenedor de ello hasta que yo llegue, que para lo que es embarcar y desembarcar el bastimento, se elevan 100 sacos.

Los navíos todos darán fondo, y se hormejarán debajo la artillería, la cual artillería toda que hallardes en el fuerte asestareis á la campaña, dejando tan solamente cuatro piezas al río, así para

guarda de los navíos que llevais, como para resistir la entrada á cualesquiera otros de enemigos hasta que yo llegue.

Si Dios fuere servido que esto suceda como está dicho, ó que en efecto no se consiga nuestro intento con cualquier de estas dos cosas, me despachareis luego á la hora un barco luengo y en él á Blas de Santa María, para que á boca me dé razon de todo lo que hubiere pasado; este tal barco ha de partir luego que esteis dentro con la gente, apoderado del fuerte, y otro dia despues me despachareis otro navío derecho á Barbate, donde yo me hallaré, con particular relacion de todo lo sucedido y que hubiere, y la disposicion que en todo ovierdes hallado, no consintiendo que otro ningun navío salga del rio, poniendo graves penas y teniendo con esto gran cuidado.

Antes y despues de tomada la posesion del dicho fuerte, habeis de cumplir todo lo que Pedro Venegas os ordenare, aunque esté en Alcázar, dándole el mesmo aviso que á mí; y de ordinario tendreis particular correspondencia con él para que os avise y advierta de lo que allá hubiese para que, conforme á ello, os prevengais.

Si fuere así que se os entregare el dicho fuerte y que os apodereis de él, le habeis de sustentar y defender en nombre de Su Majestad, con la gente que llevais, hasta que yo en persona llegue á él ó que se os mande otra cosa por Su Majestad ó por mí en su real nombre. Y para la firmeza y seguridad de esto hareis el debido y acostumbrado homenaje al uso y fuero de Castilla, antes de vuestra embarcacion en el puerto, en manos de Pedro Lopez de Soto, mi secretario, á quien yo he cometido que os tome el dicho homenaje, y llevareis el contraseño que se os da, sin el cual, aunque os muestren órden de Su Majestad ó mia para que entregueis el fuerte á cualquier persona que sea, no lo hareis.

Si (lo que nuestro Señor no permita) fuere todo engaño y falsedad, y no se os entregare el dicho fuerte ni haya ni veais forma para ello, recoged todos los navíos y gente sin daño, siendo posible, pues antes de entrar vos en la barra, ni más que sólo el bergantin que he dicho, se ha de ver y palpar lo que hubiere, y con todo ello os volved á Arzila, de donde dareis noticia á Pedro

Venegas de lo sucedido, y le pedireis que os avise luego lo que debais hacer, y lo que determinare en su respuesta pondreis en ejecucion.

Despues de haber apoderádoos del fuerte, á ninguna otra cosa habeis de atender más de á la conservacion del, sin empacharos en escaramuzas ni cosa que lo huela, hasta que en buena hora yo llegue con la gente y recado necesario para todo.

Si os paresciere llevar de los soldados de Arzila hasta ochenta lo podreis hacer, que sean escogidos, que el señor Ruy Magro tiene orden de dároslos.

Así mesmo llevareis con vos ocho artilleros de los de Arzila prestados, con los cuales y con otros ocho que llevais del puerto y el condestable de mi artillería que está allá, tendreis bastante recaudo, hasta que sabida vuestra entrada en Alarache, se os provea lo que más ovierdes menester.

Y porque no obstante que es concierto que los moros dejaran la artillería que hay en el fuerte, podría ser que no dejasen pólvora, he ordenado que en esos navíos se lleven treinta quintales de cañon, de más de otros treinta de arcabuz, que están en Arzila; balas no pueden dárseos ahora, por no saber el galibo de las piezas ni sus vitolas, y luego me avisareis de ellas para que se os envien las balas, á respecto con lo que llevais procurad entreteneros hasta que os acudamos.

Y desde el punto en que entreis en el fuerte, me id pidiendo aquellas cosas que más forzosas os sean, porque será vuestra culpa si no pidierdes lo que hayais menester para que se os provea.

Si algun moro ó más vinieren al fuerte de paz, despues que esteis dentro, acaricialdos lo más bien que se pueda, dándoles contento en todo lo que fuere honesto, con el resguardo á la traicion que con ellos es menester.

Y con los dichos moros que así vinieren de paz tendreis mucha y buena demostracion, advirtiendo que á pura necesidad y fuerza se ha de usar de las armas, pues sería de inconveniente darles ocasion de desgusto por lo presente y lo de adelante; mas estad muy advertido de que la confianza no os haga algun daño, y

por ningun caso, despues que hayais entrado en el fuerte, dejareis entrar moro en él á comunicaros, que en tal caso podreis salir al postigo con mucho resguardo á ver lo que quiere y satisfacerle.

En lo que toca á la villa no teneis de qué tratar, ni reconoscer, ni ver, ni prevenir, sino tan solamente en lo que es la guarda y conservacion del fuerte, que esto es lo que sumamente habeis de procurar, porque lo de la villa y lo demás restante se hará, mirará y prevendrá lo que más convenga luego como yo llegue, Dios mediante.

La conservacion y guarda de los bastimentos os encargo, y que se gasten con toda regla, advirtiendo que estais en plaza de Berbería, y en invierno, y en costa tan brava que desayudará cualquier socorro que se os quiera hacer, aunque se procurará con todo esfuerzo (siendo posible) enviaros bastante recaudo de provision y municion.

Porque el arrecife de Arzila no suele ser aun dentro de él seguro para los navíos, comunicareis con el General de aquella fuerza, y con los marineros de ella, y con Cristóbal Sanchez y Andrés Arraez, si se descargarán en tierra los bastimentos y municion, ó si se quedaran en los bajeles, y lo que pareciere á todos se ejecute, porque haya más seguridad en lo que es tan forzoso y necesario.

Con Pedro Venegas se tenga muy ordinaria correspondencia, y le avisareis de todo lo que ocurra, así desde Arzila, como despues que esteis en Alarache, y en todo y por todo guardareis sus órdenes por escrito ó de palabra, así como las mesmas mías, que así conviene al servicio de Su Majestad.

Blas de Santa María es suficiente en lo que es el escrebir la cifra, así que con él se hagan los despachos para mí y Pedro Venegas en cifra, con mucho resguardo y secreto, que esto encargo con muchas veras y todo lo demás que contiene esta instruccion, la cual no vea nadie hasta su tiempo. Fecha en San Lúcar de Barrameda, en XXVI de Noviembre 1583.

(En las espaldas).—Copia de la Instruccion que se dió al capitan Juan de la Rea en XXVI de Noviembre de MDLXXXIII.

(Para enviar á Su Majestad).

VI

COPIA DE CARTA

DE MANO DEL DUQUE DE MEDINA SIDONIA Á ÇAYAS.

(*De San Lúcar á* 13 *de Diciembre* 1583).

Juan de la Rea partió para Arzila á los 12 deste con buen tiempo, y le duró otro dia, de manera que sin duda llegó, cuyo aviso aguardo, aunque ya le tuviera si hubiera arribado á esta costa.

Es necesario que la vea Vuestra Majestad.—Díle una instruccion, cuya copia envío á Vuestra Majestad, y las faltas della suplico á Vuestra Majestad me enmiende, porque para otro caso me pueda valer della, y otra vez pido esta merced.

Tambien la recibiré siempre en que Vuestra Majestad me diga su parecer en lo que ocurriere y pasare por mis manos. La carta mia al Xerife cierto entendí que no obligaba á nada de nuestra parte, pues todo se funda despues de hecha la entrega de Alarache, y como Su Majestad tantas veces me ha mandado que se vaya apretando en la resolucion, parecióme buen medio del que se usó, y espero en Nuestro Señor que ha de favorecer y ayudar mí buen fin, y la acogida del alcaide de Azamor he tenido por buen principio. Ello dirá, que puestos estamos en la tela, y crea Vuestra Majestad que nada se dejará de prevenir y acordar y avisar de lo que yo entienda que conviene.

(Al márgen).—Responde á lo que le escribí como de mio, advirtiéndole que su carta para el Xerife iba con demasiadas sumisiones y haberse prendado mucho con ofertas, y que de aquí adelante, si hubiese tiempo, enviase aquí minuta de lo que le hubiese de escribir, y no lo habiendo, se moderase.

No me ha respondido Vmd. á lo de las galeras, que no sé cómo se sufrirá que yo vaya en una pinaza; suplico á Vmd. lo diga á Su Majestad, que yendo yo en ellas, procuraré que no se aventurasen en nada.

(Al márgen).—Esto habia de ir por Delgado, y así no sé lo que habrá mandado Vuestra Majestad.

(Al márgen, de mano de Felipe II).—Será bien lo sepais de Delgado, y que si no hubiere escrito, se escriba, y al Duque que no pase sino con muy buen tiempo.

Escribí á Pero Venegas en duplicado, que si acaso el Infiani reparase en no hacer la entrega á nadie sino á mí personalmente, en tal caso me avisase, porque al punto me partiría en una fragata, dejando aparte todas las leyes de mi nacimiento y suerte, que para mí lo era, y la principal el servicio de Su Majestad, al cual me ofrecia en esta forma, aventurado al riesgo de la mar y de cualquier fusta que hubiese; así que esto queda en esta forma, y yo con determinacion de cumplirlo, mediante Nuestro Señor y su favor y ayuda, que pues se trata de causa suya, espero que nos ayudará, y plegue á Él que el negocio llegue á términos que podamos usar deste medio, que es el último que yo puedo dar en la ejecucion de él; así lo diga Vmd. á Su Majestad, ofreciéndole de mi parte, que si muchas vidas tuviera, las pusiera todas de tan buena gana en su real servicio, como lo dirá el tiempo y las ocasiones que en él se ofrezcan. Nuestro Señor, etc., de San Lúcar, á 14 de Diciembre 1583.

(Al márgen).—Creo parecerá bien á Vuestra Majestad la determinacion con que dice el duque que quedaba.

(Al márgen, de mano de Felipe II).—Aunque el duque lo dice y lo hace como quien es, no será razon que yo se lo consienta en ninguna manera del mundo, y tengo por cierto que si tal quisiesen los moros, que no seria por pensar entregar á Alarache, sino por querer coger la persona del duque, en que va más que en Alarache, y así se le escriba que en ninguna manera aventure su persona ni vaya, sino cuando se tenga á Alarache y no haya aventura ninguna en su persona.

(En las espaldas).—Háse de leer toda.—Respondida á 23 del mismo.

VII

DISCURSO

DE LA FORMA EN QUE MULEY MELUCH TRATÓ DIVERSAS VECES EN SECRETO CON ANDREA GASPARO CORÇO, QUE PENSABA ORDENAR LA DEFENSA DE SUS REINOS EN CASO QUE TURCOS FUESEN CON EJÉRCITO CONTRA ÉL.

Primeramente, que viniendo campo de turcos por tierra de Argel derecho al reino de Fez, y conociendo que sus fuerzas no eran bastantes á resistirle en campaña, haria vestir y armar quinientos ó mil cristianos de sus cautivos á la usanza de sus soldados, los cuales pensaba poner en Tesa, frontera del reino de Tremezen, por donde habia de pasar el campo del enemigo, con oferta (debajo de su palabra y juramento), que si defendian aquella fuerza, les daria libertad y haria mercedes para que se pudiesen ir á sus casas, poniendo con ellos mil caballos moros que les anduviesen á la mira y hiciesen trabajar en lo que se ofrecia.

Que hecho esto, pensaba ir á Fez y mandar despojar la ciudad, y hacer que toda la gente principal, con sus mujeres é hijos, se fuesen á Marruecos, y que se llevase á aquella ciudad el trigo y todo lo demás que allí hubiese, y la pólvora, materiales é instrumentos para poderla hacer, quemando lo que no se pudiese llevar, porque el enemigo no se aprovechase dello; y que esto lo hacia, sabiendo que los turcos no traerian tanto bastimento ni pólvora como habian menester, en confianza de hallarlo en Fez, como lo hallaron otras dos veces que vinieron á hacer la misma empresa; con lo cual y mandar á todos los aduares de Alarbes vecinos á Fez que se alargasen veinte leguas de la ciudad, con todo su trigo y ganado, y que hiciesen lo mismo los de Mequinez, tenia por sin duda que pondria en gran trabajo al enemigo.

Que pensaba recoger todos los cristianos cautivos que habia en sus reinos y juntarlos con los suyos, y poner en Fez el nuevo 1.500 ó 2.000, vistiéndolos y armándolos y proveyéndoles del bastimento, municiones y otras cosas necesarias para defensa de aquella

plaza, prometiéndoles lo mismo que á los de Tesa, si la defendian; y tenia por cierto lo harian, por ser el sitio fuerte para batalla á mano, y no poder los turcos llevar artillería para batirla, sino piezas de campaña.

Que el poner cristianos en las dichas dos fuerzas lo hacia con dos fines: uno, por saber que eran enemigos mortales de los turcos y que no se las entregarian por miedo, amenazas, ni dádivas, y el otro, porque con esto ahorraba 3.000 moros que habia menester poner allí, y los traeria cerca de su persona, por no ser tan á propósito para guardar fuerzas, estando cierto que, así por lo dicho como por ser tan pocos . . . . . (1), tan metidos la tierra adentro, no podrian hacerle falta, ni huirse sin mayor peligro de sus vidas, y que por libertarlas, harian mucho mayor efecto que cualquier otra gente.

Que puesto lo dicho en este estado, pensaba salir en campaña con todas sus fuerzas de pie y de caballo á aguardar lo que el enemigo quisiese hacer, sobre presupuesto que si no reconocia la victoria cierta y que le obligase á dar batalla, no vendria á ella por no aventurarse, dicendo que aunque la ganase, no ganaba nada, y en perderla, perdia juntamente todos sus reinos; pero tenia por cierto que, sin darles batalla, lo pondría en tanto aprieto con quitarles todas las ocasiones de poder ser proveido de bastimentos de ninguna parte, que desta manera los consumiria sin que volviese hombre vivo á Argel.

Que cuando viniese tan proveido de todo (lo que no podia creer), que pudiese pasar á Marruecos, mandaria despojar la ciudad y todos sus contornos, como á Fez, y llevarlo todo á las montañas del reino de Çuz, retirando los aduares de Alarbes dos y tres jornadas, porque el enemigo no hallase cosa ninguna, é irle siempre trabajando con su campo á una ó dos jornadas, de manera que aunque los turcos fuesen 30.000, los consumiría poco á poco.

(En las espaldas).—Discurso de la forma en que Muley Meluch pensaba defender sus reinos, viniendo turcos contra ellos.

---

(1) Espacio como para cuatro palabras, destruídas por el fuego.

VIII

COPIA DE CARTA

DE ÇAYAS Á PERO VENEGAS.

Córdoba 22 *de Noviembre* 1590

Don Francisco de Acosta ha doce años que vive entre moros y judíos, como sabe Vmd., y estos dias ha estado tan malo, que apiadándose el Rey Nuestro Señor de su trabajo, está resuelto en enviarle sucesor, como ha dias lo hubiera hecho, si se tuviera noticia de persona cual se requiere para henchir aquella plaza, y aunque acá se han puesto los ojos en algunas que podrian ser á propósito, no han agradado tanto como paresce que sería menester, y pues Vmd. sabe lo de allí muy mejor que ninguno otro, será Su Majestad muy servido de que Vmd. avise de las personas que le ocurren y de las partes y cualidades de cada una, tanto castellanos como portugueses, en que se pueda escoger la que más convenga, que pues (si no me engaño) la mayor parte de los negocios que allí se tratan tocan á esa corona, no sería fuera de propósito enviar un caballero muy qualificado de ese reino, y de los más aficionados al servicio de Su Majestad, que no dubdo los debe ya tener conoscidos y probados Vmd. con su mucha prudencia.

Si no me acuerdo mal, en el tiempo que allí estuvo Vmd. no tuvo salario señalado, sino algunas ayudas de costa, que no sé cuántas fueron, y así suplico á Vmd. me lo avise y qué salario habría menester al año el que fuere á residir cerca del Xerife, con nombre y autoridad de embajador de Su Majestad, sobre presupuesto que tengo por muy conveniente y necesario que se trate con el lustre y abundancia que requiere un ministro de tan gran Monarca, y que demás del sustento de su persona y familia, tenga con que ayudar á los captivos que viere flacos en la fé, para los animar y esforçar á que perseveren en ella.

Tambien me avise Vmd. si da posada el Xerife al embajador de Su Majestad, y no se la dando, con cuánto la podrá alquilar, que de camas no hablo, pues será mejor que las compre.

Destas y de cualesquier otras particularidades que toquen al dicho cargo, será muy necesario que Vmd. me envie su parescer y aviso en carta que la pueda ver Su Majestad, porque conforme á ella, tomará en todo la resolucion que más convenga, y cuanto más presto viniere, tanto más será servido Su Majestad. La Divina lo encamine todo para que se acierte y guarde y prospere á Vmd. en su santo servicio.

De Madrid á XXII de Noviembre 1590.

(En las espaldas).—Copia de carta de Çayas á Pero Venegas, de Córdoba á 22 de Noviembre 1590.

IX

SALAZAR,

ORIGEN DE LAS DIGNIDADES SEGLARES, ETC.

El mesmo año de mil y seiscientos y diez, áveinte dias del mes de Noviembre, vinieron á poder del Rey la ciudad y fortalezas de Larache, de la manera que vereis agora:

Larache es Lixa, ó Lifa, de Tolomeo y de Plinio, en la Mauritania Tingitana, en el Reino de Fez, cerca y fuera del estrecho de Gibraltar, en la costa del mar Atlántico, á cinco leguas de Tánger y diez y ocho de Cádiz. Báñala el río Raçaalma, que pasa por Fez el viejo, que está de Larache tres dias de camino, que serán como veinte y dos leguas, y así viene á estar cerca de la mar y de este río, el cual nace dos leguas más arriba de Fez. Y por ser éstas sus cataratas ó nacimiento, le llaman así los moros, queriendo decir cabeza de agua. Otros le llaman Lufo, y quieren haya dado el nombre á Lixa ó Lifa. El lugar es murado, de cien casas, y tiene dos buenas fortalezas, una al entrar de la barra, y la otra al Poniente, á tiro de mosquete. Está en altura del Polo Ártico de treinta y cuatro grados y en siete de latitud.

Ha sido siempre plaza de mucha importancia, y por ésto muy estimada y de grande consideracion. Y el puerto que tiene dentro de la barra es capaz de bajeles pequeños, donde suelen acudir

mercaderías de toda Europa, y hacerse escala para pasar á las Indias de Castilla y de Portugal. Siempre estuvo bien guarnecida y á recado, mayormente despues que ocuparon los reinos de Fez y Marruecos los Xerifes, llamados así por descendientes de Mahoma. De éstos Muley Mahamete, Rey de Fez, de Marruecos y de Tarudante, hijo bastardo de Muley Mahamet, que se apoderó destos reinos, y hermano de Muley Meluc, que murió en la batalla contra el Rey don Sebastián de Portugal, el año de mil y quinientos y setenta y ocho; Muley Mahamete, el bastardo, murió á veinte y cuatro dias del mes de Agosto, año de mil y seiscientos y tres, y dejó entre otros tres hijos, Muley Xeque, Muley Bufers, Muley Cidan. Muley Xeque, fué Rey de Fez en vida de su padre, y cuando murió, le dejó preso, y por Rey de Fez á Muley Cidan; Muley Bufers quedó Rey de Marruecos. Salió de la prision Muley Xeque por mandado de su hermano Muley Bufers, para que le ayudase contra Muley Cidan, que tenia el reino de Fez, y dejóle en rehenes á su hijo Abdalá. Nombróle Muley Bufers por su General contra el hermano, y dióse tan buena maña, que le venció, y cobró para sí el reino de Fez que le estaba usurpado. Concertáronse Muley Cidan, y tomaron las armas contra Muley Xeque, rey de Fez, y le despojaron. La requesta y diferencia entre los dos hermanos, fué sobre que Muley Xeque era hijo de negra, y por esto no habia de tener parte en la sucesion. Vínose Muley Xeque á España al Rey, pidiéndole socorro contra los hermanos, que le tenian despojado. El Rey le mandó entretener en la villa de Carmona, á seis leguas de Sevilla, donde se detuvo algun tiempo, haciendo sus conciertos y capitulaciones, y el socorro se le dió muy copioso, demás de muchos presentes y regalos, y de habérsele hecho toda la costa á él y á todos los que le acompañaban, por muchos que fueron. Concertóse que Muley Xeque entregaría al Rey la ciudad y castillos de Larache, y que para ésto, el Rey enviase una mediana armada á tiempo cierto, y que tendría prevenidas y dispuestas las cosas para que la entrega se hiciese sin dificultad. Luego se pasó al peñon de Vélez, plaza del Rey, y desde allí fué disponiendo y razonando la entrega. Habíase hecho el año de ocho, antes de estos conciertos, una jornada para esta em-

presa, y no sucedió, por desmanes de mar y tierra. Tiene el río mala entrada en la barra, y es muy ordinario no hacerse á gusto. Parecíales á los que lo juzgan todo, habia poco de que fiar de la palabra y promesa de Muley Xeque, mayormente á los que saben tienen contra sí los africanos aquel proverbio tan antiguo: *Punica fides*, con que daban á entender los antiguos por ironía que no se podia hacer confianza de ellos, como lo leemos en Tito Livio, en Salustio y otros muchos autores. Mas el Xerife cumplió con tanta puntualidad todo lo que habia capitulado, que no solamente acreditó á los de su nacion desmintiendo el adagio, empero puede ser ejemplo de fidelidad y de todo buen trato. Ordenó á sus alcaides de Larache que luego que pareciese la armada del Rey, la rescibiesen y entregasen las llaves de la ciudad y de los castillos. Lo mesmo habia mandado á todas las guardas de las fuerzas que en toda aquella costa estaban á su obediencia. La armada católica estuvo entretenida en Gibraltar hasta que llegó la ocasion de ejecutar las órdenes que tenia, y llegada, amaneció á veinte de Noviembre de seiscientos y diez, á la vista de Larache. La cual le fué entregada á la tarde por los ministros del Xerife con todos los pertrechos, municiones y artillería que tenía para su defensa. Bendíjose la mezquita mayor con la advocacion de la beatísima Vírgen, tal es la devocion y costumbre de España, y por haberse ocupado en vísperas de la Presentacion. Al castillo, que está sobre la barra, pusieron nombre de San Anton, y al otro, de Nuestra Señora. Despues se ha fortificado y guarnecido muy de propósito, y puesto tan á recado como lo ha menester plaza de tanta importancia y momento, y que tanto habia sido deseada por los Reyes de España, para excusar los daños que desde allí rescebia la Cristiandad.

Las cosas del Xerife, por haber hecho esta entrega, se pusieron en tan mal estado, que no se tiene por seguro ni aun de su hijo Muley Abdalá, que es Rey de Fez al presente.

Otro derecho más del referido tiene el Rey á la ciudad y castillos de Larache, por la corona de Portugal, á quien está adjudicada la conquista del reino de Fez por la santa silla Apostólica, como habemos dicho muchas veces, á otros propósitos.

X

PAPEL

QUE REFIERE LA ENTREGA DE LARACHE EN 1610.

(Bibl. nac. G.-32. Fólio 334 á 337).

. . . . . La infidelidad pocas veces asegura firmeza, ni constancia en los reinos, ni monarquías, y siendo esta la que profesan los alarbes, y sobre que está fundado su gobierno, por esta razon, fácilmente los Reyes de Tarudante, Fez y Marruecos, sin observar parentesco, ni hermandad, con su contínua infidelidad y poca firmeza, se hacen guerra los unos á los otros y usurpan los reinos. Supuesto lo dicho, sucedió que Muley Mahomet, Rey de Fez, Tarudante y Marruecos, hermano de Muley Marase, que murió en batalla del Rey don Sebastian, en una litera, enfermo y cargado de años, tuvo tres hijos, los cuales se llamaron Muley Jaque, Muley Buferez y Muley Cidan. El Jaque, en vida de su padre, fué Rey de Fez, y por algunas conspiraciones que se le imputaron contra la fidelidad paternal, antes de su muerte, le dejó su padre preso en uno de sus Alcázares, y dió el reino á Cidan, y el reino de Marruecos á Muley Buferez, los hermanos, que despues de la muerte de su padre quedaron señores pacíficos de los reinos contenidos en aquella parte del Africa; el Buferez mandó soltar de la prision á Muley Jaque, y uniéronse los dos para quitar á Muley Cidan el reino de Fez, haciéndole capitan general del ejército contra su hermano.

Diéronse tan buena maña los dos, que en breve tiempo le despojaron de él, y Muley Jaque fué restituido en su reino. El Cidan que se halló despojado, valiéndose de los mismos medios de Muley Jaque, se ligó con Muley Buferez, y dando la batalla al Jaque, le tornaron á quitar el reino. Con lo cual, viéndose defraudado dos veces del reino de Fez, huyó con su mujer y sus hijos, y algunos moros que le acompañaban, y saliéndose del Africa, se embarcó con ánimo de pedir socorro al Rey de Casti-

lla, para que con sus fuerzas y armas le restituyese en su reino. El moro, despues de algunos dias, aportó á Algarbe en la villa de Portomar, y habiendo sabido su llegada el gobernador de aquel reino, don Manuel de Alencaster, avisó luego de ello á don Cristóbal de Mora, Marqués de Castel-Rodrigo, Virrey y Capitan General del reino de Portugal, el cual con este aviso vino á visitar al moro, y haciéndole muy generoso hospedaje, supo de él á lo que venía, y dando cuenta de ello al Rey Católico, en tanto que se determinaba y resolvía el caso, mandó que se tuviese cuidado con su persona, que convenia. Teniendo el Rey Católico noticia de la llegada de este alarbe en España y el intento de su venida, ordenó á don Luis Bravo de Acuña que con cuatro galeras de Portugal, que estaban en San Lúcar, embarcase los moros y la recámara del Rey; que don Bernardino de Avellaneda, Conde de Castillo, asistente de Sevilla, le visitase de su parte y le truxiese por tierra á la villa de Coria, lugar puesto á tres leguas de Sevilla, en la ribera de Guadalquivir, en la misma forma que dió la órden el Rey Católico para traer al moro su ejército. Y de aquella villa fué pasado á Carmona, adonde fué tratado y agasajado con real ostentacion. En este lugar se trató muy por menudo de la pretension del moro, el cual decia que dándole el Rey Católico ejército y armas para restaurarse en su reino, entregaría la ciudad y castillo de Larache luego que el Rey enviase persona á quien hacer la entrega.

El Rey por su benignidad, y como es de costumbre favorecer á todos los que se quieren valer de sus fuerzas, le amparó, imitando en esto á los Católicos Reyes, sus predecesores. Y viendo que la plaza que se le ofrecia le era de importancia, y que se le venia la ocasion á las manos, por cuanto en los años pasados habia tenido intento de tomarla, por ser cala y ensenada de cosarios, la aceptó, y ofreció al moro bastante número de gente y armas, cuanto fuese necesario para la restauracion de su reino. Con esto, despues de haberle dado muy ricas joyas y preseas á él y á los que venian en su compañia, se partió, y hizo á la vela para el Peñon de Velez, donde puso la razon para hacer la entrega de la ciudad y castillos, entre tanto que en España se prevenian las cosas necesa-

rias para tomarla, y restituirle en su reino. Es Larache en la Mauritania Tingitanea, en el reino de Fez, cerca y fuera del estrecho de Gibraltar, en la costa del mar Antártico á cinco leguas de Tánger, y á dieciocho de Cádiz. Báñala el rio Calama que pasa por Fez el viejo, distante de Larache tres jornadas, bien como casi veinte leguas; y asi viene á estar cerca de la mar, y de este rio, que tiene su nacimiento dos leguas más arriba de Fez, y por ser este su nacimiento, le llaman asi los moros; y otros le llaman Lieso. Y el lugar es fuerte y murado de más de cien casas, y tiene dos fortalezas, una á la entrada de la barra, que le hace inexpugnable, y otra á Poniente, á tiro de mosquete. Está en altura del Polo Artico treinta y cuatro grados, y siete de latitud; plaza importante, y de gusto, capaz para bajeles, aunque no muy grandes, nido y cala de cosarios del Norte, y de todas las naciones de la Europa con sus mercaderías para pasar á las Indias de Oriente y Occidente, y una ensenada de donde salian los enemigos á robar nuestros bajeles, y donde se abrigaban los ladrones, degollando, para hacer sus robos en las flotas, que vienen de ambas Indias. Por lo cual el Rey Católico con su mucha prudencia y vigilancia, en los años pasados, para mayor seguridad de sus armadas, y defensa de sus costas, con consulta de su Consejo de Estado, con intencion de tomarla, mandó bajar de Italia con sus galeras al Marqués de Santa Cruz, y que esperase á la boca del estrecho; que alli se le juntasen las de España, Italia, y Génova, y Portugal, y parte de la armada del Manucio, y del mar Océano. Y cometiéndole esta empresa al Marqués, y poniéndose á vista de la plaza, sucedieron tales inconvenientes en su entrada, que dejaron el acometerla para mejor ocasion. Puestas las cosas en este estado que hemos dicho arriba, y como Muley Jaque, con pretesto de que el Rey Católico le restituyese en el reino de Fez, que se le tenia usurpado por Muley Cidan, y Muley Buferas, sus hermanos, entregarian la ciudad y fuertes de Larache, prevenidas todas las cosas para ello, habiendo dado órden á sus alcaides que luego que descubriesen la armada del Rey Católico, los recibiesen, y entregasen las llaves de la ciudad y de los castillos, la armada Católica, habiendo salido de Gibraltar á cargo del Marqués de San German, y

Hinojosa, y amaneciendo á veinte de Noviembre sobre ella, en este año de seiscientos y diez, sin intermision ninguna, ni embarazo, se la entregaron los moros, á cuyo cargo estaban todas las armas, artillería y municiones, que estaban en ella para su defensa. Tomada Larache, el Marqués de la Hinojosa consagró á la Mezquita mayor al culto y veneracion católica, debajo del nombre de Santa María; puso al castillo que está sobre la barra el nombre de San Antonio, y al otro de Nuestra Señora. Hiciéronse nuevas defensas y fortificaciones, de suerte que excluyó á los enemigos que se abrigasen más en él, y cogerles de las manos á los alarbes, para que se constituyesen en sus términos, y el Evangelio; aumentando con esto el Rey Católico muchos puertos y fuerzas á su corona. Y tratando de la restitucion del Muley Jeque, un moro vasallo suyo, llamado Gelife, cerca de Tetuan, dentro de su tienda, traidora y alevosamente le mató; inmutados los alarbes de la entrega de la plaza, de suerte que aun de su mismo hijo Andalai no vivia seguro, y cuando esta obligacion, y promesa, en que se le habia asegurado la restauracion del reino, que estos fines tiene el reinar, donde se ejercita por naturaleza y costumbre la infidelidad en los corazones de los hombres bárbaros.

XI

ADVERTIMIENTO AL CONSEJO DE ESTADO

(1610).

(Sucesos desde el año de 1601 *hasta el de* 1610*).*

(Bibl. nac. H.-49. *Fólio* 484*).*

Presupuesto, como es verdad, que el verdadero fundamento desta monarquía es la buena disposicion de la ley divina, y el crecimiento della el buen gobierno de las armas y letras humanas, y su sustancia consiste en minas y comercio, destos abunda esta monarquía más que ninguna que ha habido ja-

más y está extendida de polo á polo, haciendo confin por mar y tierra con todo el universo; pero como es dividida por mar, mientras no siendo su señor della, tiene peligro.

La mayor prosperidad desta monarquía fué en el año 1558, cuando el Emperador, de gloriosa memoria, dejó el Imperio pacífico, sujeto á la Casa de Austria, y sus Estados al Rey de gloriosa memoria, con su plaza de armas en Flandes contra el Septentrion, y la de Italia contra el Levante, señor del mar Océano, Mediterráneo y Septentrion, y hasta volver el Estado á este punto, no estará esta monarquía segura, y para estar más seguro contra el Septentrion, es menester hacer lo que Carlomagno hizo cuando conquistó los Çerrasinos, con que puso firme su Imperio, que aún el Estado de Francia observan hoy en dia, ques bien saberlo para su tiempo.

El mal desta monarquía procedió primero, de las rebeliones de Flandes, que por su expugnable sitio por tierra, ayudado de Francia, Inglaterra y otros potentados que, por envidia de la grandeza de España, ha continuado los años de guerra, con gasto de los millones y pérdida de la reputacion que se sabe, y esto, por no haberles acometido por mar desde el principio, como advirtió el Comendador mayor siendo Gobernador de aquellas provincias, el año de 1574, cuando el socorro de Medelburgh, en Zelanda, que no tenian potencia los rebeldes entonces de sustentar diez navíos en la mar, ni ocho mil hombres para su defensa, cuyo respeto ofreció á Su Majestad, que, sustentándole de contínuo doce navíos en forma necesaria en aquella mar, de dar aquellos Estados rendidos y sujetos por mar y tierra, que por no haberlo hecho entonces, han crecido por mar y tierra como es notorio.

Y agora que Nuestro Señor ha dado claras muestras de su divina ayuda á esta monarquía, como única coluna de su santa fé en que este año se ha visto estando en apariencia de mayor trabajo que en ningun tiempo pasado, tanto en Flandes, Alemania, Italia, como por los moriscos en España, de que ha librado Nuestro Señor, y acrecentándola en fuerzas y reputacion con la muerte desde Francia y entrega de Alarache, que, considerando en efecto como ello es, se puede atribuir á la santa vida y amor á su Santa Iglesia,

de los Reyes de España y sus vasallos. Consideracion es esta bastante á convencer herejes.

Usando desde agora de la ocasion para en adelante, previniendo hacienda de suerte que haya dos ó tres millones sobrados, poniendo en el estrecho de Gibraltar diez navios de trescientas ó cuatrocientas toneladas, y otras tantas galeras, poco más ó ménos, como pidiera la ocasion, que sean bastantes para cerrar que ningun navío de ninguna nacion entre ni salga en la mar Mediterránea sin dar obediencia á esta guarda, y esto, á imitacion de lo que hace el Rey de Dinamarca, que todas naciones que pasan el estrecho del Sonde para ir á Osterlanda, Dantsich, Prusia, Pomerania, Gotia y Suesia, pagan tributo, y en Francia los ingleses descargan su artillería Oblay, en obediencia de Francia, para entrar en el rio de Bordeaux, y Inglaterra y Holanda no dejan ir navíos armados de España sobre aquella costa, sino es con permision y número que han sido señalados por las paces. A cuya consideracion y otras mayores que dejo de decir por no ser prolijo, digo que este estrecho de Gibraltar, con mayor razon destas dichas, sin interrupcion de paces de agora, siendo como es Su Majestad señor de ambas costas della, lo puede ocupar con muy buen respeto de impedir que en sus mares, como es en la mar Mediterránea, no entren navíos de cosarios, como hicieron el año pasado Martin, Dause, Binhop, Varde, que eran cosarios ingleses, holandeses y franceses que juntaron con moros, dando muestras en esto ser en beneficio de tratantes, que de fuerza, para desviar los malos, han de dejarse visitar desta guarda del Estrecho, como beneficio dellos, con que poco á poco con el tiempo les ir quitando las armas, pues las llevan sólo contra España, y no las han menester, pues todas septentrionales tienen paces con turcos y moros, y á esto ayuda mucho la Alarache, á donde los enemigos de España se solian abrigar para robar sobre la costa de la mar Océano, y pasar al Mediterráneo, y las fuerzas de Gibraltar con darse la mano con la Alarache, serán ambas mayores y más seguras. Resultará della la seguridad del comercio de España, dará reputacion á las armas y abrirá camino para, dentro de los puertos de España, corregir despues atrevimientos de las naciones que suelen salir dellas con título de mercaderes y

hacen presas de navíos de las Indias, como se ha visto diferentes veces este año, y más dello proseguirá otros efectos mayores de harta importancia de misterios que hay en la manera del gobierno de la costa de España y comercio della y Indias, por á donde, conservando paces y desarmando sus enemigos, sin causar rompimiento con que ir ganando tiempo y ocasion hasta estar prevenida España de hacienda y disposicion por la mar, con que les podrá dar leyes, como ellos han hecho hasta aquí á España, y especialmente haciendo lo mismo en las islas de Canarias y Terceras, á donde hay la misma materia del daño del comercio, que será esto hacerse señor de la mar, haciéndose señor de los puestos de mayor importancia della para asegurar su comercio, desarmando desta manera sus enemigos, que será vencerles sin pelear, que es de mayor gloria y más segura que la dudosa litiga de las armas.

Habiendo dos ó tres millones sobrados, y puesto en ejecucion lo susodicho, con quinientos mil ducados repartidos entre hombres de negocios españoles, residiendo en Ruan, Lóndres, Medelburghe, Dantsich y Hamburgh, será reducir la sustancia del comercio á los naturales españoles que agora gozan sus enemigos della, quitándoles con estos dos medios las armas y sustancia con que han sustentado la guerra hasta agora, y si acaso en algun tiempo Holanda, Inglaterra ó Francia quisieren romper con España, entonces me obligo con diez navíos ponerlos en parajes y puestos tales en la mar, rompiendo sus comercios, que les haga gastar su potencia en defenderse y ponerles en confusion, sin que lo puedan remediar, so pena de cortarme la cabeza si no lo hago, á que me obliga el amor y experiencia que con servir á Dios y esta monarquía he alcanzado saber, sin intencion de otro interés que el aumento desta monarquía, que es la de la Santa fé que Dios prospere, como es mi deseo.

XII

RELACION

DEL FELIZ SUCESO QUE HAN TENIDO LAS CATÓLICAS ARMAS DEL REY DON CÁRLOS II, NUESTRO REY Y SEÑOR QUE DIOS GUARDE, EN LA PLAZA DE ALARACHE, CONTRA MOROS, SUCEDIDO EN PRIMERO DE MARZO DE ESTE PRESENTE AÑO DE 1666, ENVIADA POR UN SOLDADO DE LOS QUE SE HALLARON EN LA OCASION

(*Bibl. nac.—H. 95, fól. 148-149*).

Despues de haberse valido en muchas ocasiones Cid Amet el Jader Ben Alí Gailan del amparo de las católicas armas de Su Majestad el Rey don Felipe IV, nuestro señor, que está en el cielo, y recibido agasajos decentes de su Real mano, correspondientes á su soberanía, determinó pagar estos beneficios con intentar tomar por asalto general la plaza de Alarache, haciendo para ello con gran secreto las prevenciones necesarias, así de escalas como de otros pertrechos de guerra. Mas la Majestad de Dios que no se olvida de los suyos, y más de aquellos que están defendiendo su santa fé, permitió que esto llegase á noticia de un cristiano, esclavo del Almocadem, Amete Enchis (uno de los suegros del Jader Gailan, y Gobernador de la ciudad de Alcázar, donde se hallaba el Jader haciendo en sus campos la junta de su ejército), el cual se puso en huida y vino á dar el aviso á la plaza á todo riesgo; y habiéndolo puesto en ejecucion miércoles en la noche, que se contaron 24 de Febrero, con grandísima dificultad, llegó viernes en la noche, 26 del dicho mes, á la punta que hace la arena de la otra banda del río, enfrente de la Puerta de la Marina, y pareciéndole ser tarde y que aunque llamase no le pasarian á aquella hora, y que podia ser que á la madrugada diese el enemigo la embestida á la plaza, tocó á arma, á cuya voz se abrió la muralla, y no viendo nada en la campaña, y pareciendo ser algun moro ladino que por sólo inquietarla habia tocado, se retiró la gente, dejando solas las

centinelas ordinarias, las cuales, luego que amaneció, reconocieron el cristiano en la punta, y habiendo avisado y pasado por él, llevándole á casa del Maestre de campo, don Juan de Alvarado Bracamonte y Sarabia, Gobernador, Alcaide y Justicia mayor de dicha plaza, dió á su merced noticia cómo el Jader Gailan tenia juntos más de 40.000 hombres y prevenidas escalas para dar asalto á la plaza, y asimesmo tres embarcaciones de moros sobre la barra, para impedir el aviso que se podia dar á España, las cuales se reconocieron luego que entró el dia, y acreditó más esta nueva; con lo cual ordenó su merced al capitan Alonso Bolinches, teniente general de la artillería, pasase á España en una tartana que estaba surta en este puerto, á dar estas noticias al Excelentísimo Señor Duque de Medinaceli, del Consejo de Estado, y Capitan general de las costas de la Andalucía, y pedir á Su Excelencia le socorriese con gente y demás pertrechos de guerra.

Sábado, que se contaron 27 del dicho mes, dió el señor Maestre de campo órden al Sargento mayor, don Diego de Salcedo, que á las dos de la tarde tuviese escuadronada la gente en la plaza de armas, á cuya hora salió su merced á ella, y con la prudencia, valor y experiencia militar que á su persona asisten, guarneció la muralla, reductos y castillos en la forma siguiente:

El lienzo de muralla de la puerta del campo, que corre del castillo de Santa María de Europa al de San Antonio y su reducto, guarneció la compañía del capitan Diego Díaz Landero, á quien se encargó la defensa de esta parte, poniendo por cabo de la guarnicion del reducto de San Antonio, al sargento Juan Muñoz Vejarano.

La compañía del Sargento mayor se dividió en la guarnicion del castillo de San Antonio, el reducto de Santiago, que está sobre la barra, y el lienzo de la muralla de la Marina, hasta el reducto de Diego de Vera, quedando por cabo del castillo el alférez Antonio de Figueredo, y del reducto de Santiago, el sargento Martin Yanguas, y de la Marina, el Ayudante Francisco Camacho.

La compañía del capitan Gregorio Valera guarneció el lienzo de muralla, desde el reducto de Diego de Vera hasta el de Nuestra Señora, encargando al dicho capitan la defensa de esta parte, y

por cabo de la guarnicion del reducto de Nuestra Señora, el alférez Diego de Silva.

La compañía del capitan Diego López guarneció la muralla de San Francisco, reducto alto, y torre del Judío y el castillo de Santa María, quedando por cabo en el reducto su alférez Antonio Perea; y de la torre, el sargento Diego García del Aguila; y del castillo, el alférez Juan Paterna.

Los particulares que no tienen plaza en las compañías quedaron en el cuerpo de guardia principal, y los Ayudantes asistiendo á la persona del señor Maestre de campo y Sargento mayor, para acudir á donde más necesario fuese.

Lunes en la noche, 1.º de Marzo, á las doce poco más, empezó á acercarse el enemigo á la plaza, y habiéndolo sentido las centinelas del reducto de Santiago, comenzaron á dispararle algunos mosquetazos, y á las cuatro de la mañana cerró el enemigo por todas partes, con tan gran alarido (uso de la embestida de esta gente), que pudiera poner terror al espíritu más alentado, y las campañas y centinelas á repetir el arma y á esperarles con las armas en la mano con incomparable valor.

Embistieron por la puerta del campo, rompiendo el rastrillo y ocupando el rebellin que cubre la puerta hasta la punta del puente del foso, que estaba levantado, cubriéndolo todo innumerables moros con muchos estandartes. Aquí se les dió repetidas cargas de mosquetería y con los pedreros de los traveses de la muralla, haciendo en ellos tal destrozo, que aunque con gran porfía mantuvieron mucho rato este puesto, hubieron de retirarse dejando la campaña cubierta de cuerpos muertos, y aunque retiraron los más que pudieron hasta venir el dia, todavia dejaron muchos en dicho puesto.

Al mesmo tiempo embistieron por la muralla de San Francisco, llegando á meter dos escalas al foso por esta parte. Aquí se les dió, de la muralla y los dos reductos, tan continuadas cargas de artillería y mosquetería, y buena cantidad de piedras, que hubieron de desalojar el puesto, dejando la campaña cubierta de cuerpos, y las escalas.

A este puesto asistió el señor Maestre de campo, infundiendo

valor con el suyo á sus soldados que, á su vista, cada uno procuraba adelantarse en repetidas cargas, quedando en este particular todos iguales.

De aquí cargó el enemigo con más fuerza al pié de la torre y castillo de Santa María, rompiendo con hachas el rastrillo del rebellin que cubre la puerta de la torre, de donde y del castillo hallaron tal resistencia, que aunque ocuparon este puesto hasta ser de dia claro, hubieron de dejarlo con mucha pérdida suya.

De aquí cargaron con mayor fuerza al reducto de San Antonio, pareciéndoles que por aquella parte, por no tener foso y estar la muralla más baja, podrian conseguir su intento; mas la guarnicion de este puesto se portó con tal denuedo y valentia, que experimentó el enemigo en este sitio la mayor fortaleza de la plaza, perdiendo en él mucha gente, porque hizo empeño aquí y en la falsabraga del castillo hasta más de las ocho del dia. A la defensa de este reducto asistió la persona del Sargento mayor, á cuyo valor se debió mucha parte, quedando herido en la cabeza y rostro de las muchas pedradas que el enemigo tiraba.

Por el reducto de Santiago no fué ménos la porfía de los moros que por las demás partes, hallando en ocho hombres que le defendieron el valor de 800.

Al mesmo tiempo que el enemigo embistió las murallas, vinieron por el río cinco barcas de mucha y lucida gente, para echarla en la Marina y arrimar escalas por esta parte; y queriendo quitar primero el estorbo que les hacia una saetía ginovesa que habia venido con bastimentos, la abordaron todas; mas recibiéronlos con tan buena carga de pedreros y chuzos, que les obligó á retirarse, dejando en el río mucha cantidad de gente y una barca varada en seco, por haberle muerto la mayor parte de la gente que se halló dentro.

Luego que abrió el dia y se retiró el enemigo de los puestos, se enarbolaron las banderas de Su Majestad en las murallas y castillos de la plaza, con tanto regocijo de los soldados y de su Maestre de campo, que corrió los puestos abrazando á sus soldados y dándoles la enhorabuera de tan feliz suceso, agradeciéndoles con palabras de mucho amor lo bien que cada uno habia obrado. Hizo-

se luego salida á la campaña á despojar los muertos y retirar seis escalas que el enemigo se dejó, juntamente con muchos despojos de ropa, escopetas, alfanges, azagayas, y saetas y lanzas.

El precio que costó tan feliz suceso fué de once hombres, entre muertos y heridos. Entre los moros que se hallaron muertos fué un hermano del Gailan y los Gobernadores de Tetuan, que habian venido á socorrer esta empresa tan desdichada para los moros, y se metió en la plaza uno vivo de la cabila del Talí, tenido por santo entre ellos, que quedó herido de un mosquetazo en un muslo, el cual fué examinado por el lengua de la plaza y dió noticia cómo el Jader Gailan habia echado bando en todos los lugares y ciudades de su dominio, que todas las personas de diez años arriba se juntasen en la campaña de Alcázar para venir á la toma de Alarache; á cuya voz, y ser precepto de su ley el venir á hacer guerra á los cristianos, se habian juntado de diversas partes gran cantidad de gente, de suerte que fué mucho mayor el número que lo que el cristiano habia dicho; y así mesmo que la gente que habia venido en las barcas era de la más lucida de su campo, porque el mesmo Jader habia escogídolos, poniendo por cabo en cada barca los moros de más importancia. Que las escalas eran ocho, y que traia en la retaguardia de su ejército muchas familias para poblar la plaza, porque juzgaba por muy fácil el tomarla y pasar á cuchillo toda la gente de ella, y que habian muerto más de 4.000 moros.

Este mismo dia por la tarde levantó el enemigo bandera de paz, enviando recaudo al señor Maestre de campo con uno de sus Talues, en que pedia se diese licencia de retirar los muertos que habian quedado á las puertas y fosos de la plaza. Su merced se lo concedió con mucha galantería, enviándole á ofrecer el moro herido, quedando con su palabra sola á la satisfaccion del rescate y coste que está hecho para los prisioneros de guerra, que en tales ocasiones se hacen, y añadiendo recaudo disimulado á un Gobernador de la Bermuda, Tarife, diciéndole á Talus le dijese al Jarife que su merced habia tenido muy buena mañana, que si queria volver á entretenerse la siguiente, porque no tenia más quehacer que comer y pelear.

La mayor ponderacion para encarecimiento del valor con que se portó cada uno de los oficiales y soldados en el puesto que les tocó defender, es, que siendo la dotacion de esta plaza para su guarnicion ordinaria 1.200 hombres, tasadamente se hallaron en ella 250, que resistieron el grueso de enemigo tan poderoso. Con que verdaderamente se debe tener por suceso milagroso de Dios, como primera causa de todo, y despues al desvelo y vigilancia del señor Maestre de campo y feliz principio de la fortuna de nuestro Rey y Señor, á quien la Divina Majestad guarde muchos años y dé á sus reales armas mayor prosperidad, como sus vasallos deseamos.

XIII

NOTICIAS

DE LA PLAZA DE ALARACHE

llegadas en el navío San Francisco, martes 1.° de Octubre (1689) al amanecer, recopiladas de la carta de don Fernando de Llorias, Gobernador della, dando cuenta al Conde de Aguilar.

(*Ibid. fól. 510 y 510 vuelto á 511*).

El dia 17 se continuó la plaga de las pedradas y fuego de tiradores, los cuales, ya diestros los soldados, todos se les volvian con grande ligereza, con mayor daño de los moros que de la plaza. El dia 18 hicieron llamada, y envió su cabo una carta en que decia:

Que su Rey, inclinado al gran valor con que habian defendido aquella plaza, los queria tratar como amigos, y darles lugar para que sacasen toda su artillería y cuanto tuviesen en la plaza, y que se fuesen, que no aguardasen al último extremo de perecer, que era lástima en una gente tan valerosa, etc.

Respondióse agradeciendo la fineza, y diciéndole que eso lo habia de tratar su Rey con el Rey de España; que si se la quisiese

entregar, ellos la darian con muy buena voluntad; que mientras no, él y sus soldados estaban resueltos á defenderla hasta la última gota de sangre, y que como amigo le decia que en la plaza se habian cogido algunas balas martilladas y envenenadas; que aquella no era buena guerra, que si le faltaban municiones, que le prestaria unas pocas y se les daría.

En este dia 18 de Octubre se peleó poco y se trabajó todo el dia y noche incesantemente en tapar las brechas. El dia 19 se volaron tres minas, y las dos dispararon por sus bocas con grandísimo daño de los moros, y la otra dió en tierra con 7 brazas de muralla, y dejó el terreno horroroso, de suerte que ni los moros se atreverán á avanzarlo, ni los cristianos á ponerse encima á defenderlo.

El 5 de Octubre, voló 5 hornillos, y derribó 84 brazas de muralla, y el terreno quedó tan bien dispuesto, que con 30 soldados se puede defender la brecha, en la cual sola se dejó el moro este dia 700 muertos, y en todo el recinto, más de 1.800 muertos. A la vista fué el avance general, y siendo así que fué impetuoso, sólo un herido hubo dentro de la plaza, y que se hizo la defensa con sólo fuego hirviente y metales derretidos, á cuerpo cubierto. Obró este dia la artillería prodigios. El dia 21 sólo se atendió, los moros á retirar sus muertos, y la plaza á contraminar dos minas, que se consiguió la obra. El dia 22 vinieron por tres veces á la plaza, pero no pudieron lograr llegar en ninguna á los piés de las brechas, y totalmente desde este dia se desengañó el moro del poco fruto que podia sacar de sus asaltos, y siendo así que la brecha mayor, de intencion, porque vengan á ella, no se le ha tapado, no tiene tal pensamiento.

El dia 23 salió un soldado práctico del pais, y reconoció todo el campo de Genoveses y la Somilla, donde aseguró haber tardado hora y media en andar la ciudad que tiene hecha por de fuera, la cual va fosando y fortificando. Asegura que tiene tanto campo como Granada, y las calles del mismo modo. Dió noticias, que vienen con las que remitió ya, y las que habia, que pasan los moros muertos de 17.000, y entre ellos 9 Alcaides. Hasta hoy 28, no ha habido cosa particular ni daño considerable, si bien cada dia

ha habido su mina volada, y esta tarde á las 4 voló una que reventó por un pozo de la plaza, y me voló 32 hombres, y hirió 5 muy mal. Las brazas de muro caidas son 249, y todo el demás está movido, si bien todavia no nos hemos valido de las segundas retiradas. Sábese que sólo en las minas trabajan 30.000 moros, y que en el campo han entrado 4.000 quintales de pólvora sólo para las minas, que hoy ya no se hace otra guerra sino ésta, por tener por imposible el moro rendirnos de otra suerte que quitándonos la tierra á pedazos, y embarazar los socorros. Este es el estado de esta plaza hasta este dia.

En el pliego sencillo verá Vuestra Excelencia lo que me pregunta con relacion jurada. Dícese que los moros han traido sus ganados, y que van arando todas sus tierras para sembrarlas; que tienen hechos cortes y desagües, de suerte que no se aniegue, y que han hecho cuatro famosas alcantarillas de firme, y que se ve desde la plaza una puente de forma que ha hecho en un riachuelo, de 9 ojos. Todo esto aminora la esperanza de la plaza, por estar ya conocido el que no alzará el sitio por ningun humano accidente. Avisa cómo de los heridos se entiende escaparán 400, y que los que están ya sanos son 124. Dice del socorro, que llegó la medicina sobre el óleo, y que pierdan las esperanzas de ver vivos y rendidos los de allá, que tal no se imagina, ni podrá suceder, si Su Majestad no lo determina de otro modo. Envío presos á Cádiz al capitan don Nuño de Villavicencio y á don Juan Verrillo, su alférez, que lo hicieron á la salida bien mal, porque habiendo ido primero órden que se viniesen, no lo quisieron obedecer. Fué segunda órden de que presos los enviasen, y dice el Gobernador una chanza y cita á Santa Teresa, diciendo que sabe bien la perdiz con obediencia, y que hubiera muchos que obedecieran el salir, aun para el suplicio, porque les cantaran un responso, etc.

XIV

COPIA DE CARTA

escrita al Capitan General por el Almirante don Nicolás de Gregorio, desde los navíos sobre Alarache, su fecha de 30 *de Octubre* (1689), *y llegó á esta ciudad el lunes* 31 *de dicho mes, á las dos de la tarde.*

(*Bibl.ª nac.—H.-99, fól. 510*).

Excelentísimo Señor: A 27 deste llegué desta ciudad á paraje del Alarache á las doce de la noche, y por no dar lugar el tiempo, no se pudo hacer más diligencia que adquirir noticias de la manutencion de la plaza y admirable disposicion de los soldados. Al amanecer conté las embarcaciones de mi cuenta, que todas eran 54, y á la noche, el dia 28, se determinó meter la gente, que tuve por imposible, respecto de no haber el moro retirado las dos baterías de la campaña, y formado otras dos en la entrada y tramos del rio, de suerte que la embarazaban 17 cañones y otros dos fuertes, capaces de 2.000 tiradores de escopeta, con otras cuatro medias lunas en que cabian otros tantos. Conferida la forma, se determinó no perder la ocasion de probar fortuna, con una luna clarísima, y previniendo 26 embarcaciones con 470 hombres que echar en la plaza, y 150 quintales de pólvora, 2.000 balas de artillería y 1.000 granadas, á las dos de la noche se hizo la acometida al rio, y en ella una de las mayores hazañas que han obrado hombres, porque semejante fuego, ni yo lo he visto, ni creido que pudiera tolerarse; y desde luego tuve por perdido todo el socorro, y no fué así, porque Dios lo permitió de otro modo, y fué que se logró el meterlo todo, con pérdida de solos 14 hombres y 6 heridos. Murió el capitan Juan de las Viñas y un sargento de Xerez, y dos cabos de escuadra, 5 soldados y 5 marineros, y se perdió un barco, y no se pudo cobrar noticias del estado de la plaza, por las muchas balas; si bien, segun la fuga que se apercibió de su destrozo, lo considero penosísimo. Háse alterado el mar de suerte

que no se pudo continuar meter esta noche ninguno. En la primera ocasion entrará todo, porque no está en estado este negocio que se deba intentar muchas veces.

A esto ha estado detenida la saetía, por ver si el Gobernador envia pliego, y no lo ha podido hacer. Al punto que envíe despacharé á Juan Francisco para que remita Vuestra Excelencia la gente de las galeras que están en ese puesto.

XV

CARTA

con noticias de la rendicion de Larache.

(Ceuta, 27 de Febrero de 1690).

Acaban de llegar aquí de Berbería el P. Fr. Juan Muñoz, Menor observante, uno de los que residian en Alarache, y el alférez reformado don Miguel Pardo, de la misma guarnicion de dicha plaza. Son estos los que el Gobernador della, reducido al extremo, envió á Mequinez á tratar con el Rey Muley Ismain, de alguna capitulacion, y dicen sacaron la de que el Gobernador y 100 hombres, los que él escogiese, con toda su ropa, y los religiosos con todos sus sirvientes, imágenes y ornamentos, saliesen libres, y quedasen los demás esclavos.

Aceptóso á más no poder el partido, y nombráronse los 100, y se habria puesto en ejecucion puntualmente, si en el puerto hubiese entonces embarcacioues, pues á los bajeles del Almirante Gregorio, que allí estaban, el mismo dia que volvieron de Mequinez los tales enviados, los arrojó de aquel paraje una gran borrasca; con que llevaron á dichos 100 exceptuados y religiosos, con toda la demás guarnicion, á Mequinez; aunque con su ropa separada y tratados como libres, y como á tales se les dió posada aparte, bien que en el camino se les habia desbalijado algo de la ropa; pero como esta gente bárbara no tiene fé, empezó á dudar el Rey y poner en cuestion con sus Cadís y Alcaides, si debia estar á la palabra sobre la libertad de los 100 religiosos, tomando por mo-

tivo, que cuatro ó cinco de la guarnicion, despues de rendida, se arrojaron al mar en una barquilla para huirse (bien que despues los cogieron), y que un soldado napolitano, cuando salia la guarnicion, apuntó con el arcabuz al secretario del Capitan general moro; con otros pretextillos de su Alcorán.

Mostraba mostrar el Rey de esto disgusto, y venia á ver á los cristianos á su posada, y les decia que enviasen á España por un letrado para que disputase con sus Cadís sobre la materia, y que en el ínterin, estuviesen de buen ánimo, que estarian como huéspedes y no les faltaria nada; y para que se tratasen como á tales, repartió algunos entre los Alcaides.

De la libertad deste religioso y alférez nunca puso duda, y los remite ahora, con una carta, á nuestro Monarca Católico, sobre el particular, deseando mucho tener alguna de Su Majestad, y se queja amargamente de que no le haya respondido á ninguna, cuando otros reyes le escriben cada dia y el de Francia le envia embajadores.

Es este Rey Muley poderosísimo, pues lo es de los reinos de Marruecos, Fez, Tafilete y Susa, y ha hecho su asiento en Mequinez, que es de sus capitales ciudades la más próxima á las costas de Andalucía, y distará de Ceuta 40 leguas. Tiene más de 30.000 negros, criados desde peqneñitos al modo de genízaros, y en estos funda la seguridad de su persona, que sabe anda aventurada entre sus Alcaides, que le miran como á tirano, habiendo, entre él y su hermano, á quien sucedió, apoderádose tiranamente y á viva fuerza de dichos reinos, bien que sean segundos génitos de los Reyes de Tafilete.

Será hombre de hasta cincuenta y cinco años, y de más de cien hijos, y muchos ya grandes, y se cree que algunos se le rebelen con el tiempo, y aun por eso no se atreve á salir de Mequinez. Es cruelísimo y sanguíneo con los moros (tanto, que raro es el dia que no mata alguno con sus manos), y con los cristianos respectitive, humanísimo, y hace gran estimacion de ellos, y por eso no permite que se hagan redenciones, ni que otro alguno sino él los tenga por esclavos; y esta es la causa de que renieguen muchos, como dicen han hecho ya algunos de los de Alarache. Son grandes

validos suyos un zapatero romano y una mujer española, de San Lúcar de Barrameda, que ha muchos años que son esclavos, y no los ha obligado nunca á renegar. De los religiosos descalzos de San Francisco (de la provincia de San Diego, de Sevilla, que tienen Convento en Mequinez, y son de grandísimo provecho y fruto en aquellas partes), hace tambien grandísima estimacion.

Con la guarnicion de Alarache fueron 18 mujeres, que por ser pobres, no se vinieron á España con las demás, quedándose en la plaza para lavanderas y panaderas. Entre estas habia dos muchachas y se las tomó el Rey por mujeres, que tiene tantas, que pasan de centenares.

En los 100 que el Gobernador de Alarache exceptuó de la esclavitud, entra el Veedor, el Maestre de campo napolitano, con todos los demás vivos y reformados, y algunos aventureros, y de estos dicen sanó de las heridas el Coronel Echandía.

Cuentan del sitio (duró 80 dias), que desde la primera noche se les entraron los moros debajo de tierra, y que no los veian, sino cuando daban los asaltos, y que desde luego zanjaron todo el campo para impedir las salidas.

Resistieron los sitiados á nueve asaltos generales (fué el primero el dia del glorioso San Miguel), ejecutados de los moros con tal teson, que en los más entraron en la plaza, y fueron rechazados siempre de ella con espada en mano, y en cada asalto era tanta la multitud, que no se perdia bala en ellos, y asientan pasan de 30.000 los muertos, y de los nuestros pocos más de 500, y entre ellos dos Capitanes, un Regidor de Cádiz y otros aventureros.

Cerca de 300 varas de muralla derribaron las minas, y el último dia (que fué el de Todos Santos), dieron cinco avances generales, y habiendo rechazádose los cuatro, con grandísima mortandad de moros y muchos heridos, y gran cansancio de los cristianos, el quinto (en que echó su mayor fuerza el moro), se peleó grandemente y se entraron hasta lo más interior de la ciudad, y tambien fueron rechazados; pero viniendo la noche, y haciéndose fuertes en una cortadura y trincheramiento que dentro de la plaza habian hecho los nuestros, no pudieron ser echados de allí.

Toda aquella noche estuvieron los nuestros con las armas en la

mano, y ánimo fijo de dar Santiago por la mañana, con resolucion de morir todos primero que rendirse; pero cuando amaneció, se halló puesta en la plaza una bandera blanca, sin que el Gobernador pudiese averiguar quién la habia puesto, lo cual, y hacerle ver los moros que tenian minados los castillos y dádole intencion que se daría libertad á todos, con alguna artillería, hizo que se tratase de capitular, en que sucedió lo que queda dicho.

Alábase mucho al Sargento mayor de la plaza, y que en todo el sitio hizo prodigios, como tambien el Maestre de Campo, don Antonio Dominico de Dura, con su tercio napolitano, que aunque eran pocos en el número, hicieron por muchos, pues como eran soldados viejos, y los más reformados, se portaron con gran valor y pericia militar; y en particular se señaló el capitan don Andrés Escala, y libró á sí y á todo su tercio de ser volado, pues reconociendo que su puesto era minado con mina real, hizo contramina, y en ella se encontró debajo de tierra con los moros, y por ganársela (como hizo), estuvo peleando con ellos muchas horas, y de la faccion quedó medio estropeado de una mano, habiéndosele reventado un trabuco, y un sobrino suyo pasado de parte á parte de una bala; pero tambien sanó.

Los rendidos de la plaza fueron 1.722; pero aptos y hábiles para las armas, poco más de 500, siendo los demás heridos, enfermos, muchachos, mujeres y frailes, y es gran lástima que tanta buena gente se hayan quedado esclavos. Dios por su misericordia se compadezca de ellos.

XVI

COPIA DE CARTA

venida de los Capitanes de los navíos, su fecha 3 de Noviembre deste presente año (1690).

(*Ibid. fól. 512*).

Acaba de salir una lancha de la plaza con noticias y carta del Gobernador, en que se la dá nuestro Jefe que el dia de Todos Santos se volaron 3 minas, y con ellas perecieron cuantos baluar-

tes y reductos tiene en el muelle, y dieron avances generales, que con ellos ganaron hasta la plaza de armas y el Molino del viento, donde los rechazaron 3 veces á cuchilladas; pero quedaron los moros fortificados en el reducto de Diego de Vera, que es opuesto al Broquelete, y con él ganaron 5 piezas de artillería, y están casi hechos dueños de la marina. El Gobernador hizo ayer llamada, pidiendo capitulaciones, la cual se admitió del General moro, y respondió tocante al pedir, que era artillería, gente, municiones y víveres y cuanto el presidio tuviere. A esto respondió en la Junta que hicieron el Jefe de los moros con sus Alcaides que la gente saliese libremente, pero que la artillería y lo demás no podia venir en ello sin aviso de su Emperador, para lo que él permitiría que fuesen de nuestra parte y de la suya quien lo insinuase, como se ha efectuado y permitido 4 dias de treguas. En la plaza perecieron, segun se dice, 400 hombres, los mejores, y entre ellos don Juan de Stupiñan, y el capitan Diego de Arce, capitan Eguiluz, y Echandía muy mal herido, y el ingeniero, aunque no de cuidado. El ingeniero de los moros es un francés disfrazado. El Gobernador pide que, caso de no convenir en las capitulaciones, se le remitan los barcos y lanchas muy armadas, con toda la gente muy armada, para que peleando éstos con las barcas de los moros, y de dentro haciendo salida, se solicite con grande esfuerzo ver si se les puede rechazar, y en este estado queda.

XVII

APARATO

PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE LA PLAZA DE LARACHE

INDICE

de documentos del Archivo de Simancas que se refieren á la plaza de Larache.

(*Estado.—Legajo 213*).

1.° Copia de carta de Muley Xeque á Su Majestad, fechada en Villanueva á 8 de Marzo de 1609, diciendo que, habiendo desbaratado dos veces su ejército el enemigo, le obligaba á desamparar sus reinos é ir á ampararse de Su Majestad, fiado en su real palabra y grandeza: que deseaba tratar á boca algunos negocios, suplicando á Su Majestad mandase dar órden cómo pudiese venir.

2.° Otra del Duque de Medina Sidonia á Su Majestad, fechada en San Lúcar á 9 de Marzo de 1609, diciendo que estimaba como debia la confianza que Su Majestad hacia de su persona para lo de Larache: que los navios y galeras para la embarcacion de Muley Xeque estaban á punto, con bastimentos y lo necesario hasta fin de Abril; pero que faltaba gente, y que aunque habia enviado las cartas de Su Majestad á las ciudades, esperaba poco dellas.

3.° Otra del mismo á Su Majestad, fechada en San Lúcar á 15 de Marzo de 1609. Dice que Muley Xeque llegó á Vilanova de Portiman, donde habia sido bien acogido: que Juanetin Mortara le habia dicho lo que deseaba el dicho Xeque venir á la presencia de Su Majestad, y que creia que era inducido de Mortara por sus intereses, que era muy presto, hasta ver el suceso de las cosas de Berberia: que Mortara decia que seria bien traerle á Sevilla, y al Duque le parecia que no convenia meterle en lugar tan grande; que seria

mejor en Carmona, donde estuvieron sus primos, y allí y en Utrera se podrian acomodar.

4.° Carta del Duque de Medina Sidonia á Su Majestad, fechada en San Lúcar á 16 de Marzo de 1609, sobre que, con la retirada de Muley Xeque, habia cesado el negocio principal de lo de Larache: que con la gente de Cádiz y la que allí habia, iria don Juan Maldonado con las galeras; que por los levantes no habia salido: que tomaria las municiones de Gibraltar, y estaria allí para acudir á lo que se ofreciese en las plazas de Berbería.

5.° Otra de Juanetin Mortara á Su Majestad, fechada en San Lúcar á 16 de Marzo de 1609, participando que los sucesos de la guerra obligaron á Muley Xeque á dejar sus reinos, y salió de Larache á los 4 de Marzo con derrota á San Lúcar; pero que los tiempos le forzaron á dar en Vilanova, de donde fué á San Lúcar: que Muley Xeque deseaba venir á la presencia de Su Majestad; que si no se le permitia, por lo ménos, se le diesen esperanzas y no se le negase de todo punto: que el dicho Rey y su hermano Muley Buferes, á quien y al Príncipe Abdalá y otros dos hijos esperaban, eran muy amados en toda la Berbería, y creia que habian de hacer mucho servicio á Su Majestad.

6.° Otra de don Cristóbal de Mora á Su Majestad, fechada en Lisboa á 5 de Abril de 1609, remitiendo cartas de Muley Xeque y del Gobernador del Algarbe, sobre la jornada del Xeque por tierra, con hasta 40 personas, y la demás gente y ropa por mar: que allí no se le podria dar ninguna ayuda, y que de Sevilla se podían llevar coches y cabalgaduras: que lo que más convenia era sacarle presto de allí, porpue se iban mostrando poco agradecidos al servicio que se les hacia.

7.° Carta del Duque de Medina Sidonia á Su Majestad, fechada en San Lúcar á 17 de Abril de 1609, sobre que se le escribiese para que en caso que por alguna vía extraordinaria se pudiera tomar Larache, avisase de lo que para su conservacion seria menester proveer de gente, vituallas, artillería y municiones.

8.° Carta de Juanetin Mortara á Su Majestad, fechada en San Lúcar á 27 de Abril de 1609. Dice que el Duque de Medina Sidonia envió carruaje y mulas para que Muley Xeque hiciese su via-

je por tierra á Andalucía, y habiéndole dicho que se habia de pagar por su cuenta, lo sintió mucho y se resolvió no partir por entonces, sino que se volviese el carruaje, como lo hizo: á cuya carta contesta el Xeque, diciendo que veia la poca cuenta que se hacia de su persona, diferente de lo que entre Reyes se usaba: que habia venido á las tierras de Su Majestad, no para morar en ellas, sino para haber de Su Majestad remedio para sus cosas, para cobrar sus reinos, y concertar muchas cosas del provecho de ambos: que le desengañase Su Majestad de la voluntad que tenia de favorecerle, que consintiéndole pasar á ver á Su Majestad, la ida fuese con el decoro de Su Majestad y honra de su persona y la que Su Majestad solia dar, y en caso contrario, que le desengañase.

9.º Relacion del gasto diario que se hacia con Muley Xeque y 215 personas que estaban alojadas en Carmona y Utrera, y montaba cada dia 1.062 reales 19 maravedises.

Carta de Diego Flores del Carpio Giron, fechada en Carmona á 18 de Junio de 1609. Dice que estaba haciendo armar tres camas y colgar dos cuadros, de las sedas y camas que en su casa habia, aunque indecentes á la grandeza de quien hospedaba: que ni los buenos medios ni la cortesía habian bastado para que aquellos indignos hidalgos diesen una sábana para las personas Reales: que tambien las alfombras y almohadas todas que habia en su casa se habian llevado, sin faltar cosa alguna: que en aquel alcázar se procuraria acomodar la más gente que se pudiere: que de las tres ó cuatro piezas sueltas que habia, estaban hundidos algunos tejados; que se podia quitar el material para cubrir y reparar la cocina: que la calle que iba al alcázar estaba tan destrozada, que no podia entrar coche, y se habia mandado empedrar.

10.º Otra de Bartolomé de Chaves, fechada en Carmona á 4 de Julio de 1609. Avisa la llegada de Muley Xeque á Carmona, que fué á 4 de Julio á las ocho de la noche, y le recibieron con luminarias: que al pasar por Alcalá de Guadaira, un moro de aquellos habia derribado una cruz de un Calvario; Muley Xeque le hizo buscar y quiso cortarle la cabeza, y por no derramar sangre en reino extraño, le remitió á la justicia del lugar que le castigase.

11.° Carta de Juanetin Mortara á Su Majestad, fechada en Carmona á 5 de Julio de 1609. Dice que anoche habia concluido la jornada del pasaje de Muley Xeque, de Portugal á Andalucía, trayéndole y acompañándole á Carmona, con mucho gusto y contento suyo, y así lo habia recibido, por el grande agasajo y servicio que en todas partes se le hizo, desde que salió de Villanueva hasta que llegó allí: que él quedaba muy contento, por haberle puesto en lugar tan seguro, desde donde Su Majestad podria acudir muy bien á lo que fuere de su servicio: que Muley Xeque habia tenido nueva de Melilla de que sus cosas iban prosperando, con juntarse mucha gente á su devocion cerca de las personas de su hermano Muley Buferes, y de su hijo Muley Abdalá: que si faltaba á aquel Rey el favor de Su Majestad, no cuidase luego de servir á Su Majestad en lo que habia tratado, lo cual era de desear que se le diese, para que él lo recibiese y lo hiciere valer.

12.° Carta original del Duque de Medina Sidonia á Andrés de Prada, fechada en San Lúcar á 6 de Julio de 1609. Dice que Muley Xeque se hallaba en Carmona: que enviaba la carta original con un criado suyo, que asistia al Muley Xeque con dinero, porque Su Majestad entendiese cómo comenzaba á proceder aquella gente: que muy cumplidamente se habia festejado, acomodado y servido en todos los lugares por donde el Xerife habia pasado hasta Carmona: que habia parecido al Consejo que D. Luis Bravo diese algun recaudo al Xerife y á su madre; ya que no pudo alcanzarle en Villanova, lo hiciera en Coria: que esto se hizo con mucha demostracion y ornato, con los aderezos que hizo traer de la *Real* del Puerto de Santa María, comiendo en los magacenes con su plata y las demás cosas que parecieron á propósito.

13.° Carta del Duque de Medina Sidonia á Andrés de Prada, fechada en San Lúcar á 13 de Julio de 1609, sobre lo del sustento de Muley Xeque: que las desayudas que en ello se hacian eran tales y tan vergonzosas, que el Corregidor de Carmona le avisaba que aquellos vecinos ni una sábana querian dar, ni por bien ni por mal: que con una compañía de soldados ó con cualquier juez hacian más que con aquel Xeque.

14.° Carta del Duque de Medina Sidonia, fechada en San Lú-

car á 19 de Julio de 1609, sobre lo que convenia enviar dinero para el gasto de Muley Xeque y su gente, avisando puntualmente lo que seria menester cada mes para este efecto, para que se proveyese y para mudarle á Mérida, donde habia resuelto Su Majestad se pasase por todo Agosto.

15.° Otra carta de Pedro de Heredia á Su Majestad, fechada en Melilla á 29 de Setiembre de 1609. Dice que habia llegado á su noticia era cierto que Muley Abdalá mató á su tio y suegro, porque se correspondía con Cidan: que los mercaderes de Fez le prestaron una buena suma de dinero y todos le seguian de buena gana.

16.° Otra de Juanetin Mortara á Su Majestad, fechada en Carmona á 1.° de Diciembre de 1609, diciendo que habia dado cuenta á Muley Xeque de la respuesta de Su Majestad, por lengua de Diego de Urrea (intérprete), que él y sus alcaides quedaban muy agradecidos de la merced de Su Majestad: que estaban muy persuadidos á lo de la entrega de Larache; pero que deseaban que los apuntamientos fuesen firmados de Su Majestad, avisando de la forma en que habian de ir: que convenia mucho despachar luego aquella gente: que Juanetin iba á Sevilla á disponerlo con el Marqués de San German.

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS

SECRETARÍA DE ESTADO

(Legajo 220).

1.° Carta de Juanetin Mortara á Su Majestad, fechada en Sevilla á 5 de Enero de 1610. A Su Majestad dice que, con licencia del Marqués de San German, habia ido á Carmona para concluir con el Xerife sus cosas particulares, y llegado, halló que don Diego de Urrea escribió á Su Majestad que se contentaba de entrar en sus reinos con solos 60.000 ducados y 3.000 escopetas. Dió la carta de Su Majestad al Xerife, encargándole la conclusion y pase de sus cuentas, las cuales quedaron en 50.000 ducados. Refiere lo que pasó con San German cuando le envió á llamar á Sevilla.

2.° Otra del Marqués de San German á Su Majestad, fechada en Sevilla á 22 de Enero de 1610. Que con la llegada de don Pedro de Luna se resolvió la forma de la embarcacion de Muley Xeque. Que no se proveía dinero para el viaje de Muley Xeque, y apunta que se podria tomar prestado de los 140.000 ducados que habian de ir á Tánger. Que habia enviado á Carmona á Juanetin y Urrea para que supiesen por dónde quería hacer su viaje el Xeque, y le diesen á entender lo que Su Majestad mandaba.

3.° Otra del Conde de Elda á Su Majestad, fechada en Sevilla á 24 de Enero de 1610, sobre que el Marqués de San German le dijo que Muley Xeque habia de pasar á Berbería en sus galeras, y que para hacerlo, las habia puesto en órden.

4.° Carta del Marqués de San German á Su Majestad, fechada en Sevilla á 16 de Febrero de 1610, sobre el aviso que su teniente, don Felipe Manrique, le daba de que Muley Xeque iba prosiguiendo su camino, dando él y sus alcaides grandes muestras de servir á Su Majestad, y que se embarcaría, si el tiempo daba lugar, el sábado ó domingo.

5.° Otra del mismo á Su Majestad, fechada en Sevilla á 9 de Febrero de 1610. Dice que partiría á Málaga para tratar de las cosas de Larache. Que Muley Xeque partió á las seis, contento y satisfecho, y habia procurado que lo fuese: que los descuidos que hubo en su hospedaje, fué por culpa de los que le tenian á su cargo; que habia encargado á don Felipe Manrique tratase mucho de su regalo.

6.° Otra del mismo á Su Majestad, fechada en Sevilla á 11 de Febrero de 1610, sobre que la entrega que se hubiere de hacer á Muley Xeque, así de sus hijos como del dinero, despues de la entrega de Larache, habia considerado que fuese por esta plaza y no por la de Tánger, porque habiendo de ir Muley Xeque al Alcázar, estaba más á la mano Larache que Tánger.

7.° Traduccion de la capitulacion del Rey Muley Xeque con Felipe III, sobre la entrega de Larache; contiene 18 capítulos: 1.° Entrega de Larache en prueba de amistad. 2.° Salida y entrada de Muley en su reino de Tánger. 3.° Que cuando entrasen los

criados de Su Majestad en Larache, no hiciesen daño á los moros. 4.° Que en cumplimiento de ésto, quedaría firme la paz y amistad entre ambos. 5.° Que los enemigos de Su Majestad serán suyos. 6.° Que no viniese daño de tierra de Su Majestad ni á él ni á sus vasallos por tierra ni por mar. 7.° Que los habitadores fronterizos á los moros pudiesen entrar en sus tierras como mercaderes. 8.° Que de la misma manera pudiesen entrar los moros en tierra de Su Majestad. 9.° Que se alzaría la guerra entre los dos, por tierra, y que por mar no saldría fragata que hiciese daño á Su Majestad. 10. Que estaría bien á Su Majestad para sus puertos dar algunas tierras, partiendo por eleccion, y se las labrarían. 11. Que Su Majestad escribiese sobre la paz otro papel como el que él habia escrito. 12. Que se volviesen los vasallos que se huyesen de una ú otra parte. 13. Que le diese Su Majestad 6.000 arcabuces con sus armas. 14. Que sabía Muley que esto era en la Ley de Su Majestad cosa escusada; pero que determinaba de ir al enemigo, y si Dios le daba bien y salud, se lo devolvería. 15. Que habia perdido y gastado mucho, que Su Majestad le ayudase con 200.000 ducados. 16. Que habia pensado dejar dos de sus hijos, y tres de sus alcaides en Tánger, y añadir gente en Casarquevir (Alcazarquivir) y hacer el negocio de Larache. 17. Que Argel era la puerta por donde recibía los daños él y Su Majestad, y que teniendo sosiego en su reino, iría Su Majestad por mar y él por tierra, para atajar el daño de esta puerta. 18. Que el armada habia de ser despues de cumplido el negocio de Larache.

ESTADO

(*Legajo* 494.)

1.° Minuta de consulta del Consejo de Estado de 28 de Enero de 1610, sobre el dinero que se habia de proveer para el viaje de Muley Xeque, que sería de 10.000 ducados.

2.° Otra minuta de consulta del Consejo de Estado de 26 de Enero de 1610, sobre carta del Marqués de San German, á los 17. Que hallándose en San Lúcar, habia llegado un alcaide moro

que iba á buscar á Muley Xeque, que preguntado las nuevas que llevaba, refirió algunas cosas que no parecían verdaderas, y mandó á Juanetin Mortara con el moro á Carmona, y procurase saber lo cierto. Que Muley Xeque le dijo que le disculpase con el Marqués de que el moro no hubiese dicho á lo que iba, que en suma era que la gente recelaba que el Xeque no tendría buena correspondencia con su hijo y por eso le habian hecho escribir la carta que llevaba, sospechando de la ida de Muley Xeque.

ESTADO

(Legajo 225).

1.° Sumario de cartas del Marqués de San German, escritas desde Gibraltar á 21 de Octubre de 1610. Dice que esperaba enviar muy presto aviso de estar los castillos de Larache por Su Majestad. Que el Xeque iba cumpliendo su palabra y estaba cerca de Alcázar, y que á los 20 llegaría al puerto de donde había de hacer la entrega. Que al Marqués lo que le daba cuidado era el mal tiempo que hacía, que se habia puesto muy ruin. Que Muley Xeque estaba tan apretado de dinero para despachar alguna gente y sacar los alcaides de Larache, que pedía 10.000 ducados, y el Marqués le contestó que no tenía órden para llegar al dinero de Tánger; pero que con el fin de servirle, había buscado prestados 8.000 ducados y se los enviaba.

El Xeque dice, en otra carta para el Marqués, que iba caminando muy de prisa, que al momento que llegase concluiría con el intento.

El Conde de Elda, en otra, dice que ha sido bueno que el Xeque haya llegado tan cerca de Alcázar, que estaría ya entre ella y Larache; que si el tiempo no dilataba el hacer la entrega de aquella plaza, no lo podía hacer otro accidente.

2.° Carta del Duque de Medina Sidonia á Su Majestad, fechada en San Lúcar á 16 de Octubre de 1610. Dice que respecto de lo que se le mandó de cegar el puerto de Larache, ofreció al Marqués que viese en lo que le podría ser de provecho: que le respon-

dió que traía lo de la entrega en buen estado; que visto esto, puso en consideracion al Marqués que propusiese al Xerife, para alentarle más, que entregando la plaza, procuraría que se le diese la de Mazagan: que esto lo hizo por ser esta de poco provecho. Lo de cegar el puerto, dice el Duque era muy dificultoso, por estar sobre la barra un buen castillo, con mucha artillería, y otro 800 pasos de ella con más artillería.

3.° El Conde de Elda y don Francisco de Varte, desde el Peñon, á 18 de Septiembre de 1610, proponen á Muley Xeque la forma en que habia de entregar á Larache, en caso de que ganase la batalla, y lo que respondió.

4.° Carta del Marqués de San German á Su Majestad, fechada en Cádiz á 30 de Setiembre de 1610, remitiendo copias de cartas de Berbería, sobre la victoria que Muley Abdalá tuvo contra Muley Cidan, que fué desbaratado y huido. Que el alcaide Budovira partía luego para Larache, que en teniendo órden de entregar la plaza, lo haría.

5.° Carta de Muley Xeque á Su Majestad, á 25 del Ramadan de 1610, en respuesta á la de Su Majestad, sobre el cumplimiento de la voluntad en lo de Larache. Dice que desde el dia que dió la palabra estaba cumplida, sino que Dios usó de su juicio hasta entonces, que eran ya una cosa, y las tierras de Su Majestad y las suyas lo eran tambien. Que en lo que le decía Su Majestad, que entonces se habia cumplido su amistad, y que todo lo que hubiere menester de parte de Su Majestad, lo cumpliría por mano del Marqués de San German; empero que suplicaba á Su Majestad que el dicho Marqués fuese á Larache para que quitase el enojo de los moros; el cual les quitó, prometiéndoles que Su Majestad le haría merced de darles el valor de las casas y jardines; pero que se fué sin concluirlo, y se volvieron á enojar. Que le mandase volver á Larache, que en ello iba la paz y sosiego de su Gobierno y reino. Están unidos otros antecedentes de Larache.

ESTADO

(Legajo 226).

1.° Carta de don Diego de Urrea. Del Campo á 1.° de Noviembre de 1610, sobre las pláticas para la entrega de Larache.

2.° Otra del Conde de Elda á Su Majestad, fechada en Larache á 21 de Noviembre de 1610, avisando que el Marqués de San German habia tomado posesion de Larache, que con mucha quietud y sosiego se hizo la entrega ayer (20) á las nueve de la mañana.

AÑO DE 1611

Cosas que se dispuso se diesen al Xeque para que quedase contento.

Alguna cantidad de pólvora y plomo. Dos literas. Un bufete guarnecido de plata. Dos escritorios.

12 sillas de terciopelo.

12 piezas de paño fino.

14 de grana.

12 piezas de Holanda.

12 de Cambray.

Una cama de campo.

5.000 ducados para pagar las casas y huertas de Larache.

10.000 ducados para dar al Alcaide y que se le diese á él para repartirlos.

Dos escopetas. Cuatro pistolas.

Un retrato de Su Majestad.

Un reloj que mirase al menguante.

Otro de pecho, con campanilla.

Unas colgaduras de oro y seda.

Una cota de malla dorada.

Un anillo con un diamante.

Dos pares de candeleros de plata.

Dos fuentes grandes y algunos vasos de plata.

Un brasero de plata.

Un perfumador de plata.

Una escribanía de ébano con su tintero y salvadera de plata.

ARCHIVO DE SIMANCAS

(*Legajo* 136).

Papeles del Estado misivo de Castilla, Leon, Galicia, costas de Andalucía, etc.—(1380 á 1614).

(*Legajo* 1, *etc.*—1510 á 1534).

Papeles de Estado misivo de plazas fronterizas, y jornadas de Africa, Berbería y Levante.

(*Legajo* 17, *folio* 3).

Contratacion de las provincias de Africa, Levante...—(1552).

(*Legajo* 201).

Cartas del virrey de Mallorca, correspondencia del rey Cuco, etcétera.—(1601).

(*Legajos* 199 *y* 200).

Instruccion á Martin Lopez de Aybar para cierta jornada al rey Cuco de Argel.—(1604 y 1605).

(*Legajo* 200).

Cartas del duque de Medina Sidonia y de los reyes de Fez y Marruecos, y papeles sobre lo necesario para la toma de Alarache.—(1605).

(*Legajos* 33, 34, 203, 206, 209, 220, 229, 248 *y* 249).

Documentos relativos á la empresa de Larache.—(1606 á 1608, 1610, 1611 y 1614).

(*Legajo* 211).

Instrucciones al Marqués de Santa Cruz para la jornada de Alarache.—(1608).

(*Legajo* 213).

Tratamiento que se hizo en Carmona á Muley Xeque y preparativos para la posesion de Alarache.—(1609).

(*Legajo* 33).

Documentos relativos á la venida de Muley Xeque.—(1609).

(*Legajo* 200 *á* 235).

Papeles referentes á la ocupacion de Alarache.—(1609).

OBRAS IMPRESAS Y MANUSCRITAS

QUE SE REFIEREN Á LARACHE.

Historia de las guerras. . . . . entre cristianos é infieles, de 1546 á 1565, y guerras de Berbería y Marruecos (1570), por Pedro Salazar.

Coleccion de documentos inéditos para la historia de España.—(Tomos VI, XL y XLIII. Cartas de D. Cristóbal de Moura y otros documentos sobre Larache).—1578-1580.—(Tomo LXXXI, 1607).

Memorial de la villa de Utrera, por Rodrigo Caro. (Venida de Muley Xeque á Carmona y á Utrera en 1589, 27 de Mayo).

Relaciones de Cabrera de Córdoba.—(1599 á 1614).

Documentos relativos á las fortificaciones, sitio, etc., de Larache.—(Archivo de la Direccion de Ingenieros militares, Sección 1.ª, Africa.—Seccion 17.ª, tomos I y II, folios 370 y 512 respectivamente, números 31 y 32).

Memorial histórico, tomo XII, páginas 27, 36 y 122. Llegada de nuestra escuadra á la vista de Alarache el 7 de Setiembre de 1608.

Historia de Segovia por Colmenares. (Cautivos cristianos en Larache) (1609) página 818.

Jornada de Larache por D. Juan de Mendoza, marqués de San German, escrita por Baltasar de Cepeda.—Sevilla, 1615.

Prodicion y destierro de los moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote, con las disensiones de los hermanos Xarifes y presa en Berbería de la fuerza y puerto de Alarache, por Fray Márcos de Guadalajara y Xavier.—Pamplona, Nicolás de Assiayn, 1613 y 1614, 2 tomos en 4.°

Avisos de Alarache y la Mamora.—Idem del Gobernador de Alarache para el duque de Medina Sidonia. 31 de Julio de 1626. —Peticion del sargento Cárlos de Narvaez. 15 de Agosto de 1626. —(Catálogo de los manuscritos españoles del Museo Británico, tomo I, página 253, números 12, 13, 59 y 147).

Tablas cronológicas de sucesos de España, Africa, India, América hasta 1642 por el P. Claudio Clemente, y continuadas hasta 1682 por V. J. Miguel.

Viajes de Ali-Bey (tomo I, página 305).—Descripcion de Larache.

Historia, vicisitudes y política tradicional de España en las costas de Africa por D. Leon Galindo de Vera.

Cancion á la toma de Alarache, escrita por D. Luis de Góngora, con comentarios por Pedro Diaz de Ribas. 1624.—(Bibl.ª nacl. M—412).

Los trabajos de Alarache y avance de Garlan. Comedia de Diego Rodriguez de Montesinos.—(Col. Osuna).

Histoire de la Barbarie et de ses corsaires par le P. Dan. 1649.

Les Berbères. Étude sur la Conquête de l'Afrique, par Henri Fournel. 1875.—(Dos volúmenes).

FIN DEL TOMO CIENTO SEIS

INDICE

Pags.

Continuación de la Crónica de España del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada, por el obispo don Gonzalo de la Hinojosa. 1

Historia de los hechos de don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz.. 143

Sitio de San Antonio de Alarache en 1689. Relación escrita por don Jacinto Narvaez Pacheco, y continuada por don Juan Cloquer Vargas Machuca.. 319

Apéndices. 451

DP
3
C65
t.106

Colección de documentos inéditos para la historia de España

CIRCULATE AS MONOGRAPH

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

CIRCULATE AS MONOGRAPH